



Montségur
la sinagoga de
Satán

JENARO ARANDA

MONTSÉGUR

LA SINAGOGA DE

SATÁN

JENARO ARANDA

Queda rigurosamente prohibida, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

© Jenaro Aranda
Todos los derechos reservados

PRIMERA PARTE

*Allí donde no prevalece la convicción
prevalecerá el bastón.*

Domingo de Guzmán

Introducción

*Sólo un castillo se alza completamente solitario,
suprema recompensa del deseo terrenal.
Quién expresa y afanosamente quiere buscarlo,
jamás, por desgracia, lo encuentra,
y, sin embargo, son muchos los que por él se afanan.
Aún os es desconocido, señor,
su nombre es Munsalväsche.
Wolfram von Eschenbach*

El castillo de Montségur es un misterio. Situado en el Ariège, en los Pirineos Orientales, su emplazamiento no obedece a ningún criterio defensivo coherente: no vigila ningún paso o camino, no controla una comarca ni su misma morfología se puede decir que sea la más adecuada para una defensa efectiva. Su denominación es bastante esclarecedora: el monte seguro, topónimo seguramente originario del latín **MONS SECVRVS**. No se sabe su origen ni cuándo se creó el primer asentamiento en aquel lugar, si bien hay quien sugiere que pudo ser un santuario de la diosa Belissena o un centro de culto solar. En todo caso, es solo a principios del siglo XIII cuando se empiezan a tener noticias fidedignas de su protagonismo en esta historia.

Es en esa época cuando se convierte en un lugar de retiro de los cátaros, los *buenos hombres* que, deseosos de alejarse del mundo, se encaramaban en aquel escarpado risco para disfrutar de su vida de pobreza y oración sin distinción de sexo, rango o linaje si bien esta colonia fue predominantemente femenina en sus inicios. Alrededor del castillo se fue formando un pequeño poblado donde fueron a parar personajes tan relevantes como Fornèria de Perelha, Auda de Fanjeaux y la famosa Esclarmonda, la Dama Blanca perteneciente a la poderosa familia occitana de los Foix y quizás uno de los miembros más destacados de la secta en aquellos años. Hasta allí iban los *perfectos* y los obispos cátaros a predicar y a mantener contacto entre ellos, convirtiendo el humilde poblado en un centro religioso de gran importancia.

Sin embargo, el pequeño castillo de Montségur estaba prácticamente en ruinas a comienzos del siglo XIII, y por esa razón la comunidad herética se

veía expuesta a los ataques de los bandoleros que infestaban la comarca. Ante esa situación de peligro constante, en 1204 los herejes solicitaron a Raimon de Perelha, señor de la comarca y con bastante afinidad con los cátaros, que reconstruyera la vieja torre que conformaba el recinto primitivo para impedir que la población de la montaña fuera expoliada, a lo que éste accedió. Las obras, dirigidas por Arnaud de Bacellaira, señor de Villars, dieron término hacia 1209, y a la torre original se le añadió un recinto amurallado que no solo permitía a los habitantes a refugiarse en caso de ser atacados por bandoleros, sino incluso a mantener a buen recaudo sus provisiones y bastimentos... pero nada más. A pesar de las reformas, Montségur seguía siendo un castillo muy deficiente en lo tocante a los elementos defensivos del mismo.

Pero a pesar de las notables mejoras en lo tocante a la defensa del lugar, un peligro mucho más grande se cernía contra aquellos pacíficos ascetas, que vieron en poco tiempo como su apacible existencia se vería truncada de la forma más expeditiva. La Cruzada Albigense, comenzada por el papa Inocencio III en 1209, iba a dar lugar a la época más negra que vio la Occitania, y con los cruzados llegaría la guerra en su forma más violenta y fanática, sembrando la muerte y la destrucción en lo que había sido una de las regiones más ricas de Europa.

Capítulo 1

Massabrac, año de 1232

Hacía frío, mucho frío. Aunque era ya casi media tarde, una fina capa de bruma se obstinaba en mantenerse pegada al suelo, llenando los barrancos con una pegajosa neblina blancuzca. El cielo plomizo amenazaba con lluvia, pero solo caía de vez en cuando un breve calabobos que contribuía a aumentar el deleitoso aroma de la tierra mojada. Desde el amanecer, Raimon de Perelha aguardaba la llegada del heresiarca Guilhabert de Castres, y a aquellas horas estaba ya completamente entumecido por la humedad que se incrustaba en sus enjutas carnes. Cada vez que sentía una punzada en la espalda tenía que reprimir su fogoso carácter para no soltar una blasfemia, por lo que se conformaba en maldecir en voz baja. El murmullo inacabable que emergía de entre la espesa piel del cuello de su tabardo podría pasar por alguna oración o reflexión piadosa, pero la realidad es que no paraba de farfullar juramentos. El que repetía con más insistencia era en realidad una pregunta que se hacía a sí mismo, y no era otra que qué pintaba allí con sus más de cuarenta y cinco años, ajado por toda una vida de persecuciones, conflictos y privaciones para, encima, seguir la estela de tantos otros *faidits* que, despojados de sus posesiones, se veían resignados a malvivir gracias a la ayuda que les prestaban otros nobles que, o aún no habían caído en el entredicho, o aún siendo católicos mantenían ciertas simpatías hacia los *buenos hombres*. O también por mero corporativismo, que en aquellos turbulentos tiempos nunca se sabía quién podría, de la noche a la mañana, verse hundido en la miseria y tener que pedir auxilio al que dos días antes tenía la cabeza pregonada.

Los que lo conocieron de joven aseguraban que el señor de Perelha había sido uno de los hombres más apuestos del Langedoc. No era especialmente alto, pero sí mostraba un cuerpo fibroso y atlético, así como unos miembros fuertes gracias al constante ejercicio. Aparte de su prestancia física había recibido una educación acorde a su rango, lo que le permitía leer y escribir con razonable soltura, e incluso había logrado en su mocedad que un juglar le enseñara a tocar el rabel. Ya ni siquiera recordaba, o quizás no quería acordarse, de los revuelos que formaba entre las criadas de su casa cuando tras la cena, un poco achispado por el vino, lo tañía mientras que con su bien timbrada voz deleitaba a todos con canciones en las que, por norma, un gentil

caballero moría de amor por la más pura y hermosa dama del mundo. Sin embargo, ya no quedaba ni rastro de aquella época. Su leonina melena rubia se había convertido en una mustia cascada de pelo casi blanco que clareaba bastante por la coronilla, y las manos de dedos largos y rectos con que tal hábilmente tocaba el rabel se habían transformado en un muestrario de sarmientos deformados por las contusiones, las roturas de huesos y la artrosis. Pero el cambio más notable lo había experimentado su rostro, que con el paso del tiempo había tomado la misma apariencia que el tronco de un roble, lleno de profundas arrugas y de un tono grisáceo. Y a las arrugas había que añadir varios chirlos y heridas mal curadas con algún emplasto o el terrible cauterio que, al aplicárselo, eran necesarios más de cuatro hombres para inmovilizarlo y que no pudiera arrancar la cabeza del físico que, casi llorando de miedo, se avenía a practicarle la cura.

Así pues, lo que quedaba del otrora gentil señor de Perelha era más bien el recuerdo en cada vez menos memorias a medida que los que lo conocieron en su mocedad iban muriendo uno tras otro, y solo la suya era capaz de acordarse hasta el más mínimo detalle de lo que era y compararlo con lo que se había convertido, sobre todo cada vez que cambiaba de postura o se levantaba tras un largo rato de inmovilidad, que era cuando su larga lista de trastazos, costaladas y porrazos pasaban por su mente al sentir como un extenso surtido de punzadas le recorrían todo su cuerpo.

No obstante, sus constantes dolores y sus incipientes achaques aún no eran lo bastante agobiantes como para dejar de acudir a una cita, y menos con alguien como Guilhabert. No habían acordado una hora concreta para el encuentro, pero había preferido acudir a la cita bien temprano para prevenir alguna celada. Aunque el obispo jamás se movía sin tomar unas precauciones que a veces rayaban en la manía persecutoria, nunca estaba de más mantenerse alerta en todo momento. Los prebostes y sargentos del conde de Tolosa se movían como culebras por todas partes, y no sería la primera vez que un encuentro con los *buenos hombres* acababa en una batalla campal al verse sorprendidos por un piquete de guardias dispuestos a arramblar con el máximo número posible de herejes.

Su nutrido séquito, formado por hombres de armas seleccionados, se había distribuido por los alrededores para repeler cualquier ataque repentino. Armados con ballestas, no se les escapaba ni el movimiento de un ratón entre la maleza. Eran gente del país, acostumbrados a moverse por los sitios más

abruptos y, lo más importante, vinculados a la familia de los Mirapeis desde hacía generaciones. Solo un pequeño grupo de cinco caballeros se mantenían junto a su señor como última línea de defensa en caso de verse rodeados. Todos eran *creyentes* dispuestos a dar la vida por el clan al que servían y, naturalmente, en defensa de su fe.

Un agudo silbido lo sacó del ensimismamiento en que lo tenía sumido su inacabable letanía de juramentos. Desde lejos parecería estar dormido, apoyado en el tronco de un roble tan viejo que todos los caballos de su escolta podían permanecer bajo el abrigo de su descomunal copa pero, desde ya no recordaba cuando, el señor de Perelha dormía con un ojo abierto, y se había perdido en las tinieblas de su memoria la última vez que durmió del tirón, entregado plácidamente al sueño para despertar luego con esa grata sensación de descanso y desorientación momentánea que se suele sentir cuando uno retorna del mundo de Morfeo con la única preocupación de saciar el hambre con un buen trozo de pastel de carne, pan recién hecho y una jarra de vino caliente. Abrió los ojos, sacó la cabeza de entre el cuello de piel de ardilla de su tabardo y buscó de donde provenía la señal.

-¡Allí, monseñor!- le indicó uno de sus caballeros señalando al valle que se extendía hacia el norte.

Desde la colina en la que se habían detenido a esperar se divisaba una mancha oscura que avanzaba a buen ritmo por el camino que conducía desde Saverdun a Massabrac. Entumecido tras tanto tiempo inmóvil, se levantó trabajosamente y, tras desperezarse haciendo crujir su espinazo, hizo una visera con la mano para ver mejor.

-¿Son ellos?- preguntó al vigía- ¡Maldita sea mi sangre! ¡Antes no se me escapaba ni una culebra acechando a un gazapo a más de cincuenta pasos!

-Juraría que sí, monseñor- respondió el hombre poniéndose de pie en los estribos y entornando los ojos.

-Ve y lo compruebas. No quiero sorpresas.

Sin hacerse repetir la orden, el caballero señaló a dos de sus compañeros y salieron a galope tendido en dirección al grupo. En menos de dos minutos eran solo tres motas grisáceas que se alejaban de la colina a toda velocidad, como extraños insectos saltarines que poco a poco iban siendo engullidos por la bruma.

-¡Bertrand, que todos estén alerta!- ordenó a un sargento. A continuación se ajustó el yelmo, lo anudó bajo su poderoso mentón y se aupó en su corcel. Un

paje le tendió el escudo, que quedó colgado a la espalda. Desde hacía mucho tiempo, Raimon de Perelha no acudía a una sola cita sin ir armado de punta en blanco, lo que ya empezaba a resultarle enojoso porque el peso de las armas, a pesar de estar habituado a ello desde que apenas aprendió a caminar, cada vez le resultaba más abrumador.

Al cabo de diez minutos, uno de los jinetes estaba de vuelta dando aviso de que, en efecto, el obispo Guilhabert de Castres junto a un numeroso séquito estaba a punto de llegar. Más tranquilo, el señor de Perelha devolvió el escudo al paje junto con el yelmo, dejando su cabeza cubierta con la cofia de lana cruda que solía usar. Cuando el obispo llegó a la cima del cabezo, detuvo su mula y descendió muy sonriente. Tanto Raimon de Perelha como su escolta personal se pusieron de rodillas para hacerle el *melhorament*, el saludo ritual a un *perfecto* o, en este caso, a un obispo.

-*Benedicite, Domine*- recitaron todos a una mientras se inclinaban hasta besar el suelo.

Por tres veces repitieron la misma fórmula acompañándola de sendas reverencias.

-Buen cristiano, ruega a Dios por nosotros con el fin de que Él nos guarde de una mala muerte y nos conduzca a buen fin.

-Recibid la bendición de Dios y la mía. Que Dios os bendiga, os guarde de una mala muerte y os conduzca a buen fin- replicó a su vez el obispo.

A continuación, tras rezar todos juntos el Padrenuestro, se levantaron del suelo y se besaron tres veces, una en cada mejilla y otra en la boca, ritual que repitieron con todos y cada uno de los treinta *perfectos* que acompañaban al obispo. Los hombres de armas de la escolta de Raimon de Perelha, casi todos católicos a pesar de que su señor y su linajuda familia eran miembros de la secta, miraban con gesto divertido al ver como aquellos herejes dedicaban más de veinte minutos solo a saludarse con la misma parsimonia que si estuvieran en una recepción en la corte. Tras el inacabable ritual de bienvenida, Raimon invitó al obispo a sentarse en un catrecillo mientras su paje le ofrecía una bota de vino que fue aceptada de buen grado por Guilhabert, al que el frío había atenazado sus miembros como si se le hubieran convertido en piedra.

-¿Qué os trae tan lejos?- preguntó impaciente el anfitrión, que a pesar de ser un *creyente* convencido no acababa de adaptarse a aquellos rituales tan repetitivos-. ¿Qué asunto tenéis tanta urgencia en tratar conmigo?

El obispo, en cuyo rostro siempre resplandecía una abierta sonrisa, devolvió la bota al paje antes de responder.

-Dejadme tomar resuello, hermano Raimon- respondió Guilhabert, que con sus sesenta y cinco años auestas no estaba ya para tomarse las cosas con tanta premura-. El viaje me ha agotado, tengo el frío metido en los huesos y mis posaderas deben estar en carne viva.

Raimon asintió disculpándose. Su vehemencia siempre le perdía.

-Ciertamente, hace un día muy desapacible y no queda mucho antes de que se haga de noche, por lo que convendrá dejar nuestra entrevista para mañana y buscar donde aposentarnos- sugirió-. A menos de media legua disponemos de alojamiento seguro. En casa de mi hermana Azalaïs podremos pernoctar y reponer fuerzas sin peligro.

-La buena Azalaïs...- murmuró el obispo sonriendo- ¿Sabíais que Jean Cambiaire, mi Hijo Menor, administró el *consolamentum* a su marido Alzieu antes de fallecer?

-No, no tenía idea- replicó impaciente-. ¿Nos ponemos en marcha? Estos caminos no son seguros, y no quisiera toparme con merodeadores del conde Raymond.

-Más me preocupan los tolosanos de la Cofradía Blanca, hijo mío. Desde que Fulco de Marsella creó esa milicia de demonios nos han hecho más daño que los guardias del conde porque, al cabo, entre ellos tenemos *creyentes*. Sin embargo, los tolosanos son católicos fanáticos que nos odian a muerte.

-Como todos, obispo, como todos...- admitió con amargura Raimon-. A veces pienso que si el odio pesara como el plomo hace mucho que nos habrían aplastado como a gusanos.

El obispo asintió y ordenó a su séquito disponerse para proseguir la etapa ya que, aunque no quería aparentarlo, estaba literalmente al límite de sus menguadas fuerzas y tenía la necesidad imperiosa de descansar ante un buen fuego. Pocos hombres llegaban a su edad en aquella época, y más cuando se veían, como era su caso, sometido a una constante tensión y sintiendo a todas horas en su nuca los ojos de tantos enemigos que estaban deseando verlo arder como una tea. Así pues, tras reponerse un poco con un trozo de pan y otro trago de vino bastante mediocre que le ofreció un sargento, sin más dilación se pusieron en marcha.

Raimon, siempre obsesionado con la seguridad, ordenó a sus hombres de armas que fueran descubriendo tierra. A los del séquito del obispo los envió a

cubrir los flancos de la comitiva, haciendo especial hincapié en que no perdieran de vista las crestas de los cerros entre los que serpenteaba el sendero. Cuando llegaron a su destino, Azalaïs de Massabrac ya los esperaba ante la puerta de su casa solariega junto sus cuatro hijos. En realidad, el destartalado caserón era una torre a la que sucesivas reformas llevadas a cabo a lo largo del tiempo habían convertido en una casa fuerte formada por un cuerpo principal y diversas dependencias adosadas al mismo. La vieja torre seguía conservando sus cualidades defensivas, como demostraba el cadalso de madera medio carcomida que circunvalaba su azotea.

La señora del lugar y su familia acogieron con gran júbilo a Guilhabert. Viviendo en un sitio tan aislado rara vez tenían ocasión de poder escuchar la palabra de un obispo. Azalaïs había recibido el *consolamentum* cuando murió su marido, por lo que era una *perfecta* y no debía llevar a cabo el complejo rito de salutación al heresiarca si bien siendo un personaje tan importante lo recibió con grandes muestras de respeto.

-Oth, disponlo todo para dar alojamiento a estos *buenos cristianos*- ordenó a su hijo mayor, que no sabía cómo alojar a aquella caterva de gente. Sin embargo, ellos mismos se acomodaron a su aire diciéndole al atribulado muchacho que no se preocupase por ellos. Se limitaron a extender unas brazadas de paja en el suelo de un almacén, y para comer se aviaron con las parcas vituallas que llevaban en sus alforjas.

Tras agradecer a su anfitriona la bienvenida, el obispo fue conducido a un destartalado salón que había conocido tiempos mejores. Sintió un gratificante golpe de calor gracias a la gran chimenea que daba a la desolada estancia un poco de calidez. Las chimeneas murales eran un invento relativamente reciente, y permitían calentar las estancias sin necesidad de verlas inundadas con las espesas humaredas que despedían los braseros y que hacían irrespirable el ambiente. Sin embargo, su escaso mobiliario, viejo y descuidado, era una clara muestra de que los Massabrac ya no eran ni remotamente los acaudalados señores de antaño. Los ajados reposteros que cubrían las paredes dejaban ver grandes manchas de humedad y estaban descoloridos y deshilachados, y a falta de alfombras habían tenido que recurrir a cubrir el suelo con paja para aminorar un poco la humedad que se elevaba del mismo. El obispo tomó asiento en un desvencijado arquibanco en cuyo asiento habían colocado un cojín de seda raída, notando como las articulaciones de sus rodillas crujían como las tracas de una vieja galera

azotada por las olas. El madrugón y la larga cabalgada le hacían sentirse aterido y con los miembros completamente entumecidos. Le ofrecieron una jarra con un tónico vino caliente perfumado con clavo que, junto al grueso tabardo con que lo arropó amorosamente su anfitriona, obraron en el anciano un rápido efecto, quedándose dormido a los pocos minutos ante el hermoso fuego que iluminaba la estancia con una agradable y relajante luz anaranjada. Su venerable cabeza había quedado apoyada en su mano izquierda, como si estuviera sumido en una profunda meditación.

-¿Qué ocurre, Raimon?- preguntó la dueña de la casa en voz baja mirando de reojo al obispo, que roncaba plácidamente.

-No lo sé- respondió moviendo la cabeza y sin apartar la mirada del fuego-. Solo te puedo decir que hace dos semanas recibí recado de vobos cerca de aquí, pero no creo que sea nada relevante. Ya sabes que el obispo es a veces un poco exagerado.

-¿Y tu mujer Corba, cómo está?

-Supongo que bien. Sigue en Montségur con su madre, dedicadas a la vida contemplativa. En realidad, allí están mejor que conmigo. La vida con un *faidit* no es plato de buen gusto.

Azalaïs asintió en silencio. Ciertamente, ser desposeído de casi todas sus tierras para verlas entregadas a los líderes de los cruzados o al rey de Francia debía ser una afrenta difícil de digerir para una nobleza que, a pesar de haber abrazado la pujante herejía que hacía de la austeridad y la vida sencilla unos de sus dogmas, no era capaz de renunciar por completo al espíritu de su clase social, inculcado en su propia sangre desde generaciones y generaciones.

-¿Y a ti, como te van las cosas?- quiso saber Raimon mirando de arriba abajo a su hermana.

Azalaïs no presentaba precisamente buen aspecto. Su pelo rubio, que antaño era la envidia de todas las damas y que despertaba la admiración de todos los gentileshombres, se entreveía ajado y lleno de canas bajo su toca de viuda. Su rostro estaba demacrado, y unas profundas arrugas habían hecho acto de presencia en la frente, los ojos y las comisuras de la boca. Incluso sus manos, famosas por su perfección y finura, se habían encallecido y mostraban cicatrices de sabañones.

-Ya puedes imaginarlo- respondió Azalaïs encogiéndose de hombros y esbozando al mismo tiempo una amarga sonrisa-. Si ser un *faidit* es un suplicio, ser la viuda de uno de ellos es un infierno. Solo nos han dejado la

casa, y subsistimos gracias a las telas que confeccionamos entre la niña y yo. Oth, Raimon y Alzieu se dedican a cazar y a cuidar el huerto, aparte de merodear con los pocos servidores que aún nos son fieles para impedir que la gente del preboste haga de las suyas. Si no fuera por los hijos hace tiempo que me habría librado de mi envoltura carnal para abandonar este mundo obra de Lucifer. ¿Recuerdas al viejo Guifré, el fiel mayordomo de mi marido?

Raimon asintió sin decir nada. Ciertamente, se acordaba de aquel orondo sirviente que profesaba a su señor una fidelidad rayana en la adoración.

-También recibió el *consolamentum* cuando murió Alzieu- prosiguió Azalaïs con una sombra de tristeza en los ojos, la única parte de su rostro que aún conservaba la frescura de antaño-, pero él fue más valiente que yo. Cuando llevó a cabo la *endura* tras convertirse en *perfecto*, simplemente dejó de comer hasta consumirse. Él ya goza de la presencia de Dios, libre para siempre de la carne. No quiso seguir en este infierno, viendo como sus diablos nos martirizan sin descanso. Dime, hermano, ¿cuándo acabará esto? ¿Cuándo nos dejarán en paz de una vez?

-No quiero hablar de eso ahora- cortó Raimon en vista de que su atribulada hermana estaba a punto de iniciar una larga relación de penurias que no estaba por la labor de soportar-. Estoy muy cansado, así que te agradeceré que me perdones. Mañana nos espera un largo día.

Tras darle un beso en la frente, Raimon se marchó a su aposento dejando a Azalaïs un poco contristada por verse privada de algo de conversación que no fueran los dimes y diretes de los criados, por lo que se tuvo que conformar con pasar la velada ante el fuego acompañada solo por los resoplidos del obispo.

La preocupación que sentía pudo más que el agotamiento. Durante toda la noche, Raimon no hizo otra cosa que dar vueltas en el humilde jergón que su sobrino Oth le había cedido, obligando al muchacho a dormir con los hombres de armas lo cual, en realidad, le hacía bastante ilusión por aquello de sentirse uno más entre la gente de guerra de su tío. El señor de Perelha ni siquiera se desvistió, y en cuanto el gallo desgarró el aire con su canto se levantó de un salto y fue al salón donde el obispo aún roncaba a pierna suelta. Su hermana dormía en el suelo delante de la chimenea, echa un ovillo sobre una apolillada piel de lobo que llevaba lustros en la familia antes de que Azalaïs se la llevara cuando se casó. Lo había matado su abuelo a cuchilladas defendiendo el potro de una yegua recién parida, y cuando era un mocoso los criados lo

asustaban cubriéndose con ella y persiguiéndolo por toda la casa.

Raimon sacudió suavemente a Guilhabert, que se despertó sobresaltado, como siempre. Quería concluir cuanto antes la entrevista y largarse de allí porque, aunque era algo que ocultaba celosamente, sentía una tremenda sensación de inseguridad cuando salía de sus escasos dominios. No era cobardía ni mucho menos, sino una inquietante desazón que le hacía permanecer en guardia a todas horas hasta agotarlo psicológicamente.

-Pronto despuntará el alba, obispo- susurró Raimon-. No debemos demorar más tiempo nuestra entrevista.

-Sí, sí, ya estoy...- farfulló Guilhabert mirando desorientado en todas direcciones. Su sueño había sido tan profundo que tardó varios segundos en recordar donde estaba. Tras reconocer el entorno de la sala sumido en la penumbra y comprobar un tanto perplejo que llevaba durmiendo desde la tarde anterior, el obispo se irguió lentamente, despezándose como un viejo lebril medio tullido. Azalaïs se despertó al escuchar movimiento junto a ella y, tras dar los buenos días, se fue a la cocina a cocer pan.

-Debemos tratar vuestro asunto cuanto antes, Guilhabert- apremió una vez más Raimon cuando se quedaron solos-. Ambos corremos peligro, y no sería raro que a estas horas el conde de Tolosa o el obispo de Narbona tengan noticia de este encuentro.

-¿Creéis de verdad que el buen Raymond de Saint-Gilles nos traicionaría?

-El conde está acorralado como un conejo rodeado de hurones, obispo, y de un hombre desesperado me lo espero todo. ¿Sabéis que no hace mucho mandó quemar a más de noventa *perfectos* en la Montaña Negra solo para callarle la boca a Raymond de Fauga?

-¿Quién es ese tal Fauga?

- El nuevo obispo de Tolosa. Es el que ha sustituido a Fulco, pero es un fraile de los predicadores aún más fanático que su predecesor; así pues, vamos al grano, que a los dos nos conviene poner tierra de por medio antes de que salga el sol.

-Bien, sea como vos dispongáis- aceptó Guilhabert.

El frío de la madrugada se hacía sentir en la estancia, así que antes de proseguir se levantó con dificultad y se acercó a la chimenea. Echó un par de troncos y sopló en las brasas para avivar el fuego, inundando la sala de sombras saltarinas. Durante un minuto largo permaneció ante la lumbre sin apartar la mirada de las llamas moviendo sin darse cuenta la cabeza, como

recordando el horrible final por el que muchos de sus correligionarios habían tenido que pasar. Una tosecilla de impaciencia por parte de Raimon lo sacó de su momentáneo ensimismamiento y volvió a tomar asiento tras echar otro trozo de madera al fuego.

-Desde hace algún tiempo, los demás obispos y yo debatimos acerca de la necesidad de disponer de un lugar seguro que, por decirlo de algún modo, se convierta en la sede principal de nuestra iglesia- explicó Gilhabert tras acomodarse de nuevo en el arquibanco-. Los terribles años que hemos pasado desde que se inició la cruzada contra nosotros nos han enseñado que no debemos exponernos a tantos peligros sin necesidad. Ciertamente es que los cónsules y los burgueses nos protegen en su mayoría, pero sabéis de sobra que los afectos se tornan igual que el viento cambia de dirección, y la gente no está dispuesta a pasar por algo similar a lo que el abad de Cîteaux hizo en Béziers. Por otro lado, no sería justo que muera más gente por defendernos, ¿no creéis?

-Ciertamente, obispo- aceptó Raimon-. Pero a mí lo que me preocupa de verdad es ver como desde hace veinticinco años los franceses han ido adueñándose del Languedoc. El rey de Francia, con el apoyo del papa, ese lacayo del Maligno, nos ha masacrado, nos ha robado, y si aún no nos han barrido de este mundo es por temor a que nos aliemos con el rey de Aragón o incluso con el emperador Federico.

-Calmaos, hijo mío, porque estamos hablando de cuestiones diferentes- le replicó Guilhabert intentando aplacar al belicoso noble con un gesto de la mano-. Yo no he venido a hablar de política, y mucho menos de posibles alianzas para enfrentarnos a los franceses o al papa.

-Bien, perdonadme- se excusó Raimon, que siempre que se mencionaban temas relacionados con la cruzada o con los padecimientos sufridos por su familia explotaba como agua vertida en plomo fundido-. Proseguid.

-Como os decía, nuestra iglesia necesita una capital, una sede que se convierta en punto de encuentro para los nuestros. Un refugio que permita a los *perfectos* vivir a salvo de los malvados que los acechan como si fueran alimañas. Un centro de predicación donde la gente pueda acudir a escuchar nuestro mensaje y, también muy importante, un lugar donde poder tener a buen recaudo nuestros fondos.

-¿Fondos?- se sorprendió Raimon- ¿Queréis decir dineros? ¿Desde cuándo los *buenos hombres* se preocupan por eso?

-Desde que tenemos que pagar por nuestra protección- afirmó con

contundencia el obispo-. ¿Sabíais que cada vez que un *perfecto* acude a visitar a un *creyente* para administrarle el *consolamentum* tiene que pagar cien sueldos a su escolta? Y no ya porque le importe ser capturado y quemado, que para nosotros librarnos de nuestra envoltura carnal es una bendición de Dios pero, si todos morimos, ¿quién difunde nuestro mensaje? ¿Cómo hacemos saber al resto de los mortales que estos cuerpos son una prisión en la que nuestras almas están encarceladas? ¿Cómo les explicamos que solo alcanzando la Pureza librarán a esas almas de su eterno peregrinar, reencarnándose una y otra vez y teniendo que volver a vivir en este mundo infernal?

Raimon estaba totalmente perplejo. No tenía ni la más remota idea de que entre los miembros de la secta se hubiera extendido un concepto tan materialista como el del dinero, y mucho menos que tuvieran tanto como para necesitar donde guardarlo.

-¿Y de dónde han salido esos fondos, obispo?- preguntó entornando los ojos.

-De donaciones procedentes de *creyentes* adinerados, de herencias legadas por muchos de ellos e incluso de hermanos que, por temor a que les despojen de lo poco que les queda, han optado por entregarlo a nuestra iglesia para su custodia. De hecho, hemos organizado desde hace tiempo una red de *questores* que recaudan esos fondos, así como de *depositarii* que se encargan de guardarlo.

-¿Y de qué cuantía hablamos?- preguntó, no pudiendo resistir la curiosidad.

-Hablamos de un auténtico tesoro, Raimon- respondió Guilhabert con un brillo divertido en los ojos al ver la expresión de asombro en la cara de su interlocutor-. No os puedo decir la cantidad exacta porque actualmente está repartida entre los *depositarii* de nuestros cuatro obispados, pero sé que es mucho. Y aparte del dinero, tenemos la obligación de preservar todos nuestros libros y objetos sagrados, especialmente el más precioso de todos, el que los demonios que habitan la Tierra anhelan recuperar como sea para devolver a Lucifer todo su poder. Dios nos ha encargado su custodia, y como comprenderás no puede caer bajo ningún concepto en manos de nuestros enemigos. Si eso sucediera sería nuestro fin y, con toda seguridad, el caos se adueñaría del mundo.

Raimon tardó un poco en asimilar aquella novedad. Sus correligionarios, a los que siempre había tenido como arquetipo de la pobreza que predicó

Jesucristo, se habían convertido poco menos que en banqueros, y sus ministros viajaban escoltados como un abad católico. Aturdido por aquella avalancha de información tan sorprendente, se rascó la coronilla sin acabar de ver cuál era su cometido en todo aquello.

-Bien, ya veo que es lo que deseáis pero, ¿qué pinto yo en todo eso?- preguntó tras ver que era inútil seguir devanándose los sesos.

-Pues más de lo que imagináis. Para solucionar nuestro problema precisamos que cedáis a nuestra iglesia vuestro castillo de Montségur. Es el que mejor se adapta a nuestras necesidades y, de hecho, ya hace muchos años que es un referente para todos nosotros.

-¡Ni hablar!- exclamó Raimon sin dudarle ni un instante.

El obispo fue ahora el asombrado, perplejo ante la firme negativa por parte del señor de Perelha.

-No me esperaba esto, Raimon- murmuró Guilhabert un poco cohibido por la tajante respuesta-. Siempre he dado por sentado que podíamos contar con vos para lo que fuera, y más en este caso ya que no tuvisteis reparo en cederlo en su día para cobijar a los perseguidos, pagando de vuestro peculio la reconstrucción del recinto.

-Todo tiene un límite, obispo. Hace casi treinta años transigí a los ruegos de la dama Esclarmonda de Foix para reconstruir el castillo, que en aquella época estaba en ruinas lo que, como bien decís, me costó buenos dineros. Acepté por ser quien era y porque estaba claro que una comunidad de *buenas mujeres* no podía fundarse en cualquier sitio. Sin embargo, las circunstancias han hecho que Montségur sea lo único que me queda de mis antiguas posesiones. Bastante hice cediendo ante la dama Esclarmonda, motivo ese por el que por cierto quedé señalado en todas partes, pero de eso a que se convierta en la Jerusalén de nuestra iglesia hay un trecho.

Guilhabert optó por callarse. Conocía sobradamente el carácter visceral del señor de Perelha, y sabía que insistir en aquel momento solo serviría para que se encastillara en una negativa que podría ser definitiva solo por una mera cuestión de orgullo. Así pues, lo dejó despotricar un rato para que desfagara su furia que, justo era reconocerlo, estaba plenamente justificada. Echó pestes del papa Inocencio III, al que consideraba como fuente de todos sus males por ser el promotor de la cruzada; deseó mil infiernos a Simón de Montfort, el principal caudillo de la misma y verdadero buitre que se adueñó de infinidad de tierras de los señores occitanos fieles a su iglesia y, por último, hizo llover

impropios de la peor especie contra al conde de Tolosa por su actitud siempre ambigua. Aunque sus devaneos con los albigenses le habían costado verse expoliado por los franceses y por Roma, no acababa de decantarse de forma clara por ningún bando. Cuando terminó su diatriba estaba echando espumarajos por la boca. Era más que evidente que la impetuosa sangre de los Mirapeis, que corría como un torrente de fuego por sus venas, podía más que su pertenencia a una fe que propugnaba la paciencia y la humildad. Finalmente se calló casi sin resuello, jadeando con un brillo homicida en sus ojos claros.

-Raimon- dijo con voz serena el obispo, que había aprovechado el desaforado discurso para preparar una réplica lo suficientemente persuasiva-, a pesar de vuestra apasionada verborrea no puedo negar que tenéis razón cuando os sentís afrentado. Pero decidme, ¿creéis acaso que no seguís figurando en la lista negra del rey de Francia y del papa? Sois un *faidit*, Raimon, y lo seréis mientras viváis o mientras no abjuréis. Nadie va a devolveros vuestras tierras salvo que las recuperéis por la fuerza o vayáis a Roma a postraros ante el papa y le imploréis clemencia. ¿Haríais eso?

-¡Jamás, voto a Dios!- exclamó olvidando en su enfado que tenían terminantemente prohibido jurar-. ¡Antes me tiro de cabeza a un pozo!

-Entonces, razón de más para que accedáis a lo que os pido. Y no ya por el hecho de que haríais un gran servicio a nuestra causa, sino porque os ayudaríamos a conservar Montségur de la codicia de vuestros enemigos.

A Raimon se le cambió la expresión de golpe una vez más, apabullado por las constantes sorpresas que le estaba dando el obispo en tan poco tiempo.

-¿Ayudarme a conservarlo? Explicaos y, por favor, id al grano porque este asunto está empezando a cargarme- gruñó notando ya como las venas del cuello se le hinchaban a causa de la ira.

Guilhabert se dio cuenta de que acababa de descubrir una grieta en la firme resolución de Raimon así que, midiendo cuidadosamente sus palabras, le expuso la idea.

-Ante todo, recordad que vuestra mujer y vuestra pobre hija Esclarmonda viven allí junto a otras muchas mujeres. Todas ellas están expuestas a que, en cualquier momento, se presente allí la gente del conde Raymond o cruzados que las capturen y las lleven a Tolosa o a Carcassonne para ser quemadas vivas.

El recuerdo de Esclarmonda nubló la mirada de Raimon. Su hija, tullida de nacimiento, era una espina en su alma al saberla tan indefensa ante cualquier

desalmado. La sola idea de verla arrastrada a una pira por la gente del preboste le enfermaba, y sería capaz de arrancarle la cabeza al mismo emperador para impedir que nadie le tocara un cabello.

-Por eso, hijo mío, además de todas las razones que os expuse al principio, no sería un desatino que Montségur se convirtiera en el cofre de nuestra fe-prosiguió Guilhabert comprobando que había acertado de pleno al mencionar a la familia de Raimon-. Disponemos de medios económicos para fortificar la montaña, mejorando con ello sus formidables defensas naturales y, por otro lado, para guarnicionar el lugar con *routiers* a sueldo. Comprendo que no queráis perder lo poco que os queda, pero la opción que os ofrezco es a mi entender la única que os permitiría conservar vuestro patrimonio. Cuantas más facilidades tengamos para divulgar nuestra fe más seremos, y cuantos más seamos más fácil nos resultará poner freno a la codicia de los franceses y al despiadado acoso de Roma. Montségur, hijo mío, puede ser el germen que nos permita devolver la Occitania a sus legítimos dueños y, con la ayuda de Dios, incluso convertirla en un enclave desde el que nuestra iglesia se extienda al resto de Europa. ¿Qué decidís pues?

Raimon cerró los ojos sin decir una palabra. El astuto obispo había sabido tocar el único punto flaco por el que sería capaz de aceptar lo inaceptable, pero no quería rendirse tan pronto más por su incurable orgullo que por poner pegos a una oferta que, ciertamente, tal como la había planteado era inmejorable. Sus arcas estaban llenas de aire, y si conservaba Montségur se debía simplemente al hecho de que no era un enclave estratégico como los castillos de Termes, Minerve, Auriac o Lavaur, los cuales hacía años que habían caído en manos de los cruzados. Los escasos hombres de armas que podía pagar no serían suficientes si un mal día el rey de Francia enviaba allí a un ejército y, además, los necesitaba como escolta para moverse por el Languedoc, dejando de ese modo totalmente indefensa a su familia.

-Dadme unos días para pensarlo, obispo- respondió secamente sin querer dar el sí definitivo, demostrando de ese modo que Guilhabert había sabido persuadirlo fácilmente-. Cuando haya tomado una determinación os lo haré saber. Y ahora, mejor será que partamos cada uno por nuestro lado. Ya es casi de día.

Sin decir nada más, dio los tres besos de rigor al obispo, recibió su bendición y salió de la sala haciendo retumbar el suelo. Fuera lo esperaba su escolta dispuesta para partir.

-Oth- advirtió a su sobrino mayor tras abrazarlo-, te encomiendo el cuidado de tu madre y tus hermanos, especialmente de tu hermana Faye. No te fíes de nadie, y si recelas de algo o de alguien, envíame aviso enseguida a Montségur.

El muchacho le aseguró con decisión que nada ocurriría estando él al frente del clan. A pesar de su juventud, Oth ya mostraba la firme determinación y el fogoso carácter de los Mirapeis. Tras besar a su hermana y a sus demás sobrinos metió el pie en el estribo que le ofrecía su escudero y se aupó en el corcel.

-¡*Benedicite, parcite vobis!*- exclamó Azalaïs cuando su hermano picó espuelas y salió a galope tendido seguido por su gente. En menos de un minuto ya se habían fundido con la bruma que precedía a la amanecida, dejando tras ellos solo el eco sordo de los cascos de sus monturas sobre la tierra húmeda.

El obispo no tardó mucho tiempo en seguirle. Tras una frugal colación, se despidió de la dueña de la casa que, con la discreción habitual entre las *perfectas*, no preguntó nada sobre la entrevista que había mantenido con su hermano. No obstante, su intuición femenina le decía que algo bastante importante se había cocido en el rato que había durado la conferencia.

-Que Dios os guarde, hermana- se despidió el obispo poniendo sus manos sobre la cabeza de su anfitriona-. *Gratia Domini nostri Iesu Christi sit cum omnibus vobis.*

Su partida no fue tan escandalosa como la de Raimon porque su mula no daba para muchas florituras ecuestres y, por otro lado, su edad tampoco le permitía cabalgar con la soltura de antaño.

Azalaïs de Massabrac se quedó ante la casona hasta que perdió de vista al grupo de jinetes. Siempre que se despedía de alguien le acometía la inquietante sensación de que jamás lo volvería a ver, y eso la sumía en una aplastante melancolía que cada vez se le hacía más difícil superar. Luego entró en la casa para reanudar su día a día ante el telar colocado en el mismo salón donde los ancestros de su marido celebraban las grandes ocasiones o festejaban el buen resultado de una jornada de caza, inundando la vieja casona de risas y cantos que ya casi ni recordaba como sonaban. Miró a su alrededor y fue incapaz de recrear en su memoria el acogedor aspecto que tenía la estancia, ahora deslucida, casi vacía y oscura. El opresivo ambiente hizo que finalmente los ojos se le llenaron de lágrimas.

Capítulo 2

Roma, finales del invierno de 1233

Los tres frailes estiraban el cuello cada vez que la enorme puerta de roble se abría para dar paso a algún funcionario con cara de ratón cargado con enormes legajos de cuero amarillo de donde pendían racimos de vistosas vitolas con sellos de lacre, plomo o cera. Más de cuatro horas llevaban esperando en aquella gélida galería por la que circulaba un frío glacial que los tenía completamente ateridos, y solo el autocontrol desarrollado por años y años de vida monástica les permitía permanecer casi inmóviles en los minúsculos taburetes que les habían facilitado para hacer la espera menos penosa. Cuando la puerta se cerraba volvían a hundir sus tonsuradas cabezas en los cuellos de los burdos hábitos blancos que vestían, retomando de nuevo en el paternóster interrumpido por enésima vez.

Habituados a ser ellos los que hacían esperar a las visitas, les resultaba bastante enojoso tener que estar durante horas viendo pasar funcionarios y religiosos de todo tipo por delante de ellos sin molestarse en dirigirles ni una mirada. Era evidente que la presencia de tres hermanos predicadores en la Santa Sede era algo completamente irrelevante para aquella legión de hormigas clericales que no paraban de ir de un lado a otro a toda velocidad, y en sus magines renegaban de la hora en que su santidad los había citado para que acudieran a su presencia por asuntos de gran importancia los cuales, como era habitual en esos casos, permanecían en el más absoluto secreto hasta que el mismo papa fuese el que los expusiera.

Ya estaban medio adormilados cuando, por fin, la cabeza de un joven franciscano se asomó por la puerta. El dueño de la cabeza siseó para llamar la atención de los tres ateridos frailes que, a aquellas horas, sentían como el hambre se sumaba a la larga lista de sensaciones desagradables que venían padeciendo desde que llegaron a la Santa Sede después de laudes. Entumecidos por casi cinco horas de inmovilidad, se levantaron haciendo crujir sus piadosas osamentas y avanzaron en fila india hacia la imponente y ávida puerta que no paraba de tragar y expulsar gente por ella. El franciscano se hizo a un lado para franquearles el paso mientras inclinaba la cabeza con actitud reverente. A continuación se situó delante de la pequeña comitiva y los guió con paso parsimonioso a través de varias estancias en las que una legión de escribas, pendolistas y encuadernadores se afanaba en poner al día,

organizar y archivar la extensa correspondencia papal. Tras un paseo de cinco minutos llegaron a otra puerta, pero esta mucho menos pretenciosa. El franciscano se detuvo ante ella como si un arcángel fuera el portero. Casi acariciándola con los nudillos, llamó una sola vez.

-*¡Licet!*- respondió una voz desde el interior, apagada por el murmullo producido por los cálamos rasgando los pliegos de pergamino y de grueso papel de lino.

El hombre accionó el picaporte de la puerta, abrió e, iniciando una nueva reverencia, hizo un gesto a sus acompañantes para que entrasen, tras lo cual volvió a cerrar y desapareció tan silenciosamente como había llegado.

En el gabinete reinaba una atmósfera completamente distinta. Las paredes estaban cubiertas con reposteros que aminoraban la sensación de frío del ambiente, y en dos chimeneas de piedra ardían grandes leños que despedían un reconfortante calor. Adosadas a las paredes había varias estanterías atestadas de legajos, papeles, rollos de pergamino y libros encuadernados con tapas de madera forrada de cuero. Todos a una, los tres inquisidores avanzaron hasta una austera mesa situada junto a una ventana en la que un anciano vestido con un modesto hábito de lana cruda los miraba con el ceño fruncido. Su cabeza casi calva la cubría con un birrete rojo orlado de armiño que, junto a sus pobladas barbas blancas, solo permitían ver una nariz prominente y unos ojos oscuros que brillaban como las ascuas que se consumían en las chimeneas.

Uno a uno, los visitantes fueron rindiendo pleitesía al anciano. Éste les tendió una mano sarmentosa en cuyo dedo índice brillaba un anillo de oro con el sello pontificio, el cual fue besado reverentemente por los tres visitantes tras hincar una rodilla en el frío suelo del gabinete.

-*Benedico vobis*- murmuraba el anciano cada vez que le besaban el anillo, amagando al mismo tiempo una bendición de circunstancias sobre la cabeza de cada invitado.

Junto a él se erguía un hombre vestido de rojo de unos cuarenta años que se presentó nada más terminar la salutación.

-Soy Jean de Bernin, obispo de Vienne y legado pontificio- informó con una voz suave, casi acariciante-. Ruego al de mayor rango se sirva presentar a vuestras paternidades a su santidad.

-Santidad, soy Raymond de Fauga, obispo de Tolosa- dijo uno de ellos adelantándose y haciendo una nueva reverencia-. Atendiendo al mandato de vuestra santidad, hemos acudido lo más prestamente posible a vuestra

presencia.

-Sea bienvenida vuestra paternidad- saludó Bernin inclinando un poco la cabeza.

Fauga se hizo a un lado para presentar a sus acompañantes, a los cuales fue señalando con la mano extendida a medida que los nombraba.

-Este es Guillaume Arnaud, de Montpellier. Este es Pèire Seila, de Tolosa, uno de los primeros en seguir al bienaventurado Domingo de Guzmán- enumeró Fauga con parsimonia.

Tras la presentación, los tres frailes permanecieron ante el anciano con las manos metidas en las amplias mangas de sus hábitos y con las cabezas gachas, esperando en silencio a que tomara la palabra.

-Sed bienvenidos, hijos míos- saludó el papa Gregorio esbozando una leve sonrisa que quedó oculta bajo su espesa barba-. Nos complace que hayáis obedecido con tanta presteza porque, ciertamente, la situación en el Languedoc es muy preocupante. Sabemos de los esfuerzos que realizáis para mantener la pureza de la fe en aquellas tierras dejadas de la mano de Dios, así como de la incuria y la poca resolución de los nobles occitanos a la hora de reprimir como sea la proliferación de esos enemigos de la fe. A pesar del esfuerzo llevado a cabo hace casi treinta años por nuestro tío, el buen Inocencio de bendita memoria, no hemos sido capaces de erradicar de una vez por todas las herejías. Sé que vuestra labor no es fácil y que no contáis con el apoyo de la nobleza ni del pueblo, e incluso el de algunos clérigos que no sabemos si es que son demasiado tolerantes con esos adoradores del Maligno o que, tal vez, incluso pertenecen secretamente a su diabólica secta. Por eso, buen Raymond, os preguntamos: ¿tan difícil es dar con los herejes? ¿Cómo es posible que tras tantos años no haya sido posible acabar con esa infección?

Fauga, que había ido asintiendo en silencio cada aseveración del pontífice, antes de responder prefirió digerir aquellas fáciles pero, a la par, complejas cuestiones que le había planteado Clemente porque, ante todo, no quería dar a entender que, además de verse impotente a la hora de reprimir la herejía, no sabía siquiera los motivos por los que tras varias décadas de persecución aún no había podido ser erradicada del Languedoc.

-Santidad, el problema va más allá del apoyo tácito o real que puedan tener los infectados- explicó rememorando todo lo acaecido en los últimos tiempos-. Hace unos años era relativamente fácil distinguirlos por sus costumbres: nunca comían carne, vestían siempre de negro, ceñían su ropa con

un cingulo de lino, no se casaban, no tenían hijos y se dejaban crecer la barba y el pelo. Pero esos hábitos los cambiaron de forma que ya no es posible diferenciarlos de cualquier vecino, y si a eso le sumamos el hecho de que, como su santidad bien afirma, tienen el apoyo de sus señores y de gran parte de la población, es casi imposible que los inquisidores puedan señalarlos. Por otro lado, santidad, sus falsos obispos se han vuelto extremadamente cautos. Ya no se aventuran a predicar sus herejías en público, ni administran el *consolamentum* a cualquiera como no sepan a ciencia cierta que se trata de uno de sus *creyentes*. En definitiva, santidad, los infectados están incrustados en el Languedoc como una garrapata en el pellejo de un perro, y con los recursos de que disponemos es muy difícil acabar con esa plaga. Ni siquiera el bendito Domingo, fundador de nuestra orden de predicadores, pudo purificar a esos enemigos de Dios y de la única y verdadera fe católica.

Gregorio asintió en silencio, meditando lo dicho por Fauga.

-La fidelidad de la nobleza del Languedoc para con nos es vital, hijo mío-dijo por fin-. Supongo que estáis al tanto de los quebraderos de cabeza que nos produce el emperador Federico, al cual levantamos la excomunión que pesaba sobre él desde hacía años sin que hasta ahora haya cumplido las promesas que nos hizo. No podemos estar constreñidos por las constantes tribulaciones que nos producen los herejes teniendo que bregar con ese anticristo. No podemos consentir que el Languedoc se convierta en una úlcera que se extienda por toda la Europa porque eso nos debilitará hasta el extremo de que ese malvado que se vanagloria de ser el asombro del mundo se adueñará de toda Europa, haciendo y deshaciendo a su antojo. No estamos dispuestos a seguir tolerando que los nobles occitanos miren para otro lado o, lo que es peor, se enfrenten a nos y a la Santa Madre Iglesia y, en definitiva, no permitiremos que esa horda de Satán se convierta en la gangrena que acabe por infectarlo todo y a todos. ¡Hay que amputar como sea ese miembro pútrido y limpiar así el resto del cuerpo antes de que sea tarde!

Gregorio, que a pesar de su edad seguía siendo un hombre enérgico, se fue exaltando a medida que exponía sus razones, acabando su discurso casi a gritos. Una leve tos cascada le hizo detenerse para dar un sorbo de la copa con vino aguado que tenía en la mesa. Respirando hondo, retomó la palabra.

-Nos negamos a que nuestro pontificado sea señalado en el futuro como el que permitió la proliferación de la herejía más perniciosa desde que Nuestro Señor Jesucristo fue encarnado- gruñó carraspeando-. Si la labor de los

inquisidores es desoída y los intentos de la Santa Iglesia por acoger a sus hijos desviados no dan el fruto deseado, tiempo es de cambiar de proceder.

Un nuevo ataque de tos interrumpió al anciano pontífice, el cual hizo un gesto con la mano a Bernin para que prosiguiera él.

-Durante varios días, su santidad y yo hemos estudiado este asunto en profundidad- prosiguió el legado con su voz apacible-. Está claro que los debates a los que tan aficionado era el bienaventurado Domingo y a los que tanto esfuerzo dedicó, no han servido para erradicar la infección por lo que, según ha decidido su santidad, debemos acometer esta empresa con métodos más expeditivos. Si no podemos persuadir al pueblo por las buenas, tendremos que hacerlo por las malas. Ya lo dicen los Proverbios: el que escatima la vara odia a su hijo, más el que lo ama lo disciplina con diligencia. Por lo tanto, la Santa Iglesia tiene la obligación de reconducir a sus hijos aún con el dolor y la pena que supone penitenciarlos.

Los tres predicadores asintieron en silencio, admitiendo que las buenas palabras, los interminables debates y el afán de persuadir a los herejes habían sido un esfuerzo baldío. Los *buenos hombres*, como ellos se denominaban, estaban tan convencidos de tener en su poder la verdad absoluta que ni las peores amenazas eran capaces de hacerles cambiar de opinión, y solo algunos de ellos, seguramente por cobardía, cedían ante la presión de la Iglesia si bien en muchos casos solo lo hacían para librarse del castigo.

-¿Tenéis alguna duda al respecto?- intervino Gregorio.

-Con el permiso de su santidad, deseo hablar- respondió Arnaud doblándose por la cintura como si fuera una bisagra. Un gesto del papa le hizo saber que tenía la venia-. Como bien ha dicho monseñor el obispo de Tolosa, esos lacayos de Satanás se han vuelto muy astutos y es muy difícil distinguirlos de los buenos cristianos. Pero colijo que lo que de verdad les permite actuar con impunidad es el convencimiento de que nadie los denunciará. Se pasean por las calles sabiendo que la gente los conoce, luego saben también que no serán delatados. El hecho de no estar infectado no quiere decir nada ya que, en muchos casos, se trata de parientes a los que no quieren señalar.

-¿A tal grado de complicidad se ha llegado?- interrumpió Bernin-. ¿Es posible que haya cristianos que miren para otro lado y se nieguen a colaborar con los inquisidores?

-Es un hecho, monseñor. Y eso no es nuevo. Hace ya muchos años que venimos observando ese comportamiento sin que podamos hacer nada para

impedirlo. Carecemos de poder coercitivo. Los nobles, junto a sus magistrados y sus prebostes, prefieren no contristar a la población ya que, en muchas ocasiones, ha habido asonadas a causa de las delaciones. Considerad que el Código de Justiniano por el que se incoan los procesos por herejía es extremadamente garantista. El acusado sabe quién le ha denunciado, lo que coarta al delator tanto en cuanto éste temerá las represalias de sus parientes, amigos o correligionarios. A eso debemos añadir que los tribunales eclesiásticos se ven coaccionados por la misma causa y, en muchos casos, los mismos cónsules de las ciudades se oponen a sus sentencias. En definitiva, monseñor, carecemos de autoridad en una tierra en la que la herejía está tan extendida que incluso hay párrocos que contemporizan con los infectados. Por lo tanto, ¿cómo podemos actuar de forma más expeditiva tal como ordena su santidad? Supondría exponernos a las iras de la plebe para no conseguir nada.

-No hace mucho, en Les Cassés, a unas doce leguas al mediodía de Tolosa, fue asesinado en su propia casa un buen católico que delató a uno de esos herejes- intervino Seila, que no había dicho nada aún-. Lo encontraron literalmente convertido en un colador de tantas cuchilladas como recibió. En Laurac, uno de los sargentos de monseñor el conde Raymond fue ahorcado en plena calle por un grupo de infectados deseosos de vengar la detención de varios de sus conmitones, y antes de partir tuvimos noticia de que en Cordes han asesinado a dos hombres tirándolos a un pozo. Esto es solo un ejemplo porque la lista de desafueros que os puedo hacer es larguísima. Quizás yo pueda hablar con más conocimiento de causa que mis hermanos por haberme visto premiado con la amistad que me brindó el bienaventurado Domingo, así como haber tenido el privilegio de escuchar su portentoso verbo. Y por eso mismo, porque vi con mis ojos la abnegada labor que llevó a cabo por redimir a esas alimañas, sus infinitos anhelos por hacerlos retornar al seno de la Santa Iglesia y, por ello, ver igualmente como murió con el sinsabor del fracaso por no haberlo logrado, es por lo que coincido plenamente con lo dicho por su santidad. O metemos en cintura a los infectados o la gangrena del Langedoc se extenderá por toda Francia, y luego por Italia, Aragón, Castilla, Portugal e incluso el imperio. Si eso sucede, la Santa Iglesia se verá en serias dificultades.

Los acompañantes de Seila asintieron con firmeza apoyando lo dicho.

-Autoridad es lo que necesitamos, santidad- insistió Arnaud-. Sin autoridad no solo estamos a merced del populacho, sino también vendidos ante los

nobles y los burgueses que se niegan a colaborar con los mandatos de la Santa Iglesia. Las cuevas del Sabarthés se han convertido en nidos donde esos herejes hacen proselitismo entre los campesinos sin que los prebostes se atrevan a poner un pie por allí por miedo a las represalias, y muchos nobles les permiten el acceso a sus castillos porque entre sus criados o su guarnición hay infectados deseosos de escuchar las blasfemias con que sus falsos obispos contaminan sus almas.

Los discursos de Seila y Arnaud hicieron que el rostro de Gregorio se tornase colorado como la grana, y que una vena de la frente se le pusiera de un dedo de gruesa. Con las mandíbulas apretadas y sofocado por la cólera que sentía tuvo que hacer un notable esfuerzo para dominar su enérgico carácter antes de tomar de nuevo la palabra.

-¡Basta pues!-exclamó con furia dando una palmada en la mesa-. Si la nobleza no se aviene a colaborar, preciso es pasar por encima de su autoridad. Y si los prebostes se niegan a prestar su ayuda, tiempo es de que los siervos de la Santa Iglesia dispongan de la protección que su ministerio requiere. Para ello, emitiremos una encíclica que será leída en todas las iglesias del Languedoc, y el conde Raymond recibirá de nos un breve por el que deberá comunicar a sus vasallos que los inquisidores están por encima de su autoridad y que, bajo pena de excomunión, cualquiera que se oponga a los dictados y sentencias del Santo Oficio caerá en entredicho. Se hará saber a los buenos católicos que deben denunciar a cualquier infectado aunque sea su padre o su hermano, y que ocultarlos les hará tan culpables de herejía como ellos. Y lo más importante: desde ese momento, el brazo secular dejará de ser el ejecutor de las sentencias y, del mismo modo, los tribunales eclesiásticos ya no tendrán potestad para intervenir en los casos de herejía, que quedarán exclusivamente bajo la competencia de los inquisidores. Dichas sentencias serán inapelables, y ni el mismo rey de Francia podrá oponerse a ellas bajo pena de excomunión. Y para proteger las vidas de los hombres que sirven a Cristo, el conde Raymond y demás nobles del Languedoc deberán facilitar a cada inquisidor una escolta de hombres de armas cuya fe y fidelidad para con la Santa Iglesia y con nos esté por encima de todo comentario.

-¿Y si monseñor el conde Raymond no se presta a colaborar por entero?- quiso saber Seila-. Siempre se ha mostrado bastante indolente a la hora de someter a los infectados.

Gregorio, acometido por otro ataque de tos, hizo un gesto a Bernin para que

respondiera.

-El conde Raymond no se atreverá a oponerse a los mandatos del vicario de Cristo- sentenció el legado-. Su poder ya no es tan relevante como lo era el de sus abuelos, y la guerra que le ha hecho la reina regente durante años tanto a él como al conde de Foix ha acabado convirtiendo sus dominios en un páramo. Ha visto sus tierras arrasadas, ha sido humillado como lo fue su padre, fustigado en París ante la plebe por sus felonías, y gran parte de las antiguas posesiones del condado de Tolosa le han sido arrebatadas.

-¡Raymond de Saint-Gilles ya no es nadie!- interrumpió Gregorio con furia tras superar su ataque de tos. Su rostro se había convertido en una máscara de color violáceo, y sus pobladas cejas fruncidas le daban el mismo aspecto que aquellas representaciones del Altísimo en las que amenazaba a los fieles desde los tímpanos de las puertas de las iglesias con su ira divina-. Ya sabe lo que es enfrentarse a la Santa Iglesia y al rey, y si no se ha visto emparedado en una mazmorra de por vida es por su parentesco con la reina regente y por estar casado con una infanta de Aragón. Pero lo más importante es que juró ayudar a acabar con la infección, y si su actitud sigue siendo igual de ambigua como antaño se expone a ser nuevamente excomulgado y, lo que seguramente le dolerá más, ver sus menguadas posesiones invadidas otra vez por la hueste regia. Y si sus vasallos muestran la misma permisividad, pondremos en entredicho las poblaciones cuyos vecinos apoyen la infección tanto por acción como por omisión, negándose la administración de los santos sacramentos a todos y cada uno de ellos, así como la sepultura en sagrado. Tiempo tendrán cuando ardan en el infierno por toda la eternidad de arrepentirse de sus felonías.

-¿Y cómo aumentar el número de denuncias?- preguntó Seila, cuyo fervor podía ser confundido fácilmente con un desmedido fanatismo-. Mucha gente no da cuenta de lo que saben por temor a las represalias de los familiares de los infectados.

-Pues como se han comprado las fidelidades desde tiempos inmemoriales, hijo mío- respondió Gregorio esbozando una torva sonrisa en su rostro amarotado por la ira-: con dinero. Bastará con hacer saber que se gratificará a los que denuncien a un infectado o a sus cómplices, y más aún si añadimos que los bienes del hereje serán confiscados y repartidos por igual entre el delator, el rey y la Santa Iglesia. Además, esa medida aplacará a los nobles que aún sientan afecto por ellos ya que se exponen a verse como los *faidits* que fueron

privados de sus posesiones, empezando por el mismo conde Raymond, su padre, los Mirapeis o los Trencavel.

-Así pues, ¿todo esto supone tener carta blanca, santidad?- preguntó Arnaud, que ya se relamía al pensar en la larga lista de albigenses que sabía se paseaban impunemente por los dominios de su atribulado señor.

-Esto supone, hijo mío, que nadie, ni el mismo rey de Francia, se atreverá a cuestionar vuestra autoridad, y sólo deberéis responder ante nos o ante nuestro legado- respondió hablando muy despacio el papa mientras que con su sarmentoso dedo índice golpeaba suavemente el borde de la mesa-. Hoy mismo daremos instrucciones para que se redacten los documentos que acrediten vuestras nuevas atribuciones, los cuales os permitirán abrir todas las puertas y actuar en todo momento a vuestro albedrío sin que nadie ose interponerse. Así mismo, el conde de Tolosa y los nobles que le rinden vasallaje recibirán sendos breves en los que les haremos saber nuestra decisión, la cual deberán acatar en todo momento. ¿Alguna duda?

Los frailes negaron en silencio.

-En ese caso, retiraos ya, hijos míos. Nuestro legado os hará saber cuando esté todo dispuesto. Partid sabiendo que contáis con toda nuestra confianza, y que nuestras plegarias os ayudarán a culminar esta misión que os encomendamos para bien de la Santa Iglesia.

Los tres predicadores se inclinaron al unísono para recibir de nuevo la bendición del furibundo anciano, besarle el anillo y despedirse del legado con una inclinación de cabeza. Tras la entrevista buscaron el refectorio porque ya era media tarde y no habían probado bocado desde el frugal desayuno consumido a toda prisa tras los oficios de laudes. Como la regla les impedía hablar mientras comían no dijeron una sola palabra hasta que, tras el rezo de vísperas, pudieron mantener un pequeño cónclave para cambiar impresiones sobre la entrevista mantenida con el pontífice.

-La tarea que nos han confiado es abrumadora, hijos míos- sentenció Fauga moviendo la cabeza, como dudando de su capacidad para salir airoso de la misión encomendada.

-Más abrumador fue el peso de la cruz que nuestro Señor Jesucristo tuvo que llevar por nosotros, monseñor obispo- replicó Seila que, antes de amilanarse, se había crecido bastante.

-Parece vuestra paternidad muy seguro de su capacidad.

-Mi seguridad radica en mi fe, monseñor.

-No lo dudo, pero el problema no está en la fortaleza de nuestra de fe, sino en la del conde Raymond, en la incuria de los prebostes o en la insultante complicidad de los cónsules y los burgueses para con los infectados.

-Perded cuidado, monseñor- apoyó Arnaud-. Estando libres del Código de Justiniano, acorralar a esos herejes será cosa fácil. En pocos meses podremos doblegarlos.

-Que Dios os oiga, hijos míos- suspiró Fauga, que sabía que cuestionar a sus dos conmlitones era inútil.

-Nos oirá, monseñor.

Los dos inquisidores, muy reconfortados por los nuevos poderes otorgados por Gregorio, mostraron tanta prisa por volver a Tolosa que convencieron al obispo para realizar el viaje por mar. En Ostia fueron aceptados en un leño que partía hacia Marsella con un cargamento de salazón que impregnaba todo el barco con un penetrante olor a pescado rancio. La travesía la dedicaron, entre vomitona y vomitona a causa del hedor que manaba de la bodega mezclado con los vaivenes de la nave, a confeccionar una minuciosa lista de herejes reconocidos, de sospechosos de serlo y de posibles delatores que, convenientemente aleccionados, les servirían para iniciar una avalancha de denuncias que mostrarán a las poblaciones del Languedoc que la permisividad se había acabado, y que ya no les valdría de nada la complicidad de los vecinos o del mismo conde Raymond para librarse de la ira de Dios. Todos pagarían por sus pecados.

Capítulo 3

La llegada de Seila y Arnaud a Tolosa fue de todo menos discreta. Los dos inquisidores, deseosos de hacer saber a la población de que los tiempos de permisividad habían acabado, entraron por una de las puertas de la ciudad camino de la catedral precedidos por una comitiva de frailes que iban entonando himnos con su monótona cantinela. La procesión la encabezaba un forzudo fraile enarbolando una pesada cruz de bronce. Para darle más vistosidad la habían pulido como un espejo a base de frotarla con fina arena, y con su destellante aspecto parecía surgir de las tinieblas entre la densa y aromática humareda blanca que manaba de los incensarios que volteaban incansablemente los dos turiferarios que caminaban unos pasos por delante de ella. A continuación iban los inquisidores montados en sendas mulas repartiendo a diestro y siniestro miradas amenazadoras a modo de aviso al vecindario de lo que se les venía encima. Cerraba la comitiva una pequeña tropa de escribanos y secretarios seculares que para nada compartían el afán de protagonismo de los dos altivos predicadores, por lo que preferían caminar un poco cabizbajos para no atraer sobre ellos las miradas de la población.

Los tolosanos, perplejos ante aquel espectáculo, no dejaban de hincar la rodilla al paso de la fulgurante cruz de bronce para, a continuación, besar los cordones de esparto de los inquisidores mientras estos repartían bendiciones a diestro y siniestro sin dejar de vigilar a todo aquel que no hiciera lo propio, lo que los señalaba de inmediato como candidatos a ser interrogados como sospechosos de herejía. Con paso solemne, pero sin demorarse ni un instante, cruzaron la plaza y entraron en la catedral, dejando a todo el vecindario enormemente intrigado por la presencia de aquellos dos personajes. Pero los chismes y bulos que desde aquel mismo día se propalaron como una epidemia por toda la ciudad fueron rápidamente acallados porque, en menos de cuarenta y ocho horas, se supo el motivo de la visita de los inquisidores que, por cierto, ya traían consigo una lista bastante elaborada de algunos sospechosos de herejía, los cuales fueron inmediatamente citados para ser interrogados. Pero el verdadero objetivo de Seila y Arnaud no eran los simples *creyentes* o algún que otro católico simpatizante, sino los *perfectos* y, a ser posible, el heresiarca de Tolosa, de cuyos nombres no tenían ni idea gracias a la desidia mostrada desde hacía años por las autoridades de la ciudad, tanto civiles como religiosas, a la hora de perseguir a los infectados.

El escenario para los interrogatorios fue minuciosamente dispuesto para inspirar el máximo terror a los sospechosos. En una de las criptas de la catedral se habilitó una sala en la que, a modo de tribunal, se colocó una tarima en la que ambos inquisidores dominaban desde más de tres pies de altura al acusado, que se veía literalmente aplastado cuando se sentaba en un pequeño e incómodo taburete cuya patas eran tan cortas que parecían fabricadas para un crío, lo que les obligaría a permanecer prácticamente en cuclillas. A un lado de la cripta, encaramado sobre un elevado pupitre, un escribano tomaba nota de todo lo que allí se decía para, posteriormente y tras pasar a limpio las actas de los interrogatorios, engrosar la colección de legajos en la que se daba cuenta con pelos y señales de cada pregunta y su correspondiente respuesta, así como anotaciones al margen acerca de las reacciones físicas o gestos sospechosos de los interrogados ante preguntas especialmente comprometedoras.

Para aumentar el opresivo ambiente de la estancia, una bóveda casi negra a causa del hollín de los candiles y las antorchas se elevaba a tal altura que prácticamente quedaba sumida en la oscuridad, mientras que, sin embargo, la anchura de la habitación apenas daba para dos hombres con los brazos extendidos. A eso había que añadir que la única luz natural entraba por una angosta aspillera situada justo debajo de la bóveda, por lo que había que mantener encendidos constantemente algunos candiles de aceite que solo contribuían a hacer aún más siniestra la lóbrega cripta cuyos muros rezumaban tal cantidad de humedad que, con el paso del tiempo, se habían formado unas manchas oscuras que marcaban los sinuosos chorreones de agua que afloraban durante todo el año. Y por si todo ello fuera poco, varias lápidas adornadas con calaveras y tibias cruzadas cubrían prácticamente todo el suelo, de modo que si el interrogado bajaba la vista solo veía, a modo de inquietante presagio, las tumbas que albergaban las osamentas de los clérigos del cabildo y demás personal eclesiástico de la ciudad.

El desarrollo de los interrogatorios estaba cuidadosamente estudiado para que cuando el sospechoso se sentara en el mínimo taburete estuviera ya casi desmoronado psicológicamente a causa del miedo. De entrada, dos hombres de armas que parecían los guardianes del Averno se hacían cargo del detenido. Ambos habían sido seleccionados por su impresionante presencia física y sus extensas colecciones de cicatrices faciales que convertían sus curtidos rostros en dos máscaras deformadas. Con suavidad y sin hacer ningún gesto de

violencia, lo que paradójicamente inquietaba aún más a los detenidos, eran conducidos a la cripta sin dirigirles la palabra para nada ni responder a ninguna de sus preguntas. Cuando llegaban ante la roñosa puerta de viejo roble se limitaban a llamar dando un seco golpe con el puño, tras lo cual abría un sargento de armas que agarraba al preso y tiraba de él hacia el interior para, a continuación, cerrar dando un sonoro portazo. El haz de luz vertical que entraba por la aspillera hería los ojos del detenido, cegándolo momentáneamente mientras sentía que se le ponían de punta todos los pelos del cuerpo cuando el sargento de armas le plantaba la mano en un hombro y le empujaba hacia abajo obligándolo a sentarse.

A partir de aquel momento se iniciaba una interminable retahíla de preguntas que podía durar horas y horas sin que los inquisidores mostraran el más mínimo cansancio. De hecho, ni el escribano cesaba por un instante de rasgar el papel más que para hacer un gesto a su ayudante para que le afilase una pluma o le rellenase el tintero. Pero el interrogado sentía como sus fuerzas y su capacidad de concentración menguaban a medida que pasaba el tiempo. Las preguntas que le hacían se repetían de vez en cuando, pero formuladas de distinta manera de modo que le resultaba imposible recordar cada respuesta para no contradecirse. Muchos acababan derrumbándose cuando, con voz suave, casi amorosa, Seila le interrumpía y le decía casi sin mover los labios que antes había dicho justo lo contrario, o que había modificado tal respuesta.

-Repetid las preguntas y las respuestas, señor escribano- le decía al funcionario el cual se humedecía el pulgar con la lengua y buscaba con rápida precisión para, a continuación, entresacar los folios con las cuestiones solicitadas.

-Pregunta: *¿Alguna vez habéis tenido relación con un infectado?*
Respuesta: *No, nunca-* repetía con voz monótona el escribano mientras pasaba varios folios más-. Pregunta: *¿Qué hicisteis cuándo vuestro cuñado, acusado de herejía por el tribunal eclesiástico de Albi, os ofreció participar en la compra de unas tierras?* Respuesta: *No sé de qué me habláis, señor inquisidor, no tengo noticias de mi cuñado desde hace años.* Posteriormente, se hace la siguiente pregunta: *¿Es cierto que sois propietario de cuatro arpents de viñas?* Respuesta: *Cierto, y del fruto de ellas regalo todos los años a la Santa Iglesia diez quades como vino de consagrar.*

-Y ahora decidme- proseguía Seila esbozando una torva sonrisa mientras que de un legajo extraía un papel que mostraba al acusado cogiéndolo con dos

dedos, como si el documento pudiera contagiarle alguna enfermedad-, si tal como afirmáis nunca habéis tenido ningún tipo de relación con un infectado, ¿cómo es posible que en los archivos municipales exista la copia de un contrato de compra en el que aparecéis vos como copropietario de cuatro *arpents* de viña junto a vuestro cuñado, un tal Loís Boyer?

Generalmente, cuando los acusados se veían acorralados de esa forma empezaban a sollozar y a clamar pidiendo perdón, echando la culpa de todo a la presión ejercida por los infectados para adueñarse de la voluntad de los buenos católicos. Tras dejarlos desahogarse unos minutos, por fin venía el momento decisivo: obtener información verdaderamente útil, y no chismes y rencores entre vecinos o parientes.

-Si tal como decís habéis sido engañado, ahora tenéis oportunidad de redimir vuestros graves delitos- informaban los inquisidores adoptando una pose amistosa-. Dadnos nombres, hijo mío, decidnos quiénes son los enemigos de la Santa Iglesia, los que buscan su destrucción y la perdición de tu alma inmortal.

Casi siempre el acusado cedía sin más, aflojando la lengua y aportando tal cantidad de nombres que, en muchos casos, los inquisidores intuían que había añadido datos de gente que no tenía nada que ver con aquello con tal de librarse de un severo castigo. Tras culminar el interrogatorio, le imponían una multa o le obligaban a llevar cruces cosidas a la ropa durante un tiempo determinado, aparte de tener que cumplir una expiación espiritual en forma de ayunos, penitencias y privación de determinados placeres como beber vino o comer carne. Con todo, por dura que fuese una de esas sentencias siempre eran preferibles a acabar emparedado de por vida en el Muro, como llamaban vulgarmente a la prisión del Santo Oficio.

Al cabo de pocas semanas, la intensa labor inquisitorial de Seila y Arnaud ya había dado sus frutos, y tras purgar grandes cantidades de nombres irrelevantes o incluso inexistentes pudieron confeccionar una lista de los que verdaderamente suponían un peligro: los *perfectos* reconocidos, los diáconos y el obispo junto a sus Hijos Mayor y Menor. Todos ellos acudían con relativa frecuencia a Tolosa en el mayor de los secretos para predicar o impartir el *consolamentum* a algún moribundo. Ya solo era preciso establecer una red de chivatos competentes que los tuvieran continuamente informados de lo que se cocía en la ciudad. Estos soplones recibían el nombre de *exploratoris*, y su mayor acicate era lo mismo que ha movido al hombre durante siglos: el vil

dinero, las primas que en este caso obtendrían por cada denuncia que llegase a buen fin, o sea, la condena del denunciado.

-Este es el primero que debe caer- informó Seila mostrando un papel a su colega-. Es el heresiarca de Agen, un tal Vigouroux de la Bacone.

Arnaud tomó el papel y lo leyó atentamente. Aquel nombre había aparecido en decenas de declaraciones, si bien no había unanimidad en lo referente a su rango ya que, mientras unos afirmaban que era un *perfecto*, otros aseguraban que era el obispo.

-Al parecer, solo viene por aquí en contadas ocasiones, especialmente a predicar a los suyos. Antes vivía en Bas-Quercy, pero por lo visto hace tiempo prefirió quitarse de en medio por si acaso- explicó Seila a su colega.

-¿Cómo podemos entonces dar con él?- quiso saber Arnaud-. Está claro que si ni los mismos infectados lo saben, pocas posibilidades tenemos.

-No se preocupe vuestra paternidad- replicó Seila encogiéndose de hombros-. Más temprano que tarde tendrá que acudir a Tolosa, y le estaremos esperando. Mientras tanto irán cayendo los *perfectos* que ya sabemos donde viven para, finalmente, hacer un escarmiento que deje paralizados a los infectados de la comarca en cuando podamos echarle el guante a tal Vigouroux. Una buena pira donde ardan el heresiarca y sus más allegados colaboradores será un buen comienzo.

La suerte se puso del lado de los inquisidores porque al cabo de dos semanas hizo acto de presencia un *explorator* bastante agitado por la noticia. Bajó dando trompicones hasta la cripta donde Seila y Arnaud seguían cotejando interrogatorios y listas de nombres y, tras pedir la venia y besarles el cordón del hábito a ambos, los puso al corriente de las nuevas entre jadeos y resoplidos.

-¡El heresiarca!- resollaba con los ojos muy abiertos-. ¡De la Bacone, monseñor!

-¡Qué...!- le apremió Seila, que se levantó de su poltrona como impulsado por un resorte.

-¡La semana que viene, monseñor!- farfulló el *explorator*-. ¡La semana que viene viajará hasta aquí! ¡Viene a predicar!

Seila y Arnaud se miraron intensamente. Por fin podrían empezar a recoger el fruto de tantas horas y días metidos en aquella lóbrega cripta dedicados a llevar a cabo interminables interrogatorios.

-Serénate, hijo mío- le exhortó Arnaud al *explorator*-. Recupera el aliento

antes de proseguir.

Pero el hombre negó con la cabeza, como si pensara que otro le podía arrebatarse la ocasión de ser el primero en dar la gran noticia.

-Dentro de cinco días, monseñor, el heresiarca vendrá acompañado de varios *perfectos* y sus dos Hijos.

-¿Dónde tendrá lugar la prédica?- quiso saber Seila, al que la ansiedad había convertido en ascuas los ojos.

-En casa de un tal Leblanc, monseñor.

-Leblanc, Leblanc...- murmuró Seila mientras se ponía a revisar un listado de nombres-. ¡Aquí está! ¿Es un talabartero quizás?

-Sí, monseñor, creo que sí.

-¿Quién es ese Leblanc?- quiso saber Arnaud.

-Un *creyente*- informó Seila-. Aparece como tal en una docena de testimonios. Geoffroi Leblanc, talabartero, de unos treinta años. Su mujer Alix también es *creyente*.

-Tu dedicación merece una recompensa acorde a tus méritos, mi buen Enguerrand- dijo Arnaud al *explorador*-. Prosigue tus pesquisas y averigua la hora exacta en la que tendrá lugar la prédica del heresiarca, y si logramos arrestar a todos los que acudan a la misma añade diez marcos de plata a los dos que obtendrás por cada uno de los infectados que acaben en el Muro o en la pira.

El *explorador* hincó la rodilla en el suelo y besó nuevamente el cordón del hábito de Arnaud mientras que este le ponía la mano izquierda en la cabeza como si fuera su lebril predilecto tras agarrar una liebre y le echaba una bendición con la otra. Cuando Enguerrand se marchó, ambos inquisidores se sintieron repentinamente agotados, como cuando tras un largo tiempo sometido a gran tensión esta remite de golpe.

-Ojalá Dios nuestro Señor nos permita llevar a cabo la redada- murmuró Arnaud juntando las manos y elevando la vista a la bóveda de la cripta-. ¿Creéis que deberíamos poner al corriente de esto al legado o al conde Raymond?- preguntó muy alterado de repente.

-¡Ni lo sueñe vuestra paternidad!- negó Seila con vehemencia-. ¡Y menos aún al conde, del que no me fio un pelo! Nadie, repito, nadie debe saber una palabra de este asunto, fray Guillaume. Los infectados tienen tantos oídos y ojos como nosotros o puede que incluso más, así que no podemos arriesgar el éxito de la redada propalando el secreto. Solo en la víspera solicitaremos al

conde la ayuda de varios hombres de armas al mando del preboste, ya veremos con qué excusa. Y solo cuando lleguemos ante la puerta de la casa de ese Leblanc se informará al preboste de los motivos de dicha redada. No podemos permitir que el heresiarca escape, porque entonces se esconderá en las cuevas del Sabarthés y desaparecerá como si se lo hubiera tragado la tierra, y nunca mejor dicho.

-Sea como vos decís, fray Pèire- aceptó Arnaud-. *Silentium est aurum.*

En las afueras de Tolosa, la masa de vecinos que habían asistido a la quema de Vigouroux de la Bacone, sus dos Hijos y una docena de *perfectos* de ambos sexos empezó a disolverse lentamente una vez que la enorme pira se había convertido en un montón de brasas malolientes. Un hedor a carne quemada flotaba en el ambiente y el humo, espeso y de un color blancuzco, contenía miles y miles de pavesas en forma de escamas que flotaban en el aire como extraños insectos sin rumbo. Era lo que quedaba de los quince herejes que, como era habitual, se habían negado en redondo a abjurar de su fe y se habían aupado en la pira como quien se sube a un tejado para repararlo.

Un sargento apremiaba a sus hombres de armas para que esparcieran las cenizas. Estos, provistos de azadas y palas, terminaban de machacar los rescoldos y los restos de osamentas que el fuego no había logrado destruir por completo. Luego, como si aventasen la mies en la era, lanzaban al aire paletadas de cenizas que se mezclaban con las pavesas y que el viento se encargaba de hacer desaparecer para siempre.

Al cabo de un rato, cuando del suplicio solo quedaba una enorme mancha negra en el suelo, un mozalbete desgarrado y con las piernas como virotos de ballesta aún permanecía absorto, rememorando por enésima vez la imagen de los herejes en el instante en que las llamas los alcanzaron. Le producía un sádico placer contemplar como las condenadas quedaban momentáneamente desnudas cuando les ardía la ropa impregnada en brea para, a continuación, ser envueltas en el voraz fuego mientras daban aullidos. Porque, eso sí, aunque los infectados aceptaban de buen grado su horrible destino, su fe no era capaz de impedir que soportaran su suplicio sin abrir la boca como si de un Mucio Scévola se tratara. O sea, que si el humo no los asfixiaba antes de que las llamas los alcanzasen de lleno, los alaridos de aquellos desgraciados se escuchaban a media legua de distancia ante la rechifla de los presentes que, con la crueldad de la que a veces hace gala el ser humano, les tiraban puyas e insultos que más ofendían a los amigos y parientes presentes en la dantesca

escena que a los reos ya que estos, lógicamente, no se enteraban de otra cosa que de sus propios alaridos.

Aún seguía con la mirada perdida recreando una vez más el suplicio cuando una voz firme lo sacó de sus ensoñaciones. Sobresaltado, se dio la vuelta para darse de narices con el poderoso pecho de una enorme mula.

-¿Qué haces ahí como un pasmarote, zagal?- preguntó Pèire Seila al muchacho desde lo alto de su montura. Este, al ver al fraile acompañado de un secretario, un escribano y media docena de hombres de armas sintió como se le ponían de punta los pelos del cogote.

-Nada, monseñor. Miraba, nada más- musitó con la cara repentinamente blanca.

Había escuchado el sermón previo al suplicio que había dirigido aquel fraile al vecindario, y se había quedado muy impresionado tanto por su persuasivo verbo como por su determinación a la hora de mandar a la hoguera a aquellos herejes.

-¿Qué es lo que mirabas?- insistió el inquisidor deteniendo su mula y mirando de arriba abajo al muchacho.

-Como ardían los infectados, monseñor.

-¡Ajá! Ya sabes pues lo que les espera a aquellos que se enfrentan a la Santa Iglesia. ¿Eres acaso pariente de alguno de los reos?

-¡No, monseñor!- exclamó el muchacho santiguándose tres veces seguida-. ¡Dios me libre de tener relación con esos enemigos de la fe!

Seila lo miró de reajo porque sabía sobradamente que solo los *perfectos* reconocían su pertenencia a la secta. Los simples *creyentes* siempre intentaban eludirlo recurriendo a respuestas ambiguas o negándolo sin más de forma muy vehemente.

-¿Seguro que no? ¡Júralo!- exhortó sabiendo que los infectados tenían terminantemente prohibido jurar.

-¡Os lo juro por la memoria de mi padre, que sirvió al buen señor de Montfort durante la cruzada contra esa chusma hereje!- exclamó el muchacho.

Seila asintió esbozando una leve sonrisa con su fina boca que parecía no tener labios.

-¿Cómo te llamas?- le preguntó adoptando una actitud más amistosa-. ¿Eres de Tolosa? ¿A qué te dedicas?

-Pierre Sabatier, monseñor. Soy de Saissac, y me ganaba la vida como aprendiz de cantero hasta que un sillar aplastó al *magister petrum* enhoramala

y se disolvió la cuadrilla- explicó el muchacho.

-¿No pudiste unirme a otra?

-No, monseñor- explicó el muchacho-, solo admiten aprendices que aporten referencias y lleguen recomendados por alguien del gremio. Los oficiales de la mía se largaron a Alemania, donde hay trabajo de sobra, pero yo no quise irme a esa tierra lejana. Se enojaron conmigo y se fueron sin dejarme una carta de recomendación así que nadie puede responder por mí, por lo que ningún *magister* me aceptará en su cuadrilla.

-¿De qué vives pues?

-De lo que puedo, monseñor. Hago recados, llevo mensajes, y cuando es el tiempo recojo setas, higos, castañas y nueces que luego vendo en el mercado.

Los ojos de Seila brillaron por un instante.

-Por lo que me dices, deberás entonces conocer a mucha gente, ¿no?

-A todo el mundo, monseñor- afirmó Pierre-. Hasta a los infectados.

En ese momento, el muchacho se tapó la boca con los ojos repentinamente dilatados por el miedo. Sabía que bastaba la más mínima relación con un hereje para ser interrogado. Seila no pudo por menos que sonreír disimuladamente, muy satisfecho al ver que el temor que inspiraba la Inquisición era ya un hecho.

-Pero tú eres un buen católico, ¿verdad?- le preguntó en todo dubitativo adoptando una pose severa.

Pierre se tiró al suelo dominado por el pánico. Una mala palabra podía enviarlo para siempre al Muro.

-¡Monseñor, yo no tengo nada que ver con esa chusma!- sollozó-. ¡Yo soy un buen católico, os lo juro! *¡Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem factorem cæli et...!*- empezó a recitar a voz en grito porque sabía que los herejes solo conocían el Padrenuestro.

-Te creo, muchacho, te creo- le calmó Seila mientras que su séquito se reía disimuladamente al ver la reacción de aquel timorato canijo que lloraba desesperadamente tendido cuan largo era en el suelo tiznado-. Levántate, ya me has mostrado que no eres un infectado.

Las risas disimuladas se tornaron en estruendosas carcajadas cuando Pierre se puso en pie con toda la cara, las manos y la parte anterior del cuerpo ennegrecidos por completo. Una severa mirada de Seila bastó para callarlos a todos en un santiamén porque el inquisidor no solo era temido por los herejes y el pueblo en general, sino también por aquellos que le servían. El atribulado

muchacho se limpió con la manga, lo que le dejó el rostro maquillado por una abominable mezcla de hollín, mocos y lágrimas.

-Me vendría bien tener a mi servicio a alguien como tú, Pierre- prosiguió el inquisidor cuando el muchacho pareció calmarse-. Necesito gente que sepa moverse por la ciudad y que conozcan a cuantos más vecinos mejor. Vivirás en una casa decente, tendrás vestido, cama y sustento, y recibirás un estipendio por tus servicios cuando demuestres tu competencia. ¿Te interesa?

Pierre ni siquiera respondió. Se abalanzó hacia el inquisidor y se agarró al pie que tenía apoyado en el estribo para besárselo con más devoción que al de una imagen. Tras el denodado besuqueo le juró por todo lo que podía jurar que jamás se arrepentiría de contar con él, que daría la vida si era necesario por su nuevo señor, e incluso que arrancararía el corazón de cualquiera que le deseara algún mal. Seila lo empujó suavemente y le puso la mano en la cabeza.

-Espero que tu fidelidad no sea un canto de sirena, zagal, porque eso no solo te supondría convertirte en un perjuro, sino en un traidor, y ya sabes el trato que reciben los traidores. Sígueme, se leal y tu fortuna estará hecha.

Sin mediar más palabra, Seila golpeó los ijares de su mula con los talones y se puso en marcha. Pierre, con una sonrisa de oreja a oreja se puso al final de la comitiva sintiéndose muy importante y lanzando miradas de desafío a los labriegos con los que se cruzaban en el camino, los cuales se hacían a un lado para dejar paso libre al inquisidor y su séquito haciendo una profunda reverencia.

-Permitidme una pregunta, vuestra paternidad- dijo el secretario al inquisidor en voz baja mientras caminaba junto a su superior-. ¿Para qué necesitamos a ese vagabundo que seguramente se venderá al mejor postor?

Seila lo miró con cierto desdén, irritado por aquella pregunta cuya respuesta consideraba de una obviedad palmaria.

-Ese zagal lleva años pateándose a diario las calles de Tolosa. Conoce a los mercaderes, los cambistas, los artesanos y los burgueses ricos, por lo que es evidente que sabe quiénes son los infectados, sus simpatizantes y los que los protegen.

-¿Y cree vuestra paternidad que...?

-Creo, fray Benoit, que si dispusiera en cada ciudad de media docena de zagales como ese acabábamos con la infección en menos de un año. Porque, además, no solo conocen a todo el mundo, sino que no despiertan sospechas. ¿Aclarado?

El secretario asintió en silencio un poco avergonzado por haber cuestionado a su superior. Era evidente que la sagacidad del inquisidor superaba con creces la suya.

-No debéis olvidar, fray Benoit, que en los gremios de artesanos es donde se mueven la mayoría de los infectados- prosiguió Seila-. Hasta hace pocos años se dedicaban sobre todo al oficio de tejedor, por lo que podíamos controlarlos con menos dificultades. Pero ahora hay herejes entre los talabarteros, los toneleros, los barberos, los zapateros y, en definitiva, cualquier oficio que antaño no desempeñaban. De hecho, algunos de ellos son físicos o apotecarios, y muchas de las infectadas sirven como criadas en las casas de los *creyentes* adinerados, pasando de cara a la gente como buenas católicas. De ahí precisamente que hayamos creado una tupida red de espías y chivatos que nos ponen sobre la pista de esos enemigos de Dios.

-Ciertamente, vuestra paternidad no deja de asombrarme con la perspicacia de que hace gala- aduló el secretario-. No obstante, insisto en cuestionar la idoneidad de ese rapaz para actuar como delator. Al fin y al cabo, nada sabemos de él.

-¿No habéis visto su expresión de miedo, fray Benoit? Y si es un infectado, razón de más para reclutarlo ya que carece de presencia de ánimo para mantener su herejía. En cualquier caso, cuando lleguemos acompañadlo al Muro y que vea con sus propios ojos a lo que se enfrentan los enemigos de la Santa Iglesia. Diez minutos en ese antro le quitarán las pocas ganas que le puedan quedar por mantenerse fiel a su supuesta herejía. Sugeridle que varios de los que se pudren allí sufren el *inmuratio strictissimus*, la prisión perpetua. Eso le dará que pensar.

-¿Y dónde se alojará? Doy por sentado que deberá ser fuera del monasterio ya que, de lo contrario, nadie se fiará de él.

-Naturalmente que no. De hecho, ni siquiera nos interesa que entre en la ciudad formando parte de nuestro séquito. Decidle que se adelante y se presente de mi parte en casa de Quintín, el fabricante de hebillas. Él sabrá lo que tiene que hacer.

A pesar de que su vida no había sido precisamente un camino de rosas y que desde muy joven tuvo que zambullirse de lleno en la vorágine de la guerra, a

sus treinta y seis años el conde Raymond hacía gala de una madurez espléndida. Aunque no era ni alto ni bajo, su cuerpo fibroso gracias al constante ejercicio le proporcionaba una altiva esbeltez. Su rostro mostraba unos rasgos elegantes si bien su piel, blanca como la leche, restaba atractivo al ofrecer una apariencia un poco siniestra, rasgo este que se veía aumentado por unos ojos muy claros heredados de su madre y una larga y lacia cabellera negra, propia de su linaje pirenaico, que resaltaban aún más una palidez cadavérica que solo se alteraba cuando se enojaba, dando entonces paso a una tonalidad sanguínea.

Este era el aspecto que mostraba en aquel momento gracias al tormentoso acceso de ira producido por la lectura del breve enviado por la cancillería pontificia. Ante situaciones así afloraba el enérgico carácter de su padre, el fiero Raymond VI, y sometía la fría y calculadora doblez de los Plantagenet heredada de su madre Juana, hija del taimado y retorcido Enrique II de Inglaterra y Leonor de Aquitania, la emperatriz de las conspiraciones. Pero en esa ocasión se podría decir que su enojo estaba justificado porque estaba harto de la insaciable avidez de Roma. ¿Hasta cuándo le harían pagar el haber defendido sus tierras? ¿Acaso debía seguir siendo humillado una y otra vez por el apoyo prestado por su padre a los herejes? ¿No habían tenido bastante con convertir sus dominios en un erial tras décadas de guerra inmisericorde? ¿No les bastaba con haberlos reducido a una mínima expresión tras serles entregados a aquel energúmeno de Montfort, al que en buena hora reventaron la cabeza con un bolaño en el cerco a Tolosa hacía ya quince años?

A pesar de su cólera, el recuerdo del inopinado final del más enconado enemigo de su familia le hizo esbozar una torva sonrisa. En su memoria aún sonaba la letrilla que el pueblo, siempre tan inspirado a la hora de cantar sus miserias y sus glorias, compuso para celebrar la muerte del León de la Cruzada, como lo tituló el papa Inocencio:

*Montfort est mort,
Est mort, est mort!
Viva Tolosa
Ciotat gloriosa
E poderosa!
Montfort est mort,
Est mort, est mort!*

Tornan lo paratge e l'honor.

Recordaba a los chiquillos corriendo, dando saltos y cabriolas mientras se desgañitaban gritando sin parar “*Monfort est mort, est mort, est mort!*”, y a las mocitas ofreciendo flores y vino a la guarnición. Sin embargo, luego se supo que las que habían acabado con su enemigo habían sido un grupo de mujeres que, independientemente de su condición social, todas a una se sumaron a la defensa manejando un pequeño fundíbulo. Uno de los bolaños, como si hubiera estado dirigido por la mano de Dios, le había acertado de pleno en la cabeza nada más terminar de oír misa, como si el Creador le hubiera concedido al menos el morir en estado de gracia.

Pero de poco le sirvió ver morir a Montfort porque, apenas once años más tarde, le esperaba la más tremenda humillación: tras verse comprometido a firmar un tratado vergonzoso que le obligaba a ceder a la Iglesia a perpetuidad su rico marquesado de Provenza y a la corona grandes zonas del Bajo Languedoc, le dejaban el cofre casi vacío por tener que indemnizar a la Santa Sede con 14.000 marcos de plata por los desperfectos causados en sus propiedades durante las rebeliones populares de años pasados. No contentos con el expolio, tuvo que ir hasta París, presentarse en la catedral descalzo y vestido solo con la camisa y las calzas para, finalmente, ser fustigado por el legado pontificio en las escaleras del templo con un haz de ramas de abedul como si fuese un vulgar criminal en presencia de la regente, del príncipe heredero y de toda la corte. Como colofón a todo aquel cúmulo de penurias, el papa le ordenaba colaborar con los inquisidores y prestarles toda la ayuda posible en su tarea de limpiar el Languedoc de infectados y, en un alarde de refinado cinismo, hasta le conminaba a pagar de su bolsa las gratificaciones prometidas a los chivatos que delataran a los herejes, sabiendo como sabía que sus rentas estaban muy mermadas tanto por haber perdido gran parte de sus tierras como por el hecho de que las tres décadas de guerra habían empobrecido por completo a sus otrora adinerados vasallos. Dos marcos de plata durante los dos primeros años y un marco después de ese tiempo por cada hereje que acabase siendo condenado por los inquisidores cuyas sentencias, le advertían, eran tan inapelables como el Juicio de Dios.

Tardó un buen rato en aplacar su cólera, tiempo este en el que los criados optaron por quitarse de en medio para no ser blanco de las iras de su señor. Roma... siempre Roma. Pero Roma parecía haber olvidado que fue su

tatarabuelo Raymond IV el primer noble que se sumó a la cruzada cuando la predicó el papa Urbano, y que su apoyo fue decisivo para el buen fin de la empresa tanto en cuanto era el noble más poderoso de Francia. Su madre era hija del rey Enrique de Inglaterra. Su mujer, tía del rey Jaime de Aragón, pero el taimado rey de Francia lo obligó a casar a su única hija con su hermano Alfonso para, de ese modo, a su muerte pasar lo poco que quedaba de sus otrora inmensos dominios a la corona, extinguiéndose así el noble y antiguo linaje de los Saint-Gilles, el cual se remontaba cuatro siglos más atrás hasta Fulcoald de Rouergue cuyo hijo, Fredelon, fue el primer conde de Tolosa.

Pero a pesar de tantas penurias e infortunios, el conde Raymond no se daba por vencido. Era más que evidente que en aquellos momentos no tenía otra opción que someterse a los designios de la corona y del Papa, así como soportar sobre su conciencia el odio que aumentaba día a día entre sus vasallos por haberse convertido en un aliado de los enemigos del Languedoc, pero él sabía esperar. Y sabía también que antes o después tendría ocasión de recuperar, o al menos intentarlo, sus dominios formando una nueva alianza con los demás señores occitanos deseosos como él de sacudirse el yugo de la corona francesa y retornar a los tiempos en que la Occitania era el país más próspero de Europa, donde el comercio florecía, donde se protegían las artes y donde se erguían las mejores ciudades de Francia.

-¡Guarin!- llamó cuando notó que su corazón había recuperado su ritmo normal. La puerta de su gabinete se abrió el espacio justo para dejar asomar el rostro ratonil de su chambelán.

-¿Me habéis llamado, monseñor?- preguntó el hombre, un anciano decrepito que ya había servido al abuelo del actual conde como simple escribano. Tenía las espaldas tan cargadas tras tantas décadas sobre su pupitre que parecía talmente un jorobado como los que pedían en las puertas de las iglesias.

-¿Hay aquí algún otro Guarín, idiota?- replicó Raymond, al que a todas luces no se le había pasado el berrinche-. Pasa de una vez.

El chambelán se acercó a la mesa llena de papeles de su señor con una exasperante lentitud, pero la verdad era que el hombre no estaba para muchos ajetreos. Si el conde no lo habían enviado a su casa hacía tiempo se debía a que, muy a su pesar, era el único de sus sirvientes capaz de llevar adelante su hacienda gracias a su portentosa memoria, la cual le permitía recordar con precisión matemática cada contrato, carta, sentencia, inventario o balance de cuentas de todos y cada uno de los negocios y posesiones familiares durante

los últimos cuarenta años.

-¿Reconoces este sello?- preguntó el conde poniendo la carta en las mismas narices de su chambelán, cuya vista no era la de antaño por razones obvias. El hombre sacó de su faltriquera un cristal de aumento para ver mejor. Tomó el sello de plomo que pendía de una vitola de seda amarilla y lo observó con detenimiento.

-Sí, monseñor- respondió el viejo Guarín sin inmutarse-. Es el del papa Gregorio. Veo que aún se acuerda de vos, lo cual no sé si es motivo de alegría.

-No, no lo es- gruñó el conde tirando la carta sobre la mesa-. Ese ogro coronado con una tiara ya no sabe qué hacer para martirizarme más.

De forma concisa pero bastante ilustrativa, Raymond puso al corriente a Guarín del contenido del breve, haciendo especial hincapié en el tema de las gratificaciones por las denuncias que, con toda seguridad, crecerían como la espuma.

-¿Podremos hacer frente a ese gasto?- quiso saber-. El expolio al que me sometieron hace cuatro años me dejó casi en la ruina, y con la pobreza que se ha extendido por mis tierras las rentas son ridículas, como bien sabes.

-Siempre podéis ordenar un impuesto especial, monseñor- informó el chambelán tras un rápido cálculo mental.

Raymond le clavó la mirada, no sabiendo si se trataba de una broma del achacoso sirviente.

-¿Un impuesto dices? ¿Me tomas el pelo, viejo? Los cónsules de Tolosa serían capaces de organizar tal asonada que temblarían hasta las murallas.

-Vuestros predecesores fueron quizás demasiado liberales, monseñor- señaló el chambelán con sorna-. Permitir que los burgueses alcanzaran semejante nivel de poder no es nada recomendable.

-No vamos a discutir ahora sobre eso- gruñó el conde, muy irritado al pensar que su chambelán tenía toda la razón-. La cuestión es de donde voy a sacar el dinero.

-Pedid autorización a Roma, monseñor- sugirió Guarín, cuya agilidad mental no había mermado un ápice a pesar de la edad-. Los cónsules pueden rebelarse al verse obligados a pagar un impuesto dictado por vos, pero no por uno autorizado por el papa.

Raymond negó en silencio, meditando la idea.

-Ya sabes que varios cónsules son *creyentes* o tienen parientes que lo son. Como es lógico, no van a ceder ante un impuesto que servirá para pagar a los

que los denuncien.

-Pues denunciadlos vos a ellos, monseñor- añadió el chambelán con una sonrisa que dejaba ver sus encías ya desprovistas de dientes-. Tiempo habrá de cubrir sus puestos con burgueses fieles a la Iglesia... y a vos, naturalmente.

Raymond no pudo por menos que premiar con una carcajada a su viejo sirviente.

-¡Eres un verdadero diablo, Guarin!- exclamó dando una sonora palmada en la mesa-. Nunca llegaré a comprender como mi padre, que Dios tenga en su gloria, pudo meterse en tantos líos teniéndote a su lado.

El chambelán se esponjó por el inusual halago antes de responder.

-Porque era terco como una mula, monseñor. Y, lo que es peor, se crecía ante cualquier desafío hasta convertirse en una fuerza de la Naturaleza. Aún recuerdo cuando recibió una carta del papa Inocencio en la que lo tachaba de tirano impío y de hombre pestilente e insensato. Si no hubiese tenido frente a él a aquel demonio de Montfort y al abad de Cîteaux, que así ardan ambos por toda la eternidad en lo más profundo del abismo, hubiese sido capaz de presentarse en Roma y abofetear al papa. Pero aquellos dos lacayos de Inocencio desencadenaron un verdadero apocalipsis en el Languedoc- concluyó el chambelán tornando su desdentada sonrisa por un rictus de amargura al recordar los terribles años de guerra, saqueos y violaciones por parte de los cruzados.

El conde respetó el silencio del viejo Guarin, que había perdido a varios de sus parientes en aquella época, dos de ellos quemados vivos por ser *perfectos*, y a toda la familia de su mujer, masacrada en Béziers aún siendo buenos católicos.

-Solo veo un inconveniente a tu sugerencia- prosiguió Raymond cuando vio que al chambelán se le pasó el ataque de melancolía-, y es que si se sabe que las denuncias han partido de mí o de gente a mi servicio, las represalias de la plebe serán aún peores que una asonada por elevar los impuestos. De hecho, muchos de los infectados han dejado de lado su pasividad de antaño y están dispuestos a morir matando si hace falta.

-Monseñor, vos no tendréis que delatar a nadie. Para eso nos basta con recurrir a la multitud de mercenarios y ribaldos sin empleo que vagan por los campos dispuestos a degollar a su madre por un mendrugo. Solo tenemos que reclutar a varios de ellos y señalarles a los herejes, nada más.

-En cualquier caso, me preocupa que ahora me vean como un enemigo de

los *perfectos*. En realidad, aunque muchos piensan lo contrario, yo nunca he sido uno de sus *creyentes*. Si los he tolerado ha sido porque no hacen daño a nadie y pagan los impuestos sin protestar. Son buenos vasallos de los que nunca he tenido motivo de queja. Y mientras me han acusado siempre de ser uno de ellos, la verdad es que mis conflictos con el rey de Francia y la Iglesia han sido debidos a su injerencia en mis dominios, nada más. Aunque se empeñen en dar a sus agresiones la apariencia de una guerra de religión para preservar la fe, el francés solo anhela apoderarse de la Occitania a costa mía, de los Foix y los Trencavel.

-Sea como fuere, monseñor, me temo que es hora de tomar partido- sugirió el chambelán, que ya sentía calambres de estar tanto tiempo de pie-. Y la cuestión es que no tenéis muchas opciones donde elegir.

Raymond asintió en silencio. La cabeza le iba a estallar presa de la vorágine de pasiones encontradas, de odios añejos y de dudas sobre el porvenir. Ciertamente, desde tiempos de su padre los Saint-Gilles se vieron entre la espada y la pared, y el peso de tantos años de lucha ya se dejaba sentir sobre su ánimo. Y aunque a veces deseaba proclamar a los cuatro vientos que a él le daba un ardite la herejía y acabar así con los conflictos que solo habían servido para ver el patrimonio centenario de su familia cada vez más menguado y empobrecido, se resistía a ello porque todo provenía simplemente de una mera cuestión de derecho feudal: nadie podía arrebatarle lo que le pertenecía, y lucharía hasta el fin por defender sus posesiones. Sin embargo, aquella maldita herejía se había convertido en una excusa para atacarle por todos lados, y ciertamente la artimaña había surtido efecto.

Pero, por otro lado, a aquellas alturas no podía volver por completo la espalda a los *buenos hombres* porque, tarde o temprano, necesitaría el apoyo de los *faidits* para recuperar todo lo que le habían robado. Aunque fuese paradójico, eran los únicos aliados que tenía y de los que no se podía permitir prescindir. Y a pesar de que su situación era infinitamente peor que la suya ya que habían sido totalmente despojados de sus territorios, seguían conservando una gran influencia entre el pueblo, que los veían como unos paladines contra los abusos de los franceses y del papa. Si alguna vez volvía a intentar recuperar sus dominios tendría que contar con los Mirapeis, los Trencavel y todos los *faidits* que se sumaran a la rebelión porque él solo no podría enfrentarse nunca a un rey de Francia cada vez más poderoso. Y para eso necesitaba armas, tropas y, sobre todo, dinero. Un dinero que no tenía y que, a

la vista del nuevo expolio tramado por el papa, jamás tendría.

Una leve tos de Guarín lo sacó de sus meditaciones.

-¿Sabes que Jaime de Aragón, el sobrino de mi mujer, tiene en su corte consejeros judíos?- comentó el conde con cierto tono de amargura cuando salió de su ensimismamiento-. Sin embargo, si yo tuviera un simple mozo de cuadra de esa raza media cristiandad se levantaría en mi contra.

-Vuestro sobrino es el rey, monseñor- replicó el chambelán, aburrido ya de tantas divagaciones-. O sea, puede hacer lo que le venga en gana sin tener que dar explicaciones de nadie. Pero vos sois un mero superviviente, así que no os queda otra opción que contemporizar.

-¿Qué quieres decir?

-Pues que si no queréis tener una nueva visita de los cruzados que dejen lo poco que os queda completamente arrasado, mejor será que pongáis en movimiento a vuestros prebostes para darle algo de carnaza a los inquisidores.

-Eso pondría a los herejes en mi contra, ya lo sabes.

-Entregad a los menos relevantes, monseñor. Y para lavar su sangre, proteged secretamente a sus diáconos y obispos. Hacedles saber que no os queda otro remedio si no quieren que el legado del papa y sus inquisidores acaben convirtiendo la Occitania en una inmensa pira.

Raymond volvió a asentir en silencio, digiriendo el consejo de Guarín el cual había añadido a sus calambres unas intensas ganas de orinar y daba pequeños saltitos de ansiedad.

-Bien, toma la carta de ese demonio de Gregorio para el archivo- dijo por fin.

El chambelán la agarró y dio media vuelta a toda prisa. Antes de salir del gabinete, la voz de su señor lo detuvo un instante más.

-¡Y dile a los prebostes que vengan a verme!

Capítulo 4

Desde Roma habían sido determinantes, y la encíclica enviada por Gregorio no dejaba lugar a dudas: la Inquisición episcopal establecida por Inocencio III pasaba a la historia, y con ella el poder de los prelados occitanos para acabar con la infección. Desde aquel momento, el Santo Oficio dependía única y exclusivamente de Roma, y nadie, absolutamente nadie podía interponerse en la labor de los inquisidores, los cuales solo debía responder ante el vicario de Cristo. Si algún noble cuestionaba su autoridad, sería excomulgado. Si algún cónsul se negaba a colaborar, sería excomulgado. Si algún burgués ocultaba algo o protegía a un infectado, sería excomulgado. Y, naturalmente, todos serían enviados al Muro sin demora para purgar largamente sus pecados, faltaría más.

Los obispos de Albi y Carcassonne recibieron la noticia con una mezcla de satisfacción y enojo. Por un lado, la orden del papa los libraba de los constantes conflictos con los cónsules y burgueses que, de una forma u otra, protegían a los herejes porque ello suponía defender sus libertades y privilegios. Pero, por otro, el cambio de política adoptado por Gregorio demostraba que no habían sido capaces, no ya de eliminar la infección, sino siquiera de menguar su difusión. De hecho, en los últimos años incluso había proliferado más a causa de la relajación en las persecuciones, debido sobre todo a los reparos de los obispos por enfrentarse a los prohombres de las ciudades.

No les gustó nada ceder su autoridad a los provinciales de los predicadores que, al igual que ellos, habían recibido la orden de Roma, pero justo al revés: desde aquel momento, la persecución de los herejes pasaba a ser cosa suya, y no solo debían prestarles todo el apoyo posible por parte del clero de cada diócesis, sino también de los nobles y los cónsules. Sabían que los seguidores del castellano Domingo de Guzmán no se distinguían por su tolerancia, y mucho menos por hacer uso de la diplomacia para con la nobleza, así que tuvieron muy claro que la medida acabaría acarreando funestas consecuencias.

-¡*Negotium pacis et fidei!*- graznaba el provincial de Albi ante su obispo-
¡Esto es una nueva cruzada, monseñor! ¡Un desafío al Maligno y sus lacayos!
¡Una renov...!

-Señor provincial, sabemos lo que significa perseguir infectados- le cortó el obispo levantando la mano, cansado de la verborrea del predicador-. Así pues, podéis volver a vuestro cenobio a fin de seleccionar a dos de vuestros

hermanos para desempeñar esta noble tarea. Cuando estén dispuestos, enviadnos aviso para notificar monseñor el obispo de Tolosa, que actúa de enlace con el legado pontificio. Retiraos.

El provincial tuvo que reprimir sus ansias oratorias y limitarse a hacer a su superior una profunda reverencia seguida de un beso en el anillo episcopal mientras recibía la bendición de turno administrada con bastante desgana por parte del obispo.

Cuando el fraile abandonó la estancia tuvo la misma impresión que cuando un moscardón que lleva todo el día zumbando en una habitación logra por fin escapar por una ventana. El coadjutor, que había permanecido todo el tiempo de pie junto al obispo sin abrir la boca, respiró hondo cuando vio desaparecer tras la puerta el manto negro del provincial, que se le asemejó a las alas de un murciélago cuando sale medio dormido de una cueva. Cuando logró calmarse un poco no pudo por menos que manifestar sus cuitas ante los acontecimientos que podrían derivarse de la intervención de los predicadores en aquel asunto tan enojoso.

-¿Cómo creéis que acabará todo esto, monseñor?- preguntó bastante inquieto ante la vehemencia del iracundo predicador-. Me da la impresión de que el señor provincial no acaba de darse cuenta de que la infección en estas tierras va más allá de ser una mera cuestión religiosa.

-Me da una higa- replicó tajante-. Poned sobre aviso a los cónsules y decidles que su santidad nos ha relevado de la misión de liberar la Occitania de infectados, y que si tienen alguna queja que manifestar que vayan a Roma directamente.

Bastante alterado por la entrevista, el obispo mandó a paseo al coadjutor y se encerró en su oratorio particular. Cuando al fin se quedó solo sacó una bota de vino dulce que ocultaba detrás de una horrible imagen del arcángel Miguel, patrono de los bodegueros. Un par de tragos le devolvieron la serenidad.

En menos de una semana se presentaron en el convento de la orden de los predicadores de Tolosa cuatro frailes enviados desde las diócesis de Albi y Carcassonne. Sus respectivos provinciales no habían tenido que deliberar mucho para decidir quiénes serían los más indicados para ejercer de inquisidores. Desde Albi fueron enviados Guillaume Pelhisson y Arnaud Cathala, y desde Carcassonne, Pèire d'Ales y fray Ferrier. Los cuatro se presentaron ante el obispo Raymond de Fauga con sendas cartas de

presentación en la que se hacía una detallada relación de sus conocimientos en materia de religión y teología, así como de su incuestionable fe, su afán de trabajo y, sobre todo, su implacable sentido del deber. Junto al obispo de Tolosa se encontraban Seila y Arnaud, los cuales ya habían comenzado a poner en práctica la nueva política dictada por Roma y debían poner a los nuevos inquisidores al tanto de los métodos a seguir.

-Deben recordar vuestras paternidades que los tiempos de tolerancia y de manga ancha se han acabado- sentenció Fauga-. Nuestro deber es sacar a los infectados incluso de debajo de las piedras y ponerlos donde merecen: en el Muro o en la pira.

-¿Tenemos carta blanca?- preguntó Pelhisson, que actuaba como portavoz de sus compañeros.

-Blanca como las alas de un arcángel- aseguró el obispo-. Y no se dejen vuestras paternidades acoquinar por los cónsules, que esos son casi todos amigos de los infectados o incluso herejes contumaces. Alegarán que sus privilegios ciudadanos están por encima de todo, protestarán cada vez que se efectúen registros o detenciones, pero nada de eso debe amedrentarnos. Y si alguno se excede en su celo, se le arresta y que cargue con las consecuencias.

-¿Y tendremos protección?- prosiguió Pelhisson-. No es que temamos a la muerte, y menos si es en defensa de la Santa Iglesia, pero es casi seguro que más de una vez nos veremos acosados por la plebe.

-El conde Raymond ha prometido proporcionarnos hombres de armas suficientes, así como acémilas para nosotros, los escribanos y demás funcionarios que nos acompañen en nuestro ministerio cuando nos desplazemos por la comarca.

-Pero, ¿tendremos que actuar fuera de nuestras ciudades?

-Así es- intervino Seila-. De momento y hasta que su santidad no dictamine otra cosa, los inquisidores de la Occitania están en esta sala. O sea, tendremos que multiplicarnos por cinco para atender todo el territorio. De momento, fray Arnaud y yo nos hemos hecho cargo de Tolosa y Cahors. Vos y fray Arnaud Cathala, os encargaréis de Albi y alrededores. En cuanto a fray Ferrier y fray d'Ales, de Carcassonne, Saissac, Lastours, Saint-Hilaire...

-¿Y la Sinagoga de Satán?- terció Cathala levantando la cabeza y mostrando a los presentes un rostro que parecía esculpido en piedra, y no solo por la dureza de sus rasgos sino también por el tono grisáceo de su piel -. ¿Quién se hará cargo de Montségur?

Seila, sorprendido por la pregunta, miró alternativamente al obispo y a Guillaume Arnaud sin saber qué decir. Finalmente, Fauga tomó la palabra.

-Montségur no requiere la intervención de los inquisidores, sino de la férrea mano del conde Raymond o del mismo rey de Francia. En aquel antro del Maligno no hace falta ir a pesquisar o a separar la paja buena de la mala porque allí está todo infectado.

-¿Y por qué menciona vuestra paternidad esa pocilga habitada solo por enemigos de Dios?- quiso saber Seila. Montségur nunca solía salir a relucir en los debates porque todos sabían que era un mero reducto de herejes sin importancia y que, en cierto modo, hasta era mejor tenerlos allí confinados por su voluntad y no en las ciudades, donde podrían extender la infección.

-Porque, según he tenido noticia, la Sinagoga de Satán ha sido cedida por Raimon de Perelha al heresiarca Guilhabert como sede principal de su abominable secta- informó Cathala con la misma expresión que si anunciase la inminencia del Apocalipsis.

La noticia cayó en la sala como si, de repente, un ángel exterminador se hubiera plantado en el centro de la misma armado con una espada de fuego. Un silencio sepulcral de casi medio minuto fue necesario para que le resto de los presentes pudieran digerir la nefasta nueva.

-¿Está seguro vuestra paternidad?- inquirió Fauga clavándole los ojos-. ¿Quién os lo ha dicho?

-Yo también tengo mis medios para estar al tanto de lo que tramán los infectados, monseñor- respondió Cathala-, y os puedo asegurar que mis informadores son de total confianza. Hace unos meses, el heresiarca se reunió con Raimon de Perelha en algún lugar no muy lejano a Montségur, y allí le fue solicitada la entrega del castillo a la secta. Poco después, Guilhabert recibió una carta en la que se le decía que Perelha aceptaba.

-¿Y el conde Raymond está al corriente de esto?

-El conde Raymond solo se entera de lo que le conviene, monseñor- aseguró Cathala con sorna-. Dudo mucho que no haya tenido noticia de semejante suceso, pero eso es lo de menos. Lo importante, a mi entender, es que sepa que nosotros lo sabemos. Eso le obligará a intervenir.

-¿Y qué consecuencias tendría el designar ese castillo como sede de los infectados?- quiso saber fray Ferrier-. No sé mucho sobre el mismo, y me gustaría conocer un poco más sobre ese tema.

-En cierto modo, buenas- afirmó Cathala-. Convertir la Sinagoga de Satán

en un centro de peregrinación nos permitirá identificar a muchos infectados cuando salgan de las ciudades para dirigirse allí. Por otro lado, si algún día el conde Raymond decide actuar con determinación, lo tendrá muy fácil: si están allí sus principales cabecillas, acabar con ese reducto será un golpe mortal para ellos.

-En todo caso, no creo que debamos preocuparnos de momento por Montségur- intervino Fauga para no perder el tiempo en un debate estéril-. Tenemos una ardua tarea en las ciudades como para preocuparnos de un castillo perdido en el Rasés, así que dejemos ese asunto. Yo informaré al conde Raymond para que no pueda decir que no sabía una palabra de ese asunto y le apretaré hasta donde pueda para que se decida a arrasar aquella montaña diabólica, pero vuestras paternidades se dedicarán por entero a la misión que su santidad nos ha encomendado.

Los presentes asintieron en silencio, dando por terminada la alusión a la controvertida fortaleza. En aquel momento sonó en el claustro la campana que anunciaba la hora sexta, por lo que decidieron posponer el debate para después de los oficios y de la colación de mediodía. El resto de la tarde lo invirtieron en poner al tanto a los nuevos inquisidores de los resultados obtenidos hasta el momento, así como los métodos aplicados desde que el papa les había confiado la lucha contra la infección.

El reclutamiento de Pierre Sabatier había resultado todo un éxito. A pesar de su apariencia de memo de solemnidad y su aspecto desaliñado, desde el primer momento hizo gala de una notable inteligencia, una gran capacidad para el disimulo y, sobre todo, una codicia tan voraz que solo la perspectiva de medrar con los dos marcos de plata que ofrecían por cada delación ya le hacía rechinar los dientes de entusiasmo. Père Seila, su descubridor, se mostraba especialmente orgulloso de su criatura, y más aún desde que, a las pocas semanas de su encuentro tras la quema de herejes en las afueras de la ciudad, había alistado a varios conocidos suyos para aumentar la red de *exploratoris* con que los predicadores pretendían extender su régimen de terror y sospechas por toda la Occitania.

Uno de ellos levantó grandes expectativas entre los inquisidores. Era un tal Matheus, un tejedor que había recibido el *consolamentum* y que, por razones obvias, podía aportar valiosos informes acerca de sus correligionarios, así como sobre sus movimientos y lugares de reunión. Seila, como es lógico,

inicialmente no se fió un pelo de aquel nuevo *explorator*, pero Pierre logró convencerlo con gran vehemencia, asegurando que le sería fiel hasta la muerte.

-¿Y por qué estás tan seguro de que ha abjurado de corazón?- le preguntó dudando.

-Muy sencillo, monseñor: porque siente tal pánico de acabar en la hoguera que antes sería capaz de sacarle los ojos a su madre y comérselos. Hace tiempo que lo conozco y sé de lo que hablo. Una vez presencié en Cahors cómo la gente del conde Raymond quemaba vivos a varios infectados, y se sintió tan aterrorizado que se pasó casi un mes escondido en una alacena. Casi se muere allí metido, sin apenas poderse mover- explicó Pierre con un brillo divertido en sus ojos de hurón imaginando al desgraciado aquel medio emparedado en un zulo donde casi no cabía-. Cuando finalmente se armó de valor para salir, se fue como una centella hasta la catedral de Saint-Étienne, donde abjuró dando voces como si hubiera estado poseído por el demonio. Con decirnos que se dio de latigazos él solo para convencer al cura de que renegaba de todo corazón de sus herejías...- añadió riéndose-. No obstante, si da muestras de deslealtad o de ser un espía al servicio de los infectados lo enviáis al Muro de por vida o lo hacéis arder como una tea.

Pero no hizo falta emparedar al renegado, y mucho menos meterle fuego. Antes al contrario, facilitó muchos nombres de *creyentes* y *perfectos* de los que nadie habría sospechado jamás ya que, en varios casos, se trataba incluso de curas que simulaban seguir ejerciendo su ministerio cuando, en realidad, en las criptas de sus parroquias predicaban a escondidas o, lo que era peor, salían de noche a administrar el *consolamentum* a moribundos simulando acudir a sus casas para impartirles la extremaunción. La valiosa información proporcionada por Matheus llegaba incluso a dar cuenta de algunos de los trucos de los que se valían los herejes para pasar por católicos.

-Mirad, monseñor- explicaba con una sonrisa cínica-, los infectados aborrecen la cruz, como supongo ya sabéis. Ellos piensan que no se debe adorar un instrumento de suplicio, por lo que no se santiguan ni se persignan. Pero saben simularlo delante de la gente si se ven obligados a hacerlo para que nadie pueda cuestionar su supuesta fe. Si se persignan, hacen los gestos de rigor pero diciendo en voz baja “aquí la frente, aquí la barba, aquí una mejilla y aquí la otra”. De ese modo, los que los rodean no sospechan nada, y ellos no han adorado a la cruz porque se han limitado a señalarse partes del rostro.

-¡Eso es una blasfemia, una monstruosidad!- bramó Seila con los ojos

inyectados en sangre.

-Pues aún no habéis oído nada, monseñor- prosiguió Matheus sin alterarse lo más mínimo-. Cuando un cura que en realidad es un infectado se ve obligado a esparcir agua bendita con el hisopo, cosa que también tienen prohibida porque el agua es algo material, adoptan un tono como de broma y le dicen a la gente que son solo gotas de lluvia. Incluso hacen como que comulgan ya que, como no creen en la transubstanciación, se comen la hostia porque la consideran un simple trozo de pan.

Aquellas declaraciones hacían echar espumarajos por la boca a los inquisidores pero, a pesar de la ira que los dominaba, conservaban la cabeza lo suficientemente fría como para tomar cuidadosamente nota de todo. Por lo demás, Seila no se había conformado con aumentar su red de *exploratoris*, sino también la de simples chivatos. Inicialmente, hizo correr la voz entre las rameras y truhanes de Tolosa para, al poco tiempo y a la vista del notable aumento de denuncias, comunicar a sus colegas de Carcassonne y Albi lo ventajoso de ese tipo de medidas. Sin embargo, las presas que caían en manos de los inquisidores eran de poca monta: simpatizantes, *creyentes* declarados y algunos *perfectos* que o abjuraban o se veían enviados al Muro con penas de varios años o incluso de por vida, mientras que los relapsos eran quemados sin más. Pero los verdaderos líderes de la secta herética eran los que siempre se escapaban a pesar de los esfuerzos que realizaban sus *exploratoris* y los inacabables interrogatorios en los que, durante horas y horas, los sospechosos eran acosados para pillarles alguna contradicción, alguna grieta por dónde meter el trépano hasta derribar la muralla de su silencio o sus mentiras cuidadosamente calculadas para despistar.

Los inquisidores tenían conocimiento de la existencia de cinco prelaturas: Tolosa, Carcassonne, Albi, Agen y Rasés, pero no había forma de atrapar a los obispos, sus Hijos o los diáconos. Ni siquiera los prebostes del conde Raymond, que últimamente se avenía a colaborar de buen grado, habían sido capaces de dar con ellos.

-Están mejor protegidos que el Arca de la Alianza, monseñor- aseguró Matheus-. Cualquier infectado daría mil veces la vida antes de delatar a un obispo.

-¿Y no se podría intentar cuando van a predicar a las cuevas del Sabarthès?

-Menos aún, monseñor. Aquello es una ratonera que solo conocen los

perfectos de total confianza, y vigilan con tal celo la comarca desde días antes de la predicación que basta con que una rama cambie de sitio para que se anule. Se han vuelto extremadamente cautos.

Seila tuvo que reconocer que, a pesar de su entusiasmo y de los buenos resultados iniciales, aún les quedaba mucho camino por delante y, sobre todo, mucho que aprender antes de estar en condiciones de igualdad con los herejes a los que perseguía con tanto denuedo.

Por su parte, Guillaume Arnaud tampoco se dormía en los laureles. A través de Matheus había logrado que Pierre fuera aceptado como mozo de cuadra en casa de Peyteví Borsier, un adinerado tolosano que era sospechoso de herejía. Pero el eficiente Matheus, que no dejaba de sorprender a los predicadores con sus vastos conocimientos sobre los infectados, le dijo que, en realidad, Borsier era desde hacía mucho un destacado miembro de la secta que había sido designado como *questor* de Tolosa.

-Eso implica que tiene contacto con los infectados de más rango, ¿no?- preguntó Seila, muy perplejo por la noticia ya que había visto infinidad de veces al tal Peyteví en la iglesia con toda su familia.

-Naturalmente, monseñor. De hecho, cuando los *questores* tienen acumulado más dinero de la cuenta se marchan a entregarlo al obispo. Este en concreto dice a todo el mundo que se ausenta por unos días para tratar asuntos de negocios en cualquier ciudad, pero la realidad es que se reúne con Guilhabert de Castres en algún lugar que mantienen en el más absoluto secreto.

Saber que Borsier era un hereje de primera clase fue lo que indujo a Arnaud a introducir en su casa a un *explorator*. Si lograba ganarse la confianza del infectado podrían asestar un golpe mortífero a la secta.

Matheus, que era un verdadero artífice de la doblez más canallesca, lo presentó como un *creyente* deseoso de alcanzar el *consolamentum*.

-¿Has sido iniciado en los dogmas de nuestra fe, muchacho?- le preguntó Borsier tras el largo discurso de recomendación que le soltó Matheus como si su compinche fuera un santo en vida.

-Sí, monseñor- respondió Pierre poniendo ojos de carnero degollado-. Mi buen amigo Matheus me ha abierto los ojos, y me ha hecho ver que este mundo es obra del Maligno, y que para alcanzar a Dios hay que dejar atrás todo lo material.

-Recítame pues el padrenuestro- pidió Borsier poniéndolo a prueba con aquella pequeña trampa ya que, entre los herejes, solo los *perfectos* tenían

derecho a rezar esa oración.

-No puedo, monseñor- replicó el muchacho, que ya había sido previamente aleccionado-. Los simples *creyentes* tenemos nuestra propia oración.

-Pues recítala.

Pierre juntó las manos e inclinó la cabeza adoptando una pose mística bastante convincente antes de iniciar el rezo con voz solemne.

-Que el Señor Dios que ha guiado a los reyes Melchor, Gaspar y Baltasar cuando fueron a adorarle a Oriente me guíe como les guió.

Debió pasar la prueba satisfactoriamente porque eso bastó a Borsier para aceptarlo a su servicio, y hasta premió a Matheus con dos sueldos como agradecimiento por haberle presentado a un *creyente* tan bien dispuesto.

Capítulo 5

El ímpetu desplegado por los inquisidores empezó a hacerse notar al poco tiempo de comenzar sus indagaciones. Una región asolada durante años por la guerra, empobrecida y con las ciudades llenas de miseria eran un caldo de cultivo para que los delatores ocasionales acabaran viviendo de las recompensas que, muy a su pesar, el conde Raymond tenía que apoquinar religiosamente cada vez que el proceso contra un infectado llegaba a buen fin, o sea, era declarado culpable y enviado al Muro para purgar sus crímenes o convertido en pavesas en una hoguera ante la plebe. En cierto modo, la tolerancia que había caracterizado a la población Occitana había hecho bajar la guardia a los *buenos hombres* hasta el extremo de que casi todos eran sobradamente conocidos, y cuando las cosas se pudieron feas ya era demasiado tarde para ocultarse.

Cambiar de ciudad no era viable ya que los prebostes interrogaban a todos los forasteros y, a la más mínima sospecha, eran enviados a los inquisidores si bien estos, inicialmente, habían adoptado una postura poco agresiva. El obispo de Tolosa había ordenado a los pregoneros que anunciaran en todas las encrucijadas que la Santa Iglesia, siempre deseosa de redimir a sus hijos descarriados y de volver a acogerlos en su seno, concedía ocho días a los infectados para que se personaran en sus respectivas parroquias y abjuraran. De no ser así, se procedería a citar a los que eran conocidos como herejes para ser interrogados por el Santo Oficio. Del mismo modo, los curas tenían que dar cuenta de aquellos que no acudiesen a misa todos los domingos, siendo obligatorio dar parte de ellos para ser multados con doce sueldos que se repartían a medias entre las arcas casi vacías del conde para mayor regocijo suyo, y la Iglesia por otro lado.

Sin embargo, el celo desplegado por los predicadores empezaba a tornarse contra ellos debido a que se presentaban a efectuar registros en casas de católicos acusados falsamente, y en más de una ocasión aparecían objetos que les comprometían aunque no tuvieran relación directa con los herejes. Bastaba dar con una biblia traducida al occitano o cualquier libro religioso que no fueran misales o libros de horas para que el propietario fuese arrestado.

-¡Pero si no entiendo el latín!- proclamaban los sospechosos- ¿Cómo queréis que lea la Palabra de Dios?

Naturalmente, la respuesta ya se sabía de antemano.

-Vos no tenéis que leer y mucho menos interpretar las Sagradas Escrituras.

Eso es cosa del clero, que son los que están cualificados para ello.

Aún estaba en la memoria de todo el mundo lo que le sucedió 60 años antes a un comerciante de Lyon llamado Pèire Valdés, que mandó traducir el Nuevo Testamento para poder leerlo en su casa. Fue excomulgado y tuvo que poner tierra de por medio para no acabar encarcelado o muerto. Por cosas así, el nivel de irritación en las ciudades llegó a tales extremos que los cónsules, siempre celosos de sus privilegios y remisos a la hora de ceder ante leyes ajenas a ellos, empezaban a exasperarse y a culpar de todo al conde Raymond hasta que un día, tras una velada en la que alguno hasta exigió iniciar una algarada en toda regla, se presentaron en el destartalado palacio condal a exponer sus quejas de forma bastante airada.

-¡Monseñor, esos frailes que Dios confunda se creen que Tolosa es su coto de caza!- berreaba uno de ellos haciendo temblar su atocinada sotabarba a causa del berrinche-. ¿Sabéis que están obligando a los críos de quince años y a las niñas de doce a presentarse en sus parroquias para abjurar aunque no sean herejes?

El conde los miraba de uno en uno, sintiendo como se le inundaba la boca con un sabor acre como el de la sangre. Su paciencia se estaba empezando a agotar a una velocidad preocupante.

-¡Y eso no es lo peor, monseñor!- terció otro que, debido a su dentadura mellada, al hablar esparcía salivajos entre todos los presentes-. ¡Están rebuscando en los archivos de la antigua Inquisición para volver a procesar a los que ya han fallecido! ¿Cómo se puede juzgar a un difunto? preguntó muy preocupado porque su padre y sus abuelos habían sido sospechosos de herejía, lo cual no había trascendido gracias a los suntuosos donativos que hizo para sellar las bocas de los que habían intervenido en el proceso.

El viejo Guarín, que permanecía impasible ante su señor, tuvo que intervenir.

-¡Señores, guarden silencio!- exclamó con una poderosa voz, impropia de un hombre tan decrepito-. ¿Debo recordarles que están en presencia de nuestro señor? ¡Muestren más respeto y hablen de uno en uno, voto a Dios!

El conde, cuyo rostro hacía rato había trocado su habitual aspecto lechoso por un tono violáceo, lanzó una mirada de agradecimiento a su fiel chambelán antes de levantarse de su poltrona echando fuego helado por sus ojos claros. Aunque no solía enfrentarse con sus inferiores, cuando lo sacaban de sus casillas salían a relucir las ínfulas propias de un noble de elevado rango, y en

aquella ocasión le había irritado sobremanera la actitud de los cónsules, cada vez más crecidos y apegados a sus prebendas. Con una agilidad propia de un hombre habituado al ejercicio cotidiano, dio un salto de su poltrona y se plantó en el centro de la sala con los brazos en jarra. A pesar de que sus ropas eran bastante menos lujosas que las de sus visitantes, su prestancia los dominó por completo.

-Pero, ¿quiénes os creéis que sois, panda de bellacos?- bramó desafiando a los presentes sacando pecho y elevando la barbilla-. ¿Quiénes sois para presentaros en mi casa y alzarme la voz? ¡Yo soy Raymond de Saint-Gilles, conde de Tolosa, marqués de la Provenza y duque de Narbona! ¡Soy nieto y sobrino de reyes de Inglaterra y tío político del rey de Aragón! ¿Y aún así pensáis que podéis gritarme, villanos? ¿A mí?

Un ominoso silencio se extendió por la sala como si fuera una densa capa de bruma matinal. Los cónsules, abochornados, agacharon sus cabezas mientras el airado conde se paseaba delante de ellos mirándolos lleno de desprecio.

-¿Dónde estabais vosotros cuando mi padre y yo defendíamos esta ciudad para liberarla de la tiranía de Montfort?- prosiguió el conde cada vez más encolerizado- ¿Dónde os metíais cuando el papa Inocencio confiscó casi todas las posesiones de mi familia por defender los fueros y libertades que os han permitido enriqueceros?

Mientras hablaba, Raymond se paseaba de un lado a otro como un león enjaulado mientras que los atribulados cónsules empezaban a arrepentirse por haberse presentado allí haciendo gala de tanta arrogancia.

-Tampoco os vi cuando tuve que ir a París a ser humillado, despojado de mis castillos, de mis tierras, y hasta mi vi obligado a derruir quinientas toesas de las murallas de Tolosa para dejar la ciudad indefensa ante futuros ataques de los cruzados; pero sois tan imbéciles que ni os habéis dado cuenta de que eso os perjudica a vosotros aún más que a mí porque la ciudad quedaba expuesta al pillaje de los ribaldos que infestan la comarca- prosiguió con la voz ahogada por la ira-. Yo, Raymond de Saint-Gilles, fui azotado ante el altar de la catedral por el legado pontificio. Yo, que tras ser humillado aún tuve que permanecer seis meses encerrado en una torre mohosa del Louvre con un jergón y una manta llena de chinches por todo mobiliario mientras que vosotros os refocilabais con vuestras amantes y dormíais en vuestras camas con doseles y sábanas de lino. Yo, que tengo sangre de reyes por mis venas, tuve que entrar en Notre Dame medio desnudo delante de toda la corte

francesa incluyendo a esa perra de la regente. ¡Yo, cuyo tatarabuelo fue un paladín de la cruzada, he sido excomulgado como si fuera un infectado! ¿Qué habría sido de mí si hubiese muerto mientras estaba en entredicho? ¿Habríais ido al maldito infierno a rescatarme, hijos de puta? ¿Acaso olvidáis que mi padre aún sigue enterrado en tierra sin consagrar como si fuera un vil criminal precisamente por haber fallecido sin que el papa le levantara la excomuni3n?

Los c3nsules, muy amohinados por la reprimenda, no se atrevían a levantar sus cabezas. Varios codazos se distribuyeron silenciosamente entre ellos, animándose unos a otros a tomar la palabra mientras que el conde jadeaba sin resuello, con los brazos en jarra y escupiéndoles su desprecio en forma de miradas asesinas.

-Monseñor, os pedimos humildemente perd3n- farfull3 finalmente el c3nsul orondo que se desgañitaba m3s que ninguno antes de ser apabullados por la ira del conde-. Pero debéis comprender que esos curas han vulnerado nuestros privilegios y...

-¡Vuestros privilegios!- interrumpi3 el conde gritando en plena cara al gordo-. ¿Vuestros privilegios dices, saco de manteca? ¿Qu3 privilegios? ¡Los que os han dado mis antecesores para haceros merced, porque ganar no os los hab3is ganado nunca!

-Pe... pero, monseñor, las leyes...

-¡Las leyes os las hemos dado los Saint-Gilles, perro villano!- aull3 fuera de s3-. ¡Pero cuando hemos necesitado ayuda, jam3s hab3is dado la cara! ¡Hab3is preferido quedaros metidos en vuestras bodegas, bien escondidos bajo los toneles que guardan el vino que traseg3is como esponjas!

A la vista del cariz que estaba tomando la entrevista, Guarín decidi3 intervenir para impedir que su señor acabara a cuchilladas con los c3nsules o que estos incitaran al pueblo a una rebeli3n nada m3s salir a la calle.

-Monseñor, calmaos, por favor- rog3 empuj3ndolo suavemente hacia la poltrona-. Estoy seguro de que estos hombres no han cuestionado vuestra autoridad, y mucho menos vuestros m3ritos y la grandeza de vuestro ilustre linaje. Pero os domina una justa ira que, sin duda, os nubla el entendimiento, as3 que dejadme que d3 respuesta a vuestros vasallos.

-¿C3mo que vasallos?-, musit3 a sus acompañantes uno de los c3nsules a pesar del codazo en el h3gado que le propin3 el gordo para que cerrara la boca-. ¡Somos hombres libres!

Guarín, que a3n ten3a el o3do de una liebre, pudo o3r las quejas del c3nsul y

se encaró con él antes de que el conde se diera por enterado.

-Sí, vasallos. Vasallos de la Casa de Saint-Gilles, a la que debéis sumisión y respeto, imbécil. ¿Te ha quedado claro, Jordán de Saint-Michel, cuyos abuelos ejercían la usura mientras leían el Talmud y cerraban su infame negocio los sábados y trabajaban los domingos?- amenazó en voz baja, pero no tanto como para que no se enteraran los demás-. ¿Y a ti, Guillem Fauré, que apenas hace veinte años te ganabas la vida como proxeneta en los peores tugurios de Tolosa?

Un silencio sepulcral cayó como una losa mientras Guarín los miraba uno por uno. Hasta se oían las respiraciones de los presentes y el leve silbido del viento entrando por el tiro de la chimenea. Durante varios minutos, ninguno de los cónsules se atrevió ni a moverse, esperando a que el conde o su chambelán hicieran o dijeran algo. Amoratados de vergüenza, en su interior tuvieron que reconocer muy a su pesar que debían sus prebendas a la liberalidad de los condes de Tolosa, y que siendo como eran mercedes otorgadas por ellos podían ser anuladas en cualquier momento. Al fin y al cabo, aunque venido a menos y despojado de grandes extensiones de sus dominios, Raymond seguía siendo el dueño de la ciudad.

-Enteraos de una vez- dijo finalmente el conde cuando sintió que la cólera había remitido un poco-, los desmanes que lleven a cabo los predicadores no son cosa mía ni yo tengo potestad para ponerles coto. A ver si esto os entra en vuestras seseras embrutecidas por el vino y de tanto fornicar con vuestras criadas: ni el mismísimo rey de Francia tiene poder sobre los inquisidores. Ellos responden exclusivamente ante el papa, así que iros olvidando de que esta situación termine así como así. No obstante, siempre podéis acudir al obispo y le presentáis vuestros agravios. Naturalmente está de más decir que, si antes no os echa a patadas, tal como salgáis de Saint-Étienne ya figuraréis en la lista negra de Pèire Seila, el cual os enviará de mil amores al Muro en cuanto averigüe algunos indicios sobre vuestra ascendencia, y tened por seguro que los averiguará.

Una vez más, un silencio propio de una cripta sucedió al breve discurso del conde. Hasta se podía oír claramente como los atribulados cónsules tragaban saliva porque, en honor a la verdad, la perspectiva de verse las caras con el siniestro inquisidor les resultaba extremadamente inquietante, y más si se tenía en cuenta que al menos la mitad de ellos tenían ancestros judíos o habían sido en algún momento procesados por herejía.

-¡Y ahora, fuera de mi casa, zánganos!- exclamó dando por concluida la borrascosa entrevista-. Y no volváis por aquí para hacerme perder el tiempo con vuestras tonterías, y menos en plan bravo porque, tenedlo por seguro, esta ha sido la última vez que os lo tolero. Y dad gracias a que no he ordenado a mis criados que os echen a palos y os azucen mis jaurías para que os saquen las mantecas que criáis al abrigo de mi ciudad.

Guarin los empujó hacia la salida sin que ni uno osara abrir más la boca. Cuando salieron a la calle, alguno sugirió ir enseguida en busca del obispo, a lo que los demás respondieron con una rotunda negativa acompañada de diversos insultos más o menos graves ante tan inoportuna sugerencia. Estaba claro pues que, de momento, no quedaba otra que someterse y aceptar las cosas como vinieran. El poder estaba en manos de los inquisidores, les gustara o no.

Las cosas en Albi no pintaban mucho mejor. Siguiendo las pautas marcadas por los inquisidores de Tolosa, Cathala y Pelhisson habían desempolvado infinidad de procesos del obispado en los que quedaba patente que muchos de los sospechosos de herejía no solo eran en efecto *creyentes* declarados, sino que la permisividad de antaño les había valido para salir libres con el beneplácito del clero católico. Cathala, mucho más visceral y fanático que su colega a pesar de que solía presentar un aspecto frío y calmado, echaba literalmente espumarajos por la boca agitando varios folios de grueso papel amarilleado por los años, despotricando contra el anterior obispo y los curas que habían permitido que tanto enemigo de la fe quedara impune.

-¡Mire esto, vuestra paternidad!- bramaba fuera de sí mostrando un pliego repleto de la apretada escritura de los escribanos del obispado-. ¿Qué os parece? ¡Los infectados se han estado riendo en las narices de los siervos de Dios durante años, y lo peor es que estos lo han permitido!

Pelhisson levantó la cabeza de su pupitre y lo miró un poco hastiado de aquellos avenates de furia. Llevaban días y días metidos en la tétrica y gélida cripta donde se almacenaban los archivos de la diócesis, trabajando desde laudes a completas y parando solo para rezar los oficios. De hecho, ni siquiera comían en el refectorio junto a los demás miembros de su comunidad, teniéndose que contentar con la escudilla de legumbres, la cebolla y el trozo

de pan que les bajaba un lego para no perder ni un minuto del día. De las decenas de procesos que ya habían sido repasados, más de cuarenta mostraban de forma palmaria que los acusados eran *hæreticus perfectus*, y en muchos casos ni siquiera se habían molestado en disimular o, simplemente, negar las acusaciones con las tretas verbales que solían utilizar los infectados para eludir respuestas que les comprometiesen.

-Debería calmarse vuestra paternidad- sugirió a su exacerbado compañero de fatigas con voz cansada-. La ira no solo es un gran pecado, sino que también nubla el entendimiento y nos induce a cometer actos de los que luego nos tenemos que arrepentir. Aparte de eso, sepa vuestra paternidad que tengo un dolor de cabeza soberbio, y que vuestras desaforadas voces me taladran los oídos.

Cathala bajó la cabeza, arrepentido y avergonzado por la reprimenda.

-Tiene razón vuestra paternidad, fray Guillaume- respondió repentinamente apaciguado. Se santiguó y musitó una breve plegaria cerrando los ojos-. Sabréis perdonarme, pero es que a veces me supera la incuria con que nuestros antecesores han manejado este asunto, tolerando lo intolerable y permitiendo a los infectados que se mofaran impunemente de ellos.

-Eso es cosa sabida, fray Arnaud. Y precisamente porque la incuria de los que nos precedieron en la vigilancia de la pureza de la fe acabó convirtiéndolos en cómplices de los infectados debido a su dejadez, nosotros tenemos la obligación de mantener la cabeza fría para no caer en los mismos errores. Lea vuestra paternidad esto- dijo tendiéndole un legajo de pergamino-. Es el proceso de un tal Jussière, y ved como algunos supieron burlarse de los inquisidores sin que estos se dieran cuenta.

Cathala tomó el documento, desató las ajadas cintas de lino que lo mantenían cerrado y leyó detenidamente. Al cabo de un minuto, las venas del cuello empezaron a engordarle peligrosamente, y sus graníticas facciones se contrajeron en una mueca dolorosa.

-¡Esto... esto es una infamia...! ¿Cómo no se dieron cuenta, por Dios?- murmuró sofocado el vehemente fraile, cuya cólera iba renaciendo a medida que leía-. “¿Crees en la Santa Iglesia?”, le preguntó el interrogador, y ese infectado de Satanás le respondió que “*cree en todo aquello que creen los buenos cristianos*”. Pero, ¿es que no sabían que entre ellos se llaman así, buenos cristianos? Y luego le exhorta a rezar el Credo, de lo que se excusa aduciendo que nadie se lo enseñó. ¿Cómo es posible que lo dejaran marchar

sin más?

-Vaya vuestra paternidad a saber- respondió Pelhisson encogiéndose de hombros y frotándose sus cansados ojos-. Ese proceso fue incoado hace cinco años, y ese Jussière que Dios confunda lleva muerto tres. Igual sobornó al magistrado, o tenía algún tipo de relación o parentesco con el interrogador. Ya sabemos que muchos curas del país eran miembros de esa secta abominable, por lo que miraban para otro cuando era evidente que los acusados eran herejes en toda regla.

Mientras hablaba, Pelhisson se levantó del taburete en el que llevaba horas sentado. Se estiró haciendo crujir los huesos de la nuca, agarrotada después de tanto tiempo inclinado sobre el pupitre, leyendo un folio tras otro y sintiendo como los ojos le picaban cada vez más de forzar tanto la vista. Para desentumecerse, empezó a caminar de un lado a otro de la sala dando fuertes pisotones para activar la circulación sanguínea en las piernas y eliminar el molesto hormigueo que sentía.

-Es más que evidente que se han cometido grandes desafueros, fray Arnaud-prosiguió-. Pero no es tarde para corregirlos y menos aún para usar estos antiguos procesos como escarmiento y aviso a los infectados o a los que pretenden serlo.

-No os sigo...

-La Santa Iglesia no debe tolerar que ningún pecador quede sin castigo-explicó meditabundo-. Cuando eso ocurre, reinan el caos y el vicio, como bien podemos ver en esta tierra abandonada de la mano de Dios. Por ello, yo me pregunto: ¿es lícito permitir que aquellos que atentaron contra la pureza de la fe sean exonerados de recibir su justo castigo gracias a que la muerte los ha librado de tener que rendir cuentas?

-Están purgando sus pecados en el infierno, fray Guillaume- respondió Cathala.

-Cierto, pero esa certeza no es tal para los infectados. Ellos no han visto a sus adeptos sufrir en sus carnes el castigo que les corresponde por su iniquidad.

-Así es- reconoció Cathala-, pero se me antoja complicado hacerles volver de la tumba para que podamos hacer caer sobre ellos la pena que merecen.

-Claro que podemos- sentenció Pelhisson con un brillo sarcástico en su mirada-. Si un infectado muere sin cumplir una sentencia y, con ello, privamos al pueblo de la contemplación de la penitencia, es como si quedara impune. Su

alma estará perdida para siempre, pero su envoltura carnal ha escapado ilesa.

-Pero, ¿es lícito eso que proponéis?- musitó Cathala, temeroso de plantear siquiera algo que se saliera de las normas, y más aún profanar una tumba.

-Naturalmente, hermano- afirmó levantando las cejas, como sorprendido por las dudas de su colega-. Ese asunto se debatió en el sínodo de Arlés, y quedó claro que un infectado debe recibir su castigo de una forma u otra. Se incluyó en uno de los veinticuatro cánones resultantes de los debates. Su eminencia, monseñor Baussan, se tomó especial interés en hilar muy fino para no dejar ni una sola opción a los herejes e impedir que queden impunes, ni siquiera después de muertos.

Cathala se quedó callado, mirando fijamente a Pelhisson y sin atreverse a decir lo que estaba pasando por su cabeza en aquel momento.

-¿Queréis decir que... que debemos acaso...?

-Que debemos exhumar los cuerpos de los infectados y aplicarles el castigo que no se les aplicó en vida- concluyó Pelhisson-. De ese modo, la justicia de los hombres se verá satisfecha, y tendremos la oportunidad de que la labor aleccionadora del cumplimiento de una sentencia sea vista por el pueblo. El tal Jussière sería un ejemplo perfecto. Según narra el acta del proceso, ese hereje se dedicaba entre otras cosas a dar cobijo a sus correligionarios de paso. Era un *receptator*, según llaman los infectados a los que ponen sus casas a disposición de los miembros de su abominable secta cuando se desplazan de un lugar a otro a propalar sus mentiras y sus cánticos de sirena para embaucar a la buena gente. Pero, a pesar de sus graves delitos, murió sin llegar a expiar por ellos. Por lo tanto, tiempo es de que cumpla la sentencia que no se llegó a dictar.

-Bien, yo me encargaré de ello- aceptó Cathala, que acabó considerando la estricta aplicación del canon como una prueba por la que debía pasar sin cuestionar dogmas ni preceptos.

Pelhisson asintió, recomendándole que antes, de llevar a cabo la exhumación, hiciera pregonar por todo Albi que a Jussière se le había incoado proceso acusado de hereje y que, tras ser juzgado en rebeldía, la sentencia era inexorable: morir en la hoguera, ya que no se había personado para testificar. Eso haría que muchos vecinos acudieran al cementerio, llenos curiosidad para ver en qué acababa aquello.

Capítulo 6

La conmoción que se sintió en Albi fue demoledora. Cuando el pregonero proclamó a voz en grito con su voz astillada la sentencia dictada por la Inquisición, en menos de media hora las calles eran un hervidero de gente clamando por aquella atrocidad. Una comisión de vecinos se presentó ante los cónsules protestando a todo pulmón y exhortándolos a que impidieran semejante aberración. Pero los cónsules poco podían hacer, y menos sabiendo que bastaba haber hablado con un infectado diez años atrás para ser acusado de herejía.

-¿Qué queréis de nosotros?- exclamaban llenos de rabia e impotencia-. ¿Acaso deseáis vernos condenados en el Muro de por vida? ¿Queréis ver a nuestras familias en la miseria?

Los vecinos hacían oídos sordos a las excusas de los cónsules, que no se atrevían a cuestionar una sentencia del Santo Oficio.

-¡Vuestra obligación es velar por los intereses de los habitantes de Albi!- gritaban levantando los puños con aire amenazador- ¡No podemos tolerar que esos frailes cometan una profanación semejante!

-¡Acudid al obispo!- les decían, no sabiendo cómo salir del brete-. ¡El obispo Durand os podrá dar respuesta!

Pero el obispo Durand ni podía ni quería comprometerse, y menos con los dos predicadores.

-Sólo Roma tiene potestad para desautorizar a los inquisidores, hijos míos- suspiró el obispo mirando al techo del salón donde recibía las audiencias-. Su santidad lo dejó bien claro en la encíclica que envió a todas las diócesis de la Occitania: nadie salvo el pontífice tiene potestad para rebatir la sentencia de un inquisidor. Así pues, colijo que tal vez el buen conde Raymond pueda hacer algo por vosotros.

Los vecinos se dieron cuenta de que nadie movería un dedo por impedir la profanación, y menos que nadie el conde que, a aquellas alturas, no se atrevía a contristar a Roma. Además, ni siquiera tenían tiempo de intentar nada más porque la sentencia sería cumplida en breve, así que no les quedó más remedio que irse a sus casas a tramar mil venganzas contra los predicadores y esperar a ver si en verdad se atrevían a consumir aquel acto vergonzante.

Pero saltaba a la vista que los vecinos del Albi no conocían a fray Cathala, al que le daban una higa las amenazas de la plebe o las reconvenciones del

obispo. Él había sido designado por el legado pontificio para cumplir una misión ordenada por el mismísimo papa Gregorio, y no tenía ni inconveniente ni miedo por llegar hasta las últimas consecuencias. Si los infectados eran capaces de arrostrar cualquier penuria y mirar a los ojos a la muerte sin inmutarse, él no iba a ser menos ya que luchaba por la Santa Iglesia y por la fe.

Sin preocuparse lo más mínimo por los alarmantes comentarios contra los predicadores que corrían de boca en boca, a los dos días se personó en la catedral muy temprano para pronunciar un apocalíptico sermón en el que amenazaba a los católicos que protegían de algún modo a los infectados con las mayores miserias espirituales y carnales. Advertía a los presentes de que, aunque escaparan a la justicia de los hombres, nada los libraría de la justicia divina, y que el castigo que Dios impartía a los herejes y sus cómplices era tan terrorífico que no había palabras para poder describirlo en toda su crudeza.

-¡Y recordad que el poder de la Santa Iglesia va mucho más allá del de los hombres, ya sean vasallos o señores!- aseveró haciendo vibrar las bóvedas del templo con voz potente-. ¡Y, del mismo modo, igual que ni Jonás logró ocultarse a los ojos de Dios, ningún hereje logrará jamás escapar de su divina cólera!

La tensión que flotaba en el aire podía palpase, pero el vecindario sentía un temor reverencial por la Iglesia y más aún por el implacable inquisidor, que en ningún momento mostró el más mínimo signo de temor. Quizás si le hubieran visto flaquear un solo instante se habrían atrevido a hacerle frente, pero la angulosa y pétrea cara de Cathala era para ellos como una máscara que ocultaba las peores maldiciones.

Tras el sermón, el inquisidor bajó del púlpito y se dirigió a buen paso a la entrada de la catedral, donde lo esperaban el preboste y una escolta de hombres de armas. Tras el fraile trotaba un notario seguido de su escribiente para levantar acta de todo y, seguidos por un gran gentío, se dirigieron a las afueras de la ciudad, en busca del cementerio donde, desde hacía tres años, el tal Jussière esperaba no tener que reencarnarse más.

Una larga y extravagante comitiva salió por la muralla de Albi. Encabezada por un Cathala que parecía flotar en el aire con su capa negra describiendo sinuosas curvas tras él, una hilera de gente apretaba el paso para no perderse nada. Tras llegar al cementerio, el sepulturero señaló el lugar donde había enterrado al hereje. A pesar del gran número de vecinos que contemplaban la escena se podía escuchar el zumbido de las moscas.

-¡Señor preboste, proceded!- ordenó Cathala señalando la tumba como si fuera un emperador romano dictando una sentencia fatal.

Pero el preboste, tras dudar un instante, negó con la cabeza.

-¡No, vuestra paternidad!- afirmó con decisión-. Profanar tumbas no es una de mis obligaciones, y me niego a cometer semejante pecado.

El rostro de Cathala se transformó en una mueca siniestra, asombrado por la actitud del preboste.

-Si entre vuestras atribuciones no figura desenterrar enemigos de Dios, menos aún contravenir las órdenes de sus ministros- bramó con las venas del cuello a punto de estallarle-. Ordenad a vuestra gente que tomen las palas y exhumen a ese perro si no queréis enfrentaros a una excomunióón implacable.

-Haced lo que tengáis que hacer- replicó el preboste, que era terco como una mula-. Pero os prevengo que la gente no está por resignarse a ver como profanáís la tumba de uno de sus vecinos, de modo que sed sensato y marchaos de aquí antes de que ocurra una desgracia.

Pero Cathala no era hombre que se amilanase así como así, por lo que cogió una pala, se remangó el hábito y empezó a cavar él mismo ante el estupor de la gente que, en el más absoluto silencio, contemplaba la surrealista escena. No había dado ni diez paletadas cuando aquella turba finalmente estalló.

-¡Muerte al inquisidor!- aulló un carnicero enarbolando una enorme cuchilla. Eso bastó para que el temor reverencial que inspiraba Cathala se evaporase como una gota de agua sobre un hierro candente.

El fraile no se acoquinó. Antes al contrario, clavó la pala en el suelo y miró a su alrededor con aire desafiante mientras que la plebe se desgañitaba insultándolo y clamando venganza.

-¿Cómo os atrevéis a cuestionar una sentencia del Santo Oficio, villanos?- gritó sin que su voz lograra oírse por encima del clamor popular.

Pero a los vecinos ya no les importaban nada las consecuencias de aquella rebelión y, como suele pasar cuando los hombres se sienten arropados por la impunidad de la masa, se atrevían contra lo que no serían capaces si fuesen solos.

-¡Muerte al traidor!- aullaban enloquecidos ante el impasible inquisidor.

El preboste, sobre el que al fin y al cabo recaía la responsabilidad de mantener el buen orden, intentó calmar los ánimos exhortando a Cathala para que se largase de allí cuando antes.

-¡Jamás!- exclamó levantando la cabeza con arrogancia-. ¡Un siervo de Dios

no le teme a nada ni a nadie, y menos a una chusma asquerosa que prefriere defender a un perro hereje!

Eso fue la gota que desbordó el vaso. Varios burgueses salieron de la masa aullante y se abalanzaron contra Cathala, al cual empezaron a golpear y dar patadas animados por la enloquecida plebe, que no dejaban de gritar deseándole mil muertes. Cuando el fraile cayó al suelo semiinconsciente lo agarraron entre varios hombres y, llevándolo en volandas mientras seguían dándole golpes por todo el cuerpo, se dirigieron al río Tarn para arrojarlo al agua y ahogarlo. El preboste, cada vez más preocupado por el cariz que estaba tomando aquello, intentaba liberar al inquisidor de los furiosos burgueses. Finalmente, pudo tirar de él y protegerlo tras su corpachón.

-¡Basta ya!- exclamó desenvainando su espada. Los hombres de armas que le acompañaban formaron un círculo rodeando al vapuleado fraile que, medio atontado por la paliza, llevaba el hábito hecho jirones y la cabeza ensangrentada y llena de hematomas-. ¿Estáis locos? ¡Basta!

Pero un vecindario sublevado no era fácil de meter en cintura, y hubo varios que se abalanzaron contra el preboste, que tuvo que domeñarlos golpeándolos con el plano de la hoja y dejarlos sin sentido en el suelo para dar a entender a todos que no iban a reducirlo fácilmente. Sus hombres de armas rechazaban con sus escudos a los que atacaban por detrás, empujándolos con firmeza y manteniéndolos a raya a punta de espada. Finalmente, la ira de la gente pareció empezar a remitir.

-¿Queréis ver aparecer en Albi al conde Raymond al frente de su mesnada y os mande ahorcar a todos?- exclamó en voz alta mirando a su alrededor-. ¿Creéis que el asesinato de un inquisidor quedaría impune, imbéciles? En cuanto esto se sepa en Tolosa tendrá consecuencias graves, y los cabecillas pagarán por todos esta rebelión. ¡Marchaos a vuestras casas antes de que sea demasiado tarde! ¡No tentéis más a la suerte y marchaos de una vez!

El carnicero, que se había autoerigido en líder de la asonada, no acababa de conformarse.

-No queremos comprometeros, monseñor- dijo al preboste-, pero esto no puede quedar así. Si dejamos marchar al fraile, mañana volverá a intentar desenterrar a nuestro vecino.

-¿Y qué piensas hacer para impedirlo? ¿Matarlo?

Tanto el carnicero como sus seguidores quedaron en silencio un instante, buscando una respuesta.

-¡Que se vaya!- gritó uno-. ¡Que se largue de Albi y no vuelva!

La propuesta fue celebrada por todos, que la apoyaron con mucho entusiasmo.

-¡No pienso ceder ante...!- balbució Cathala escupiendo sangre y trozos de dientes.

Pero el preboste se volvió y, taladrándolo con la mirada, le tapó la boca con la mano.

-¿Estáis loco?- le advirtió en voz baja-. Si decís una palabra más estáis muerto, desdichado, y no quiero sobre mi conciencia la muerte de un religioso, y menos aún que el conde me pida cuentas por esta asonada. Así pues cerrad la boca y dejad de desafiar a esta horda enfurecida. Tiempo tendréis de tomar las medidas que consideréis oportunas, pero ahora, ¡callaos de una vez!

Cathala comprendió que alcanzar la palma del martirio en aquel momento no solo sería absurdo, sino que le impediría culminar su misión, lo cual valoraba por encima de todo. Así pues, inclinó la cabeza y asintió en silencio. Mientras el preboste ordenaba a todos marcharse a sus casas, un hombre de armas salió en busca de Guillaume Pelhisson para ponerle al corriente de lo ocurrido, y para que supiera que su colega no podría volver a entrar en la ciudad. El inquisidor apretó las mandíbulas y calló, jurándose para sí mismo que aquella afrenta no quedaría impune. Le pidió al hombre de armas que le hiciera llegar ropa limpia, un zurrón con provisiones y un burro para que pudiera llegar hasta Tolosa.

Tras lavarse las heridas y cambiarse el hábito destrozado, Cathala se aupó en el jumento y se volvió hacia las murallas, en cuya puerta aún permanecían varios vecinos para impedirle la entrada.

-¡Esta infamia no quedará impune!- gritó desafiante-. ¡Este día quedará marcado para siempre de forma indeleble en la memoria de Albi, cuando sus habitantes quisieron asesinar a un siervo de Dios como si fueran sarracenos! ¡Y por el poder y la autoridad que me ha conferido su santidad el papa Gregorio, yo os excomulgo y anatematizo, y os arrojo del seno de la Iglesia de Dios!

Durante cinco minutos largos, Cathala se desgañitó encima de su burro desgranando todo el complejo ritual de la excomunicación ante la rechifla de los vecinos y la admiración del preboste, que no podía dejar de reconocer que al fraile no le faltaban arrestos, y que su fe no tenía nada que envidiar a la de los infectados.

-¡Que os maldiga Cristo, Hijo del Dios vivo, con todo el poder de su majestad, y se alce contra vosotros el cielo con todas las potestades que en él se mueven para condenaros a no ser que os arrepintáis y ofrezcáis justa reparación, amén!- prosiguió Cathala, que ya estaba casi afónico- ¡Hágase! ¡Hágase! ¡Amén! ¡Desde este instante estáis excluidos de la comunidad cristiana, impíos! ¡Y esta me la pagáis, os lo juro!- concluyó casi ahogado por la ira dejando de lado los rituales y adoptando un tono más llano y, por ello, más comprensible para el vulgo.

El preboste apremió al fraile para que se fuera de una vez por todas.

-Señor inquisidor- le advirtió-, me he jugado el pellejo para salvar el vuestro, y dudo mucho que la plebe me permita hacerlo de nuevo. Así pues, haced el favor de no complicarme más la vida y marchaos de aquí antes de que esos energúmenos se lo piensen mejor. Habéis vuelto a nacer, fray Cathala. No tentéis más a la Providencia, que por hoy ya hemos tenido bastante.

Fray Cathala accedió, hizo dar la vuelta al jumento y, pateándolo los hijares incansablemente, se puso en camino sin dejar de maldecir en latín, en occitano y en francés para que a nadie se le escapara que aquella afrenta no quedaría sin consecuencias.

Cuando el conde Raymond tuvo noticia de lo ocurrido en Albi sintió hasta náuseas. Lo único que le faltaba era que en todas partes se supiera que en sus dominios se atacaba abiertamente a la Iglesia y a sus inquisidores. Sin embargo, al menos tenía la excusa de que la revuelta había sido por unos motivos que podían dar lugar a múltiples justificaciones. El fiel Guarín, que era una enciclopedia sobre jurisprudencia, le aseguró que existía una ley mediante la cual estaba terminantemente prohibido el procesamiento de difuntos. Así pues, como nadie se había preocupado de abolir dicha ley, siempre se podía aducir que el pueblo no se amotinó por defender a un hereje, sino por hacer prevalecer una norma la cual había sido soslayada precisamente por un inquisidor. Sin embargo, los conocimientos jurídicos de Guarín no llegaban a los entresijos de cónclaves y sínodos, y no tenía ni idea de lo que se había decidido en Arlés respecto a las exhumaciones que tanto escándalo habían provocado.

En todo caso, cuando Cathala llegó a Tolosa contó a sus colegas todo lo ocurrido con pelos y señales. Tras el pasmo inicial ante tamaña afrenta, Père Seila salió a toda velocidad a pedir explicaciones al conde con más

vehemencia de lo habitual para tratarse de un religioso. No obstante, el hecho de haber sido un motín secundado por gran parte de la población, católicos incluidos, le suponía cierto alivio ya que le libraba de tomar medidas expeditivas. No habiendo cabecillas destacados, no sería precisamente recomendable castigar a todo el vecindario, y menos con el cariz que estaban tomando las cosas desde que los predicadores se dedicaban a crear aquella agobiante atmósfera de desconfianza y miedo en sus otrora extensos dominios. En cuanto al preboste, su actuación fue en todo momento correcta, e incluso los mismos frailes reconocieron que había salvado la vida de fray Cathala.

-¿Qué pensáis hacer, monseñor?- inquirió Seila al ver que el conde, siempre tan ambiguo, no acababa de mostrarse dispuesto a tomar medidas contra Albi.

-¿Qué sugerís vos que haga, inquisidor?- respondió Raymond hastiado de tantos conflictos estériles que solo servían para confrontar a la gente-. ¿Mando pasar a cuchillo a la población? ¿Le meto fuego a la ciudad entera?

Seila miró con desprecio al conde, ajeno por completo a que su situación era muy delicada.

-Pues sugiero que castigéis a los culpables de esta infamia, monseñor.

-¿Y quiénes son los culpables? Decidme un nombre y tenéis mi palabra de que será ahorcado sin demora.

Seila tuvo que callarse porque sabía que no podía señalar a nadie.

-Señor inquisidor- explicó Raymond adoptando un tono conciliador-, las cosas están mucho más enredadas de lo que imagináis. Ese tal Jussière era una persona muy querida en Albi. Era conocido por sus obras de caridad, así como por su honradez y su...

-¡Era un hereje, monseñor!- interrumpió Seila.

-...y su constante preocupación por el bien de la ciudad- prosiguió el conde levantando la mano, si bien un brillo en sus ojos claros avisaron al inquisidor de que no le toleraría una falta de respeto más-. Debéis comprender que, para el vulgo, los infectados son un ejemplo de virtud que muchas veces no ven emulado en el clero católico. O sea, que al vecindario le da una higa que uno de sus paisanos sea católico o no. Ellos valoran sobre todo su forma de vida, y en ese aspecto me temo que no pueden ser acusados de nada.

-¿Estáis defendiendo la herejía, monseñor?- preguntó Seila muy despacio, remarcando la palabra herejía en tono amenazador.

-Yo no defiendo nada, inquisidor- replicó el conde apretando las mandíbulas y cada vez más harto de tener que soportar la arrogancia del

fraile-. Yo me limito a intentar, sin éxito por lo que veo, haceros ver cómo piensa el pueblo y como juzgan los actos de los infectados. Deberíais saber que los primeros que han dejado de cumplir con las virtudes que predicán son muchos curas católicos que se han dedicado a fornicar, a practicar la simonía, a hacer ostentación de riquezas y, en definitiva, a actuar en todo momento de forma opuesta a los dictados de la fe católica. Así pues, vos me diréis como puedo castigar a toda una ciudad por impedir que hicieran algo que la misma Iglesia castigaría. ¿No es acaso un gran pecado profanar una sepultura?

-La de un infectado no, monseñor. Ese hombre murió sin recibir el castigo que merecía, así que lícito es que expíe sus crímenes aún después de muerto.

El conde meneó la cabeza dando por imposible intentar hacer ver al predicador que las cosas no eran tan absurdamente simples como él las veía. Hablar con alguien así era hablar con un muro, y siempre tendría una respuesta más o menos válida a todas sus réplicas porque el que se basaba en dogmas inamovibles no podría ser nunca rebatido.

-Fray Cathala ha infligido a la población de Albi la peor de las penas-concluyó evasivamente, deseando ver desaparecer de su vista al inquisidor-. Los ha excomulgado, por lo que colijo que no cabría un castigo peor. Si consideráis que no he actuado con la debida diligencia, informad a Roma. En justicia, yo no puedo aplicar las leyes de forma arbitraria, haciendo que los justos paguen por los pecadores, de modo que si obtenéis informes acerca de quién o quienes promovieron el motín, hacédmelo saber y os aseguro que recibirán el castigo que merecen. Pero mientras tanto, fray Seila, habrá que contemporizar. Y una cosa más os digo: no echéis en saco roto lo que ha ocurrido en Albi, porque sería un grave error. El pueblo empieza hartarse del estado de terror que habéis instaurado, y no quisiera que los disturbios se extendiesen por toda la Occitania por el bien de la Santa Iglesia y de nosotros mismos.

Haciendo un significativo gesto con la mano, el conde indicó que la audiencia había terminado. Sin decir nada más le dio la espalda al furibundo fraile y se puso ante una ventana a contemplar el movimiento del mercado que se celebraba ante su palacio sin ni siquiera despedirse del inquisidor. Seila, que estaba amoratado de ira y rabia por el desplante, dio media vuelta murmurando maldiciones de todo tipo y se dirigió hacia la puerta, donde lo esperaba el viejo Guarín para conducirlo a la salida.

-No menospreciéis las sabias advertencias de mi señor- le dijo en voz baja

mientras trotaba dificultosamente tras el fraile-. Él sabe de lo que habla.

Seila se detuvo en seco y miró de arriba abajo al chambelán el cual, con una sonrisa cínica, no parecía inmutarse por las ínfulas del fraile. Pero se abstuvo de responderle porque tenía claro que discutir con un sirviente no tenía sentido, y más en aquel caso en que intuía que el chambelán tenía más influencia sobre el conde de lo que parecía.

-¡Que pase un buen día vuestra paternidad!- se despidió Guarín con cierto tono de burla y sin dejar de sonreír-. ¡Y que Dios nuestro Señor os bendiga por la gran labor que lleváis a cabo!- remató.

Seila estuvo a punto de volverse y darle un revés al sarcástico chambelán, pero se guardó de cometer cualquier acto que pudiera serle echado en cara. Así pues, se tragó su cólera y, a buen paso, volvió al convento, donde lo esperaban los otros dos inquisidores para saber en qué había acabado la audiencia. Si los alaridos de fray Cathala eran taladrantes, los rugidos de Arnaud eran el contrapunto a la chirriante voz de su colega. Tras varios minutos de desahogo, maldiciones y anatemas, Seila les hizo un gesto para que se calmaran. No era momento de dejarse llevar por la ira, sino de actuar con frialdad y decisión.

-Tal como están las cosas, lo último que podemos hacer es mostrarnos asustados. Lo ocurrido con vos, fray Cathala, ha dejado claro a todos que no somos unos timoratos meapilas a los que unos cuantos de villanos puedan someter. Vuestro valor ha sido ejemplo de fe, así que nosotros no vamos a ser menos.

-¿Qué propone vuestra paternidad?- preguntó Arnaud, que tenía los ojos inyectados en sangre desde que vio aparecer a su apaleado colega con la cara tumefacta a consecuencia de la paliza recibida y cabalgando sobre un desvencijado pollino.

-Proseguir con las exhumaciones, naturalmente. Si dejamos de revisar los procesos, esos perros lacayos de los infectados sabrán que su motín ha servido para sembrar el miedo entre nosotros, por lo que cada vez que se arreste o se ajusticie a un hereje habrá nuevos disturbios.

-¿Y el conde?- terció Cathala, al que la paliza no solo no le había amilanado, sino que le había insuflado más arrojo aún-. ¿Cuál creéis que será su actitud tras estos sucesos?

-Lo que haga o diga el conde me da una higa, hermano. No obstante, le pondremos en un brete del que no podrá evadirse como tiene por costumbre.

En cuanto hayamos concluido con la revisión de los procesos del obispado y haya que iniciar las exhumaciones de infectados en Tolosa, requeriremos su ayuda en forma de escolta armada para prevenir un motín como el de Albi. Si algo nos sucede, él será el responsable directo, de modo que ya veremos si tiene la osadía de permitir desmanes entre la población.

-Es un cobarde que solo quiere contemporizar con todos- apoyo Arnaud-. Le da miedo el rey de Francia, teme al santo padre, siente pavor ante los infectados, así que poco podemos esperar de él. Su santidad nos ha encomendado una misión para bien de la Santa Iglesia, y nuestro deber es cumplir sus mandatos aunque nos vaya la vida en ello. Si el conde se niega a colaborar es cosa suya. Ya recibirá su merecido cuando Dios disponga. Y mientras tanto, nosotros seguiremos con nuestra labor.

Capítulo 7

La gruta de Lombrives era la más grande del Sabarthès. Su entrada, situada a apenas doscientos pasos del río Ariège, era como la boca de un milenar dragon petrificado dispuesto a devorar a todo aquel que se aventurase en su interior. Grandes lagos de agua absolutamente pura y cristalina se alimentaban de fuentes y manantiales inagotables, como si la Naturaleza se alegrara de saciar la eterna sed del dragon con un caudal tan límpido que, a pesar de la enorme profundidad que tenían, parecía que se podría alcanzar el fondo metiendo la mano en la gélida agua. Nadie había sido capaz de explorar toda la cueva, que contaba con decenas de galerías tan profundas que, los pocos que lo habían intentado, jamás habían vuelto a la superficie. Algunos decían que allí estaba la tumba del dios Hércules, bajo una gran estalagmita con forma de martillo, pero nadie se atrevía a ir a comprobarlo.

Gracias a su complicado acceso, que se limitaba a un empinado y serpenteante sendero que nacía en un barranco casi cubierto por la vegetación, los guardias del preboste de Carcassonne no se aventuraban por aquella comarca. Sabían sobradamente que el Sabarthès era un nido de herejes, pero era una zona tan abrupta y salvaje que solo con un guía que conociera el terreno como la palma de la mano se podría llegar a las cuevas donde se reunían con sus *perfectos*. Además, la cercanía de Lombrives con el castillo de Monstégur, a apenas una jornada de camino, era un argumento bastante persuasivo para no aparecer por allí. Aunque Raimon de Perelha era un *faidit* casi en la ruina, no por ello dejaba de ser un enemigo temible, y su pequeña pero aguerrida mesnada podía tenderles una celada en cualquiera de los profundos barrancos que conducían desde el castillo hasta la gruta.

Por todas esas razones, Lombrives era uno de los lugares preferidos por el obispo Guilhabert para predicar a los *creyentes* que, nada más tener noticia de que tal día tendría lugar el encuentro, acudían en masa desde todo el Rasés e incluso desde más lejos. Además, sus amplias salas tenían espacio de sobra para acoger a un gran número de personas, y su magnífica acústica permitía al orador hablar sin tener que elevar el tono de la voz para poder ser oído por todos los presentes. Pero la magnificencia del lugar no era motivo para bajar la guardia, y cada vez que algún obispo o *perfectos* se desplazaban a la gruta para predicar, varios hombres de armas fieles a su iglesia se encargaban de montar guardia en los alrededores para avisar en caso de peligro.

Pero en aquella ocasión, la catedralicia caverna no iba a ser testigo de una de las místicas prédicas del obispo, sino de una entrevista con varios *faidits* que, aunque sus desavenencias entre ellos provenían casi siempre de generaciones atrás, siempre estaban dispuestos a aliarse si se trataba de hacer la guerra al francés y a la Iglesia. Porque Ghilhabert, a pesar de su arraigada fe y de sus constantes exhortaciones por la paz, había acabado teniendo muy claro que, no ya la difusión de su secta, sino su mera supervivencia dependía del apoyo militar de los señores occitanos que, bien por ser *creyentes*, bien por compartir su odio hacia el rey de Francia, estaban dispuestos a hacer uso a ultranza de la fuerza. Cierto era que el obispo no los inducía de forma clara a ejercer la violencia, pero su facilidad de palabra le permitía persuadirlos haciéndose la víctima y recordándoles que los responsables de verse reducidos a la condición de *faidits* eran los mismos que deseaban la ruina de los *creyentes*: el papa Gregorio y el rey Luis.

La cita había sido concertada hacía semanas para permitir que los convocados a la misma pudieran reunirse en un punto concreto desde el que podrían marchar juntos hasta Lombrives en compañía de sus reducidas escoltas, seleccionadas entre sus caballeros y hombres de armas más leales para no llamar la atención en un territorio en el que tras cada árbol y cada piedra había un chivato dispuesto a dar cuenta del más mínimo movimiento a los inquisidores de Carcassonne o de Tolosa.

A la caída de la tarde, cuando las sombras alargadas de los árboles sumían en la penumbra la entrada de la cueva, un agudo silbido informó al obispo que los *faidit* ya habían enfilado el sendero que conducía a la misma. El grupo lo formaban una decena de jinetes seguidos por varios hombres de armas y ballesteros que escrutaban la fronda que los rodeaba con ojos de comadreja. Al frente de la comitiva marchaba Raimon de Trencavel, el hijo del belicoso Raimon Rotger que había muerto cuando él apenas tenía dos años. Según las malas lenguas, fue envenenado por orden de Montfort cuando lo tenía cautivo en Carcassonne tras ser derrotado y privado de sus cuatro vizcondados, pasando de a ser, con apenas veinticuatro años, de uno de los más poderosos nobles de la Occitania a un *faidit* que no tenía donde caerse muerto. Aunque el joven Raimon no era un *creyente* tan apasionado como su progenitor, el profundo odio que sentía hacia los Capetos y la Iglesia era motivo suficiente para que se uniera a cualquiera que planeara una rebelión contra ambos.

A continuación iba Olivier de Termes, cuyo castillo fue asediado por

Montfort y, tras la capitulación, entregado al señor de Roucy; finalmente estaba Jordan Hunaut, señor de Lanta y senescal del conde Raymond hasta que tuvo que exiliarse como tantos otros miembros de la nobleza rural de la Occitania. Los tres *faidits*, a pesar de que apenas alcanzaban los treinta años, habían pasado media vida exiliados en Aragón a causa de la guerra, viajando de vez en cuando a su tierra en un enésimo intento por captar aliados que les ayudaran a recuperar sus antiguas posesiones. El testimonio de tan accidentadas existencias estaba reflejado en sus curtidos rostros, en lo que cada chirlo, cada mancha y cada arruga tenía tras de sí una historia llena de odios, recelos y venganzas. Las inclemencias del tiempo, el sol abrasador del verano y el viento helado del invierno les habían dado un aspecto ajado, propio de campesinos, y profundos surcos en sus frentes, párpados y mejillas, marcados de forma indeleble, eran la muestra palmaria de las muchas penurias vividas en apenas quince años. Todos ellos habían venido al mundo cuando la cruzada predicada por Inocencio III estaba en marcha, y desde que tenían uso de razón solo habían conocido el miedo y la miseria cuando los nobles al servicio del rey francés llevaron la guerra a la ubérrima Occitania en su forma más cruel y despiadada.

Cuando llegaron a la entrada de la cueva echaron pie a tierra y se arrodillaron ante Guilhabert, que los esperaba con los brazos abiertos. Tras hacerle el *melhorament* con gran devoción entraron en la gruta mientras su escolta se distribuía por los alrededores para, junto a los hombres de armas del obispo, vigilar atentamente y prevenir cualquier ataque inesperado. Sabiendo con quiénes se jugaban los cuartos no era ningún dislate pensar que la gente del senescal de Carcassonne o del obispo de Narbona los hubieran seguido hasta allí.

-Tenéis un aspecto bastante deplorable, obispo- dijo Trencavel mirando al anciano de arriba abajo tras el rito de salutación. El linajudo noble tenía un carácter más bien sombrío, y era habitual que dijera lo que pensaba sin importarle nada el hecho de que su sinceridad podía ser bastante hiriente.

-La verdad es que no me extraña- respondió Guilhabert con una sonrisa amarga-. Soy ya muy viejo, y mi salud se está marchitando a una velocidad increíble. Desde hace unos meses sufro de horribles dolores en los riñones, y a veces me acomete una sensación en mi verga como si quisiera escupir fuego por ella. *Micer* Humberto, un afamado médico que nos trae noticias de vez en cuando de nuestros hermanos de la Lombardía, me ha dicho que es mal de

piedra. Me ha recetado unos brebajes que saben a demonios y que, como podréis imaginar, no sirven absolutamente para otra cosa que para revolverme las tripas.

Mientras hablaba, los tres hombres miraron con detenimiento al obispo. Ciertamente, su apariencia era la de un enfermo grave. Su rostro había adquirido un tono grisáceo, y sus ojos, antaño vivaces y penetrantes, se habían quedado sin brillo, hundidos en las cuencas y orlados por unas profundas ojeras negruzcas.

-Alegraos pues- le dijo Termes-, pronto os libraréis de vuestra envoltura carnal y podréis ver cara a cara a Dios.

-No creáis que no ansío que llegue el momento de partir de este mundo infernal- admitió el obispo asintió con desgana-. Sin embargo, aún me quedan algunos asuntos por resolver antes de que me pueda permitir alcanzar la muerte. Pero, dejando de lado mi salud por el momento, decidme, ¿qué noticias me traéis?

Trencavel se encogió de hombros.

-Más bien diría que sois vos los que tenéis algo que contarnos, obispo-replicó-. ¿Qué ha pasado en Albi?

Guilhabert suspiró profundamente y movió la cabeza apenado antes iniciar el relato. De forma concisa, pero sin omitir nada importante, dio cuenta de los sucesos acaecidos en la ciudad. Contó como los vecinos casi matan al inquisidor, y que la reacción de la Iglesia ante el motín fue aumentar la presión contra los *creyentes* hasta alcanzar límites insoportables.

-Pèire Seila y Guillaume Arnaud están desatados, hijos míos- dijo con la mirada un poco perdida en el vacío-. Esos hombres no se detienen ante nada ni ante nadie, y mucho me temo que lo que llevamos visto hasta ahora no es nada para lo que aún nos depara el porvenir.

-¿Y qué sabéis de los procesos a los muertos?- intervino Jordan, que no había dicho nada aún-. Las cosas que he oído por ahí dan escalofríos.

-Es su forma de dar a entender que sus antecesores hacían la vista gorda, y que con ellos ha llegado un tiempo nuevo. Por eso se dedican a culminar los juicios que se quedaron a medias, y si el acusado resulta culpable, lo que sucede casi siempre porque en ello ven la ocasión de dar un escarmiento, sacan sus huesos de la tierra y los queman. Y no creáis que lo hacen de forma discreta, sino organizando un festejo por todo lo alto. Amontonan los huesos en una carretilla e inician una procesión desde el cementerio de la población

hasta la plaza del mercado. Para que todos se enteren, la comitiva es precedida por un grupo de músicos que atronan el ambiente con tambores y trompetas. Luego, uno de los inquisidores pronuncia un sermón, tras lo cual arrojan las osamentas en una pira y les meten fuego mientras el fraile grita como un poseso: “*¡Quién así haga, así morirá!*”.

Los tres *faidits* se miraron asombrados con el rostro desencajado.

-¿Y la gente tolera esa aberración?- preguntó Trencavel echando fuego por sus ojos oscuros.

-Tras lo de Albi, los inquisidores exigieron al conde Raymond que les proporcionaran una escolta armada para impedir nuevas revueltas. En cuanto a Arnaud Cathala, el predicador que dio lugar al motín, ha retornado a la ciudad dispuesto a tomarse la revancha y ha proseguido con los juicios de difuntos con más empeño y saña. De momento, la única opción que le queda a la gente para no ver los restos de sus seres queridos convertidos en cenizas y aventados es ir de noche a los cementerios, desenterrarlos y llevarlos a otro lugar donde puedan reposar a salvo de la furia de los inquisidores.

-Saint-Gilles...ese perro cobarde vendido al Capeto...- murmuró Termes intentando contener su ira-. Nunca he tenido la certeza de que el conde fuese un aliado nuestro, pero con su actual comportamiento deja claro que no.

-No puede hacer otra cosa, Olivier- rebatió Trencavel-. Si no se aviene a los deseos de los inquisidores sabe que está perdido. Tanto el Capeto como el papa están deseando tener una excusa para quitarle lo poco que le han dejado.

-Pero algo podría hacer, digo yo- protestó.

-Eso es cosa suya y yo no entro en que debe o no debe hacer. Él sabrá cómo actuar- afirmó dando por concluido el tema-. A mí lo que de verdad me interesa saber es para qué nos habéis hecho venir, obispo. Supongo que debe tratarse de algo realmente importante para hacernos salir de nuestras madrigueras de Aragón y jugarnos el pellejo para llegar hasta aquí.

-Ciertamente sí- respondió Guihabert, que empezaba a sentir una aguda punzada en sus partes. El dolor era tan intenso que su rostro macilento se puso pálido.

-¿Qué os pasa?- preguntó Jordan al ver la mueca de dolor del obispo.

-Es la antesala del peor tormento, hijo mío- respondió con un hilo de voz, apretando las mandíbulas-. Cuando me sobreviene este dolor y tengo que orinar es un suplicio indecible. Además, junto a la orina echo sangre. Es muy irritante, la verdad...

Bertrand Martí, su Hijo Mayor, se acercó solícito y le hizo beber la pócima que *micer* Humberto le había recetado. La cara de repugnancia de Guilhabert al trasegar aquel brebaje dejó claro a los presentes que no debía ser algo precisamente agradable de tomar.

-Es una auténtica porquería- farfulló el obispo frunciendo la nariz y poniendo cara de asco como un crío cuando le administraban su purga quincenal-. Me dijo que está hecho con las tripas desecadas y pulverizadas de crías de liebre sacadas del seno materno, y aseguró que ese polvo es capaz de triturar la piedra. Lo endulzan con miel para disimular su mal sabor y le añaden mandrágora, que es lo único que me alivia porque mitiga el dolor. En fin, sea lo que Dios disponga. ¿Por dónde íbamos?

-Por los motivos de vuestra llamada.

-Ah, sí... Bien, la cuestión es que hemos decidido que es hora de hacer frente a aquellos que desean nuestro mal y el de nuestra iglesia. Si seguimos entregándonos como corderos a los prebostes, en poco tiempo no quedará un solo *perfecto* en la Occitania, y eso no lo podemos tolerar.

-¿Y cómo pensáis enfrentaros a la multitud de enemigos que solo buscan nuestra perdición?- preguntó Trencavel, que a pesar de su juventud figuraba en las primeras posiciones de las listas negras de los inquisidores.

-Ante todo, ya disponemos de una sede fortificada desde la cual no solo podremos difundir nuestra fe, sino que gracias a ella tendremos un refugio seguro que nos permitirá librarnos de las persecuciones de los prebostes del conde Raymond o del senescal de Carcassonne.

-¿Montségur?

-En efecto. Raimon de Perelha nos lo ha cedido, si bien justo es reconocer que le ha costado trabajo decidirse. Pero, en todo caso, como ya os he dicho ha tenido a bien permitirnos usar su castillo como sede de nuestra iglesia, y dispone de almacenes bien pertrechados con provisiones y bastimentos, así como de una nutrida guarnición formada por algunos caballeros de la Casa de Mirapeis y hombres de armas que son casi todos *creyentes*. Junto a las *buenas mujeres* que ya habitaban el lugar desde hace más de veinte años han formado una sólida colonia, un reducto encaramado en aquel nido de águilas inexpugnable.

-Ciertamente, es una espléndida noticia, obispo- admitió Termes-, pero la posesión de una fortaleza solo nos vale para refugiarnos, y no en gran número porque aquello es poco mayor que la plaza de un villorrio. ¿Qué pasa con los

creyentes y *perfectos* que habitan en las ciudades? ¿Qué pasaría si un mal día el Capeto o Saint-Gilles deciden presionar aún más? ¿Qué podemos hacer si el papa, ese lacayo de Satanás en la Tierra, predica una nueva cruzada contra nosotros?

-Y no olvidemos al rey de Inglaterra- apoyó Trencavel-. Sus posesiones en la Aquitania limitan con el condado de Tolosa, y hará lo que pueda por pisarle terreno al Capeto en cuanto tenga ocasión.

Guilhabert fue asintiendo a todas las objeciones como si ya supiera tanto las preguntas como las respuestas.

-Por eso es por lo que debemos estar preparados para hacer frente a esas amenazas que, aunque latentes, no por ello dejan de ser una realidad. Y, por esas razones, sois vosotros los que deberéis capitanear la milicia que protegerá a los nuestros de la iniquidad de los enemigos que nos acechan sin descanso. Vosotros y los demás *faidits*, que habéis sido despojados de vuestro patrimonio, sois los elegidos.

Los tres hombres se miraron perplejos, no acabando de entender la propuesta del obispo.

-¿Queréis decir que nuestra misión sería matar a los que nos ofendan?- preguntó Jordan abriendo mucho los ojos.

-¿Ya no vale eso del “no matarás”?- dijeron al unísono Trencavel y Termes.

Guilhabert, que daba por hecho que su planteamiento causaría bastante polémica, ya había preparado los argumentos necesarios para limpiar las conciencias de los *creyentes* que pusieran pegas al mismo.

-¿Quién ha hablado de matar hombres?- insinuó esbozando una media sonrisa, como quien se dispone a revelar un divertido misterio.

-Dejaos de rodeos, obispo- gruñó Trencavel, cuyo carácter no era precisamente proclive a las chanzas-. No hemos venido hasta aquí para jugar a las adivinanzas. Desde que tengo uso de razón llevo oyendo que jamás debemos atentar contra un ser vivo, y que hasta pisar una hormiga a posta es un gran pecado porque eliminas un cuerpo donde puede habitar un alma.

-Los demás obispos y yo hemos tratado este asunto varias veces- replicó Guilhabert poniéndose muy serio-. Como señala nuestra doctrina, es cierto que nuestras almas son las mismas que, desde el origen de los tiempos, fueron expulsadas junto a Satanás cuando éste cayó en desgracia y Dios le permitió crear el mundo. Son las almas de la legión de ángeles que apoyaron al hijo predilecto de Dios y que solo podrán volver al seno del Padre mediante el

consolamentum y, por ese motivo, tras la muerte se reencarnan una y otra vez hasta alcanzar la perfección que les permita liberarse para siempre.

-Luego los católicos tienen un alma idéntica a la nuestra, con la diferencia de que aún no han sido capaces de ver su error- objetó Jordan.

-Así es- admitió Guilhabert-, pero hay hombres que no albergan en su interior un alma angelical, sino diabólica.

-¿Diabólica? ¿Cómo puede ser?

El obispo se percató de que aquel dilema había cautivado a los tres hombres, así que adoptó un tono más solemne, como de pedagogo que alecciona a sus alumnos sobre los arcanos de la ciencia. A pesar de que el dolor en su martirizado miembro viril apenas había remitido, hizo de tripas corazón y se dispuso a ser más persuasivo que nunca, porque sabía de sobra que la opinión de Trencavel era muy respetada entre todos los *faidits*, y si él le apoyaba los demás le seguirían sin dudarlo.

-Satanás no solo tenía poder para crear el Mundo y las envolturas carnales que sirvieron para albergar a sus ángeles, sino también para crear criaturas carentes de alma, seres enteramente diabólicos que solo acatan sus órdenes y que le sirven para propalar el caos entre los *creyentes*. Él sabe, porque para eso es el hijo predilecto, que muchos de sus seguidores solo ansían volver al Padre, por lo que tuvo la necesidad de crear a esos demonios que son encarnaciones del Mal en estado puro. Por lo tanto, si son cuerpos sin alma e incapaces de albergarlas, acabar con ellos no es pecado.

La disertación teológica era demasiado profunda para los tres *faidits*, que movían la cabeza intentando asimilar aquella revelación sobre los cuerpos sin alma.

-¿Y cómo podemos distinguir entre una de esas criaturas diabólicas y un hombre normal?- preguntó Trencavel, que no acababa de tenerlo claro-. Porque si yo mato a alguien sin saber quién es en realidad, me arriesgo a cometer un terrible pecado.

-Ninguno de los que sirven a Satanás son hombres normales- afirmó contundente el obispo-. El papa, el rey de Francia, el conde Raymond, sus prebostes, sus caballeros, sus hombres de armas, todos ellos proceden de la misma obra de Satanás.

-No dudo de lo que decís- intervino Jordan, que prefería creer sin preguntar porque todo aquello le resultaba incomprensible y, como muchos hombres de su época, tendían más a la superstición que a la verdadera fe-, pero mi duda

terrible es esta: ¿cómo puedo alcanzar la liberación de mi alma si me veo obligado a matar? ¿Quién me asegura que todos y cada uno de nuestros enemigos son criaturas de Satanás y, para mi desgracia, acabo con uno que no lo sea? ¿Volverá mi alma a reencarnarse en un perro o un caballo por ese motivo?

Jordan, como tantos *creyentes*, en realidad planteó al obispo una duda bastante legítima aunque no se dio cuenta siquiera. Una duda que el mismo Guilhabert ya había sugerido a los demás prelados en su momento y para la que ya habían encontrado respuesta. Porque Jordan era un mero *creyente* cuya alma, cuando muriese, estaría obligada a volver al mundo. Sin alcanzar el *consolamentum* y, con ello, la perfección, no era posible retornar al Padre, al Bien absoluto. Por lo tanto, sus recelos eran lógicos ya que, caso de matar a un hombre, tras su muerte debía volver a vestir una envoltura carnal aunque fuese la de una vil alimaña o incluso la de un insecto.

-Hemos previsto esa contingencia- aseguró el obispo-. Haremos un pacto con los *creyentes*.

-¿Un pacto? ¿Qué clase de pacto?

-Un pacto de conveniencia. Un pacto que obligará a los *perfectos* a administrar el *consolamentum* en caso de grave peligro de muerte. De ese modo, si caéis heridos o enfermos, antes de partir de este mundo seréis liberados para siempre, y vuestras almas podrán volar hasta el Padre para toda la eternidad. Ese pacto de conveniencia atará de forma inexorable tanto a los *creyentes* como a los *perfectos*. El *creyente* defiende al *perfecto* y, a cambio, el *perfecto* se compromete a liberar su alma al final de sus días.

Aquello sonaba a apaño de circunstancias, y aunque a Jordan se le iluminó el rostro ante la gratificante perspectiva de no tener que volver a un mundo que solo le había proporcionado desgracias y sinsabores, sus dos compañeros no parecieron alegrarse demasiado por la instauración de aquel pacto que, a todas luces, estaba guiado exclusivamente por el interés.

-Eso me recuerda a determinado sacramento católico, obispo- dijo con sorna Trencavel en clara alusión a la extremaunción.

-Así es- apoyó Termes-. Supongo que no estaréis cayendo en una componenda para justificar el apoyo militar que requerís, ¿verdad?

Guilhabert se escandalizó y, a pesar de que los dolores que sentía, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro haciendo grandes aspavientos, asegurando que se sentía muy dolido por ser tan severamente cuestionado por

fieles caballeros de los que jamás había esperado semejante reproche. Durante varios minutos se dedicó a enumerar con pelos y señales todas y cada una de las cuestiones de tipo teológico que habían tenido en cuenta los obispos que, reunidos en sínodo, llegaron a esa conclusión definitiva: los enemigos de su fe no eran ángeles caídos en desgracia, sino unos simples seres carnales creados por Satanás para impedirles retornar a Dios.

-Vale, obispo, nos habéis convencido- aceptó Trencavel haciendo un gesto para que dejara de discursar-. Tendréis el apoyo que pedís, y nos ocuparemos de que los demás *faidits* hagan lo propio. Lo mismo podréis esperar de los caballeros, sargentos y hombres de armas que son *creyentes*, y supongo que todos se sumarán a ese pacto de conveniencia que habéis propuesto. Pero quiero que tengáis clara una cosa y es que, ante todo, mi obligación es recuperar lo que por dos veces me ha sido arrebatado, ya sea por el Capeto, el papa o el mismísimo Satanás. O sea, que si para ello preciso en un futuro aliarme con Saint-Gilles o con cualquiera de los que habéis señalado como criaturas diabólicas, tened por seguro que lo haré.

-Haced lo que debáis, Raimon de Trencavel, vizconde de Carcassonne, Albi, Béziers y Rasés- aceptó Ghilhabert adoptando un tono solemne-. Entiendo vuestra postura de igual modo que habéis entendido la mía, y no interferiré en los asuntos referentes a vuestras disputas por recuperar vuestra herencia.

Trencavel miró con ironía al heresiarca, leyendo en su demacrado rostro que, en aquel momento, ansiaba por encima de todo una respuesta afirmativa.

-¿Os imagináis un país poblado exclusivamente por *buenos hombres*, obispo?- preguntó sin perder la sonrisa.

-¿A qué viene eso ahora?- replicó Guilhabert totalmente desconcertado por aquel brusco giro de la conversación.

-Responded, obispo- insistió-, ¿no os agradecería vivir en un país donde ningún *buen hombre* sea perseguido, donde la Inquisición no tenga cabida, donde no haya hogueras ni mazmorras por practicar una determinada religión y donde nadie tenga que desconfiar hasta de sus propios hijos para no acabar en manos de hombres como Seila, Arnaud o Cathala?

Guilhabert dudó unos momentos antes de responder porque no acababa de intuir por donde iba a salirle el vizconde.

-Sí, claro que me gustaría- admitió finalmente-. ¿A quién no? Pero no alcanzo a...

-No hace falta que os devanéis los sesos- le cortó levantando la mano-. Si de verdad queréis eso, lo primero que necesitáis es un territorio cuyo señor permita la instauración de nuestra iglesia, expulsando para siempre todo lo que huela a catolicismo y renegando para siempre del dominio de Roma. Ese territorio sería todo lo que me arrebataron, mis vizcondados, en los que nuestra iglesia florecería sin verse acosada, una Arcadia en la que los *buenos hombres* puedan practicar su fe y sus ritos sin tener que esconderse como fieras perseguidas, y los *creyentes* alcanzar el *consolamentum* que libere sus almas para siempre.

-Ciertamente, eso que planteáis sería poder iniciar una nueva era para nosotros, pero sigo sin entender que tiene que ver con lo que hemos hablado.

-Pues tiene, y mucho, obispo. ¿Qué mejor apoyo militar que ser vasallos de un territorio donde la religión oficial sea la nuestra? En definitiva, y por no alargar más esta cuestión, mi oferta es la siguiente: dadme los medios para recuperar mis tierras y tenéis mi compromiso firme de que echaré a los católicos de ellas. Dadme el dinero necesario para armas, bastimentos, vituallas y para pagar tropas y, antes de un año, podremos acoger a todos nuestros hermanos.

Guilhabert se quedó sumido en profundas meditaciones durante un largo rato, sopesando la oferta de Trencavel.

-¿Y podríais mantener esos territorios ante los casi seguros ataques del rey francés?- preguntó tras darle varias vueltas a los pros y los contras de aquel nuevo pacto-. Y no olvidemos al rey de Aragón. Jaime fue educado por los templarios a raíz de la temprana muerte de su padre, es un devoto católico y...

-Mis relaciones con la corona de Aragón son inmejorables, obispo. Y, si hace falta, me aliaría o rendiría pleito de homenaje al emperador, al que las religiones que practiquen sus vasallos le dan un ardite con tal de fastidiar al papa.

El heresiarca volvió a sumirse en un profundo silencio, digiriendo una vez más la propuesta de Trencavel hasta que, finalmente, optó por aceptarla.

-¡Sea pues!- exclamó ante la mirada triunfante del vizconde-. Dadnos una relación de lo que preciséis y, cuando lo tengamos dispuesto, podréis iniciar la reconquista de vuestras tierras. Todo será depositado en Montségur, donde creo que estará más seguro porque ni los inquisidores ni el conde Raymond lo tienen como un objetivo a batir. Ahora están más preocupados por limpiar las ciudades, así que no debería haber ningún problema.

-Entonces, estamos de acuerdo, obispo- replicó Trencavel frotándose las manos-. En breve os haremos llegar una lista con lo que necesitaremos y, mientras tanto, contad desde ahora con que tanto yo como los demás *faidits* os daremos el apoyo y la protección que sea precisa.

Jordan y Termes asintieron en silencio, sumándose a todo lo dicho por el vizconde.

-Una vez que nos apoderemos de Carcassonne nos podremos reír de todos los que nos han perseguido, obispo- aseguró Termes.

Cuando los tres hombres se marcharon aprovechando la caída de la tarde, el obispo se derrumbó en un jergón atenazado por el dolor. Tras pasar un calvario para poder orinar poco más que sangre, sus dos Hijos y un diácono se interesaron por el resultado de la entrevista, la cual se había celebrado sin testigos. Tanto los *faidits* como el obispo habían permanecido en todo momento apartado del séquito de *perfectos* que le acompañaban a fin de no despertar suspicacias entre los tres nobles, demasiado hartos a aquellas alturas de verse traicionados.

-Mi misión ya está cumplida, hijos míos, de lo cual todos debemos estar infinitamente agradecidos al Padre porque os aseguro que ya no puedo más- murmuró el obispo cerrando fuertemente los ojos a cada punzada que sentía-. Prometí a los demás prelados que obtendría el apoyo de Raimon de Perelha, de Trencavel y de los *faidits*, y gracias a Dios ya tenemos nuestra capital espiritual y la ayuda militar necesaria para sostener nuestra iglesia. Ojalá el Padre me llame cuanto antes a su seno y me libere de una vez de esta envoltura carnal que solo sabe mortificarme.

-Dios os premiará con largueza, como hace con todas las almas purificadas que retornan a Él- le consoló el diácono.

-Eso espero. Pero mientras ese bendito momento llega, haz el favor de darme más mandrágora porque soy capaz de acabar con mi vida dándome de cabezazos contra la roca.

Al cabo de un largo rato acompañados por los gemidos y las contracciones a causa del dolor, la mandrágora hizo su efecto y Guilhabert cayó por fin en un reparador sueño, agotado por tanto sufrimiento. Sus Hijos lo arroparon como a un bebé y no pudieron contener alguna lágrima al ver a su venerado obispo, tan anciano y vulnerable, teniendo que acabar sus días huyendo constantemente como si de un criminal se tratase. Sin embargo, la hora de su liberación aún

tardaría un poco en llegar.

Capítulo 8

Nada más terminar el oficio de la hora tercia, Pierre apareció jadeante en la sacristía de la catedral de Saint-Étienne, donde el obispo Raymond de Fauga estaba con su coadjutor y varios canónigos más despojándose de los engorrosos revestimientos litúrgicos tras la celebración de la onomástica de Domingo de Guzmán, el combativo castellano que había sido canonizado recientemente por el papa Gregorio. Fauga se quedó un poco sorprendido por ver aparecer sin resuello a uno de los *exploratoris* de Seila y Arnaud que tan buenos resultados estaban dando. De hecho, el opresivo ambiente que se respiraba en Tolosa se debía en realidad a la labor de la extensa red de delatores los cuales tenían ya en su haber una gran cantidad de herejes enviados a la hoguera, así como muchísimos más condenados al Muro con penas de cárcel más o menos largas o, en el mejor de los casos, la penitencia de tener que llevar durante un determinado tiempo sendas cruces amarillas en la espalda y el pecho para mayor escarnio de los reos y, por supuesto, de sus familias. Estas debían sumar a la angustia de ver a un padre, hermano o hijo en tan humillante situación el ser condenadas al ostracismo cuando no a las burlas y los insultos de los que, hasta pocos días antes, recibían afectuosos saludos al cruzarse con ellos por las calles o el mercado.

-¿Qué pasa, muchacho?- le preguntó el obispo-. ¿A qué tanta premura?

-La dama Clemencia, monseñor- respondió entre resoplidos-. Se está muriendo.

-¿Y esa quién es?- se extrañó Fauga levantando una ceja y mirando a sus acompañantes.

-Creo que se refiere a la suegra de Peyteví Borsier, monseñor- le informó el coadjutor.

-¿Y...?- siguió preguntando el obispo, que no acababa de enterarse.

-Es una infectada, monseñor- respondió Pierre, que poco a poco iba recobrando el resuello-. Es una infectada como lo son todos en esa casa del demonio.

-¿Y por qué me lo dices a mí, muchacho? La verdad, no entiendo...

-Ha pedido que acuda su obispo, monseñor. Eso quiere decir que desea recibir el *consolamentum*, lo que demostraría que pertenece a esa secta de herejes.

Fauga sonrió malévolamente mirando a Pierre que, una vez más, había

demostrado su eficacia.

-Fray Augier- ordenó a uno de los canónigos presentes-, sírvase vuestra paternidad dar aviso inmediatamente a fray Arnaud, y decidle que acuda de inmediato a casa de Borsier. En cuanto a ti, muchacho, vuelve y le dices a tu patrón que no has dado con el obispo.

-¿Y si Borsier sospecha, qué le digo, monseñor?

-No creo que se atreva a preguntarme quién me ha informado de lo de su suegra porque hacerlo lo delataría como infectado, y si lo hace basta con decirle que uno de mis criados se enteró al pasar ante su casa. Ve tranquilo, Pierre, no vamos a perder uno de nuestros más valiosos *exploratoris* así como así- le tranquilizó mientras sacaba de su faltriquera un sueldo de plata y se lo lanzaba al aire-. Toma, para que te compres cualquier chuchería. Ojalá la Santa Iglesia contara con más hijos como tú.

Pierre cazó la moneda al vuelo, besó el anillo del obispo y salió a toda prisa de la sacristía por el mismo portillo lateral por donde había entrado. Todos los *exploratoris* disponían de una llave del mismo para poder acceder a la catedral en caso de necesidad de forma discreta ya que dicho portillo daba a un siniestro callejón por el que solo transitaban gatos y ratas.

Cuando Borsier vio aparecer en su casa al mismísimo obispo de Tolosa acompañado de uno de los inquisidores se quedó tan paralizado que apenas pudo inclinarse para besar el anillo que le ofreció Fagua. Sus tripas, revueltas por el pánico, amenazaban con hacerle salir a toda velocidad hacia el corral para vaciarlas, y su cara se había puesto verdosa del susto.

-¿A qué debo verme honrado con vuestra presencia, monseñor?- pudo articular jadeando de pánico.

-He tenido noticia de que la dama Clemencia está en trance de fallecer, y he pensado que lo menos que merece la suegra de uno de los hombres más importantes de la ciudad es que acuda a reconfortarla en sus últimos momentos- respondió Fagua con una sonrisa cínica-. Conduceme ante ella, por favor, el tiempo apremia y no debemos permitir que parta de este mundo sin confesión.

Borsier asintió sin saber qué decir, completamente bloqueado por la sorpresa y el miedo. Condujo a sus visitantes por la casa hasta la modesta alcoba donde la moribunda, con apenas un hálito de vida, respiraba trabajosamente. Junto a la anciana estaban su hija y nietos que, cuando vieron entrar a Fagua en la estancia, se pusieron tan verdosos como el cabeza de

familia.

-Madre, ha venido a visitaros el obispo- musitó Borsier al oído de su suegra, pero sin atreverse a especificar que era el obispo católico ya que, de hacerlo, daría a entender que en realidad estaban esperando a “otro obispo”.

Envueltos en un silencio sepulcral, Fauga se inclinó sobre la anciana exhortándola a confesar sus pecados. Con buenas palabras y sin que los presentes pudieran hacer nada por impedirlo, el obispo le fue sonsacando sin que la desdichada se diera cuenta de que estaba poniéndolo al tanto de su pertenencia a la secta herética. Arnaud, que no apartaba la mirada de la atribulada familia, los mantenía callados con tal expresión de furia contenida que dejaría mudo al mismo emperador, y antes se dejarían arrojar de cabeza al Tártaro que delatarse ante el despiadado inquisidor, el cual les inspiraba un pánico atroz.

-Hija mía, el miedo a la muerte no debe haceros confesar nada distinto de aquello en que creáis firmemente y de corazón- susurró Fauga mientras le ponía una mano sobre la frente sudorosa y le acariciaba el pelo.

-Yo no temo a la muerte- musitó Clemencia con un hilo de voz-, porque me liberará de mi envoltura carnal y de este mundo creado por Satanás. Administradme el *consolamentum* para que pueda ir junto a Dios para toda la eternidad.

Eso era lo que Fauga estaba esperando. Con una sonrisa triunfante se irguió señalando a la anciana mientras que su hija estallaba en sollozos y los nietos salían corriendo de la alcoba.

-¡Es una infectada!- aulló con tanto ímpetu que hasta se le escuchó en la calle-. ¡Es una enemiga de Dios y de la Santa Iglesia! ¿Cómo has tolerado esto en tu casa, Borsier?- preguntó a continuación encarándose con el aterrorizado yerno de la moribunda-. ¿Eres acaso uno de ellos? ¿Es ésta la casa de un infectado?

Completamente despavorido, Borsier solo acertó a ponerse de rodillas ante el obispo llorando a lágrima viva y asegurando que era un buen católico. El terror que le inspiraba ir a parar al Muro o a la hoguera le hizo olvidarse instantáneamente de sus profundas creencias en la fe de los *buenos hombres*.

-¡Monseñor, jamás en mi vida podía imaginar que mi suegra era una infectada!- balbuceaba acompañado por su mujer, que también se había olvidado de golpe de su abominación por el catolicismo.

Mientras el aterrorizado matrimonio no paraba de besarle las manos y de

proclamar su inquebrantable fe, Fauga miró triunfante a Arnaud, que sonreía ante la estremecedora escena.

-¡Esta mujer debe ser condenada!- proclamó el inquisidor- ¡Debe ser entregada a las llamas purificadoras! ¡Guardias, a mí!- llamó asomándose por la ventana del aposento.

Cuatro hombres de armas que se habían quedado esperando en la calle subieron al galope por la vieja y angosta escalera de madera que crujía por el peso de los guardias.

-¡Levántate, desdichada!- le gritó Arnaud a la pobre mujer, que aún no se había dado cuenta de lo que estaba pasado.

-Por caridad, monseñor, mi pobre madre está muriéndose, no se puede mover- rogó la hija agarrándose al hábito del predicador-. Dejadla partir de este mundo en paz, que no llegará a la noche.

Pero Arnaud era implacable. Dando un tirón de sus ropas se liberó de la mujer, que quedó en el suelo en un mar de lágrimas, llorando y dando alaridos como una posesa mientras era abrazada por su marido que, cada vez más pálido, estaba a punto de vaciarse por todos los orificios de su cuerpo a causa de la terrorífica situación que estaba viviendo.

-¡Atadla a la cama y llevadla a la hoguera!- ordenó secamente a los guardias, que tuvieron que hacer de tripas corazón ante la surrealista escena.

Hicieron jirones una sábana para sujetar a la moribunda y, agarrando la tabla que servía de plataforma al burdo colchón de lana, la bajaron a duras penas por la escalera. Cuando salieron a la calle seguidos del obispo y el inquisidor, una muchedumbre silenciosa rodeaba la puerta, todos con los ojos muy abiertos del asombro que les producía ver a una mujer a la que no le quedaban más que pocas horas de vida atada a su cama para ser conducida al suplicio. Afortunadamente para ella, un estado de semiinconsciencia le evitaba tener que vivir aquel espanto en toda su crudeza.

La gente abrió paso a la siniestra comitiva que, lentamente, se dirigía hacia el exterior de la ciudad. Unos hombres de armas ya habían preparado un montón de leña, y esperaban junto al mismo con teas encendidas. A un gesto de Arnaud prendieron la pira mientras el inquisidor se volvía para dirigirse a la multitud que contemplaba aquella dantesca escena sin saber qué decir.

-¡Este es el castigo que reciben los enemigos de Dios y de la Santa Iglesia- gritó a todo pulmón mientras que dos guardias sujetaban la cama en posición vertical para que todos vieran a la desgraciada moribunda.

La anciana, que no se daba cuenta de nada, empezó a toser a causa del humo que salía de la hoguera. Su macilento rostro se elevó buscando aire fresco mientras que su marchita cabellera blanca se agitaba azotada por las bocanadas de aire caliente. Muchos de los presentes volvieron la cara, incapaces de seguir presenciando aquel suplicio inhumano sobre la vieja dama que siempre tenía una palabra amable o una limosna para el que se la necesitara, sin plantearse la fe del menesteroso que se acercaba a ella sabedor de su fama de mujer generosa y caritativa.

-¡Quién así haga, así morirá!- aulló Arnaud señalando a la desgraciada, que cada vez daba mayores muestras de ahogo. No queriendo privarla de sentir el fuego purificador bajó de golpe la mano, ordenando así arrojarla a la hoguera.

En ese momento, los hombres de armas auparon a la mujer y la dejaron caer sobre las llamas. Un grito de espanto surgió de las gargantas de todos los presentes mientras que un terrible hedor a carne quemada se extendía en todas direcciones. Algunas mujeres se desmayaron al escuchar los alaridos de la dama Clemencia, que debió creer antes de morir abrasada que había ido a parar al infierno.

Arnaud miró a su alrededor con aire desafiante, como esperando a que la muchedumbre se rebelara como habían hecho en Albi. Pero nadie dijo ni hizo nada. Todos se quedaron embobados mirando como el fuego consumía rápidamente a la desgraciada anciana.

-No olvidéis lo que habéis visto- advirtió Fauga antes de marcharse de aquel siniestro lugar-. Y recordar siempre lo que os ha dicho el señor inquisidor: quién así haga, así morirá.

Antes de ponerse en marcha amagó una bendición y, seguido de su séquito, volvió a Saint-Étienne a almorzar junto a los canónigos y los inquisidores para terminar de celebrar adecuadamente el día del bienaventurado Domingo. La multitud no se movió hasta que la pira quedó reducida a cenizas. Nadie se atrevió a recogerlas, y el viento se encargó de esparcirlas silenciosamente por los arrabales de Tolosa.

Al día siguiente, Pierre recibió de manos de Arnaud los dos marcos de plata que le correspondían como gratificación por la delación de la dama Clemencia. Para no descubrir su verdadera identidad, los *exploratoris* divulgaron que el chivatazo había llegado al obispo de un buhonero que había escuchado como un criado de Borsier preguntaba por el heresiarca en el mercado, y diciendo que la madre de su patrona estaba en las últimas.

Naturalmente, el falso buhonero ya había partido hacia no se sabía dónde, como correspondía a la vida nómada de los de su oficio. Pierre volvió a casa de Borsier y ocultó las monedas de la recompensa en su jergón. Con avidez, alumbrado solo por una vela de sebo en la soledad de su minúsculo aposento, contó por enésima vez su vil tesoro. Llevaba ya más de doscientos marcos de plata acumulados, los cuales se vieron aumentados en otros cuatro más al cabo de una semana, cuando los hombres de armas al servicio de los inquisidores arrestaron a Borsier y a su yerno acusados de herejía. Siendo como era *questor* de Tolosa, del eficaz interrogatorio llevado a cabo por Seila quedó constancia del gran número de burgueses que le entregaron dinero para la causa, lo que permitió llevar a cabo una gran redada que elevó en varios grados el estado de malestar, de miedo y de desconfianza que dominaban a la gente. Nadie estaba ya a salvo de ser sospechoso.

Durante los meses siguientes a la ejecución de la dama Clemencia la situación fue empeorando cada vez más. En las ciudades, ni siquiera los católicos podían dormir tranquilos debido al constante acoso de los inquisidores, que no tenían inconveniente en enviar al Muro a cualquiera que tuviese amistad o parentesco con alguien acusado de herejía. En Albi, el senescal regio ordenó a los cónsules que se permitiera el regreso de Cathala, el cual retomó con más denuedo aún los procesos contra los muertos, y en Tolosa y Carcassonne se desenterraban osamentas constantemente. Debido a ello, los cementerios veían como cada noche se deslizaban entre las lápidas silenciosas siluetas que se afanaban con palas y azadones para exhumar los restos de algún pariente y depositarlos luego en lugar seguro antes de que los inquisidores ordenaran su incineración. Incluso la gente que se planteaba marcharse lejos se lo pensaba mejor y optaban por quedarse porque daban por hecho que una huída daría pie a pensar que eran herejes, por lo que la angustia y la sensación de opresión permanente aumentaban día tras día hasta hacer el ambiente totalmente asfixiante. Solo los que tenían muy claro que en cualquier momento les llegaría una citación de los inquisidores o, peor aún, un piquete de guardias para arrestarlos y conducirlos al Muro, no lo dudaban más y se largaban a Montségur, el único lugar donde, de momento, podían respirar tranquilos y sentirse protegidos por sus hermanos.

Ya nadie se fiaba de nadie. Amigos de toda la vida se miraban de soslayo sin atreverse siquiera a saludarse cuando se cruzaban por la calle, e incluso

miembros de la misma familia preferían pasarse al otro lado de la calle si veían venir a un pariente con tal de poder hacerse los locos y no tener que desearle los buenos días. El pánico que algunos sentían por el Santo Oficio y la perspectiva de verse condenados por cualquier nadería hizo que incluso delataran a sus padres o hermanos con tal de tener un punto a su favor ante los implacables inquisidores.

Por otro lado, con el fin de impedir que la gente diera refugio a los *perfectos* que se desplazaban a las ciudades a predicar o a administrar el *consolamentum*, habían empezado a confiscar y mandar derribar las casas de los condenados por herejía o, simplemente, por el hecho de haber pernoctado alguno de ellos una sola noche. Tras el derribo, los propietarios o sus herederos no solo no podían volver a construir la vivienda, sino que sembraban con sal el terreno que ocupaba, quedando para siempre un solar yermo.

El mismo conde Raymond estaba ya completamente hastiado de aquel panorama. Carecía de autoridad para cuestionar los procesos llevados a cabo por Seila y Arnaud y, por otro lado, los cónsules le presionaban como nunca a pesar de que en su día les plantó cara. Pero las cosas habían empeorado hasta tal extremo que, en justicia, ya no podía negarse a darles la razón porque la tenían. Al fin y al cabo, las personas enviadas al Muro y los quemados en la hoguera eran vasallos suyos que no solo no le habían causado ningún mal, sino que en muchos aspectos eran burgueses ejemplares.

Así pues, se armó de valor y escribió al papa rogándole que detuviera aquel estado de terror implantado por los inquisidores. En la misiva le aseguraba que no se molestaban en predicar ni la caridad ni el perdón, y que solo hacían gala de una insaciable voracidad por contabilizar gente condenada al Muro o ejecutada. Tan desesperado estaba que incluso viajó a París, donde puso al corriente de todo a la reina regente.

-Os lo aviso, alteza- le dijo Raymond a la reina Blanca-, si no queréis ver la Occitania en llamas, intervenid, interceded ante su santidad para que ponga coto al fanatismo de los predicadores, que han traspasado los límites de la dignidad cristiana convirtiendo el país en un infierno donde nadie confía ni en sus familiares más cercanos.

La regente, que sabía que los reyes de Aragón e Inglaterra estaban agazapados para aprovechar cualquier conato de conflicto civil e iniciar una nueva guerra, tuvo que reconocer que la situación era preocupante.

-Pero no olvidéis al emperador, alteza- prosiguió el conde-. El Hohenstaufen es el verdadero enemigo. Y lo que de verdad temo es que las ciudades de la Occitania lo llamen pidiendo ayuda, a lo que accederá de mil amores porque está deseoso de hacerse con esas tierras. ¿Imagináis ver vuestros dominios rodeados por Inglaterra y el Sacro Imperio?

-¿Cómo podemos pues persuadir al papa?- preguntó la regente, a la que se le notaba en la cara que las advertencias del conde habían hecho mella. Si las cosas iban a peor, todo lo ganado durante tantos años de guerra podía irse al garete por culpa de unos cuantos frailes fanáticos.

-Advertirle contra el emperador, alteza. Ese es su demonio particular. Es el único al que las anatemas pontificas le dan un ardite, y el único que sería capaz de enfrentarse a Francia e Inglaterra si con ello ve la ocasión de aumentar sus dominios. Decid a Gregorio que Federico de Hohenstaufen está dispuesto a ayudar a los occitanos y cederá.

Y ciertamente cedió, porque la carta que le mandó la regente le abrió los ojos, y bajo ningún concepto se podía permitir perder a un aliado tan valioso como Francia para ganar un enemigo aún más poderoso.

-¿Qué podemos hacer, mi buen Jean?- preguntó agobiado a su legado-. Nos tememos que los hijos del bienaventurado Domingo se han tomado su misión como si fueran ángeles exterminadores, y no como su fundador, que se dedicaba a predicar y convencer antes que a condenar y quemar.

-De entrada, supongo que debéis darles instrucciones al respecto, santidad-respondió-. Debéis ordenarles que relajen un poco la presión en interés de la Santa Iglesia ya que no conviene que estalle una rebelión que se expanda por toda la Occitania.

-Sí, pero eso sería contradecirnos. Recordad que nuestras instrucciones indicaban expresamente cercenar de raíz la infección. No vamos ahora a reconocer ante todo el mundo que nos equivocamos, y que la abolición del Código de Justiniano ha sido un error garrafal haciendo que el remedio sea peor que la enfermedad. Hay que llevar este asunto con mucha cautela.

Jean de Bernin se quedó meditabundo un rato intentando dar alguna solución.

-Quizás convendría enviarles a alguien que los frenara un poco en su enérgica defensa de la fe- sugirió.

-Explicaos.

-Alguien que no se tome tan a la tremenda las cosas, santidad. Alguien más

mesurado, menos inflexible tal vez. Alguien que haga que los procesos sean más moderados.

-Jean, si os decimos la verdad, no estamos para adivinanzas, así que id al grano de una vez, que queremos solucionar esto cuanto antes.

-Es más que evidente que los occitanos odian profundamente a los predicadores, por lo que quizás convendría enviar junto a ellos a miembros de otras órdenes que den un aire nuevo a la Inquisición.

-¿De qué orden? A los benedictinos no creo que les profesen mucho afecto, y menos aún en un lugar donde el abad de Cîteaux causó tantos males a los infectados.

-Un franciscano, santidad- afirmó Bernin-. Es una orden reciente, no están comprometidos en nada, tienen fama de ser moderados, misericordiosos y hacen gala de una gran pobreza. Además, vuestra santidad ya canonizó hace unos años a su fundador, el bienaventurado Francisco de Asís. Suelen tener entre ellos buenos oradores que hacen uso de un estilo diferente, a base de frases breves en alabanza a Dios nuestro Señor que calan entre el vulgo.

-No, ciertamente no es mala idea- murmuró Gregorio madurando la propuesta del legado-. Un franciscano joven e inteligente, un hombre que reste severidad a la Inquisición. ¿Sabéis de alguno?

-Étienne de Saint-Thibery, santidad- propuso tras pensar un instante-. Es natural del Languedoc, por lo que conoce tanto el carácter de sus gentes como la lengua occitana. Es muy buen orador, y lo creo capaz de desempeñar su cometido de forma satisfactoria.

-Espléndido, mi buen Jean-aplaudió el Papa, contento de haber dado con la solución al problema- Enviad en nuestro nombre una carta al provincial de su orden y ponedlo al tanto de su misión. Hacedle saber que deseamos que su presencia en la Occitania sirva para equilibrar la situación, y que en todo momento deberá buscar la armonía entre el pueblo y las instituciones de la Santa Iglesia. Así mismo, escribid al obispo de Tolosa para que notifique a los inquisidores que fray Étienne formará parte de los tribunales.

-Como ordene vuestra santidad- respondió Bernin-. Esperemos que estas medidas sirvan para apaciguar los ánimos.

-Debemos orar por ello, Jean. Porque si los occitanos persisten en su actitud belicosa no sabemos cómo podrá acabar este negocio. Demos tiempo al tiempo, y mientras vuestro franciscano comienza su tarea nosotros intentaremos ver la forma de acabar con esa maldita infección de una vez por

todas. Mientras haya un solo hereje en la Occitania, ese territorio está en grave peligro, y jamás podremos descansar hasta que el último de ellos acabe en la hoguera.

-Oraremos con devoción por ello, santidad. Pero, como bien decís, no debemos bajar la guardia y tener más opciones abiertas. A la vista de cómo han ido las cosas allí en los últimos cincuenta años, si una cosa tengo muy clara es que esa gente no se someterá fácilmente. La cuestión es, santidad, hasta dónde estáis dispuesto a ceder, y a partir de ahí trazar un plan para las contingencias que surjan si la situación empeora. Recordemos que, a estas alturas, ni el conde Raymond tiene ya autoridad para sujetar a su gente y mucho menos a los cónsules.

Gregorio asintió en silencio, reconociendo que las perspectivas no eran precisamente halagüeñas.

-Si por límite aceptable debemos entender el permitir que los infectados campen a sus anchas, hasta ahí no pienso ceder. Si el franciscano no es capaz de calmar los ánimos, antes de que ese impío germano de Hohenstaufen meta sus zarpas en la Occitania predicaremos una nueva cruzada aunque quede todo arrasado como Sodoma y Gomorra. No toleraremos jamás que se cuestionen los mandatos de la Santa Iglesia, y menos si los que lo hacen son unos perros herejes que no se quieren enterar de que el mundo tiene unas jerarquías que hay que respetar. Por las buenas o por las malas, la herejía debe ser extirpada, Jean. Ya lo advertimos en su día: si el cauterio no sana el miembro infectado, éste deberá ser amputado antes de que la gangrena se extienda por el resto del cuerpo. No hay más.

Capítulo 9

Étienne de Saint-Thibery se quedó bastante sorprendido cuando el provincial le llamó a su presencia. Desde su ingreso en la orden no se había preocupado de destacar en nada y, a pesar de ser un sujeto bastante inteligente, por lo general procuraba dedicarse a las labores más humildes, dejando de lado la predicación o el *scriptorium* en el que sus hermanos más diestros en el dibujo y la escritura pasaban horas y horas para dar forma a primorosos libros iluminados. Por eso, saber que la cosa no provenía del provincial sino del legado pontificio le extrañó aún más.

-Al parecer tiene buenas referencias de vos- le dijo el provincial enarbolando la carta de la que pendía el sello de Jean de Bernin.

-Yo solo soy un humilde siervo de Dios que...-protestó fray Étienne.

-Sí, sí, eso es lo que decimos todos- interrumpió el provincial con cierta sorna-, pero no nos desagrada nos reconozcan nuestros méritos. Ya lo dice el Eclesiastés: *vanitas vanitatum et omnia vanitas*. En todo caso, no quiera vuestra paternidad tomarme por necio. Es obvio que el legado sabe quien sois, así que dejemos de marear la perdiz.

-¿Y qué desea monseñor de mí?

-Al parecer, necesita a alguien que sujete un poco a los predicadores de la Inquisición de Tolosa. Ya sabe vuestra paternidad como las gastan esos enemigos de la razón, así como su arrogancia y su amor por el boato.

-No alcanzo a comprender qué es exactamente lo que tendría que hacer, reverendo padre.

El provincial miró fijamente a fray Étienne no sabiendo si se hacía el tonto o pretendía escurrir el bulto.

-Desconozco si estáis al tanto de la situación en Tolosa. Según mis informes, la población está ya un poco harta de los predicadores debido a su excesivo celo, lo cual no es de extrañar. Lo que me dice el legado en su misiva es que precisan de alguien ponderado que sea capaz de equilibrar la balanza, alguien que inspire simpatía al pueblo y que pueda templar un poco el tórrido ambiente que se respira allí antes de que ocurra un desastre.

-Pero considere vuestra reverencia que no estoy al tanto de esos temas, de las normas, el derecho canónico...

-A ver, fray Étienne, no se trata de que sustituyáis a los inquisidores, sino simplemente que moderéis su forma de actuar. No creo que os resulte

excesivamente complicado, digo yo. Pero si consideráis que no estáis capacitado, enviaré una carta al legado diciendo que rechazáis el encargo y que se busque a otro. No obstante, supongo que daréis por sentado que esa respuesta no será de su agrado. ¿Qué decís?- concluyó el provincial con el ceño fruncido y deseando dar por terminado aquel asunto que ni le iba ni le venía.

-Acepto- musitó con tal de no contristar a su superior y, menos aún, al legado pontificio.

-¡Espléndido!- exclamó-. Mañana, tras laudes, partid hacia Tolosa. Decid al mayordomo que os provea de sustento para el viaje. Id con Dios y sabed que rezaré por el éxito de vuestra misión.

Fray Étienne, aún aturdido por todo aquello, hizo una genuflexión y besó el cordón del provincial mientras este le echaba una bendición. Luego se levantó en silencio y se marchó al huerto a seguir cavando los puerros y nabos que, invariablemente, formaban parte de la humilde e insulsa sopa que trasegaban todos los días.

Cuando fray Étienne se presentó ante los inquisidores, tanto Seila como Arnaud se miraron con gesto de preocupación. Hacía un par de días que el obispo Fauga les había advertido que en breve llegaría un franciscano por orden expresa del legado para formar parte del Santo Oficio, y añadía que era su deseo que colaborasen estrechamente con él.

-*Pax vobiscum, fratris*- saludó Saint-Thibery haciendo una leve reverencia. Bajo su hábito gris se adivinaba un hombre enjuto y reseco, alto y un poco desgarbado. Una gran barba muy negra le cubría todo el rostro, y a la vista del escaso pelo que dejaba libre de tonsura su cabeza se podía deducir que debía estar casi calvo a pesar de que, por su aspecto, no debía tener más de treinta o treinta y cinco años.

-*Et cum spiritu tuo*- respondieron al unísono los inquisidores.

-Vos sois fray Étienne, supongo- dijo Seila, que como era habitual andaba enterrado en los polvorientos legajos del archivo episcopal.

-Así es- respondió el ascético fraile-. Veo que mi llegada ya os había sido anunciada de modo que, si lo creen oportuno vuestras paternidades, podemos ir al grano y ponerme al tanto de cómo están las cosas aquí.

Arnaud levantó una ceja, sorprendido por la vehemencia del recién llegado.

-Quizás queráis descansar un poco, o reponer fuerzas si tenéis hambre- le

ofreció.

-Os lo agradezco, pero prefiero empezar mi tarea cuanto antes. Tiempo habrá de descansar a la noche.

Arnaud se encogió de hombros y ofreció un taburete al franciscano, el cual lo rechazó diciendo que prefería estar de pie. Así pues, a la vista de que el fraile no parecía muy sociable, optaron por ponerle delante un montón de legajos de procesos para ir poniendo al día al nuevo inquisidor. Tras varias horas repasando papeles y más papeles, interrumpidas solo para los oficios de turno, Saint-Thibery pareció haberse enterado de todo a pesar de que apenas preguntó, solicitando a lo sumo alguna aclaración sobre determinados puntos muy concretos.

-Bien, hermanos- dijo frotándose los ojos, cansados de tanta lectura-, veo que no han perdido el tiempo vuestras paternidades. No obstante, colijo que vuestros esfuerzos en defensa de la fe no han resultado enteramente satisfactorios.

Seila y Arnaud se pusieron inmediatamente en guardia.

-Si vuestra paternidad no considera buenos resultados el haber enviado al Muro o a la hoguera a cientos de infectados...- replicó Seila con sorna.

-Ese es vuestro error- afirmó el franciscano-. Si esos herejes hubieran abjurado, entonces sí sería un éxito. Pero si han preferido ser condenados a penas de cárcel o a muerte es porque dan por sentado que su fe es la verdadera. ¿Acaso nosotros no estaríamos dispuestos a morir por la Santa Iglesia?

-¡Ellos son los herejes, hermano!- exclamó irritado Arnaud golpeando la mesa.

-Lo mismo piensan ellos de nosotros- respondió Saint-Thibery sin alterarse lo más mínimo-. Ellos se creen en posesión de la verdad, y si no somos capaces de demostrarles que están equivocados entonces es que hemos hecho las cosas mal.

Seila hizo un gesto a su colega para que no dijera nada más. No quería iniciar una disputa con el recién llegado sin saber exactamente cuál era su postura y, más importante aún, qué instrucciones había recibido del legado.

-Quizás vuestra paternidad desee hacernos alguna sugerencia acerca de sus teorías para lograr una mayor efectividad en la lucha contra la infección- propuso Seila en tono conciliador-. O, tal vez, haya recibido órdenes del legado pontificio que desconocemos. ¿Es así, fray Étienne?

El franciscano miró detenidamente al inquisidor sin saber cómo tomar su comentario. Tras dudar unos instantes decidió hablar con claridad.

-Según he podido ir observando en las actas de los procesos, en ningún momento han pretendido vuestras paternidades convencer a los herejes. En las actas de los interrogatorios no veo más que preguntas con doble intención para sonsacar información y condenarlos. Y, peor aún, veo que ni siquiera a los buenos católicos se les concede el beneficio de la duda, y reciben terribles castigos simplemente por el hecho de haber hablado alguna vez con un infectado. ¿Cómo sabéis de qué hablaron? ¿No pudo ser simplemente de cualquier banalidad? ¿No sería posible que esa persona desconociera que su interlocutor era un hereje?

-O sea, que vuestra paternidad considera que hemos actuado de forma arbitraria, ¿no?- preguntó Seila, que esperaba la ocasión para saltarle al cuello.

-Considero que os habéis excedido en vuestro celo como inquisidores, y que en muchos casos incluso se han cometido atropellos.

-¿Sí? Sírvase decirme vuestra paternidad uno de ellos.

-La exhumación de muertos, por ejemplo. De hecho, es lo que más ha...

-¿La exhumación de muertos dice vuestra paternidad?- interrumpió Seila tomando un grueso legajo de una estantería y dejándolo caer sobre la mesa, levantando una densa polvareda-. ¡Canon número 11 del sínodo de Arlés!: *“Los cuerpos de los herejes y de sus creyentes serán exhumados y entregados al juez secular”*. ¿En qué más nos hemos excedido, fray Étienne?

-Pero la cuestión no radica solo en el cumplimiento del canon- apoyó Arnaud-, sino en burlar una vil treta con que los infectados pretendían desde el primer momento eludir la acción de la justicia divina.

-¿Una treta, decís?- farfulló el franciscano-. ¿Qué clase de treta? ¿A qué se refiere vuestra paternidad?

Arnaud miró con cierto aire compasivo al joven fraile y meneó la cabeza como un pedagogo al que su alumno no le entra la lección en la cabeza.

-¿Sabéis qué fue lo primero que hicieron los infectados cuando se procedió a interrogarles acerca de sus correligionarios?- preguntó el inquisidor esbozando una leve sonrisa, a lo que fray Étienne respondió negando en silencio con la cabeza-. Darnos unas interminables listas de difuntos. Pretendían escaquear a los vivos haciendo uso de los muertos, lo cual no creo que sea muy digno que digamos. De ahí que, ya que tan... gentilmente nos

facilitaban semejante información, qué menos que hacer buen uso de la misma. Además, tenemos la ley de nuestra parte como bien os ha demostrado fray Seila.

El franciscano se quedó un poco cortado, pero en aquel momento lo último que podía hacer era callarse, reconociendo así que lo habían cazado como a un gazapo. Miró a los dos inquisidores, que parecían sendos lobos esperando lanzarse contra su presa.

-El derribo de casas, por ejemplo. Echar abajo un hogar dejando a una familia en la calle es una falta de caridad, así como...

Seila lo interrumpió con un gesto de la mano mientras que buscaba con la mirada en unos legajos apilados en otra estantería. Su afilado dedo índice fue pasando rápidamente por los amarillentos lomos de los documentos hasta que se detuvo en uno un poco más grueso que el resto.

-¡Capítulo 6 del concilio de Tolosa!- exclamó en inquisidor echando fuego por los ojos mientras lo dejaba caer sobre la mesa-. *“La casa en donde se descubra a un hereje será derribada y el terreno confiscado”*. Y lo mismo se haría con las tierras en las que su dueño permita residir a infectados según reza el capítulo 4 del mismo concilio. ¿Algún... exceso más, hermano?- concluyó Seila esbozando una sonrisa desafiante.

Fray Étienne se sentía completamente humillado. Le había quedado claro que su misión no iba a ser fácil, y menos aún considerando que los inquisidores se basaban en juzgar mediante normas creadas ex profeso contra la herejía y no en persuadir o mostrar clemencia.

-Las condenas a los católicos- murmuró arrepintiéndose de haber proseguido porque sabía que Seila sabría darle la réplica-. Se han condenado a buenos católicos sin una base...

-Ordenanza número 1 del concilio de Béziers: *“Los perfectos, los creyentes, sus protectores, defensores y encubridores deben ser excomulgados todos los domingos. El culpable que, tras una admonición y una excomunión, no se enmiende en un plazo de cuarenta días, será tratado como un hereje”*- sentenció Seila, que en aquella ocasión no tuvo que buscar nada porque conocía el texto del documento-. ¿Sabe vuestra paternidad cuantas decenas de citaciones hemos enviado a esos buenos católicos sospechosos de haber colaborado con los infectados sin haber recibido respuesta? ¿Creéis de verdad que nos ciega el fanatismo y que solo buscamos condenar gente sin más?

Saint-Thibery permaneció un rato callado con la cabeza gacha, buscando desesperadamente la forma de salir airoso del brete en el que se había metido él solo. Había dado por sentado que se las vería con dos frailes medio analfabetos a los que simplemente les habían ordenado apretar las clavijas a los herejes, pero estaba claro que había cometido un error garrafal. Al ver al franciscano tan derrotado, Seila no pudo dejar de sentir cierta compasión por él, así que decidió darle una tregua. Cogió los legajos de la mesa y los fue devolviendo a su sitio en silencio.

-No os he acusado de fanatismo o de prevaricar, hermano- dijo por fin sin levantar la mirada-. Simplemente me he limitado a haceros observar que la gente está muy alterada por la gran presión que sufre por parte del Santo Oficio.

-¿Y...?- intervino Arnaud, que no había abierto la boca aún-. ¿Acaso pensáis que los herejes y los que los apoyan van a aceptar de buen grado los procesos y las condenas?

-Las instrucciones que he recibido del legado...

-¿El legado decís?- interrumpió una vez más Seila-. Os referís a Jean de Bernin, ¿no?

-Sí, el mismo.

-Pues sabed que el buen obispo de Vienne fue el que hace dos años nos dijo que había que acabar como fuera con la infección.

-Pero si podemos aminorar un poco la represión de la herejía, si logramos convencer a la gente...

-Dejad de soñar, fray Étienne- dijo Arnaud con una mirada sombría-. La infección está tan inculcada en la Occitania que es imposible erradicarla con buenas maneras. Si ha habido un orador capaz de convencer al mismo Satanás de que pecar es malo ha sido el bienaventurado Domingo, y supongo sabréis que mantuvo largos debates con los heresiarcas de los infectados sin el más mínimo resultado. ¿Sabíais que en uno de esos debates tuvieron la osadía de acusar al obispo de Albi de hereje? ¿Cabe mayor arrogancia, fray Étienne? Y a cambio de nuestra abnegada labor, ¿sabéis lo que recibimos? Insultos, amenazas, infamias... Nos tiran piedras, matan a los que nos ayudan. Eso es lo que hacen los que se las dan de puros, de *perfectos*, de verdaderos hijos de Dios.

-Sírvase vuestra paternidad leer detenidamente eso- pidió Seila dejando caer otro legajo sobre la mesa-. Es la relación de personas asesinadas por

ayudarnos o por colaborar de algún modo con el Santo Oficio. No son pocos, os lo aseguro. Y en algunos casos no han sido muertos por infectados, sino por católicos, como ocurrió en Cordes hará cosa de diez años. Allí, una turba poseída por el Maligno se puso del lado de los infectados y arrojaron a un pozo a dos escribanos del Santo Oficio, así que ya veis como están las cosas por aquí.

-Pero el legado insistió en que...

-Fray Étienne, lo que diga el legado me es indiferente. Como os he demostrado, en todo momento hemos actuado conforme a derecho, así que nadie puede echarnos nada en cara. Y si consideráis que... nos hemos excedido, enviad un informe al legado solicitando que sean abolidos los cánones por los que nos regimos para hacer justicia y se dicten otros a su conveniencia. Nosotros acataremos en todo momento lo que disponga su santidad, pero mientras esas normas estén vigentes nos atenderemos a ellas porque de no hacerlo pecaríamos de dejadez en nuestro cometido. No estoy dispuesto a ser acusado de prevaricación o de simonía por algún noble o un cura comprometido con los infectados que alegue que aceptamos sobornos por mirar a otro lado. Creo que me he explicado de forma cristalina, ¿no?

El francisco asintió sin decir nada más. Bastante abochornado, optó por excusarse e irse a rezar en una capilla para poner en orden sus ideas. Más que con los inquisidores, con quien se sentía enojado era con el legado pontificio, que se había limitado a darle unas vagas instrucciones para hacer frente a dos hombres que sabían perfectamente lo que se llevaban entre manos. Sin embargo, no le advirtió que las normas por las que se regían eran perfectamente válidas, y mucho menos de la verdadera situación en la ciudad. Si Seila y Arnaud no le habían mentido, y no tenían por qué hacerlo, en Tolosa no es que estuviera el ambiente un poco tórrido, sino que era un hervidero de odios que podría estallar en cualquier momento, y además era evidente que la población despreciaba profundamente a los religiosos en general y a los predicadores en particular. Tumbado boca abajo con los brazos en cruz en el frío suelo de la capilla, pasó un larguísimo rato intercalando fervorosas oraciones implorando ayuda ante aquel trance con breves maldiciones hacia sí mismo por haber aceptado sin más el encargo del legado. Al final, para no liar el hatillo y marcharse de allí sin más, optó por tomarlo como una prueba enviada por Dios.

Pierre se reunió con Matheus en un apartado paraje fuera de la ciudad, más allá del puente de La Daurade que cruzaba sobre el caudaloso Garona. Por norma, todos los domingos se daban cita en aquel discreto lugar para intercambiar información y ponerse al tanto de las instrucciones recibidas por el obispo o los inquisidores. Matheus siempre acudía acompañado de su *socius* Raymond Gros, otro antiguo *perfecto* que, como él, había abjurado en secreto y se había unido a la red de *exploratoris*. Para ambos era imprescindible moverse en parejas constantemente ya que era una de las normas de los *buenos hombres*. Mucho antes de haber abjurado, cuando aún eran *perfectos* legítimos, el mismo Guilhabert de Castres los había emparejado conforme a los dictados de su fe. De ese modo, ambos compartirían trabajos y penurias y, para evitar descarriamientos, se vigilaban celosamente para que el otro no incumpliera sus dogmas más venerados como no comer carne o no fornicar. Gracias a que mantenían aquel subterfugio, tanto Matheus como su *socius* seguían estando considerados por todos los *creyentes* de Tolosa como los *perfectos* de siempre. Para dar aún más credibilidad a su papel impartían el *consolamentum*, predicaban y llevaban a cabo el *apparellamentum* mensual en casas de los *creyentes*, dando previo aviso al preboste para que no fueran sorprendidos y arruinaran su impostura al presentarse con un piquete de guardias.

Todo ello había permitido a ambos *socius* facilitar infinidad de informes sumamente valiosos a los inquisidores, y en las estanterías del archivo episcopal se amontaban gran cantidad de legajos que contenían al detalle las vidas de multitud de burgueses, muchos de los cuales eran tenidos por devotos católicos que, para disimular, comían carne, se paseaban con sus mujeres y, en definitiva, hacían una existencia normal sin saber que, en realidad, sus hábitos, sus finanzas y hasta sus apetencias culinarias estaban meticulosamente descritos en uno de los polvorientos legajos de piel amarilla que se amontonaban en el tétrico archivo.

Pero a Pierre las cosas no le iban tan bien. Tras la delación de la dama Clemencia y el encarcelamiento de Borsier y su yerno, la mujer y el resto de los hijos de éste habían decidido marcharse de la ciudad por temor a ser los siguientes en aumentar la nómina del Muro, por lo que una noche, de forma repentina para evitar posibles denuncias, sobornaron a un guardia y se

largaron a Montségur con todo lo que pudieron llevarse de valor. Hasta la mañana siguiente los criados, incluido Pierre, no se enteraron de nada. Se levantaron de sus jergones, se dispusieron cada uno a sus quehaceres cotidianos y, a media mañana, extrañados de que ni la dueña de la casa ni sus hijos daban señales de vida, entraron en sus aposentos para ver que habían desaparecido. Aquello era una deserción en toda regla así que, sin molestarse en esperar el retorno de su ama, hizo un hatillo con sus escasas pertenencias, metió su pequeño tesoro en una bolsa oculta bajo la ropa y se marchó en busca de Matheus.

-¿Qué crees que debo hacer?- le preguntó bastante desorientado ante la perspectiva de quedarse en la calle-. En la ciudad nadie se fía ni de su sombra, así que dudo mucho que pueda encontrar acomodo en cualquier casa, y más si tenemos en cuenta que muchos me consideran *creyente*.

Matheus se quedó pensativo, dándole vueltas a la cabeza.

-Deberías consultarlo con el obispo- sugirió encogiéndose de hombros-. Al fin y al cabo, estás al servicio de la Inquisición.

-Te ha costado mucho tiempo ser tenido como *creyente*, muchacho- le dijo Gros-, y sería una estupidez desaprovechar lo que llevas ganado.

-¿Y cómo lo hago? A vosotros os protegen los infectados porque sois considerados como *perfectos*, y tenéis techo y sustento; pero yo no puedo costérmelos con lo que tengo ganado por las denuncias ya que eso me delataría. ¿Cómo explico que alguien como yo lleva en la bolsa más de doscientos marcos?

-¿Has hablado con los inquisidores?- preguntó Matheus.

-No, antes quería consultarlo contigo.

-Pues a mí no se me ocurre nada, la verdad. ¿Tú qué dices?- dijo mirando a su *socius*.

-Diles que te marchas a Montségur- afirmó Gros-. Muchos infectados se están largando allí para ponerse a salvo de la quema, y nadie se extrañará de verte aparecer por el castillo. Eres un *creyente* desamparado al que su ama, que por cierto podrá responder por ti, ha dejado tirado y necesitas un lugar donde estar a salvo de la Inquisición.

-Ciertamente, no es mala idea- apoyó Matheus-. Seguro que Seila y Arnaud ven con buenos ojos disponer de un *explorator* en la capital de la herejía. Igual te haces con el Grial y acabas nadando en oro- añadió riendo.

-Pero, ¿el Grial no es la copa de Jesucristo?- replicó Pierre, que pensaba

que su compinche le estaba tomando el pelo-. ¿No dicen que está en una ciudad de Aragón?

-Nada de eso- dijo Matheus poniéndose muy serio de golpe-. Yo lo he visto.

-¿Qué tú has visto la copa de la última cena? ¿La copa donde se recogió la sangre de Jesucristo?

-No es una copa, necio. Eso es lo que afirman los curas católicos. Pero ni es una copa ni nada que se le parezca.

-Así es- dijo Gros apoyando a su *socius*-. La Iglesia ha divulgado la creencia de que se trata de la copa en la que José de Arimatea recogió la sangre que manó del costado de Cristo cuando Longinos le clavó la lanza.

-Me estáis engañando- rió Pierre, dudando ante la seria expresión de los dos hombres-. Pero, ¿cómo vas a haber visto...?

-Calla y cierra la boca- ordenó Matheus-. El Grial existe y no sé qué gano con mentir sobre eso. Pero, como ya te hemos dicho, no es una copa. Es una piedra. Una piedra negra.

A Pierre se le abrió la boca de par en par.

-¿Una piedra? ¿Cómo dicen entonces que es la copa de...?

-Calla de una vez, demonios- interrumpió de nuevo-, y escucha la verdadera historia. Esa piedra tiene su origen desde que se creó el mundo. Algunos la conocen como *lapsit ex illis*, que viene a significar “pecadores en el exilio” en referencia a los ángeles expulsados del cielo. Pero los que saben de esto afirman que, en realidad, los antiguos ya la llamaban *lapis ex caeli*, o sea, “piedra procedente del cielo”. En definitiva, el Grial es una piedra caída del cielo.

-No entiendo absolutamente nada- aseguró Pierre meneando la cabeza y con los ojos abierto de par en par-. Una piedra... ¿Por qué entonces la llaman Grial?

-Grial es un término que no tiene nada que ver con copas o vasos. Es una palabra que proviene de la lengua que hablaban los celtas, un pueblo muy antiguo que vivía en la Galia y en la isla de Inglaterra. Grial proviene de *graal*, que en su lengua significa precisamente piedra. ¿Entiendes?

-No.

Matheus miró al cielo un poco desesperado mientras que Gros se reía por lo bajo para no amoscar al muchacho.

-Bueno, da igual. Con que sepas que es una piedra ya te vale.

-Pero, ¿de dónde salió esa piedra?

-Si te lo cuento ni me creerás y tampoco me entenderás, así que no pienso perder el tiempo contigo.

-¡Por favor, no me dejes con la intriga!- exclamó el muchacho.

Más de cinco minutos tuvo que emplear para ablandar a Matheus que, finalmente, aceptó contárselo todo con la condición de que no pusiera pegajos ni le interrumpiera. El origen del Grial era el que era, y lo que contaban los católicos no tenía nada que ver con la realidad. Pierre aceptó sin dudarle, faltaría más.

-Antes de nada deber tener en cuenta que, a pesar de que yo he abjurado de la herejía, hay cosas que sé que son ciertas por mucho que el papa se empeñe en decir lo contrario.

-¿Y cómo sabes que lo del Grial es cierto?- preguntó Pierre rompiendo su palabra nada más empezar.

-Se conocen varios de ellos, y de ninguno hay pruebas de que sea la copa de Cristo- intervino Gros-. Que yo sepa, hay uno como bien dices en Aragón, otros dos en Castilla y uno más en Génova, llevado por los cruzados a su retorno de Tierra Santa. Aparte de eso, Matheus ya te ha contado el origen de la palabra Grial, que como habrás visto es mucho más coherente que la historia del cáliz.

-¡O te callas de una vez o no digo una palabra más!- exclamó Matheus empezando a irritarse por las constantes interrupciones. El muchacho agachó la cabeza, puso cara de perro apaleado y no dijo nada más-. Como quizás habrás oído durante las prédicas que se llevaban a cabo en casa de tu amo Borsier- prosiguió-, Dios permitió a Satanás crear el mundo. Según los infectados, Satanás no es el demonio, el ángel caído que citan los católicos, sino un hijo de Dios. Éste se rebeló contra el Padre junto con una legión de ángeles, cayendo todos en desgracia. Entonces, su rostro, hermoso como ninguno, se transformó en una máscara de hierro candente y de su corona se desprendió una piedra que cayó al abismo. Satanás pasó a ser la esencia del Mal mientras que Dios era y es el Bien absoluto. Su hijo acabó arrepentido y pidió perdón, el cual le fue concedido por Dios. Este, apiadado de él, le concedió siete días para que dispusiera de ellos a su albedrío, y fue entonces cuando creó el mundo, las montañas, los mares y al hombre, ya que no somos otra cosa más que las almas de los ángeles caídos encarnadas por obra de de Satanás.

-Pero, ¿no es Jesucristo el hijo de Dios?- quiso saber Pierre, al que le iba a

estallar la cabeza con aquella historia tan enrevesada.

-Según los herejes no- respondió Gros para dejar descansar un rato la lengua de su *socius*-. Ellos afirman que Cristo era un ángel, una especie de segundo hijo de Dios, que en realidad no se encarnó, sino que era una mera figuración. Una visión, para que me entiendas. Así mismo, dicen que no murió en la cruz, y que eso fue también parte de esa visión sobre su persona y su vida. Por eso, los infectados no adoran la cruz, que consideran además un abominable instrumento de tortura, y tampoco creen en la resurrección ya que, según sus creencias, Cristo no murió.

-¿Y dices que los herejes tienen esa piedra caída del cielo? ¿Quién la tiene? ¿Cómo es? ¿Qué...?

-Paso a paso, zagal- interrumpió Matheus levantando la mano-. La piedra la tienen a buen recaudo. Actualmente la guarda el heresiarca de Tolosa, Guilhabert, pero antaño su depositaria era Esclarmonda de Foix, la Dama Banca, una mujer tan cautivadora e inteligente que acudía gente de todas partes a su castillo de Pamiers a escucharla. Fue ella la que hizo que Raimon de Perelha reconstruyera Monstégur como refugio para los herejes. Dicen que en realidad no ha muerto, sino que es para siempre la guardiana del Grial.

Pierre escuchaba aquella historia literalmente embobado.

-¿Y la piedra?- musitó fascinado-. ¿Cómo es la piedra?

-Como te decía, es negra y brillante, y tiene el poder de atraer el hierro, pero desprecia el oro, la plata o el plomo. Dicen que la trajeron de muy lejos, de Oriente, donde cayó envuelta en fuego desde se creó el mundo. No me preguntes quien ni cuándo la trajo aquí porque no tengo ni idea. Lo que sí sé seguro es que, si aún la guarda Guilhabert, el Grial está en Montségur. Así que ya sabes- concluyó riendo-, si vas allí y lo encuentras, échale mano y sal corriendo a toda velocidad. El obispo Fauga o incluso el papa estarían encantados de poseerlo aunque sea solo para ocultarlo y poder así mantener el engaño acerca del cáliz de Jesucristo.

-Es una historia fascinante- murmuró Pierre subyugado por el relato-. Es tan diferente a lo que cuenta la Iglesia...

-No te vayas a volver un hereje, so necio- rió Gros-, a ver si vas a acabar en la hoguera.

-No, nada de eso. Pero es interesante conocer cómo piensa la gente, o el origen de las cosas que desconocemos.

-Bueno, baja de las nubes y retorna a este malvado mundo- le dijo Matheus

dando unas cuantas palmadas como para despertarlo-. Ya sabes lo que pensamos. Ve y habla con Fauga, a ver qué opina. Si está conforme con que te vayas a Montségur, me lo dices y te facilitaré una carta para que nadie cuestione tu presencia allí. Aparte de eso, si te encuentras con la hija de la dama Clemencia no tendrás problemas.

Tras despedirse se marcharon por lugares diferentes. Matheus y Gros fueron a casa de unos *creyentes* a hacerles su simulacro de predicación dominical, mientras que Pierre volvió a la ciudad meditando la increíble historia que había escuchado. Daba por sentado que poseer el Grial debía ser algo maravilloso, o incluso podría conceder poderes mágicos a sus dueños porque, ¿cómo si no llevaban tanto tiempo los infectados haciendo de las suyas sin que hasta la fecha hubiera sido posible acabar con ellos? ¿Cómo sería posible que arrostraran sin inmutarse la espantosa muerte en la hoguera si no era porque la posesión del Grial les daba una fortaleza sobrehumana? Tras estar un largo rato dándole vueltas y más vueltas a la historia tuvo claro que debía ir a Montségur y apoderarse de la piedra aquella. Así, tal vez podría ser rico y poderoso.

Capítulo 10

Tolosa, año de 1235

La llegada de Étienne de Saint-Thibery no había servido absolutamente de nada. A pesar del descalabro sufrido nada más aparecer en escena a manos de sus colegas, el franciscano puso todo su empeño en intentar moderar de alguna manera el vehemente celo de los predicadores, pero sin el más mínimo éxito. Por mucho que intentara imponer una mínima dosis de clemencia, ni Seila ni Arnaud estaban por la labor de ceder ni un ápice.

-Nos ha costado mucho llegar hasta aquí para empezar a estas alturas a hacer concesiones a los infectados- argüían de forma tajante cada vez que el Saint-Thibery sugería imponer a tal o cual procesado una pena menos severa.

Pero, por otro lado, la realidad era que hasta el ascético monje estaba ya empezando a hartarse de la actitud de los tolosanos en general y de los *creyentes* en particular. A los primeros, por su actitud hostil hacia la Iglesia, a la que atacaban más por inmiscuirse en sus asuntos que por la inflexible actitud de los inquisidores. Y a los segundos, por su inasumible arrogancia. Ciertamente, le ardía la sangre cada vez que uno de aquellos candidatos a la perfección miraba al tribunal con un aire desafiante, de superioridad moral definitiva, como si estuvieran en posesión de la verdad absoluta. Y a pesar de su carácter apacible y su empeño por transmitir una imagen menos implacable de la Inquisición, aquellos herejes le mostraban abiertamente su desprecio, desdeñando sus intentos por aminorar la rigidez habitual de los predicadores. Al final, acabó por dar la razón a sus colegas al comprobar por sí mismo que las cosas en la ciudad no eran ni remotamente parecidas a lo que el legado imaginaba, por lo que se abstuvo de poner trabas de cualquier tipo a la hora de imponer las penas más severas contra aquellos enemigos de la Iglesia a la que había entregado su cuerpo y su alma.

A veces le asaltaban ciertos reparos pensando qué habría hecho el bienaventurado Francisco en semejante brete. Aquel santo italiano que destilaba alegría y compasión, ¿qué actitud habría tomado ante aquellos impíos que hasta negaban la divinidad de Jesucristo? ¿Qué pensaría de una gente que afirmaban que ni murió ni resucitó, eliminando así el más importante dogma de la Santa Iglesia ya que la resurrección era la promesa definitiva, la que implicaba que la vida no acababa con la llegada de la muerte?

¿Cómo tenían la osadía de decir que el mundo, aquella obra maravillosa, era una creación del Maligno? Esas ideas se le hacían tan insoportables, tan absurdas, que acabó aborreciendo con toda su alma a aquellos que las propalaban.

En todo caso, con o sin la labor de Saint-Thibery a favor de la flexibilización del Santo Oficio, en Tolosa se vivía de facto un ambiente de enfrentamiento civil. Por un lado estaban la Iglesia y los pocos católicos que opinaban que había que erradicar la herejía como fuera. Por otro, los herejes que no estaban dispuestos a dar un paso atrás si bien, debido a la creciente presión, muchos de ellos habían puesto tierra de por medio porque fe tenían mucha, pero ganas de alcanzar el martirio ninguna. Por otro lado estaban los cónsules y burgueses que, independientemente de la religión que practicasen, anteponían por encima de cualquier cosa su independencia, negándose en redondo a ceder el más nimio de sus privilegios ante los franceses o la Iglesia. Y por último estaba el conde Raymond, el cual ya no sabía cómo mantener su habitual ambigüedad en su sempiterno empeño por querer estar a buenas con todos, lo que era cada vez más difícil a la vista del apocalíptico cariz que estaban tomando las cosas.

La situación se tornó en insostenible cuando los *exploratoris* empezaron a informar de que varios cónsules e incluso algunos de los que habían ostentado dicho cargo anteriormente estaban facilitando la huída a Montségur de muchos *creyentes y perfectos* cuya detención podía ser inminente. Los inquisidores, no queriendo dejar pasar la ocasión de dar un escarmiento definitivo, les enviaron las citaciones de turno que obligaban a los que las recibían a presentarse en las dependencias del Santo Oficio en un plazo máximo de ocho días. Pero, en vez de acudir al requerimiento, los acusados se personaron en el palacio de Saint-Gilles exigiéndole que interviniera y pusiera fin a la infatigable persecución mantenida por los inquisidores.

Un nutrido grupo de gente se arremolinaba ante el aristocrático portón dando voces y poniendo a caldo al conde, que en momentos así solo tenía ganas de marcharse a Tierra Santa o algún lugar similar, pero lo más alejado de sus irascibles vasallos.

-Monseñor- anunció Guarín sin resuello tras subir las escaleras hasta la estancia del conde todo lo rápido que daban sus esqueléticas piernas-, la cosa está que arde. Una delegación de los cónsules exige veros inmediatamente. ¿Los recibís o mando a los criados que suelten los perros y los echen a palos?

Saint-Gilles miró por la ventana para comprobar que, en efecto, lo dicho por su chambelán no era una exageración. Más de cincuenta personas se agolpaban ante su casa con una actitud nada respetuosa y mucho menos pacífica, así que hizo de tripas corazón. Aún más pálido de lo habitual, hizo una señal a Guarin aceptando recibir a sus tumultuosos vasallos.

-No más de una docena- advirtió antes de que el chambelán, resoplando por tantas prisas, bajara a toda prisa al zaguán del viejo palacio donde varios criados se las veían y se las deseaban para contener a aquella masa humana.

Al cabo de media hora, tiempo este que necesitaron los exaltados vecinos para acordar quiénes formarían parte de la delegación que se entrevistaría con el conde, doce de ellos se presentaron en el salón donde Saint-Gilles, muy en su papel de señor feudal, los esperaba apalancado en su poltrona junto a dos grandes mastines que, al ver entrar a los burgueses, gruñeron de forma bastante amenazadora. Todos a una hicieron una profunda reverencia al conde que, a pesar de su enfado, conservaba la sangre fría y procuraba no mostrar el malestar que le producía aquella situación tan enojosa.

-¿Quién hablará por todos?- preguntó Guarin, que ya se había colocado junto a su señor para moderar la audiencia.

Los delegados se miraron unos a otros sin saber qué decir, porque durante la media hora invertida en nombrarlos nadie había caído en que debían designar también a un portavoz.

-¡Yo mismo!- anunció un hombre de aspecto enérgico que, aunque entrado en años, se mantenía erguido y desafiante. Como ninguno de sus acompañantes se opuso, el conde asintió en silencio, dándolo por válido-. Mi nombre es Arnaud Gui, monseñor, y con vuestro beneplácito hablaré en nombre de mis paisanos.

-Bienvenidos a mi casa- saludó el conde-. Con sumo gusto oiré lo que tengáis que decirme, pero ante todo quiero que quede clara una cosa: no permitiré tumultos ni gritos, y menos aún que se me falte el respeto que se me debe como señor de esta ciudad. Os lo advierto para que nadie se llame a engaño. Ya en otras ocasiones, por pecar de excesiva tolerancia, he tenido que sufrir la arrogancia de algunos burgueses, y tened por seguro que eso no volverá a ocurrir salvo que alguien quiera salir de aquí molido a palos. Dicho esto, podéis proseguir.

Arnaud dio un paso adelante, volvió a inclinar la cabeza y mostró a Saint-Gilles un pergamino del que pendía un sello de plomo con el blasón de los condes de Tolosa.

-Monseñor, estos son los fueros que vuestro tatarabuelo Raymond, de honrosa memoria, concedió a los tolosanos hace casi ciento cincuenta años. En ellos, los señores de Tolosa reconocen a los habitantes de sus dominios una serie de derechos que están siendo vulnerados por el tribunal del Santo Oficio de forma sistemática con la complicidad de vuestro ominoso silencio. La Inquisición, como es público y notorio, lleva años cometiendo todo tipo de arbitrariedades contra vuestros vasallos sin que...

-Debo recordaros una cosa- interrumpió el conde levantando la mano-, y es que los juicios del Santo Oficio se ajustan a derecho conforme a los cánones dictados en varios concilios.

-Cánones esos que se enfrentan con nuestros privilegios, monseñor- alegó Gui sin alterarse lo más mínimo apoyado por un murmullo de aprobación de los demás delegados.

-Privilegios esos que no pueden prevalecer sobre los mandatos de la Iglesia- replicó Saint-Gilles, que se daba cuenta de que la discusión no iba a ser ni fácil ni apacible-. Además, ya en su día tratamos este asunto los cónsules y yo y no solo acepté intervenir en pro de los burgueses, sino que incluso fui a París a pedir a la regente su intercesión ante el papa Gregorio.

-Lo que no parece haber servido de mucho, monseñor- objetó Gui con severidad-. El franciscano que enviaron no ha sido capaz de frenar ni un ápice a los predicadores.

-¿Y qué queréis que haga entonces?- respondió el conde irritándose porque sus gestiones no fuesen valoradas-. Vuestra inflexibilidad es absoluta, señores.

-Con nuestros derechos, sí, monseñor. No pretendemos faltaros el respeto ni el acatamiento que os debemos, pero una cosa debéis de tener muy presente en todo momento, y es que no vamos a tolerar bajo ningún concepto que este estado de cosas se eternice. El comercio está hundido porque muchos de los artesanos de la ciudad han sido enviados al Muro o se han exiliado. Como ya sabéis de sobra, los *buenos hombres* desempeñan desde hace generaciones esos oficios los cuales generaban un gran volumen de dinero gracias a los numerosos forasteros que acudía desde toda la Occitania a nuestras ferias y mercados. Los tejedores, los zapateros, los talabarteros y los guarnicioneros eran casi todos *creyentes*, así como los peleteros y los apotecarios, pero su industria está prácticamente extinguida a causa de los procesos. Por otro lado, no queda un solo cambista en Tolosa, por lo que los comerciantes que vienen de fuera no tienen forma de llevar a cabo sus trueques monetarios. Y todo eso

no solo repercute en perjuicio de la ciudad, sino también en el vuestro. A menos dinero en movimiento, menos rentas os corresponden, monseñor.

-Otras ciudades están en la misma situación y se avienen a colaborar con la Inquisición- gruñó el conde de forma evasiva por no quedarse callado y aceptar de forma tácita que lo dicho por Gui era totalmente cierto.

-Sí, como en Albi- replicó con sorna-, donde casi matan al inquisidor hartos de sus abusos. Porque esa es la otra cuestión que nos trae hoy ante vos, monseñor. ¿Cómo podemos permitir que personas que jamás han hecho daño a nadie, que tienen un comportamiento ejemplar, que pagan religiosamente si escatimar un sueldo y que, en definitiva, hasta hacen gala de una forma de vida mucho más acorde con el cristianismo que los clérigos y obispos católicos que hacen precisamente todo lo contrario de lo que predicán? ¿O es acaso de buenos católicos profanar las tumbas y desenterrar a los muertos para quemar sus huesos? No, monseñor, nada de eso es tolerable, y los tolosanos no estamos dispuestos a soportarlo más.

Tras el apasionado discurso, el conde Raymond se quedó callado mirando fijamente al suelo. Se resistía a reconocerlo, pero su elevado concepto del honor le impedía permanecer impassible ante lo que era un constante abuso de poder por parte de los inquisidores.

-¿Qué queréis de mí, Gui?- murmuró muy abatido, sabiendo que se iba a meter en un callejón sin salida.

-Queremos que actuéis como lo que sois, monseñor: el conde de Tolosa. Y por ello y conforme al derecho feudal, tenéis la obligación de defender en todo momento a vuestros vasallos que desde hace generaciones han servido a vuestra Casa fielmente. ¿Acaso debemos olvidarnos de los cientos de tolosanos que partieron con vuestro tatarabuelo a Tierra Santa y que jamás volvieron? ¿Acaso no cuentan los caballeros que empeñaron sus tierras para acompañarle?

Un silencio sepulcral se hizo en la sala cuando Gui terminó su exposición, quedando todos a la espera de la respuesta de un Saint-Gilles que no apartaba los ojos del suelo.

-¡Deja de marear la perdiz, Arnaud!- tronó de repente una poderosa voz entre los delegados que sobresaltó a todos. Hasta los mastines del conde, que dormitaban ante la chimenea, empezaron a ladrar furiosos-. ¡Eso no es lo que en realidad queremos!

Inmediatamente, los demás apoyaron al hombre aquel, un anciano que tenía

el mismo aspecto que las representaciones de Dios en los tímpanos de las iglesias, con una larga barba y una frondosa melena blanca que le daban la apariencia de un viejo y fiero león. Guarin iba a mandarlo callar cuando un gesto del conde indicó al anciano que podía proseguir.

-Monseñor, mi nombre es Morand- se presentó plantándose junto al portavoz e inclinando la cabeza-. Todo lo dicho por maese Gui es completamente cierto, y vuestro silencio es una clara muestra de ello. Pero ha omitido los verdaderos motivos que nos traen ante vos.

-¿Y cuáles son?- preguntó Raymond sin apartar la mirada del formidable anciano.

-Queremos que los inquisidores sean expulsados de Tolosa- sentenció con el correspondiente murmullo de aprobación de sus acompañantes.

Saint-Guilles abrió los ojos despavorido. Si apoyaba algo semejante, el papa lanzaría contra él como una jauría a las tropas del Capeto para arrebatarse lo que le quedaba de sus otrora extensos dominios.

-¿Cómo pretendéis que me enfrente con la Iglesia, Morand?- balbució lleno de espanto ante la perspectiva de ser nuevamente excomulgado.

-Es vuestro deber, monseñor- afirmó rotundo-. Hemos soportado hasta más allá de lo que nuestra dignidad y nuestro orgullo de hombres libres pueden tolerar, pero ya hemos llegado al límite. No vamos a permitir que esto se dilate un solo día más, así que vos tenéis la última palabra: o aceptáis expulsar a los inquisidores, o lo haremos nosotros con o sin vuestra anuencia.

-Insensatos, ¿acaso no sabéis que el papa y la regente están a la espera de un solo motivo para invadirnos otra vez? ¿Queréis ver de nuevo nuestros campos y ciudades arrasados por los cruzados?- replicó desesperado el conde.

-Si tal cosa sucediera, monseñor, Tolosa acudirá al emperador en busca de su apoyo militar- sentenció Morand mientras que Arnaud Gui afirmaba con la cabeza.

-Así es, monseñor- añadió el portavoz-. Vos sabéis como nosotros que el emperador anhela ser el señor de la Occitania, y si vos os negáis a aceptar nuestras justas demandas tendremos que recurrir a él. Si cuenta con el apoyo de la población no lo dudará ni un instante. No hay más que hablar. ¿Qué decidís pues, monseñor?

Saint-Gilles se levantó de la poltrona y se plantó en mitad de la sala. Fue mirando uno por uno a los delegados y vio en sus expresiones decididas que aquello era un verdadero ultimátum, así que no le quedó más remedio que

aceptar. Ante todo, necesitaba ganar tiempo como fuera porque la hora de intentar recuperar sus tierras aún no había sonado, por lo que cedió por enésima vez ante sus vasallos.

-Id a Saint-Sernin y comunicad a los predicadores en mi nombre que deben abandonar Tolosa- musitó el conde con voz mortecina y tan pálido que la piel parecía transparente.

Los delegados vitorearon a su señor y, sin perder ni un instante más, salieron de la sala congratulándose por el resultado de la audiencia y echando pestes de la Inquisición.

-Que Dios nos asista- murmuró el conde a su canciller, el cual no había abierto la boca en todo el rato-. Que Dios nos asista- repitió meneando la cabeza y sintiendo unas invencibles nauseas que, finalmente, le obligaron a vomitar junto a la chimenea ante la mirada de conmiseración del viejo Guarín, que jamás habría imaginado a un Saint-Gilles acorralado por sus propios vasallos.

En cuanto los delegados salieron a la calle, todo el mundo se arremolinó alrededor de ellos dando lugar a un maremagno de gritos, preguntas, empujones y conatos de peleas por querer estar en primera fila. Pero en cuanto escucharon a Gui anunciar que el conde estaba conforme con ellos, un clamor de alegría surgió de todas las gargantas, dando vivas a Saint-Gilles y deseando mil muertes a la Inquisición. La noticia corrió por toda la ciudad rápidamente, y el vecindario no tardó en empezar a salir de sus casas y unirse a los que se dirigían a Saint-Sernin en busca de los inquisidores. A medida que la comitiva avanzaba por las calles de Tolosa se iban uniendo más y más burgueses de forma que, al llegar a destino, eran cientos de personas las que clamaban exigiendo el fin de la Inquisición.

El portero, que vio venir la marea humana y cerró el pesado portón a tiempo, salió a escape en busca de Arnaud, el único miembro del Santo Oficio presente en el edificio ya que Seila había partido hacía un par de días hacia Cahors.

-¡Fray Arnaud!- llamaba desesperado el portero, que bajaba como una tromba por las estrechas y empinadas escaleras de la cripta donde se guardaban los archivos del obispado-. ¡Fray Arnaud, salid, por caridad! ¡Un motín! ¡Ha estallado un motín!

El inquisidor se asomó por la puerta sin saber a qué venía aquel escándalo porque desde la profunda cripta no se podía escuchar el griterío de la calle.

-Pero, ¿qué es eso, fray Lotario?- preguntó alarmado.

-¡Subid ahora mismo, medio Tolosa está ante la puerta gritando como locos!

Arnaud se remangó el hábito y salió corriendo escaleras arriba seguido del portero. Cuando llegó al claustro podía escuchar perfectamente el rumor que venía del exterior, así como las voces que pidiendo venganza.

-¿Qué hago?- preguntó angustiado fray Lotario mientras que el resto de la comunidad se agolpaba ante el zaguán presa del miedo.

-¡Abrid!- ordenó sin dudarlo-. ¡Yo no me escondo de nadie, y menos de una turba de herejes impíos y enemigos de la verdadera fe!

Fray Lotario tragó saliva y empezó a descorrer los pesados cerrojos de hierro y a quitar las trancas y cadenas que aseguraban el pesado portón que no tendría nada que envidiar al de un castillo. Cuando por fin abrió la puerta, Arnaud salió por ella con la cabeza alta, mirando a aquella plebe enfurecida sin que se le moviera un músculo de la cara. La gente, que a pesar de todo seguían conservando un temor reverencial hacia semejante personaje, callaron de golpe nada más verlo aparecer, impresionados por el indudable valor del inquisidor. Un silencio ominoso se extendió por toda la calle y, a pesar del gran número de personas que se agolpaban ante el convento, se podía escuchar hasta el chorro de la fuente situada en el centro de la plaza cercana.

-¡Aquí me tenéis!- exclamó. Su voz retumbó como si hubiera gritado en plena noche-. ¿Qué queréis de mí?

Al frente de la turba iban Gui y Morand, que dieron un paso al frente.

-¡No me andaré con rodeos!- anunció el fiero anciano taladrándolo con la mirada, la cual le mantuvo el inquisidor en actitud desafiante- ¡O vuestra paternidad nos jura aquí y ahora que la actividad de la Inquisición cesará desde este instante o seréis expulsado de Tolosa!

-¿Cesar en mi labor?- inquirió apretando las mandíbulas y echando fuego por los ojos-. ¿Pretendéis que desobedezca a su santidad?

-Creo que no me habéis comprendido- replicó Morand sin achicarse-. No pretendemos discutir con vuestra paternidad, sino que os estamos planteando una sencilla disyuntiva. Tenéis dos opciones: o accedéis, u os largáis de aquí inmediatamente o por...

-¿O qué?- interrumpió mirando a su alrededor en actitud provocativa-. ¿Vais a matarme? ¿Creéis que eso me asusta, desgraciados? A mí me da una higa que cuatro andrajosos vengán a la puerta del beaterio en plan bravo porque antes de desacatar una orden del santo padre me dejo arrancar la piel a tiras.

-Nadie va a hacer daño a vuestra paternidad- replicó Gui-. Lo que os iba a decir maese Morand es que si no os vais por las buenas os iréis por las malas. Decidid ya.

-¿Sabéis lo que hará el conde cuando tenga noticia de que sus vasallos se han rebelado contra la Santa Iglesia?- bramó Arnaud cada vez más furioso.

-Hemos venido precisamente porque tenemos su beneplácito- informó Morand-. Y basta de tanto parlamentar. ¿Renunciáis a pertenecer al Santo Oficio o abandonáis los dominios del conde?

-De aquí no me mueve ni una legión de súcubos sacados del abismo- respondió remarcando cada palabra-. Soy un siervo de Dios, un miembro de la Santa Inquisición, y por encima de mí solo está el santo padre. Haced lo que os venga en gana, pero recordad que cuando comparezcáis ante el Creador tendréis que dar cuenta de este acto de violencia contra uno de sus ministros.

Tal como dijo eso se cruzó de brazos y no dijo una palabra más. Morand y Gui se miraron por un instante sin saber qué hacer. Ciertamente, el inquisidor tenía más redaños de lo que habían imaginado. Daban por hecho de que saldría al galope en cuanto viera ante él a aquella turba chillona, pero se equivocaron por completo porque Arnaud no se amilanó.

-¡Echadlo de la ciudad!- exclamó una voz rompiendo el silencio reinante.

En ese momento, varios hombres agarraron al inquisidor y, levantándolo sobre sus cabezas, lo llevaron en volandas hasta el puente de La Daurade mientras que la plebe le lanzaba boñigas de acémila, piedras y hasta le volcaron encima más de un orinal desde alguna ventana ante el enojo de los porteadores que, como es lógico, compartieron el contenido con el fraile.

Cuando cruzaron el puente lo dejaron en el suelo. El aspecto que mostraba Arnaud era deplorable, con el hábito roto, el rostro ensangrentado y despidiendo un olor insoportable de la cantidad de boñigas y orines que había recibido sobre su maltrecha persona. Sin embargo, a pesar de todo seguía conservando una dignidad que causó respeto en más de uno. Sin inmutarse, se sacudió la suciedad y se quedó mirando a los cabecillas de la rebelión.

-Por última vez, ¿accedéis a...- insistió Morand.

-¡No!- interrumpió hecho una furia.

-Pues ahí tenéis el anchuroso campo para ponerlos en marcha, fray Arnaud. Id con Dios.

-Y vos quedad con el diablo. Y tened por cierto de que esta afrenta no la olvidaré jamás.

Sin decir nada más, el inquisidor empezó a andar un poco renqueante pero intentando en todo momento mantenerse lo más erguido posible. En pocos minutos desapareció por el camino ante la turba que, con una mezcla de odio y admiración, observaban como su desaliñada figura se iba empequeñeciendo poco a poco. Luego volvieron llenos de júbilo a la ciudad entonando coplas improvisadas en las que se mofaban del clero, de los inquisidores y, naturalmente, de furibundo y arrogante fray Arnaud.

Seis días tardó Arnaud en recorrer las veinticinco leguas largas que separaban Tolosa de Carcassonne. No tuvo problemas a la hora de encontrar techo y sustento ya que las distancias entre las poblaciones le permitían realizar etapas no muy largas sin que le pillara la noche en descampado. El penúltimo día pernoctó en Bram, a unas cinco leguas de su destino. Bram había sido cedida a la orden de los predicadores unos años antes, por lo que dependía del monasterio de Prouille, el primer beaterio fundado por Domingo de Guzmán. Por ello, cuando Arnaud llegó a la ciudad ya se sentía un poco como en casa a pesar de la hostilidad callada pero manifiesta de sus habitantes, que aún recordaban como veinticinco años antes Simón de Montfort había apresado a un centenar de vecinos y, como escarmiento por sus inclinaciones heréticas, les mandó sacar los ojos, cortar las narices y el labio superior, dejando sus rostros convertidos en máscaras de la muerte. A uno de aquellos desdichados le sacaron solo un ojo para que pudiera guiar al resto hacia el castillo de Cabaret, donde dejaron muy claro a su guarnición lo que les esperaba si ofrecían resistencia.

No obstante, su lastimoso aspecto inspiró compasión a un vecino que le ofreció llevarlo hasta el monasterio, situado a solo una hora a caballo al sur de Bram. Cuando Arnaud fue recibido por la comunidad se armó un verdadero revuelo, y el prior juró por todo el santoral del día que semejante afrenta a un destacado miembro de su orden no quedaría impune. Mandó proveer de ropa nueva al inquisidor, y le ofreció pasar dos o tres días en el beaterio para reponer fuerzas, pero la cólera que sentía Arnaud le hacía olvidar el cansancio, las penurias del camino y las dolorosas ampollas. Solo quería llegar a Carcassonne y, junto a los inquisidores de la ciudad, tomarse cumplida venganza contra los tolosanos que lo habían expulsado y humillado como a un leproso.

Capítulo 11

La noticia sobre la rebelión de Tolosa se extendió por toda la región en menos de dos días. Los buhoneros, los tratantes de ganado, los comerciantes y, en definitiva, todo aquel que tuviera que desplazarse de una ciudad a otra, narraba el suceso con todo lujo de detalles. Inmediatamente se formaban corrillos alrededor del informador dando grandes muestras de alegría cuando se enteraban de que el aborrecido Guillaume Arnaud había sido expulsado de la ciudad. Como suele pasar, siempre saltaba el agorero de turno diciendo que eso acarrearía funestas consecuencias, pero eran inmediatamente silenciados por un vecindario que se congratulaba enormemente cada vez que tenían noticias sobre algún descalabro de la Iglesia o los franceses.

En Tolosa, los ánimos seguían bastante caldeados. En Saint-Étienne, el obispo Fauga lanzaba unos sermones terroríficos asegurando a los amotinados que nada les libraría del infierno por haber atentado contra un ministro de Dios, y cargaba las tintas sobre todo contra el conde Raymond que, en su sitial preferente en el lado del Evangelio, soportaba estoicamente las puyas del obispo como queriendo dar a entender a sus vasallos que la cosa no iba con él. Pero sí iba, y mucho, porque Fauga no se privaba de señalarlo con el dedo cada vez que hacía uso de los términos “cómplice silencioso” e “instigador de impíos”. En todo caso, al menos durante el breve recorrido desde Saint-Étienne a su palacio se consolaba cuando era vitoreado por algunos de sus vasallos, si bien la gran mayoría lo miraban pasar con cierto aire severo y haciéndole la reverencia de rigor con bastante desgana.

-Ruego a Dios todos los días que abra la tierra y se trague al obispo- gruñía el conde cuando salía de Saint-Étienne tras el preceptivo rapapolvo dominical-, pero no me hace ni caso.

Lo cierto era que Dios parecía haberse olvidado de toda la Occitania porque ni abría la tierra ni esta se tragaba a nadie, permitiendo que todos siguieran odiándose cada vez más. A ello ayudaba la habitual obcecación de los hombres que, llegados a ciertos extremos, prefieren pasar por las peores calamidades antes de dar su brazo a torcer.

Tras una de aquellas misas en las que el obispo se asemejaba más a un precursor del Apocalipsis que a un clérigo, Pierre Sabatier apareció en la sacristía en busca de Fauga como solía hacer cuando tenía que ponerse en

contacto con él. Desde que se vio obligado a irse de casa de Borsier se había tenido que conformar con un misérrimo desván lleno de ratones donde Matheus pudo alojarle de momento. Tal y como estaban las cosas, cada vez era más difícil encontrar a alguien que se prestara a darle alojamiento a un infectado, y con Borsier, el principal *receptator* de Tolosa enviado al Muro hasta no se sabía cuando, suerte tuvo con poder disponer de un techo y no verse durmiendo fuera de la ciudad bajo un chamizo de ramas. En todo caso, la modesta alcoba de su anterior vivienda era un palacio comparado con el antro aquel y, tras varias semanas sintiendo como toda la población de roedores de la casa se paseaba por su cara mientras intentaba dormir, estaba ya un poco harto de aquella situación.

-¡Ay, hijo mío, qué tiempos nos toca vivir!- exclamó Fauga tendiéndole la mano mientras el muchacho clavaba la rodilla en tierra para besarle el anillo-. Los hombres han perdido el temor a Dios, y si no fuera por mi esperanza en que algún día nuestro Señor iluminará a sus hijos descarriados, juraría que la infección se ha implantado para siempre en esta tierra maldita. Anda, levántate y ayúdame a desvestirme- le pidió para que lo despojara de la pesada casulla-. Por cierto, ¿qué te trae por aquí?

-Hablar de mi futuro, monseñor. Ya apenas puedo servirlos a vos y a los señores inquisidores porque la mayoría de los infectados se han ido de Tolosa. Por otro lado, las cosas están muy crispadas en la ciudad, y es prácticamente imposible sonsacar información, y más tras la rebelión de los cónsules y la expulsión de fray Arnaud.

-Ciertamente, corren malos vientos para nosotros- reconoció el obispo meneando la cabeza-. Hay tanta maldad... Pero no se me ocurre cómo podrías ayudar más de lo que has hecho hasta ahora, hijo mío. ¿Has pensado en algo tal vez?

-Marcharme a Montségur- respondió Pierre sin dudar.

-¿A la Sinagoga de Satán?- exclamó espantado mientras se santiguaba varias veces seguidas-. ¿Y qué harías allí, infeliz? Aquello es un nido de infectados donde ni los prebostes del conde o la gente del senescal de Carcassonne se acercan. Además, carece de sentido tener un *explorator* en un lugar donde todos sabemos que solo hay infectados.

-Respetuosamente, no comparto vuestro parecer, monseñor- aseguró el muchacho-. Alguien dentro del nido puede señalar a los heresiarcas y *perfectos* que van de paso por allí pero cuya pertenencia a la secta es ignorada

por los inquisidores en sus ciudades de origen. Un infiltrado en Montségur que pueda pasar esa información mediante un enlace facilitaría la identidad de multitud de infectados que podrían ser detenidos sin demora, asestando con ello un duro golpe a esos enemigos de Dios por ser sus principales líderes.

Fauga asentía en silencio, reconociendo que el *explorator* tenía razón. Siempre era más ventajoso enviarlo allí que mantenerlo en Tolosa, donde sus servicios apenas rendían fruto últimamente.

-Pero, ¿quién podría actuar como enlace? Tú eres ante ellos un simple *creyente*, y si te dedicas a entrar y salir sospecharán de ti. Si vas a la Sinagoga de Satán es para quedarte.

-Ya he pensado en eso, monseñor- admitió Pierre, que no daba nunca puntada sin hilo-. Como bien decís, no tendría capacidad de movimiento, pero los *perfectos* sí la tienen. Ellos van y vienen porque tienen la misión de predicar y administrar sus falsos sacramentos, por lo que si disponemos de un *perfecto* al que yo pueda decir todo lo que averigüe será fácil desenmascarar a los infectados que mantienen contacto de algún tipo con los de Montségur, o bien quiénes son sus amigos y familiares. Para ello, nadie mejor que Matheus y su *socius*, Raymond Gros. Ellos pueden moverse por donde quieran sin que nadie sospeche.

Fauga sonrió ante la malévola inteligencia del muchacho.

-Bien hizo fray Seila contando contigo, zagal- le halagó dándole una palmada en la espalda-. En lo que a mí respecta, no tengo inconveniente. No obstante, pregunta al inquisidor si tiene algún reparo porque te vayas. Si no es así, márchate cuanto antes. Quién sabe, si las cosas empeoran aún más puede que disponer de *exploratoris* en aquel antro sea más que beneficioso.

Seila tampoco se opuso. Al inquisidor le preocupaban en aquel momento otras cosas, empezando por la expulsión de su colega y terminando por la manifiesta hostilidad contra el clero que se respiraba en Tolosa. Sentía sobre él las miradas cargadas de odio del vecindario cada vez que salía de Saint-Sernin acompañado del secretario y el escribano y, aunque no se amilanaba por ello, no dejaba de sentirse muy incómodo por aquel estado de cosas. De hecho, muy a su pesar había tenido que ceder ante el obispo para ser acompañado por una pequeña escolta armada proporcionada por el conde Raymond.

-Si se niega a llevar escolta, la escolta le impedirá salir del beaterio- aseguró con firmeza Saint-Gilles a Fauga-. Bastantes problemas tengo encima

para que, por las bravatas de vuestro inquisidor, me vea involucrado en otro más grave si a la gente le da por matarlo en plena calle.

Así pues, Pierre hizo un hatillo y se puso en camino hacia Montségur provisto de una carta de presentación de Matheus en la que éste afirmaba que era un fiel *creyente*, y que incluso había puesto en peligro su vida al avisar a algunos *buenos hombres* de su detención inminente. Eso era una burda mentira pero, ¿quién podría demostrar lo contrario? Bastaría enumerar a cualesquiera de los que habían acabado en la hoguera y asegurar que fueron atrapados cuando escapaban o algo por el estilo. Y por si se topaba con algún preboste receloso, en el interior de su capote llevaba cosida otra carta más, esta sellada por la Inquisición de Tolosa y el mismo obispo respondiendo por su eficiente *explorator*.

Más de treinta leguas separaban Tolosa de Montségur, lo que aseguraba una muy larga caminata por una tierra en la que cada extraño que pasaba era mirado de reojo por unos paisanos hartos de guerras. Los católicos sospechaban de cualquier forastero pensando que podía ser un hereje, y los *buenos hombres* daban por sentado de que sería un católico que iba a espiarles. Solo su desparpajo y su conocimiento de la gente le permitieron avanzar sin pasar excesivas penurias ya que tenía muy buen ojo para distinguir de un simple vistazo a los católicos de los herejes. Solo tenía que reparar en su indumentaria o su forma de caminar para saber si estaba ante uno u otro, por lo que sabía de qué forma dirigirse a los campesinos que iba encontrando a lo largo de la jornada para obtener algo de comer y un techo bajo el que pasar la noche sin tener que dormir con un ojo abierto por culpa de los lobos que infestaban la comarca.

Pierre les tenía un miedo cerval a los lobos desde que, siendo apenas un crío de doce años que se iniciaba como aprendiz en la cuadrilla de canteros, una manada de ellos los atacó cuando se desplazaban de una ciudad a otra en busca de trabajo aprovechando que durante la invernada se detenían las obras. Aquellas bestias, hambrientas por una estación cruda como pocas se recordaban, se abalanzaron contra ellos sin darles tiempo ni a encaramarse al árbol más cercano. Eran más de una docena, y mataron a dos oficiales a pesar de los intentos de la cuadrilla por espantarlos a bastonazos. Pero el hambre que sentían era tal que no soltaban sus presas aunque les dieron de palos hasta que, finalmente, salieron huyendo dejando tras de sí a los dos hombres literalmente despedazados. Eran unas bestias enormes, negras y con los ojos

amarillos, verdaderas apariciones del infierno más propias de pesadillas o de cuentos para asustar a los críos que reales. Por eso, Pierre apretaba el paso cuando caía la tarde en busca de cualquier villorrio o granja en la que pedir asilo con tal de no verse expuesto a aquellas fieras. Sentía como se le erizaban todos los pelos del cuerpo y como se le secaba la boca a causa del miedo cuando los oía emitir aquellos largos y angustiosos aullidos en cuando se hacía de noche.

Tras varios días de marcha llegó a Pamiers, la ciudad donde la legendaria Esclarmonda de Foix había establecido su particular corte herética. La ciudad, colgada sobre un acantilado sobre el río Ariège, había sido una de las más castigadas por el desmedido Montfort, pero sus habitantes no olvidaban a sus señores de Mirapeis ni a sus vecinos masacrados por los cruzados. A partir de allí le resultaría mucho más fácil encontrar refugio porque la gran mayoría de los paisanos o eran *creyentes* o simpatizaban con ellos, por lo que la desconfianza hacia los forasteros se relajaba bastante ya que la gente daba por sentado que cualquier viajero iba de paso hacia Montségur.

Tras dejar atrás Pamiers llegó a Foix, la capital del poderoso Raimon Rotger que no pudo caer en manos de Montfort a pesar de su empeño, según decía, de fundir como grasa la roca sobre el que se encaramaba su inexpugnable castillo para asar allí al señor del mismo. Solo cuando el conde se avino a someterse a la Iglesia pudo el caudillo de los cruzados hacerse con la fortaleza e instalar en ella una guarnición que no solía arriesgarse demasiado a la hora de merodear por la comarca por temor a caer en alguna emboscada y acabar en el fondo de algún barranco como pasto de las alimañas.

Desde Foix hasta Montségur el camino se tornó mucho más difícil. Cuando las abruptas cumbres del Rasés engulleron a Pierre, le pareció haber entrado en un mundo irreal, mágico, como sacado de un cuento de gigantes y dragones. El paisaje era a la vez cautivador y siniestro, con altos riscos que se perdían en la bruma eterna que coronaba sus cumbres y, al pie de los mismos, profundas gargantas por donde corrían caudalosos arroyos que nacían de las mismas rocas. Solo el sendero que conducía hasta el castillo permitía andar con normalidad ya que a ambos lados del camino la vegetación era una muralla infranqueable. Grandes helechos crecían al pie de los enormes pinos y de unos castaños tan viejos que hacían falta cuatro hombres cogidos de las manos para circunvalar sus atormentados troncos, e infinidad de zarzas con

púas como puñales persuadían a cualquier caminante de que salirse del sendero no era nada sensato. A medida que avanzaba por interminables cuestas que le obligaban a detenerse con bastante frecuencia para recobrar el resuello, Pierre escuchaba el sonido del viento que, al pasar entre las afiladas peñas, producían un extraño sonido, como de una zanfoña de las que usaban los ciegos para acompañar sus narraciones a cambio de unas monedas de cobre. Como contrapunto se oían los inquietantes ruidos de la variada fauna que vivía al abrigo de aquel océano verde, desde jabalíes y ciervos a sus odiados lobos, a los que alguna vez divisó lleno de angustia cuando, en algún profundo barranco, perseguían a su víctima sin descanso hasta darle caza. Luego solo se escuchaban sus gruñidos y gorgoteos disputándose las mejores tajadas y los postreros alaridos de la presa, que era devorada cuando aún vivía.

Después de día y medio de abandonar Foix, Pierre alcanzó la ladera del *pog* donde se erguía la *caput draconis*, la cabeza del dragón, como llamaban los *buenos hombres* a aquel extraño lugar. Ante él, un empinado risco en el que las rocas y la vegetación se mezclaban en un armonioso caos se elevaba como un gigante emergido del fondo del abismo. Se detuvo un rato a descansar contemplando el sobrecogedor entorno que envolvía la fortaleza, rodeada de pavorosos precipicios que hacían completamente imposible aproximarse a ella, y tuvo claro por qué los herejes habían elegido aquel lugar como sede: tomarla por asalto sería casi milagroso. Cuando prosiguió su camino para llegar hasta la base del *pog* se sorprendió de que el lugar no era precisamente solitario. Antes al contrario, había cierto trasiego de gente que subían y bajaban por un serpenteante sendero situado en la cara occidental y que conducía a la cima.

Tras media hora de agotadora ascensión alcanzó una empalizada que era imposible de divisar desde abajo. Dicha empalizada, construida con los enormes troncos de los pinos que crecían en la ladera, estaba defendida por una torre que cerraba el paso a cualquier tropa asaltante. Dos hombres de armas dormitaban junto a la burda puerta de la empalizada sin molestarse en pedir explicaciones a los recién llegados, lo que en cierto modo no extrañó a Pierre ya que, aunque la situación en Tolosa era bastante complicada, allí las cosas parecían estar bastante más calmadas. Después de un cuarto de hora más y tras pasar por otras dos empalizadas, por fin alcanzó la entrada del pequeño castillo formado por una sola torre y un recinto amurallado que cerraba el paso hacia el lado septentrional del *pog* donde, distribuidas en tres terrazas

defendidas con sendas empalizadas, se encontraba el poblado en el que vivían tanto la comunidad de *perfectas* como los *creyentes* y la guarnición junto a sus familias. La torre del castillo estaba reservada a las personas más relevantes, como la familia de Raimon de Perelha y los señores de Mirapeis. Dentro del recinto amurallado había un par de dependencias donde se almacenaban las provisiones y las armas.

Cuando llegó ante la puerta le cerraron el paso un sargento y dos hombres de armas que se dedicaban a vigilar con más celo que sus compañeros de la torre.

-¿Quién eres, qué quieres y a quién buscas?- preguntó el sargento con cara de pocos amigos mientras le plantaba delante de la cara una mano enguantada con la cota de malla que lo cubría por completo.

Pierre jadeaba y le indicaba con la mano que esperase hasta recuperar el resuello.

-Parece que el pollo este no está acostumbrado a las cumbres- se chanceó uno de los hombres de armas.

-Debe ser un pollo de llano en vez de un pollo montés- añadió su compañero estallando en carcajadas que no fueron secundadas por el sargento, que permanecía muy serio.

-No tengo todo el día, zagal- insistió el impenetrable sargento-. O respondes de una vez o te largas por dónde has venido.

Pierre hizo un esfuerzo para recuperar el aliento mientras sacaba de su hatillo la carta que le proporcionó Matheus, la cual le tendió al estricto militar.

-No sé leer, imbécil- gruñó malhumorado. ¿Acaso te crees que estás en un monasterio?

-Perdón, señor sargento, no os he querido ofender- musitó Pierre, que sabía que si algo ablandaba a los militares era ver a un paisano humillado ante ellos-. Soy un *creyente* que viene huyendo de Tolosa, donde los inquisidores han sembrado el terror. Esta carta es de Matheus, un *perfecto* que me conoce y puede responder por mí. Fue él quien me dijo que aquí hallaría refugio- balbució empezando a sollozar para inspirar compasión-. Estoy desesperado, señor sargento. Llevo días vagando por los caminos, escondiéndome constantemente para no caer en manos de la gente del senescal de Carcassonne que solo buscan *buenos hombres* para enviarlos a la hoguera.

Los llantos del muchacho parecieron causar efecto en los hombres de armas,

menos suspicaces que su inflexible superior.

-¿Es cierto lo que dicen, zagal?- preguntó el que lo comparó con un pollo de llano-. Me refiero a que están desenterrando muertos en Tolosa. Lo he oído decir a algunos paisanos tuyos, pero se me hace difícil de creer.

-Sí, lo es- afirmó Pierre llorando con más ímpetu-. Aquello es un apocalipsis, señor. Los inquisidores solo quieren quemar gente aunque sea después de muertos. Ni mi pobre abuela se libró- mintió para dar más pena aún-, y solo tuve tiempo de desenterrar a mi abuelo para sepultar sus restos en otro lugar antes de que fray Seila y fray Arnaud, esos dos desalmados, también lo exhumaran para quemar sus huesos.

Los dos hombres de armas se miraron espantados.

-Valientes hijos de perra- murmuró el sargento, que por fin parecía conmoverse-. Pero, cartas aparte, ¿conoces a alguien que pueda responder de ti aquí en Montségur?

-Deja en paz al muchacho, Sicard- protestó uno de sus hombres, apiadado de aquel canijo desvalido-. ¿Quién crees que es, un preboste del conde de Tolosa?

-La orden del monseñor Raimon es no dejar pasar a nadie de quien no pueda responder alguno de los habitantes del *pog*- replicó el puntilloso sargento mirando de reojo a su subordinado.

-Sí, hay alguien que puede. La dama Aliénor, la mujer de Peyteví Borsier, nuestro *questor* y *receptator* de Tolosa. Yo estuve a su servicio.

El sargento hizo un gesto a uno de los guardias para que fuera en su busca. Al cabo de media hora apareció la mujer que, al ver a Pierre, estalló en sollozos y se abalanzó sobre él dándole un fuerte abrazo que disipó las dudas del sargento.

-Mi pobre Pierre- exclamaba la mujer palpándolo para asegurarse que no era un espectro-, cuánto me alegra verte, hijo mío. ¿Cómo tú por aquí? ¿Cómo están las cosas por Tolosa? ¿Sabes algo de mi marido y mi yerno?

El muchacho esperó a que se calmara antes de responderle. Cuando la mujer dejó de gimotear, Pierre le contó de forma sucinta todo lo ocurrido desde que se marcharon, así como las consecuencias que tuvo la rebelión de los cónsules.

-¿Y de mi pobre Peyteví, sabes algo?- preguntó no queriendo oír la respuesta, como cuando uno intuye que lo que le dirán será algo terrible.

-No, señora- respondió el muchacho con cara de pesadumbre a pesar de

haber sido el causante de todas las desgracias de la familia por haber denunciado a la pobre dama Clemencia cuando agonizaba-. Solo os puedo decir que, cuando me marché de Tolosa, seguía junto a vuestro yerno en el Muro. No obstante, consolaos, porque si lo hubieran declarado reo de herejía ya lo habrían enviado a la hoguera.

Aliénor estalló nuevamente en sollozos ante tan pavorosa perspectiva para, finalmente, agarrar de la mano al muchacho para conducirlo hasta su casa. Para acceder al poblado había que atravesar el patio del castillo, saliendo por la puerta norte hacia la primera terraza del *pog*. Pierre se quedó boquiabierto al ver la gran cantidad de casas y pallozas fabricadas con ripios y barro que ocupaban los tres niveles separados por sus respectivas empalizadas que eran invisibles desde la base de la montaña. Aquel poblado daba cobijo a unas cuatrocientas personas, lo que era todo un alarde de aprovechamiento del terreno debido al escaso espacio disponible. Luego se enteró de que la actividad artesanal permitía mantener a todos los habitantes del lugar gracias al comercio que tenían establecido con gentes de otras poblaciones cercanas que acudían hasta allí para adquirir los tejidos y las manufacturas en piel que tanta fama habían dado a los *buenos hombres*. Ello les permitía, además de obtener para su sustento, invertir en armas y bastimentos porque, según le informó la dama Aliénor, los tiempos de dejarse conducir como borregos al matadero habían tocado a su fin, y añadió que el obispo Guilhabert había acordado con los *faidits* recibir de ellos protección militar por si, llegado el caso, los cruzados decidían hacerles una visita.

-Además del señor de Perelha, sé que éste ha encargado la defensa del castillo y el poblado a su yerno, Pèire Rotger de Mirapeis- le explicó su antigua ama-. Y también contamos con el vizconde Trencavel, los señores de Termes y de Lanta y otros más que se han ido sumando.

Pierre casi dio saltos de alegría cuando vio que, en menos de una hora de estancia en Montségur, ya tenía información que darle a Matheus en cuanto apareciese por allí. Pero lo que sin duda le resultaría más difícil sería obtener datos fiables acerca del Grial. Aquella piedra satánica o lo que fuese se había convertido en una obsesión para él, dando por sentado que tendría poderes que favorecerían a su propietario. Daba por seguro que, si lograba apoderarse de ella, conseguiría medrar en la vida, dejando atrás para siempre su miserable existencia. Cuando se iba a dormir y cerraba los ojos esperando a que el sueño lo venciese, invariablemente se le venían a la cabeza mil fantasías

acerca de cómo sería su vida si se convertía en el dueño de aquel Grial caído de la corona del hijo de Dios.

Cuando el provincial de Carcassonne escuchó el relato de Arnaud hasta tuvieron que llamar al *minutoris* para que le practicase una sangría. A medida que el inquisidor daba cuenta de la rebelión que tuvo lugar, así como de la humillación sufrida a manos de la plebe, el rostro de su superior iba tomando un color violáceo que acabó por desatar las alarmas entre los presentes dando por sentado que se moría allí mismo de una alferecía producida por el berrinche. No obstante, tras varias decenas de padrenuestros y cinco onzas menos de sangre, el provincial se recuperó y, con gran energía, exhortó a Arnaud para que, sin perder tiempo, excomulgara a toda la población de Tolosa por el desafuero cometido.

-¡Que se enteren esos enemigos de Dios de que sus ministros son intocables!- rugía sin que el *minutoris* se decidiera a cerrar el corte que le había practicado en la cara interna del codo, por si acaso.

Arnaud no se hizo de rogar y, tras encargarse de que la noticia se propalara para asegurarse el máximo de audiencia, el domingo siguiente excomulgó a los cónsules y los cabecillas de la rebelión tras una misa mayor en la que la gente se agolpaba para presenciar el inusual evento. Arnaud, muy en su papel y acompañado por toda la comunidad de predicadores de la ciudad, recitó con voz pausada y solemne el rito de excomunión, que retumbaba en las bóvedas del templo como si un ángel exterminador hubiera bajado del cielo para darle a los tolosanos su merecido. Pero como las anatemas deben ser comunicadas para que surtan efecto, al día siguiente partió un correo amablemente cedido por Guillaume d'Ormes, el senescal regio de la ciudad, que no perdía ocasión de perjudicar a los infectados y sus simpatizantes.

Cuando Fauga leyó la carta al cabo de dos días no dudó en poner en práctica la orden de citar a los acusados para que dieran cuenta de sus abominables actos. Sin perder un instante, dio aviso al párroco para que hiciera lo propio y, según las normas, entregar dichas citaciones con el aviso de que debían comparecer antes de ocho días. El que peor se lo tomó fue el conde Raymond, que cada vez tenía más claro que aquella vorágine de odio acabaría por volverse contra todos.

-¿Qué será de este país, Guarín?- se lamentaba mostrando a su chambelán la nota enviada por Fauga para ponerlo al tanto de la excomunióón-. ¿Cuándo acabará esta pesadilla?

Guarín se encogió de hombros.

-Monseñor, por mi edad me temo que no veré el final de este inacabable conflicto, pero creo no equivocarme si os aseguro que mientras no se erradique la infección será imposible.

El conde levantó las cejas sorprendido por la respuesta de su chambelán, al que por haber perdido a varios parientes a manos de los inquisidores imaginaba que tendría cierta simpatía hacia los herejes.

-Sí, monseñor, no os extrañe lo que os digo- prosiguió el chambelán con un matiz de tristeza en la voz-. Si vuestro padre no se hubiera puesto de parte de los herejes no habríamos llegado a esta situación.

-Mi padre se puso de parte de sus vasallos, independientemente de que fuesen infectados o no- protestó el conde-. Era su obligación como señor feudal.

-No nos engañemos, monseñor- replicó negando con la cabeza-. Esa era la excusa que necesitaban los franceses para, con el apoyo de Roma, desencadenar el infierno sobre vuestras posesiones. Como os he dicho, yo no veré el final de esta historia, pero recordad esto: solo cuando el último infectado acabe en la hoguera llegará la paz a la Occitania.

El conde calló porque, en el fondo, sabía que su chambelán tenía razón, y la liberalidad de su progenitor fue en gran parte la causa de tantos males. A él solo le restaba intentar recuperar algo de lo mucho que los Saint-Gilles habían perdido mientras que pendía sobre su cabeza el peligro permanente de verse finalmente fagocitado por Francia.

En aquel momento se empezó a escuchar un tumulto en la calle. El conde y Guarín se asomaron a una ventana para quedarse petrificados al ver como la multitud, aullando como posesos, llevaban a empujones hacia la salida de la ciudad al prior y los más de cuarenta predicadores de Saint-Sernin. Acosados por los insultos más soeces y amenazándolos con acuchillarlos allí mismo, los aterrorizados frailes daban por hecho que la hora del martirio había llegado para ellos.

-Pe... pero... ¿qué es lo que está pasando, Guarín?- balbució Raymond con el semblante completamente desenchajado-. ¿Es que todos se han vuelto locos?

Pero Guarín no estaba para dar respuestas a nada. Abrumado por una

mezcla de miedo, ira e impotencia, se retiró de la ventana llorando desconsoladamente.

-¡Esto es el fin del mundo, monseñor!- clamaba una y otra vez mientras el conde intentaba calmarlo dándole cariñosas palmadas en la espalda-. ¡Dios ha abandonado a Tolosa!

No había pasado ni una hora desde que presenciaron la dantesca escena cuando un criado del obispado se presentó en casa de Raymond jadeando y blanco como un lienzo. El conde, que no esperaba más desgracias en aquel nefasto día, se atragantó con su propia saliva al ver aparecer al aterrorizado muchacho.

-¡Monseñor, han expulsado al obispo!- chilló arrojándose a los pies de Saint-Gilles.

-¿Qué estás diciendo?- preguntó pensando que solo faltaba que un rayo lo fulminase para culminar la jornada.

-¡Que la plebe se ha presentado en Saint-Étienne y han expulsado al señor obispo, monseñor! Han sido Morad y Gui acompañados de un numeroso grupo de gente, los mismos que han sacado de Saint-Sernin a los predicadores y los han echado a patadas de la ciudad.

-Pero, ¿por qué? ¿Qué les ha hecho el obispo?

-Les ha hecho llegar las citaciones del Santo Oficio, monseñor. Por eso le han obligado a irse, y no sé si la cosa habrá ido a más porque los hijos de Morand querían matarlo allí mismo.

Totalmente abrumado, Saint-Gilles se dejó caer en su poltrona, desbordado por los acontecimientos. En momentos así desearía tener el valor necesario para ordenar a los prebostes que reuniera a su mesnada y que pasaran a cuchillo a toda la población de Tolosa. Pero, para su desgracia, él no había heredado el carácter firme y resolutivo de sus ancestros y, tras el avenate inicial, siempre acababa sumido en sus interminables dudas que no le dejaban tomar una decisión definitiva aún sabiendo que su forma de ser no le había ayudado precisamente a reconducir la imparable caída de su otrora poderoso linaje.

-Gracias, puedes retirarte- musitó al criado con la mirada perdida.

Este, extrañado al ver la mínima reacción del conde, se inclinó y salió de la sala. Cuando la pesada puerta de roble se cerró tras él fue Saint-Gilles el que estalló en sollozos. Aquello lo superaba, y los más lúgubres pensamientos se apoderaron de su mente pensando en las funestas consecuencias que le

acarrearían sus levantiscos vasallos.

Capítulo 12

Al cabo de pocos días, Pierre se había integrado perfectamente en el poblado. La dama Aliénor le había buscado alojamiento en una palloza donde vivían tres *perfectos* que ni podían imaginar que estaban dando cobijo a una serpiente. En todo caso, cierto era que el *explorator* tenía una especial habilidad para el disimulo y para ganarse la simpatía de la gente. Como algo tenía que hacer para ganarse lo que se comía se dedicó a ayudar a talar árboles y desbrozar los alrededores del poblado. En las comunidades de albigenses era obligado trabajar y pagar la *talha*, una tasa destinada a aumentar el fondo común del poblado. Aunque no era especialmente vigoroso podía empuñar un hacha o eliminar el ramaje de los troncos con un afilado hocino.

No se le quitaba de la cabeza el fascinante relato sobre el Grial que en su día le contó Matheus, y constantemente se preguntaba donde lo tendrían guardado. El lugar más obvio sería en la torre, pero precisamente por eso dudaba que lo tuvieran en el primer sitio donde cualquiera lo buscaría, así que cada vez que tenía un rato libre se dedicaba a husmear como una comadreja por todo el poblado y sus alrededores por si había alguna cueva que se prestase a ello. Pero, a pesar de que la curiosidad lo devoraba, se guardaba de hacer preguntas que pudieran delatarle, por lo que se conformaba con soñar con que daba con el escondrijo y se largaba bien lejos a sacarle beneficio a sus supuestos poderes. Sin embargo, no se resignaba a dejar de indagar, y nunca bajaba la guardia a la espera de que en algún momento alguien pudiera ponerlo sobre la pista.

Pero sus ensoñaciones sobre aquel mágico objeto no le distraían de su principal misión. De forma muy discreta llevaba una minuciosa relación de los *perfectos* que partían hacia tal o cual ciudad para predicar o, más importante aún, a administrar el *consolamentum* o el *apparellamentum*, tomando muy buena nota de quienes serían los receptores de los heréticos sacramentos. Por las noches, aprovechando los veladas junto a los fuegos, que era cuando la gente solía soltar más la lengua, recababa información sobre los parientes de los habitantes del poblado que aún vivían en las poblaciones de la Occitania fueran o no seguidores de la secta. Al día siguiente, aprovechando que todo el mundo estaba en sus quehaceres, se despistaba en algún lugar discreto para

plasmar por escrito todo lo que había escuchado. Al fin y al cabo, si de algo le había servido su truncado aprendizaje como cantero fue el poder aprender rudimentos de escritura y números, imprescindibles para aquel oficio y bastante útiles para almacenar información valiosa sin depender de la memoria.

Lo que sin embargo le llamó más la atención fue que, contrariamente a lo que daba por hecho, la población de Montségur no estaba formada enteramente por infectados. Pudo comprobar que, en realidad, menos de la mitad de sus habitantes eran *perfectos* o *creyentes*, y que la gran parte de los hombres de armas que guarnecían el lugar estaban allí simplemente por fidelidad a sus señores. A este grupo de militares había que añadir las familias de muchos de ellos que habían preferido trasladarse al *pog* para no quedarse desamparados a merced de cualquiera de los bandos enfrentados. Aunque la ominosa época en que hombres como Simón de Montfort y Arnaud Amalric sembraban el terror por toda la región ya era solo un triste recuerdo, no por ello se había conjurado el peligro que suponían las constantes reyertas entre los *faidits* y los nobles franceses que solo buscaban apoderarse de la Occitania.

Eran precisamente los hombres de armas y sus familias los más accesibles a la hora de obtener información. Sin mostrarse reservados en lo tocante a cuestiones de tipo religioso, solían contar con pelos y señales las vidas y milagros de todos los *perfectos* y *creyentes* del *pog*, así como las de sus vecinos herejes que aún vivían en sus poblaciones de origen. Pero la fuente de información perfecta para Pierre eran los pocos críos que habitaban en el poblado y que, gracias a su aparente benevolencia, picaban con sus zalemas y los regalos que les hacía en forma de nueces, almendras y moras que recolectaba para aflojar sus inocentes lenguas y sonsacar detalles sobre sus padres y demás parentela.

Cuando aparecieron por allí Matheus y su *socius*, Pierre tenía un legajo ya preparado con grandes cantidades de información que satisfaría enormemente a los inquisidores y que, naturalmente, supondría un notable incremento en su nada desdeñable capital amasado a base de delaciones. Para poder hablar tranquilamente se fueron simulando dar un paseo hasta la Roca de la Torre, la fortificación que guardaba el sendero que llevaba hasta la cumbre por la ladera oriental del *pog*.

-¿Y cómo van las cosas por la ciudad?- preguntó Pierre mirando inquieto en todas direcciones por si alguien los hubiera seguido.

-Ni lo imaginas, zagal- respondió con sorna Matheus-. Aquello es un verdadero caos.

El recién llegado le hizo un resumen de los acontecimientos habidos desde su marcha de Tolosa, incluyendo la expulsión de los predicadores y el obispo Fauga que, según pudo enterarse, se marchó a Roma junto al prior de Saint-Sernin a protestar ante el papa por las ofensas recibidas y para que presionara al conde Raymond.

-Entonces, ¿quién llevará a cabo los arrestos?- se alarmó Pierre pensando que se le había terminado el chollo-. ¿Quién pagará las gratificaciones?

-Pues de momento, nadie- respondió Gros-, aunque supongo que el conde no tardará mucho en permitir el regreso de los inquisidores si no quiere que caiga sobre él otra excomunión. ¿Y por estos lares, cómo va todo?

Pierre se encogió de hombros.

-Pues como lo ves. Aquí no pasa nada extraordinario salvo que alguna de las mujeres de los hombres de armas se ponga de parto o alguien se muera de fiebres o por haberse despeñado desde lo alto de este risco del demonio. Me da la impresión de que están todos en la inopia, y que dan por sentado que nadie vendrá nunca en son de guerra.

-Tarde o temprano, la guerra llegará hasta este lugar perdido en mitad de la nada- sentenció Matheus-. Cuando los predicadores hayan quemado o enviado al Muro a todos los infectados, en no mucho tiempo vendrán aquí a rematar la faena.

-No creo que el conde... - objetó Gros.

-No será el conde. Ese no se atreve a tanto, y más sabiendo que muchos habitantes de Tolosa tienen parientes aquí o que han huido aún más lejos para ponerse a salvo. El que haga la limpieza definitiva será el rey de Francia, seguro. Bastará con que el papa se lo pida.

Los tres hombres se quedaron callados, meditando como sería un hipotético ataque contra aquel nido de águilas. Haría falta mucho tesón para reducir a una guarnición que defendía una fortaleza emplazada en semejante sitio, pero cosas más raras se habían visto a lo largo de aquella inacabable guerra.

-¿Qué haréis cuando esto termine- preguntó Pierre-. Porque supongo que alguna vez llegará la paz, digo yo...

-¡Marcharme bien lejos!- exclamó Gros muy decidido-. A Castilla o a Portugal, donde los reyes regalan tierras a los que repueblan las tierras que arrebatan a los sarracenos. Así me veré libre para siempre, me buscaré una

buena mujer que me cuide y me dé hijos, y podré olvidarme de esta mierda de país donde solo he conocido la guerra y la destrucción desde que nació.

-¿Y tú, qué harás?- preguntó a Matheus.

-Ni idea- respondió suspirando-. Primero tendré que ver si este infierno tiene en verdad un final y, si salgo vivo del mismo, tiempo habrá de plantearme lo que sea. En todo caso, mi oficio de tejedor siempre me facilitaría ganarme la vida en cualquier parte. Podría largarme al condado de Flandes, donde tienen ciudades en las que florece la industria textil y están lejos de cualquier guerra asquerosa. ¿Y tú qué?- preguntó a Pierre, que asentía en silencio a todo lo que decía su compinche.

-Tampoco lo sé. La verdad es que llevo tantos años soportando hambre y miseria que ni siquiera me he planteado cómo sería mi vida más allá de estas tierras, pero todo se andará.

-Ya sabes, busca el tesoro- se chanceó Gros-. Busca el Grial, así serás un hombre poderoso.

-Todo se andará- repitió Pierre con una sonrisa enigmática.

La carta que Saint-Gilles recibió del papa Gregorio le desencajó su pálido rostro. Sintiendo como si el corazón le latiese dentro de la cabeza, echó de su gabinete a todo el mundo e hizo llamar a su chambelán, que cuando leyó la ostentosa misiva tampoco se le quedó muy buen color de cara.

-¡Ese hijo de mil padres me amenaza con excomulgarme de nuevo!- bramó el conde mientras daba vueltas a grandes zancadas por la sala-. ¡Quieren verme otra vez humillándome en París!

-Se ve que monseñor Fauga no ha perdido el tiempo en Roma- comentó Guarín leyendo la carta por segunda vez-. Aquí se enumeran todas y cada una de las ofensas y agravios recibidos por él, por el prior de Saint-Sernin y por los inquisidores. Y lo peor es que os exige que se permita el retorno de todos ellos so pena de caer en el entredicho, así que no tenéis muchas opciones, monseñor.

-Claro que no- murmuró Saint-Gilles rojo de ira-. Si me niego, la regente se me lanzará al cuello con el beneplácito del papa.

Durante un rato se quedó callado, intentando digerir el panorama tan desolador que se le presentaba por enésima vez en su atribulada existencia. Si

no permitía el regreso del obispo y los inquisidores sería excomulgado y, posiblemente, invadido por los franceses, y si se sometía al papa habría más conflictos con los cónsules y un vecindario cercano a las veinte mil almas que, a las bravas, precisaría de un ejército de categoría para poder someterlas.

-¿Qué demonios hago, Guarín?- clamó lleno de impotencia al ver que no acababa de decidirse por ninguna de las dos opciones que tenía.

El chambelán se puso muy serio antes de responder.

-Ha llegado la hora de dejar de lado vuestra ambigüedad, monseñor. Durante años habéis jugado a ambos lados del tablero, pero eso se ha acabado. Si no queréis ver vuestros dominios reducidos al espacio que ocupa vuestra cama, acabad con esto. Cercenad los privilegios de los cónsules si no se avienen a ceder, que a estas alturas se creen con todos los derechos y ningún deber, y permitid que los inquisidores prosigan con su labor. Nadie, repito, nadie va a tolerar infectados en la Occitania, monseñor, y pensad que si vos no limpiáis vuestros dominios lo hará el Capeto. Debéis ser ante todo pragmático, y tener muy claro que si la infección se extiende allende las fronteras de la Occitania, una guerra inmisericorde se adueñará de toda Francia, Italia y Aragón para, posiblemente, avanzar como una plaga hasta que semejante apocalipsis acabe destruyendo nuestro mundo.

El conde se derrumbó en la poltrona sin decir una palabra, lo que significaba que estaba totalmente de acuerdo con lo dicho por el chambelán.

-Y os aviso, monseñor- remachó Guarín por si le quedaba alguna duda-, si los tolosanos han echado a patadas al obispo y a unos inquisidores que son más temidos que la peste, puede que algún día hagan lo mismo con vos con la ayuda del emperador.

-Cierto es- reconoció asintiendo con la mirada perdida en la nada. Durante un largo rato guardó el mutismo más absoluto, aunque en su interior tenía lugar un angustioso choque de pasiones opuestas ante el terrible dilema que tenía ante sí y del que, eligiera lo que eligiera, siempre daría lugar a consecuencias más o menos perjudiciales. Finalmente, se dio cuenta de que no se trataba de elegir la mejor, que no la había, sino la menos mala.

-¡Bueno, Guarín, hasta aquí hemos llegado!- exclamó saliendo de sus meditaciones-. Diles a Mancip de Galhac y a Lavant que vengan inmediatamente.

El chambelán, que intuyó en seguida cual había sido la decisión del conde, sonrió levemente y salió en busca de los prebostes. Mientras daban con ellos,

Saint-Gilles siguió dándole vueltas a la cabeza hasta que le pareció que le iba a estallar. Cada vez estaba más convencido de que todo lo dicho por el chambelán era la pura verdad, y su política de querer estar a buenas con todos no solo se había mostrado ineficaz, sino que le había mostrado como un gobernante débil y le había costado mil penurias de las que no sabía si alguna vez se podría recuperar.

Al cabo de más de una hora, un criado anunció que los prebostes esperaban en la antesala. Con un gesto, el conde le autorizó a hacerlos pasar. Tanto Galhac como Lavant eran los típicos militares producto de la baja nobleza de la zona: rudos, curtidos y hartos de malvivir de las exiguas rentas de sus diminutos feudos y a cambio de un estipendio que solo aumentaba con el botín depredado cuando había alguna guerra decente. Y para mengua de sus peculios, los conflictos que desde hacía décadas soportaban en la Occitania solo les habían producido males y quebrantos sin cuento, además de ver sus mínimas haciendas convertidas en eriales tras el paso por ellas de las tropas de Montfort, al que todos los días recordaban en sus oraciones deseándole que se achicharrara en el infierno por los siglos de los siglos a pesar de ser tanto o más católicos que el líder de la cruzada. Ambos hombres entraron en la sala pisando fuerte tras dar un empujón al criado que les indicó que podían pasar, deteniéndose a cuatro pasos de distancia de la poltrona en la que Saint-Gilles seguía rumiando sus miserias. Tras hacerle la reverencia de rigor, se quedaron esperando en silencio.

-Seré breve- dijo Saint-Gilles-. Supongo que no hace falta ponerlos al tanto de cómo está la situación en Tolosa, así como de los crecidos que andan los cónsules y los burgueses que, con su actitud, solo dan alas a los infectados. Así pues, y como tengo la necesidad imperiosa de que tanto los inquisidores como el obispo y la comunidad de predicadores vuelvan cuanto antes, preciso es que vayamos cortando esas alas que permiten volar tan alto a esa bandada de grajos. Por lo tanto, se acabaron las contemplaciones, de modo que desde ya os ordeno que se organicen grupos de merodeadores que vigilen los caminos, especialmente la ruta hacia la Sinagoga de Satán. En cuanto a las ciudades, delegad en un sargento que sea de fiar para que proceda al arresto inmediato de cualquier sospechoso de herejía. ¿Alguna duda?

-¿Qué hacemos con los detenidos mientras llegan los inquisidores, monseñor?- preguntó Galhac, cuya animadversión hacia los infectados era proverbial.

-Los metéis en el Muro hasta que regresen.

-El Muro está hasta los topes, monseñor- informó Lavant-. Allí no cabe ni un alma más salvo que los presemos como arenques en salazón.

-¡Pues donde sea, demonios!- exclamó dando un puñetazo en la mesa, irritado porque, para una vez que tomaba semejante decisión, enseguida le podían pegar-. Id a Saint-Étienne, seguro que en las criptas hay sitio de sobra. Y si no, en los calabozos del cabildo, pero esta vez no quiero ni manga ancha ni favoritismos. ¿Queda claro, señores?

Al día siguiente, el patio de cuadras del palacio de Saint-Gilles era un hervidero de actividad desde antes del amanecer. Tras avisar a los sargentos y hombres de armas totalmente libres de sospecha acerca de su fe y comprobar que ninguno de sus parientes tenía relación con los infectados, Galhac formó dos grupos, cada uno al mando de un preboste. Cuando salieron camino de las murallas, los burgueses, que ya hacía rato que habían empezado sus labores cotidianas, se quedaron mirando el desfile entre perplejos y preocupados por aquel despliegue militar. Más de sesenta hombres armados de punta en blanco se dirigían con paso marcial hacia la puerta de la cerca urbana. El fiero Morand, amoscado ante el inusual alarde, se plantó en mitad de la calle en cuanto los vio llegar.

-¿Adónde vais vosotros?- exclamó adoptando una actitud más arrogante de lo recomendable.

Galhac, que no le perdonaba el brete en que había puesto a su señor ni sus simpatías por los infectados, retuvo un instante su corcel.

-A arreglar lo que tú y tu jauría de bastardos habéis estropeado- respondió en clara referencia a los hijos del excónsul que habían amenazado de muerte al obispo Fauga antes de verse obligado a salir de naja de la ciudad.

-¿Cómo te atreves a...?- rugió el fogoso anciano intentando detener al corcel agarrándolo por las riendas.

-¡Aparta de mi camino, viejo!- rugió Galhac sacando un pie del estribo y dándole una patada en el pecho que lo tiró de espaldas. Los hijos de Morand hicieron el gesto de empuñar sus puñales, pero se detuvieron en seco al ver como los hombres de armas ya habían metido mano a sus espadas y solo esperaban la orden del preboste para despedazarlos allí mismo-. ¡Sujeta a tus perros o esta tarde estarán adornando la horca de la Puerta de Villeneuve!

Diciendo eso, picó espuelas y levantó de manos a su corcel, obligando a Morand y su fogosa prole a retroceder para no ser aplastados. El viejo,

humillado, estaba a punto de sufrir una apoplejía, pero optó por tragarse el orgullo porque intuía que si el preboste le había dado semejante respuesta era porque algo había cambiado en Tolosa, y no para bien de él y los suyos precisamente.

La respuesta a sus cuitas la tuvo al cabo de dos semanas, cuando Galhac volvió a Tolosa con Jean Cambiaire, el Hijo Menor de Guilhabert de Castres, y tres *perfectos* engrilletados y con aspecto de haber sido vapuleados a conciencia durante el camino de vuelta. Un chiquillo que recogía leña en las afueras de la ciudad vio la comitiva y salió a toda prisa a dar aviso al vecindario que, cuando el preboste entró por la Puerta de Villaneuve, ya habían formado dos hileras a ambos lados de la calle para contemplar muy callados la patética cabalgata. Morand, en vista de que sus negros presagios se habían hecho realidad, optó por bajar la cabeza cuando Galhac pasó junto a él esperando que el más mínimo indicio de desafío por parte del anciano le permitiera darle su merecido allí mismo. El desfile transcurrió en el mayor silencio, roto solo por el sonido de los cascos de los caballos y las cadenas arrastradas por el empedrado. Cuando llegaron a Saint-Étienne fueron encerrados en una cripta en espera del retorno de los inquisidores para incoar el proceso correspondiente. Pero éste no se llegó a celebrar porque el conde, deseando dar un escarmiento y hacer una demostración de su autoridad, ordenó a Galhac que los quemara vivos sin demora.

-Son infectados que no han negado su pertenencia a la secta, y mucho menos han abjurado. ¿Es así?- preguntó al preboste cuando éste fue a informarle de las detenciones.

-Sí, monseñor. Y no solo no han abjurado, sino que dicen que les importa un ardite largarse de este mundo porque así irán al cielo rápidamente- respondió Galhac con sorna.

-Pues no les privemos de tan anhelado destino. Mañana, a mediodía, que sean entregados a las llamas- ordenó-. Que los pregoneros lo anuncien en todas las plazas y encrucijadas, que cuanto más público haya mejor.

Y así fue. Al día siguiente, los cuatro reos fueron conducidos a la pira con sus rostros iluminados con amplias sonrisas por saber que sus almas se verían por fin libres para siempre de las odiosas envolturas carnales. Lógicamente, el tránsito a la vida eterna se les hizo muy desagradable, y a los asistentes al dantesco suplicio no les convenció eso de acabar achicharrado por mucha vida ultraterrena maravillosa que les prometieran porque, ¿y si los infectados

estaban en un error y ser quemados vivos era solo la antesala de la eterna cremación infernal?

Sea como fuere, si a alguien le quedaba algún atisbo de duda al respecto, estas se diluyeron a los pocos días cuando Lavant se presentó en Tolosa con más de una docena de *creyentes* a los que pudo echar el guante cuando iban camino de Montségur y que, según la nueva política seguida por Saint-Gilles, fueron quemados sin más demora al día siguiente. Y como remate para acabar de aplastar cualquier posible conato de rebeldía, unas semanas más tarde y con el beneplácito del conde, los tolosanos vieron completamente perplejos como el prior de los predicadores, seguido por los inquisidores y toda la comunidad, hacían su entrada triunfal en la ciudad entonando un *Te Deum* mientras que, con paso cadencioso para restregar al vecindario su triunfo, procesionaban hasta Saint-Sernin. Y si todavía quedaba alguien que cuestionase el renovado poder del Santo Oficio, sus dudas quedaron solventadas cuando, a los pocos días de llegar, Arnaud y Seila, seguidos por un entregado Saint-Thibery, retomaron los procesos póstumos dejados a medias, así como las exhumaciones de los acusados de herejía en vida y condenados después de muertos.

De ese modo, y a pesar de la obstinada resistencia de los habitantes de Tolosa, los atribulados vecinos volvieron a tener que presenciar los siniestros desenterramientos con la posterior incineración de las osamentas obtenidas en las tétricas depredaciones llevadas a cabo por los tenaces inquisidores, y todo ello rematado con la habitual cantinela pregonada por los predicadores.

-¡Quién así haga, así morirá!- aullaba Arnaud como un poseso señalando la pira donde ardían los huesos resechos.

Y mientras los burgueses contemplaban la escena, Saint-Thibery miraba para otro lado porque, a pesar de haber condescendido al celo desmedido de sus colegas, aquella especie de ordalía mortuoria le seguía produciendo nauseas y no se acostumbraba a ellas por mucho que las tuviese que presenciar.

Esa fue la tónica general durante más de un lustro. Ni las airadas protestas de la nobleza occitana, las reconvenciones de los obispos o las moderadas amonestaciones pontificias para que los inquisidores se mostraran menos inflexibles fueron suficientes para limitar ni un ápice su poder.

SEGUNDA PARTE

*La Tierra es el Infierno,
y los hombres sus demonios.*

Dicho cántaro

Capítulo 13

Montségur, invierno de 1240

Las *perfectas* que cuidaban al anciano Guilhabert desde hacía semanas se dieron cuenta de que tenía los días contados. El mal de piedra que desde hacía años le hacía pasar verdaderos suplicios había logrado minar su robusta naturaleza. A ello ayudó la ajetreada vida que, desde hacía más de cuarenta años, se había visto obligado a llevar, siempre de un lado a otro, siempre perseguido, siempre escapando por los pelos de la enésima redada organizada por los prebostes de Saint-Gilles o el senescal de Carcassonne. Lo habían acomodado en una casa adosada al castillo donde, al menos, estaba más resguardado que en las pallozas que formaban el pequeño poblado que se asentaba en la empinada ladera septentrional del *pog*. Entre Corba de Perelha, Azalaïs de Massabrac, que finalmente había optado por dejar el terruño y marcharse con sus hijos a la fortaleza, y Philippa, hija de Corba y mujer de Pèire Rotger de Mirapeis, se turnaban a la cabecera del obispo para que nada le faltara.

La pequeña casa no era precisamente un lugar acogedor. Construida con mampuesto extraído de la misma roca del *pog* en que se asentaba, las lluvias torrenciales que cada otoño y cada primavera contribuían a mantener la frondosidad de la inmensa masa boscosa de la comarca la habían despojado casi por completo del enlucido de mortero que aislaba el edificio de las inclemencias del tiempo, por lo que la llegada de la época de lluvias suponía ver el interior lleno de filtraciones y goteras. A la desagradable sensación pegajosa de la humedad había que añadir un frío glacial a partir del mes de octubre, cuando a en aquellas latitudes la lluvia empezaba a convertirse en aguanieve; eso obligaba a mantener durante todo el día y toda la noche un brasero encendido cuyos humos inundaban la estancia ya que la casa carecía de tiro, y la ventilación dependía de solo de angostas ventanas en la fachada del edificio. A fin de intentar paliar en lo posible la humedad reinante, Azalaïs pidió a los tejedores del poblado que confeccionaran varios reposteros de vivos colores que, además, contribuían a darle a la estancia un ambiente menos tétrico. La realidad era que, sin darse cuenta, eran ella, Corba y su hija las que necesitaban darle al entorno un poco más de alegría, hastiadas como estaban de tantos años de penuria y miseria.

Una de las cosas que habían contribuido a empeorar su estado había sido la ejecución de su Hijo Menor, Jean Cambiaire, que en teoría pasaría a ser Hijo Mayor de su sucesor, Bertrand Martí. No obstante, la lista de amigos y allegados que habían acabado en la hoguera o emparedados en el Muro de por vida era tan larga que, a aquellas alturas, era incapaz de repartir un mínimo de conmiseración por cada uno de ellos porque se le había agotado la pena. Con todo, el infatigable anciano aún conservaba las fuerzas suficientes para dedicar varias horas en mantener al día la correspondencia con los heresiarcas de Albi, Agen y Carcassonne con la ayuda de Martí y el obispo de Rasés, Raimon Agulher.

Pero lo que más anhelaba Guilhabert era llegar a ver como la Occitania se liberaba para siempre de la latente amenaza de los franceses, motivo por el cual había instigado secretamente durante años a los *faidits* a fin de que iniciaran una rebelión que les permitiera recuperar sus antiguos dominios. Sabía que solo así la secta a la que había dedicado su vida y por la que tantos *perfectos* y *creyentes* habían acabado en la hoguera tendría una oportunidad de subsistir. Pero a pesar de que Trencavel y los más destacados nobles estaban dispuestos a todo, Saint-Gilles, la pieza clave para el éxito de la empresa no se acababa de decidir, como era habitual. A pesar de que era el que más perjudicado había salido por aquella inacabable guerra, sus reparos a la hora de hacer frente al rey de Francia o al papa, así como su constante chalaneo con los inquisidores y los *buenos hombres* según le conviniera, lo hacían un aliado tan imprevisible como cuestionable. Pero, al cabo, intentar algo sin el que aún seguía siendo el más poderoso noble occitano era muy arriesgado.

Ghilhabert no paraba de enviar cartas a Trencavel porque, ante todo, antes de morir quería tener la tranquilidad de saber que su rebaño no sería esquilado sin piedad por la Inquisición. Finalmente, el belicoso vizconde acudió a la llamada del obispo tras haber sido requerido por este más de media docena de veces. Su llegada fue balsámica para el desvencijado heresiarca. No había vuelto a verlo desde la entrevista que mantuvieron hacía ya seis años en la cueva de Lombrives, y se le notaba bastante el paso del tiempo. A pesar de contar solo con treinta y tres años, su barba se había vuelto casi blanca, y si hacía pocos años su rostro ya estaba marcado por algunas arrugas, a aquellas alturas era ya similar a un campo recién arado con el aditamento de varios costurones curados de mala manera con cauterio y emplastos de hierbas.

Cuando entró en la cámara de la torre, Trencavel hizo el *melhorament* a un regocijado Guilhabert mientras la dama Corba salía de forma discreta para dejarlos solos.

-Estáis viejo, Raimon- le dijo con cierta sorna-. Y no me repliquéis que yo estoy en las últimas porque ya lo sé.

-Ciertamente, obispo, parecéis un muerto en vida- añadió su visitante con una sonrisa amarga-. Todos parecemos eso, muertos en vida.

-¿Qué os pasa, amigo mío? ¿A qué ese sarcasmo?

-Pasa que estoy harto. Harto de ser un perseguido en mis propias tierras, y más harto aún de que mi querido y acobardado primo no se decida a actuar a pesar de que le he repetido cien veces que está todo dispuesto: hombres, armas, bastimentos, vituallas, caballos... todo lo necesario para poner patas arriba la Occitania y mandar al Tártaro al Capeto y al papa.

-Ya... O sea, que el buen conde Raymond sigue igual que hace más de diez años.

-El buen conde al que en mala hora echaron al mundo nos tiene en vilo desde hace mucho tiempo, obispo- refunfuñó Trencavel, al que la madurez no le había mejorado precisamente su irascible carácter-. Los días pares se pone de parte de los inquisidores, y los nones de parte nuestra. Y mientras tanto el tiempo corre, y el Capeto cada día es más fuerte, y los nuestros caen como moscas, acosados como fieras hasta la extenuación por esos hijos de puta de los inquisidores que así ardan bien empapados de brea.

Guilhabert movió la cabeza, como excusando las salidas de tono del exasperado noble. Pero no le dijo nada porque, aunque su forma de expresarse no cuadraba mucho con su fe, no decía más que la verdad. Saint-Gilles no se mojaba, seguía tan ambiguo como siempre, y parecía perder el sueño ante la perspectiva de ser nuevamente derrotado.

-Mi parte la he cumplido, Raimon- declaró el obispo incorporándose trabajosamente en su catre-. La armería del castillo está hasta los topes de armas y pertrechos que han sido pagados con la *talha* y las colectas llevadas a cabo por nuestros hermanos durante años para ayudar a la liberación de estas martirizadas tierras. Pero esas armas deben ser empuñadas por vos y los que como vos han sido criados y entrenados para la guerra. Disponemos de cientos de ballestas, espadas y mazas. Hay almacenados miles de virotes, así como astiles y cuadrillos para reponerlos. ¿Qué hacemos con eso, Raimon? ¿Se lo vendemos todo al Capeto para que nos masacre con nuestras propias armas?

Trencavel rechinaba los dientes de ansiedad. Él, que por naturaleza era un hombre desmedido y al que la inactividad lo corroía, no soportaba la indolencia de su primo, y menos aún su falta de coraje disfrazada de prudencia.

-¡Nada de eso, obispo!- exclamó furioso-. Si el mierda de Saint-Gilles prefiere seguir en su palacio de Tolosa con la verga encogida de miedo, allá él. Yo no espero más, y los *faidits* que están conmigo solo esperan la orden para ponerse en movimiento. Aparte de sus caballeros y hombres de armas han reclutado cientos de ribaldos y mercenarios procedentes de Aragón, gente de guerra que cada uno de ellos vale más que diez peones del Capeto. Enviad un último requerimiento a mi primo, y si no responde con la decisión o la premura adecuada que se vaya al infierno. Peor para él. Luego, que no venga lloriqueando para pedir su parte.

-Pero, ¿tenéis ya un plan trazado?

-Obispo- respondió Trancavel con ironía-, ¿que si tengo un plan, decís? ¡El plan lleva preparado hace años, por Cristo! Desde que nos vimos en Lombrives estoy viajando de un lado a otro convenciendo a los *faidits*, buscando apoyos, jugándome el pellejo cada vez que cruzo los Pirineos desde Aragón para poner a todo el mundo de acuerdo. Y mientras tanto, el imbécil de mi primo lamiendo las botas al Capeto, a los predicadores y a todo aquel que él crea que le puede perjudicar.

-Entonces, no perdamos más tiempo- afirmó Guilhabert, que veía que le llegaba la hora y dejaba su principal misión por terminar-. Tal como me indicas, escribiré una última carta a Saint-Gilles rogándole o, mejor dicho, exigiéndole que tome una decisión. Pero no esperemos nada de él, así que id preparándolo todo. Si al final decide unirse, será bienvenido, pero no podemos demorar más tiempo este asunto.

-Que así sea- sentenció Trancavel-. Pero una cosa os advierto, y es que bajo ningún concepto se debe saber nada de lo que hemos hablado aquí. Si hubiese algún espía en la fortaleza, cosa que no me extrañaría en absoluto porque los inquisidores tienen ojos hasta en las letrinas del palacio de mi primo, podría arruinarse toda la operación. Escribid la carta, pero que nadie sepa su contenido, y que la entregue la persona que os sea de más confianza. Al resto, ni una palabra.

-¿Y las armas? ¿Qué hacemos con ellas?

-Eso es lo de menos. En breve enviaré gente para llevarlas hasta Aragón.

-Pero, ¿y si ese supuesto espía sospecha al ver tanto movimiento? ¿Qué hacemos entonces?

-¡Demonios, pues lo empujáis al abismo y un hideputa menos!- bramó el vizconde-. No puedo estar en todo, obispo. Haced que los hombres de armas de la guarnición vigilen sin descanso, y que si alguien pregunta o despierta sospechas le aprieten hasta sacarle la verdad. Además, aquí contáis con la ayuda de Perelha y Mirapeis, y con ese no valen las bromas porque es capaz de degollar a su madre si se tercia.

Guilhabert chasqueó la lengua y meneó la cabeza con gesto de desaprobación. Nunca había conseguido habituarse a los rudos modales de los militares, y menos a la impetuosa desvergüenza de Trencavel.

-¡Dejaos de regañinas, obispo!- protestó levantado una mano temblorosa a causa de la cólera que lo dominaba-. Lo que está en juego es mucho más importante. Y a todo esto, ¿dónde están Perelha y Mirapeis?

-Merodeando, hijo mío, merodeando- suspiró el obispo-. Llevan varios días por ahí, a la caza de la gente que envían los prebostes de vuestro primo y el senescal de Carcassonne. Es verdaderamente terrible que entre cristianos tengamos que estar acosándonos como fieras. Y no creáis que no siento a veces reparos por instigarles a ello, pero está en juego nuestra supervivencia. No obstante, como os digo, siento reparos porque ambos son extremadamente crueles, especialmente Mirapeis. Ese hombre incluso me inspira miedo, y sé que no es capaz de permitir que su alma pueda alcanzar un poco de sosiego, Raimon. Es desmedido, implacable, y dudo mucho que algún día pueda tener algo de paz.

-Ninguno tenemos paz, obispo. Nos la quitaron los franceses, el papa Inocencio y sus sucesores. Pero eso ya no importa, así que no vamos a preocuparnos por ello. Tiempo habrá si Dios quiere de alcanzar esa paz que se nos antoja imposible, y si no, pues al menos habremos vendido caros nuestros pellejos. Y basta de monsergas- zanjó de repente, como era habitual en él-. Me marchó ya. No olvidéis todo lo que hemos hablado, y ya sabéis que en breve vendrán a recoger los bastimentos. Si Mirapeis o Perelha vuelven a tiempo, rogadles que permanezcan aquí hasta que se los lleven. Solo ellos me merecen garantía de que todo se llevará a cabo sin problemas.

-Id con Dios, Raimon- se despidió Guilhabert-. Y si no nos volvemos a ver, cosa que no me extrañaría, que sepáis que rogaré a Dios por vos y todos los que se la juegan a un solo envite por nuestra causa.

Sin decir una palabra más, Trencavel recibió la bendición del anciano, le estampó los tres besos de rigor y salió por la angosta puerta, donde aguardaban Bertrand Martí y Raimon Agulher.

-Vigilad al obispo- les dijo Trencavel sin apenas detenerse-. No quiero que alguien se aproveche y le sonsaque algo mientras dormita o empieza a delirar a causa de esa porquería con mandrágora que le dan para aliviarle los dolores.

-Perded cuidado, monseñor- replicó Martí-. Siempre está acompañado por alguien de total confianza. Marchad tranquilo.

-No sé lo que es la tranquilidad desde que salí del útero de mi madre- gruñó haciendo gala del negro humor con el que, en realidad, ocultaba una infinita amargura.

Con su habitual ímpetu se aupó en su palafrén y, seguido por su pequeña pero selecta escolta, inició el farragoso descenso desde la cumbre del *pog*. A medida que descendía tuvo la sensación de que no volvería jamás a Montségur.

Saint-Gilles se debatía en un océano de dudas, si bien se podría decir que ese era su estado natural. La carta que había recibido de Guilhabert de Castres le apremiaba a tomar una decisión de una vez por todas, y le exhortaba a que cumpliera lo que tantas veces habían hablado. Trencavel estaba dispuesto, Olivier de Termes se había comprometido a ocupar el que fuera su antiguo señorío, en aquel momento en manos del Capeto, y los demás *faidits* tenían sus objetivos igualmente señalados. Una vez recuperadas las plazas que les permitirían mantener la retaguardia cubierta, todas las mesnadas se unirían para apoderarse de Carcassonne, sin la cual sería imposible asegurar la expulsión del francés de la Occitania. Pero, según rezaba la misiva, para eso era imprescindible que el condado de Tolosa se uniera a la revuelta con sus tropas. Finalmente añadía que los dineros y las armas por las que tanto clamaba y que le habían servido durante años de excusa para no implicarse estaban preparados. Los herejes habían ido atesorando miles de sueldos para disponer de todo lo necesario, así que ya solo restaba unirse a sus compañeros *faidits* y luchar con denuedo por lo que le pertenecía.

Y por si la carta del heresiarca no era suficiente para hundirlo un poco más en su profundo piélago de dudas y cuitas desesperadas, también le llegó aviso

de que Pèire Rotger de Mirapeis quería tener una entrevista con él, pero bien lejos de Tolosa por razones obvias. No se pudo negar a acudir a pesar de que Mirapeis, como le pasaba a todos los que lo trataban, le inspiraba una extraña sensación de temor. Era un hombre fiero hijo de otro casi tan fiero como él que había heredado la indómita sangre del primer Rotger de su linaje que, hacía más de doscientos años, ya era el señor de la milenaria ciudad del Ariège fundada por los fenicios. Para ser francos, todo el mundo temía a Mirapeis. El motivo no era otro que su bien ganada fama por la ferocidad que desplegaba en sus depredaciones, así como a la hora de ejercer las más implacables represalias contra sus enemigos y, por ello, su suegro le había confiado plenamente el mando de la guarnición de Montségur a pesar de que, en realidad, jamás había renunciado a su fe católica.

No era una experiencia agradable entrevistarse con el *faidit* aquel que, aparte de mostrar una presencia física abrumadora, solía tener una irritante tendencia a la cólera y unos modales dignos de un arriero. No obstante, su desmedido carácter no lo convertían en un hombre imprudente, y citó a Saint-Gilles junto a un prado donde su gente, apostada desde la noche anterior, podía controlar que no hubiera ballesteros ocultos que intentasen atentar contra él. Porque sabía que los hombres faltos de resolución son los más peligrosos cuando se sienten acosados, y el conde llevaba ya demasiados años esquivando a sus cada vez más numerosos enemigos como para bajar la guardia.

-Monseñor, ¿a qué esperáis?- clamaba aporreando con furia el tronco del pino bajo el que se resguardaban de la fina llovizna que lo empapaba todo-. ¿A que el Capeto os meta un espetón por el culo como si fueseis una perdiz?

Pero Saint-Gilles no había heredado ni la fiereza ni la resolución de sus ancestros, y mucho menos la de su padre, y se resistía heroicamente a comprometerse en firme.

-Ya sabéis, mi querido amigo, que estoy en una situación muy delicada-alegaba en tono condescendiente poniendo cara de angustia-. Mis enemigos son muchos y...

-¿Acaso los demás no tenemos enemigos, monseñor?- rugió Mirapeis cada vez más enojado por las escurridizas respuestas del conde-. ¡Vos vivís en vuestro palacio y os paseáis por vuestros dominios, voto a Cristo, mientras que los demás tenemos que suplicar alojamiento en casa de parientes a los que comprometemos con nuestra presencia! ¡Otros simplemente están exiliados,

como ocurre con Trencavel y tantos *faidits* que prefieren eso antes que besar el culo del Capeto!

-¡Sabéis que he tenido revueltas en Tolosa, señor!- se defendía Saint-Gilles-. ¡Los cónsules me acosan, la Iglesia me acosa, el Capeto me acosa! ¿Qué queréis que haga, demonios?

-¡Ahorcadlos a todos, en el nombre de Cristo!- rugió Mirapeis completamente fuera de sí-. Oídmelo bien, Raymond de Saint-Gilles: si no os mojáis, puede que el siguiente en caer seáis vos. No es buen negocio tener a Trencavel por enemigo, y si se apodera de Carcassonne no sería imposible que se le ocurra hacer lo mismo con Tolosa.

El conde optó por no decir nada más porque faltaba muy poco para meter mano a las espadas, y los hombres de armas de las escoltas de los dos nobles ya se miraban con ojos asesinos.

-Y otra cosa os digo, señor conde de Tolosa: como sigáis enviando merodeadores a Montségur a la caza de *perfectos* o *creyentes*, os juro que os devuelvo a ese cabestro de Galhac troceado en una tinaja con salmuera. ¿Queda claro?

-¡Guardaos de poner una mano encima a uno de mis sirvientes, señor!- exclamó Saint-Gilles ahogado por la rabia que le invadía a causa del arrogante empecinamiento del *faidit*.

-¡Idos al cuerno! ¡Avisado estáis!- remachó Mirapeis aupándose en su montura-. ¡Y al menos tened la decencia de dar una pronta respuesta a los que en teoría somos vuestros aliados!

A medida que el conde Raymond lo veía alejarse, notó una gratificante sensación de sosiego. Su congestionado rostro recobró algo de su pálido color habitual y, sin poderse contener, le hizo una higa a la cada vez más pequeña figura de Mirapeis. No soportaba a los hombres así, y menos aún que no se privaran de decirle en su cara lo que él mismo se negaba siquiera a reconocer porque, al fin y al cabo, él sabía mejor que nadie que carecía de la firmeza y la decisión imprescindibles en aquellos turbulentos tiempos, y más cuando se sentía presionado por un energúmeno que no temía a nada ni a nadie.

Cuando por fin Mirapeis se perdió de vista junto a su escolta, Saint-Gilles se aupó en su palafrén y volvió a Tolosa sin prisas, tomándose aquel paseo como una oportunidad para poder poner en orden sus ideas sin el ajetreo y el ruido de la ciudad. Aunque era uno de sus secretos mejor guardados, el conde echaba de menos poder llevar una vida apacible en una de sus casonas rurales

en las que nadie le incordiara con otra cosa que los resultados de la cosecha o si una gorrina había malparido. Pero, para su desgracia, las circunstancias le obligaban a tener que estar batallando desde hacía décadas para sacar adelante unas posesiones que ni siquiera heredaría alguien de su linaje, sino que irían a parar a manos del Capeto porque, al no tener heredero varón, todo acabaría en poder de Alfonso, el hermano menor del joven Luis IX que por fin se había sacudido de encima a su astuta y resolutiva madre, aquella implacable castellana que lo miró como se mira a un cadáver cuando tuvo que ir a humillarse ante todos en París para purgar un crimen por el que cualquier hombre se habría sentido honrado: luchar por aquello que por derecho le pertenecía.

Cuando llegó a su palacio, subió al salón donde un hermoso fuego le obligó a quitarse el tabardo forrado con piel de marta que lo cubría y se dejó caer en su amada poltrona, aquella vieja pero entrañable compañera de fatigas que había sido testigo de tantos sinsabores y, ante todo, de sus interminables debates interiores para, al final, no acabar tomando una decisión definitiva. Lo único que tenía claro en aquel momento era que debía seguir contemporizando y manteniéndose a una saludable distancia de cualquier cosa que pudiera comprometerlo de forma clara con uno u otro bando, por lo que dedicó el resto de la tarde a elaborar dos cartas haciendo uso de su mejor y más elegante caligrafía. Una iba destinada a Trencavel, y en ella le expresaba su total apoyo y la inamovible firmeza de su alianza con él y los demás *faidits*, pero que, muy a su pesar, graves asuntos referentes a su tormentosa relación con la Iglesia le recomendaban de momento no hacer movimientos en falso. La otra era para el joven rey, recordándole que era un vasallo fiel y abnegado, pero que el excesivo celo de los inquisidores seguía siendo un incordio y la mejor forma de soliviantar a sus levantiscos vasallos, por lo que le rogaba tuviera a bien suplicar en su nombre a su santidad que limitara una vez más las atribuciones del Santo Oficio.

Una vez redactadas procedió a doblar cuidadosamente el grueso papel de cáñamo, vertió lacre y estampó su *sigillum* en ambos documentos pensando que eso le daría algo más de tiempo, un tiempo que siempre se le hacía corto y le obligaba a tener que devanarse los sesos buscando la forma de alargar lo inexorable. En su fuero interno no dejaba de admirar a hombres como Trencavel o Mirapeis porque ellos no tenían dudas. Simplemente meditaban, decidían y actuaban, y no como él, que solo recelaba, cuestionaba y se

zambullía en dilemas para los que nunca encontraba la respuesta adecuada.

Cuando Trencavel leyó la carta, en su rostro se dibujó una expresión de asco. Era la enésima vez que Saint-Gilles escurría el bulto, y ya estaba completamente harto de él. Lleno de desprecio por su irresoluto aliado, si es que se le podía aplicar semejante nombre, escupió sobre la carta y la tiró al fuego, prefiriendo seguir concentrado en el consejo de guerra que celebraba en aquel momento en vez de ponerse a despotricar por la actitud de alguien que, como era ya incuestionable, prefería seguir al margen de todo con tal de mantenerse alejado de líos que pudieran perjudicarlo.

-Si ese cagón piensa que por achantarse como un conejo en presencia de un azor se va a librar de la quema está equivocado- se limitó a murmurar consigo mismo mientras arrojaba el papel a las llamas.

Como ya daba por hecho que su supuesto aliado le seguiría dando largas, Trencavel no había perdido el tiempo. En pocas jornadas se trasladó el arsenal de Montségur a la cueva de Ornlac, en el corazón del Sabarthés y propiedad de Pons Arnaud, señor de Castelverdun, donde permaneció a buen recaudo hasta que se reunió el ejército y se procedió a su distribución entre los muchos que acudían provistos solo de su cayado. Gran parte de los componentes de la mesnada eran en realidad buenos católicos que se unían a la lucha por fidelidad hacia su señor feudal o por odio a los franceses ya que el hecho de que un vecino fuese un hereje les daba lo mismo. Al cabo, para ellos sus preocupaciones eran que la vaca diera leche, que el pedrisco no arruinase la cosecha o que los lobos no les matasen a las ovejas, y no a quién o cómo rezaba su compadre.

Trencavel, devorado por la ansiedad y las ganas de ponerse en marcha, tuvo que domeñar su impetuoso carácter durante las semanas que duró la espera hasta que, poco a poco, todos los que se apuntaron a la aventura se desplazaron desde sus lugares de origen hasta el punto de reunión. La inmensidad de las cuevas del Sabarthés permitió alojarlos a pesar de que eran cientos y cientos de hombres, pudiendo así permanecer a resguardo de las inclemencias del tiempo hasta que, a comienzos de la primavera, llegara el momento decisivo en que se pondrían en marcha si bien nadie sabía aún hacia donde. Trencavel, siempre desconfiado, no dijo ni una palabra sobre cuál

sería el primer objetivo a batir porque no quería encontrarse con la desagradable sorpresa de ver que ya los esperaban para rechazarlos antes del primer envite. Como ocurría en Tolosa, nadie podía fiarse ni de su sombra en momentos así.

Capítulo 14

El deterioro de la salud de Guilhabert de Castres era ya imparable. A su avanzada edad y su dolencia del mal de piedra había que añadir el crudo invierno que, aunque recién terminado, había causado estragos en sus pulmones. Y para empeorar aún más las cosas, varias sangrías acabaron por debilitarlo hasta extremos preocupantes.

-Hay que eliminar la flema que se le ha acumulado durante el invierno- afirmaba el cirujano tras ponerle varias sanguijuelas repartidas por el pecho-. El frío y la humedad la aumentan, rompiendo así el equilibrio entre los cuatro humores. Para aliviarle la tos, que haga gárgaras con vino de uvas pasas, y que tome infusiones de gordolobo.

Sin embargo, a pesar de los desvelos de las *perfectas* que cuidaban de él a todas horas y de los cinco sueldos que cobraba el cirujano cada vez que acudía a visitar al decrepito obispo, cada día que pasaba parecía como si un año hubiese transcurrido sobre su persona desde la noche anterior. No obstante, el heresiarca se agarraba a la vida con denuedo a pesar de que, en teoría, cualquier *creyente* en su situación estaría ansioso de abandonar su envoltura carnal para siempre, y más en su caso ya que, entre los dolores de riñones y las flemas que le producían interminables ataques de tos, su existencia se asemejaba más a un suplicio que a una apacible extinción. Solo lo retenía en el mundo el deseo de saber si Trencavel había por fin logrado sus objetivos porque, de ser así, podía morir tranquilo sabiendo que los *buenos hombres* estarían desde ese momento bajo la protección de todos los nobles occitanos.

-¿Se sabe algo de Raimon?- musitaba entre estertores-. ¿Ha empezado la revuelta?

Entonces, Bertrand Martí le daba cuenta de las noticias que iban llegando a Montségur. Le dijo que, a comienzos de abril, las tropas de Trencavel entraron por el valle del Aude en dirección hacia Limoux, que tardó en abrir las puertas a su libertador el tiempo justo que precisaron los vecinos para hacerle ver al senescal francés que era lo más aconsejable si no quería verse colgando de la muralla.

-¿Y Olivier de Termes?- proseguía a continuación con un brillo de esperanza en sus ojos acuosos al saber que Trencavel comenzaba con buen pie

la rebelión.

-Termes inició el avance de su hueste por Corbière para apoderarse de su antiguo castillo- le susurraba Martí sintiéndose feliz de poder alegrar los últimos días del que, durante años, había sido su mentor y guía espiritual.

Esos informes parecían darle fuerzas para seguir resistiendo y, cada vez que un mensajero llegaba al *pog*, se le comunicaba de inmediato cualquier novedad. Así, a medida que pasaban las semanas, se regocijó al saber que habían caído Alet, Montréal, Pepiós, Asil, Minerva, Luran... y que, quizás en poco tiempo, alcanzarían Carcassonne, el venerado solar de los Trencavel desde hacía siglo y medio.

Sin embargo, a finales del verano el obispo se rindió. Su animoso corazón dijo basta ya y se liberó de su envoltura carnal sin saber si el belicoso vizconde había por fin alcanzado su meta. Murió mientras dormía, plácidamente, sin agonía. La dama Azalaïs fue a despertarlo para sus oraciones matutinas y rápidamente se dio cuenta de que el obispo ya no estaba. Su rostro, aunque sereno, mostraba las inconfundibles señales de la muerte; tocó sus manos y comprobó que estaban muy frías, y varias moscas se paseaban por sus párpados sin que estos se movieran para nada. Conteniendo el llanto, salió de la casa y avisó al desde aquel momento nuevo obispo de Tolosa, Bertrand Martí, que se ocupó de hacer llegar la noticia a todos los habitantes del *pog*.

Pocos lloraron la muerte de Guilhabert de Castres. Para los *perfectos* y los *creyentes* era motivo de alegría ya que su querido obispo había logrado que su alma angelical pudiera volar hasta el Padre celestial para toda la eternidad, dejando en la Tierra un cuerpo que, según sus creencias, debían esperar tres días antes de sepultarlo ya que era el tiempo que tardaba el alma en salir del mismo. Sin embargo, debido al calor reinante hubo que sacarlo al exterior y colocarlo envuelto en un sudario sobre unas parihuelas debido al mal olor que empezó a desprender al día siguiente. Cuando se cumplió el plazo previsto fue trasladado por cuatro *creyentes* seguidos de un mínimo séquito formado por las tres *perfectas* que lo cuidaron hasta el final. El destino final del cadáver era una cueva situada en la ladera oriental del *pog*, el único sitio medianamente transitable fuera de la cumbre, saturada ésta por las casas y pallozas del poblado. Depositaron en su interior el cadáver, en lo más profundo de la gruta, y lo cubrieron después con piedras. Aunque para ellos el cuerpo era una mera envoltura corruptible que no serviría para nada ya que no

creían en la resurrección de la carne, algunos seguían conservando el ancestral temor a que las alimañas devorasen a los difuntos, por lo que preferían protegerlos de alguna forma.

A los dos días del entierro llegó un exultante mensajero que, a pesar del agotamiento, mostraba un semblante jubiloso tras la gruesa capa de polvo mezclado con sudor. Según informó con gran vehemencia, hacía cinco días que Trencavel había logrado alcanzar las murallas de Carcassonne y había iniciado el asedio de la ciudadela. Tras las muestras de regocijo de los habitantes del poblado, algunos se detuvieron a hacer números para darse cuenta de que la muerte del heresiarca coincidía con la fecha de llegada del vizconde a su destino, lo que fue inmediatamente considerado como que un ángel había comunicado a Guilhabert el feliz suceso, tras lo cual, dando por concluida su misión, rindió su alma a Dios. Naturalmente, siempre había escépticos que se tomaban a chanza esas cosas, pero al menos vino bien para elevar la moral.

Carcassonne, verano de 1240

Un mazazo en el retén de la máquina liberó el contrapeso y, con un gruñido siniestro, la viga describió un arco que, como si de una honda gigante se tratase, lanzó un enorme bolaño. Trencavel contemplaba como la piedra esférica pasaba por encima de la muralla emitiendo un tenue silbido para perderse en el interior de la ciudadela, donde caería sobre el tejado de cualquier casa dando un susto de muerte a sus habitantes. Irritado, se volvió contra los hombres que manejaban el fundíbulo, que en aquel momento ya se estaban peleando entre ellos culpándose mutuamente de la falta de precisión del disparo.

Mientras la disputa subía de tono, la larga viga del fundíbulo oscilaba impulsada por el contrapeso colocado al final de la misma. Era un efecto curioso, porque las dos partes, unidas mediante unos tirantes de hierro, se movían de forma independiente. Mientras que el contrapeso parecía un péndulo, la viga se movía hacia el lado opuesto chirriando de forma que parecía que el ingenio lloraba por haber fallado el blanco.

-¿No tenéis nada que decir, *micer* Gualterio?- preguntó lanzando una mirada

asesina al ingeniero lombardo al que había pagado con monedas de buena ley por fabricarle dos de aquellos artefactos.

-Monseñor, yo no tengo la culpa de que vuestra gente sea tan inútil- se defendió encogiéndose de hombros, dejando por un momento de abroncar a la pequeña tropa de torpes que había sido puesta bajo su mando-. Les he repetido mil veces que si el bolaño es más ligero hay que bascular menos la viga de la máquina para que la caída del contrapeso sea más corta.

-¡Lanzad otro, y rezad porque acierte si no queréis que use vuestras asquerosas cabezas como proyectiles!- ordenó a los servidores del fundíbulo, que a su vez apremiaban a los dos canteros que se apresuraban a dar la forma adecuada a los pedruscos que habían apilado junto a la máquina-. ¡De diez solo habéis acertado tres, hijos de perra!

Quince días atrás, las cosas pintaban de forma muy diferente. Cuando su ostentosa hueste llegó a Carcassonne volando en las alas de la victoria, los vecinos del arrabal de Saint-Vincent salieron en tromba a recibirle ante la cara de pasmo del senescal Guillaume d'Ormes que, acompañado por los obispos de Narbona y Tolosa, contemplaba aquella traición desde la muralla de la ciudadela echando espumarajos de rabia.

-¡Felones!- rugía echando fuego por los ojos-. ¡Traidores! ¡Hijos de la gran puta! ¡Por mi honra que os he de ver a todos colgando como puercos en día de matanza!

El obispo Fauga y su colega, el prelado narbonense Pèire Amiel, armados de punta en blanco acorde a las circunstancias aunque no serían capaces de enfrentarse ni a un paje, apoyaban con denuedo al senescal prometiendo un infierno de primera clase a aquellos alevosos al servicio de un *faidit*. La verdad era que ambos prelados se tomaban aquello muy en serio, porque ya estaban completamente afónicos de tanto lanzar anatemas como quien disparaba virotes. Sin embargo, los vecinos del arrabal no parecían nada impresionados por los denuestos del senescal ni los entredichos de los obispos porque les hicieron una higa y se fueron a festejar al que consideraban su verdadero señor.

Trencavel debió creerse un nuevo Alejandro Magno, porque sus antiguos vasallos lo aclamaban, las mujeres le lanzaban flores y la hueste se relamía pensando en el festín que se darían aquella noche con tan agradecidas comadres. Pero la cruda realidad se haría patente en menos de una semana, cuando *micer* Gualterio pudo terminar los fundíbulos que llegaron

desmontados en un tren de carros tirados por bueyes. Como precaución, las máquinas y los hombres que las escoltaban no llegaron a Carcassonne hasta un día después de la gloriosa entrada en el arrabal del grueso de la hueste porque la plebe, siempre voluble y tornadiza, igual que los habían recibido con los brazos abiertos podrían haberse puesto en su contra y despacharlos a pedradas.

Carcassonne, como muchas otras poblaciones de la Occitania, estaba formada por una ciudadela que constituía el núcleo original y que era donde, además, se erguía el castillo que era el centro del poder político y militar además de residencia del señor feudal. Como en tantas otras ciudades, el crecimiento demográfico había obligado a extender el caserío a extramuros que, en el caso de Carcassonne, había dado lugar a la formación de dos arrabales ante la muralla oriental, el de Saint-Michel y el de Saint-Vincent, los cuales había sido debidamente amurallados en su día. De ese modo, ambos suburbios quedaban aislados tanto del exterior como de la ciudadela. Pero la sedición de los vecinos de Saint-Vincent eliminó de golpe la primera barrera defensiva con que contaba la población, ya que solo podía ser atacada por el lado oriental del cabezo donde se erguía. Hacerlo por la zona opuesta era inviable al estar protegida por el río Aude, que hacía las veces de foso natural.

Cuando se estableció el cerco y a la vista del recibimiento que le hicieron los habitantes de Saint-Vincent, Trencavel pensó que hacerse con la que fue la capital de sus extensos dominios sería pan comido, y que en breve los vecinos de la ciudadela le franquearían el paso tras rebelarse contra el senescal. Todas las poblaciones que se fueron tomando durante su victorioso avance le abrieron literalmente las puertas nada más hacer acto de presencia salvo Montoliu, cuya guarnición acabó siendo pasada a cuchillo por su enconada resistencia y sus despojos colgados de la muralla como aviso.

Pero las defensas de Montoliu no eran comparables a la magnificencia de Carcassonne. La ciudadela estaba rodeada por una potente muralla flanqueada por cuarenta torres de siete toesas de altura de forma que cualquier aproximación a la cerca costaría muy cara a los asaltantes. El senescal, que de tonto no tenía un pelo, había conservado el sistema implantado en 1082 por Bernard Aton, el tronco del belicoso linaje de los Trencavel, consistente en poner cada torre y su guarnición al mando de un caballero que, a cambio de sus servicios, obtenía una vivienda en la ciudad y tierras para su sustento. De

esa forma, por la cuenta que les traía se dejaban el pellejo para mantener sus privilegios; y como la inmensa mayoría de los caballeros de toda Europa solían siempre andar escasos de peculio, los franceses que sustituyeron a los occitanos dieron el mismo servicio que sus antecesores.

Una vez plantado el campamento, el vizconde celebró consejo de guerra con Termes y los demás *faidits* para decidir cómo llevar a cabo el asedio porque, contrariamente a lo que había dado por sentado a la vista del cálido recibimiento que le dedicaron los habitantes de Saint-Vincent, los del otro arrabal permanecieron tras las murallas, así como los vecinos de Carcassonne. De ello se había preocupado Guillaume d'Ormes que, a la vista de la deserción en masa, ordenó que un contingente de la guarnición ocupara las calles para impedir cualquier intento de sedición, así como acribillar a virotazos a cualquiera que se acercara a las puertas de la ciudadela.

-Ya hemos llegado a nuestra meta, señores- dijo Trencavel mirando uno a uno a sus seguidores-, pero nos falta el empujón final. Ese perro francés del senescal no es un cantamañanas como los de las ciudades que se han entregado sin combatir, así que no nos queda otra que establecer un cerco en toda regla. Por lo tanto, espero vuestras sugerencias al respecto.

Como era habitual, todos se enzarzaron inmediatamente en un tumultuoso debate acerca de qué estrategia sería la más adecuada, el cual duró hasta que Trencavel dio una palmada en la mesa imponiendo silencio.

-¡Esto parece una reunión de comadres, juro a Cristo!- bramó irritado-. ¡Hablad de uno en uno, demonios! Empezad vos, Termes.

El aludido hinchó el pecho, muy orgulloso por ser el designado en primero lugar.

-Un asalto inmediato, monseñor- afirmó, viendo muy satisfecho que varios de sus compañeros apoyaban la idea-. Cuanto antes mejor para no dar tiempo a que la guarnición se organice.

-Mejor esperar a que las máquinas nos faciliten el trabajo- sugirió otro-. Si abrimos una brecha será más fácil.

Durante media hora se estuvieron barajando las dos posibilidades hasta que Trencavel tomó la palabra.

-Tras escuchar vuestras opiniones veo que nadie ha tenido en cuenta un detalle, y es que el tiempo juega en nuestra contra más allá de que la guarnición esté o no preparada, si bien me inclino por lo segundo porque dudo que el senescal no haya tenido noticias de nuestro avance hasta vernos delante

de las murallas. En cuanto se sepa que hemos asediado la ciudad, dudo mucho que el Capeto no tome medidas al respecto. Quiero decir con esto que quizás sea mejor intentarlo de todas las formas posibles: lazando escalas contra las murallas e intentando abrir brechas con las máquinas o a base de minas. Para esto último tenemos una ventaja, y es que las bocaminas pueden abrirse en el interior de las casas más cercanas a la ciudadela. De ese modo, la guarnición no se dará cuenta y no cavará contraminas. Además, también tenemos que considerar que queda poco para el otoño, y no nos podemos permitir que esto se alargue demasiado. Cuando llegue el invierno deberemos tener la ciudad en nuestro poder porque, de lo contrario, ya podemos dar media vuelta.

Todos los *faidits* apoyaron al vizconde, pensando también en que el botín sería suntuoso si entraban a saco en la rica población, con lo que se resarcirían de tantos años de penuria.

-*Micer Gualterio*- preguntó al lombardo, que no había dicho una palabra porque a él las tácticas a seguir le daban un ardite-, ¿podéis fabricar escalas adecuadas para un asalto?

El ingeniero pensó unos instantes antes de responder.

-Monseñor, lanzar escalas contra una muralla no es complicado. La cuestión es si vuestro ejército puede asumir el elevado coste en bajas. Dudo que el senescal no esté ya tomando medidas al respecto, y juraría que a estas horas ya tiene puestos a calentar calderos llenos de brea o arena.

-¿Entonces...?

-En un caso así, lo ideal sería una torre de asalto, monseñor, y mientras se construye se prepara una rampa para salvar el desnivel desde el suburbio a la base de la muralla.

-¿Y de cuánto tiempo hablamos?

-Mínimo dos meses, monseñor. Hay que buscar la madera adecuada, talarla, darle forma, y forjar los clavos, clavijas y demás ferralla.

-Imposible- declaró *Trencavel*-. De aquí a dos meses ya habrán caído las primeras nieves. Nos tendremos que aviar con las escalas.

-Las escalas no son problema, monseñor, en pocos días podrían estar dispuestas. Pero insisto en lo dicho, el costo en vidas sería muy elevado. Cualquier tratado sobre poliorcética lo afirma rotundamente: es preferible esperar a que las máquinas dañen los parapetos para desproteger a los defensores. En cuanto a las minas, en un par de días puedo acarrear la madera necesaria para el entibado desde los bosques cercanos siempre y cuando la

población del arrabal ayude a talarla.

-¿Y cuántos días necesitaríais para alcanzar los cimientos de la muralla?

-Depende de la naturaleza del terreno, monseñor. Digamos que un día para abrir la bocamina, y luego se avanzaría a razón de cuatro o cinco toesas diarias. Viendo la posición de las casas más cercanas a la ciudadela, hablamos de una semana a lo sumo pero, insisto, si el terreno es adecuado. Si encontramos rocas sueltas se alargará en función de la cantidad de las mismas, y si es roca viva mejor nos dedicamos a echar abajo la muralla a cabezazos, porque por ahí es imposible pasar.

-Colijo pues que debemos proceder cuanto antes a montar vuestras máquinas y empezar a debilitar la muralla. Mientras tanto, se pueden ir fabricando las escalas para, finalmente, iniciar el minado- propuso Trencavel-. ¿Es viable?

-Las bocaminas se pueden abrir cuando vos dispongáis, monseñor- señaló el ingeniero-. Eso que tenemos ganado, y solo necesito una cuadrilla de hombres para ello a razón de cuatro por mina: dos para cavar y dos para sacar la tierra.

-Espléndido- se congratuló-. En ese caso, proceded a montar las máquinas en primer lugar para que el francés no piense que nos hemos dormido en los laureles. En cuanto le empiecen a llover bolaños sobre la cabeza verá que vamos en serio. Una vez empiecen a disparar, que se fabriquen las escalas y se inicien dos minas, una contra una cortina de la muralla, y la otra contra una torre. Dos brechas son mejor que una, ¿no creéis?

-Muy acertado, monseñor- halagó el lombardo con su acento meloso-. Ni el gran César lo habría planteado mejor.

Trencavel miró de soslayo al ingeniero sin que le afectase para nada la lisonja. Era bastante habitual entre los italianos ser excesivamente proclives al elogio, lo que contravenía su carácter seco y un tanto arisco. Por ello, no prestó atención a tanta zalema porque a él lo que le interesaban eran sus conocimientos, por los que le había cobrado la escandalosa cifra de mil quinientos sueldos. Aunque al principio se planteó prescindir del lombardo, finalmente decidió que siempre era mejor contar con alguien verdaderamente experto en tormentaria e ingeniería militar. Tiempo habría de recuperar su estipendio cuando se apoderase de todo lo que le habían quitado.

Así pues, mientras que varios ballesteros se dedicaban a mantener entretenida a la guarnición a base de dispararles virotos protegidos por los

manteletes que ya llevaban preparados en los carros, *micer* Gualterio comenzó el montaje de los dos fundíbulos ayudado por varios carpinteros a su cargo. Eran máquinas provistas de una viga de tres toesas y contrapesadas con un cajón con capacidad para un tonel y diez quintales, lo que permitiría lanzar bolaños de dos quintales a más de cien pasos de distancia. El ingeniero insistió bastante en que los bolaños debían tener una forma lo más uniforme posible para aumentar el alcance y la precisión, para lo cual proporcionó a los canteros varias matrices de distintos diámetros fabricadas de madera.

-Atended, patanes- les dijo dando una colleja al que tenía más cerca-, esta es para bolaños de dos quintales, esta otra para dos quintales y medio, y esta para tres. Desechad las piedras que muestren fisuras porque esas se harán pedazos al chocar sin que surtan efecto cuando choquen contra la muralla, y al que me estropee una matriz le saco los ojos y le descuento su importe de la paga. ¡Hale, a picar piedra, zánganos!

Cuando los primeros bolaños estuvieron terminados, Trencavel ordenó que se iniciara de inmediato el lanzamiento. Pero los servidores de las máquinas no se acababan de centrar y, tras varios disparos, habían sido incapaces de corregir el tiro, desperdiciando proyectiles y teniendo que escuchar los insultos del vizconde y las carcajadas y chistes de los franceses que se mofaban de ellos desde la muralla.

-¡Diez sueldos al que acierte a la casa del cura!- gritaba uno de ellos con evidente mala uva mientras era jaleado por sus camaradas-. ¡Atreveos, herejes hijos de mil padres!

-¡Os he dicho que para bolaños de dos quintales el contrapeso debe caer solo una toesa y cinco pies, acémilas!- aullaba *micer* Gualterio desesperado ante la inoperancia de aquella gente que, según podía comprobar, era incapaz de hacer los cálculos más básicos.- ¡Si cae desde dos toesas y media, el bolaño pasa de largo!

Completamente alobados, los cinco servidores de cada máquina no sabían qué hacer. Entre las burlas de la guarnición, las broncas del ingeniero y el vizconde dándoles de fustazos para hacerles ver que no estaba nada contento con su actuación, llegaron a la noche con los nervios de punta y las espaldas llenas de verdugones. No obstante, el descanso nocturno debió iluminar sus mentes medio atrofiadas porque, al día siguiente, el primer disparo alcanzó de lleno un parapeto, echando abajo un tramo del tamaño de un carro con un bolaño de tres quintales que, además, se llevó por delante a dos miembros de

la guarnición que estaban justo en el lugar donde impactó la enorme piedra. Un clamor de aplausos e insultos a los defensores surgió del bando sitiador, mientras que la guarnición les daba la réplica y los desafiaba a acertar de nuevo acompañados por los berridos del senescal y los obispos, los cuales lanzaban sobre el ejército hereje la enésima anatema.

Cuando por fin los servidores de los fundíbulos lograron cogerle el tranquilo a las máquinas y acertar con una precisión razonable, empezaron a concentrar los disparos en diversas zonas para ir abriendo brechas que, a pesar de los intentos de los defensores para repararlas, eran cada vez más grandes porque los ballesteros del vizconde estaban todo el día al acecho, y ya había matado a varios carpinteros que hacían todo lo posible por cubrir con gruesos tablones las zonas destruidas. De noche era imposible intentar arreglar nada porque las luces de los candiles delataban a los operarios, y los ballesteros parecía que jamás dormían.

Con las escalas ya fabricadas, era el momento de empezar las minas. *Micer* Gualterio calculó la distancia desde las bocaminas a la muralla con una groma mientras que Guido, su ayudante, tomaba nota de las medidas.

-Veintiuna toesas y... tres pies- murmuró sin apartar la vista del instrumento haciendo cálculos mentalmente-. A razón de cuatro toesas diarias serían...

Pero se quedó sin hacer el cálculo porque, en aquel instante, un virote le acertó en mitad de la frente y le atravesó la cabeza. El ingeniero puso los ojos en blanco, boqueó tres veces y cayó hacia atrás como un árbol talado con la punta del cuadrillo asomándole por el cogote. Su pasmado ayudante miró despavorido hacia la muralla antes de soltar la tablilla de cera y el cálamo donde tomaba las notas y salió al galope buscando la protección de un mantelete.

-¡Un hijo de perra hereje menos!- se escuchó en la muralla junto a varias carcajadas-. ¡Arde en el infierno, cabrón!

Trencavel encajó muy mal la noticia, entre otras cosas porque acaba de perder los mil quinientos sueldos que le había costado contratar al difunto ingeniero, cuyo cadáver había sido tomado como diana por los defensores y, ya que nadie se atrevía a retirar el cuerpo, le habían clavado más de una docena de viroles entre la rechifla general, teniendo que esperar a la noche para llevárselo porque no permitieron que nadie se acercase al mismo. Ya de madrugada, dos hombres se arriesgaron por fin a arrastrar deprisa y corriendo al difunto ingeniero a un lugar seguro, donde se limitaron a arrancarle los

virotos, envolverlo en una manta vieja y meterlo en un hoyo que ya tenían preparado.

-¿Sois capaz de haceros cargo del trabajo de vuestro maestro, *micer* Guido?
- preguntó Trencavel al desencajado ayudante, que no había asimilado aún el terrible suceso.

-Sí, monseñor, claro que puedo- respondió jadeando aún a causa del sobresalto-. Pero, claro, mi estipendio sería...

-¿Vuestro estipendio, decís?- exclamó furioso el vizconde-. ¡Buscad en el arca de vuestro maestro y os quedáis con lo que le pagué, vive Dios! ¿Acaso pensáis que me sobran los dineros, zoquete? Aviaos con eso y, si no estáis conforme, ya podéis ir tomando camino de vuelta a vuestra tierra.

El ayudante ascendido repentinamente a maestro se encogió de hombros y aceptó el trato. Total, lo más difícil ya estaba hecho y nadie de la familia del muerto le reclamaría el dinero, así que se puso manos a la obra para agilizar la cava de las minas y poder largarse de allí cuanto antes. Sin embargo, su estreno como maestro ingeniero no fue especialmente satisfactorio ya que, a los dos días, la consistencia del suelo cambió por completo.

-Monseñor, hemos topado con una masa de rocas- anunció cuando se presentó a informar en el pabellón del vizconde.

Trencavel miró hacia el techo bastante fastidiado. El día anterior habían intentado llevar a cabo el primer asalto sin éxito. Las tres escalas que lanzaron contra la muralla se llenaron enseguida de hombres que trepaban por ellas como gatos, pero los arqueros y ballesteros situados en las torres que la flanqueaban causaron una verdadera escabechina. Más de quince hombres quedaron tendidos al pie de la muralla, y otros ocho volvieron al campamento en tal mal estado que nadie daba por ellos ni un ardite. De hecho, seis de ellos no llegaron a ver más el sol a pesar de que habían resistido con gran entereza la extracción de las diabólicas puntas barbadas que les clavaron. Para sacarlas solo había dos opciones: si se habían clavado en un miembro y no habían llegado a atravesarlo, empujar con decisión para que salieran por el lado opuesto, cortar la punta y tirar del astil. Si no se veía afectado ningún vaso sanguíneo importante y el herido superaba la posible infección, saldría vivo del brete. Pero si la punta había quedado dentro del cuerpo o había chocado con un hueso del brazo o la pierna, solo se podía intentar extraer el astil dejando la punta dentro y esperar a que se enquistase, porque abrir la herida para sacarla haría aún más daño a la víctima. De todas formas, los del

segundo caso no solían sobrevivir muchos días porque, si la infección no los mataba antes, podía bastar un movimiento brusco para que las afiladas puntas cortasen alguna arteria, órgano o víscera, así que las perspectivas en un caso así no eran nada halagüeñas.

-¿Y no se pueden romper esas rocas?- preguntó hastiado de tantos inconvenientes en una campaña que prometía ser breve y fructífera.

-Me temo que no, monseñor, es demasiado grande.

-¡Pues empezad una nueva mina en otro sitio, demonios!

-Monseñor, el minado será imposible.

-¿Qué queréis decir con eso?

-Pues que toda la ciudadela está cimentada sobre un afloramiento rocoso enorme, monseñor. Es habitual, como supongo sabréis, elegir ese tipo de terrenos a la hora de edificar murallas y fortalezas precisamente para impedir el minado.

Trencavel empezó a ponerse cada vez más inquieto. Los días pasaban y, de momento, solo habían logrado echar abajo algunos tramos del parapeto.

-¿Y no se os ocurre algún otro ingenio para acelerar la caída de la ciudadela?- gruñó revolviéndose en su catreillo-. Porque supongo que sabéis que se nos acaba el tiempo.

-Podría fabricar un ariete o un trépano, pero el tiempo que necesito para ello es el mismo que para la torre de asalto, monseñor. Además, esas máquinas no garantizan poder abrir una brecha ya que hay muchos métodos para inutilizarlas o aminorar de forma notable sus efectos. Basta con arrojarles encima cualquier líquido inflamable para reducir las a cenizas nada más empezar a batir la muralla. Un par de calderos de brea hirviendo seguido de faláricas son más que suficientes para destruirlas.

-Total, que solo disponemos de las máquinas y seguir intentando un asalto tras otro, ¿no?

-Eso me temo, monseñor- admitió poniendo cara de pena-. En casos así, lo más aconsejable sería rendir la ciudadela por hambre. La población consume muchos recursos, y no creo que...

-Tardaríamos un año o más- interrumpió el vizconde, cada vez más irritado al ver que las posibilidades de acabar en breve aquel asunto se reducían de forma alarmante-. En la ciudadela hay gran cantidad de huertos que proveerían de alimentos frescos, así como corrales con gallinas, puercos, conejos... No, pretender rendirlos por hambre es absurdo- afirmó poniéndose de pie y

empezando a pasearse por el pabellón-. Hay que afinar la puntería y abrir una brecha en la muralla lo bastante grande que permita un asalto en masa, no nos queda otra opción. Y como ya no tenéis nada mejor que hacer, servíos poneros al mando de los fundíbulos y sed vos el que haga los cálculos para no desaprovechar un solo bolaño.

-Como ordenéis, monseñor. Y como mi difunto maestro, que Dios tenga en su gloria- añadió santiguándose tres veces seguidas-, llevaba en su arca de útiles dos o tres libras de azufre, puedo también hacer que los paisanos del arrabal busquen brea o cal para preparar mixturas incendiarias y propalar fuego en el caserío. Suele ser bastante desmoralizador.

-Haced lo que consideréis oportuno. Y ahora retiraos, quiero pensar tranquilamente- dijo despidiendo al hombre con un gesto de la mano, como quien se sacude el polvo de la ropa.

Trencavel se tumbó en su catre y ordenó a uno de sus pajes que apagara las velas, quedándose sumido en una agradable penumbra que le ayudaba a tranquilizarse. Decididamente, la imposibilidad de proseguir con el minado era una verdadera contrariedad. El colapso de la muralla sería ideal para llevar a cabo un ataque en masa que la guarnición no podría contener, así que verse limitados a intentar una y otra vez asaltos de dudoso éxito mediante escalas no era precisamente una buena noticia. Llevaban más de tres semanas ante los muros de Carcassonne y las perspectivas de dar término al asedio en pocos días eran, más que remotas, inexistentes. Además, el senescal no era precisamente el típico necio con ínfulas de héroe, porque se limitaba a dejar pasar el tiempo sin intentar salidas o acciones que comprometieran la seguridad de la ciudadela. A Guillaume d'Ormes le sobraba el tiempo, y a él las semanas le parecían días, y los días, horas. Si en un mes no lograban la rendición de la ciudadela, podrían empezar a escasear los víveres y la inminencia de lluvias otoñales convertiría el asedio en una empresa muy complicada.

Capítulo 15

Los *faidits* congregados en el pabellón de Trencavel para celebrar el enésimo consejo de guerra mostraban en sus caras demacradas las penurias soportadas después de casi un mes de asedio: cansancio, hastío, desmoralización, suciedad y la irritante sensación de que, a pesar de lo prometedora que parecía aquella campaña en sus comienzos, se habían empantanado ante una ciudadela que no mostraba la más mínima intención de rendirse. Incluso los habitantes del suburbio de Saint-Vincent, que los recibieron aclamándolo como libertadores del yugo francés, empezaban a dar señales de arrepentimiento poniendo cada vez más pegas a la hora de echar una mano o de proporcionar víveres a las tropas del vizconde, y la población femenina que tan cálida bienvenida dieron a la hueste sitiadora ya no solo no se mostraban tan receptivas como antaño, sino que incluso se habían vuelto extremadamente ariscas, gritando e insultando a los hombres de armas que se les acercaban con más confianza de la cuenta.

Guillaume d'Ormes había sabido jugar la partida de forma acertada. Sin estridencias y sin espolonadas heroicas, pero con eficacia. Sabía que la clave estaba en dejar pasar el tiempo y en tener un mínimo de bajas para contener un posible asalto y, a pesar de que los fundíbulos de los sitiadores habían causado graves daños en uno de los parapetos, la alta muralla seguía siendo una barrera difícilmente franqueable como no logran abrir en ella una brecha que permitiera iniciar un ataque sin necesidad de lanzar escalas. Pero eso tardaría mucho en ocurrir porque las máquinas que aportó el difunto *micier* Gualterio no tenían el tamaño adecuado para echar por tierra semejantes defensas. Para ello habrían hecho falta fundíbulos el doble de grandes, con capacidad para lanzar bolaños de, al menos, cinco quintales, capaces de derrumbar paños de muralla de una toesa de espesor. Pero los proyectiles de tres quintales que podían lanzar no daban para mucho más que destruir el almenado y los parapetos, y solo a base de concentrar los disparos en un solo punto podrían dañar seriamente la muralla tras decenas y decenas de impactos.

Así estaban las cosas a inicios del mes de octubre, y para colmo de males ya habían caído un par de chaparrones que convirtieron el suburbio y el campamento en un lodazal mientras que la ciudadela, elevada sobre el terreno circundante, permanecía seca. Los canteros que daban forma a los bolaños se

veían obligados a trabajar sobre el barro a pesar de que los lugareños les fabricaron un pequeño estrado separado dos palmos del suelo y provisto de una techumbre de retama que los resguardaba de la lluvia, pero el trasiego de gente llevando piedras y recogiendo las piezas terminadas lo embarraban de todas formas. Otro inconveniente fue que el terreno cedió bajo uno de los fundíbulos y se inclinó hacia un lado, quedando inutilizado hasta que, a base de ímprobos trabajos, pudieron ponerlo nuevamente operativo. Para ello tuvieron que vaciar el cajón del contrapeso, levantarlo con grandes palancas y reforzar el firme con cantería y grava. Luego hubo que añadir gruesos y anchos tablones que conformaran una plataforma estable, volver a llenar el contrapeso y, finalmente, volver a poner a tiro la máquina, lo que llevó prácticamente un día entero debido a que la tierra con que llenaban el contrapeso, saturada de agua, daba más peso a igualdad de volumen por lo que, tras cada disparo, había que sacar varias paletadas para igualar la masa original de un tonel y diez quintales.

-Monseñor- protestaba *micer* Guido cada vez más harto de las constantes broncas y exigencias de Trencavel-, yo no puedo detener la lluvia, ni secar el barro, ni siquiera prever lo que ocurrirá dentro de media hora. Si os molestáis en leer cualquier tratado sobre poliorcética, todos coinciden en que un asedio conlleva ante todo una inversión en tiempo que, si no os podéis permitir, mejor será que levantéis el campo antes de que la escasez de vituallas os obligue a comeros unos a otros o que el frío os convierta en estatuas de hielo ante las murallas.

Y Trencavel, muy a su pesar, se tenía que conformar con soltar un bufido al lombardo y dar media vuelta haciendo víctimas de su ira en forma de fustazos o pescozones a todo aquel que se le pusiera por delante. Parecía que la diosa Fortuna, que tan sonriente se mostraba al principio, les había dado la espalda. Siete asaltos fallidos llevaban en su contra, los cuales habían costado más de ochenta hombres muertos y casi el doble de heridos que lo único que hacían era morirse lentamente de gangrena o de infecciones, desmoralizando con ello al resto unas tropas que empezaban a añorar de forma muy peligrosa sus casas, sus familias y el fuego de una buena chimenea. Las noches eran ya bastante frías, y por las mañanas se despertaban entumecidos y con dolores en las articulaciones. De hecho, algunos habían enfermado a causa de las bajas temperaturas y la humedad, quedando postrados con fiebre y tosiendo a todas horas, lo que ponía especialmente nerviosos a sus camaradas.

Las murmuraciones, como es habitual cuando la moral empieza a bajar de forma paralela al ímpetu y el ardor combativo, se propalaron de forma cada vez más virulenta, cuestionando cada cual a su manera los motivos por los que habían acompañado al vizconde y los demás *faidits* en aquella empresa. Y aunque dichas murmuraciones llegaron a oídos de Trencavel, este optó por hacerse el sordo ya que llevar a cabo acciones disciplinarias tal como estaban las cosas era, a su entender, la mejor forma de salir por la mañana de su pabellón y ver como habían desertado la mitad de sus efectivos. De ahí que, a la vista del desolador panorama que se presentaba ante ellos, decidiera plantear llevar a cabo una acción definitiva o, al menos, lo bastante contundente como para salir airosos del brete antes de que el clima y la escasez los obligaran a levantar el asedio.

-No hay alternativas, monseñor- declaró micer Guido antes de que le echasen en cara la poca eficacia de las máquinas-. Vos pretendéis haceros con una plaza fuertemente defendida como si fuera una torre perdida en mitad de la nada, y eso es imposible salvo que se dispongan de tropas y pertrechos en una cantidad muy superior.

-Pues algo habrá que hacer- terció Olivier de Termes que, aunque mantenía incólume su compromiso con Trencavel, tampoco andaba con la moral muy alta que digamos-. Si esta empresa falla ya podemos olvidarnos de repetirla de aquí a tantos años que, para entonces, igual nos hemos muerto de viejos.

Cada *faidit* puso de manifiesto sus problemas a un Trencavel cada vez más abrumado por la multitud de inconvenientes que surgían a diario: desertiones, hombres inútiles para combatir a causa de fiebres, diarrea, enfriamientos e incluso alguno que otro con males de mujeres que no paraban de berrear cada vez que el cirujano que les acompañaba intentaba aliviar sus males a base de friegas en sus partes. Cuando todos acabaron, Trencavel se levantó y pidió silencio levantando la mano.

-Sé que cada día que pasa será más difícil acabar con la resistencia de la guarnición. D'Ormes se mofa de nosotros desde la muralla contemplando nuestra incapacidad para ofenderle, y nuestra gente tiene la moral en las últimas. Pero la realidad es la que es, señores, y la única opción que tenemos es volver a intentar un asalto definitivo.

Inmediatamente empezaron a surgir protestas porque, según había quedado patente en las siete ocasiones en que lo habían intentado sin éxito, a base de escalas no era posible poner en la muralla al suficiente número de hombres

como para lograr introducirse en la ciudadela. Además, aunque la tomaran, con ello no acabaría el asedio ya que la guarnición con el senescal al frente se refugiarían en el castillo situado en el lado occidental de la población.

-Monseñor, vos sabéis mejor que nosotros que si rendir la ciudad es difícil, el castillo lo es aún más- objetó uno de los presentes-. Aparte de contar con magníficas defensas, dispone con un foso de al menos doce toesas de ancho. ¿Cómo podemos franquearlo si, para colmo, las lluvias podrían inundarlo en pocos días?

-Y contad además con que d'Ormes ya lo habrá tenido en cuenta y habrá ordenado requisar hasta el último cahíz de trigo para aprovisionar el castillo- añadió otro-. Mientras tanto, a nosotros ya nos empiezan a escasear algunas cosas, y la población se muestra cada vez más reacia, no ya a darnos, sino incluso a vendernos víveres.

-Por lo que veo, la única opción que nos resta es levantar el asedio- murmuró con amargura el vizconde viendo como sus proyectos se diluían a medida que avanzaba el consejo de guerra-. Ciertamente, no os puedo exigir más, así que hemos llegado a una encrucijada en la que tenemos que tomar una decisión definitiva: o intentamos entrar en la ciudadela o nos vamos de aquí. No quiero imponer mi autoridad, así que vosotros decidís.

Un ominoso silencio se hizo en el pabellón. Aunque la opinión generalizada era acabar de una vez con aquel interminable asedio, una ínfima luz de esperanza aún se resistía a apagarse porque, al cabo, todos habían empeñado en aquella empresa tanto sus escasos peculios como las posibilidades de recuperar sus tierras. Tras varios minutos sin que nadie se atreviera a ser el primero en hablar, *micer* Guido tomó la palabra.

-Monseñores, ya que no veo que haya intención de reconocer lo inevitable y, por otro lado, soy consciente de que ante todo quieren preservar su honor no dándose por vencidos, os planteo lo siguiente: en vista de que ir desmoronando los parapetos no ayuda en nada, dispondré las máquinas para que batan un solo punto en la muralla. Previamente, ordenaré a los canteros hacer un buen acopio de bolaños para poder mantenerlas disparando el tiempo necesario hasta que abramos una brecha capaz de dar cabida a dos escalas. El asalto estará concentrado en un punto de menos de dos o tres toesas de ancho. Cierto es que eso facilitará a los ballesteros de las torres hacer blanco contra los que suban las escalas, pero al mismo tiempo dificultará a los defensores el agrupar la gente necesaria para detener el asalto.

Varios de los presentes asintieron en silencio aprobando el plan del ingeniero que, aunque muy básico, era lo único que se podían permitir a aquellas alturas.

-Hay que elegir a los hombres más bragados para encabezar la escalada ya que nos lo jugamos todo a un solo envite- prosiguió *micer* Guido al ver que casi todos aceptaban de forma tácita su propuesta-, pero si una docena de ellos logran alcanzar el adarve y son capaces de contener a los defensores hasta que sus camaradas puedan coronar la cima de la muralla, podríamos tener éxito.

-Y si lo hacemos de noche, mejor- añadió Termes-. Si detenemos las máquinas al ponerse el sol, pensarán simplemente que proseguiremos al día siguiente. Pero si iniciamos el asalto antes de maitines, cuando los centinelas se caen rendidos de sueño, tendremos más probabilidades.

Trencavel miró agradecido a *micer* Guido y a Termes porque veía que, si nadie se pronunciaba, habría que ceder ante lo inevitable y levantar el cerco. De esa forma al menos tendría una oportunidad más.

-¿Cuántos hombres caben en cada escala, *micer* Guido?- preguntó con un brillo de esperanza en los ojos.

-Digamos que media docena, monseñor.

-Bien, que se seleccionen doce hombres para encabezar la primera oleada. Quiero a doce leones que no se arruguen ante nada y que sean capaces de resistir lo que sea. Si carecen de lorigas o yelmos, que se les faciliten para tener la posibilidad de llegar vivos al parapeto sin caer acribillados a flechazos, y que vayan armados con mazas y hachas, que son más eficaces en el cuerpo a cuerpo. Tras ellos deberán estar preparadas otras dos docenas de hombres que sean ágiles como liebres para subir cuanto antes a apoyar a sus compañeros. Cuando logren hacerse con el control de la brecha será el momento de seguirles. Es nuestra última oportunidad, señores, así que elegid a los mejores.

Cuando Trencavel se quedó por fin solo en su pabellón se echó en el catre intentando descansar un poco. Sin embargo, y a pesar del agotamiento que sentía, fue incapaz de conciliar el sueño. La perspectiva de tener que acabar jugándose el resultado de aquella empresa anhelada durante tantos años a cara o cruz se le hacía muy difícil de digerir.

Al día siguiente, *micer* Guido dedicó media jornada a corregir el tiro de los

fundíbulos de forma que impactasen en el mismo sitio mientras que los canteros no daban abasto para labrar bolaños de tres quintales. Al mismo tiempo, con el azufre de *micer* Gualterio y varias arrobas de cal, algo de aceite de roca que le proporcionaron los vecinos y varios ingredientes más que obtuvo nadie sabía de dónde, pudo llenar una docena de vasijas con una receta que preparó sin que nadie estuviera presente para, como era habitual entre los ingenieros militares, preservar los secretos de su oficio.

-Esta mixtura se incendia prendiendo antes del lanzamiento estas mechas que veis aquí- explicó a los servidores de las máquinas mostrando una vasija del tamaño de un balde y cerrada con una tapa de madera sellada con yeso-. Antes de ser lanzada hay que calentarla hasta que notéis que el contenido borbotea y entonces, sin perder un instante, las colocáis en la máquina y las lanzáis con el contrapeso a media caída. Al pesar mucho menos que un bolaño, es suficiente para que alcancen el centro de la ciudadela.

-¿Y no será mejor lanzarlas contra la muralla- preguntó uno de los servidores.

-No, nada de eso. La intención es que desencadenen incendios en el caserío que tengan entretenida a la guarnición en el momento en que se inicie el asalto. Deberéis lanzar todas las vasijas una tras otra para propagar al máximo la mixtura; pero ojo, no permitáis que nadie se acerque con una llama a las mismas si no queréis vivir el infierno en vida. El fuego que produce no se puede apagar, y si se vierte agua sobre ella arde aún más.

-¿Cómo es posible eso?- preguntaron incrédulos.

-Eso no es cosa vuestra, patanes- respondió en tono agrio el ingeniero-. El conocimiento de estos secretos está solo al alcance de los iniciados en la tormentaria y la alquimia, no de villanos ignorantes. Vosotros limitaos a afinar la puntería y con eso os basta. ¡Ah, y recordad que solo debéis encender la mecha justo antes del lanzamiento!- añadió-. Si explotan antes de tiempo, decidle adiós al fundíbulo porque arderá como una tea, y vosotros con él.

Al cabo de cuatro días de actividad febril, cuando apenas las luces del alba empezaban a dibujar el contorno de las murallas, empezó el sistemático lanzamiento de los más de cincuenta bolaños acumulados durante aquellos días de intenso trabajo. Con una precisión admirable, uno tras otro fueron demoliendo un buen tramo de la parte central de la muralla de forma que, hacia mediodía, la brecha tenía ya un tamaño considerable. Trencavel

contemplaba los efectos de las máquinas muy satisfecho, palmoteando la espalda de *micer* Guido, olvidando sus temores y desvelos de los días anteriores mientras que jaleaba a los servidores de los fundíbulos cada vez que un bolaño se estampaba contra la brecha haciendo caer montones de escombros entre una gran polvareda.

Guillaume d'Ormes observaba aquello dándose cuenta de que algo tramaban sus empecinados sitiadores que, tras unos días de pausa, reanudaban con tanto empeño el bombardeo.

-¡La Hire!- exclamó el senescal llamando a su lugarteniente, que llevaba un largo rato intentando convencer a los dos obispos de que aquella lluvia de bolaños era habitual en los asedios, y que sus sagradas personas no corrían peligro...de momento-. ¿Disponemos de manteletes?

-Creo que figuran algunos en el inventario del castillo, monseñor- respondió contento por poder librarse de los aterrorizados prelados.

-Id a verlo, y si no es así que fabriquen media docena enseguida.

-¿Y qué hacemos con ellos, monseñor?

-Esos herejes traman algo- aseguró-. Desde ayer tengo las tripas revueltas, y mis tripas no se equivocan jamás. Van a intentar un asalto en masa antes de que el clima empeore o que recibamos ayuda. Quiero que se emplacen los manteletes delante de la brecha, y que todos los arqueros de la guarnición se releven día y noche tras ellos bien aprovisionados de flechas. Advertidles que como uno solo se duerma lo cuelgo de la muralla con las pelotas metidas en la boca porque, si no estoy equivocado, ellos serán los únicos que podrán frenar en seco a los enemigos.

Durante dos días, las máquinas lograron abrir una brecha de más de dos toesas de anchura y otras tantas de altura que, finalmente y debido al peso acabó provocando un derrumbe y formando un boquete por el que no sería complicado introducir la primera oleada de asaltantes aprovechando que, gracias a la oscuridad, los arqueros enemigos no podían más que disparar a bulto. Además, el cielo nublado favorecía que la luz de la luna quedara oculta el tiempo necesario.

Tras el ocaso los fundíbulos se detuvieron, dando paso a varias horas de una quietud que no auguraba nada bueno. En la ciudadela, una treintena de arqueros se agazapaban inquietos tras los manteletes, como intuyendo que se acercaba el momento decisivo. Los ballesteros habían sido enviados a las torres para flanquear al enemigo ya que la lentitud de recarga de sus armas los

hacía inútiles para detener el asalto frontal que se avecinaba.

Cuando aún la pálida luz de la aurora no había hecho acto de presencia, *micer* Guido ordenaba cargar las dos máquinas con sendas vasijas que, para no levantar sospechas, habían sido calentadas en las chimeneas de una vivienda cercana. Tras ser colocadas en unas angarillas las acarrearón junto a los fundíbulos que, sin perder tiempo, las lanzaron una vez corregido el alcance de los mismos. Cuando volaban hacia la ciudadela solo eran visibles las mortecinas chispas de las mechas fabricadas con cuerdas empapadas en salitre. *Micer* Guido contaba mentalmente el tiempo que tardaban en caer e iniciarse la mixtura.

-...*cinque, sei, sette*...- musitaba moviendo apenas los labios-. ... *e dieci*. ¡Ya deben haber llegado! ¡Cargad de nuevo, rápido!- ordenó para no dar tregua al enemigo.

Y, en efecto, en aquel momento un halo de luz emergió detrás de las murallas, lo que indicaba que las dos vasijas se habían roto en mil pedazos, esparciendo la mixtura inflamada en todas direcciones y causando una gran alarma. Una cayó en mitad de una calle, sumiéndola en un infierno en miniatura, y la otra se estrelló contra la techumbre de una casa de forma que el líquido se coló entre las tejas de pizarra hacia el interior achicharrando a sus habitantes, que no podían imaginar que en pleno sueño les lloviera fuego como si tal cosa. Apenas habían podido reaccionar los vecinos cuando otras dos vasijas caían del cielo, aumentando el desconcierto entre los que salían de sus casas sacados de sus camas por el escándalo sin saber lo que estaba pasando.

D'Ormes y La Hire salieron a medio vestir de la casa de un antiguo cónsul en la que se alojaban para estar más cerca de la acción. El senescal, que se barruntaba algo así, se dio cuenta de que aquel bombardeo era el inicio de un asalto. Mirando a su alrededor para hacerse cargo de la situación, su sanguíneo rostro perdió su saludable color cuando vio que varios arqueros habían abandonado sus puestos para ir a echar una mano. Uno de ellos estaba lanzando un cubo de agua hacia una casa en llamas y vio asombrado como emergía de una ventana una llamarada que se tragó al hombre, envolviéndolo en un fuego de color azulado. Un compañero intentó apagarlo con más agua, pero solo sirvió para verse él también convertido en una momia calcinada.

-¿Qué... qué es eso, monseñor?- farfulló La Hire completamente anonadado ante el dantesco espectáculo.

-Esos cabrones tienen un ingeniero que sabe preparar mixturas incendiarias-

respondió con los ojos dilatados por miedo a verse achicharrado allí mismo.

-¿Mixturas incendiarias? ¿Y qué diantres es eso?

-Mezclas secretas para propalar el fuego. Un fuego terrible que no se puede apagar, y el agua solo consigue volverlo aún más virulento. Es inútil intentar extinguirlo, así que dad orden a los arqueros que vuelvan a sus puestos sin más demora. Que los vecinos se las apañen como puedan, porque hasta que no se consuma la mixtura no dejará de arder.

Mientras volvía a la casa a armarse, el resto de la docena de vasijas preparadas por *micer* Guido seguían cayendo una tras otra sobre la aterrorizada población que, sin saber qué era aquel infierno, no atendían a las órdenes de La Hire y seguían intentando apagar el fuego a base de baldes de agua que daban lugar a horribles llamaradas que envolvían a los que estaban más cerca, consumiéndolos entre aullidos.

En el campamento de los sitiadores se esperaba con ansiedad el momento de iniciar al ataque. Solo aguardaban a que *micer* Guido lanzase las dos últimas vasijas para, aprovechando el caos en la ciudadela, intentar apoderarse de ella.

-Es la hora, monseñor- anunció el lombardo mientras que los dos últimos recipientes volaban hacia la ciudad en forma de infierno envasado-. Que Dios os guíe.

Trencavel hizo un gesto con la cabeza a un paje que, junto él, esperaba la señal para hacer sonar una bocina cuyo siniestro gemido rasgó las tinieblas solo rotas por la luz anaranjada que emergía de la ciudadela. Cargados con las dos escalas, los doce hombres salieron trotando hacia la muralla sabiendo que los ballesteros de las torres y el resto de la guarnición estarían más pendientes del incendio que de un posible ataque. Sin ningún impedimento las lanzaron contra la brecha y escalaron a toda velocidad mientras que los componentes de la segunda oleada esperaban a que coronasen las alturas para seguirlos. Hasta aquel momento, ni un solo virote había salido desde las torres, y una sensación de triunfo se apoderó de los asaltantes que empezaron a dar voces de victoria. El griterío solo sirvió para delatar su presencia a los arqueros que, deslumbrados por el fuego, apenas veían en dirección a la oscuridad de las murallas.

-¡Nos atacan!- aulló La Hire, que se dio cuenta de lo que se les venía encima-. ¡Arqueros, disparad! ¡Disparad hacia la brecha sin descanso, que nos va la vida en ello!

La primera andanada ya echó por tierra a cuatro de los doce asaltantes que iban en cabeza. Los otros ocho arremetieron contra los manteletes repartiendo hachazos a mansalva para derribarlos cuanto antes y dejar desprotegidos a los arqueros. Sin embargo, los ballesteros de las torres tenían un campo visual inmejorable. El resplandor del incendio, visto desde las alturas, alumbraba perfectamente la batalla que se iniciaba bajo ellos, y guiados por las sombras que se movían en la brecha empezaron a disparar sobre ellos impunemente.

Lo que durante unos instantes pareció una victoria casi segura se torció de repente. Los ocho hombres de armas que quedaban de la primera oleada, atrapados entre dos frentes, cayeron acribillados con virotos clavados en la espalda y flechas en el pecho, y los veinticuatro que les seguían se vieron arrollados por los peones que el senescal había retirado a toda prisa de las murallas para hacer frente al asalto. Y aunque eran sargentos y hombres de armas experimentados, poco podían hacer contra aquella turba enfurecida que los doblaban en número y los empujaban de forma inexorable hacia la brecha por donde habían entrado.

Gateando como podían por los escombros, intentaban salir de la ciudadela mientras eran hostigados desde las torres por los ballesteros que, de forma implacable, iban diezmándolos uno tras otro hasta que solo dos de ellos pudieron volver al campamento. El resto de sus camaradas se habían quedado en el interior, muertos o malheridos. Los que aún esperaban su turno para atacar, al ver a los dos únicos supervivientes salir dando trompicones por la brecha se dieron cuenta de que era inútil intentar seguir adelante y dieron media vuelta, dejando a sus compañeros vendidos a pesar de que Trencavel se desgañitaba poniéndolos de vuelta y media y jurándoles que les cortarían la verga por cobardes hasta que dos *faidits*, cubriéndolo con sus escudos, lograron hacerlo retroceder hasta sus líneas antes de que los ballesteros enemigos lo acribillasen. Pero lo cierto era que, en aquel momento, lo único que importaba a su menguada hueste era salvar el pellejo y salir vivos de aquella ratonera que el senescal había preparado sin saber siquiera si sería provechosa.

Cuando se hizo de día, el atribulado ejército de Trencavel vio desolado como los cuerpos desnudos y convenientemente castrados de sus camaradas colgaban de la muralla mientras que los grajos recién despertados se arremolinaban alrededor de sus cabezas, graznando muy contentos ante aquel

inesperado festín matutino a base de ojos y lenguas. El vizconde rugía presa de un ataque de cólera acompañado por los insultos de sus tropas y los demás *faidits*, jurando al senescal que habría de verlo hervido en vinagre. Al cabo de un rato, Guillaume d'Ormes se presentó en la muralla seguido de La Hire. Tras ellos se veían aún las espesas columnas del humo producido por los incendios que aún no se habían consumido por completo, llenando el aire de una nauseabunda mezcla de azufre y de la carne quemada de los muchos vecinos que murieron en sus casas sin tiempo siquiera de levantarse de sus jergones para ponerse a salvo.

-¡Monseñor Raimon de Trencavel!- llamó desde lo alto de la muralla- ¿Estáis ahí, monseñor?

El vizconde, avisado por un paje, salió del pabellón donde intentaba calmarse a base de hidromiel y se plantó ante la muralla sin preocuparse de que algún ballestero lo dejara en el sitio allí mismo.

-¿Quién me llama?- exclamó con los brazos en jarras.

-¡Guillaume d'Ormes, monseñor!- respondió el senescal.

-¡Iros a la mierda, señor!- replicó mientras se daba la vuelta con la cabeza bien alta.

-Me temo que seréis vos quién os marcharéis en breve camino de las letrinas de Aragón- rió al ver como Trencavel se detenía en seco y se volvía furibundo-. Simplemente os quería comunicar dos cosas. Una, que podéis volver a intentarlo cuando queráis. Queda muralla de sobra para colgar a toda vuestra hueste. La otra es he tenido noticias de que el chambelán real Jean de Beaumont avanza al frente de un ejército enviado por el rey Luis, así que yo en vuestro lugar me plantearía muy seriamente levantar el cerco y largarme bien lejos. ¡Que os vaya bien, monseñor!- concluyó coreado por las carcajadas de los hombres de armas que ocupaban el adarve para contemplar la humillación del *faidit*.

Trencavel, morado de ira, escupió en el suelo y volvió a su pabellón como si fuera un toro picado de tábanos. No obstante, tras un par de horas dedicadas a clamar al cielo y a los infiernos por su mala suerte, coincidió con el senescal en que lo más sensato era levantar el cerco. Tras reunirse con los *faidits* y celebrar un breve consejo de guerra, disolvió el ejército permitiendo que cada cual tomara camino hacia donde quisiera.

-Señores, a pesar del empeño que hemos puesto en dar buen término a esta jornada, la suerte nos ha sido adversa- anunció con la cabeza gacha, abrumado

por tantas desgracias seguidas-. Está claro que volver a intentar un nuevo asalto servirá solo para enviar más hombres a una muerte segura, y el tiempo empeorará en breve haciendo imposible nuestra estancia aquí.

-Pero, ¿os habéis creído ese camelo del ejército de Beaumont?- preguntaron varios *faidits*.

-Beaumont ya es lo de menos, señores. Lo más relevante es que no podemos someter Carcassonne como no sea mediante un largo asedio, y no disponemos de tiempo para ello. En todo caso, dudo que el senescal mienta en eso ya que podríamos comprobarlo enviando una partida de merodeadores a inspeccionar los caminos y, la verdad, no creo que el Capeto haya enviado un ejército de poca monta. Sea como fuere, hasta aquí hemos llegado, señores. Que cada cual haga lo que tenga que hacer. Id con Dios y buena suerte- concluyó un poco emocionado.

-¿Y vos, qué haréis?- preguntó Termes angustiado.

-Iré a Montréal, donde intentaré establecer un punto fuerte que me permita, al menos, no perder todo lo ganado en esta empresa- respondió con amargura-. Hay veces en que pienso que Dios es un ferviente católico, porque cada vez perdemos más terreno.

Termes guardó silencio porque, en aquel momento, no se le ocurría nada que le permitiera rebatir semejante afirmación. Sin querer prolongar más la despedida, abrazó a su compañero de armas, le besó tres veces y salió del pabellón para preparar su partida. Rápidamente, el campamento fue levantado y el ejército se fue fragmentando en pequeñas mesnadas encabezadas por sus respectivos caudillos. Por cierto que el primero que se puso en camino fue Guido acompañado de sus ayudantes. Tras una breve oración ante la tumba de su predecesor, *micer* Gualterio, procedieron a desmontar las máquinas y las cargaron en el tren de carros ya que, a la vista de aquel fracaso, lo mejor era largarse cuanto antes para buscar otro señor al que ofrecer sus servicios.

Después de treinta y cuatro días de asedio, el postrero intento de Trencavel por recuperar sus dominios y formar un país cátaro se había diluido en la nada. Solo con la ayuda de Saint-Gilles podrían haber tenido éxito, pero el conde, como siempre, prefirió quedarse en Tolosa enviando cartas al Capeto en las que reafirmaba por enésima vez su fidelidad a la corona y a los pactos firmados en su día con la regente.

Cuando Trencavel partió al frente de su menguada hueste no podía imaginar que el cerco de Carcassonne era el principio del fin de los *buenos hombres*, y

que ya no tendrían más opción que agonizar lentamente bajo el implacable acoso de Roma, del rey de Francia y, sobre todo, de la Inquisición.

Capítulo 16

Pierre, que se aburría sin poder delatar a más gente porque ya había elaborado extensos informe de todos y cada uno de los ocupantes del *pog*, vio un grupo de gente junto a la muralla del castillo y al nuevo heresiarca de Tolosa, Bertrand Martí, intentando hacerse oír ante aquella turba que lo interrogaba sin orden ni concierto. Cuando preguntó a uno de los que apelotonaban alrededor del obispo, le informó con expresión desolada que Trencavel se había visto obligado a levantar el cerco de Carcassonne.

-¿Y qué harán ahora los franceses?- preguntaba uno.

-¿Y el vizconde, dónde se ha metido?- quiso saber otro.

-¿Y los demás *faidits*, qué? ¿Han salido corriendo como conejos?- añadió otro en tono burlón.

Más de cinco minutos necesitó Martí para acallar a todo el mundo y poder hacer oír.

-Las noticias que tengo son estas- anunció sin dejar de pedir silencio levantando las manos-: el vizconde tuvo que levantar el cerco ante la inminente llegada de un ejército al mando de Jean de Beaumont, el chambelán real. Nadie de la hueste de Trencavel salió corriendo ni nada semejante. Simplemente se vieron obligados a levantar el cerco para no verse rodeados, y más si tenemos en cuenta que tenemos el invierno encima. No obstante, antes de marcharse arrasaron una abadía situada a extramuros, así como un convento de predicadores. Además, pudieron lanzar mixturas incendiarias que provocaron varios incendios dentro de la población.

-¿Pero, dónde está el vizconde?- insistió la gente.

-En Montréal, sitiado por Beaumont- tuvo que reconocer Martí agachando la cabeza-. En cuanto al resto de los *faidits*, cada cual ha tomado camino por su cuenta para intentar ponerse a salvo.

Un silencio sepulcral se adueñó del escandaloso corrillo, que empezaban a darse cuenta de que las esperanzas de vivir en un país donde su religión no fuese perseguida se acababan de evaporar.

-¿Y Saint-Gilles, no ha hecho nada para impedir este desastre?- preguntó Perelha, que notaba como la sangre le hervía en las venas-. ¿O es que ese timorato ha meado las calzas de puro miedo?

-¿El conde de Tolosa, decís?- contestó Mirapeis en lugar del obispo-. Si

tenemos que esperar ayuda de ese vendido estamos listos. No solo no ha atendido ni uno solo de los requerimientos de Trencavel sino que, en vez de eso, se ha largado a París a arrastrarse ante el Capeto jurándole que es un buen vasallo y que cumplirá fielmente el tratado que firmó con su madre hace más de diez años.

-¿Qué creéis entonces que pasará ahora, monseñor?- preguntó Pierre, que ya se estaba planteando largarse de Montségur a la vista del cariz que estaban tomando las cosas.

Mirapeis lo miró de arriba abajo antes de responder, como si le hubiese irritado que aquel canijo desaliñado le dirigiese la palabra.

-Te noto un poco asustado, zagal- gruñó el colérico noble-. ¿Acaso quieres largarte?

Pierre tragó saliva ante aquella respuesta, porque parecía que Mirapeis le había leído el pensamiento. Pero si algo le sobraba a Pierre eran recursos para mentir con una facilidad pasmosa.

-¡En absoluto, monseñor!- protestó poniendo cara de enfado-. Solo quiero conocer vuestra opinión por si fuese necesario traer aquí a algunos familiares míos que viven en poblaciones que puedan ser objeto de represalias.

Mirapeis pareció tragarse el camelo, porque relajó un poco su expresión ceñuda antes de responder.

-Pues yo en tu lugar los iría avisando, porque el senescal de Carcassonne ha mandado quemar el arrabal de Saint-Vincent como castigo por haberse puesto de parte del vizconde, además de hacer colgar a los hombres del vecindario a los que ha podido echar el guante, porque casi todos los habitantes del suburbio se marcharon detrás de Trencavel como si fuera perros apaleados por temor a las represalias. Y mientras tanto, Beaumont, además de cercar Montréal, ha saqueado sin piedad a varias de las ciudades que le abrieron las puertas al inicio de la revuelta, y ha logrado que algunos de los *faidits* que iban con Trencavel juren fidelidad al Capeto.

-¡Bien, hermanos!- exclamó el obispo no queriendo sembrar más la alarma-. ¡No hay más noticias de momento! Descuidad que, en cuanto vengam mensajeros con nuevas ya os avisaremos. Y ahora, volved a vuestros quehaceres porque pasar el día cavilando ni tiene sentido ni es nada provechoso- pidió mientras que hacía gestos para que el corrillo se disolviera-. Tengo que hablar con vos- añadió en voz baja a Mirapeis mientras se retiraba a la torre.

Junto con Perelha, los tres se acomodaron en la cámara alta, ordenando cerrar la puerta y dejando fuera a un diácono para que nadie les molestara. Por el aspecto de su cara, era evidente que Martí estaba mucho más preocupado de cómo se había mostrado ante los habitantes del *pog*.

-¿Qué os perturba, obispo?- preguntó Mirapeis-. Tenéis una expresión un tanto lúgubre- afirmó con un matiz de sarcasmo.

-No estoy para chanzas, monseñor- respondió secamente-. Lo de Trencavel ha sido una catástrofe que no solo nos priva de vernos de una vez libres de las persecuciones y los inquisidores, sino de vivir en una tierra donde no seamos unos proscritos acosados por todos. A eso, añadid la fortuna que ha costado pertrechar sus tropas ya que, como sabéis, el gasto de las armas y bastimentos han corrido a costa nuestra. En todo caso, yo no soy ni político ni hombre de armas como vos, y desconozco qué medidas pueden tomar nuestros enemigos a raíz de todo esto. Y como no quiero alarmar a la población, os ruego a ambos que, en el mayor secreto, me digáis cuáles son las perspectivas a partir de ahora, así como las medidas que debemos tomar. Os escucho.

Mirapeis hizo un gesto con la mano cediendo la palabra a su suegro.

-No es muy complicado de dilucidar, obispo- explicó Perelha tras meditar unos instantes-. El fracaso de Trencavel solo ha servido para fortalecer la posición del Capeto en la Occitania. Para muchos *faidits*, aunque no hayan tomado parte en la rebelión, significa que el que desde siempre ha sido su señor natural y su modelo a emular ha sido derrotado sin combatir ya que ni siquiera se preocupó en presentar batalla a Beaumont.

-Ciertamente, Trencavel vendió la piel de oso antes de matarlo- intervino Mirapeis apoyando la teoría de su suegro-. Debió pensar que Carcassonne le abriría las puertas de par en par, pero ahí cometió un error de cálculo porque antes debía haber enviado espías para saber lo que pensaba el vecindario, así como los posibles apoyos con que contaría entre los personajes más importantes para intentar poner a la población de su parte. Solo así podría haber tenido éxito. Una rebelión contra el senescal en el interior de la ciudad habría bastado para ocuparla fácilmente, pero se equivocó de medio a medio.

-¿Y todo eso, hasta que punto influye en nosotros, señores?- preguntó Martí, que no tenía muchas ganas de escuchar largas disertaciones sobre política.

-Pues que ya podéis iros olvidando de Trencavel, obispo- sentenció Perelha-. Esta era su última oportunidad, y ha fracasado. No contéis con él ni con los *faidits*, porque ninguno moverá un dedo por defender Montségur. Al

día de hoy, a lo más que aspiran es a salvar sus culos y a que el Capeto se digne darles algunas migajas por jurarle lealtad.

-¿Y Saint-Gilles?

-Menos aún. Aunque está muy presionado por los cónsules de Tolosa, más miedo le tiene a los inquisidores, al papa y al Capeto. Es más, aunque quisiera ayudarnos no podría porque vería los pocos dominios que le quedan invadidos por los franceses, y antes de eso es capaz de lo que sea. Saint-Gilles, lo más que puede hacer, es mantenerse en su habitual ambigüedad y rogar porque no nos ataque abiertamente si se ve acosado.

Martí calló un buen rato, asimilando las opiniones de Perelha y Mirapeis, en las que confiaba ciegamente.

-Resumiendo, señores- dijo finalmente con voz apagada-, nos hemos quedado solos. ¿Es así?

Ambos nobles asintieron en silencio muy serios.

-Así es, obispo- sentenció Mirapeis-. Si me pedís opciones, os diré que solo tenemos dos: una, mejorar en lo que podamos las defensas del *pog*, esperar a nuestros enemigos y vender caras nuestras vidas. Dos, evacuar la fortaleza en grupos pequeños que no llamen la atención, y marcharnos a Lombardía, donde nuestros hermanos no están tan presionados.

-¿Qué haríais vos?

-¡Resistir!- respondió Mirapeis sin dudar un instante echando fuego por los ojos.

-¿Y vos, monseñor de Perelha?

-La duda ofende, obispo. Durante generaciones, mi familia ha sido la dueña de este castillo, y no seré yo el que lo abandone a manos de ese perro francés. No es fácil apoderarse de una fortaleza como esta, y si la fortificamos bien y hacemos acopio de vituallas tenemos muchas posibilidades de ver largarse a los sitiadores con el rabo entre las patas.

-¡Sea pues!- aceptó Martí-. En vuestras manos dejo los temas militares, que yo me encargaré de que nuestros hermanos provean de todo lo necesario para resistir el máximo de tiempo posible.

Cuando Pierre vio la cara del heresiarca al salir de la torre se dio cuenta de que la situación había empeorado bastante, y que la derrota de Trencavel tendría unas consecuencias que irían más allá de que él recuperase sus tierras para crear aquella arcadia cátera que había prometido en su día al difunto

Guilhabert de Castres.

Tiempo le faltó cuando vio aparecer por allí a Matheus y su *socius* para contarle lo que sabía y pedirle su opinión.

-Olvídate de volver a Tolosa- le advirtió-. Aquello está cada vez peor. Los inquisidores siguen con sus procesos póstumos, quemando osamentas y enviando al Muro a decenas de personas. Y a su vez, los cónsules y la población están deseando rebanarles el pescuezo y, de hecho, hace unos días supe que en Pamiers han cosido a puñaladas a un *explorator*.

-¿Qué hacemos entonces? Aquí ya ves la que se avecina.

-Pues es el mejor sitio para quedarnos, muchacho- aseguró Gros-. Como en Tolosa se sepa que perteneces a la red de *exploratoris* de Seila y Arnaud, tu vida no valdrá ni una cagada de asno. Aquí nadie sospecha de nosotros, tenemos refugio y sustento asegurado y, si llega el caso y el castillo cae en manos del Capeto o de Saint-Gilles, los inquisidores responderán de nosotros, que para eso nos han enviado a este maldito risco en compañía de infectados.

-Además, recuerda el Grial- sugirió Matheus sonriente-. ¿O es que ya has perdido el interés?

Pierre dudó antes de responder.

-Cada vez estoy más convencido de que es una broma vuestra- dijo muy serio-. Aquí nadie habla de eso, y aunque he intentado sonsacar a alguno que otro, siempre se hacen los despistados.

-Eres necio de nacimiento- rió Matheus acompañado por su *socius*-. ¿Crees que algo así lo van a pregonar al primero que pregunte? Un *perfecto* es capaz de dejarse arrancar la lengua con unas tenazas candentes antes de soltar una palabra.

El muchacho agachó la cabeza dando más y más vueltas a aquel asunto que tanto le intrigaba si bien, en aquel momento, lo que de verdad le preocupaba era verse en aquel castillo, rodeado por cruzados deseosos de pasarlos a todos a cuchillo o de enviarlos a la hoguera.

-Bueno, ¿y vosotros qué haréis?- preguntó.

-Quedarnos, naturalmente- afirmó Gros sin dudarle-. Ahora ya es tiempo de esperar acontecimientos y, como bien te ha dicho Matheus, aquí tenemos la vida resuelta hasta que las cosas se tranquilicen. Así pues, tú sigue con tu papel de fervoroso *creyente*, que hasta ahora se te ha dado muy bien, y procura ganarte la confianza de Bertrand Martí, porque es el que manda aquí.

-¿Y los señores de Perelha y Mirapeis?

-Esos, a pesar de sus bravatas y su carácter altanero, obedecerán al obispo.

-Deja de darle vueltas, rapaz- sugirió Matheus-. Nadie está salvo en ninguna parte en estos tiempos turbulentos, y cualquiera puede apiolarte en un camino si sospechan de ti. Toda la comarca está llena de merodeadores de los prebostes de Saint-Gilles y del senescal del rey francés, y a todos ellos les une el mismo deseo: atrapar a todo aquel que tenga pinta de infectado para mandarlo a la Inquisición de Tolosa, Albi o Carcassonne y convertirlo en un torrezno.

-Así es- apoyó Gros-. Como ya te he dicho, aquí es donde menos peligro existe de momento, así que tranquiliza tu atribulado ánimo y dedícate a hacerte pasar por un *creyente* que solo anhela alcanzar el *consolamentum*. Ah, por cierto, toma esto- le dijo tendiéndole una bolsa de cuero-, son las gratificaciones que te corresponden por los últimos arrestos realizados. Fray Seila te la envía junto a sus bendiciones, ya sabes.

Pierre agarró la bolsa y, sin decir nada más, se la guardó bajo la ropa y se fue a un lugar apartado a rumiar su futuro.

Trencavel daba vueltas por la estancia como un tigre enjaulado, despotricando e insultando a todos en general y al rey Luis y el conde de Tolosa en particular. Al primero lo tachaba de vil tirano y meapilas, mientras que la peor parte se la llevaba Saint-Gilles, al que dedicaba los más terribles epítetos que iban desde “traidor vendido a los curas” a “hijo de puta alevoso” y “condesito castrado”. Tras quince días bloqueado en el castillo de Montréal, sus tropas ya empezaban a ponerse nerviosos, las provisiones escaseaban porque prácticamente no habían tenido tiempo de hacer acopio de ellas, y el único aljibe del recinto descendía a una velocidad preocupante porque, con el verano recién terminado, aún no había dado tiempo a llenarse.

Mientras tanto, Beaumont, que al saber que levantaba el asedio en Carcassonne no había dudado en perseguirlo, se había limitado a cercar el pequeño castillo y esperar porque sabía que no tardaría mucho en rendirse. Desde la torre, Trencavel lo veía a lo lejos, apaciblemente sentado en un catrecillo ante su pabellón jugando al alquerque.

-Si alguna vez pongo la mano encima a Saint-Gilles, juro por mis barbas que le arranco la cabeza- bramaba con la voz ahogada por la ira cada vez que se acordaba de las veces que le escribió pidiendo ayuda cuando preparaba su

fallida empresa para, a cambio, recibir respuestas ambiguas que podían interpretarse de mil formas.

Y fue precisamente su falta de apoyo lo que hizo fracasar la que sería la última oportunidad de recuperar sus dominios. Los *faidits* que le acompañaron acabaron desperdigados y convertidos en fugitivos en lo que había sido las tierras de sus ancestros, y él, el que fuera el poderoso vizconde de Carcassonne, Albi, Béziers y el Rasés, se veía en aquella fortaleza del tres al cuarto con el invierno encima, la despensa vacía y las tropas empezando a estudiar la forma de desertar y volver a sus casas porque nada de lo que el vizconde les había prometido se había hecho realidad. De hecho, ni siquiera habían recibido aún la paga establecida ya que esperaba hacerlo con el producto del jugoso botín que les aseguró sacarían de Carcassonne. Y para colmo, una horda gritona de mujeres, críos y viejos aterrorizados se habían pegado a ellos como lapas. Eran los vecinos del suburbio de Saint-Vincent que, por haberse puesto de su parte, huían de la venganza del senescal que había hecho ahorcar a casi todos los hombres a partir de los quince años. Antes de encerrarse en Montréal tuvo que espantarlos como si fueran conejos porque no se podía permitir dar asilo a tanta gente que, además, eran inútiles para el combate. Aunque no dijo nada a nadie, sintió grandes remordimientos por ello porque sabía el final que le esperaba a aquella gente: los que no fuesen ahorcados junto a los caminos por la gente del senescal se verían perdidos en aquel inmenso bosque a merced de las fieras y sin nada que echarse a la boca. Acabarían muertos de frío, hambre o devorados por las manadas de enormes lobos que, con la llegada de las nieves y, con ello, la escasez de comida, se dedicaban a hacer acopio de carne matando a todo bicho viviente. De esa forma, sus cuerpos congelados se convertían en una reserva alimenticia que les duraba semanas o incluso meses.

Desde lo alto de la muralla presenció con el rostro convertido en una máscara de piedra como sus hombres de armas amenazaban con sus armas a las mujeres y los críos que daban alaridos pidiendo que les permitiesen entrar, y a los viejos que, agotados y dándose por muertos, lloraban en silencio. Aquella imagen no se le borraría en su vida y, a pesar de haber contemplado infinidad de crueldades, cada uno de aquellos rostros implorantes le perseguirían para siempre. Por lo demás, el asedio transcurría apaciblemente. Sus tropas se limitaban a vigilar un posible asalto mientras que las de Beaumont vagueaban todo el santo día esperando una rendición que tendría

lugar tarde o temprano.

Una mañana, el chambelán decidió tentar a la suerte y poner a prueba a su enemigo. Igual era él quien esperaba a que tomase la iniciativa por aquello de la honra. Así pues, envió a un heraldo y uno de sus caballeros ante las murallas solicitando parlamentar. El heraldo, tras hacer sonar la bocina que llevaba colgando al costado y pregonar con voz engolada que su señor Jean de Beaumont, chambelán del rey cristianísimo Luis IX *et cétera*, quería tratar una capitulación honrosa con el noble y poderoso señor Raimon de Trencavel, vizconde de Carcassonne, Béziers, Albi y el Rasés.

La primera intención de Trencavel fue mandar a paseo al heraldo, pero uno de sus allegados le sujetó por un brazo al ver la fiera expresión de su rostro.

-Monseñor- advirtió en voz baja-, no es tiempo de ponerse bravo con esta gente porque, si no es por las buenas, por las malas no salimos vivos de esta, y todos tenemos en casa mujeres e hijos que nos esperan. Y no olvidéis que la mayoría de los hombres de la mesnada son buenos católicos que os han seguido por fidelidad a vos como su señor natural que sois, no por vuestra fe.

El vizconde tuvo que reconocer a pesar suyo que tenía razón, por lo que se tragó su orgullo por enésima vez.

-¿Y qué condiciones son las que me ofrece tu señor?- preguntó desde la muralla.

El caballero que acompañaba al paje mostró un rollo de papel del que pendía el sello de Beaumont. Trencavel hizo que bajaran un balde con una cuerda, donde el caballero metió el documento.

-Ya os haré saber mi respuesta cuando veáis ondear mi pendón en la muralla. Ahora, volved a vuestro campamento.

Los dos hombres dieron media vuelta y, con paso cansino, se largaron por donde habían venido.

Trencavel se metió en la torre con sus más allegados para proceder a la lectura del documento mientras el resto de sus tropas se revolvían inquietas en el pequeño patio de armas del castillo. Desenrolló el pliego y lo puso sobre la mesa tras alisarlo varias veces con las manos. Luego, ante las miradas ansiosas de los presentes, leyó detenidamente la propuesta de Beaumont. A medida que avanzaba, una expresión de sorpresa se iba dibujando en el curtido rostro del vizconde.

-¡Monseñor, nos tenéis en ascuas!- exclamó uno-. ¿Qué dice el chambelán?

Trencavel respiró hondo antes de responder, iluminando su cara

habitualmente sería con una sonrisa.

-Por mi honra os juro que no esperaba algo así- aseguró mostrando el documento a sus acompañantes aunque ninguno de ellos sabía leer-. Las condiciones de capitulación que ofrece Beaumont son ciertamente de lo más ventajosas. A cambio de la entrega inmediata del castillo y la disolución de la hueste, nos permite abandonarlo con nuestras armas y pertrechos. Cada hombre será provisto de un salvoconducto para que pueda regresar a casa sin problemas, mientras que a mí solo me exige dar mi palabra de no volver a levantar en armas tropas para atacar las posesiones de la corona, así como volver a mi exilio en Aragón hasta que no sea llamado por el Capeto.

-¿Y nosotros, qué, monseñor?- preguntó uno de los *faidits*-. ¿Hemos llegado hasta aquí para volver con un salvoconducto a unas tierras que no poseemos?

-¿Y qué queréis que os diga, Montlaur?- respondió Trencavel encogiéndose de hombros-. Si añoráis vuestras tierras, imaginad lo que echo de menos las mías, que era el territorio más rico y extenso del Langedoc. Y ahora ya no soy nada más que un exiliado a merced del capricho del rey de Aragón, que igual que hoy me acoge mañana puede usarme como moneda de cambio o, simplemente, echarme de su reino si con ello gana algo. Hemos jugado, hemos apostado, y el Capeto ha ganado la partida. No hay más, señores. Solo os puedo decir que, los que así lo deseen, pueden acompañarme. Los que tengan casa y familia, que se reúnan con ellos en buena hora porque ya va siendo tiempo de descansar de tanta guerra. Y ahora, si nadie tiene nada que exponer, dejadme solo. Mañana daré mi respuesta afirmativa porque, de hacerlo ahora, Beaumont pensará que ha sido demasiado generoso.

Los *faidits* fueron abandonando poco a poco la estancia poseídos de una extraña mezcla de alegría por terminar aquella aventura sin perjuicio para ellos pero, por otro lado, de amargura por haber estado a punto de alcanzar el triunfo sin lograrlo. En todo caso, lo cierto era que el chambelán había sido bastante liberal, y más si se tenía en cuenta que, legalmente, ellos habían invadido un territorio que en aquel momento pertenecía a la corona. Tras dedicarse durante un largo rato a intercambiar impresiones entre ellos sobre los motivos que impulsaron al chambelán a mostrarse tan generoso, todos acabaron concluyendo que debía tener instrucciones del Capeto para finiquitar aquel negocio cuanto antes y, de ese modo, verse libre para siempre de Trencavel, que era el que de verdad representaba un peligro para él. Al fin y al cabo, el vizconde era el único con la autoridad moral y el prestigio

necesarios para agrupar a todos los *faidits* junto a él si los requería.

Al día siguiente y tras un breve parlamento con el caballero que le llevó el pliego de condiciones, Trencavel salió del castillo junto a su escolta con las mejores galas que conservaba camino del pabellón donde los esperaba Beaumont. El chambelán lo esperaba ante el mismo rodeado por su senescal y hombres de confianza. Tras los saludos y cortesías de rigor, fueron directamente al grano.

-Monseñor Raimon de Trencavel- dijo el chambelán señalando hacia una mesa plegable en la que había un pergamino y recado de escribir-, ahí tenéis las condiciones de capitulación debidamente redactadas. Una vez firmado el documento, vos y vuestras tropas podéis abandonar la plaza, momento ese en que mi senescal irá distribuyendo los salvoconductos que permitirán a todos volver a sus casas sin que nadie les moleste. Si tenéis alguna duda, manifestadla ahora y si no, os ruego firméis la capitulación.

Trencavel, pálido como un muerto, respiró hondo y asintió sin abrir la boca. Dio un paso adelante y tomó al cálamo que le ofreció un escribiente. A continuación, éste vertió sobre el pergamino un poco de lacre donde el vizconde debía estampar su sello. El vizconde miró el anillo donde figuraban las armas de su linaje, como dudando por un instante de consumir aquella rendición que, aunque honorable, no dejaba de ser el fin de la Casa de Trencavel. Finalmente, resignado a los designios del destino, no lo pensó más. Abrió un poco la boca echando aliento en el sello y, con un brusco movimiento, lo estampó sobre el lacre aún caliente. A continuación, con el rostro lívido y completamente desenchajado, dio media vuelta e inclinó la cabeza ante Beaumont, que al menos tuvo la cortesía de no mostrarse en ningún momento arrogante con el vencido.

-Monseñor, el castillo y la plaza de Montréal son vuestros- dijo el vizconde con la voz un poco quebrada-. Quedad con Dios, Jean de Beaumont, y que Él os premie vuestra generosidad.

-Id con Él en buena hora, monseñor- replicó el chambelán devolviéndole la inclinación de cabeza-, y quiera Dios que nunca más tengamos que vernos en circunstancias como estas. Y ahora, marchad en paz.

Trencavel hizo una nueva reverencia a todos a modo de despedida y se dirigió hacia donde lo esperaba su escudero con su corcel. Metió el pie en el estribo que le ofrecía y se aupó en el soberbio animal, tras lo cual hizo una señal para ponerse en marcha, desfilando toda su mesnada en el mayor de los

silencios ante Beaumont.

-Ciertamente, ese hombre ha debido pasar el peor trago de su vida- afirmó el chambelán cuando los últimos hombres de armas desaparecieron entre el frondoso camino-. Bertaut, tomad posesión de la plaza y que el pendón del rey ondee sobre la torre. Y vos, De Huy, enviad inmediatamente un correo a París comunicando que Trencavel ya es historia.

-¿Y con el vecindario, qué hacemos? Abrieron las puertas al vizconde- sugirió Bertaut.

-Dejadlos en paz- ordenó Beaumont-, que bastante llevan pasado esos infelices, siempre en mitad de las disputas de los poderosos y castigados por verse obligados a obedecer a unos y otros. Además, es preferible que nos vean como amigos y no como ocupantes a los que hacer la vida imposible. Basta ya de matanzas, Bertaut. El odio solo genera odio, y en esta tierra lo que sobra precisamente son los rencores y las malquerencias acumuladas durante generaciones. Ahora es tiempo de restañar las heridas.

Beaumont esperó a ver el pendón real ondeando en la torre del homenaje de Montréal para ordenar a las tropas la entrada en la ciudad. Precedido por dos pajes que portaban su escudo y su yelmo y con un caballero sujetando el bocado de su bridón, el chambelán pasó por la puerta de la muralla urbana sorprendido por el ominoso silencio que reinaba en las calles. Nada se oía salvo el rítmico compás de las tropas marcando el paso con el contrapunto del ruido que producían las armas al golpear contra los escudos y las lorigas. Mirando hacia todos lados pudo comprobar que ni siquiera una ínfima rendija se abría en algún postigo para observar la comitiva. Era como si la población se hubiese evaporado. Con un gesto llamó a Bertaut, que cabalgaba unos pasos por detrás.

-Mañana, nada más abrir el día, quiero que se emita un bando dando las gracias a la población por la lealtad mostrada a nuestro rey y señor. Luego, llevad al alcalde y los personajes más importantes de la ciudad una invitación para celebrar el final del asedio.

-¡Pero, monseñor, eso sería...!- protestó Bertaut.

-Eso es congraciarse con los vecinos- interrumpió el chambelán, que lo último que deseaba era una revuelta motivada por la presencia de tropas reales en Montréal-. ¿No veis que están muertos de miedo? Debemos mostrarnos no como sus conquistadores, sino como sus nuevos señores.

-Sí, monseñor, como vos digáis- aceptó resignado Bertaut, que daba por

sentado que habría que hacer algún escarmiento por el apoyo mostrado a Trencavel.

-¡Ah, y una cosa más!- añadió Beaumont-. Ordenad a los sargentos que no duden en reprimir con severidad cualquier desmán por parte de las tropas. No quiero que una sola violencia o un acto de pillaje deriven en un motín, y que cualquiera que desacate esta orden sea ahorcado en el acto.

Las órdenes del chambelán fueron cumplidas a rajatabla, pero tuvieron que pasar cuatro días hasta que los primeros vecinos se atrevieron a salir de sus casas, y más que nada porque se les había terminado el agua y debían reponerla en las fuentes de la población. No obstante, Beaumont pudo por fin informar al rey Luis de que la paz reinaba en la comarca, que era más de lo que esperaba.

Capítulo 17

La noticia de que el ejército de Trencavel se había estrellado ante las murallas de Carcassonne fue celebrada por todo lo alto por los inquisidores de Tolosa a despecho del sentir popular, que vieron en la derrota del noble un mal presagio y un paso más en el empeño del Capeto de apoderarse de la Occitania. Fauga, que pudo retornar a su sede dándose unos aires de conquistador glorioso un poco impropio de su persona, narró con todo lujo de detalles el asedio, poniendo especial hincapié en la infame traición de los habitantes del arrabal de Saint-Vincent y las vasijas de fuego que les lanzó *micer* Guido, las cuales causaron graves daños en algunas zonas de la ciudad.

-Algo así debió enviar Dios nuestro Señor sobre Sodoma y Gomorra, hijos míos- narraba muy excitado-, porque aquella mixtura diabólica no solo no se podía apagar sino que, si le echaban agua, ardía aún con más virulencia, como las llamaradas de un dragón- aseguraba sin darse cuenta de que ninguno de los presentes incluyéndolo a él mismo habían visto jamás uno de esos animales mitológicos-. Muchos desdichados acabaron calcinados por aquella sustancia terrorífica, quedando completamente achicharrados como los infelices que por sus pecados nefandos acaban en la pira.

También dio pelos y señales de cómo des Ormes, el senescal, ordenó a La Hire ahorcar a todos los varones del suburbio, y como a continuación mandó derruirlo junto al de Saint-Michel que, aunque no se había puesto de parte del invasor, era una amenaza latente a la vista de lo ocurrido. Así pues, envió a sus habitantes a otras poblaciones y dejó expedita la muralla de la ciudad de modo que futuros atacantes no pudieran recurrir a usar los arrabales para sus propios fines.

-¿Y cómo están las cosas por aquí?- preguntó cuando terminó su crónica de sucesos.

-Monseñor el conde Raymond se marchó a toda velocidad a París cuando tuvo noticia del asedio- respondió Seila con bastante sarcasmo-. Se presentó en el Louvre como alma que lleva el diablo a jurar al rey Luis que él no tenía nada que ver con aquello, y le juró por toda su parentela que su fidelidad estaba por encima de cualquier comentario. No obstante, parece ser que el rey no acabó de creerse sus protestas acerca de su lealtad porque advirtió que no toleraría más traiciones. Y en su palacio anda, desesperado por las quejas

cotidianas de los cónsules y sus constantes conflictos consigo mismo por querer estar a buenas con todos.

-Por lo visto, hasta le aseguró al rey que él mismo se pondría al frente de un ejército para destruir la Sinagoga de Satán y exterminar a los infectados que la habitan, pero es la enésima vez que promete algo semejante para luego no cumplirlo alegando mil excusas. En fin, monseñor, como vos sabéis, no se puede servir a Dios y al diablo- sentenció Arnaud-. Tarde o temprano, el conde tendrá que tomar partido quiera o no, y entonces se verá hasta donde es capaz de llegar.

Con todo, las disyuntivas y las cuitas morales de Saint-Gilles eran lo que menos preocupaba a los inquisidores que, totalmente ajenos a los turbulentos tiempos que se habían desencadenado últimamente, seguían dedicados por entero a sus asuntos, y ni un solo momento habían disminuido la presión sobre los infectados. De hecho, seguía con sus constantes viajes de un lado a otro, parando en cada villorrio en busca de herejes a los que hacer sentir sobre ellos el peso de la justicia divina, y solo el rumor de su próxima llegada era suficiente para que los *perfectos* y *creyentes* de la población salieran corriendo a ocultarse en las cuevas cercanas o, hartos ya de tanto acoso, marcharse a aumentar la ya saturada población de Montségur o largarse para siempre bien lejos a cualquier sitio donde nadie los conociera. A tal extremo había llegado el terror que inspiraban los predicadores que, la mayoría de las veces, incluso se arriesgaban a viajar sin escolta militar, yendo solo acompañados por los secretarios y escribanos que levantaban las actas de los interrogatorios. Los que encontraban culpables eran puestos en manos del preboste local, el cual no tenía otro remedio que enviarlos a la hoguera o al Muro convenientemente escoltados.

Sin embargo, muchos de los prebostes odiaban a los inquisidores tanto o más que el pueblo ya que, a pesar de su rango, los predicadores no habían tenido ningún miramiento a la hora de condenar a algún pariente, amigo o incluso familiares directos, y más de uno y más de dos se la tenían jurada a los del Santo Oficio por haberse vistos obligados a mandar a la hoguera a alguno de sus allegados. Solo el temor a convertirse también en sospechosos de herejía o caer en desgracia ante el conde ponía freno a sus ansias de venganza, por lo que en muchas ocasiones eran ellos mismos los que, avisados por los mismos inquisidores sobre su llegada de allí a pocos días, ponían sobre aviso a los *buenos hombres* para que pusieran tierra de por medio. En algunos casos

se mostraron abiertamente en contra de la presencia del Santo Oficio. Hacía un par de años, el preboste de Montauriol mandó congregar a toda la población y los conminó a no delatar a un solo vecino ante la inminente visita de los inquisidores. Advirtió a todo el mundo que aquel que se atreviera a interponer una denuncia sería arrestado, le confiscaría sus bienes y lo ahorcaría sin dilación alguna así que, en esa ocasión, la visita del Santo Oficio no resultó en modo alguno lo fructífera que se esperaba.

Pero si alguien odiaba de verdad a los inquisidores, ese era Pèire Rotger de Mirapeis. Era un odio profundo, monolítico, que llegaba a los más recónditos resquicios de su alma arraigando de forma inamovible como esos árboles que crecen incrustados en las grietas de las rocas, a los que ni el viento ni las tormentas son capaces de abatir. Porque Mirapeis no solo los veía como los culpables del estado de terror implantado en la Occitania, sino como un instrumento de la Iglesia y del Capeto para aniquilar a la nobleza de la región y, con ella, sus libertades consagradas durante generaciones. Seila, Arnaud, Cathala, Pelhisson, Ferrer... incluso aquel franciscano, Étienne de Saint-Thibery, eran para él la representación del Mal en su estado más puro.

-Algún día me apoderaré del cráneo de uno de esos hideputas y me haré una copa en la que beberé el vino durante el resto de mi vida- aseguraba a todo aquel que quisiera oírle despotricar durante horas contra la Inquisición. Y cualquiera que lo conociese sabía que lo cumpliría.

A veces, Saint-Gilles salía a pasear por las calles de Tolosa para tomar el pulso a su ciudad, si bien durante los últimos años dicho pulso solía andar bastante alterado a la vista de los acontecimientos que se venían desarrollando. Se hacía acompañar por Guarin que, gracias a su infalible memoria, era capaz de recordar si los precios del pan, el pescado o la carne habían subido, o si tal o cual tendero no estaba al día en los impuestos o si los tejidos que se ofrecían habían empeorado en calidad. Conforme a su rango, se hacía preceder de dos criados que le abrían paso entre el tumulto, y lo escoltaban cuatro sargentos armados hasta los dientes porque las últimas asonadas le demostraron que nadie estaba a salvo cuando el pueblo se escudaba tras la impunidad de una turba enfurecida.

No obstante, le agradaba caminar sin rumbo fijo por su Tolosa, hacer alguna

indicación para mejorar algún detalle sobre las calles, el buen orden en los mercados o los posibles abusos por parte de los cambistas. Era durante aquellos apacibles garbeos cuando se le aclaraba la mente y discernía mejor sobre sus múltiples problemas.

-¿Viviremos algún día en paz, Guarín?- preguntaba a su chambelán mirando al vacío mientras caminaba manteniendo su porte altivo y distinguido que levantaba la admiración del mujerío circundante-. No sé qué es pasar una semana sin que algún problema me atormente el ánimo.

Y Guarín, que ya dudaba de todo, se encogía de hombros y le respondía cualquier cosa para conformarlo.

-Algún día, si Dios quiere, monseñor- le respondía sabiendo que las probabilidades de alcanzar semejante Arcadia eran las mismas de que lloviera hacia el cielo.

-Y todo por culpa de esa maldita herejía que enhoramala tuvo que arraigar en esta tierra y que dio pie a la cruzada- proseguía como hablando para sí mismo-. Llevamos décadas de sufrimientos, de guerras interminables. ¿Y para qué?

A veces pasaba todo el tiempo que duraba el paseo divagando sobre aquello, llegando a la conclusión de que quizás debería armarse de valor de una vez y cumplir con lo que había prometido tantas veces al Capeto: armar una hueste, destruir la Sinagoga de Satán y no dejar un solo infectado vivo. Pero, ¿arrasar Montségur acabaría con la infección o, por el contrario, los mártires que él mismo crease la reforzarían? Porque siempre que se sumía en aquel dilema le asaltaba el mismo pensamiento: ni los cientos de infectados enviados a la hoguera o los creyentes recluidos en el Muro habían servido para aminorar la expansión de la herejía, así que tampoco acertaba a dar con una solución adecuada para acabar con ellos.

Cuando tuvo noticia del fracaso de Trencavel se preocupó bastante, porque aquello era para él como una piedra de toque para calibrar la capacidad del Capeto a la hora de reprimir una rebelión en toda regla. Y, ciertamente, quedó claro que no solo era capaz, sino que contaba con los medios para someter a cualquier rebelde rápidamente. Si había metido en cintura a alguien como Trencavel en apenas dos meses, podía hacer lo mismo con cualquier *faidit* en el mismo tiempo o incluso menos. El senescal de Carcassonne se mostró como un tipo audaz, que no se amilanaba con cualquier cosa, y más si se tenía en cuenta que la población estaría en su mayor parte del lado de su antiguo señor.

Sin embargo, supo mantener el orden en el interior de la ciudadela y resistir a la vez los constantes intentos del belicoso vizconde para ocuparla. Luego, bastó la presencia de Beaumont para que el ejército preparado durante tanto tiempo a costa de tanto dinero se diluyese como miel en agua hirviendo.

-¿Qué podría debilitar al Capeto?- preguntó a Guarín mientras ojeaba un tenderete donde ofrecían salazones de pescado.

-¿Debilitarlo en qué, monseñor?

-Su poder, su pujanza. ¿Qué es lo que detendría su expansionismo?

Guarín meditó largamente la respuesta mientras su señor caminaba con paso cansino mirando hacia el cielo, como buscando la respuesta que jamás le llegaba. Saint-Gilles carecía del espíritu belicoso de sus abuelos. No era cobarde, sino un indeciso incurable que jamás lograba pasar a la acción y que, para colmo, estaba ya demasiado escarmentado de tantas humillaciones y tantos quebraderos de cabeza como llevaba sufridos a lo largo de su vida. Aunque bajo ningún concepto lo reconocería ante nadie, a quien más admiraba era a su tatarabuelo, Raymond IV de Saint-Gilles, uno de los más denodados paladines de la Primera Cruzada que no dudó ni un instante en juntar a su gente y marcharse a la otra punta del mundo a defender la fe cristiana. Su padre también había sido un hombre enérgico y decidido, pero parecía que en él había mermado el proverbial empuje que durante generaciones había caracterizado a los Saint-Gilles. Con todo, su padre tuvo que verse humillado por el abad de Cîteaux, aquel demonio de Arnaud Amalric que consumó un apocalipsis terrenal en Béziers, o por Simón de Monfort, un buitres ávido de tierras y poder que en buena hora murió cuando asediaba su amada ciudad con la cabeza reventada por un bolaño que, paradojas de la vida, había sido lanzado por un pequeño fundíbulo de tracción manejado por unas cuantas bravas tolosanas.

Una leve tosecilla de Guarín lo devolvió al mundo real.

-¿Qué detiene al jabalí, monseñor?- preguntó en tono enigmático esbozando una sonrisa que dejaba ver sus encías despobladas.

-¿Qué quieres decir?- replicó el conde, perplejo ante aquella absurda pregunta.

-Pregunto, monseñor, que qué es lo que hace que el más fiero jabalí detenga su carga y opte por dar media vuelta y largarse con el rabo entre las patas.

Saint-Gilles se quedó pensativo un momento calibrando si era una broma o hablaba en serio.

-Los perros, naturalmente- respondió sin saber aún de qué iba la cosa-. Una buena rehala de mastines es lo único capaz de ahuyentar al jabalí. Pero supongo que esto no va de cacerías, ¿verdad?

-En cierto modo sí, monseñor- respondió Guarín sin perder su sonrisa que convertía su cara en un campo recién arado, llena de profundos surcos-. Una cacería donde priman la astucia y el saber adelantarse a los movimientos del jabalí.

Saint-Gilles bufó contrariado mirando de reojo al anciano.

-Guarín, mi sentido del humor lleva desaparecido desde no sé cuánto tiempo, y mi capacidad para resolver tus adivinanzas más aún, de modo que déjate de acertijos y dime de una vez qué tramas.

-Cuando llegemos a palacio, monseñor- susurró en tono enigmático, aumentando en varios grados la curiosidad del conde-. No es un asunto que se pueda hablar en plena calle, rodeado de patanes y de chivatos de los predicadores.

Y no se equivocaba el chambelán porque, en efecto, los cuatro sargentos de la escolta ya estaban con las orejas tiesas intentando cazar alguna palabra indiscreta. Y no para ir contando chismes a los inquisidores, sino para tener de qué hablar en las tabernas y sacar alguna ronda de vino gratis. Lo malo es que era precisamente en las tabernas donde la gente soltaba la lengua y donde los *exploratoris* del Santo Oficio llevaban a cabo sus mejores recolecciones de chismes que podían acabar con el parlanchín de turno en la siniestra cripta de Saint-Étienne o, peor aún, en el Muro.

Cuando el conde se acomodó en su poltrona aún tuvo que esperar un rato antes de recibir las explicaciones de Guarín, que sin perder un minuto se había metido en la pequeña estancia que le servía de despacho y archivo. Más de media hora tardó en aparecer medio desvencijado por el peso de varios legajos con las esquinas roídas por los ratones que dejó caer sobre la mesa, levantando una nube de polvo mezclado con telarañas y algún que otro insecto muerto.

-Monseñor- anunció enarbolando uno de los legajos de piel de cordero oscurecida por el tiempo-, este es quizás el primer obstáculo a vencer.

El conde entornó la vista para ver el enunciado del legajo, cuya desvaída tinta roja apenas era ya visible.

-¿No es el infamante tratado que me vi obligado a firmar en Meaux?- preguntó dubitativo.

-Así es. Monseñor. El tratado que firmásteis hace ya más de diez años y que en la práctica entregaba la mitad de los dominios de la Casa de Saint-Gilles al Capeto y ver desmantelados una treintena de vuestros castillos además del repugnante expolio y la tremenda humillación de ser flagelado ante el altar de Notre Dame por especial empeño de la regente. Casar a vuestra única hija con su hermano Alfonso condena al condado de Tolosa a extinguirse tarde o temprano pasando a manos de la corona. Solo engendrando un varón podría revertirse esa situación.

-Guarin, ¿te burlas de mí?- gruñó el conde-. Sabes sobradamente que eso me lleva quitando el sueño desde hace años, pero hace ya mucho tiempo que lo di por imposible. Mi mujer es bastante mayor que yo. Tiene ya cincuenta y cuatro años y, según pude sonsacar en su día a una de sus dueñas, no le llega el renuevo hace al menos siete u ocho. En todo caso, tras el parto de nuestra hija no ha sido capaz de quedarse preñada de nuevo, y pongo a Dios por testigo de que he puesto el máximo interés en ello a pesar de que no es una hembra especialmente... fogosa, si bien no acudo a su aposento a reclamar el débito conyugal desde que tuve constancia de que era incapaz de engendrar. Por mi alma que acostarse con esa mujer es como yacer con una efigie sepulcral-terminó diciendo en voz baja, haciendo partícipe a su chambelán de un secreto conocido por todo el personal de palacio, desde las criadas a los palafreneros-. Pero sigo sin ver qué relación hay entre los jabalíes, las rehalas y el útero reseco de mi mujer, de modo que explícate, demonios.

-Pues ya que vuestra mujer, mi señora Sancha, no puede daros más hijos, repudiadla. Mandadla a casa de su sobrino, el rey Jaime de Aragón, y buscad otra que os de ese heredero que precisáis como el aire que respiramos.

Saint-Gilles permaneció mudo un rato con los ojos abiertos de par en par y con la copa de la que iba a tomar un sorbo de vino detenida a mitad de camino entra la mesa y su boca.

-Guarin- dijo finalmente, renunciando al sorbo de vino- si no fuera por el afecto que te tengo y porque sé que no estás ya para muchos trotes ordenaría a mis criados que te dieran de palos. ¿Estás de chanza o qué? ¿Has bebido? ¿Has perdido la razón? ¿En base a qué voy a poder la anulación del matrimonio?

-Mi señora Sancha es vuestra hermana, monseñor- anunció con voz campanuda enarbolando otro legajo aún más viejo que el anterior.

-Pero... ¿de qué hablas, viejo endemoniado?- farfulló el conde, empezando

a notar que la ira le subía desde el estómago-. ¿Qué estupidez est...?

Guarin, abrió el legajo con su habitual risa flojucha cuando hacía o decía algo que consideraba una broma de mal gusto. Hurgó entre los papeles y sacó uno de donde pendían varios sellos de cera de sus correspondientes vitolas. Con un rápido vistazo, el conde reconoció el de su padre.

-Esta es la partida de bautismo de vuestra mujer, monseñor-. En ella aparece vuestro padre, de bendita memoria, como padrino. Por lo tanto, mi señora Sancha es su ahijada, *ergo* vuestra hermana. Lleváis veintiún años practicando el incesto. Podéis y debéis repudiarla. Ni el mismísimo papa puede negarse por mucho que el Capeto se esfuerce en presionarlo.

Aquello era demasiado para el conde, que empezó a boquear como un pez fuera del agua antes de poder articular ninguna palabra más.

-¡Pero sí mi mujer no está emparentada ni remotamente conmigo, idiota!- pudo exclamar cuando puso medianamente en orden sus ideas- Además, ¿ahora me vienes con esas, después de más de veinte años?

Dando saltitos, Guarín se dirigió a una enorme biblia que reposaba sobre un atril. Se humedeció el pulgar con la lengua y empezó a pasar páginas con una destreza propia de un hombre habituado a manejar papeles a diario durante años. Tras rebuscar un poco puso cara triunfante y señaló una página con su sarmentoso índice.

-¡Levítico, versículo 16!- graznó sonriente.

-¿Qué tiene que ver el Levítico con...?

-“No descubrirás la desnudez de la mujer de tu hermano, es la desnudez de tu hermano.”

-¡Pero Sancha no es mi cuñada, idiota!

-Razón de más, monseñor. Si el Levítico considera que la mujer de vuestro hermano sería vuestra hermana, razón de más si se trata de una hija de vuestro padre.

-¡Pero si no es hija de mi padre, imbécil!- bramó el conde bastante irritado por aquel sinsentido.

-Ya lo sé, monseñor- replicó con serenidad el anciano chambelán intentando calmar a su señor-. Pero una cosa es lo lógico y otra el Derecho Canónico y los remilgos de la Iglesia con estos temas de pseudo-parentesco. ¿Cuántos matrimonios regios se han disuelto por este motivo? ¿Cuántos han tenido que pedir una dispensa por ser parientes en cuarto o quinto grado, que es lo mismo que nada? Y tened en cuenta que algunos teólogos insisten en que no se deben

permitir matrimonios incluso entre parientes en octavo grado, de modo que precedentes hay de sobra. ¡Ah, y además es vuestra tía!- añadió Guarín enarbolando la varita como si hubiera recordado algo importante-. Es hermana de vuestra madrastra, recordadlo.

-¡Pero si yo ya había nacido cuando mi padre se casó con Leonor de Aragón, solemne botarate!- gritó el conde, al que aquel lío de parentescos empezaba a sobrepasarle-. Yo ya tenía cinco años si mal no recuerdo. ¿Cómo vamos a agarrarnos a una excusa tan absurda? ¿Quieres que se rían de mí? Toda la nobleza occitana está emparentada, para no hablar de las monarquías del sur de Europa.

-Ciertamente, habría que hilar muy fino- reconoció Guarín encogiéndose de hombros-, pero, legalmente, la última mujer de vuestro venerable padre que Dios haya perdonado fue vuestra madre, por lo que su hermana es vuestra tía en primer grado de consanguinidad. Siempre viene bien guardar un último virote en la aljaba por si el papa nos pone pegas, ¿no?

-Aceptemos en todo caso que Gregorio se avenga a anular el matrimonio pero, ¿y mi hija? ¿Qué pasaría con mi hija Jeanne? ¿Se convertiría en una hija ilegítima, por Cristo!

-Vayamos por partes, monseñor- replicó Guarín tendiéndole la copa para que se calmase un poco-. Vuestro problema no es fácil de resolver, y a grandes males grandes remedios. Si preferís que vuestra hija, ya casada con el hermano del Capeto y con el porvenir asegurado, siga siendo el principal escollo para veros libres de la tutela del rey francés y de la arpía de su madre, no he dicho nada. Pero si queréis que los dominios que los Saint-Gilles han poseído desde hace generaciones sigan en manos de vuestra Casa, escuchadme y no os escandalicéis, porque los asuntos de estado requieren de cabeza fría, corazón pétreo, astucia, decisión y, por desgracia, estómago para resistir las infamias que a veces hay que tolerar, contemplar o incluso cometer.

El conde sacudió la cabeza, llenó la copa y la apuró de un trago.

-¡Habla de una vez!- balbució tosiendo, medio atragantado por el vino.

Guarín, que tenía la sangre más fría que un lagarto metido en un pozo de nieve, abrió varios legajos, sacó algunos papeles y los distribuyó sobre la mesa. Carraspeó un poco y comenzó su discurso ayudándose de una varita con la que iba señalando los documentos como el pedagogo con su pupilo.

-Monseñor, vos sabéis igual que yo que el apoyo que vuestro padre prestó a los infectados y vuestra ambigüedad hacia ellos han sido en realidad la excusa

de la que se aprovechó la regente para intentar expandir los dominios de Francia hacia la Occitania, la más rica tierra hasta los Pirineos- relató señalando con la varita la primera página del Tratado de Meaux firmado hacía ya doce años. La castellana, que así se la lleven al abismo Asmodeo y sus setenta y nueve legiones de demonios, fue la verdadera artífice de todo porque el Capeto, que por aquel entonces apenas tenía quince años, debía estar más tiempo pensando en ensartar a sus criadas que en preocuparse los asuntos del reino.

-Ya sé del origen de mis desdichas, Guarin, pienso en ellas a todas horas- interrumpió el conde- ¿Por qué no abrevias un poco? Este tema me está empezando a agotar.

-Paciencia, monseñor- respondió el chambelán señalando unos renglones de otra página- ¿Veis esto? Aquí está la enjundia de todo esto. La trampa. El brete que os aprisionó.

Saint-Gilles estiró el cuello para leer el texto descolorido.

-“...y tras la muerte del conde, Toulouse y su obispado pertenecerán al hermano del rey; si éste muriera sin dejar hijos sus dominios volverían a la corona sin que los demás herederos o descendientes del conde Raymond de Saint-Gilles pudieran reclamar derecho alguno”- recitó a media voz-. Sí, lo recuerdo más o menos ¿Y...?

-Si vos morís sin heredero varón, vuestras tierras irán a manos de Alfonso. Si Alfonso muere sin herederos, vuestras tierras pasan directamente a la corona. Si vuestra hija Jeanne se convierte en ilegítima, la castellana y su hijo Alfonso y, a la postre, el rey Luis, se quedan con las ganas de ser los amos de la Occitania, y si encima podéis engendrar un varón sus opciones se diluyen como la cal en el agua.

-Pero repudiar a mi mujer no es fácil- arguyó el conde, que ya estaba empezando a ver claro el plan de su fiel Guarin-. No solo se opondrán el rey Luis y el rey Jaime, que no va a dejar tirada a su tía. Hay que contar con que el papa Gregorio, que me aprecia tanto como yo a él, acepte y anule el matrimonio.

-No le queda otra, monseñor- afirmó Guarin señalando un tercer documento-. Aquí aparecen además las firmas de los testigos del bautizo. La mayoría son fieles servidores de los Saint-Gilles y, aunque casi todos han muerto ya, el resto se prestarían de mil amores a testificar de nuevo que vuestro padre apadrinó a vuestra mujer. Si Gregorio se niega sería un

escándalo mayúsculo porque estaría tolerando un incesto declarado. Ni lo que digan el rey de Aragón o el Capeto puede influir aunque quisiera. Podrá dilatar el proceso, pero tendrá que acabar aceptando.

-¿Y mientras tanto...?

-Mientras tanto podéis ir buscando quien os caliente el lecho, monseñor. Hay que buscar una mujer perteneciente a alguna familia que nos convenga como aliada, con poder económico y militar y cuyas antecesoras sean de probada fertilidad. No podemos arriesgarnos por segunda vez. Vos sois perfectamente hábil para engendrar, supongo, de modo que con la hembra adecuada en un año o año y medio a lo sumo tendremos a un futuro conde de Tolosa en el mundo.

Saint-Gilles sonrió por primera vez en muchos días mientras asentía en silencio. Solo imaginar la cara de la regente al enterarse del repudio le producía hormigueo de placer en el estómago. Y si en poco tiempo lograba preñar a su nueva mujer y era un varón, sería la puñalada final. El infame Tratado de Meaux se convertiría en papel mojado.

-¿Y si en vez de un varón es una hembra?- preguntó devolviendo a su rostro la expresión sombría anterior.

-No importa. Monseñor- explicó Guarin-. Sería la legítima heredera de los Saint-Gilles que, lógicamente, sería casada con una familia aliada designada por vos. Vuestra hija Jeanne, aunque me pese repetirlo, sería una bastarda sin opciones de ningún tipo porque la heredera legítima sería su medio hermana.

-Eres un verdadero diablo- murmuró el conde, cuyo rostro se volvió a iluminar con una amplia sonrisa-. Nada se te escapa, juro a Dios... Pero, ¿y qué hay de la rehala que debía detener al jabalí? El repudio me libraría de la tutela del Capeto de forma temporal, y eso siempre y cuando no decida atacarme. Después de lo de Trencavel debe andar con la moral por las nubes.

-La rehala son los enemigos de Francia, monseñor: Inglaterra, Aragón y todos los nobles occitanos que odian al Capeto tanto como vos: Foix, Armagnac, Lusignan, el vizconde de Narbona, Lautrec... ya puestos, incluso el emperador Federico se uniría a la alianza con tal de fastidiar al Capeto y, sobre todo, a Gregorio, que lo primero que hizo cuando lo coronaron papa fue excomulgarlo. Si logramos formar una alianza militar capaz de dar un golpe decisivo al rey Luis no podrá levantar cabeza. Enrique de Inglaterra es duque de Aquitania, por lo que es vasallo de Luis y eso no lo puede digerir. Jaime de Aragón no quiere tener por vecino en el septentrión de su reino a un monarca

que ha demostrado un notable afán por expandir sus dominios y, además, a costa de nobles que son vasallos suyos. Y de la aristocracia occitana, ¿qué decir? Darían lo que fuera por aniquilar al Capeto y volver a ser lo que éramos antes de la nefasta cruzada que, mal que nos pese, se inició por culpa de los infectados y fue aprovechada por vuestros enemigos de forma magistral para ver vuestros dominios reducidos al mínimo y a vuestros vasallos convertidos en *faidits* sin tener qué llevarse a la boca y viviendo poco menos que de la caridad de los *perfectos* que les pagan a cambio de sus servicios como gente de guerra.

Saint-Gilles cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos, intentando ordenar la larga parrafada del chambelán. No tenía ni de lejos la capacidad de análisis del anciano, y aunque había captado el plan necesitaba algo de tiempo para asimilarlo. Había comprendido que una hueste nutrida por los escasos efectivos aportados por señores locales no podían enfrentarse al ejército de un monarca que contaba con los medios, el dinero y los hombres necesarios para poner en un brete al más pintado. Así pues, y dando por sentado que él carecía de unos medios similares, estaba claro que lo único que podía hacer era intentar que otros debilitaran al Capeto para, mientras tanto, aprovechar las circunstancias y recuperar sus tierras. Pero, eso sí, dejando muy claro que lo hacía en virtud de sus derechos como señor de las mismas, y no por las cuestiones de tipo religioso que habían costado tantos disgustos a los *faidits* que hicieron la guerra al Capeto por defender a los infectados. Pero aunar voluntades de reyes y nobles para que actuasen en su beneficio se le antojaba complicado aunque ello supusiera debilitar a la pujante monarquía francesa.

-Buscad la alianza con el inglés, monseñor- insistió su fiel Guarín, como adivinando la tormenta que en aquel momento tenía lugar en la cabeza del conde-. Junto al rey de Aragón podéis formar una coalición a la que se sumarían otros poderosos nobles. Metedles el miedo en el cuerpo. Decidles que el Capeto busca ampliar sus dominios a costa de los suyos, que la Aquitania y los condados de la Marca Hispánica están en peligro, y que hará la guerra a ambos para aumentar su poder y su influencia. Si os respalda una alianza con el inglés y el de Aragón se os unirán muchos nobles que ven peligrar sus tierras y su influencia. Esa gran coalición acabaría para siempre con las ansias expansionistas del Capeto hacia el mediodía de sus dominios. Y cuando el francés sea derrotado será el momento de empujarlo hacia el septentrión, imponer vuestras condiciones y devolver las cosas a su estado

primigenio, como estaban antes de que la maldita cruzada diera pie al francés a poner un pie en la Occitania.

-¿Por dónde empezamos, Guarín?- murmuró-. Tengo ya más de cuarenta años, y no quiero irme de este mundo sin recuperar mi patrimonio.

-Empezad por el inglés, monseñor- aconsejó el chambelán-. De todos, es el que más puede temer del Capeto porque sus tierras proceden de herencia materna. Como ya os he dicho, al ser duque de Aquitania es vasallo del rey de Francia, y eso no le hace ni pizca de gracia porque para un rey ser vasallo de otro rey resulta un tanto humillante, aparte de paradójico. Colijo pues que será el más interesado en eliminar esa amenaza.

Saint-Gilles asintió.

-Prepara una carta para tantearlo. Que no nos comprometa en nada, sino que parezca una simple oferta de mutua lealtad contra enemigos comunes y a ver qué nos contesta. Ordena que la envíe alguien de vuestra más absoluta confianza. Todo esto deberá ser llevado bajo el mayor de los secretos.

-¿Y al rey de Aragón, para cuándo, monseñor?

-Mejor esperar la respuesta del inglés. Aunque imagino que devolverle a su querida tía le sentará como un golpe de bolaño en la barriga, su mujer es hija del conde de Provenza, así que está metido de lleno en el destino de la Occitania, que dudo mucho quiera ver como acaba en manos del Capeto. En todo caso, sin el apoyo de Enrique no hay nada que hacer, así que no creo que merezca la pena hacer la propuesta a varios al mismo tiempo con el riesgo que ello conlleva. Si el inglés acepta, entonces será el momento de tantear a los demás. Contando con el aval de un aliado importante será más fácil. Ah, y ve confeccionando una lista de posibles nobles a los que tantear llegado el caso.

-Me pongo en ello de inmediato, monseñor- respondió Guarín recogiendo los documentos de la mesa.

-¡Y ve pensando en quiénes tienen alguna hija o hermana casadera!- exclamó cuando Guarín ya había salido de la sala encorvado por el peso de los legajos-. ¡Y qué al menos sea joven!- añadió rápidamente, recordando la de tiempo que llevaba sin catar una hembra de carnes prietas, que para eso su querida esposa se había preocupado de que todo el servicio doméstico femenino de la casa fuera como mínimo de su edad o feas como gárgolas.

Saint-Gilles se repantingó en su poltrona tras servirse otra copa de vino llena hasta el borde. Sonriendo la fue vaciando a sorbitos, cada vez más contento porque, por primera vez en muchos años, veía algo de luz en su

tenebrosa existencia.

Capítulo 18

Contrariamente a lo que esperaba, el papa Gregorio no puso objeciones a la anulación del matrimonio de Saint-Gilles con la infanta aragonesa. Sancha tampoco se lo tomó demasiado mal cuando su marido le hizo saber que deseaba repudiarla. No pudo convencer a Guarín de que fuera él a darle la noticia.

-Monseñor- le dijo el chambelán en tono de reproche-, llevo solucionando las meteduras de pata de vuestra familia desde hace más de 45 años. Excusadme al menos de tener que ser yo el que ponga de patitas en la calle a la que ha sido mi señora desde que murió vuestro padre y pasé a vuestro servicio.

Por más que insistió no hubo forma de persuadirle hasta que, finalmente, Guarín le espetó que bastante trabajo tenía con buscarle una nueva mujer como para tener encima que despachar a la antigua.

Doña Sancha no movió un músculo de la cara cuando su esposo le soltó una larga parrafada llena de connotaciones políticas, de su necesidad de un heredero varón, del futuro de la Casa de Saint-Gilles, etc.

-¿Habéis terminado, monseñor?- dijo tranquilamente cuando vio que su marido se quedó callado, jadeando un poco de tanto hablar sin tomar aire siquiera. Saint-Gilles, que esperaba un ataque de cólera que, a su pesar, tendría que soportar estoicamente, asintió en silencio. En realidad, no sabía si era peor un avenate de furia o la gélida réplica que estaba incubando la aragonesa.

-Pues id rebuscando en vuestras arcas llenas de aire y orgullo, monseñor, porque no me iré de Tolosa sin mi dote. A eso, añadid todo el ajuar y las joyas que me pertenecen tanto por familia como por haber sido obsequios vuestros. Y, naturalmente, hasta que no llegue la anulación de Roma no pienso moverme de aquí. Soy una infanta de Aragón, y a mí no se me despide como una vieja criada inútil ya para el servicio, con unas monedas de gratificación y saliendo por la puerta trasera.

Saint-Gilles volvió a asentir, un poco avergonzado por verse en semejante brete con la que aún era su legítima esposa.

-En todo os satisfaré, mi señora, perded cuidado- replicó en tono conciliador-. Solo os ruego que me deis un margen de tiempo para solucionar

el tema de la devolución de vuestra dote. Es mucho dinero, y sabéis que las guerras que llevamos soportando desde hace décadas han mermado gran parte de mi patrimonio. Además, tengo a la vista unos asuntos que, si se resuelven como espero, en menos de un par de años podré devol...

-No me habéis entendido, monseñor- interrumpió la infanta esbozando una fría y leve sonrisa que podía ser interpretada de cualquier forma menos como amistosa-. A mí me da higa el estado de vuestras finanzas, vuestra interminable incuria a la hora de mantener el poder de la antigua Casa de Saint-Gilles, el contumaz apoyo de vuestro padre hacia los herejes que lo convirtió en un proscrito ante la nobleza y la realeza de media Europa. Yo estoy aquí porque mi padre, al que Dios haya perdonado, no tuvo bastante con casar a mi hermana Leonor con el vuestro, sino que me añadió en el lote casándome con vos para afianzar su alianza con el otrora más poderoso señor del Languedoc para que hiciera de freno ante el expansionismo francés.

Saint-Gilles abrió la boca para decir algo, pero doña Sancha le hizo callar con un enérgico gesto de la mano.

-Callad y oíd, monseñor- prosiguió con voz tranquila-. Ni por un momento penséis que estáis tratando con uno de vuestros sargentos, así que permitid que os diga lo que os tengo que decir del mismo modo que yo os he escuchado de principio a fin vuestro discurso dictado de cabo a rabo por vuestro chambelán, ese ratón de biblioteca que es más bien una serpiente. Sí, no pongáis esa cara de sorpresa porque sé que todo esto ha sido tramado por él. Vos no tenéis ni la astucia ni los redaños para emprender algo semejante si no tenéis alguien al lado que os indique el camino.

-¡Mi señora, sois injusta conmigo y con mi buen Guarín!- protestó el conde con vehemencia, como al niño que pillan en un embuste y pretende salir del paso haciéndose el ofendido-. ¡Esto es un asunto de estado que llevo años estudiando...!

-¡Monseñor, vos sabéis de asuntos de estado lo mismo que yo de ordeñar cabras!- interrumpió esta vez la infanta, que ya empezaba a dar muestras de impaciencia-. ¡Servíos no insultar a mi inteligencia y, al menos, admitid la verdad por una vez en vuestra vida! Estamos solos en esta sala, nadie es testigo de vuestra falta de visión, vuestra incurable desidia a la hora de afrontar los problemas y de vuestra total ineptitud para el buen gobierno, así que dejadme concluir de una vez, no tardaré mucho. Vuestro chambelán ha sido el que ha regido en la sombra los pocos dominios que os han ido

quedando del otrora inmenso patrimonio familiar y en eso hay que reconocerle su mérito. Más aún, hasta admito que os haya sugerido mi repudio ya que Dios no ha querido que os de un heredero varón. Al cabo, él se debe al servicio de los Saint-Gilles, y yo aquí soy una extraña, un útero útil solo para establecer una alianza y para traer hijos al mundo, como todas las mujeres de linaje.

El conde asentía resignado y admitiendo muy a su pesar que no le faltaba un ápice de razón. Pero lo cierto es que sus arcas estaban vacías, y que todo el proyecto que quería poner en marcha para librarse de una vez por todas de la amenaza del Capeto requería hasta el último sueldo de sus maltrechas finanzas, y aún estaba por ver si podría recurrir a algún nuevo impuesto sin que los cónsules empujaran a la plebe a quemar su efigie en la plaza del mercado de Tolosa.

-¿Qué proponéis pues, mi señora?- musitó poniendo cara de pena en un postrero intento de ablandar a Sancha y cediera un poco en sus exigencias.

-Nada que no os haya dicho ya, monseñor. Si no tenéis dineros no es mi problema. Mi padre pagó al vuestro una dote con monedas contantes y sonantes que debéis devolverme, y si vuestro padre se las gastó en sus guerras contra el Capeto me importa un ardite. Pedid prestado a cualquier usurero judío o a uno de esos infectados que acogéis de buen grado en vuestra capital. Sé de buena tinta que manejan grandes cantidades de dinero y, aunque exigen unos intereses similares a los judíos, imagino que solo por la protección que los Saint-Gilles les han brindado desde hace más de 50 años no os exprimirán demasiado. Dadme lo que en justicia me pertenece y tenéis mi palabra de que no pasarán ni dos días desde que llegue la anulación desde Roma para marcharme a mi tierra que, por cierto, añoro bastante.

-Sea- admitió el conde, que no veía otra salida para dar término cuando antes a aquel asunto-. En breve reuniré el dinero de vuestra dote y, si como espero, en pocas semanas llegan noticias de Roma, antes de un par de meses estaréis de vuelta en casa de vuestro querido tío Jaime. En todo caso, sabed que siempre os...

-Raymond- interrumpió la infanta, esta vez esbozando una amplia sonrisa- ni se os ocurra decirme eso de que siempre me habéis amado porque lo tomaría como un insulto. Al menos, que el final de nuestro matrimonio no se vea manchado por la falsedad. Vos y yo no nos hemos amado nunca. Hemos sido y somos meros instrumentos del poder, de las alianzas trazadas por nuestros padres que, a su vez, revertimos en nuestros hijos. Entre nosotros no ha lugar

para el amor. Eso queda bonito en las canciones de los trovadores, pero en la vida real me temo que solo los plebeyos pueden permitirse el lujo de disfrutarlo. Hemos convivido durante casi treinta años, nos hemos respetado y con eso basta. Además, soy once años mayor que vos, de modo que no me toméis por necia porque es obvio que vuestros ojos y vuestra lascivia miran para otro lado y pican hacia mejores presas que una mujer que cuando erais joven ya era madura, y cuando llegasteis a la madurez ya era vieja.

Saint-Gilles no pudo por menos que reconocer que la infanta le había hablado como lo que era, la hija de un rey y no como una villana despechada. Se levantó y, sin decir una palabra, se acercó a ella, le acarició levemente su ajado rostro y, tomándole la mano, se la besó rozándola apenas con los labios.

-Gracias por todo, mi señora- dijo antes de marcharse no sin sentir cierta sensación de alivio-. Que Dios nuestro Señor os premie con largueza por vuestra resignación y vuestro talante.

Al volverse para cerrar la puerta de la sala la miró con el rabillo del ojo y permanecía en la misma postura erguida que había mantenido durante toda la conversación. Ni por un instante mostró el más mínimo signo de debilidad o de duda, lo que le causó una profunda impresión porque, al cabo, siempre había sentido envidia de las personas con fortaleza de espíritu. Cerró suavemente pensando que, ciertamente, había demostrado ser mucho más fuerte y valerosa que él, y eso que por su posición estaba en franca desventaja. Con todo, y a pesar del alivio que sintió ante lo que pensaba sería una auténtica batalla campal, Saint-Gilles sabía que la conformidad de la infanta, aunque siempre deseable, era el escollo menor. El verdadero problema sería la reacción del hermano del rey Luis, al que la posibilidad de verse con un cuñado le cerraba de golpe sus aspiraciones sobre las posesiones de su suegro y, por supuesto, del papa Gregorio, al que no haría falta que el Capeto lo presionase porque ya se encargaría *mottu proprio* de, sino impedir la anulación, demorarla el máximo tiempo posible. En resumidas cuentas, la carrera de obstáculos solo acababa de empezar.

Por suerte o por desgracia, de nada sirvieron los meses de constante labor diplomática para persuadir a Gregorio porque tanto el iracundo pontífice como la infanta pasaron a la eternidad casi al mismo tiempo. El papa, con más

de ochenta años, se fue de este mundo preparando su enésima batalla contra el emperador Federico, al que declaró hereje sin poder llegar a proclamarlo al mundo en el concilio que había convocado en Roma. Más preocupado por el desmedido germano que por los problemas familiares del siempre controvertido conde occitano, sorprendentemente no se hizo de rogar tanto como hubiera sido imaginable y las pegas que puso fueron más de tipo jurídico que político, reclamando testimonios y declaraciones juradas que le fueron remitidas con el visto bueno de un notario y del obispo de Tolosa.

Doña Sancha se apagó de forma repentina en menos de dos semanas. Aunque las malas lenguas aprovecharon para culpar al conde de su deceso y repetir a todo el que quisiera escucharlo que había muerto de pena al verse repudiada por su marido, lo cierto es que la perspectiva de retornar a su tierra natal le había insuflado una euforia como no se le veía hacía años. Poseída por una actividad febril se pasaba el día correteando de un lado a otro en palacio seguido por sus dueñas, preparando su voluminoso equipaje a la espera de la anulación que debía llegar en breve. Sin embargo, un mal día amaneció con fiebre y dolores en sus partes que no se pudieron calmar con la sangría de rigor. Al cabo de dos días ya empezó a delirar y entró en un coma profundo del que no pudo salir, falleciendo tan silenciosamente como había vivido al día siguiente. El conde no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas ante el cadáver de su mujer aunque, en realidad, ya no lo era tanto en cuanto la anulación había salido de Roma hacía varios días si bien de eso no se enteraría hasta una semana más tarde. Pero tras el primer arrebato de dolor razonablemente compensado por ahorrarse el devolver la suntuosa dote y acompañado por unas cariñosas palmaditas de Guarín, tras las exequias tiempo le faltó para retomar su más perentoria necesidad: buscar esposa.

-Tenemos un pequeño problema, monseñor- anunció el chambelán mostrando una carta recién entregada por el típico mensajero agotado y polvoriento que siempre son los que traen los mensajes importantes

-¿Un problema? Qué raro, si en mi condado todo va siempre sobre ruedas- gruñó sarcástico Saint-Gilles dando por sentado que eso de casarse sin más no sería cosa de dos días-. ¿Y cuál es? ¿La lista de invitados para la boda tal vez?

-Celebro que estéis de tan buen humor, monseñor, pero en realidad es un problema de envergadura- rectificó Guarín con evidente mala uva, un poco mosqueado por el tono de chanza de su señor mientras que él llevaba semanas

literalmente incrustado en su despacho, trabajando más de catorce horas al día con cuatro escribanos que ya no podían más del agotamiento.

-Explícate- dijo el conde un poco alarmado.

-La hija del conde de Provenza, que figuraba como la candidata más interesante, ha sido casada con un hermano del rey de Inglaterra.

-¿Cómo que casada?- estalló el conde- ¡Estaba todo apalabrado, por Cristo! ¡Sólo faltaba la anulación de Roma!

-Precisamente por eso, monseñor. La tardanza hizo dudar al conde de la viabilidad de la alianza con vos, así que decidió no perder más tiempo. Al igual que otros señores occitanos, tiene prisa por establecer vínculos sólidos con otros enemigos del Capeto, y ante la duda ha optado por lo más rápido.

-¡Pero la anulación ya ha llegado, demonios!

-Un poco tarde, me temo. El matrimonio con el príncipe Ricardo ya es un hecho, así que no hay vuelta atrás. No obstante, tenemos otra opción que puede ser más interesante: Margarita de Lusignan.

-¿La hija de Hugo? ¿De Hugo el Moreno?

-Ese mismo. Odia tanto a la regente como al Capeto como a su hermano, entre otras cosas porque la boda de su hija Isabel con Alfonso se fue al traste, precisamente porque al final la elegida fue vuestra hija. Lleva años siendo un tábano para la corona francesa, y será un formidable aliado. Además, Margarita es joven, y su madre ha parido catorce hijos, cinco de su primer marido, el rey Juan de Inglaterra, y nueve del Moreno y, de todos, siete son varones. No creo que haya candidata mejor en las actuales circunstancias.

El conde asintió aprobando tácitamente. Una descendiente de una mujer tan fértil era una garantía para darle el heredero que necesitaba desesperadamente.

-¿Qué edad tiene?- quiso saber, muy ilusionado con su posible prometida.

-Trece años- murmuró Guarín tras buscar el dato en un informe. Al conde se le borró la sonrisa de golpe.

-¿Cómo que trece años? ¡Es una impúber, y yo necesito una mujer ya!

-Tranquilizaos, monseñor, ya le ha venido el renuevo hace cosa de un año, y mientras se soluciona la dispensa ya habrá cuajado en mujer.

Saint-Gilles pasó de la gozosa perspectiva al más tenebroso panorama en cuestión de segundos.

-¿Cómo que la dispensa? ¿Qué dispensa?

-La dispensa de Roma, naturalmente. Sois parientes en cuatro grado de

consanguinidad.

El conde negó con la cabeza.

-No me puedo creer que esto me tenga que pasar a mí- farfulló con el corazón latiendo como si se le fuera a salir del pecho-. ¡Que yo tenga que pasar mi asquerosa existencia dependiendo de los bujarrones de los curas, de los putos inquisidores y del cabestro de Roma es más de lo humanamente soportable!

Guarin, un poco sorprendido por el lenguaje tan soez de su señor, no pudo por menos que reconocer en silencio que tenía razón, pero en una nobleza donde todos estaban más o menos unidos por lazos de sangre era de esperar.

-Monseñor, ¿acaso queréis celebrar la boda sin el visto bueno del papa para que solo por eso anule el matrimonio y tengamos que empezar de cero? Llevamos años bajo el yugo del Capeto, de modo que por esperar unas semanas más no perdemos nada.

-¡Pero si no hay papa, maldita sea mi sangre!- estalló dando un puñetazo en la mesa-. ¡Pueden tardar días, semanas, meses antes de elegir al sucesor de Gregorio! ¡Esos sodomitas que Dios confunda se odian entre ellos tanto como odian a los infectados y se estarán dando dentelladas como perros rabiosos días y días unos a otros hasta ponerse de acuerdo!

-No no queda otra opción que esperar el resultado del cónclave, monseñor-musitó Guarín con cara de resignación encogiéndose de hombros-. Mientras tanto, seguiremos con nuestras gestiones a nivel diplomático para aumentar el número de aliados. Solo con Lusignan ya tenemos una baza importante, y el rey de Inglaterra se ha sumado sin dudar. El conde de Provenza, a pesar de haber fracasado la alianza matrimonial, sigue a nuestro lado porque ahora su hija también forma parte de la familia de un enemigo del Capeto, y el duque de Bretaña también ha respondido afirmativamente. Solo nos falta recabar el apoyo del rey de Aragón y de los señores occitanos que, en cuanto se les mencionen al inglés y a Lusignan, se sumarán de inmediato a la alianza.

Saint-Gilles no paraba de mover la cabeza mientras su chambelán intentaba consolarlo con sus buenas noticias a nivel diplomático. Pero el conde no le escuchaba. Un verdadero torbellino interior le iba a hacer estallar la cabeza y, por una vez en su vida, vio claramente que había que ir más allá de la mera cuestión política porque sabía de sobra que las lealtades de los grandes señores cambiaban de bando como una veleta girando en lo alto de una torre. A lo largo de su ajetreada existencia había visto cien veces como las alianzas

más graníticas se convertían en fina arena en cuestión de días por los motivos más variopintos, y los que hoy se juraban fidelidad eterna con votos de sangre mañana se tiraban a degüello por unas migajas.

-No, Guarin, no...-murmuró con la mirada perdida-. Esto tiene que ir más allá de una simple alianza militar que solo frenará al Capeto justo el tiempo que tarde en comprar las fidelidades de los que hoy nos apoyan ofreciéndoles más tierras. Esto tiene que ser algo más extenso, más amplio y, además de los nobles, teniendo por aliados a los que jamás podrá comprar ni por mil carros cargados de oro.

-No sé a dónde queréis ir a parar, monseñor...

-El pueblo de Occitania, Guarin. Ese es el mejor aliado. Llevan décadas tolerando lo intolerable, y no hablo de los infectados, sino de los católicos que se han visto involucrados sin culpa alguna en los desmanes de la cruzada. Los pacíficos vasallos de mi Casa que han tenido que ver como el abad de Cîteaux convirtió Béziers en una fosa común, o como el vizconde de Aymery quemaba a 200 vecinos de Minerve acusados de herejía, o la implacable furia y la insaciable voracidad de poder de Simón de Montfort, que así arda en lo más profundo del abismo. Han visto como los predicadores profanaban las tumbas de sus difuntos y sacaban los huesos de sus familiares para quemarlos en plaza pública por procesos sin resolver, o como muchos parientes eran enviados al Muro por denuncias a veces infundadas. Esos son nuestros mejores aliados, Guarin.

El chambelán sopesó las palabras del conde antes de responder porque lo que proponía era involucrar toda la Occitania en la enésima guerra soportada por una población que, si de algo estaba harta, era precisamente de guerras y solo anhelaba vivir en paz.

-Quizás sea pedirles demasiado, monseñor...Otra guerra acabaría arruinando lo poco que os queda.

-No los quiero en el campo de batalla, Guarin, para eso ya tenemos las mesnadas de nuestros aliados.

-¿Entonces?

-Los quiero para destruir el principal instrumento de poder del Capeto y la Iglesia en la Occitania. Los quiero para destruir el gusano que se ha introducido en la manzana y ha emponzoñado a la gente hasta el extremo de que los padres no confían en los hijos ni los hermanos en sus hermanos. Se lo advertí a la regente hace años, y al final han sido su instrumento para instaurar

un régimen de terror que es lo que de verdad ha permitido que el Capeto campe a sus anchas sin oposición ninguna. Antes de que sus tropas lleguen a cualquier población les preceden los predicadores, procesan a las personas más relevantes entre el vecindario, envían al Muro o a la hoguera a muchos de ellos y establecen su red de *exploratoris* que, como lobos que merodean alrededor del redil a ver si pillan a alguna oveja descarriada, son la mejor garantía de que nadie moverá un dedo con tal de mantener alejados a los inquisidores. Por lo tanto, nuestro plan debe tener dos metas: una, derrotar militarmente al Capeto para quitarle las ganas de volver. Y dos, acabar con la Inquisición, que son sus ojos y sus oídos.

-¿Acabar con la Inquisición?- musitó Guarín, como temeroso de que las paredes tuvieran oídos-. ¿Sabéis lo que estáis diciendo, monseñor? ¿Habéis olvidado lo que ocurrió cuando autorizasteis la expulsión de los inquisidores de Tolosa? ¿Queréis veros excomulgado de nuevo y paseado por vuestra capital mientras un cura os azota a la vista del populacho como si fueseis un criminal? Recordad que vuestro padre aún reposa en tierra sin consagrar por obra y gracia del papa Inocencio.

-Si algo he aprendido es a ser tan doble y taimado como mis enemigos, Guarín. No caeré en los errores del pasado, y si acabo con los predicadores seré el último sospechoso. Los culpables serán los infectados, que de todas formas seguirán siendo enemigos de la Iglesia con o sin predicadores por medio.

-Pero, ¿cómo pensáis hacerlo, monseñor? Los inquisidores se desplazan fuertemente escoltados por hombres de armas, y aún reuniendo los efectivos necesarios para dar muerte a unos cuantos, ¿qué ganáis con ello? Otros los sustituirán. Además, sabéis sobradamente que el fanatismo de los predicadores los hace insensibles al miedo, y para ellos es más deseable la palma del martirio que cualquier bien terrenal. ¿No recordáis el episodio de fray Cathala en Albi, cuando casi lo matan y aun tenía redaños para provocar a la turba enfurecida? Sin la intervención del preboste, la chusma lo hubiese despedazado allí mismo, y en ningún momento mostro miedo o intención de huir.

-Ni todos los predicadores tienen los redaños del tal Cathala ese, ni actualmente siguen recurriendo a las escoltas que, encima, hasta nos obligaban a pagar de nuestro bolsillo, ¿o es que no te acuerdas ya de que incluso debíamos pagar nosotros las recompensas por las delaciones de los

exploratoris? Óyeme bien. El estado de terror que implantaron hace años ha hecho que se confíen hasta el extremo de no considerar necesario llevar escoltas armadas. En su infinita arrogancia se creen totalmente a salvo, pero un golpe audaz y definitivo contra un grupo de inquisidores demostrará al pueblo que no son más que unos simples clérigos sin más poder que el que nosotros mismos les hemos dado: el temor reverencial.

-Pero, insisto, monseñor, un acto semejante no acabaría con los inquisidores. Al día siguiente habrían sido sustituidos y vuelta a empezar, pero con los ánimos aún más virulentos y deseosos de tomarse venganza.

-No, Guarín- replicó esbozando una sonrisa torva-. Esta vez no será una paliza a un fraile despótico. Esta vez será algo tan sonado que dará que pensar a más de uno, y al mismo tiempo será la señal para que en todas las poblaciones donde el Santo Oficio tenga sede el vecindario se levante en armas y acabe con ellos. Si no queda un predicador vivo, ¿crees que no dará que pensar a Roma, y más ahora que no tienen ni papa? ¿Crees que el Capeto enviará tropas a tomar represalias? ¿Contra quién, si la responsabilidad será en teoría de los infectados? ¿Qué harán, excomulgarlos, perseguirlos en sus castillos o en sus impenetrables cuevas del Sabarthés?

Guarín meneó la cabeza porque no acababa de ver nada claro el objeto de aquella maniobra, y menos aún el beneficio real que aportaría a la causa de los Saint-Gilles. Iba a replicar al conde, pero se lo pensó mejor. ¿Qué tiempo de vida le podría quedar por delante? ¿Dos, cinco años con suerte? Llevaba toda su vida al servicio de los condes de Tolosa, y ya empezaba a estar un poco hastiado de intervenir en tantos follones, tantas alevosías, tantas guerras absurdas... Y, a la vista de este repentino avenate, estaba visto que el conde no había aprendido nada a pesar de sus lapidarias conclusiones. Seguía padeciendo el principal defecto de los Saint-Gilles, la impulsividad, así que decidió no perder el tiempo con aquel feo asunto. Se limitaría a seguir con su actividad diplomática para asegurar la alianza que les libraba del francés, pero nada más.

-¿Y en quién podríais confiar una misión de ese tipo, monseñor?- preguntó dando a entender que prefería quedar al margen de aquel asunto-. Ningún noble católico se prestaría a cometer semejante alevosía... ¿O sí?

-¿Qué noble no daría cualquier cosa por degollar con sus propias manos a los predicadores, Guarín?- replicó poniendo cara de debate misterioso.

-Cualquier *faidit*, monseñor- respondió de forma evasiva. Ciertamente, la

lista de candidatos a asesinos de frailes sería muy extensa.

-Seguramente, pero solo fiaría algo de esta magnitud en uno en especial. Un *faidit* con los redaños y la energía necesarios para rematar el negocio sin reparos ni escrúpulos. Y, lo más importante, la sola mención de su nombre en Francia alejaría de inmediato cualquier sospecha sobre nosotros.

-¿Y quién es ese ángel vengador, monseñor?- preguntó Guarín, un poco aburrido ya de aquella historia.

-Mirapeis. Vendería a su propia madre en un mercado de esclavos de Damasco con tal de acabar con los predicadores.

Guarín no pudo dejar de asentir, totalmente de acuerdo con la elección del conde. Si alguien odiaba a la Inquisición por encima de todas las cosas del mundo, ese hombre era Pèire Rotger de Mirapeis.

-Bien pensado, monseñor- aceptó el ajado chambelán, que en apenas dos semanas parecía haber envejecido dos lustros y ofrecía un aspecto deplorable con unas ojeras que parecían pintadas con aleña-. En seguida me pondré en contacto con él y...

-No, no, no...- interrumpió Saint-Gilles-. De este tema me encargaré personalmente. No me puedo arriesgar a que algún escribano se vaya de la lengua. Yo sabré como contactar con Mirapeis con la máxima discreción, que una cosa es organizar una asonada contra el Capeto, cosa que hemos hecho todos varias veces y es perfectamente legítima, y otra tramar un complot contra los enviados del papa. Olvida todo esto, Guarín, y no recuerdes jamás lo que hemos hablado en esta sala.

El chambelán no solo no puso pegas, sino que se alegró enormemente por no verse involucrado en aquel turbio asunto. Sin abrir la boca, se limitó a recoger sus papeles, guardarlos en su legajo de vitela y, tras una leve inclinación de cabeza, se marchó a su despacho donde sus secretarios dormitaban aprovechando aquel breve receso. Un sonoro portazo los despertó dando un brinco, y rápidamente volvieron a sus quehaceres sintiendo como los párpados les pesaban como persianas de esparto.

Capítulo 19

Saint-Guilles dejó en manos de Guarin todo lo relacionado con la alianza militar, obsesionado como estaba con la idea de acabar con el Santo Oficio que, en realidad, habían sido los fautores del ruinoso estado de sus dominios y del malestar de sus vasallos. Tal como habían previsto, la sola mención al rey de Inglaterra y a Lusignan fue suficiente para aunar apoyos, y en los primeros meses de 1242 se les sumaron los condes de Cominges, de Rodés, de Lomanha y varios más. Además, la anhelada alianza con el rey Jaime pudo finalmente verse afianzada, e incluso el emperador se mostró abierto a darle apoyo llegado el caso. Pero la aparentemente invencible coalición tenía un punto flaco: si alguno de los grandes señores era derrotado por el Capeto, el resto saldrían desperdigados como conejos para no verse señalados y presentarse en París jurando lealtad perpetua al rey Luis porque, al cabo, si perdían sus exiguas posesiones se quedaban literalmente en la miseria. Por esa misma razón el conde puso tanto empeño en propalar que se avecinaba una revuelta contra los franceses, pero sin mencionar para nada su principal objetivo: erradicar el Santo Oficio, institución que había sido capaz de convertirse en el sumidero del odio de toda la población de la Occitania.

Tal como advirtió a su fiel Guarin, él se encargaría de organizarlo todo de la forma más discreta posible, y la verdad era que desde el primer momento ya había pensado en el hombre ideal para servir de enlace entre él y Mirapeis: Raimon d'Alfaro, su preboste en Avinhonet, una pequeña población situada a apenas 12 leguas al sudeste de Tolosa, prácticamente a mitad de camino con Carcassonne. D'Alfaro estaba además unido al conde por lazos de sangre: su madre era hija natural del difunto Raymond VI, por lo que era sobrino de Saint-Gilles. Por algún motivo desconocido, el conde no lo dejó nunca tirado a pesar de ser un bastardo y le había dado el prebostazgo además de nombrarlo magistrado de la ciudad, por lo que su lealtad estaba fuera de toda duda.

Pero a su incuestionable fidelidad había que sumar algo tanto o más importante tal vez, y es que era un *creyente* fanático que, a pesar de que su fe le vetaba cualquier acto de violencia, no tenía problemas a la hora de actuar con la máxima crueldad contra todo aquel que atentara contra sus correligionarios. Al igual que muchos *faidits*, anteponía su belicoso carácter a

sus creencias religiosas, y sentía por los inquisidores el mismo odio visceral que muchos de sus connilitones que, menos dados al perdón y la piedad, no dejarían nunca dejar pasar la oportunidad de llevarse por delante a uno o más predicadores si se presentaba la ocasión propicia. Por lo demás, Raimon d'Alfaro era el típico producto de la simiente de los Saint-Gilles, y no le faltaban ni el valor ni la resolución para cometer cualquier acto por abominable que fuera para servir a su señor.

Obviamente, Saint-Gilles no podía dejar ni rastro de su implicación en el complot en forma de cartas o notas que, si algo salía mal, lo señalarían de inmediato. En aquel negocio solo cabía hablarlo todo en persona y, llegado el caso y si no quedaba más remedio, un billete en apariencia intrascendente que solo tuviera significado para el que la recibía, un mensaje breve sin cifrar que no levantase sospechas por lo aparentemente banal del mismo. En el peor de los casos, siempre sería su palabra contra la de un preboste sobradamente conocido por ser *creyente*, y estaba claro a quién darían la razón si saliese a relucir algún dato comprometedor.

Lllamarlo a su presencia no levantaría ninguna sospecha. De hecho, varias veces al año se presentaba en Tolosa para resolver algunos asuntos, se quedaba allí dos o tres días y luego se marchaba por donde había venido. Así pues, a principios de la primavera de 1242 le hizo llegar una citación sin más. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, un criado anunció al conde la llegada del preboste. Con un gesto indiferente le indicó que lo hiciese pasar.

-Cierra la puerta cuando entre el preboste y cuida que no entre nadie- ordenó el conde con voz neutra, como no queriendo dar demasiada importancia a la visita de su pariente.

Inmediatamente, d'Alfaro entró en la sala y se dirigió hacia la poltrona de su señor, hincó una rodilla en el suelo y le besó la mano casi con la misma devoción que a una imagen sagrada. A continuación se puso en pie y esperó a que el conde le dirigiera la palabra. Saint-Gilles esperó hasta ver como el criado cerraba para, con un gesto, indicar al preboste que tomara asiento en una jamuga y se sirviera un poco de vino caliente, que aceptó sin dudar.

D'Alfaro era sin lugar a dudas producto de la simiente de los Saint-Gilles. Aparte del asombroso parecido que tenía con su padre, el viejo conde, había heredado la prestancia de su linajuda ralea. Era más alto que bajo, fibroso y esbelto. Una incipiente calvicie en su frente cada vez más amplia se compensaba con una espesa pelambre facial tan recia y rizada que podría

detener un virote. Su piel, pálida como la de su tío, contrastaba por el contrario con unos ojos oscuros y brillantes que denotaban un temperamento fiero y especialmente propenso a la cólera. A pesar de ser hijo de quien era, su condición de hijo espurio le obligó a verse relegado de por vida a ser un mero preboste y, con todo, gracias podía dar porque su tío no lo había relevado del cargo aún sabiendo que era un fervoroso hereje. De hecho, era prácticamente el único funcionario creyente en la Casa de Saint-Gilles, y eso siempre se lo agradeció profundamente a su tío aunque, lógicamente, se guardaba mucho de que se supiera su pertenencia a la secta porque, en ese caso, ni la protección del conde le libraría de pasar por la cripta de Saint-Étienne para ser interrogado por los predicadores. Con casi cuarenta años y sin un mal *arpent* de tierra para ganarse la vida no sería más que un hombre de armas pobretón al servicio del mejor postor.

-Me alegra mucho veros, querido sobrino- saludó Saint-Gilles llenándole la copa que había vaciado de un trago -. ¿Qué tal van las cosas por Avinhonet? ¿Hay algo que consideréis digno de mención?

-¿Qué queréis de mí, monseñor? ¿En qué os puedo servir?- espetó sin más el preboste, como sabiendo que la citación se debía a algo fuera de lo habitual.

El conde, tras un instante de perplejidad, rió de buena gana por la sagacidad de su sobrino.

-Sois un verdadero diablo, Raimon- afirmó sin dejar de reír-. ¿A qué viene esto?

-Sabéis de sobra como están las cosas en Avinhonet, monseñor- respondió sin hacer coro a las risotadas del conde-. Estamos demasiado cerca uno del otro, os hago llegar mensualmente informes que os ponen al corriente de todo, y solo cuando surge algo de importancia me veo obligado a acudir a Tolosa. Y esta es una de esas ocasiones porque en mi última carta de hace apenas dos semanas os decía que todo transcurría sin novedad, así que no hace falta que mareéis la perdiz e id directamente al grano.

-Prestad oído pues, y no hace falta que os diga que todo lo que vais a escuchar jamás, bajo ningún concepto, saldrá de estas cuatro paredes- susurró en voz baja acercándose al preboste, sabedor de que la principal afición de los criados era espiar a través de los ojos de las cerraduras-. Jurad por vuestra alma que cumpliréis lo que os digo.

-No olvidéis que mi fe me impide jurar, monseñor- exclamó con tono

solemne el preboste-, pero que me reencarne en una serpiente que se arrastra por el suelo si una palabra sale de mi boca- añadió. Con eso bastaba. El conde sabía que semejantes palabras dichas por un *creyente* convencido eran como el más sólido juramento, y más aún partiendo de un fanático como d'Alfaro.

Le hizo un gesto para que acercase la jamuga junto a su poltrona y le puso al corriente de su plan. El preboste no lo interrumpió ni una sola vez, asintiendo de vez en cuando para hacerle ver que seguía su explicación. Tras varios minutos, Saint-Gilles se incorporó.

-¿Alguna duda?

-Ninguna, monseñor- aseguró el preboste-. Si acaso, una sola objeción.

-¿Y es...?

-No pondré sobre aviso al señor de Mirapeis hasta que tenga la seguridad de que pasará por la ciudad un grupo de predicadores en una de sus rutas hacia el levante. De ese modo parecerá que la iniciativa es mía.

Saint-Gilles asintió y le puso una mano en el hombro a su sobrino.

-Raimon, tened por cierto que seréis merecedor de mi agradecimiento si esta empresa culmina de forma exitosa. Vuestra fidelidad os honra, y tenéis mi palabra de que, pase lo que pase, en esta casa tendréis siempre un refugio seguro para vos y los vuestros. Pocos hombres pueden vanagloriarse de tener servidores tan fieles como yo lo tengo en vos.

-Soy yo el que os debe gratitud y obediencia, monseñor- replicó el preboste-. Solo necesito saber a partir de cuándo os conviene que lleve a cabo vuestro plan.

-Desde que salgáis por esa puerta, Raimon. En el momento en que veáis una ocasión propicia llamad a Mirapeis y actuad de forma contundente, implacable. Cuando más escandaloso resulte mejor. Así la gente verá que los predicadores son tan vulnerables como un galápago panza arriba, y en poco tiempo el miedo que inspiran se habrá evaporado hasta lograr que se enfrenten con ellos directamente y sean expulsados de la Occitania.

Sin mediar más palabra, d'Alfaro se levantó de la jamuga, hincó la rodilla en el gélido suelo de la estancia y volvió a besar la mano de su tío.

-Id con Dios, Raimon, y sabed que en gran medida el destino de esta tierra depende desde este momento de vos- se despidió el conde levantándose de su querida poltrona, honor que reservaba a muy pocas personas.

D'Alfaro no dijo nada más. Dio media vuelta y salió de la sala dando un fuerte tirón de la puerta para pillar *in fraganti* al criado por si estaba

husmeando. Pero no había que preocuparse, estaba sentado en un extremo del pasillo, dormido con la barbilla hundida en el pecho. No obstante quiso asegurarse.

-¿Así vigilas las dependencias de tu amo, perro?- exclamó aparentemente furibundo el preboste, como solía hacer cuando pillaba a algún guardia adormilado.

El muchacho pegó tal brinco y se puso tan pálido que despejó de inmediato las dudas de d'Alfaro. El criado estaba como un leño.

-¡Lárgate a las cocinas antes de que me arrepienta y te haga azotar hasta dejarte las costillas al aire, zángano!- bramó mientras le daba un puntapié en el culo cuando el atribulado mozalbete echaba a correr.

Saint-Gilles vio partir a d'Alfaro desde la ventana geminada de su sala. Tras él iba su escolta, dos hombres de armas también *creyentes* que no se separaban de él. A pesar de la cantidad de años que duraban ya todos los conflictos derivados de la cruzada, aún no alcanzaba a entender por qué razón no se podía convivir con los *buenos hombres* sin tener que preocuparse de su religión. Al cabo, ellos no obligaban a nadie a seguir sus creencias. Se limitaban a predicarlas y acogían de buen grado a los que deseaban unirse a ellos, pero jamás presionaban a nadie para ello, y mucho menos castigaban a los que querían irse. Unos suaves golpes en la puerta lo sacaron de sus pensamientos. Se volvió dando permiso a entrar. Era Guarín, del que por cierto no sabía nada desde hacía dos días.

-¿Dónde te metes, chambelán?- preguntó con cierto aire jovial, satisfecho como estaba por su entrevista con d'Alfaro-. ¿Hay alguna novedad?

Pero la expresión del viejo Guarín no presagiaba precisamente buenas noticias.

-Ninguna, monseñor- respondió dejando caer su inseparable legajo de vitela en la mesa. Siempre observador, observó la copa de d'Alfaro-. ¿Habéis recibido visita?

-El preboste de Avinhonet. Tenía que consultarme algunos asuntos de poca importancia.

Obviamente, Guarín era demasiado astuto, demasiado viejo y con su infalible memoria funcionando al cien por cien para que se le escapase algo así.

-No hace ni dos semanas envió su informe mensual sin nada que reseñar-comentó mirando de reojo al conde, que no dejaba de asombrarse de la

perspicacia del chambelán.

-Una cuestión familiar que no te incumbe, así que olvídale- gruñó el conde un poco irritado soltando la primera excusa que se le vino a la cabeza-. Si tienes algo que decirme, adelante, y si no ya puedes largarte a tu ratonera.

-No, monseñor, por desgracia no tengo nada que decir- dijo sacando un papel del legajo-. Y en las actuales circunstancias no tener nada que decir no es una buena noticia.

-Explícate- replicó Saint-Gilles, al que de momento se le empezó a nublar su exultante y a la par voluble estado de ánimo.

-Seguimos sin noticias de Roma. El papa Celestino lleva ya más de cuatro meses criando malvas y los cardenales ni siquiera se han reunido para elegir a su sucesor. El Moreno se impacienta, y nos ha escrito ya dos veces exigiendo una respuesta para los esponsales con Margarita. Si no tomamos una decisión puede ocurrir lo mismo que con la hija del conde de Provenza y acabe calentando otra cama.

-¿Y por qué no se celebra la boda sin más?-protestó el conde-. Tiempo habrá cuando elijan papa para obtener la dispensa.

-Con vuestros antecedentes yo no me arriesgaría, monseñor- explicó Guarín-. Vuestra colección de enemigos es demasiado extensa y de entrada ya sabéis que el Capeto y su hermano Alfonso harán lo imposible para presionar al nuevo papa. Y si mientras tanto os da un hijo nos podemos encontrar con otro ilegítimo que será más una carga que otra cosa.

Saint-Gilles apretó las mandíbulas con tanta fuerza que le rechinaron los dientes. Estaba tan harto de la Iglesia y de Roma que llegaba a comprender cómo tanta gente se había unido a los infectados. Esos, al menos, no estaban todo el santo día controlando lo que cada cual hacía en su casa, y solo los perfectos estaban obligados a seguir a rajatabla sus dogmas, y siempre por su voluntad, nunca coaccionados por sus heresiarcas.

-Toca esperar pues- se resignó-. Envía una carta al Moreno dándole largas. Debe entender que tanto por mí como por su hija no queda otro remedio que aguardar a que los señores cardenales se dignen elegir al más cabrón de todos. ¿Algo más para terminar de alegrarme el día?

-El inglés está reuniendo un ejército en Lusignan, pero nuestro querido enemigo el Capeto parece que no solo no se amilana, sino que está dispuesto a hacerles frente. Está en Chinon con una hueste formada por...- sacó otra hoja para buscar los datos exactos- unos cuatro mil caballos coraza y veinte mil

peones.

Saint-Gilles tuvo que tragar saliva.

-¿Has dicho... cuatro mil?- murmuró asombrado.

-Sí, monseñor- corroboró Guarín tras revisar el papel-. Cuatro mil. Y nada de hombres de armas, que conste. Son todos caballeros de rango.

-Pero...eso es una barbaridad, por los clavos de Cristo- farfulló el conde abrumado-. ¿De dónde ha podido sacar la fortuna que cuesta eso?

-Intuyo que para reunirlos no ha hecho falta hacer sonar la bolsa, monseñor- respondió el chambelán con el rostro sombrío-. Le debe haber bastado con explicarles lo extenso de las posesiones de Lusignan, del duque de Bretaña, de la Aquitania y, por supuesto, las vuestras. Con Aragón no se meterá aunque esté en el ajo, pero solo con el botín que sacaría de los dominios del Moreno tendría para pagar diez ejércitos.

-Esa arpa castellana ha sabido educarlo- tuvo que reconocer refiriéndose a la regente-. Pocas veces se ha logrado agrupar semejante caballería en estos tiempos, y solo con una infantería muy diestra y entrenada se puede tener alguna opción. Si el Moreno y el inglés oponen milicianos sacados de la dehesa y las granjas los barren del campo de batalla en media hora. ¿Qué debemos hacer? ¿Nos unimos a ellos?

-¡Ni se os ocurra!- exclamó Guarín abriendo mucho los ojos-. Nuestras fuerzas no son rival para el Capeto ni en cantidad ni en calidad, y si nos derrotan en el primer envite estamos perdidos. Deben permanecer aquí, a la espera de acontecimientos. Si el rey Enrique y el Moreno logra derrotar al Capeto tiempo habrá de ir en su ayuda a rematarlo, pero mientras tanto lo más que podemos hacer es asegurar las plazas que aún están en vuestro poder. Exhortad a los señores de la Occitania a renovar sus promesas antes de que el ánimo les flaquee y esperad acontecimientos.

-Guarín- dijo en voz baja-, yo he sido el que ha organizado todo esto y mi honor me impide dejar que sean otros los que den la cara por mis intereses.

El preboste lo miró de arriba abajo como el maestro al alumno torpón.

-Monseñor, no sé si es que aún conserváis la inocencia de la niñez o que algo que se me escapa os nubla el entendimiento. Ciertamente, vos habéis sido el que ha instigado una alianza contra el Capeto, pero los que se han unido a vos no lo han hecho por vos, sino por ellos mismos. Enrique es vasallo del francés y teme por su inmenso ducado. Lusignan sabe que en cualquier momento puede ver sus dominios invadidos para que Luis aumente los suyos.

El resto más o menos se ha unido a vos por la misma razón. Hasta el rey Jaime ha aceptado formar parte de la alianza porque no quiere ver al Capeto cruzar el Pirineo. Así pues, monseñor, quitaos de la cabeza vuestros escrúpulos y haced lo que hacen todos: sobrevivir como sea. El honor se conserva mientras uno tenga detrás un mínimo de tierras y una mesnada aunque la formen cuatro gatos, así que olvidad las historias de batallas honorables porque en la guerra hay de todo menos honor.

La parrafada del chambelán fue un jarro de agua fría, uno más a sumar a la extensa lista de duchas gélidas acumuladas a lo largo de su vida y de las que, sin embargo, no acababa de saber sacar provecho, seguramente por su ingenuidad y su elevado sentido de la honra. Guarín tenía razón, como siempre.

Repentinamente se sintió agotado. Se dejó caer en su poltrona y, con un gesto, indicó a Guarín que llenara las copas. El vino estaba ya frío, pero ni se dio cuenta.

-¿Qué habría hecho mi padre en esta situación?- murmuró envolviendo la copa con ambas manos para calentarla un poco. No le gustaba el vino frío en aquella época del año.

-A estas horas estaría con el Moreno contándose embustes y planeando una batalla gloriosa que acabaría en sonada derrota. Vuestro padre era un hombre arrojado como pocos he visto, pero con el mismo sentido común que un toro en celo. Mal que me pese reconocerlo, así acabó como acabó, y ahí está aún, enterrado en suelo sin consagrar a causa de su incurable empeño por enfrentarse con todo el mundo siempre y cuando fuesen más poderosos que él. A veces pienso si es que se tomaba la vida como un desafío constante. Más provechoso os sería tomar buena nota de como la regente ha sabido sacar adelante el reino del Capeto durante los años que duró su minoría de edad. Justo es reconocerle que su talento es impropio en una hembra.

Saint-Gilles asintió en silencio sin apartar la mirada de los troncos que chisporroteaban en la chimenea. Aunque el frío invernal ya había cedido, las mañanas seguían siendo frías hasta el mediodía, y aquel enorme salón parecía a veces una cripta.

-Déjame solo. Di que me traigan más vino, y que nadie me moleste salvo que el palacio arda por los cuatro costados- ordenó.

El chambelán se levantó trabajosamente de la jamuga, se metió el legajo debajo del brazo y salió en silencio, cerrando la puerta procurando no hacer

ruido.

Cuando un criado dejó una jarra de peltre sobre la mesa y salió de la sala, el conde ni se había percatado de su presencia. Su carácter, a veces excesivamente proclive a la melancolía, le jugaba aquellas malas pasadas cuando las cosas no marchaban bien. Le invadía una demoledora sensación de fracaso, y no sabía a quién envidiar más, si a los que habían muerto honorablemente en el campo de honor durante aquellos terribles años o los que habían tenido el coraje para romper con todo, vender sus tierras y largarse a Tierra Santa. Allí, al menos, se suponía que uno luchaba contra los agarenos por la fe, y no contra los reyes ávidos de poder o el mismísimo vicario de Cristo, que en ningún momento mostraban su lado espiritual siempre sometido a los asuntos del siglo. Los papas se habían acabado convirtiendo en tiránicos monarcas que jugaban con la enorme ventaja de ser, además de señores temporales, dueños de las almas de los fieles. Quizás eso provocó la expansión de la herejía, se decía cada vez más convencido, porque los pontífices no se molestaban en ocultar sus más bajas pasiones y su insaciable voracidad.

Al cabo de un largo rato se hicieron notar los efectos del vino y la cálida luz anaranjada de la chimenea, quedándose profundamente dormido. Pero no solía disfrutar casi nunca de un sueño reparador. Sufría pesadillas extrañas y a veces soñaba con que se caía desde una torre. Era una caída larga, interminable, más de lo que permitía la altura de la torre, pero se despertaba justo antes de estrellarse contra el suelo. Curiosamente, la torre le resultaba familiar en el sueño, pero cuando se despertaba no era capaz de identificarla. No había contando nunca a nadie aquel extraño sueño por temor a que lo tomasen por loco o algo peor.

Capítulo 20

En Tolosa, los inquisidores seguían dedicados por entero a esquilmar de infectados toda la Occitania con su celo habitual. Ni los cada vez más inseguros caminos ni las constantes amenazas que caían sobre sus personas los amilanaban lo más mínimo, y era habitual verlos salir de la ciudad camino de los pueblos de la comarca acompañados, como siempre, de los escribanos y secretarios que les redactaban las actas, sin recurrir ni una sola vez a la escolta armada que, en teoría, debía proporcionarles el conde Raymond.

Cuando regresaban, tanto Seila como Arnaud se encerraban en la cripta de Saint-Étienne donde tenían los archivos que, con el paso de los años desde que el legado pontificio los pusiera al frente de la represión de la herejía, habían crecido de forma desmesurada. El cúmulo de delaciones tanto de gente corriente como de la vasta red de *exploratoris* habían dejado pequeña la cripta, y pilas y pilas de legajos se amontonaban por todas partes, incluyendo incluso el frío suelo de la estancia. Pero a pesar del pertinaz empeño puesto por los inquisidores, aún les quedaba mucho por hacer porque, en realidad, durante años se tuvieron que dedicar íntegramente a reabrir los procesos póstumos y a indagar entre los burgueses en unas poblaciones en las que los herejes superaban en número a los católicos. De ahí que, cada vez que el trabajo en Tolosa se lo permitía, uno de ellos partiera a las comarcas de los alrededores a dejar bien claro a sus habitantes que la Inquisición estaba en todas partes, y que nadie lograría escapar de sus tentáculos.

-¿Ha leído esto vuestra paternidad?- preguntó Seila dejando sobre la mesa un grueso legajo-. Corresponde a denuncias interpuestas desde hace meses, algunas incluso años, de la región de Lauragués.

Arnaud tomó el pesado legajo, soplo sobre él para quitarle un poco de polvo, y desató las cintas de cuero que lo mantenían cerrado. Le picaban los ojos de tantas horas de lectura, y ya empezaba a ver un poco borrosas las letras más pequeñas. Con parsimonia fue leyendo un informe que en su día remitió el párroco de Avinhonet, ya difunto, al obispado de Tolosa. En el documento, el cura se explayaba largo y tendido sobre la cada vez mayor proliferación de infectados, lo que para colmo ocurría sin que las autoridades civiles mostraran la más mínima intención de ponerle coto. Aseguraba que los

herejes actuaban con total impunidad ya que ni los cónsules ni el magistrado local tomaran las medidas oportunas, lo que le hacía pensar que todos ellos habían abrazado la falsa secta.

-Aquello es un nido de infectados- comentó cerrando de golpe el legajo-, así que ya va siendo hora de extirpar la gangrena en aquella comarca. Si vuestra paternidad se puede aviar solo durante unos días, yo iría con fray Étienne hasta Avinhonet y, de paso, aprovecharía para visitar Saissac, Sorese, Laurac y algunas poblaciones más que no pillan demasiado lejos. Sería cosa de un par de semanas o tres a lo sumo.

-Por mí no hay ninguna pega, fray Guillaume. Solo os ruego que no vayáis solo con el franciscano y el escribiente, porque los caminos no son nada seguros de un tiempo a esta parte.

-Descuidad, nadie se atreverá a atentar contra un miembro del Santo Oficio. En todo caso, además del secretario y el escribiente pueden acompañarme fray Carbonier, que siempre está metiendo las narices en todas partes, y el arcediano de Lesat, que aquí solo hace estorbar. Además, así se enteran de cómo hacemos las cosas para que luego no vayan con chismorreos al obispo.

-Sea pues- acordó Seila-. Mañana enviaré una carta al preboste de Avinhonet para que tenga preparado alojamiento para vuestra paternidad y el resto de vuestro séquito. ¿Para cuándo le digo que lo tenga todo dispuesto?

Arnaud miró al techo haciendo memoria y contando con los dedos antes de responder.

-Para la víspera de la Ascensión, más tardar. A lo más, el mismo día de la festividad.

El 20 de mayo de 1242, un correo del obispado de Tolosa se presentó en el caserón donde Raimon d'Alfaro tenía tanto su residencia como el pequeño acuartelamiento de hombres de armas con los que mantenía el orden en la ciudad. Desde su entrevista con Saint-Gilles no veía la hora de poder tomarse cumplida venganza sobre los odiados inquisidores que tantos hermanos suyos habían convertido en pavesas o emparedados de por vida en el Muro. Cuando recibió la carta del obispado, una malévola sonrisa quedó oculta bajo su espesa barba. Lo último que podía esperar era semejante regalo de la Providencia y, obviamente, una oportunidad única para tomarse cumplida venganza por la implacable persecución llevada a cabo por Arnaud, cuya lista de enemigos era ya tan extensa que había muchísima más gente deseosa de

verlo muerto que vivo. Nadie que hubiese presenciado sus autos de fe incinerando momias y osamentas que llevaban años descansando en los cementerios podría olvidar como aullaba, poseído por una furia demoníaca, su fórmula habitual: ¡Quién así haga, así morirá!

-¡Jordan!- llamó a grandes voces a su sargento de armas- ¡Jordan del Mas!

Cierto jaleo fuera de la sala indicó al preboste que todos los criados se habían puesto en movimiento para buscar al tal del Mas, que tardó un buen rato en aparecer.

-Óyeme bien, y júrame que lo que te voy a decir no lo compartirás absolutamente con nadie más que con quien yo te indique.

Jordan juró poniendo una cara acorde a las circunstancias.

-Partirás ahora mismo hacia el castillo de Bram, y allí buscarás a Guilhem de Planha. Es uno de los hombres de armas que el señor de Mirapeis tiene allí para obtener noticias de primera mano de lo que ocurra en Carcassonne. Cuando lo encuentres, dile de mi parte que lo espero pasado mañana en el bosque de Antioc, junto al manantial. Insiste en que es muy importante que acuda, y que por lo que más quiera no falte a la cita. Me da una higa que revientes el caballo, pero esta noche sin falta debes dar mi recado a Guilhem de Planha, ¿entendido?

El sargento asintió, bajó los escalones de dos en dos hasta el patio de cuadras y mandó ensillar un buen rocín para poder cubrir las ocho leguas largas que le separaban de Bram en el menor tiempo posible. No obstante, prefirió detenerse en la casa de postas de Castelnaudary y cambiar de caballo, por lo que pudo culminar la jornada en la mitad del tiempo previsto. Una vez en Bram dio el recado a Planha, este lo mandó a las dependencias de la tropa para que le dieran algo de comer y pudiera dormir, no sin antes advertirle que para laudes estuviera listo para partir.

Al atardecer del día siguiente, los dos hombres llegaron al manantial de Antioc, donde ya esperaba d'Alfaro desde hacía rato. El preboste ordenó a su sargento que se apartara para poder hablar tranquilamente con Planha.

-¿Qué es lo que os traéis entre manos para sacarme de Bram con tanta premura, preboste?- preguntó Planha frotándose las entumecidas nalgas.

Por toda respuesta, d'Alfaro sacó la carta enviada desde el obispado de Tolosa y se la mostró. Planha la leyó a media voz, con los típicos parones de los que no andaban muy duchos en lectura y escritura pero, a medida que avanzaba, el rostro se le iba deformando con una sonrisa que podía ser de todo

menos cordial y alegre.

-¡Voto a Cristo!- exclamó en voz baja-. ¡Esto sí que es un premio de la Providencia! ¡El perro de Arnaud a nuestra merced!

D'Alfaro lo miraba muy sonriente y dándose cierta importancia.

-Oídmeme bien- dijo sin apartar la mirada de su sargento, que parecía no querer perderse ni un detalle de la entrevista-, debéis avisar cuanto antes al señor de Mirapeis. Decidle que la víspera de la Ascensión lo esperaré aquí por la mañana temprano. Cuando reciba a los hideputas esos y los aposente, enviaré a alguien para que les de aviso una vez haya anochecido. Esa misma persona les facilitará la entrada en la ciudad. Si todo va bien, al día siguiente el tal Arnaud y la compañía estarán en el infierno contando denuncias.

-Pero, decidme una cosa, ¿sabe vuestro tío el conde algo de esto?

-No, ni una palabra- mintió para no delatarlo-. Después de las penurias por las que ha tenido que pasar por culpa del papa y sus perros de presa de la Inquisición no se atrevería a atentar contra alguien de la Iglesia, así que he preferido actuar por mi cuenta.

-¿Y no teméis que os haga pagar por ello?

-Mi querido amigo, mi señor y pariente está tan abrumado por sus tribulaciones que dudo mucho que le importe un ardite el destino del inquisidor. Si fuera en la misma Tolosa, aún podría tomárselo a mal, pero en Avinhonet lo dudo- siguió mintiendo de forma tan convincente que Planha ya se lo estaba empezando a creer.

-Pero Avinhonet está en sus dominios.

-Sí pero, ¿quién le dirá quiénes han sido los matadores? ¿Vos tal vez? ¿Yo? Perded cuidado, Planha. El conde tiene cosas más importantes de qué preocuparse, así que no perdáis más tiempo en divagaciones y partid hacia Montségur. Recordad, la víspera de la Ascensión, en este mismo lugar, por la mañana temprano.

Cuando Planha llegó a Montségur y puso al corriente a Mirapeis de la noticia, el belicoso y fiero noble pasó más de cinco minutos enumerando entre risotadas toda una extensa variedad de métodos para dar muerte al predicador.

-¡Por fin!- exclamaba dando puñetazos en las paredes- ¡Por fin uno de esos lacayos de Satanás pagará por sus crímenes! ¿Cuánto falta para la cita? ¿Tres días? Suficientes para llegar a tiempo.

Bertrand Martí, cuando supo el motivo de aquella cita en el bosque de Antioc, optó por salir de la torre y largarse al poblado. Su fe le prohibía

terminantemente autorizar o, al menos, no condenar un acto semejante, pero sabía que ni siquiera él podría detener a Mirapeis, por lo que oponerse al noble supondría iniciar un conflicto entre los partidarios de acabar con el predicador y los que preferían mantener la ortodoxia de su iglesia.

-Quien calla otorga- le dijo su Hijo Mayor en tono de reproche, que no estaba conforme con llevar a cabo el atentado-, y tanto vale autorizar semejante pecado de palabra que por omisión.

-Y ojos que no ven, corazón que no siente- replicó el heresiarca irritado-. No obstante, si deseáis comunicar vuestra opinión al señor de Mirapeis, no os privéis de hacerlo. En lo que a mí respecta, que Dios Padre me perdone, pero ser corderos solo sirve para que los lobos proliferen cada vez más.

Naturalmente, nadie se atrevió a hacer una sola reconvencción a Mirapeis. Ni siquiera las piadosas *perfectas* del poblado comentaron nada al respecto, y prefirieron mirar para otro lado cuando empezó a reclutar gente para ir en busca del odiado inquisidor.

-¡Necesito hombres para llevar a cabo una importante misión que nos reportará grandes beneficios!- exclamó desde lo alto de la muralla del pequeño castillo, donde todo el mundo podía ver su corpachón y oír su voz cascada por el vino y los gritos en la batalla- ¿Quién quiere vengar a sus parientes quemados o encarcelados de por vida? ¿Quién quiere lavar la ofensa de ver los restos de sus padres o hermanos arrojados al fuego como si fuesen los de perros rabiosos?

Inmediatamente, muchos de los caballeros y hombres de armas de la guarnición levantaron la mano ofreciéndose para formar parte de la pequeña mesnada. Todos sin excepción eran miembros de la baja nobleza occitana que, de una forma u otra, habían sufrido en primera persona las persecuciones de la Inquisición o las represalias de las tropas del Capeto, y habían visto como sus haciendas iban a parar a manos de los favoritos de la regente o su hijo Luis. Como no podía dejar el *pog* desguarnecido, Mirapeis tuvo que llevar a cabo una selección de hombres porque, de lo contrario, todos a una habrían partido con él sin dudarlos. Finalmente, el grupo se limitó a quince caballeros y cuarenta y dos hombres de armas que, evidentemente, eran excesivos para acabar con la vida de un puñado de frailes. Pero Mirapeis, que era desconfiado como una serpiente, prefería curarse en salud por si acaso era una treta preparada por Saint-Gilles, del que a pesar de su ambigüedad siempre dio por sentado que sus represalias organizadas contra los *buenos hombres* no

eran obligadas por el papa, la regente y el Capeto, sino ordenadas de buen grado por él mismo. Por otro lado, no dejaba de resultarle extraño que en aquel momento un inquisidor se arriesgase a iniciar una de sus terroríficas giras sin más escolta que unos criados, pero la realidad era que los predicadores estaban ya tan seguros de sí mismos bajo el régimen de terror que habían logrado imponer que consideraban casi imposible cualquier acto de violencia contra ellos.

Al día siguiente, tras pertrecharse de todo lo necesario, con las primeras luces del alba la mesnada partió de Montségur camino del bosque de Antioc, donde los esperaba dos días más tarde Raimon d'Alfaro.

Tal como habían anunciado, la víspera de la Ascensión, a la caída de la tarde, llegó a Avinhonet el pequeño grupo de inquisidores y su séquito. Para moverse con más rapidez habían optado por usar caballos en vez de las mulas habituales. En total, el grupo se componía de apenas once hombres: siete clérigos y cuatro criados que, nada más llegar, fueron recibidos con los brazos abiertos por un d'Alfaro que era la viva encarnación de Judas: sonriendo de oreja a oreja y deseándoles toda clase de parabienes por su benéfica labor en pro de la pureza de la fe.

-Espero y deseo de corazón que el viaje haya transcurrido sin novedad- les dijo a modo de saludo besando el cordón del hábito de Arnaud y los demás frailes-. Ya recibí aviso de vuestra llegada, y he ordenado que se os prepare un aposento adecuado para vuestras paternidades y vuestros criados. Y como supongo que estaréis hambrientos y cansados por el viaje, cuando vuestras paternidades dispongan ordenaré servir la cena.

Arnaud, sin sospechar nada porque aquellos recibimientos eran habituales entre los prebostes que no querían caer bajo sospecha, le agradeció a d'Alfaro sus atenciones.

-Si no os importa, señor preboste, primero desearíamos ir a nuestro aposento a descansar un poco. Luego, tras vísperas, compartiremos gustosos la cena con vos.

D'Alfaro aceptó y, dando una palmada, ordenó a un criado guiar a Arnaud y su comitiva hasta un aposento de un ala situada en un extremo de la casona. Tras recorrer varios pasillos y pasar por varias estancias sumidas en la penumbra, el criado se volvió al inquisidor, que mostraba cierta extrañeza por ser enviados a un aposento tan alejado.

-El preboste lo ha dispuesto así para que no os moleste el ruido, monseñor-explicó sonriente-. La casa es también cuartel de los hombres de armas de la guarnición, y a todas horas están formando escándalo con sus entradas y salidas para los relevos.

Tranquilizados por la explicación, los frailes llegaron por fin a una amplia estancia donde se habían dispuesto varios catres con colchones de paja para Arnaud y sus compañeros, mientras que los criados, como era habitual, se tenían que conformar con jergones en el suelo ante una chimenea que inundaba la sala con un agradable calor.

-Después de que la campana de la iglesia toque a vísperas vendré a buscaros, monseñor- dijo el criado despidiéndose.

Tras una breve oración de acción de gracias por el buen término del viaje, los frailes se lavaron manos y pies en una jofaina y se sacudieron el polvo del camino de sus hábitos. Luego desempacaron con la ayuda de los criados, poniendo especial cuidado en un cajón de madera que contenía decenas de legajos con todas las denuncias provenientes del Lauragués. Arnaud anduvo un rato rebuscando en el cajón para separar las correspondientes de Avinhonet ya que, a la mañana siguiente sin más demora, pretendía dar curso a las citaciones de los acusados, así como los interrogatorios. Mientras tanto, Saint-Thibéry y sus demás compañeros prefirieron tumbarse un rato para descansar sus entumecidos lomos, poco habituados a montar caballos en vez de las más apacibles mulas.

Diez minutos después de que la campana de la iglesia tocara a vísperas, el criado asomó la cabeza por la puerta para anunciar que el preboste los esperaba en el salón principal. Todos se dirigieron a la gran estancia donde ya habían dispuesto sobre la mesa las tablas en las que se solía servir la carne sobre gruesas rebanadas de pan, mientras que a los cuatro criados, sentados en un rincón de la sala, les entregaron una hogaza aún humeante y sendas escudillas de madera de olivo llenas de un humeante caldo con trozos de verduras y carne de marrano que les supo a gloria.

La cena se fue desarrollando en un ambiente cordial. Arnaud, sin el más mínimo disimulo, interrogó largo y tendido al preboste acerca de determinadas personas y familias que eran sospechosos de herejía, a lo que d'Alfaro fue respondiendo con todo lujo de detalles y sin preocuparse de negar que, en efecto, eran unos herejes redomados. Cuando dieron por terminada la cena, los frailes se excusaron para retirarse cuanto antes ya que tenían que rezar el

oficio de completas y descansar para aprovechar al máximo la jornada siguiente. Su intención era, una vez acabada su labor en Avinhonet, partir como mucho en una semana hacia Les Casses y Saint-Felix.

-Descuiden vuestras paternidades, que todo se hará como dispongan- se despidió d'Alfaro tan sonriente y obsequioso como siempre-. Además, me he tomado la libertad de preparar una estancia en el cuartel de la guarnición para que puedan llevar a cabo su piadosa labor. Que descanse...en paz vuestra paternidad- terminó diciendo con un brillo en los ojos que pasó desapercibido al inquisidor.

Arnaud se limitó a darle las gracias mediante una breve inclinación de cabeza y, seguido por los demás frailes y los criados, se dirigieron al aposento cuya puerta cerraron con su pesado alamud como tenían por costumbre cuando pernoctaban fuera de su monasterio en Tolosa. El criado, con la oreja pegada a la gruesa puerta, esperó un buen rato hasta que empezó a escuchar los ronquidos de los huéspedes, saliendo en ese momento al galope en busca del preboste.

-Duermen como querubines, monseñor- informó con sorna-. Vamos, que roncan como cerdos ahitos de hozar.

-¡Rápido, avisa a Golairan!- ordenó el preboste-. ¡Que salga inmediatamente en busca del señor de Mirapeis y que acudan enseguida!

El criado bajó como una centella a la cuadra donde esperaba hacía rato Guillaume-Arnaud de Golairan, uno de los hombres de confianza del preboste y de los pocos que estaban al tanto del atentado. Sin perder ni un instante, picó espuelas y salió al galope por el portón camino del cercano bosque de Antioc donde esperaban desde hacía horas Mirapeis y su gente.

Éste había formado dos grupos: uno se quedaría en el bosque bajo su mando por si aparecían merodeadores o alguna partida de franceses provenientes de Carcassonne. El otro estaría a las órdenes de sus tres caballeros de más confianza, Lahille, Balaguier y Saint-Martin que, acompañados de dos docenas de hombres de armas, se encargarían de escabechar a los inquisidores. Antes de que partieran tomó aparte a Joan Acermat, un criado de su casa, y se lo llevó aparte.

-Recuerda lo que te he dicho: debes traerme la cabeza de Arnaud- murmuró con los ojos brillando de furia-. No dejes de traérmela porque será el trofeo de esta jornada, mi copa triunfal.

Acermat asintió y se despidió besando la mano de su señor. Procurando

hacer el menos ruido posible, el grupo partió encabezado por Golairan hasta que llegaron a una vieja leprosería situada a extramuros, cerca de un postigo de la muralla.

-Ese postigo está abierto- dijo el guía señalando el pequeño portillo disimulado en un ángulo de la muralla-. Cuando entréis en la ciudad, veréis a un hombre armado con un perpunte de fustán blanco. Ese es mi señor Raimon d'Alfaro. Él os guiará hasta los inquisidores. Yo os esperaré aquí para facilitaros la salida de la ciudad. Id ya y que Dios os guíe.

Todos los conjurados se apearon de sus respectivas monturas, quedando una docena de hombres de armas al cuidado de ellas y vigilando el postigo. El resto se internaron uno a uno por el mismo para encontrarse al otro lado con d'Alfaro que no estaba solo, sino acompañado de más de una veintena de vecinos armados con palos y hachas.

-¿Quiénes son esos?- preguntó Lahille perplejo.

-No os preocupéis- le tranquilizó el preboste-. Son *creyentes* que, al igual que vosotros, están deseando tomarse cumplida venganza por los crímenes cometidos por esos perros. Yo respondo por ellos.

-No quiero sorpresas, preboste- advirtió Lahille-. Si veo algo raro, más de uno partirá de este mundo junto a esos predicadores de Satanás.

-Perded cuidado- insistió d'Alfaro-. Y vamos ya, que cuanto antes demos término a este negocio antes libraremos al mundo de esa escoria.

El preboste guió al numeroso grupo hasta la casona, no sin antes advertir que no hicieran el más mínimo ruido para no alertar al vecindario.

-No conviene que se sepa quiénes son los autores del atentado- explicó-, y aquí todos conocen hasta mi sombra.

Cuando entraron en la casa, un criado distribuyó algunas antorchas. Una vez encendidas se pusieron en primer lugar los hombres provistos de hachas para echar abajo la gruesa puerta de la estancia donde, en aquellos momentos, los inquisidores y sus criados dormían el sueño de los justos sin sospechar lo que se les venía encima. Tras recorrer los pasillos y estancias que conducían al aposento, por fin llegaron ante la entrada al mismo.

-Aquí es- dijo d'Alfaro en voz muy baja-. ¡Derribad la puerta!

En la estrechez del pasillo, apenas tres hombres podían colocarse ante la entrada y poder manejar las pesadas hachas. Con un ímpetu propio de leñadores, la emprendieron a golpes con el grueso portón mientras el resto los animaban. El escándalo despertó de inmediato a Arnaud y sus acompañantes.

-¿Qué pasa?- preguntó desorientado Saint-Thibéry-. ¿Qué es ese ruido?

Todos los ocupantes del aposento se levantaron de golpe y, a la mortecina luz que daba el único candil que habían dejado encendido, vieron como los golpes casi estaban ya sacando la puerta del quicio. Solo el alamud de cuatro dedos de grueso impedía que la echaran abajo.

-¿Quién va?- gritó Arnaud, cuyo rostro estaba lívido-. ¿Qué queréis?

Pero el predicador ya sabía sobradamente lo que estaba pasando. Iban a por ellos. Resignado, se dejó caer de rodillas y se puso a rezar en voz baja mientras que sus compañeros intentaban impedir que los de fuera derribaran la puerta. Uno de los criados se encaramó hasta la única ventana del aposento, pero estaba protegida por una gruesa reja. Con todo, se agarró a la misma y empezó a dar voces pidiendo socorro. Pero aquella noche nadie iba a ayudar a los inquisidores de Tolosa. Cada vez más aterrorizados, vieron como las hojas de las hachas empezaban a asomar por la puerta.

-¿Fray Guillaume, qué hacemos?- preguntó Carbonier al impasible predicador.

-Preparaos para alcanzar la ansiada palma del martirio, hermanos- respondió con entereza-. Orad para que en este momento supremo Dios nuestro Señor nos ayude a soportar con resignación cristiana la muerte que nos espera a manos de esos engendros del Maligno.

Todos parecieron contagiarse de la estoica actitud del inquisidor y, aunque con las caras verdosas y desencajadas por el pánico que sentían, se postraron de rodillas entonando una Salve. Alguno, incapaz de contemplar impasible lo que se les venía encima, se cubrió el rostro con las manos. Finalmente, la puerta cedió. El alamud saltó hecho pedazos y una tromba de hombres encabezada por d'Alfaro penetró en el aposento enarbolando hachas, mazas y porras, abalanzándose contra los indefensos frailes y sus criados. En una oscuridad casi total se formó un maremagno de golpes, tajos y gritos tanto de las víctimas como de sus matadores. Toda la furia, el odio y el rencor contenido durante años contra la Iglesia, la Inquisición y el mismo rey de Francia cayeron como una plaga bíblica sobre Arnaud y los suyos, que en pocos minutos quedaron literalmente destrozados en una habitación que parecía la de un matadero de reses.

-¡Ya está bien!- exclamó d'Alfaro cuando se dio cuenta de que los inquisidores y su séquito no eran más que amasijos de carne machacada.

Jadeando por el esfuerzo, los asesinos miraban en todas direcciones

comprobando que, en efecto, no quedaba ni uno con vida. Cuando se les aplacó por fin su furia homicida procedieron a expoliar las escasas pertenencias de los frailes; y no por codicia, sino más bien por llevarse un trofeo como recuerdo de la más que dudosa hazaña de dar muerte a once hombres indefensos entre más de cuarenta asesinos aunque, en realidad, no todos pudieron mojar sus manos en la sangre de sus víctimas porque, simplemente, el aposento no tenía cabida para todos. Registrando a toda prisa las dos arcas que contenían el escaso equipaje de los muertos, echaron mano a lo poco que contenían, peleándose entre ellos por quedarse con lo que les parecía más valioso. Al final, el botín no consistió más que en un par de libros de horas, un candelabro de bronce, algo de ropa y unas mantas. El resto del contenido de las arcas consistía en los legajos de denuncias de toda la comarca, los cuales fueron apilados en el centro de la estancia y quemados.

A toda prisa y cargados con el exiguo resultado de su rapiña, los asesinos salieron de la casa y volvieron al postigo acompañados de d'Alfaro, cuyo peripunte parecía el delantal de un carnicero de tanta sangre como lo había salpicado.

-Aquí nos despedimos, señores- dijo aún jadeante por la excitación-. Todo ha salido bien. Que la suerte os acompañe.

Sin demorarse ni un minuto más, el grupo se dirigió hacia donde habían dejado sus monturas y se pusieron en camino hacia el bosque de Antioc, donde Mirapeis se revolvía de impaciencia aunque no habían pasado ni dos horas desde que partieron en busca de sus víctimas. Cuando finalmente aparecieron fueron jaleados por sus compañeros y les pidieron que contaran con detalle todo lo ocurrido.

-¿Cómo ha ido todo?- preguntó a Lahille tras darle un abrazo.

-Perfecto, monseñor- respondió muy sonriente. Su cota de armas y su cara estaban llenas de sangre-. Ese malnacido de Arnaud ya debe estar junto a sus colegas haciendo cola para entrar en el infierno.

-¿Y Joan Acermat, dónde está?- preguntó a continuación mirando hacia todos lados-. ¿Joan, dónde está mi copa? ¿Dónde está la cabeza de Arnaud?

El aludido salió de entre el grupo negando con la cabeza.

-Rota, monseñor- respondió con aire contrito encogiéndose de hombros-. Le dieron tantos mazazos que quedó hecha añicos.

-¡Necio!- bramó furioso-. ¡Habría mandado engarzar con oro los trozos y podría haberla usado como copa durante el resto de mi vida!

Con todo, el haber perdido la ocasión de beber en el cráneo del inquisidor no restó motivos de regocijo a Mirapeis. Cuando volvió a Montségur con la noticia, los *perfectos* prefirieron mostrar una aparente indiferencia o, a lo más, una actitud reprobatoria que pocos sentían. Sin embargo, los *creyentes* y el resto de la guarnición lo celebraron por todo lo alto, y no ya por ver saciadas sus ansias de venganza, sino porque, para ellos, golpear a la Inquisición era sinónimo de golpear a Francia ya que consideraban a ambas partes como los instrumentos que eliminaron las libertades y privilegios que gozaban desde hacía generaciones en la Occitania.

Capítulo 21

Tanto los nobles que apoyaban a Saint-Gilles como los abnegados vasallos del conde tomaron el asesinato de Guillaume Arnaud, Saint-Thibery y sus compañeros como una señal para levantarse de una vez por todas contra el cada vez más pujante Capeto, pero entre ellos nunca hubo un verdadero espíritu de unión porque, a pesar de la machacona diplomacia desplegada por Guarin en nombre de su señor y sus labores de intoxicación entre el vecindario para fomentar aún más el odio a los inquisidores, al final prevalecieron el individualismo y las viejas rencillas familiares entre los otrora poderosos clanes occitanos y el miedo a la enésima guerra entre la población de la Occitania. La situación real era que ni la tan cacareada coalición estaba lo suficientemente cohesionada, ni el conde de Tolosa tenía la capacidad necesaria para aunar voluntades y asestar el golpe definitivo al francés. De hecho, ni siquiera hubo el más mínimo conato de rebelión contra el Santo Oficio en las poblaciones que aún seguían bajo el dominio de Saint-Gilles si bien, por lo menos, a nadie se le pasó por la cabeza su posible implicación en aquel luctuoso suceso. Más aún, ni siquiera sus más enconados enemigos sospecharon en ningún momento que el que estaba tras la mano ejecutora era el conde de Tolosa.

D'Alfaro dejó pasar unos días antes de dar cuenta a su tío de lo ocurrido, prefiriendo esperar a que se enfriaran un poco los ánimos. Dedicó varias horas a redactar un detallado informe de todo lo ocurrido hablando siempre en tercera persona, como si los datos que aportaba fuesen el resultado del interrogatorio a posibles testigos para, caso de ir a parar a manos ajenas a las del conde, no levantar sospechas. Ante los ojos de cualquiera que no fuera Saint-Gilles lo que allí se relataba era el informe de un preboste a su señor dando pelos y señales de un terrible suceso, pero nada más.

Cuando Saint-Gilles recibió a los dos sargentos enviados por d'Alfaro para entregarle el informe, el conde lo leyó detenidamente sin que se le moviera un músculo de la cara. Finalmente enrolló los pliegos de papel, los volvió a meter en el tubo de peltre donde aún pendía el sello del preboste y se quedó mirando impasible a los sargentos.

-¿Alguna respuesta, monseñor?- preguntó uno de ellos tras un largo e incómodo silencio.

-Podéis marcharos, y cuando lleguéis a Avinhonet le daréis las gracias al señor preboste por su diligencia. Decidle que sabré apreciarla en lo que vale. Mi chambelán os recompensará adecuadamente por las albricias- dijo haciendo un gesto a Guarín, que aún no había abierto la boca-. Id con Dios y no comentéis nada al vecindario mientras salís de la ciudad, que la gente se presta en seguida a propalar chismorreos y bulos.

El chambelán hurgó en su faltriquera y sacó cuatro sueldos, entregando dos a cada sargento. Muy agradecidos por la generosidad del conde, ambos besaron al unísono las monedas, hicieron una profunda reverencia y salieron de la sala sin más demora.

-No parece que lo ocurrido os conmueva, monseñor- dijo Guarín rompiendo por fin su silencio.

El conde lo miró en silencio con una sonrisa amarga en su pálido rostro.

-Me alegraría si las muertes de los inquisidores hubiese servido para levantar en armas a toda la Occitania- replicó con voz neutra, como queriendo dejar claro que la noticia no le había impresionado en absoluto aunque en su interior le hervía la sangre ante la timorata actitud de sus vasallos, que no habían movido un dedo para acabar con los predicadores-. Pero a la vista de que para lo único que han valido es para que los burgueses se emborrachen celebrándolo, pues no veo en ello motivo de regocijo. Y para colmo el crimen se ha cometido en una de mis ciudades, así que ya veremos como acaba esta historia.

Saint-Gilles se acabó sumiendo en uno de sus habituales ataques de melancolía. Su plan había fracasado. A pesar del indudable interés puesto por d'Alfaro para que la masacre fuera adecuadamente estimulante de cara al pueblo, nadie se había inmutado. Las masas enfervorecidas que debían salir a las calles pidiendo las cabezas de los predicadores y sus chivatos no se habían movido más que para ir a las tabernas a celebrar que cuatro inquisidores y siete funcionarios que no tenían culpa de nada acabasen despedazados por la furia del preboste y la gente de Mirapeis, pero nada más. Ni asonada, ni revuelta, ni siquiera algún comentario más allá de las congratulaciones en voz baja entre el vecindario porque, y esto había quedado ya claramente demostrado, el miedo a la Inquisición se había incrustado ya de tal forma entre la población de la Occitania que nada ni nadie sería capaz de desarraigarlo.

Buena prueba de ello fue la misa de réquiem que se celebró al cabo de unos

días por el alma de los mártires y sus sufridos acompañantes. En Saint-Étienne no cabía ni un alfiler, todos con caras de circunstancias y alguna que otra lágrima forzada para dejar claro a los oficiantes que estaban muy apenados por el triste suceso. El conde, en su sitial en el lado del evangelio, no daba crédito a sus ojos. Los cónsules que tanto habían despotricado contra la instauración en la ciudad del Santo Oficio estaban todos ocupando su lugar preferente ante el coro. Vestidos enteramente de negro no apartaban la vista del suelo meneando pesarosos sus cabezas y soltando algún que otro suspiro de resignación. En las naves laterales, una masa de asistentes que en su día lo habían insultado a voz en grito presenciaba la ceremonia de luto riguroso y expresión de dolor infinito. El conde llegó a sentir arcadas del asco que le inspiraban sus vasallos, pero al menos le sirvió para tener claro que desde aquel día su única meta era sobrevivir y, si era posible, rematar de forma exitosa su alianza política y militar ya que su complot particular había resultado un fiasco.

-¿Por qué todos mis enemigos siempre se salen con la suya, maldita sea mi alma?- se decía a sí mismo rebulléndose inquieto en su sitial mientras empezaba la misa.

Al final estaba claro que su vida había sido una sucesión de errores, y que si se hubiese mantenido fiel a la Iglesia y a la regente se habría evitado mil y una humillaciones, berrinches, ataques de furia, expolios y ruinas, y se limitaría a ver pasar el tiempo paseando por sus inmensos dominios y dándose alguna que otra alegría con las frondosas hembras occitanas que tanta pasión solían poner en el lecho.

Un repentino silencio cayó como una losa cuando los oficiantes salieron de la sacristía. Seila y Cathala, que había acudido expresamente desde Albi, concelebrarían el oficio con el obispo de Tolosa, Raymond de Fauga. La mirada que dirigió Seila a los presentes, una mezcla de odio y furia incontenibles, dejó claro desde el primer momento que la misa sería bastante tormentosa, y ciertamente nadie se equivocó en ese aspecto porque cuando se encaramó en el púlpito parecía un basilisco dispuesto a fulminar a todos los asistentes.

-¡Infamia!- tronó en las bóvedas de Saint Étienne su voz atiplada-. ¡Infamia y traición! ¡Infamia, infamia, infamiaaaa!- repetía mientras aporreaba con tal furia el viejo púlpito que todos pensaron que iba a echarlo abajo-. ¡La ira de Dios caerá sobre los asesinos de sus siervos, y esa ira será tan terrible que los

que ya han muerto desearán no haber estado vivos para padecerla!

A medida que el sermón avanzaba parecía que la estatura de los asistentes iba menguando a medida que aumentaba la afonía de Seila, que al cabo de una hora larga ya apenas era audible hasta para el conde, que soportaba estoicamente aquella interminable retahíla de amenazas y promesas de castigo eterno casi debajo del maltrecho púlpito, al que ya le habían aparecido unas grietas bastante inquietantes de tantos puñetazos. Ni Cathala ni el obispo movieron un músculo durante el sermón. Fauga, con los ojos entornados, parecía estar en otro sitio, y Catahala inspeccionaba detenidamente todos y cada uno de los rostros de los presentes hasta donde le alcanzaba la vista en busca de algún gesto que pudiera convertirlo en sospechoso de lo que fuera.

-Nada escapa de la Justicia divina- concluyó Seila con un hilo de voz-. Los mártires de Avinhonet ya gozan de la presencia de nuestro Señor. Sus asesinos deben ir preparándose para sufrir un infierno perpetuo por su iniquidad. ¡La vengaza de Dios será tan admirable como terrible!

El furibundo predicador bajó del púlpito y la ceremonia prosiguió sin incidentes, con todos los fieles totalmente sometidos. Saint-Gilles los miraba y lo que veía solo corroboraba lo que ya consideraba como inexorable: nadie podía acabar con la Inquisición. Lo que tenía ante sí y usando el símil clerical no era más que un rebaño de mansos borregos. Cuando terminó la misa se largó a su palacio dando grandes zancadas sin prestar atención a los vecinos que se inclinaban a su paso, con su escolta trotando para poder seguirle a duras penas. Subió las escaleras de dos en dos, se encerró en su sala y bebió hasta perder el conocimiento.

A la vista de que la masacre de Avinhonet no sirvió de nada, Saint-Gilles se volcó por entero en la opción militar. Reunió sus tropas y las junto con las pequeñas mesnadas de los señores occitanos que, con suerte, podían aportar algunos hombres de armas a caballo y unas decenas de peones procedentes de granjas de donde los habían tenido que sacar poco menos que a empujones.

-Monseñor, con estos peleles no podemos ni plantearnos ocupar una plaza medianamente fortificada- observó Trencavel, que había retornado de su exilio para sumarse a la fiesta.

-¿Creéis que no me he dado cuenta, Raimon?- gruñó el conde, que tras pasar

revista a su hueste acabó terriblemente deprimido solo con ver el aspecto de las tropas, que no espantarían ni a una reunión de comadres-. Pero es lo que hay. Como comprenderéis, nada más lejos de mi intención que aventurarme a recuperar las plazas guarnecidas por tropas del Capeto.

-¿Qué haréis pues, monseñor? ¿Sentaros a esperar?

-Intentar recuperar el máximo posible de los territorios que me fueron arrebatados en Meaux- sentenció muy decidido. Llevaba tiempo dándole vueltas a aquel asunto y estaba convencido de que con las tropas de que disponía no podía aspirar a más salvo que Enrique de Inglaterra y Lusignan lograsen derrotar al rey Luis.

Hizo un gesto a un paje para que extendiera sobre la mesa un mapa muy bien detallado de toda la Occitania.

-Hay que recuperar el Rasés- dijo poniendo el dedo sobre el mapa-. En el Rasés están los enclaves mejor fortificados y que no han sido guarnicionados por el Capeto. Muchos fueron desmantelados, pero en poco tiempo pueden repararse. En todo caso, su situación los hace prácticamente inexpugnables, así que no hacen falta obras de mucha importancia para que, al menos, puedan ser defendidos por pocos hombres. Si logramos asegurar la comarca nos habremos anotado una victoria que, aunque no conlleve la derrota del enemigo, al menos les hará saber que no tendrán fácil arrebatarnos nuestras conquistas.

-¿Y cuál sería el objetivo final de esta empresa, monseñor?- preguntó Trencavel no muy convencido-. Porque los contingentes aportados por los señores locales se largarán a sus casas al cabo de cuarenta días, y con vuestras tropas no podéis guarnicionar, y mucho menos retener, ni los castillos ni el Rasés.

-Narbona- sentenció sin dudarlo-. Si recupero el ducado de Narbona nuestra posición se habrá fortalecido hasta el extremo de poder tratar al Capeto de tú a tú. Es absolutamente necesario estar en Narbona antes de que acabe el verano. Sus defensas están intactas y allí podré mantenerme hasta que logre sacarle al Capeto un tratado decente. Tolosa es indefendible desde que me obligaron a demoler las 500 toesas de muralla que ni siquiera puedo reconstruir porque los sillares los han ido usando los vecinos, los muy deputas, como materiales de construcción gratuitos.

-No quiero ser agorero, monseñor, pero, ¿os habéis planteado qué pasaría si el Moreno fracasa? ¿Y el inglés? No puede permitirse una guerra permanente

contra el Capeto. Es el rey de Inglaterra, y sus mismos nobles no admitirían que la Aquitania, que ni les va ni les viene, se convierta en un pozo sin fondo de oro y hombres. Inglaterra no es un país rico, ni remotamente tienen las tierras fértiles de Francia, y obtiene más rentas de la Aquitania que de sus posesiones en la isla.

-Precisamente por eso no se puede permitir siquiera contemplar una derrota- objetó Saint-Gilles.

-Las derrotas no se contemplan, se sufren, monseñor- replicó con amargura-, y de eso me temo que puedo daros lecciones. Lo inteligente no es no pensar en la derrota, sino en qué ocurrirá si nos derrotan. En el caso del inglés está muy claro.

-¿Y...?

-Tardará menos que lo que dura un avemaría en renovar su pleito de homenaje al Capeto antes de ver el ducado más rico de la Galia convertido en una escombrera, monseñor. Ni a Luis le interesa perder los jugosos tributos que le reportan la Aquitania, ni a Enrique perder sus rentas. Si la jugada le sale bien, el Capeto se fastidia, pero si le sale mal no le queda otra que doblar el lomo y seguir siendo un rey vasallo.

-¿Y el Moreno?

-El Moreno no tardaría un avemaría, sino la décima parte de ese tiempo en arrastrarse delante del Capeto. Y, por supuesto, olvidaos de emparentar con él porque la primera condición que le pondrá será impedirle casar a su hija con vos. Al cabo, el Tratado de Meaux no se firmó para debilitaros, sino para aniquilar por completo el poder de vuestra Casa, que era y aún es el único obstáculo que le impide hacerse el amo de toda la Galia. La boda de Alfonso con vuestra hija fue el epílogo de esta historia para que, cuando os marchéis de este mundo, sumar el condado de Tolosa y los señoríos que le rinden vasallaje a la corona.

-Eso ya lo sé, demonios- gruñó Saint-Gilles, que detestaba que le pusieran delante del espejo-. Pero siempre tengo la opción de casarme sin la dispensa, ya lo hablé con mi chambelán y, aunque es arriesgado, de momento dejaría en vilo lo firmado en Meaux.

-Monseñor, dudo mucho que vuestro chambelán haya dicho algo semejante- replicó Trencavel negando con la cabeza-. Hace más de seis meses que el papa Celestino se pudre en su tumba tras reinar apenas dos semanas, seguimos sin pontífice, y sin la dispensa no habrá un solo obispo que consienta en

celebrar la boda, y más si consideramos que vuestra influencia en el clero es inexistente. Jamás os perdonarán vuestra ambigüedad, y menos aún haber sido excomulgado. ¿Creéis que Fagua va a poner su mitra en juego por casaros sin la dispensa?

Saint-Gilles prefirió guardar silencio ante el baño de cruda realidad de Trencavel que, además, tenía por desgracia experiencia sobrada y podía hablar con toda la autoridad del mundo. En realidad, Trencavel había pecado de optimismo antes que él cuando se la jugó a una sola carta ante Carcassonne, dando por sentado que sus antiguos vasallos saldrían en masa a recibirlo y le abrirían de par en par las puertas de la ciudad. Luego pudo comprobar que sus proyectos se quedaban en nada, y que solo la generosidad de Beaumont le libró del tajo o, peor aún, de ser encerrado de por vida en la mazmorra más profunda de la que antaño fue la capital de sus dominios.

-No os niego el riesgo que presenta todo esto, Raimon- dijo finalmente rompiendo su mutismo-, pero hay que confiar en la Providencia. El que nada apuesta nada gana, y aunque nos lo jugamos todo en este envite no hay otra opción si queremos librarnos del Capeto. *Fortes fortuna adiuvat*, ¿o no?

Trencavel rió de buena gana ante la ingenua salida del conde.

-Monseñor, eso lo dicen los audaces cuando han ganado la batalla. Cuando la pierden se callan como putas apaleadas, y por lo general suelen ser mucho más frecuentes los segundos que los primeros. ¿Sabéis quién ha demostrado más audacia en toda esta historia que se retrotrae a los últimos veinticinco años?

-¿Quién?- preguntó con aire condescendiente aunque ya estaba un poco harto de aquella charla.

-La regente.

-¿Esa arpía castellana?

-Esa arpía castellana nos ha vencido como nadie podría haberlo hecho, monseñor- replicó muy serio Trencavel, que aunque detestaba a la reina Blanca era lo suficientemente inteligente como para reconocer los méritos de sus enemigos-. Ha sido tan lista que nos ha ido derrotando uno a uno, grandes señores occitanos, poderosos nobles de la más añeja aristocracia de la Galia, sin empuñar jamás una espada, sin presentarse en el campo de batalla.

Saint-Gilles abrió la boca para protestar, pero un imperioso gesto de Trencavel le hizo callar.

-Monseñor, sed honesto con vos mismo y reconoced la verdad. Ha parido

trece veces, la última pocos meses antes de quedarse viuda, y de esos trece hijos aún viven cinco. Ha ejercido la regencia durante años con mano de hierro. No solo ha mantenido el reino a flote, sino que se lo ha entregado a su hijo Luis más extenso de lo que era en vida de su marido. Su palabra es ley en Roma. Su opinión es oída en todas las cortes de Europa. Es astuta, sagaz, paciente, implacable y a la par una devota católica, lo que le ha dado el apoyo incondicional de todo el clero de la Galia. Y, lo más importante, nos ha dado para el pelo a vos, a mí, y ha acabado con los *buenos hombres* que, de ser una fuerza cada vez más extendida, al día de hoy se ven reducidos a unos centenares de *creyentes* recluidos en los nidos de águila del Rasés de donde no pueden salir para no acabar en el Muro o en la pira. No nos ha vencido Luis, ni el papado, ni mucho menos un energúmeno como Montfort que es historia desde hace años. La que nos ha derrotado de forma inapelable es la regente, y rogado porque aún no tengamos que hincar la rodilla por enésima vez ante ella para implorar su clemencia.

-Eso no volverá a ocurrir- bramó Saint-Gilles, que jamás olvidaría que la paliza que le dieron en París fue por especial empeño de la férrea castellana-. Antes me ato una piedra al cuello y me tiro de un puente.

-Pues id preparando una piedra lo bastante pesada, un río lo suficientemente profundo y un puente bien alto monseñor porque, y ojalá me equivoque, como algo falle ese será vuestro destino.

La oportuna llegada de un sargento requiriendo la presencia del conde para revisar la llegada de una caravana de pertrechos impidió que la charla acabara en una riña de imprevisibles consecuencias porque, aunque siempre indeciso y falto de empuje, cuando le dominaba la ira brotaba como un torrente desbordado la desmedida furia de los Saint-Gilles, y con un adversario como Trencavel la cosa podía acabar a cuchilladas.

Sin responder, el conde se levantó, salió del pabellón dando grandes zancadas y se perdió entre el marasmo del campamento. Trencavel se limitó a mover la cabeza como el padre que ve como su hijo se niega a aceptar la realidad.

-Este cantamañanas no aprenderá nunca, y mira que le han dado más palos que a una mula rebelde...- murmuró.

La campaña comenzó de forma exitosa. En poco tiempo, el ejército de Saint-Gilles logró recuperar prácticamente todo el Rasés y guarnicionar varias

de sus antiguas fortalezas. Ciertamente era que estaban abandonadas, pero su recuperación y puesta en servicio las convertían en obstáculos muy difíciles de superar a una hueste invasora. Cada vez que tomaba posesión de uno de sus viejos castillos convertidos en rediles de cabras o simples escombreras arruinadas en pocos años por las inclemencias del tiempo y la falta de mantenimiento miraba con sorna a Trencavel y le repetía la misma frase:

-Fortes fortuna adiuvat- murmuraba sonriente sin que los demás presentes tuvieran ni idea a santo de qué tanto repetir aquel latinajo.

-Cogita finem- le replicaba Trencavel, lo que aumentaba aún más la intriga de todos.

En Tolosa y las demás ciudades que aún pertenecían al conde se celebraba cada una de estas pequeñas victorias que, debidamente adobadas por Guarín, daban la impresión de que ocupar una torre abandonada y medio derruida había sido una hazaña tras varios días de cruento asedio y aún más fiero asalto. Pero la realidad era la que era, y hasta aquel momento nadie se había enfrentado al ejército de Saint-Gilles, que en su optimismo patológico ya empezaba a creerse de verdad que su audacia le daría la victoria. Las noticias de sus aliados eran de lo más prometedoras. Enrique acababa de desembarcar en Royan, en la costa de la Aquitania, para ponerse al frente de un ejército formado por sus tropas y las de Lusignan. En total sumaban veinte mil peones, más de medio millar de ballesteros y más de mil quinientos caballos coraza que, aunque no alcanzaban ni la mitad de los que pondría en liza el Capeto, no eran precisamente una fuerza despreciable.

A finales de julio estaba preparando ya su avance hacia Narbona, que sería la puntilla para el Capeto. Si Enrique de Inglaterra y Lusignan lograban vencer en el campo de batalla, él recuperaría su ducado y se limpiaría el trasero con el maldito tratado de Meaux, tras lo cual se lo enviaría de recuerdo al rey francés. Decidió esperar hasta primeros de agosto para hacer acopio de pertrechos y bastimentos. No quería dejar nada al azar y no pecar de impulsivo. La presa estaría donde siempre, y él solo tenía que ir y hacerla suya. La victoria de la alianza parecía estar más cerca que nunca y, si las cosas se desarrollaban como era de esperar, el rey de Aragón cruzaría los Pirineos en la siguiente primavera y se uniría a las tropas del resto de nobles que, de forma más o menos disimulada, esperaban el resultado de aquel primer envite para decidir de parte de quién se pondrían.

Pero es de todos sabido que, si algo puede salir mal en el plan mejor

trazado, sin duda ocurrirá para echarlo todo por tierra. Y como el plan de Saint-Gilles estaba en realidad basado en una unión monolítica entre aliados que solo lo eran de nombre, el plan fracasó. Aún no se habían puesto en marcha hacia Narbona cuando a finales de aquel mes de julio llegó el mensajero siempre polvoriento y medio desmayado por el cansancio para traerle nuevas de los progresos de Enrique y Lusignan. El mensajero fue conducido al pabellón del conde, donde este celebraba consejo de guerra con Trencavel y los demás señores. Cuando Saint-Gilles rompió el lacre y abrió la carta tuvo la desagradable sensación de que no comunicaba nada bueno.

-¿Malas noticias, monseñor?- preguntó Trencavel al ver como la cara del conde se ponía verde.

Pero Saint-Gilles no podía siquiera articular palabra alguna. Se limitó a tender la carta a Trencavel con mano temblorosa mientras dos gruesos lagrimones resbalaban por su cara mal afeitada. Y no era para menos. Cuando leyó el mensaje sintió lo mismo que cuando el senescal de Carcassonne le anunció la inminente llegada del ejército de Beaumont. Todos los presentes estaban en ascuas, pero ni siquiera se atrevían a preguntar porque ya imaginaban lo ocurrido.

Trencavel dejó la carta sobre la mesa, tragó saliva varias veces y se dirigió a los presentes porque Saint-Gilles se había quedado como petrificado.

-El ejército del rey Enrique y de Lusignan ha sido aplastado por el Capeto- anunció haciendo un enorme esfuerzo-. Hace una semana se enfrentaron junto al puente sobre el Charente, cerca de Taillebourg. Una irresistible carga de los caballos coraza del francés les obligó a retirarse a Saintes, a unas tres leguas al sur, para reorganizarse. Pero al día siguiente se encontraron con que las fuerzas del Capeto no los esperaban en Taillebourg para reanudar la batalla, sino que habían aprovechado la noche para alcanzarlos en Saintes, donde han sido definitivamente derrotados.

Tras un silencio que hacía hasta zumbar los oídos, una avalancha de preguntas y protestas surgió de todos los presentes. Trencavel intentaba hacerlos callar mientras que Saint-Gilles permanecía absolutamente inmóvil con la mirada perdida.

-¿Han sufrido muchas bajas?

-¿Dónde está el Moreno?

-¿Y el inglés, está muerto o ha llegado a nado a su casa?

-¿Dónde demonios está Taillebourg?

-¡Silencio, señores! ¡Silenciooooooo!- gritó Trencavel aporreando un plato de peltre con un cucharón para hacerse oír en aquel maremagno-. Lo que os he dicho es lo que pone el mensaje. No sé nada más. En todo caso, que el rey Enrique o el Moreno estén vivos o muertos, o que su ejército haya quedado reducido a polvo es irrelevante. Lo único que importa es que han sido vencidos de forma incuestionable, y apostaría mi alma a que Lusignan ya está besando la mano del Capeto y el inglés levando anclas en algún puerto de la Aquitania camino de su brumosa isla.

Un nuevo y largo silencio se impuso en el pabellón. Era la hora de la supervivencia, cuando las fidelidades empiezan a flaquear a una velocidad preocupante.

-¿Y qué haremos ahora, monseñor?- se atrevió a preguntar uno-. ¿Qué será de nosotros?

Trencavel se hizo a un lado y, sin decir nada, señaló al conde, que seguía convertido en estatua. Al cabo, él era el comandante supremo y él era el que tenía la última palabra.

-*Cogita finem*- balbució Saint-Gilles, que por fin parecía haber recuperado el habla a pesar de que el tono verdoso de su rostro se había ido tornando violáceo-. Piensa en el final- tradujo a continuación porque allí casi ninguno sabía latín-. Y el final ha llegado, señores. La aventura ha terminado, el Capeto ha triunfado una vez más y, por desgracia, me temo que esta vez de forma definitiva. Así pues, os libero de vuestro juramento de fidelidad y os conmino a partir cada cual a sus dominios. Esto os atañe también a vos, Raimon- dijo a Trencavel-. Levantad el campo y marchaos cuando antes de vuelta a Aragón. El Capeto no os perdonará esta vez, y no habrá otro Beaumont que os trate como el gran noble que sois. Marchad si no queréis acabar como vuestro padre, envenenado en una mazmorra en su propio castillo.

-¿Y vos, monseñor? Tampoco creo que os perdonen.

-Pensaré en el final, Raimon. En realidad, siempre hay un final para todo.

La estampida hizo que en menos de tres horas el campamento de Saint-Gilles se viese reducido a la mínima expresión. Sus aliados occitanos salieron como alma que lleva el diablo camino de sus hogares y, aprovechando el paseo, ir preparando cualquier excusa por si se presentaba un senescal regio haciendo preguntas incómodas. Había que comprar testigos, callar bocas y asegurar coartadas para que ningún visitante inoportuno pudiera cuestionar que

su señor no se había movido de su casa desde hacía muchos meses. La formidable alianza forjada para acabar con el expansionismo de Luis Capeto y el poder de la Inquisición no había durado ni siquiera un año. La suerte de la Occitania estaba ya echada, y la sentencia de los herejes y los nobles que se habían sumado a ellos o les habían dado su apoyo en algún momento firmada y sellada tanto por el rey Luis como por la Iglesia. El principio del fin acababa de empezar.

Capítulo 22

Un buhonero fue el que hizo llegar la noticia a Montségur a finales del verano. Aunque el trasiego de comerciantes era bastante regular, la mayoría de ellos se limitaban a moverse por las poblaciones cercanas y, al cabo, aunque ya sabían del descalabro de la alianza del conde Raymond tampoco era algo que les interesase demasiado. A aquella gente le daba un ardite quien mandara en la Occitania y tras tantos años de guerra lo único que deseaban era que reinase la paz para poder vivir sin miedo a las delaciones, a los predicadores o a las bandas de ribaldos que se movían como comadreja por el territorio en busca de *perfectos* o diáconos para entregarlos al Santo Oficio a cambio de la recompensa habitual. Sus únicas preocupaciones eran calentar la olla a diario, no pasar frío en el invierno y tener un techo bajo el que dormir sin miedo a que la lluvia los empapase o la nieve los sepultase, y si para eso tenían que acatar al conde Raymond, al rey Luis o al mismísimo emperador Federico, pues se les acataba y santas pascuas.

En realidad, el buhonero no se molestó en comunicar el desastroso final de la alianza, sino que se limitó a responder al breve interrogatorio de Mirapeis y Perelha ante la falta de noticias. Hacía ya cuatro meses desde la brutal matanza de Avinhonet sin que se hubiera vuelto a saber nada de sus consecuencias, ni para bien ni para mal. Pero cuando el buhonero les explicó lo mejor que pudo lo ocurrido, un poco deformado por haber pasado ya por

varias bocas, los dos nobles tuvieron motivos de sobra para preocuparse. Tras premiar al hombre con unas monedas y ordenarle que no dijera una palabra a nadie, ambos se retiraron a comentar tranquilamente lo sucedido en el extremo norte del poblado, donde la pared del *pog* caía plomo.

-Esto no me gusta nada- gruñó Mirapeis contemplando el majestuoso paisaje que se abría ante ellos-. Saint-Gilles era el único obstáculo que quedaba por derribar al Capeto y a los predicadores antes de abalanzarse como lobos contra todos nosotros para exterminarnos de una vez por todas.

-Deberíamos evacuar a las mujeres- sugirió Perelha-. Si aparece un ejército del Capeto serán más un estorbo que otra cosa. Hay que llevarlas bien lejos.

-Ni hablar- negó Mirapeis moviendo enérgicamente la cabeza-. ¿Dónde estarán más seguras que aquí? ¿Dónde pensáis mandarlas? ¿Dónde estarían a salvo? Si salen de Montségur, antes de un mes serán pasto de las llamas. Todo el mundo las conoce, y serían una presa codiciada por los perros de la inquisición para dar uno de sus escarmientos o usarlas como rehenes. De aquí no se mueve nadie hasta que no tengamos noticias más fiables. Y procurad que no se sepa nada, no conviene que el miedo haga que muchos abandonen la seguridad del *pog*.

-Sea como decís- murmuró Perelha dando por concluida la conversación. No era hombre especialmente prolijo a la hora de hablar, y cuando ya no había nada importante que decir prefería dedicar el tiempo a cosas más productivas.

Cuando ambos volvieron al castillo, Pierre asomó la cabeza por detrás del pequeño muro donde se ocultaba. A falta de algo mejor que hacer y aburrido tras pasar semanas y semanas de total inactividad, dedicaba su tiempo a espiar. Se le había metido en la cabeza lo del Grial, dando por hecho que si lo encontraba y lo entregaba a los inquisidores la recompensa sería digna de un rey. Intuía que el preciado objeto estaba en el *pog*, y si era cierto que aquella misteriosa piedra tenía tanto poder, lo más acertado sería usarla en beneficio propio antes que entregarla a los curas, que bastante poderosos y ricos eran ya.

En cuanto Mirapeis y Perelha desaparecieron por el estrecho sendero que llevaba al castillo, Pierre saltó el muro en busca de sus compinches para darles la noticia. Los encontró cavando en una de las pequeñas terrazas que, distribuidas entre el caserío, permitían proveer de verduras y hortalizas a la población del *pog*, aquella enorme roca en la que hasta respirar era más difícil que en el valle. Montségur no regalaba nada y su suelo pétreo no permitía

germinar más que malas hierbas que crecían a duras penas entre las grietas de las rocas, por lo que años atrás hubo que dedicar meses y meses de trabajo para subir tierra fértil a lomos de acémilas e incluso con capachas y serones acarreados por los abnegados *creyentes* que veían en Montségur uno de los pocos refugios en los que vivir a salvo de la fiera persecución de los predicadores.

En el *pog* nadie podía permanecer inactivo. Eran demasiados para tolerar vagos, y todos debían ganarse el sustento como fuera. Mientras unos cuidaban los huertos otros hacían lo propio con los corrales y el escaso ganado de donde obtenían carne y leche. Otros elaboraban quesos o salazones, otros se dedicaban al mantenimiento de las cabañas y las terrazas, que constantemente había que reparar debido a los corrimientos de tierra cada vez que llovía o reponer las techumbres cuando el viento soplabla con más fuerza de la habitual. Hasta las mujeres nobles, empezando por Azalaïs de Mirapeis, madre del joven pero belicoso Alzieu de Massabrac, la dama Corba, su madre Marquesia y Philippa de Perelha pasaban horas y horas, unas hilando y otras en los telares para tener qué intercambiar con los mercaderes que subían al *pog* con regularidad lo que ellos no podían fabricar: velas, aceite, grano, vino, frutas, higos secos, sal, papel, tinta y, en fin, los mil y un detalles cotidianos que nadie echa en falta hasta que se acaban y, encima, no tiene forma de obtenerlos. Hasta los pocos críos que habitaban en Montségur tenían su cuota de trabajo bajo la dirección de Esclermonda, la hija tullida de Raimon de Perelha que ya tenía casi veinte años. Su tarea consistía en moldear figuritas de palomas, la representación del Dios Espíritu, que luego eran vendidas discretamente a los *creyentes* que vivían en las poblaciones cercanas.

Los únicos exentos de trabajos manuales eran los aproximadamente ciento cincuenta hombres que componían la guarnición del *pog*. Pero no estar obligados a trabajar no suponía estar todo el día tumbados haciendo el vago. Perelha se había encargado de distribuirlos en pequeños grupos dirigidos por los escasos miembros de la nobleza que vivían en Montségur, y estos a su vez tenían la misión de impedir que la molicie se apoderase de las tropas y se dedicaran a perder el tiempo cortejando a las mujeres o jugando a los dados o al alquerque, entre otras cosas porque lo primero solía acabar en pependencias entre la soldadesca o la soldadesca y el cornudo, y lo segundo a mamporros o cuchilladas porque a nadie le gusta perder ocho veces seguidas. Al cabo, la mayoría de los miembros de la guarnición ni siquiera era *creyentes*, sino

católicos más o menos convencidos que estaban allí por fidelidad a sus señores o, simplemente, porque al ser estos unos *faidits* más pobres que las ratas no tenían otro sitio donde ejercer su oficio.

En todo caso, sus jefes no les daban un momento de tregua salvo para las comidas y un rato de asueto a la caída de la tarde que, en realidad, era más bien un prelude al sueño nocturno porque llegaban al final del día agotados. Sus deberes cotidianos incluían turnos de guardia en todo el *pog* incluyendo los sitios más inverosímiles por donde ni una cabra montesa se atrevería a circular. Al menos una hora al día la debían dedicar a tener a punto su equipo, y varias más al mantenimiento de las ingentes cantidades de armamento que tenían almacenado para preservarlo del óxido en el caso de los metales y de la podredumbre en las astas de madera, cuidando de untarlo todo con sebo o aceite de roca para aislarlo de la intensa humedad que siempre reinaba en el *pog* incluso en verano. Tras la sesión de mantenimiento llegaba la de instrucción, y no porque necesitaran adiestrarse en ningún tipo de arte marcial que conocían de sobra, sino para impedir el entumecimiento. Para estimularlos, sus jefes organizaban pequeñas batallas entre grupos armados con escudos y sustituyendo las armas reales por otras de madera. El grupo vencedor sumaba puntos, y al cabo de una semana el que tenía más puntos obtenía una ración extra de vino.

Las únicas misiones que eran aceptadas de buen grado eran escoltar al heresiarca o sus Hijos cada vez que se desplazaban a alguna población a ejercer su apostolado o impartir el *consolamentum* a algún creyente o, mejor aún merodear por la comarca. Cada dos o tres días salían ocho o diez hombres a caballo al mando de un sargento y visitaban de forma discreta las poblaciones más cercanas para obtener noticias y observar movimientos de posibles enemigos. Naturalmente, los voluntarios nunca faltaban porque era la única ocasión disponible para aliviarse los humores refocilándose con alguna aldeana comprensiva o, en el peor de los casos, con una puta local, aparte de disfrutar del grato ambiente tabernario que tanto gustaba a la soldadesca, pudiendo contarse embustes y aventuras amorosas lejos de la mirada reprobatoria del heresiarca y demás perfectos del *pog* que abominaban de aquellas costumbres y que, como era lógico, jamás practicaban.

En realidad, la vida de la guarnición era la menos monótona, y hasta un vago redomado como Pierre intentó en su día ser admitido como miembro de la tropa, pero su nulo conocimiento de las armas y su escasa presencia física hizo

que lo desecharan de inmediato.

-Tú mejor te dedicas a sembrar nabos, canijo. Cuando cuajes un poco y puedas levantar una maza sin romperte la muñeca vuelves a verme- sentenció Alzieu de Massabrac que, por ser de los *faidits* más jóvenes, consideró más accesible que otros de más edad. Debía haber tenido en cuenta que, a pesar de sus pocos años, había tomado parte en la matanza de Avinhonet y, al decir de los que lo presenciaron, fue de los más sañudos a la hora de emplear su maza erizada de clavos de herradura contra las beatíficas cabezas de los inquisidores.

Ante semejante fracaso, optó por iniciar sus labores de espionaje que podía desarrollar gracias a su proverbial habilidad para el escaqueo. Se perdía por las laderas diciendo que iba en busca de hierbas y pasaba horas dando vueltas sin apartar la vista del suelo y el oído de las charlas entre los habitantes del *pog* para, gracias a su espléndida memoria, almacenar todos los datos que podían resultarle de interés.

La noche del mismo día en que el buhonero informó a Mirapeis y Perelha del descalabro de Saint-Gilles puso al corriente a sus compinches de la succulenta noticia. A diario, cuando los habitantes del *pog* terminaban su magra cena o roncaban a pierna suelta, celebran un muy discreto conciliábulo en el mejor sitio para pasar desapercibidos: junto a la zona que servía de cementerio.

-¿Qué decís?- preguntó a sus compinches tras repetirles palabra por palabra todo lo que había oído.

-Psé...- chasqueó la lengua Gros encogiéndose de hombros-. Era de esperar. El Capeto, la Iglesia y la mitad de la Occitania están hasta la coronilla del conde.

-Eso es cosa sabida desde hace años- replicó Pierre al ver que se daba tan poca importancia a algo que él consideraba todo un suceso-. Además, a mí me da una higa el conde. Lo que me preocupa es qué pasará con Montségur.

-¿Ahora te inquietas por el futuro de los infectados?-rió Matheus-. Estos ilusos serán los siguientes en caer. Montségur encabeza la lista de objetivos a batir desde que hace diez años el señor de Perelha cedió el castillo a Gilhabert de Castres como refugio de herejes, y si no lo han aniquilado hasta ahora es porque está en las tierras de Saint-Gilles. Pero intuyo que no pasará mucho tiempo antes de que las tropas del Capeto hagan acto de presencia, con o sin la anuencia del conde.

-Veo que no entiendes nada, compañero- protestó Pierre-. En lo que a mí respecta, pueden hacer llover brea y azufre sobre esta mierda de roca y acabar con esta chusma de una vez. Lo que me preocupa es mi futuro cuando eso ocurra.

-Nosotros no tenemos motivos para inquietarnos, rapaz- respondió Gros-. Fray Seila y el obispo responde por nosotros. Si las tropas del Capeto se apoderan del *pog* mostramos nuestros salvoconductos y nos volvemos a Tolosa sin más.

-A eso voy. ¿Qué hacemos en Tolosa cuando los infectados hayan sido borrados del mapa de una vez? Si con ellos acaban con nuestro medio de vida. ¿De qué viviremos cuando nos hayamos gastado el estipendio que ganamos con las denuncias?

Matheus y Gros estallaron en sordas carcajadas tapándose las bocas con las manos para no ser oídos.

-¡Eres un auténtico diablo, zagal!-exclamó Matheus-. ¿Acaso pensabas dedicarte toda la vida a delatar gente? Ya has ganado dinero de sobra, demonios. Búscate un oficio decente, como todo el mundo.

-Y una mujer que te baje los humos, cabrón- apoyó Gros-. Forma una familia, ten hijos. Con lo que llevas ahorrado, que sé que no gastas ni un foluz en unos zapatos decentes y prefieres usar esas abarcas duras como piedras, puedes montar cualquier negocio donde quieras. Vete lejos de Tolosa, donde nadie te conozca. Vete a París, y compra una taberna, o te dedicas a comerciar con telas, que para eso te sabes de memoria todos los tejedores, hilanderos y tintoreros de la Occitania gracias a tus denuncias.

-¡A la mierda Tolosa, a la mierda París y a la mierda todo!- explotó Pierre poniéndose muy colorado- ¡Estoy harto de ser menos que una boñiga y que todos me pisen! Si me he metido en esto no ha sido para ganar unos marcos de plata para ir tirando. Yo quiero más. Quiero oro, no plata. Quiero vivir en una gran casa en una gran ciudad, no en una choza pueblerina. Quiero tener criados, y caballos, y dormir en una cama con dosel en vez de en un jergón lleno de paja podrida y chinches. Quiero ropa decente, no estos harapos.

-Sí, claro- condescendió Matheus-. Tú quieres ser el rey de reyes y vivir mejor que el papa. Tú quieres un tesoro, ¿no?

-Exacto- murmuró Pierre con un brillo en los ojos-. Tú lo has dicho. Quiero un tesoro. Por cierto, tú sabes dónde está, ¿verdad, Matheus? ¿No pensabas compartirlo con nadie tal vez?

A Matheus se le borró la risa de golpe y miró alternativamente a sus dos compañeros.

-¿Qué estás diciendo?- balbució repentinamente pálido-. No sé de qué hablas.

-Hablo del tesoro que poseen los herejes, no te hagas el loco.

-¿A qué se refiere el zagal, Matheus?- preguntó Gros totalmente perplejo.

-Cuéntale lo del tesoro a tu compañero de tu alma, Matheus- gruñó Pierre llevándose disimuladamente la mano a la espalda y empuñando el cuchillo que siempre llevaba oculto por si al renegado aquel le daba por hacer una tontería.

-Pe...pero... ¿cómo sabes lo del tesoro?- farfulló.

-¡O sea, que es verdad!- exclamó Pierre con expresión triunfante esbozando una sonrisa torva-. ¡Tú mismo te acabas de delatar, imbécil!

-¿Quién te lo ha dicho?

-¡Tú mismo, necio!- rió Pierre, muy contento de haber acertado de pleno. La expresión de Matheus le hizo ver claramente que, además, estaba tan desorientado que era incapaz de entender cómo se podía haber enterado de algo que muy pocos sabían.

-¿Cómo que yo mismo?

-¡O duermes en el otro extremo del *pog* o te metes una piedra en la boca cuando te vayas a sobar tu jergón!- pudo decir Pierre entre hipidos de risa al ver la expresión de estúpido de su compinche- ¡Hablas en sueños! Te he oído qué se yo la de veces farfullar no sé qué del tesoro hasta que empecé a comprender que era un sueño bastante real.

-Debiste morderte la lengua, rufián- le espetó Gros-, pero si no lo has hecho antes no quieras hacerlo ahora. ¡Habla, cabrón! ¿Qué historia es esa?

Matheus tragaba saliva sin saber cómo salir de aquella repentina trampa en la que se había metido él solo. Al final, movió la cabeza aceptando que, tarde o temprano, tendría que compartir su máspreciado secreto.

-Aunque doy por sentado que no me vais a creer, juro que os lo iba a decir en algún momento pero no hasta que, llegado el caso, la ocupación del *pog* por las tropas del conde o del Capeto fuese inminente. Y no ya porque os aprecié mientiéndome descaradamente porque Matheus no apreciaba a nadie más que a sí mismo-, sino porque yo solo no podría sacarlo de aquí- añadió diciendo esta vez la verdad.

-Pues ya puedes empezar a hablar largo y tendido, miserable- escupió Gros muy enfadado-. Pensaba que éramos compañeros. Y no, no me digas que lo

somos porque igual me da un avenate y te saca las tripas aquí mismo. Límitate a contarnos lo que sabes y punto. Desde ahora ya no somos compañeros, sino solo cómplices. ¡Empieza ya, cabrón!

Matheus hizo un gesto pidiendo un poco de paciencia, bebió un largo trago de vino de su bota y la pasó a sus ya cómplices, que la rechazaron con aires de condes ofendidos por la manifiesta deslealtad de su hasta aquel momento compañero de fatigas.

-Como ya sabéis, hace unos cuarenta años la dama Esclarmonda de Foix pidió al señor de Perelha que reconstruyera el castillo, que por aquel tiempo estaba abandonado y medio en ruinas. Quería convertirlo en un lugar donde los infectados pudieran acudir a oír sus prédicas y a vivir en un ambiente de oración y recogimiento. Una especie de Meca para herejes, vaya... El señor de Perelha lo reconstruyó de su propio bolsillo porque en aquellos tiempos aún no lo habían esquilmado como a un borrego, y ciertamente no le salió barato porque las obras costaron una fortuna y duraron cuatro o cinco años. El maestro de obras fue uno de esos herejes, un tal Arnaud de Bacellaria, que tuvo que contratar canteros, carpinteros, albañiles y, en fin, todo el personal necesario para ello. El castillo se construyó sobre una antigua torre que fue ampliada con una muralla aneja para dar cabida a varias dependencias. Es el recinto que vemos hoy día y el más antiguo del *pog*, porque las terrazas donde se construyeron las casas y se habilitaron los huertos son algo posteriores. Bien, pues mi abuelo formó parte de una de las cuadrillas de albañiles que tomaron parte en las obras.

-¿Tu abuelo era albañil?- preguntó Pierre, al que ya le había desaparecido el enfado porque en el momento en que alguien le contaba historias misteriosas quedaba totalmente cautivado.

-Mi abuelo era albañil si hacía falta preparar mortero, bodeguero si había que pisar uva y hasta verdugo si había que ahorcar a un criminal. Y como en aquella época le ofrecieron ser albañil, aceptó. Total, para mezclar cal y arena y acarrear cantos no hace falta ser ningún experto, y de la sillería bien escuadrada se encargaban los canteros.

-Sigue, sigue...- rogó Pierre mientras que Gros, que por dentro ardía de curiosidad, intentaba aparentar indiferencia.

-Un día, el maestro de obras eligió a varios peones para que abrieran un pozo. Era, como podéis imaginar, un pozo de escape porque para sacar agua aquí había que perforar hasta el infierno al menos. Les costó más de dos

semanas alcanzar las cinco toesas de profundidad que les ordenaron porque en este sitio no se cava un pozo con un zapapico y una pala, sino a base de cincel y martillo. No obstante, la idea era usarlo o, al menos, darle la apariencia de una cisterna porque a unas tres toesas se abrió un túnel horizontal que daba una ladera del *pog*. Es un túnel estrecho y de poca altura que, según mi abuelo, hay que atravesar casi en cuclillas o a cuatro patas, y tiene más o menos una longitud similar a la profundidad del pozo. Tengo el sitio localizado, y solo ahí pueden tener guardada la enorme fortuna que estos enemigos de Dios llevan años amasando.

-¿Y dónde está el pozo?- preguntaron casi al unísono Gros y Pierre.

Matheus rió por lo bajini mientras se empinaba de nuevo la bota porque el discurso le había secado la garganta.

-¿Me tomáis por tonto o qué? He reconocido que el tesoro está aquí, pero no soy tan necio como para permitir que os larguéis con él mientras yo me quedo aquí tras sufrir un desgraciado accidente al despeñarme por el abismo.

-De poco sirve lo que nos has contado si no sabemos dónde buscar- gruñó Gros decepcionado.

-Y de nada me sirve haberlo contado si no tengo quien me ayude a sacarlo de aquí, necio- se defendió Matheus-. Yo sé dónde está. Vosotros sabéis que está. Ya es una cuestión de confianza porque ni yo puedo irme sin vosotros ni vosotros podéis largaros si yo no os digo dónde se encuentra el pozo. Además, mi vida está en vuestras manos-reconoció para recuperar la confianza perdida-. ¿Qué creéis que hará conmigo el señor de Mirapeis si mañana le contáis esta historia? Mi vida no valdrá ni un foluz raspado, y tardará en mandarme ahorcar o arrojarme al abismo lo mismo que un gorrión en zamparse una migaja.

-¿Cuándo sabremos entonces dónde está el pozo?

-En su momento- respondió-. En más, quizás hasta no sea yo quien os lo diga, sino el mismo heresiarca o alguno de sus Hijos- añadió en tono misterioso.

-No te burles más de nosotros, so mierda- refunfuñó Pierre.

-No me burlo. Tened paciencia porque aún deben ocurrir muchas cosas antes siquiera de plantearnos cómo sacar el tesoro, pero tened por seguro que más temprano que tarde ocurrirá.

-¿Y cómo sabes que el tesoro está en el pozo?- quiso rematar Gros, que no acababa de fiarse de aquel arrebatado de sinceridad-. Igual el pozo ni siquiera

existe y nos has contado un camelo para justificarte.

-¿Eres lerdo de nacimiento o te caíste al suelo cuando tu madre te echó al mundo, Raymond?- le espetó Matheus mirándolo con cara de asco-. Ya os he dicho que es demasiado para un hombre solo. Y, en realidad, a ti te da lo mismo que esté en un pozo como si está bajo el colchón del obispo porque no voy a decirte el sitio exacto hasta que llegue el momento. He reconocido que conozco la existencia del tesoro, así con eso os basta por ahora.

-Vale, de acuerdo pero, ¿cómo estás tan seguro de que está en el pozo?- insistió.

-Porque mientras tu cavas puerros, nabos y zanahorias yo me dedico a escuchar, y cuando tengo un minuto libre no me tumbo a tomar el sol ni a dormirar, sino a vigilarlo todo. Cuando traen provisiones me ofrezco voluntario para ayudar a descargarlas y llevarlas al almacén. ¿Para qué? Para saber qué se guarda allí. Cuando llegan diez o doce acémilas cargadas con trigo, manteca o virotos de ballesta, ¿quién ayuda a llevarlas al almacén o a la armería? Yo, para saber que hay allí. En el castillo solo pueden entrar sin problema Bertrand Martí, sus Hijos, algunos *perfectos*, Mirapeis, Perelha y las mujeres de sus familias. El resto incluyendo los *faidits* deben pedir permiso, y la única forma de acceder al interior sin que nadie te fiscalice, aunque solo sea por unos instantes, es ayudando a descargar mercancías. Incluso me he prestado a limpiar y pintar con almagra las cisternas para comprobar que allí tampoco había nada. Por apurar la búsqueda, he registrado hasta las cuevas donde entierran a sus muertos a pesar de que el hedor es insoportable y de los miles de murciélagos que habitan en ellas, que te pueden morder y transmitirte enfermedades terribles.

-¿Y...?- preguntó Pierre nuevamente embozado ante la incuestionable sagacidad de su cómplice.

-Nada. Ni rastro. Ni una losa del suelo que se mueva, ni una alacena cerrada a cal y canto, nada.

-¿Pero, tu abuelo sabía que el pozo era para guardar el tesoro?

-¡Mi abuelo qué iba a saber...!- rió Matheus al ver que sus compinches seguían sin enterarse de nada-. Mi abuelo me contó lo del pozo como una mera anécdota acerca de lo penoso que fue trabajar aquí, nada más. De hecho, el tesoro lo debieron traer más tarde, cuando Gilhabert se instaló aquí de forma definitiva. La presencia permanente del obispo en el castillo me hizo comprender que el *pog* se había convertido en la capital de su secta, por lo

que era lógico que los dineros estuvieran aquí y no en las casas de los *questores* y los *depositarii* de Tolosa o Albi a merced de los inquisidores. Y el único sitio donde puede guardarse ese tesoro es en el pozo. No hablamos de un par de bolsas con monedas. Hablamos de mucho, muchísimo dinero.

-¿Cuánto dinero?- preguntó Pierre babeando literalmente.

-Mucho, más de lo que puedas imaginar. Esta gente son más ricos que el mismísimo conde en su época dorada. Llevan décadas amasando su fortuna, prestan con intereses porque para ellos es legítimo y, debo reconocerlo, son muy buenos administradores. Sus *depositarii* saben cómo invertirlo para obtener buenos beneficios, y si a eso sumamos las *talhas* y *collectas* de nobles y herejes adinerados, ya puedes imaginar que no hablamos de los ahorros de una vieja. Muchos castillos se caen a pedazos porque sus dueños, nobles con buenas rentas, no se pueden permitir mantenerlos. Sin embargo, Gilhabert y ahora Martí han estado años pagando miles de sueldos a los hombres de armas que los escoltan durante sus traslados de una ciudad a otra, han pagado hasta el último cuadrillo de ballesta que se ha traído al *pog*, y sabéis que si una virtud tiene esta gente es que son los más puntuales y serios del mundo en temas de dineros y no deben ni un foluz a nadie. ¿Sabéis lo que cuesta solo el arsenal que llevan acumulado aquí? Bien, pues para pagarlo apenas han tenido que arañar el tesoro.

-¿Y cómo lo sabes? ¿Lo has visto o qué?

-Me estás agotando, zagal- protestó Matheus- ¿Has olvidado que yo fui un *perfecto* y que, por razones más que evidentes, en aquella época estaba al corriente de algunos de estos asuntos? Yo no he visto el tesoro ni sé a cuánto asciende el total porque ese privilegio solo lo disfrutaban unos pocos elegidos, pero sé de lo que hablo. Es un tesoro con el que podríamos vivir como príncipes el resto de nuestras vidas, y aún sobraría para que varias generaciones más puedan vivir igual. Y basta por ahora. Quiero irme a dormir y con lo que os he contado ya tenéis para soñar varias noches- concluyó levantándose y frotándose enérgicamente las nalgas entumecidas.

-¿Y el Grial?- quiso apurar Pierre.

-Del Grial ya hablaremos, zagal.

Capítulo 23

París, enero de 1243

Lo último que podía imaginar Saint-Gilles cuando fraguó su alianza contra Luis IX fue que tendría que volver a verse las caras con la regente, y más cuando el monarca, que ya tenía 28 años, no podía decirse que tuviese necesidad de seguir bajo la tutela materna. Sin embargo, la influencia de la castellana se mantenía incólume y, en honor a la verdad, de forma totalmente justificada. Al cabo, era la que había conservado la corona para su hijo como una leona preserva a sus crías.

La desbandada de sus aliados lo dejó al pie de los caballos, y tenía serias dudas sobre su futuro. No sabía si vería lo poco que le quedaba de sus tierras arrasado de cabo a rabo por las tropas del Capeto o, simplemente, sería apresado y enterrado en vida en cualquier mazmorra hasta el fin de sus días. No obstante, y como muestra de arrepentimiento, devolvió todas y cada una de las plazas que había arrebatado a la corona durante su breve rebelión si bien ese gesto no era especialmente meritorio tanto en cuanto las guarniciones que dejó en ellas salieron como alma que lleva el diablo camino de sus hogares en cuanto tuvieron noticia del desastre. Pero, al menos, se tomó la molestia de hacer el gesto. Total, no perdía nada por entregar lo que ya no le pertenecía.

Un chambelán le hizo una seña para que lo siguiera. Suspiró profundamente, se levantó y siguió al funcionario con paso cansino. Para la ocasión se había puesto una indumentaria no excesivamente lujosa para no pretender aparecer ante la corte del Capeto mostrando arrogancia. Sin embargo, a medida que avanzaba tras el chambelán se dio cuenta de que no sería recibido por la corte, sino en una estancia privada, lo que le inquietó bastante. Era el método habitual para eliminar enemigos políticos con discreción: una vez dentro, o bien eran cosidos a puñaladas o eran reducidos y trasladados por algún pasadizo hasta las entrañas de palacio, donde desaparecían para siempre. Sin embargo, sus temores resultaron infundados cuando el chambelán le invitó a pasar a un amplio salón donde lo esperaba la regente acompañada de dos consejeros discretamente apartados en un extremo y que pensó que más bien eran testigos para dar fe, si llegaba el caso, de todo lo que allí se hablara, de lo cual no podía quedar constancia por escrito como es lógico. Allí no se iba a

firmar un tratado ni a celebrar una conferencia de paz, sino a cocerse un arreglo para solucionar de una vez aquel espinoso asunto que ya duraba más de la cuenta y que era referible finiquitar sin demasiadas alharacas.

Saint-Gilles se detuvo, se inclinó profundamente y esperó la señal que le indicase que podía acercarse a la reina Blanca. La castellana era una mujer de cincuenta y cuatro años, y hacía casi veinte que no la había vuelto a ver. No había cambiado mucho durante aquel tiempo. Solo algunas profundas arrugas en los ojos y la frente y el pelo entrecano la diferenciaban de la regente que conoció en su día. Por lo demás, seguía conservando la misma mirada penetrante y aquella expresión severa en un rostro que había sido hermoso, si acaso ensombrecido por unos rasgos excesivamente duros y una boca sin labios. La reina miró de arriba abajo Saint-Gilles, seguramente calibrando el paso de los años de la misma forma que había hecho él. Luego desvió su mirada al chambelán y, con un gesto casi imperceptible, le indicó que permitiese acercarse al conde. Mientras este avanzaba por la gran sala, la regente extendió la mano, que fue tomada por Saint-Gilles y besada mientras hincaba la rodilla en el suelo.

-Alzaos, conde- dijo. Curiosamente, su voz era suave y agradable, lo que contrastaba con su aspecto de abadesa enfadada. A pesar de los años que llevaba en Francia conservaba un marcado acento castellano que pronunciaba con fuerza las erres-. ¿Cómo estáis, señor? Os vemos bastante bien, sin haber perdido un ápice de vuestra gentil prestancia.

Saint-Gilles no supo si tomar el cumplido como tal o como el prelude de un atentado contra su persona.

-Bien de cuerpo y alma, alteza, y feliz de estar en vuestra presencia y comprobar que os conserváis tan lozana y hermosa como la primera vez que os vi- respondió con las fórmulas de cortesía habituales.

-Así es, conde, estamos viejos y ajados- rió la regente de buena gana, un poco harta de tanto piropo falso y tanta galantería de manual que se recitaban por norma en las saluciones-. Y no es para menos, porque las coronas pesan más que el arado o el telar aunque el pueblo piense lo contrario.

Saint-Gilles asintió en silencio sin muchas ganas de alargar lo que amenazaba con ser uno de aquellos introitos cortesanos que, al final, duraban más que la verdadera razón por la que se habían reunido. Pero la regente debía pensar lo mismo, porque fue directamente al grano.

-Decidnos, conde, ¿qué haríais con un vasallo que durante años os traiciona,

falta a su palabra y, finalmente se alía con vuestros más enconados enemigos para haceros la guerra?

Saint-Gilles suspiró y esperó un poco antes de responder, aunque sabía de sobra que esa sería la primera pregunta que le harían y ya llevaba preparada la respuesta.

-No dudaría en ahorcarlo, alteza, siempre y cuando ese vasallo me hubiese faltado a su juramento de fidelidad como señor natural, me hubiese arrebatado mis tierras y hubiese levantado a mi propio pueblo contra mí. Pero si como sospecho me estáis poniendo al nivel de un felón semejante, os diré que no me podéis comparar con él. Yo nunca he arrebatado ni un *arpent* de tierra francesa, ni un mal villorrio, y no he tramado conspiraciones para levantar en armas a vuestro pueblo contra vuestro hijo, alteza. Antes al contrario, he sido yo el despojado, el humillado, y el que ve como los dominios de la Casa de Saint-Gilles acabarán en manos de vuestro hijo Alfonso obligado precisamente por vos.

La regente lo observó durante un rato sin abrir la boca, calibrando cada palabra. Finalmente asintió con la cabeza.

-Conde, vos sabéis igual que nos que las cosas son así. Somos halcones que luchamos por nuestra parcela en el cielo. No os diremos que es algo legítimo y, de hecho, lo considero moralmente reprobable, pero aquí la moral no cuenta. Nuestra obligación como reina regente era conservar y, a ser posible, aumentar los dominios de nuestro hijo, así como la estabilidad del reino de la misma forma que vos habéis intentado usar durante años a los herejes como arma arrojadiza contra nos, cosa que por cierto ya hizo vuestro padre con los nefastos resultados que ya conocemos todos. En todo caso, no os hemos hecho venir desde Tolosa hasta aquí para reprocharnos todo lo ocurrido en los últimos veinte años. Os hemos hecho venir para acabar de una vez con el estado de cosas que han llevado a una absurda guerra que ni a vos ni a nos ha reportado otra cosa que gasto de vidas humanas, dinero y penurias a nuestros vasallos.

-Vos diréis, alteza- se limitó a decir Saint-Gilles, que en realidad tenía más interés en oír que en hablar.

-No queremos acabar con vos, conde- prosiguió la regente con su voz apacible-. Más aún, nos conviene que sigáis al frente de vuestros dominios porque algún día serán de mi hijo Alfonso como vos mismo aprobasteis al firmar el tratado de Meaux. Pero tampoco deseamos que sigáis siendo un

tábano revoloteando alrededor de nuestras cabezas y soltando aguijonazos cada dos por tres, conde. Ya es tiempo de que reconozcáis que proseguir con vuestra ambigüedad, con vuestras pequeñas conspiraciones y, sobre todo, con vuestra falta de decisión contra los infectados debe terminar...

-¡Yo nunca he defendido a los her...!- intentó protestar.

-¡Monseñor, su alteza está hablando!- le interrumpió enérgicamente el chambelán-. ¡Estáis en presencia de la reina, no ante una de vuestras criadas!

Saint-Gilles asintió con cara compungida pidiendo perdón tácitamente.

-...deben terminar de una vez por todas, conde- concluyó la frase-. Y por favor, no insultéis nuestra inteligencia porque hasta vuestros palafreneros saben que lleváis años mirando para otro lado, y que los cónsules de las ciudades que aún están bajo vuestro dominio protegen a esa chusma e incluso pertenecen a la secta sin que hagáis nada por evitarlo.

-Bien, alteza, eso podemos discutirlo.

-No, conde, aquí no hay nada que discutir- replicó adoptando la expresión granítica y el tono gélido de voz legendarios que la hicieron una implacable negociadora-. Vos habéis venido aquí a recibir instrucciones sobre vuestras obligaciones a partir de ahora. Si en este momento no estáis cargado de cadenas, cosa que por cierto me sugirió mi hijo, es porque consideramos que seréis más útil en Tolosa que emparedado en la cámara de una torre.

Saint-Gilles, pálido como un muerto, tuvo que tragarse por enésima vez su orgullo ante la regente. Asintió una vez más en silencio y se enfundó su soberbia nobiliaria.

-Oídnos bien, conde. De aquí a pocos meses saldrá elegido un nuevo papa que tendrá que daros la dispensa para vuestro matrimonio con la hija de Hugo de Lusignan. Olvidaos, porque la dispensa no llegará jamás. No podemos arriesgarnos a que os de un heredero. Vuestra hija será la condesa de Tolosa y cuñada del rey de Francia, y creo que con eso podéis daros por satisfecho. No todas pueden emparentar con una casa real. Pero lo más importante, el motivo principal para que sigáis ostentando vuestro rango es porque queremos que, de una vez por todas, limpiéis de infectados la Occitania. Lo cómodo para vos es que tan desagradable tarea recaiga en los hombros de nuestro hijo, y así podríais aparecer como la víctima del malvado Capeto que se ha presentado en vuestros dominios a hacer lo que os corresponde a vos. ¿Creéis que no nos hemos dado cuenta de vuestra estrategia, conde? - concluyó sonriendo, que en su caso era formar un leve arco con las puntas hacia arriba con su fina boca.

-¿Puedo hablar?

La regente asintió dando su licencia.

-Ciertamente, yo soy el que debe limpiar de herejes mis dominios, pero debo hacerlo yo, sin la constante intromisión de los inquisidores. Recordad que en su día os previne del malestar que causaban entre la población católica.

-La Inquisición no depende de nos, conde- objetó la reina.

-No, pero vos tenéis influencia sobrada para, cuando salga elegido el nuevo papa, sugerirle que me deje hacer mi trabajo. Los predicadores solo han servido para sembrar el odio y el terror en mis dominios, y eso lo sabéis igual que yo, alteza. Pero la diferencia entre que ellos manden a la hoguera a un infectado y que lo haga yo es bien evidente: ellos no son nadie allí más que unos enviados de Roma, y yo soy el conde de Tolosa, su señor. Libradme de los predicadores y tenéis mi palabra, y con estos señores de testigos, de que limpiaré la Occitania de herejes.

-Lo estudiaremos con detenimiento- respondió la reina tras pensarlo unos instantes-. Pero queda un asunto de vital importancia.

-¿Y es...?

-La Sinagoga de Satán. Desde hace veinte años se ha convertido en un reducto de la herejía. Nuestros espías nos dicen que se mueven libremente por la comarca sin que vuestro senescal o vuestros prebostes hagan nada por impedirlo. Comercian con las poblaciones vecinas como si tal cosa y, lo que es peor, el heresiarca Bertrand Martí y sus Hijos van y vienen predicando sus infamias sin ningún impedimento, y sabemos perfectamente que los prebostes son avisados con tiempo de su llegada para que, casualmente, ese día se vayan a inspeccionar una torre medio en ruinas o, simplemente, les acometa un ataque de gota y tengan que quedarse en casa. A vos os toca acabar con ellos, conde. Vos debéis cortar la cabeza del dragón.

-No dispongo de efectivos para eso, alteza- musitó Saint-Gilles-. El *pog* es inexpugnable.

-Para aliaros con otros señores contra nuestro hijo sí disponíais de efectivos- le reprochó implacable-. En vuestros dominios hay muchos buenos católicos deseosos de vivir en paz y de acabar con el verdadero motivo de las guerras que asolan la Occitania desde tiempos de vuestro padre. Decapitad al dragón porque, de no hacerlo vos, lo deberemos hacer nosotros, y si lo hacemos nosotros nuestras tropas serán las que guarnicionen Montségur, y cuando caiga Montségur caerán Quéribus y Puylaurens de la misma forma que

cayeron Beziers, Carcassonne, Minerve, Termes y Lavaur, y de aquí a pocos años vuestros dominios no irán más allá de dos toesas alrededor de las murallas de Tolosa.

-Yo decapitaré al dragón, alteza- dijo sabiendo que estaba atrapado como un ratón rodeado de gatos. ¿Quién se negaría ante semejante panorama?

-Os tomamos la palabra, conde- concedió la regente-. Por vuestro bien y el de vuestros vasallos, no faltéis más a ella. Tenednos al tanto de vuestros progresos. Podéis retiraros- concluyó dando por terminada la audiencia.

Tras besarle nuevamente la mano, Saint-Gilles giró bruscamente y salió de la sala acompañado por un criado que lo condujo al patio de armas donde lo esperaba su séquito. Sin abrir la boca se aupó en su palafrén y se marchó con la cabeza a punto de explotar. Como temía, el final había llegado. Solo le restaba salir lo más ileso posible.

-¿Creéis que el conde cumplirá, alteza?- preguntó el chambelán en cuanto se cerró la puerta.

La regente emitió una risilla bastante significativa.

-Avisad al senescal de Carcassonne- ordenó-. No vamos a esperar a que este cantamañanas comparezca dentro de dos o tres años lloriqueando con la excusa de que no tiene medios para destruir la infección. Le daremos una oportunidad. Si cumple, mejor para él. Si en breve no se pone en marcha el senescal se hará cargo de todo, y para entonces dará lo mismo que proteste lo que quiera. Saint-Gilles está acabado y no solo no es capaz de darse cuenta, sino que tampoco se quiere enterar de que estamos dándole una oportunidad que muchos no ha tenido por faltas menos graves contra la corona. Hasta que no vea la Sinagoga de Satán reducida a escombros y sus ocupantes convertidos en pavesas no tendremos paz.

Mirapeis tenía ya más que claro que estaban en el punto de mira del monarca francés y, por las noticias que le habían llegado, la postura ambigua de Saint-Gilles para con ellos se había terminado. En realidad no podía reprocharle nada porque demasiado había tenido con contener durante años tantos frentes abiertos y, de hecho, él mismo estaba metido hasta el cuello por intentar impedir las intromisiones del Capeto ya que ni siquiera era *creyente*

aunque casi toda su familia sí había abrazado la herejía albigense. Su odio visceral contra la Inquisición y su participación en la masacre de Avinhonet dio pábulo para que mucha gente pensara que él también formaba parte de la secta, pero la realidad era que consideraba a los predicadores unos meros instrumentos del Capeto y de Roma para adueñarse de la Occitania.

Como caudillo de la guarnición de Montségur, consideró que ya iba siendo hora de aprestarse para la defensa, así se reunió con Perelha y Bertrand Martí en la planta alta de la torre cuya puerta permaneció cerrada y guardada celosamente por dos sargentos que se encargaron de mantener alejados a los curiosos. No todos los días se celebraban cónclaves de ese tipo, y menos con tanto misterio. Con un breve pero explícito discurso, Mirapeis puso a los dos hombres al corriente de todo lo que sabía, y a medida que avanzaba en su disertación las caras de Perelha y Martí se iban alargando de forma progresiva.

-Así están las cosas, señores- concluyó-. Saint-Gilles ha vuelto de París limpio como una patena, y eso solo quiere decir una cosa: ha aceptado todas las condiciones que le haya impuesto la regente, y apostaría mi vida a que una de ellas es acabar con Montségur. El *pog* es una piedra en el zapato del Capeto y de Roma desde hace tiempo, y saben que si acaban con nosotros será fatal tanto para las legítimas aspiraciones de los *faidits* como para los *creyentes*, y tras el fracaso del conde y su alianza ya no tienen ningún obstáculo para ello.

-Pero, ¿de verdad creéis que el conde, que durante tantos años ha transigido, será nuestro verdugo?- preguntó Martí un tanto decepcionado al pensar que sería un Saint-Gilles el que se encargaría de barrerlos de la Occitania-. Y pensar que su padre fue...

-No os engañéis, obispo- le interrumpió Mirapeis-. El viejo conde, cuyos huesos aún se pudren en tierra sin consagrar, no fue nunca un creyente como tampoco lo son muchos de los *faidits* que os siguen. Raymond VI de Saint-Gilles luchó por lo mismo que lucha su hijo, y no es otra cosa que intentar detener a unos monarcas que llevan décadas y décadas intentando hacer suya la Occitania. Otra cosa que es el Capeto y el papa hayan aprovechado la excusa de acabar con vuestra iglesia para, a base de cruzadas y excomuniones, minar poco a poco el poder de nuestra nobleza hasta convertirnos en mendigos en nuestras propias tierras, pero tened claro que si la supervivencia de Saint-Gilles depende de acabar con vos y los vuestros ya no lo dudará más.

Demasiados años ha estado mirando para otro lado y demasiadas humillaciones ha tenido que padecer, de modo que no se lo reprochéis.

-¿Qué hacemos entonces?- terció Perelha, que hasta el momento no había dicho una palabra.

-No tenemos muchas opciones, así que tomar una decisión será fácil. Sea la que fuere, de antemano os digo que aceptaré lo que propongáis si ambos estáis de acuerdo.

-¿Y cuáles son?

-Una, y la que yo adoptaría, evacuar el *pog* ahora que estamos a tiempo. La población de Montségur es de unas trescientas personas más los ciento cincuenta hombres de la guarnición. Si nos dividimos en pequeños grupos escoltados por hombres de armas podemos marcharnos a un lugar más seguro o incluso a la Lombardía. El emperador Federico recibe de buen grado a todo aquel que sea una espina para el papa y el Capeto, y me consta que vuestros hermanos del norte de Italia no son acosados como aquí... de momento.

-¿Y cuál más?

-Quedarnos aquí y morir.

-¿Morir? No es tan fácil sitiar el *pog*, monseñor- protestó Perelha-. Montségur es inexpugnable, tenemos los almacenes abarrotados de provisiones y pertrechos, y un ejército sitiador deberá pasar meses y meses o quizás años para vencernos por hambre.

Mirapeis miró a su primo con escepticismo.

-Monseñor, parece mentira que un hombre de armas como vos diga semejante tontería. Sabéis tan bien como yo que la población del *pog* es una carga en todos los sentidos. No son válidos para combatir, son bocas que alimentar, y la mayoría son familiares de la guarnición, que no creo que tengan la sangre tan fría como para verlos padecer hambre y privaciones en esta piedra que ni les va ni les viene porque, recordadlo, casi todos son católicos a los que da una higa el futuro de los *creyentes* y que si están aquí es por fidelidad a sus señores, no al obispo. Si el *pog* solo estuviera habitado por la guarnición las probabilidades de salir bien parados del brete serían muchas, pero tal como están las cosas tener por cierto que antes o después Montségur caerá.

-Ni yo ni mis hermanos nos moveremos de aquí, monseñor- intervino Martí-. La dama Esclarmonda convirtió Montségur en nuestro más sagrado templo, el faro que ha iluminado nuestra fe desde hace casi medio siglo.

Muchos buenos hombres han padecido lo indecible para conservarlo, y ni el rey de Francia ni el conde de Tolosa ni el mismo papa de Roma nos sacarán de aquí como no sea por la fuerza de las armas. Y recordad, monseñor, que vuestra mujer, la dama Philippa, es una *perfecta* que no dudará ni un instante si se le da a elegir. Y lo mismo digo de la dama Corba, su madre Marquesia, la joven Esclarmonda, la dama Azalaïs y tantos otros.

-¿Me estáis chantajeando, obispo?- preguntó en tono amenazador Mirapeis, al que no gustaba nada que se mencionara a su familia y menos aún en cuestiones como aquella.

-En modo alguno, monseñor- replicó Martí sin inmutarse-, solo os recuerdo lo que vos y yo sabemos: ningún *creyente* se irá de Montségur.

Mirapeis respiró hondo para contener su cólera que, como siempre, tendía a aflorar con una facilidad cada vez más inquietante.

-El obispo tiene razón, monseñor- terció Perelha-. Esto ya es, por así decirlo, una cuestión de honor, de amor propio. Aquí no hacemos daño a nadie, somos autosuficientes y si no pagamos impuestos a la corona o al conde es simplemente porque nadie viene a exigirlos. Nunca hemos hecho otra cosa que vivir apaciblemente con nuestra fe esperando el gozoso momento de desprendernos de nuestras envolturas carnales para reunirnos con Dios, así que no veo por qué debemos marcharnos de aquí. ¿Qué pueden hacernos si nos vencen? ¿Matarnos? ¿Y qué? ¿Acaso no han matado ya a cientos de hermanos nuestros que han ido a la pira por su voluntad con tal de abandonar este mundo infernal? Debemos quedarnos.

-Debemos quedarnos, monseñor- apoyó Martí.

-Sea pues- acordó Mirapeis encogiéndose de hombros-. Aquí nos quedamos. Ya solo resta saber quién será nuestro verdugo, si el Capeto o Saint-Gilles.

Cuando salieron de la torre, casi toda la población del *pog* se apretujaba en el pequeño patio de armas del castillo a la espera de saber qué se había cocido en la reunión. Martí, un poco emocionado, tomó la palabra y expuso con pelos y señales todo lo hablado, así como las consecuencias de resistir a ultranza. Al final de su discurso no quiso privar a cada cual de tomar la decisión que considerasen más adecuada.

-Todos sabéis que nuestra fe concede al hombre libertad para decidir su destino, y solo los *perfectos* estamos obligados a acatar nuestros dogmas y preceptos bajo cualquier circunstancia. En Montségur habitáis muchos

creyentes que en modo alguno estáis obligados a permanecer aquí si no queréis o si pensáis que vuestra vida corre peligro, por lo que todo aquel que desee marcharse puede hacerlo sin que nadie se lo reproche. Pensadlo y, los que decidan irse, que mañana se reúnan en la barbacana al amanecer. Allí les esperará un grupo de hombres de armas que los escoltarán a Tolosa o a donde decidan. Los que se queden ya saben qué nos espera si bien debemos rezar con más fervor que nunca para que Dios aleje esta amenaza que se cierne sobre nosotros. Es cuanto tengo que deciros. Pensad con detenimiento y tomad la decisión que consideréis más acertada. Sea como fuere, tenéis mi bendición.

En el más absoluto silencio, el patio se fue despejando y cada cual volvió a sus tareas. Pierre, Gros y Matheus, que como no podía ser menos estaban presentes, se fueron a cavar el huerto que les tocaba ese día.

-¿Crees que se irán?- preguntó Pierre, que pensaba que cuanto menos gente hubiera en el *pog* más fácil les resultaría apoderarse del tesoro.

-Me apuesto contigo diez pintas del mejor vino del Languedoc a que mañana no hay un alma en la barbacana.

-¿Seguro? No creo que...

-¿Van veinte pintas?- rió Matehus.

Pierre no lo dudó más. Al cabo, su compinche había sido un *perfecto* y sabía de los infectados mucho más que él. En efecto, a la mañana siguiente una docena de hombres de armas esperaban en la barbacana. Estaba el sol bien alto cuando Mirapeis les ordenó volver al castillo porque no se habían presentado ni los que no eran *creyentes*. Como bien dijo el señor de Perelha, aquello era ya una cuestión de amor propio que trascendía incluso de la misma religión.

Capítulo 24

Carcassonne, primavera de 1243

Guillaume d'Ormes, el victorioso senescal que había logrado contener el asedio de Trencavel, se alegró enormemente cuando un correo procedente de París le entregó un mensaje por el que se le relevaba del cargo que llevaba desempeñando de forma satisfactoria durante los últimos cuatro años. El frío agradecimiento protocolario del mensaje por los servicios prestados a la corona le resultó totalmente indiferente, y solo pensaba en volver a su señorío a pasar lo que le quedara de vida sin saber lo que era el peso de la espada en el costado o, simplemente, sentir picor en la espalda y no poder rascarse porque la loriga y el perpunte se lo impedían.

Al cabo de una semana se presentó en el castillo de Carcassonne su sustituto, Hugues des Arcis, un caballero de origen borgoñón que supo hacer fortuna al servicio de la corona y que ya llevaba desempeñados varios cargos de importancia a lo largo del tiempo. De hecho, su demora al presentarse para tomar posesión del cargo fue a causa del encargo especial por parte de la reina de estar presente en un concilio que Saint-Gilles había convocado en Beziers para intentar quitarse de encima a los inquisidores aunque sin resultado. Aún no había papa, y el único que podía decidir si la Inquisición se iba o se quedaba en la Occitania era él, así que tras varios días de debates sin sentido tuvo que volverse a Tolosa porque ya no le quedaban más argumentos para conservar las riendas de sus dominios que, por aquel entonces, eran ya cada vez más nominales que efectivos.

-Está totalmente acabado- informó des Arcis a su colega tras los saludos y ponerse al corriente de los últimos acontecimientos-. Es más, aunque prometió a la regente que acabaría con los herejes de Montégur en persona, por enésima vez ha faltado a su palabra y anda de un lado a otro como una gallina sin cabeza. De vez en cuando y para cubrir las apariencias manda quemar algún infectado irrelevante. Ya sabéis, un *questor* o algún *perfecto* despistado que se atreve a bajar a las ciudades a impartir el *consolamentum* a algún moribundo, pero poco más. En fin, el rey sabrá lo que hace, porque en lo que a mí respecta lo habrían enviado a la mazmorra más profunda de su propia ciudad o, mejor aún, lo habría eliminado discretamente. Con la Occitania en manos del

príncipe Alfonso las cosas volverían a la normalidad rápidamente pero bueno, las cuestiones de alta política se me escapan, y si lo dejan vivo y libre sus razones tendrán.

Durante un largo rato, d'Ormes y su colega tuvieron que dedicarse a hacer entrega y recibir respectivamente toda la documentación de la senescalía, los libros de cuentas, la correspondencia, los asuntos pendientes y, en definitiva, la enorme burocracia propia del cargo.

-Os recomendaría que tengáis una entrevista con los predicadores, monseñor- sugirió d'Ormes, que ya hasta tenía el equipaje cargado en una carreta para largarse de allí cuanto antes-. Os pondrán al tanto de todo lo concerniente a los infectados con más exactitud que yo y gracias a sus *exploratoris* tendréis conocimiento de primera mano de todo lo que ocurre en la ciudad.

-¿Sus nombres?

-Fray Ferrer y fray d'Ales- respondió mientras des Arcis lo anotaba en un pliego donde había ido apuntando toda la información recibida de su antecesor. Os pueden poner en contacto con fray Seila, el inquisidor de Tolosa, así como con el obispo Raymond de Fauga. Esos dos vigilan de cerca al conde, y desde que llegaron a la ciudad supieron meter en cintura a los herejes, sobre todo fray Seila y el difunto fray Arnaud.

-¿Ese no era uno de los que...?

-Sí, de los que despedazaron en Avinhonet por orden del señor de Mirapeis y, según las malas lenguas, con la aprobación de Saint-Gilles. En todo caso, los que mejor os pueden poner al corriente de las andanzas de los herejes por esta zona son esos hombres ¡Ah, y el obispo de Albi!- añadió-. No dudéis en recurrir a él, le gusta más manejar la lanza que el báculo, y al parecer tiene conocimientos de poliorcética y tormentaria.

-Tomo buena nota de todo, monseñor- respondió des Arcis, que no paraba de garrapatear en el papel-. Y decidme, ¿qué sabéis de la Sinagoga de Satán?

-Bueno, lo que todo el mundo... El *pog* es desde hace más de veinte años un nido de herejes, pero mientras sigan allí estarán controlados. Gracias a los inquisidores las ciudades están cada vez más limpias de infectados, y si no se mueven de Montségur mejor para todos.

-Tengo orden expresa de la regente de acabar con Montségur- anunció el nuevo senescal dejando de escribir-. Me lo ha dicho en persona claramente: "cortad la cabeza del dragón", y debe haberle gustado mucho la frase porque

no para de repetirla.

-¿Y para qué invertir hombres y dinero en esa empresa?-se extrañó d'Ormes-. Bastaría con mantener patrullas de merodeadores para impedir que salgan de allí hasta que se mueran de viejos, o de hambre, o porque un rayo los parta en dos. Pero, ¿sabéis el enorme ejército que vais a necesitar para cercar el *pog*?

-Entre ocho y diez mil hombres, monseñor- afirmó sin dudarlo-. Ya he hecho los cálculos con la ayuda de gente del lugar a la que he preguntado cuando venía hacia aquí. Ved este mapa- dijo sacando una vitela enrollada de su arca. La desplegó sobre la mesa y empezó a señalar con el dedo.

-Aquí veis el *pog*. Contando la empinada ladera que lo envuelve hablamos de algo más de media legua de perímetro, y eso sin contar que hay zonas absolutamente imposibles de controlar porque la parte norte cae casi a plomo. Harán falta entre ocho y diez mil hombres para rodear la montaña y, con todo, estoy seguro de que habrá sitios que se nos escapen porque hay cañadas ocultas que son imposibles de localizar, y más durante las noches. No podrán trasladar grandes cantidades de armas o provisiones, pero sí un constante chorreo que les permitiría ir reponiendo lo que consuman.

-Allí hay más de trescientas o cuatrocientas personas, monseñor, dudo que puedan resistir mucho.

-Pueden, monseñor- afirmó con el aplomo del que sabe de lo que está hablando-. Alrededor del castillo, entre las casas del poblado, disponen de huertos y corrales, además de varias cisternas para almacenar agua. No comerán faisán ni pasteles de carne de venado, pero hambre no van a pasar. Más aún, más probabilidad tendrá un ejército sitiador de quedarse sin provisiones que ellos.

-¿Cómo pues pensáis rendir la fortaleza?- preguntó muy intrigado d'Ormes.

-Bueno, inicialmente intentaré lo habitual en estos casos, esperar a que se coman las suelas de las botas y se beban sus orines. No obstante, si la cosa se alarga más de la cuenta tendría que recurrir a un asalto. El rey no me ha puesto plazos, pero he dado mi palabra de que tarde o temprano el dragón será descabezado. Además, no dispongo de medios para sostener un ejército de miles de hombres de forma indefinida, y más en un territorio que, aunque no es abiertamente hostil, tampoco es amigo. Vos sabéis igual que yo que alimentar a un ejército es por lo general más complicado que armarlos.

-¿Tomarlo por asalto, decís? ¡Eso es imposible, monseñor! ¡La cima del *pog*

la usan los buitres para rascarse la barriga! Los desniveles son imposibles, y no disponen solo del castillo. Han fortificado toda la cima. De eso se ha encargado Mirapeis, y ese sabe lo que hace. Para llegar al castillo hay que traspasar varias empalizadas fuertemente afianzadas que solo pueden ser destruidas con un ariete pero, ¿cómo subir a semejante sitio un ariete y su tortuga? ¡Es imposible!

-Bueno, eso ya se verá- concluyo enrollando el mapa-. Dispongo de dinero para traer montañeses de la Gascuña que se mueven como culebras por esos parajes, Así pues, si no consigo que se rindan por hambre no me queda más remedio que intentar un asalto y cumplir mi palabra o dejar el pellejo en el intento.

-Pues que Dios nuestro Señor os guíe en tan ardua empresa, monseñor, y ojalá logréis expulsar a esos enemigos de la fe de su nido de serpientes-replicó d'Ormes tendiéndole la mano.- Yo parto ya, pero recordad lo que os he dicho: antes de nada, consultad a los inquisidores. No solo os informarán de los movimientos de esta gente, sino incluso de sus costumbres y de todo lo concerniente al *pog*. Si alguien sabe algo importante, tened por seguro que son ellos.

D'Ormes no demoró ni un minuto más la partida. Montó su palafrén, echó un postero vistazo al castillo que había sido su hogar durante cuatro años y donde tuvo que soportar el férreo asedio del fiero Trencavel y, haciendo un gesto con la mano, se puso en marcha seguido por un carro cargado hasta los topes con su equipaje y dos docenas de hombres de armas que le darían escolta hasta sus tierras. Des Arcis se quedó en el patio de armas contemplando la pequeña caravana hasta que los perdió de vista cuando atravesaron el puente levadizo y, con su siniestro crujido, los cigoñales levantaron la pasarela.

Mirapeis tendió un trozo de carbón al mozalbete y le repitió una vez más lo que tenía que hacer con él.

-Marcas con una raya el nivel exacto del agua, ni una pulgada más. ¿Lo has entendido?

-Sí, monseñor, una raya justo donde está el nivel del agua y ni una pulgada más- contestó muy orgulloso por haber sido elegido.

A un gesto de Mirapeis, un par de hombres sujetaron la soga que sujetaba al

jovenzuelo por debajo de los brazos y lo bajaron muy despacio. Para no ensuciar demasiado el agua dos mujeres lo lavaron a conciencia antes de meterlo en la cisterna como su madre lo trajo al mundo. La operación se repitió de la misma forma en todas las cisternas del *pog* porque el agua era lo que más preocupaba a Mirapeis.

-¡Oídmeme bien!- advirtió a todo el mundo-. Provisiones tenemos de sobra, pero el agua tiene que durar hasta que llegue el otoño. Quedan aún muchos meses, y si el conde o las tropas del Capeto nos cercan no dispondremos de más reservas hasta que llueva. No las desperdiciéis, y siempre que sea posible comed cosas que no produzcan sed o no necesiten agua para cocinarla. Nada de salazones, legumbres las justas, y lo preferible es que consumáis frutas, verduras y carne asada. Cuando las cisternas se llenen ya veremos, pero de momento hay que seguir estas normas. Si se acaba el agua no podremos resistir ni una semana salvo que nos bebamos nuestros meados.

Aun sabiendo que el asedio era inminente, no se tenía noticia de movimientos de tropas. Saint-Gilles no se movía de Tolosa, y de ningún comerciante de los que subían regularmente al *pog* había oído nada al respecto. Mirapeis los interrogaba personalmente y todos respondían lo mismo: en ninguna de las poblaciones cercanas habían aparecido hombres de armas, o siquiera se había lanzado una proclama convocando a las milicias locales. Esto, antes de tranquilizarle, lo inquietaba aún más.

-Igual se han olvidado de nosotros- comentó esperanzado Martí.

Mirapeis lo miró perplejo, como a un niño diciendo que cree firmemente en los duendes.

-Obispo, ¿de verdad os creéis la sandez que acabáis de decir- gruñó frunciendo el ceño ante semejante comentario-. Nuestros enemigos no nos echan en olvido, perded cuidado. Lo que me preocupa es que nadie sepa una palabra de nada, lo que indica tres cosas: una, que Saint-Gilles no está en el ajo, y de todos los posibles atacantes es el que prefiero porque sería el que menos empeño pondría en ocupar el *pog*. Y la otra, que si no es Saint-Gilles es alguien a las órdenes del Capeto, y ese habrá dado su palabra de ocupar Montségur sea como sea.

-¿Y cuál es la tercera?

-Que está organizando su ejército lejos de aquí de forma que no podemos conocer sus efectivos y ni siquiera quién lo manda.

Las conjeturas de Mirapeis quedaron aclaradas a los pocos días, cuando un

armero procedente de Carcassonne se pasó por el *pog* a entregar unas ballestas. Como era habitual, compareció ante el caudillo de la guarnición para el interrogatorio de rigor.

-Pues sí que hay novedades, monseñor- explicó el hombre mientras contaba las monedas si necesidad de mirarlas-. Tenemos nuevo senescal.

-¿Ha muerto d'Ormes?- se extrañó.

-No, nada de eso. Lo han mandado de vuelta a sus dominios en el septentrión. Lo ha sustituido un borgoñón, un tal des Arcis. Hugues des Arcis.

-No lo conozco. ¿Sabéis algo de él?

-Poca cosa. Es un hombre de unos treinta y tantos años, con buena planta, pelo osc...

-No quiero casarlo con mi hija, idiota, y me da una higa su aspecto- interrumpió Mirapeis, cuya paciencia era equiparable a su sentido del humor, o sea, casi inexistentes-. Os estoy preguntando si sabéis algo de su persona, su valía o sus méritos para haber sido enviado para relevar a d'Ormes, que, debo reconocerlo, es un sujeto muy competente.

-Es un hombre discreto, monseñor- prosiguió el armero sin acusar para nada el rapapolvo, habituado como estaba a las salidas de tono de los arrogantes nobles con los que tenía que tratar a diario-. Hay veces en que se le ve salir escoltado por un par de sargentos, los tres vestidos con ropa normal, como si fuesen ciudadanos que van a sus quehaceres. Vuelven de noche o incluso al día siguiente. Hace cosa de dos semanas sin ir más lejos sé que estuvo en Albi, con el obispo.

-¿En Albi?- se extrañó- ¿Y qué relación tiene el obispo de Albi con el senescal?

-No tengo ni idea, pero lo cierto es que a los pocos días me llegó un encargo, precisamente de Albi, pidiendo diez mil virotes de ballesta completos y otros cinco mil con los astiles y los cuadrillos desmontados. Pero eso no creo que tenga nada que ver con...

-¡Imbécil!-rugió Mirapeis-. ¿Por qué no me lo has dicho antes, traidor?

-Eso no es nada del otro mundo, monseñor- musitó el armero, que esta vez sí acusó el repentino ataque de ira y dejó hasta de contar monedas-. El anterior senescal encargó cincuenta mil virotes cuando el monseñor Trencavel se presentó ante los muros de Carcassonne.

-¿Y se los habéis suministrado?- gruñó Mirapeis, al que aún le temblaba su poderoso mentón por la cólera que sentía.

-Naturalmente, monseñor, yo vivo de esto.

-¡Largaos, cretino!

No tuvo que repetirlo. El armero cerró la bolsa de las monedas y salió del castillo con sus dos criados y las mulas dando trompicones por el empinado sendero, jurándose a sí mismo que no pondría más un pie en el *pog*.

-¡Así me agradecen estos herejes de mierda que me arriesgue a venderles armas!- gritó cuando se había alejado una legua del *pog*, donde era evidente que el desmedido noble no podría oírle.

Y mientras el armero ponía tierra de por medio, Mirapeis se daba puñetazos en la cabeza ante sus pasmados acompañantes.

-¡El Capeto ya ha puesto en marcha el asedio hace semanas, meses quizás!- bramaba enfurecido-. ¡Ese des Arcis está preparando un ejército sin que apenas trascienda para caer sobre nosotros como un azor sobre un gazapo despistado!

-¿Hay peligro inminente, monseñor?- preguntó Martí, cuyo rostro había empalidecido un poco al ver que sus esperanzas eran más vanas que la bondad en el mundo-. ¿Debemos prepararnos ya?

-No tengo ni idea de quién es el nuevo senescal, pero si lo han enviado para sustituir a d'Ormes tened por seguro que no es ningún mequetrefe que ha obtenido el puesto por lamer las botas del Capeto. Si conoce su oficio, y juraría por mi alma que lo conoce, lo tendremos aquí a finales de la primavera o comienzos del verano a más tardar, cuando las reservas de agua estén al mínimo, la sed aumente y el calor evapore la que quede. Sabe que Montségur es prácticamente inexpugnable, y que solo puede rendirlo por hambre y sed. Él dispondrá de todo el verano sin tener que arriesgarse, solo tiene que sentarse a esperar a que se vacíen las cisternas, de modo que nosotros debemos resistir como sea hasta que lleguen las primeras lluvias.

-Pero, ¿debemos aprestarnos para la defensa? Estamos ya en abril- terció Perelha.

-La defensa se prepara en un día, monseñor- respondió agitado-. Tenemos la armería a rebosar, la guarnición a punto y provisiones en cantidad. Pero hay que aumentar las reservas de agua. Que todo el mundo colabore para aumentarlas como sea. Bajad al valle con recuas de acémilas con cántaros, tinajas, lo que sea. Si hace falta, que todos acarreen aunque sean odres o baldes. Con una simple jarra puede sobrevivir una persona varios días, de modo que ya podéis empezar. Para que no se beban la misma cantidad que

suban a causa del calor, que lo hagan de noche y paren a media mañana, para continuar con la puesta del sol.

Rápidamente se impartieron las instrucciones de Mirapeis y aquella misma noche dos filas de personas subían y bajaban por la ladera del *pog*. De lejos habrían parecido esas hileras de hormigas que cuando se cruzan se tocan con las antenas. Hasta que no se tuviera constancia de la cercanía del ejército del senescal no se detendría el suministro de agua. Esa era la consigna hasta nueva orden.

Durand de Beaucaire, obispo de Albi, era un personaje un tanto peculiar. No especialmente raro pero sí peculiar. Muchos obispos eran más aficionados al ejercicio de las armas que a la cosa espiritual. Segundones de la nobleza, se veían obligados a tomar los hábitos cuando, en realidad, la mayoría no tenían la más mínima vocación, y no se privaban de ejercer como señores terrenales en todos los sentidos, desde su apetencia por las mujeres a la excitante emoción que producía zambullirse en la vorágine de la batalla. Pero su interés por la guerra iba más allá del mero ejercicio de las artes marciales. En realidad, era toda una autoridad en tormentaria y poliorcética, se sabía de memoria las obras de César, era capaz de recitar de cabo a rabo a Vegecio, y en su biblioteca incluía obras de Filón, Frontino y, en resumen, todos los tratados de ingeniería y fortificación que habían caído en sus manos.

De todas las encuestas realizadas por des Arcis, indudablemente aquella era la más reveladora porque los inquisidores no le dijeron nada que no supiera. Seila le pareció un energúmeno vociferante al que el odio nublaba el entendimiento, el obispo Fagua un mero comparsa de los inquisidores, y Ferrer y d'Ales unos remedos de Seila, pero con menos propensión a gritar a todo pulmón que Montségur era la Sinagoga de Satán, etc. etc. Por eso, en cuanto intercambió unas cuantas palabras con Beaucaire supo que era el aliado que necesitaba. Era un hombre obviamente culto, inteligente y con la cabeza fría al que la religión le servía para tener el poder que no habría tenido de conformarse con dedicarse a la milicia.

-¿Habéis oído hablar de Masada, senescal?- le preguntó mientras paladeaban un delicioso vino del país acompañados de unos no menos deliciosos pastelitos que des Arcis jamás había probado-. Era una fortaleza

hebrea construida por el rey Herodes.

Los conocimientos de des Arcis, que aunque no era ni mucho menos el típico militar ignorante, no llegaban ni de lejos a los del obispo, así que no tuvo reparos en reconocer que no tenía ni idea.

-Masada fue el reducto de los zelotes, una secta hebrea que se reveló contra el emperador Vespasiano. Este mandó a uno de sus mejores generales, Lucio Flavio Silva, para apoderarse de ella. Según me han contado cruzados que han visitado el lugar, el *pog* donde se yergue Montségur es una colina sin importancia comparada con la meseta donde estaba Masada. Es al parecer como si un gigante hubiera plantado en el suelo una descomunal piedra plana con forma de rombo y una altura descomunal. Solo un estrecho sendero permitía llegar a la cumbre. Bien, pues Silva no se amilanó. Ordenó fabricar una rampa por la que subiría una torre de asalto. Tardaron meses en salvar las más de 35 toesas de altura que debía tener para llegar hasta la muralla, pero al final alcanzaron su objetivo.

-Increíble...-murmuró des Arcis fascinado.

-Quiero daros a entender con esto, senescal, que si una fortaleza como Masada, bien surtida de provisiones y agua, acabó siendo derrotada, no hacer lo propio con el *pog* sería un insulto.

-¿Pretendéis que fabriquemos una rampa, monseñor?- preguntó extrañado el senescal-. No dudo que el lugar ese que habéis mencionado sea...

-No, no, nada de eso, querido amigo- le interrumpió el obispo-. Solo lo he usado como ejemplo para haceros ver que si se sabe qué medios emplear no hay fortaleza que se resista.

-¿Y en este caso, que propondrías, monseñor?

-Un fundíbulo, naturalmente. Supongo que conocéis ese ingenio.

-Sí, por supuesto. De hecho, el señor de Trencavel usó dos de esas máquinas en Carcassonne, pero no sé de nadie capaz de construir uno, y menos en semejante sitio.

-Eso dejadlo de mi mano, senescal. Vos iniciad el asedio cuando lo tengáis a bien, y no me encargaré de fabricaros uno lo suficientemente poderoso como para reducir a polvo el castillo y todo lo que hay en la cima del *pog*.

-Pero, ¿cómo lo construiréis en un sitio tan empinado? Imagino que ya tenéis noticia del desnivel tan brutal que hay desde la cima del *pog* a la ladera.

-No lo construiremos allí, senescal- replicó el obispo con un brillo divertido en los ojos-. Lo llevaremos desmontado.

-¿Desmontado?

-Naturalmente, no hay otra forma. Dispongo de buenos expertos en carpintería de armar. Yo mismo diseñaré la máquina, ellos la construirán y una vez terminada la llevarán hasta allí en un tren de carros. Vos solo tenéis que indicar dónde conviene emplazarla y ya está. Mis carpinteros pueden ponerla en orden de combate en dos días como mucho y no necesitan ni un solo clavo. Toda la máquina está formada por piezas que encajan a la perfección unas con otras y se aseguran mediante clavijas de madera. Yo lo veréis, os resultará fascinante. Eso sí, para ganar tiempo conviene que llevéis con vos una cuadrilla de canteros para que vayan haciendo una buena provisión de bolaños. De entre uno y tres quintales a lo sumo será suficiente. Con el fundíbulo podreis ir desmoronando poco a poco sus fortificaciones hasta que no les quede más remedio que rendirse.

Des Arcis no tenía palabras para agradecerle al obispo su ayuda, pero este hizo un gesto con su mano enguantada de fina cabritilla quitándole importancia a la cosa.

-Bah, no tenéis que agradecerme nada, senescal- dijo con tono jovial-. Considerad que no suelo tener oportunidad de poner en práctica mis conocimientos, y esta ocasión me vendrá de perlas. Además, siempre viene bien favorecer a la corona, ¿no?- concluyó guiñando un ojo-. Albi es una buena diócesis, pero está un poco lejos de París.

-Os agradezco vuestra generosa oferta, monseñor, y no dudéis de que el rey tendrá conocimiento de la ayuda que prestaréis a su causa en bien de la corona y de Dios nuestro Señor- se despidió des Arcis rodilla en tierra tras besarle el enorme anillo donde relucía una esmeralda del tamaño de una nuez.

El obispo le echó la bendición de rigor y le puso la mano sobre la cabeza murmurando unos latines reservados a los que le caían especialmente bien.

-Id con Dios, hijo mío- concluyó-, y que Él os guíe a la victoria puesto que combatís en su Santo Nombre y en el de la Santa Madre Iglesia.

-Quedad con Él, monseñor, y gracias de nuevo por vuestra paciencia.

Con la cabeza inclinada dio varios pasos hacia atrás antes de girarse hacia la puerta, donde lo esperaba un diácono para guiarlo a la salida. La entrevista no había podido ser más fructífera.

-¡Y no os olvidéis de los canteros!- recordó el obispo cuando la puerta ya se estaba cerrando.

Capítulo 25

Mayo de 1243

Un fabricante de mechas que solía hacer su ruta entre Foix y Puivert fue el que dio la noticia. Hacía dos días que habían llegado a esta última población un grupo de hombres de armas al mando de un sargento para avisar al alcalde que dispusiera alojamiento para el senescal de Carcassonne y sus caballeros. Sus tropas acamparían en una extensa pradera al sur de la ciudad. El mechero lo comentó sin darle mayor importancia, como quien da cuenta de los últimos chismorreos mundanos por hablar de algo mientras que los habitantes del *pog* hacían cola ante su mula para comprarle sus madejas de mechas, lucernas y candiles. Pero bastó mencionar al senescal para que pareciera que se acaba de anunciar el apocalipsis. El hombre, perplejo, se quedó solo junto a la puerta de la barbacana oriental con un puñado de mechas en una mano y unas monedas en la otra mientras que el que se las acababa de entregar salía corriendo sin preocuparse ni del dinero ni de las mechas.

-¿He dicho algo malo?- farfulló el mechero, totalmente apabullado por la reacción que había producido su comentario.

En vista de que todos estaban corriendo de un lado a otro dando gritos como si un dragón estuviera sobrevolando el *pog* lanzando llamaradas de azufre por sus fauces, el hombre se limitó a dejar la madeja de mechas que acababan de comprarle encima de una piedra junto a dos foluces del cambio y salió a buen paso por el sendero que conducía hasta el camino de Foix.

-Estos herejes han acabado locos de remate- le confesó a su mula-. Siempre lo he dicho, vivir tanto tiempo en las alturas no es sano.

Mientras que en el *pog* aumentaba el caos a medida que la noticia se corría de boca en boca, Alzieu de Massabrac entró en la torre para dar cuenta la nefasta noticia.

-Monseñor, des Arcis se aproxima- informó con voz emocionada por la inminencia del combate-. Está en Puivert.

Mirapeis se quedó paralizado en el instante en que estaba mordiéndola una cebolla. Terminó de cercenarla con su poderosa mandíbula y la masticó un poco antes de hablar.

-¿Quién lo dice?

-Un mechero procedente de Puivert. Es uno de los comerciantes habituales, monseñor, lleva años proveyendo de mechas y candiles a los habitantes del *pog* según me han asegurado los más viejos.

-Puivert está a unas seis leguas de aquí- murmuró mientras seguía devorando la cebolla alternando cada bocado con un sorbo de vino-. Un par de jornadas si hace buen tiempo. Apostaría mi vida a que está esperando a los rezagados y las mesnadas de los señores que acudan desde otras zonas del país.

-¿Qué hacemos, monseñor?- preguntó el joven Massabrac al que ya le hervía la sangre ante la inminencia de la batalla.

Mirapeis lo miró esbozando una leve sonrisa.

-No tengáis tanta prisa, rapaz, que tiempo tendréis de saciaros de sangre francesa o de que os saquen las tripas con un chafarote. Lo único que sabéis de la guerra son los embustes que los caballeros se cuentan por las noches calentándose los huesos y la boca con hipocrás, y os aseguro que si algo quisiera borrar de mi memoria son las batallas en las que he tenido que tomar parte.

Tras el breve discurso se quedó un par de minutos callado con la mirada perdida, como si por su mente fueran desfilando las imágenes de todos los horrores que había tenido que presenciar desde que tenía más o menos la misma edad del fogoso Massabrac.

-Ya os enteraréis de lo que hay detrás de tantos camelos de viejos guerreros- gruñó- ¡Bien, es la hora de actuar!- prosiguió levantándose enérgicamente, dejando atrás de golpe sus truculentos recuerdos-. Tomad media docena de sargentos, vestíos como simples viajeros y marchad a Puivert. Ni se os ocurra husmear por el campamento porque el senescal, que de tonto no tendrá un pelo, ya habrá dado por sentado que enviaremos espías para conocer sus efectivos. Limitaos a ir a la posada, sentaos a comer y, lo más importante, hablad poco y escuchad mucho. Si preguntáis algo que parezca mera curiosidad, y no cometáis la insensatez de ofrecer dinero a cambio de información, porque el que acepte hablar irá de inmediato a dar cuenta al senescal pidiendo más dinero precisamente por informarle de que un

forastero ha pedido información sobre él.

Tanto retruécano con la información lió un poco a Massabrac, pero en seguida captó las instrucciones que le daban.

-Y cuando volváis, no vayáis a ser tan pardillos como para hacerlo por donde mismo habéis venido porque el senescal debe tener infestado el camino de Foix de merodeadores- le explicó mientras iba dibujando un plano en un trozo de papel-. Marchad hacia el septentrión camino de Rivel. Allí giráis hacia poniente hasta Laroque d'Olmes. En Laroque tomáis el camino de Levelanet y de allí a Montferrier. Que os acompañe Guy de Cucunhan, que sería capaz de rescatar a un zorro perdido en esta maldita selva- concluyó entregándole el rudimentario mapa.

-¿Conoce bien el país?- quiso asegurarse Massabrac, al que la mención a los merodeadores había preocupado un poco.

-¡Necio, los árboles le dan los buenos días cuando se cruza con ellos!- replicó Mirapeis-. Si os digo que os acompañe Cucunhan es porque es capaz de darse cuenta si una piedra ha cambiado de sitio. ¡Y basta de charla! Preparaos para partir y espero que en tres o cuatro días estéis de vuelta para informar de todo. Id con Dios.

Massabrac salió tras hacer una leve inclinación de cabeza, pero Mirapeis no tardó mucho en seguirle fuera de la torre. Desde el adarve de madera de la muralla contempló el espectáculo que tenía lugar en el *pog*: gente asustada, carreras, gritos, pánico en general. Hasta los pocos críos que había en Montségur berreaban y lloraban a moco tendido y, aunque más por el revuelo que por una noticia que para ellos era algo intrascendente, solo servían para aumentar aún más el caos desencadenado ante la inminencia del asedio. Hizo una seña a un hombre de armas para que le diera la bocina que llevaba colgando del cinturón, se la llevó a la boca y la hizo sonar con tal fuerza que el eco de las montañas repitió el áspero y profundo sonido varias veces. El bocinazo pareció calmar a la gente, que de inmediato dirigieron la mirada a la muralla y se fueron agrupando al pie de ella.

-¡Oídmme bien!- exclamó Mirapeis apoyado en el parapeto y desparramando la mirada entre sus timoratos vecinos-. Que el *pog* es un objetivo del Capeto desde hace años es cosa sabida. Que el papa solo desea destruirnos lo saben en toda la Europa, así que la llegada del senescal al frente de un ejército no debería sorprender a nadie. Comprendo que la mayoría de vosotros sois gente de paz harta de tanta guerra y tanta penuria, pero es lo que nos ha tocado vivir.

No os voy a engañar con falsas esperanzas ni con discursos gloriosos que no me creo ni yo mismo, así que os diré solo la verdad.

“Hasta el día de hoy, Montségur no ha podido ser tomado por nadie. Por nadie- añadió recalcando cada sílaba-. Ni Saint-Gilles ni Montfort, que ese sí que era peligroso y, además, terco como una mula, pudieron apoderarse de este nido de águilas. Eso no quita que el asedio pueda ser largo y duro y, aunque no conozco al senescal de Carcassonne, juraría que no es un novato al que se le arrugue la verga a los dos días o uno de esos cortesanos a los que tras una semana durmiendo en un jergón se aburra y quiera volver a la corte en el Louvre a contar embustes sobre sus victorias. Acabo de enviar una cuadrilla de hombres a merodear para conocer sus efectivos, así que hasta dentro de tres o cuatro días no podremos saber con claridad a qué nos enfrentamos. Pero la parte buena es que el *pog* está muy bien fortificado, su posición geográfica es insuperable, los almacenes están repletos de provisiones, la armería atestada de armas de todo tipo, y contamos con una guarnición diez veces superior a la que se suele requerir para un castillo de este tamaño. Solo tenemos un inconveniente que ya conocéis porque llevamos varios días acarreado agua para reponer la que contienen las cisternas. Estamos en mayo, y hasta septiembre como pronto no lloverá o, al menos, no lo suficiente como para llenarlas. Por ello, os conmigo a consumir la justa. Dedicadla solo a beber y la imprescindible para cocinar. Tiempo habrá de gastar más cuando empiece el otoño. ¿Alguna pregunta?

-¿Qué pasará si nos derrotan?- dijo una voz.

Mirapeis miró al sargento con cara de paciencia. El sargento se encogió de hombros con una leve sonrisa.

-¿Será posible que siempre haya un imbécil que pregunte lo mismo?- murmuró al sargento, que empezó a reírse tapándose la boca- ¡Soy el caudillo militar de esta plaza, no adivino!- bramó Mirapeis, harto de escuchar las mismas preguntas en las mismas situaciones-. Desconozco el contingente que acompaña al senescal, desconozco su estrategia, desconozco la capacidad de resistencia de nuestra guarnición. ¡Es más, desconozco si mañana estaré vivo, o si un cometa caerá sobre nosotros, o si dentro de un rato soltaré un pedo que derribará la muralla, idiota! Cuando he dicho si alguien quiere preguntar algo me refiero a algo que tenga respuesta, no adivinanzas. Hale, he terminado. Que cada cual vuelva a sus ocupaciones porque el asedio no ha comenzado aún.

El grupo empezó a disolverse lentamente con los comentarios habituales en

pro y en contra de Mirapeis.

-¡Ah, lo olvidaba!- exclamó haciendo que todos se detuvieran en seco- ¡Una sola palabra, la más mínima actitud derrotista y juro por los huesos de todos mis antepasados que mando ahorcar al que propale información falsa o que haga bajar la moral de las tropas o de los habitantes del *pog*, tanto si es *creyente* como si no! ¿Ha quedado claro, patanes? Pues hala, cada cual a lo suyo.

El pequeño grupo, encabezado por Cucunhan, se aproximaba con paso cansino a Puivert. Dejaban a sus mulas ir a su aire para tener tiempo de observarlo todo con más detenimiento. Bajo la ropa vestían camisetas de malla y estaban armados con cuchillos y espadas cortas para no delatar su condición de militares. Al llegar al llano que se extendía al sur del pueblo se detuvieron como si uno de los sargentos tuviera que revisar el casco de su mula mientras que Massabrac y el resto tomaban buena nota de lo que veían, que no era precisamente nada tranquilizador.

-¡Santo Dios!- murmuró el joven, abrumado por el enorme número de tiendas de campaña y pabellones que ocupaban el prado hasta donde alcanzaba la vista-. Jamás he visto algo semejante. ¿Cuántos deben ser?

-Unos siete u ocho mil hombres, monseñor- respondió Cucunhan soltando un escupitajo en honor al Capeto-. Puede que en estos días aumenten los efectivos si, como es probable, estén esperando la llegada de más tropas.

-¿Tendrán mucha caballería?

-La caballería no sirve de nada en un asedio, monseñor- informó el veterano sargento-. Los caballos no escalan murallas. Para lo más que sirven es para merodear o, a lo sumo, contener una espolonada por nuestra parte, pero durante el asedio los caballeros tendrán que combatir a pie como simples hombres de armas. Más me preocupan los ribaldos que hayan podido contratar. Esos sí que son peligrosos. Su oficio es la guerra desde que son críos, carecen de piedad, solo viven para obtener buenos dineros a cambio de sus servicios, y no es raro que les permitan saquear a su sabor. Roban, matan, violan y cometen actos tan repugnantes que a cualquier miliciano u hombre de armas ni se les ocurrirían. Si el senescal lleva consigo contingentes de ribaldos y logran entrar en el castillo os recomiendo que degolléis a vuestra madre y vuestra hermana antes de que logren ponerles las zarpas encima, porque pedirán a gritos la muerte antes de que acaben con ellas.

Massabrac tragó saliva y se abstuvo de comentar nada. Su madre y su hermana eran *perfectas* a las que la muerte les resultaba algo deseable, pero acabar ultrajadas por aquellas bestias con forma humana no entraba en lo aceptable como método para abandonar sus envolturas carnales así que tomó buena nota del consejo de Cucunhan.

Cuando entraron en Puivert aquello parecía un día de mercado. El pequeño pueblo estaba literalmente rebosando de tropas dedicadas a enriquecer a los dos taberneros y a la única ramera en activo de la población. Lograron entrar en una de las tabernas, pero allí era imposible oír nada ni hablar nada. La soldadesca presente la tenía sumida en un maremagno de borracheras, vomitonas, broncas, alaridos y alguna que otra puñalada traperera de tapadillo. De hecho, los prebostes del senescal ya habían tenido que empezar a impartir escarmientos porque del enorme roble que daba sombra al pilón de la plaza colgaban ya media docena de revoltosos con el pescuezo muy estirado y la lengua y los ojos llenos de moscas gordas y ruidosas.

-Esto es una puta casa de locos- masculló Cucunhan tras salir de la taberna repartiendo codazos a diestro y siniestro-. Poca información vamos a sacar de aquí, monseñor.

Massabrac pensó un poco antes de responder.

-Vámonos a Rivel- propuso tras mirar el burdo plano de la comarca que le había facilitado Mirapeis-. Está a menos de dos leguas de aquí, y supongo que aquello estará más tranquilo, e incluso que alguien pueda darnos alguna información de utilidad. Pasamos allí la noche y mañana volvemos al *pog*. Poco más podemos hacer.

Pero estaba claro que el senescal ya había contado con la presencia de merodeadores por la comarca, porque no había pasado ni media hora cuando Cucunhan alzó la mano de repente, ordenando detenerse. Se bajó de la mula y se agachó mirando atentamente el suelo.

-¿Qué pasa?- preguntó Massabrac, que llevaba ya un rato presintiendo que las cosas iban a ponerse peor.

-Por aquí han pasado hombres del senescal, monseñor- respondió señalando una huella de herradura.

-¿Lleva la firma del herrero acaso?- se mofó el joven, que pensaba que el sargento se estaba queriendo dar importancia.

-Bajad de la mula y aprended, monseñor, que sabiendo más que el enemigo es como mejor se sobrevive- replicó enfadado-. ¿Qué veis ahí?

-Una huella de herradura, ciertamente- respondió con suficiencia-, como las que dejan los caballos herrados.

Cucunhan hizo avanzar su mula hasta que plantase el casco junto a la huella, y luego la retiró.

-¿Y ahora, qué veis?

Massabrac tragó saliva. La huella de la herradura era enorme comparada con la de la mula, y eso que esta era de buen tamaño.

-Una huella de una herradura enorme- musitó bastante corrido ante la disimulada rechifla de los demás sargentos.

-O sea, la huella de la herradura de un...- replicó Cucunhan dejando la respuesta en el aire.

-De un bridón, un caballo de batalla- reconoció humillado Massabrac por haberse pasado de listo.

-¿Y quién puede pasearse en un bridón en este sendero que no conduce más que a una aldea de mierda? No me respondáis, monseñor. Todos lo sabemos ya.

-¿Qué proponéis pues?

-Bah, los merodeadores del senescal me dan una higa, conozco cien senderos y cañadas para esquivarlos sin que noten nuestra presencia. Lo que es digno de mención es su interés por controlar la comarca. Eso solo quiere decir una cosa: no quieren que nadie escape del *pog* y ponga sobre aviso a cualquiera que pueda prestarnos ayuda. El cerco será férreo, monseñor. Esta vez van muy, pero que muy en serio.

Sin decir una palabra más, Cucunhan se aupó en la mula y se dirigió hacia la espesura, donde pronto encontraron un estrecho sendero que transcurría por un túnel en la fronda durante casi todo el trayecto. Nadie habría podido verlos ni aún pasando a escasa distancia de ellos, y hasta las pisadas de las mulas eran amortiguadas por la espesa capa de hojas que cubría el suelo. Tal como habían previsto, al caer la tarde pudieron llegar a Rivel, donde el ambiente era totalmente distinto. Se alojaron en la única posada del pueblo en la que el obsequioso dueño, tras el interrogatorio habitual sobre la procedencia, destino y el oficio de los viajeros y los embustes de rigor de estos para justificar su presencia allí, les ofreció una buena cena para reponer fuerzas.

-¿Habéis pasado por Puivert?- preguntó el posadero mientras les servía unas sopas de ajo cuyo aroma resucitaría a un muerto-. Me han dicho que se han juntado miles de hombres al mando del senescal de Carcassonne.

-Hemos pasado de largo- respondió Cucunhan, que como más veterano se arrogó la responsabilidad de tratar con el posadero-. Nos ha extrañado ver tantos hombres de armas. ¿Sabéis la causa?

-Ayer estuvieron aquí varios caballeros que llevaban todo el día merodeando por la comarca- explicó mientras añadía a la sopa una hogaza, un buen trozo de queso y un par de jarras de vino-. No me dijeron el motivo de su presencia, pero cuando hablaban entre ellos salió a relucir Montségur varias veces. La Sinagoga de Satán, decían. Así es como lo llaman los inquisidores, ¿no?

-Eso creo, buen hombre. Un nido de herejes que Dios confunda. Entonces, ¿creéis que se dirigen al *pog*?

-No me extrañaría, aquí no hay nada que justifique semejante ejército- respondió encogiéndose de hombros mientras se servía un vaso de vino y se sentaba con sus huéspedes. No tenía ocasión de cambiar impresiones con forasteros todos los días-¡Ah, uno de ellos mencionó al obispo de Albi, que no sé qué se le habrá perdido aquí!- añadió dándose una palmada en la frente.

Poco más pudieron sacarle al posadero que, tras la cena, los condujo a un par de aposentos en la planta alta donde, por primera vez en mucho tiempo, pudieron dormir en jergones rellenos de paja fresca y mullida, no como la del *pog*, medio podrida y aplastada de tanto tiempo sin renovar.

Al día siguiente y tras el desayuno prosiguieron su camino, que se vio notablemente alargado por la de rodeos que Cucunhan les hizo dar para evitar sorpresas desagradables.

-No os extrañe que hasta hayan salido merodeadores desde Foix para controlar la zona occidental de la comarca- advirtió.

Cuando llegaron a Montferrier hacía rato que había anochecido, pero por la cercanía con Montségur pensaron que lo más prudente era pernoctar al raso por si había las tropas del senescal en el pueblo. Por otro lado, era muy peligroso subir hasta la cumbre del *pog* en la oscuridad, así que pasaron la noche bajo un enorme castaño y subieron cuando empezó a clarear para que la amanecida les pillase ya en la ladera, lejos de sus enemigos.

Nada más llegar al castillo, Massabrac y Cucunhan fueron enviados a la torre a informar de sus andanzas. Les indicaron que en la planta superior les esperaban Mirapeis, Perelha y el heresiarca, que desde que se supo que en senescal estaba en las cercanías no paraba de exhortar a su rebaño herético para que se fuesen haciendo a la idea de que, en breve, sus atribuladas almas

lograrían por fin abandonar sus envolturas carnales, y tanto él como sus Hijos impartían el *consolamentum* a los que veían firmemente convencidos de su fe para evitarles una nueva reencarnación.

-El obispo de Albi ...- murmuró extrañado Mirapeis cuando los dos exploradores concluyeron su relato-. ¿Eso os dice algo, monseñor?- preguntó a Perelha.

Este negó en silencio con la cabeza.

-Bueno, es posible que envíe un contingente de tropas, monseñor- sugirió Cucunhan-. Ya sabéis que estos curas adinerados no desaprovechan la ocasión para dar que hablar en la corte del Capeto.

-Ciertamente, es lo más probable- aceptó Mirapeis-. Bueno, señores, ya los tenemos aquí. ¿Tenéis algo que decir al respecto?

-¿Creéis que el tesoro y los objetos de valor de nuestra iglesia corren peligro inminente, monseñor?- preguntó Martí-. ¿Deberíamos evacuarlos a un lugar más seguro?

-De momento, el lugar más seguro de todo el país es este, obispo. Aún no ha empezado el cerco, no tengo ni idea de cómo se irán desarrollando los acontecimientos, y precisamente ahora creo que sería el peor momento para ello, con los alrededores infectados de merodeadores de los que ni sabemos cuáles son sus movimientos y rutas habituales. Conviene esperar, y tened por cierto que si veo que los bienes de vuestra iglesia corren peligro yo seré el primero en avisaros para que los pongáis a salvo.

Cuando acabó la reunión, Azalaïs se colgó del cuello del joven Massabrac llorando y llenándole la cara de lágrimas y mocos.

-¡Cuánto miedo he pasado, hijo mío!- exclamaba entre hipido y hipido.

-Vamos, madre, solo ha sido un paseo campestre- respondió el muchacho dándole palmaditas en la espalda, visiblemente molesto por verse delante de todos como un crío recibido por una madre atribulada-. Y recordad que no es la primera vez que tomo parte en una acción peligrosa- añadió en referencia a su entusiasta participación en la masacre de Avinhonet.

Su hermano Oth fue más discreto, limitándose a darle un breve abrazo y exhortarle a que le contara cómo había ido todo, lo que Alzieu le agradeció infinitamente para librarse de los achuchones maternos.

-¿Qué hacemos?- preguntó Pierre a sus compinches durante su conciliábulo diario.

-¡Qué vamos a hacer...! pues esperar, naturalmente- exclamó Matheus-. El momento de largarnos será cuando decidan evacuar el tesoro.

-No creo que permanezca sin vigilancia, esté donde esté- dijo Gros, que aún estaba resentido con su *socius* por no haber dicho una palabra al respecto-. No nos van a dejar entrar en el pozo ese, o donde quiera que sea que esté, para cogerlo y salir de aquí así como así.

-Si lo sacan del *pog* podemos escapar tras los que lo transporten y hacernos con él cuando estén lejos de aquí- propuso Pierre.

-Qué manía tenéis los dos con querer anticiparos a todo, demonios- protestó Matheus-. Ya veremos qué pasa. Igual el senescal da por imposible tomar Montségur y se larga con el rabo entre las patas, o logran asaltarlo por sorpresa y no dejan bicho viviente. Hay que esperar y, sobre todo, no dejar que nos delate la impaciencia. Ante todo, hay que ganarse la confianza del obispo, que será en su momento el que confirme dónde ocultan el tesoro y dónde deberá ser transportado.

-Vosotros lo tenéis fácil, en teoría aún sois dos *perfectos*-replicó Pierre, pero ante el obispo soy un mero *creyente* de los muchos que hay en el *pog*.

-No te preocupes por eso. Un perfecto puede administrar el *consolamentum*, o sea, yo mismo puedo hacerlo. No obstante, no estaría de más que aproveches para arrimarte al obispo y hacerle la pelota un poco. Tienes un pico de oro para lo que te conviene, así que insístele en que tu máximo anhelo es abandonar este mundo para volver al seno de Dios y esas zarandajas, ya sabes. Estás harto de escuchar sermones de infectados, así que no tendrás problemas para repetirle todo lo que quiera oír.

-Solo me preocupa una cosa- añadió Gros, que no paraba de pensar en lo mismo todo el día-. ¿Y si encargan a varios hombres de armas evacuar el tesoro? Contra esos poco o nada podemos.

-Raymond, qué pesado eres- protestó su *socius*-. Deja de devanarte la cabeza porque las opciones son infinitas. No obstante y por eliminar esa posibilidad de antemano, dudo mucho que el obispo fie la seguridad de su tesoro a hombres de armas de la guarnición porque sabe que la mayoría no son *creyentes*. Bertrand Martí puede ser un santurrón, pero de tonto no tiene un pelo. Le falta el punto de astucia de su antecesor, pero ni por un momento creas que está en las nubes. Si llega el momento de sacar el tesoro del *pog*, los señalados para ello serán *perfectos* o *creyentes* de toda confianza. No se va a arriesgar a que varios hombres de armas católicos les rebanen el pescuezo

antes de recorrer media legua y se larguen enhorabuena cargados de oro. Tened paciencia, a medida que pase el tiempo sabremos cómo actuar.

Saint-Gilles tardó un rato en digerir la noticia que, aunque esperada, no por ello dejaba de fastidiarle.

-¿Se sabe cuándo piensa empezar el asedio ese botarate o va a pasar el verano en Puivert?- refunfuñó tirando la carta sobre la mesa.

-Ni idea, monseñor- respondió Guarín encogiéndose de hombros-. Aún no me ha sido concedido el poder para adivinar lo que piensa la gente.

-Idiota...- murmuró irritado.

El conde se quedó un largo rato pensativo mientras el chambelán miraba a techo impaciente. Tenía muchas cosas que hacer para estar allí perdiendo el tiempo mientras a su señor se le pasaba el enfado.

-Des Arcis no debe tomar Montségur- anunció finalmente.

-¿Y por qué no?- se extrañó Guarín, que a veces aún se sorprendía por las salidas de tono del conde.

-Parece mentira que para unas cosas seas tan sagaz y para otras tan necio- le reprochó poniendo cara de asco.

-Es que no entiendo por qué razón des Arcis no debe tomar el maldito *pog* que así se lo trague la tierra.

-Eso sería preferible, pero por desgracia no ocurrirá. No debe tomar Montségur porque yo no he querido tomarlo aunque haya dicho al Capeto que no he podido. Por lo tanto, si des Arcis sí puede yo quedo mal y, lo que es peor, demostraría que he faltado a mi palabra.

-A estas alturas no creo que el Capeto se preocupe por eso- sugirió Guarín con evidente mala uva-. Ya debe estar acostumbrado.

Saint-Gilles lo fulminó con la mirada, pero se abstuvo de responderle.

-No me preocupa que el Capeto no se preocupe, la que sí me preocupa, y mucho, es la regente- explicó-. Contristar a esa maldita castellana es como pisar una víbora, y doy fe de que sus mordeduras son extremadamente dolorosas.

-Pues vos diréis como vais a impedir que el senescal tome el *pog* sin que la regente se dé cuenta de que habéis faltado por enésima vez a vuestra palabra y, de paso, sin que nadie sospeche nada.

-Llama a Bertrand de La Baccalaria- ordenó después de pensarlo un poco-. Que venga lo antes posible. ¿Sabes dónde está?

-Ni idea, estará en su casa, en Capdenac, pero, ¿para qué queréis enviar un arquitecto al *pog*?- preguntó Guarin, que cada vez entendía menos al conde.

-Es arquitecto, pero también es un experto en ingenios y tormentaria, zoquete. Obviamente, no puedo enviar tropas a Montségur, pero un personaje así pasará desapercibido. Puede fabricarles máquinas que obliguen al senescal a levantar el cerco, largarse en buena hora a Carcassonne y confesarle al Capeto que ese peñasco es absolutamente inexpugnable. Así me dejan en paz de una vez.

-Pero él es un buen católico, monseñor, no creo que se preste a ayud...

-Bertrand de La Baccalaria se prestará a fabricar lo que sea a quien sea si se le pone en la mano el suficiente oro como para doblarle la muñeca por el peso, como todo el mundo- interrumpió-. Deberías saberlo a estas alturas, Guarin. ¿Acaso no es Mirapeis el caudillo de la guarnición del *pog* y jamás ha aceptado unirse a los infectados? Él está allí por lo mismo que muchos, porque odia al Capeto y odia al papado porque son los que les han arrebatado sus dominios, no porque adore a esos herejes de mierda. Y no me hagas darte más explicaciones, viejo, así que envía un mensajero a Capdenac, que deje lo que esté haciendo y que venga cuanto antes.

-Os recuerdo, monseñor, que Capdenac está a más de 50 leguas al septentrión- informó Guarin, que por conocer conocía hasta las distancias entre casi todas las poblaciones de los dominios de los Saint-Gilles. El mensajero tardará al menos cuatro o cinco jornadas en llegar.

-Pues ya estás tardando en redactar la carta- protestó el conde, al que siempre le irritaba la más mínima traba a sus proyectos-. ¡Lárgate ya y deja de incordiarme con minucias, demonios!

Guarin suspiró mientras agarraba su inseparable montón de legajos y se marchó a su despacho. Al día siguiente, al despuntar el alba, un mensajero salía camino de Capdenac.

Capítulo 26

Durante dos días, Mirapeis desplegó una actividad arrolladora para revisar las defensas del *pog* y reparar las que estuvieran en mal estado. Básicamente, las casas que rodeaban el castillo eran su última línea defensiva y difícilmente podrían asaltar la muralla en aquel pequeño laberinto cuyos únicos espacios libres estaban formados por salientes rocosos que cortaban como cuchillos. Así pues, la verdadera muralla eran las barbacanas situadas en las caras oriental y occidental. La primera era la más accesible, si por accesible se puede decir que era la única por la que se podía subir sin peligro de despeñarse a cada paso. La de la cara occidental, terriblemente empinada, debía salvar un desnivel de más de cien metros tras llegar al pie del *pog*. Se podía subir pero a costa de ser barridos por las piedras que arrojarían los defensores sobre los atacantes. En cuanto a las laderas septentrional y meridional eran simplemente imposibles. Solo hombres muy diestros podrían atreverse a avanzar por aquellos riscos en los que, no obstante, había algún que otro camino de cabras por los que podían circular los que conocieran a la perfección los entresijos del *pog*.

Las defensas de la parte occidental la formaban tres empalizadas sucesivas, y en la puerta de la más cercana al castillo incluso habían construido una pequeña torre de fábrica para defenderla con facilidad. Las empalizadas estaban formadas por gruesos troncos tras las cuales había unas pasarelas que las recorrían en su totalidad a modo de adarve. Nadie sería lo bastante loco como para intentar un asalto por aquella zona, pero precisamente porque en los asedios las locuras a veces salen bien Mirapeis se pasó una mañana entera señalando los troncos que debían ser sustituidos para eliminar riesgos. La abundante fronda que crecía al pie del *pog* les proporcionaba madera de sobra para estas reparaciones. En su afán perfeccionista incluso se había preocupado de que en el fondo de las zanjias donde se plantaban los troncos se dispusiera un lecho de piedras recubiertas a su vez por gruesas lajas de pizarra para impedir que, con el paso del tiempo o si cedía un poco el terreno circundante, se desnivelase la empalizada entera.

En el lado oriental, donde se abría el único sendero practicable, había una pequeña barbacana justo donde empezaba la ladera que era denominada como

la Roca de la Torre. Aunque por su tamaño pudiera parecer que era una fortificación de escasa importancia, considerando la tremenda pendiente del lugar tenía muy fácil cerrar con llave el ascenso al sendero. Podía ser defendida por una guarnición de pocos hombres y, a su vez, estos podían asaetear impunemente a todo aquel que se aventurase a tomar el camino de ascenso al *pog*.

Unos doscientos metros más arriba las cosas se complicaban aún más. Aprovechando un brusco desnivel se alzaba una potente barbacana formada por un muro de piedra de la altura de un hombre y rematado por una empalizada de tamaño similar que cerraba el paso en toda la extensión de la ladera. Más al norte dicha ladera caía casi en vertical, y más al sur la montaña era intransitable. La siguiente barbacana, de dimensiones y características similares, estaba unos cien metros más arriba y, a partir de ahí, unos cincuenta metros más alto, estaban el poblado y el castillo coronando el *pog*.

Todos estos datos, que había recopilado cuidadosamente des Arcis interrogando a los naturales de la zona y que estaban plasmados en un plano, se transformaron en una inexorable barrera casi infranqueable cuando se adelantó media jornada a su ejército para reconocer el terreno. Durante varias horas y acompañado de una pequeña pero selecta escolta para poder acercarse todo lo posible sin levantar sospechas, pudo constatar que, en realidad, sus previsiones había sido demasiado optimistas porque, por ejemplo, la ladera sur no solo era impracticable, sino que una densa arboleda impedía el movimiento de tropas e incluso ocultaba por completo la visión del *pog*. Naturalmente, se abstuvo de hacer el más mínimo comentario, pero por su expresión todos sus acompañantes se dieron cuenta de que el asedio no iba a ser tan rápido ni tan fácil como inicialmente habían imaginado. De hecho, la mayoría de los caballeros que formaban parte del ejército ya habían vendido la piel del oso completamente convencidos de que tomar un diminuto castillo atestado de herejes, por muy encaramado que estuviera en un risco, era cosa hecha, y que solo verlos aparecer con sus hermosas cotas de armas y sus escudos llenos de leones y águilas bastaría para rendirlos. Tras el reconocimiento, hasta ellos mismos se dieron cuenta de que ni sus cotas de armas ni sus escudos iban a servir de gran cosa por no decir de nada. Montségur era un auténtico desafío para cualquier militar, y ellos habían sido los que gentilmente había recogido el guante seguros de salir airoso de aquel brete en pocos días.

Y mientras des Arcis rodeaba la base del *pog* buscando algún punto débil, los centinelas de la barbacana occidental ya habían dado la alarma. Por el camino de Foix se divisaba perfectamente una interminable hilera que parecía en la lejanía una de esas orugas que avanzan encogiéndose y estirándose al mismo tiempo. Por el serpenteante camino, aquel insecto grisáceo se aproximaba sin prisa pero sin pausa en dirección a Montségur, en busca del pequeño grupo de hombres que permanecían inmóviles en un llano al oeste de la ladera. Eran una avanzadilla que se había adelantado para buscar un sitio donde instalar el campamento si bien aquel lugar estaría destinado al senescal y las tropas más selectas. El resto se irían distribuyendo por todo el perímetro de la ladera para cerrarlo por completo.

Cuando des Arcis se reunió con su ejército ya era casi de noche. Agotado por la larga jornada se limitó a comer algo y echarse en su catre de campaña sin desvestirse siquiera. Lo único que se quitó antes de caer como un árbol talado fue el cinturón del que pendía su espada. Su escudero y los dos pajes se tumbaron alrededor del catre de su señor sobre unas esteras, se envolvieron en sus capotes y antes de terminar el paternóster de rigor ya estaban roncando a pierna suelta. Desde la cima de Montségur muchos de sus habitantes no quisieron perderse la espectacular vista que ofrecía la miriada de hogueras que, como estrellas caídas del cielo nocturno, rodeaban el *pog*. Aunque semejante panorama no era precisamente tranquilizador, no por ello dejaba de contener una extraña belleza. Hasta ellos llegaban incluso las voces de los centinelas y el sonido de algún que otro instrumento hasta que alguien lo mandaba callar con voz destemplada, protestando porque quería dormir y no oír tocar la flauta tras un día agotador.

-Empieza la fiesta, monseñor- comentó Perelha a un Mirapeis que parecía hipnotizado por el paisaje.

-Lo importante no es que la fiesta empiece, sino cómo acabe- murmuró sin apartar la mirada del campamento enemigo-. ¡Cucunhan!- llamó saliendo de su letargo.

-Aquí estoy, monseñor- respondió una voz en la oscuridad.

-Mañana coges a un par de hombres y revisas uno por uno los senderos que bajan al valle. Quiero saber si se mantienen despejados o si han situado tropas cerca. Esos senderos van a ser vitales en las próximas semanas porque serán el único sitio que esos perros lacayos del Capeto no serán capaces de controlar, y un asedio sin cerrar mal futuro tiene.

-Así se hará, monseñor. Mañana, al despuntar el día- respondió Cucunhan, que prefirió largarse disimuladamente no le fueran a endosar otra misión.

Los senderos eran endiabladamente empinados y, aunque conociéndolos no eran especialmente peligrosos, tanto el descenso como el ascenso resultaban agotadores, y al menos había cuatro o cinco que seguramente eran aún practicables de modo que prefirió irse a dormir y reservar sus fuerzas para una jornada bastante intensa.

Tras un sueño profundo, de esos que cuando uno se despierta ni recuerda cuándo se quedó dormido, des Arcis se notaba mucho más recuperado. Mientras un paje le servía un contundente desayuno su escudero salió al galope recorriendo pabellón por pabellón, convocando a todos los caudillos de las mesnadas que componían la hueste para celebrar consejo de guerra a mediodía. Varias patrullas ya merodeaban por los alrededores del *pog* vigilando que ningún mensajero pudiera salir en busca de ayuda, e incluso dispuso que se cerrara a cal y canto el camino de Foix a Puivert incluyendo las cañadas y senderos cercanos por donde se podían salvar los controles dando un pequeño rodeo.

A la hora señalada, más de una docena de hombres se agrupaban alrededor de una mesa plegable donde los pajes habían desplegado un mapa de la comarca y otro del *pog* en el que des Arcis ya había corregido los errores detectados durante el reconocimiento del día anterior.

-Bien, señores- inició su perorata muy sonriente, como no querido dar importancia a la cosa-, ya estamos ante nuestro objetivo. Doy por sentado que visto desde aquí puede parecer absolutamente inexpugnable, pero puedo aseguraos que el asedio es viable con la ayuda de Dios.

-Ni Dios nos allanará el camino a ese maldito pedrusco- dijo una voz anónima que levantó risotadas entre los presentes. Des Arcis prefirió no darse por enterado.

-Aquí tenéis un plano del *pog* en el que vemos la situación del castillo, el poblado y los accesos. El único que es practicable es el que recorre la ladera oriental- explicó señalando el lugar con una varita.

-¿Puedo hablar, monseñor?- preguntó uno de los presentes.

Des Arcis asintió suspirando. No le gustaban las interrupciones, pero como tampoco tenía un plan realmente sólido que ofrecer de momento igual alguien aportaba una idea válida.

-¿Tenéis ya trazado un plan?- preguntó el hombre, que parecía que le había leído el pensamiento.

Des Arcis tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse, porque acababa de poner el dedo en la llaga.

-De momento prefiero tantear a los infectados- arguyó para no tener que decir que no sabía ni por dónde empezar-. En todo caso, de momento optaremos por el método tradicional, esperar. Estamos a finales de la primavera, hace ya unas cuantas semanas que no llueve, y las cisternas del *pog* deben estar escasas de agua. El verano y la sed de los herejes terminarán de vaciarlas y, cuando eso ocurra, en menos de una semana tendrán que rendirse o morir sin remedio. Sin provisiones se puede resistir mucho tiempo, pero nadie sobrevive después de tres o cuatro días sin agua.

-¿Y no podemos intentar avanzar por la ladera oriental?- propuso otro-. Según acabáis de decir hay incluso un sendero.

-Es que no me habéis dejado proseguir, señores, así que lo mejor será que os exponga detalladamente qué es lo que tenemos ante nosotros y luego preguntad lo que queráis.

Durante media hora, des Arcis, explicó con pelos y señales la posición del poblado, de las potentes barbacanas, de las laderas imposibles y de los brutales desniveles que había que salvar para avanzar unas cuantas toesas. A medida que avanzaba, las caras del personal se iban alargando progresivamente hasta que, al final de la exposición, aquello parecía un velatorio.

-¿Preguntas?

-¿Creéis que si todos a una rezamos fervorosamente Dios abrirá la tierra y engullirá esa puta montaña?- dijo uno que, al menos, tenía algo de sentido del humor.

Des Arcis rió con ganas, más por levantar los ánimos que otra cosa.

-Esto es cosa de los hombres, no de Dios. Con todo, admito que esta empresa no parece fácil, pero torres más altas han caído. Además, tenemos una baza importante a nuestro favor: la enorme población del *pog*. Según mis informes, la guarnición se compone de entre cien y ciento cincuenta hombres, que ciertamente son muchos para un castillo de ese tamaño, pero entre los herejes y las familias de la guarnición pueden superar ampliamente las doscientas o doscientas cincuenta personas. Eso supone doscientas cincuenta gargantas que remojar y doscientos cincuenta barrigas que llenar a diario y que

no son combatientes. Ahí está su heresiarca, ese Bertrand Martí que Dios confunda, sus Hijos, y muchos *perfectos y creyentes* que jamás, ni aunque les vaya la vida en ello, tomarán las armas porque su fe se lo impide y...

-¡Vaya mierda de fe con más poca fe!- interrumpió otro entre risotadas que fueron coreadas por los demás.

-...y no intervendrán en la lucha- prosiguió el senescal cuando cesaron las risas-. A lo sumo se limitarán a ayudar a reparar las defensas o a cuidar heridos. Las mujeres de los miembros de la guarnición son más de lo mismo. En resumen, mientras transcurre el verano nos limitaremos a esperar. Además, carecemos de efectivos para poder completar el cerco y estoy a la espera de la llegada de contingentes procedentes de otras poblaciones. Es absurdo intentar nada mientras que no podamos cerrar con llave todo el perímetro del *pog*. A lo más que podemos aspirar de momento es a impedir que puedan llegarles refuerzos y vituallas. Recordad que los herejes son apreciados por muchos occitanos porque ven en ellos una especie de líderes contra la supuesta opresión del rey nuestro señor, y hay que impedir que contacten con ellos o incluso se sumen a la guarnición. Por lo tanto, se establecerán turnos de patrullas que deberán vigilar durante todo el día y toda la noche. Cuando llegue el otoño, si las cosas siguen igual, será el momento de actuar, y para entonces ya tendremos un plan detallado en base a la información que podamos obtener de la gente del lugar o, con suerte, de algún habitante del *pog* que podamos atrapar. Esto es todo de momento, señores- concluyó sin dar opción a más preguntas porque tampoco tenía nada que responder. La situación era la que era y había que conformarse sí o sí. Tiempo habría de pensar y de preparar algo verdaderamente eficaz para acabar con la resistencia de Montségur.

Empezaron a pasar los días sin que ninguno de los dos bandos moviera ficha. Los sitiadores se limitaban, según las instrucciones del senescal, a merodear para impedir dentro de sus posibilidades que nadie saliera ni entrara en el *pog*. Sin embargo, pronto quedó claro que mientras no dispusieran de más efectivos era imposible anunciar que el cerco estaba completado porque la densa arboleda que descendía por las laderas norte y sur podían ocultar medio ejército sin que nadie se percatara de ello. Un grupo reducido de hombres podía descender hasta mitad de la ladera, esperar a que se hiciera de noche y pasearse por delante del pabellón del senescal sin que fuera posible

descubrir de dónde habían salido. Des Arcis, consciente de ello, envió mensajes pidiendo refuerzos a los senescales de las plazas de la Occitania bajo el control del rey, pero no podría contar con ellos hasta pasadas varias semanas. Los senescales debían convocar a los vecinos, pactar el tiempo de servicio que, al menos legalmente, no podía exceder de cuarenta días, seleccionar a los menos inútiles, armarlos, proveerse de bastimentos y pertrechos y, finalmente, ponerse en marcha. Con suerte, los más cercanos podrían llegar en cosa de mes y medio, por lo que hasta entonces se tendrían que limitar a seguir patrullando sin descanso.

La situación de los sitiados tampoco había cambiado mucho desde que se inició el cerco. Tal como había ordenado Mirapeis, Cucunhan comprobó que los senderos ocultos que bajaban desde el *pog* estaban expeditos. Solo había que tener la precaución de esperar al pie de la ladera hasta que se hiciera de noche para, tranquilamente, acercarse a alguna aldea cercana para tener noticias de primera mano, enviar algún mensaje o incluso comprar artículos básicos que empezasen a escasear, como velas, sebo para los candiles o grano. De hecho, no habían pasado dos semanas cuando, a través de los mercaderes de estas aldeas, algunos miembros del ejército del senescal cambiaron de bando, desertando y pasándose a los defensores de Montségur. Unos por ser *creyentes* que se alistaron para aprovechar la ocasión y unirse a sus commilitones y otros porque, aun siendo católicos, les podía más el odio al rey francés y a los inquisidores, la cosa es que no era raro que de vez en cuando alguno de los grupos que bajaban del *pog* volvieran acompañados de uno o dos desertores. No era difícil comprobar si los *creyentes* lo eran de verdad porque les bastaba con hacerles detallar algunos de sus ritos, y alguno que otro hasta se encontró con un conocido o un pariente entre los habitantes de Montségur. Los católicos eran interrogados para eliminar sospechas y se les vigilaba de cerca durante varios días hasta que comprobaban que, en efecto, no eran espías enviados por el senescal aunque allí había más bien poco que espiar.

Pierre, que sin duda tenía una habilidad especial para ganarse la confianza de la gente a pesar de ser un bellaco redomado, descubrió que formar parte de los grupos que bajaban del *pog* era un buen método para ganarse aún más la confianza de los recelosos herejes. Aunque todos lo consideraban como un *creyente*, sabía que para sus turbios fines debía ir más allá y ser tenido en cuenta por el heresiarca y sus más allegados. Había desechado la idea de

recibir el *consolamentum* porque, aunque Matheus se lo podría administrar, ese sacramento no lo regalaban así como así, y solo el que había probado su fe durante años podía optar a ser un *perfecto*. Pero ser un simple *creyente* de confianza ya podía serle de bastante utilidad, así que era el primero en ofrecerse voluntario para todo con la tranquilidad de que, en caso de caer en manos de los merodeadores del senescal, los inquisidores de Tolosa responderían por él, así que no tenía de qué preocuparse.

No menos importante para él era conocer los entresijos de los senderos y usarlos a su conveniencia o, llegado el caso, escapar si las tropas del senescal lograban entrar a saco, momento en que los asaltantes no solían prestar mucha atención a las quejas de los defensores y menos aún a supuestos juramentos de fidelidad repentina. Sabía de sobra que cuando se tomaba por asalto una plaza no se respetaba a nada ni a nadie. Bien claro lo dejó el abad de Cîteaux cuando no dudó en ordenar matar incluso a los católicos de Béziers cuando lograron entrar en la ciudad con tal de que ni un infectado escapara con vida.

Por lo demás, la vida en Montségur transcurría casi con total normalidad, esperando a que el senescal se aburriera y levantara el sitio de la misma forma que el senescal esperaba a que los habitantes del *pog* se hartaran y decidieran rendirse aunque ambas partes tenían bastante claro que eso no iba a pasar, y que si terminaba el verano sin que las reservas de agua se agotasen habría que pasar a la acción, y entonces sería cuando se podría medir la verdadera capacidad de resistencia de los dos contrincantes.

Con todo, y para evitar que la tropa no se apoltronase más de lo necesario, des Arcis ordenaba de vez en cuando llevar a cabo alguna pequeña escaramuza. Se formaba un grupo de treinta o cuarenta hombres y se les enviaba al sendero oriental, donde por norma eran detenidos en seco por los defensores de la Roca de la Torre. Unos cuantos virotazos, un breve intercambio de insultos acordándose de sus respectivas madres y se daba por terminada la batalla. No servían de nada, pero al menos habituaban a las tropas a trepar por aquel empinado sendero cargados con el peso de las armas y bajo un sol de justicia. Si a algo temía cualquier caudillo militar era ver como sus tropas se dejaban invadir por la molicie porque de ahí a la indisciplina y la pérdida de combatividad había un paso. Con todo, en el bando de los *buenos hombres* ya se habían contabilizado alguna que otra baja debido más que nada al exceso de confianza por parte de la guarnición. Dando por sentado que las pequeñas incursiones de la gente del senescal iban por allí

poco menos que a cubrir el expediente, hubo quien se permitió bajar la guardia y le costó verse con un virote entre las costillas. Un balletero bien entrenado podía acertar a un hombre sin problemas a más de cincuenta pasos, y a esa distancia una potente ballesta de gafa podía atravesar un perpunte o una loriga como si fuese manteca. Y mientras el herido hacía saber lo dolorosa que era su herida haciendo que sus berridos se escucharan a media legua de distancia, sus compañeros echaban los bofes trotando por las empinadas laderas con el infortunado a cuestas intentando llegar a tiempo para que, en base al pacto de *convenenza*, le administrasen el *consolamentum* y, de ese modo, liberar para siempre su alma de tener que volver a reencarnarse y partir hacia el seno del Padre para toda la eternidad.

Mirapeis no se privaba de abroncar severamente a los compañeros del muerto porque cada baja que se producía era un par de brazos menos para empuñar la espada o la ballesta. Fiel a su colérico carácter los tenía media hora en el pequeño patio del castillo soltándoles improperios y jurando por sus barbas que haría ahorcar a los descuidados y los inútiles. Al final, todo se reducía a enviar a un nuevo ocupante a una de las cuevas que usaban como tumbas y dejarlos allí envueltos en una manta vieja cubiertos de piedras para que los zorros y las ratas no se dieran un festín con la maltrecha envoltura carnal recién desahuciada.

No marchaban mucho mejor las cosas en el campamento del senescal. Las deserciones iban en aumento, y no tanto por los que preferían unirse a la guarnición de Montségur sino por los que, hartos de perder el tiempo y pasar calor, optaban por tomar de madrugada el camino de vuelta a sus casas, que ya añoraban más de la cuenta. Alguno que otro caía en manos de los merodeadores, momento que los prebostes aprovechaban para dar ejemplo ahorcando al desertor delante de sus compañeros que, a pesar del espectáculo que ofrecía la ejecución con el reo pataleando mientras se meaba encima y se le iba poniendo la cara negra, no se resignaban a seguir perdiendo el tiempo en mitad de la nada mientras que en sus casas los campos permanecían incultos y sus mujeres a merced de los voraces ribaldos que se habían hecho los dueños de los caminos de la Occitania desde que en mala hora fueron traídos a raíz de la cruzada.

Des Arcis contaba los días que iban quedando de verano, rogando porque las cisternas del *pog* se agotasen de una vez y se vieran obligados a capitular,

pero la férrea disciplina implantada por Mirepeis en lo referente al racionamiento del precioso líquido permitió a los habitantes de Montségur ver como a primeros de septiembre algunos chaparrones empezaron a rellenar las cisternas, algunas de las cuales apenas contenían solo un palmo de agua ya medio descompuesta y llenas de bichos de todas clases. Ante esa perspectiva, muy a su pesar tuvo de olvidarse de tomar el *pog* por sed, así que era la hora de ir planificando cómo llevar a cabo un asalto.

No obstante, los meses estivales no los había dedicado a perder el tiempo. Previendo la posibilidad de que la guarnición resistiera ya había empezado a plantear diversas alternativas, pero asesorado solo por un reducido grupo de hombres de toda su confianza. El primer consejo de guerra que celebró le dejó bien claro que muchos de los caudillos de las mesnadas que nutrían su ejército eran unos botarates que solo valían para luchar y morir en el campo de batalla, pero no para desarrollar un plan que, en aquel caso, no era precisamente fácil porque se trataba de alcanzar una cima inalcanzable.

-Nada juega a nuestro favor- explicaba a sus allegados-. No podemos aprovechar nuestra superioridad numérica porque no tenemos siquiera espacio para intentar un asalto en masa. El desnivel del terreno es tan acusado que llegarían arriba agotados, y las lluvias otoñales convertirán el sendero en un fangal impracticable. Así están las cosas. ¿Alguien tiene algo que decir?

-Quizás si logramos infiltrar un reducido grupo de hombres por encima de la primera barbacana puedan al menos abrirnos el paso al grueso del ejército- sugirió uno-. Trepano por la ladera sur, entre los árboles, rebasan la cresta y alcanzan la barbacana.

-No es mala idea- concedió des Arcis, pero el problema es que cuando vean que un contingente numeroso asciende por la ladera oriental reforzarán las guarniciones de las barbacanas, por lo que las posibilidades de éxito del grupo que nos preceda serán prácticamente nulas.

Con todo, des Arcis no desechaba nada. Tomaba nota cuidadosamente de cada idea y luego la digería en solitario, estudiando los pros y los contras para, llegado el momento, optar por la más viable. A finales de septiembre decidió que era el momento de enviar un mensaje al obispo de Albi. Sus conocimientos de poliorcética y, sobre todo, de tormentaria podían ser la clave para salir airoso del asedio, porque lo último que se planteaba era tener que presentarse en París para decirle al rey que no había podido rematar con éxito la misión encomendada, que el dragón seguía con la cabeza en su sitio y

que Montségur seguía siendo, además de un nido de infectados, la única fortaleza que había resistido todos y cada uno de los asedios que había tenido que soportar.

Confiaba en la capacidad del obispo de Albi, y la entrevista que mantuvo con él le causó muy buena impresión. Ni era el típico meapilas con el entendimiento nublado por el fanatismo ni tampoco un cantamañanas que daba por hecho que sabía más que nadie. Su jovial carácter no solo le inspiró seguridad, sino también la certeza de que su ayuda valdría su peso en oro. No se complicó más la vida con aquellos interminables consejos de guerra que siempre terminaban con la misma conclusión: el *pog* era imposible de tomar, y para el senescal lo único imposible era librarse de la muerte. En cuanto terminó la carta ordenó a los canteros que, según le había recomendado el obispo debían acompañar al ejército para ir ganando tiempo, empezaran a buscar piedras adecuadas y labrarlas en bruto a la espera de la llegada del ingenio, cuando sería el momento de acabarlas con el peso más adecuado.

Capítulo 27

Noviembre de 1243

Des Arcis estaba contemplando por enésima vez el mapa del *pog* en el que llevaba ya hechas docenas de correcciones a medida que lograba algún dato nuevo. Tenían ya el invierno encima y la situación estaba exactamente igual que seis meses atrás salvo por la llegada de alguna mesnada que le permitió apretar un poco más el cerco pero, a pesar de todo, sabía de buena tinta que aún había infectados que salían y entraban de Montségur aunque cada vez de forma más esporádica. Abstraído en sus meditaciones, uno de sus pajes tuvo que llamarlo varias veces hasta que el senescal volvió a la realidad.

-¡Monseñor!- exclamó el muchacho por tercera vez-. Tenéis un visitante.

-¿Un visitante aquí?- se extrañó enrollando el mapa, cuyo contenido prefería mantener en secreto excepto para sus más allegados.

-Aloys l'Ecuyer, preboste de Albi, monseñor- anunció el paje-. Lo envía su eminencia el señor obispo.

-¡Por fin, sangre de Cristo!-exclamó des Arcis, que había recibido una carta de Durand de Beaucaire hacía ya mes y medio en respuesta a su petición de ayuda y en la que le aseguraba que, lo más brevemente posible, atendería su petición- ¡Dile que pase, demonios! ¡Y trae vino y algo de comer!

Aloys l'Ecuyer era un hombre de aspecto imponente. Alto, muy fuerte y corpulento, de anchas espaldas. Una poderosa y prominente mandíbula de insaciable devorador de carne quedaba oculta bajo una hirsuta barba rojiza que ya mostraba algunas canas. Sobre la loriga vestía una cota de armas de lana cruda con el blasón del obispo en el pecho. A una señal del paje entró en el pabellón con paso decidido, se detuvo ante la mesa de campaña del senescal y, haciendo una brusca inclinación de cabeza, le tendió un pliego de cuya vitola pendía el sello del obispo.

-Monseñor, me envía su eminencia ante vuestros requerimientos de ayuda. Me acompaña una mesnada de ciento cincuenta hombres de armas que pone a vuestro servicio, y un ingenio listo para ser montado y emplazado donde vos ordenéis.

Des Arcis estuvo a punto de dar un salto y besar al preboste. No obstante, prefirió guardar las formas y responder al saludo para, a continuación, romper

el lacre y leer la carta de Durand de Beaucaire, escrita con la elegante caligrafía de algún pendolista del obispado. Tras los saludos, parabienes y deseos de su pronta victoria protocolarios, en el mensaje le ponía al corriente de las capacidades militares de su preboste, un hombre de confianza que, además, también estaba versado en poliorcética y del que estaba seguro le sería de gran ayuda. En cuanto al ingenio, se trataba de un fundíbulo capaz de arrojar bolaños de hasta tres quintales. Le aseguraba que podría haberlo fabricado de un tamaño mayor, pero considerando el lugar donde lo emplazarían, con una pendiente tan acusada, estimaba más conveniente uno más pequeño y manejable, si por manejable se podía entender que solo la viga medía tres toesas y el contrapeso tenía capacidad para cinco toneles. Añadía que al mando del preboste le enviaba una cuadrilla de carpinteros cuyo oficial, Guiscard, se encargarían de montarla y del mantenimiento necesario. Finalmente, le daba sus bendiciones, le deseaba que derrotara a los infectados y que le tendría presente en sus oraciones de la misma forma que él esperaba que diese buena cuenta al rey de los grandes sacrificios que había tenido que arrostrar para pagar la máquina, los carros para transportarla y la cuadrilla de carpinteros.

-Preboste, tened por cierto que es para mí un honor contar con vuestra presencia en el campamento- dijo tras leer la carta-. Mi paje os indicará dónde podéis instalar vuestro pabellón, y mañana, cuando hayáis descansado del viaje, ya os pondré al corriente de todo.

-Gracias, monseñor- respondió escuetamente-. ¿Deseáis ver el ingenio?

Des Arcis respondió afirmativamente muy entusiasmado, pero en realidad poco había que ver en aquel momento porque ante él solo tenía cinco carros tirado cada uno por cuatro bueyes descomunales. Guiscard, el maestro carpintero, hizo una profunda reverencia y le fue explicando lo que había en cada carro aunque el senescal no era capaz de identificar ninguna pieza. El solo veía un extenso surtido de tablones de distinto tamaño de madera blanca recién labrada.

-Ahí veis la viga, que está desmontada en tres partes y uniremos con clavijas y sogas. El cajón del contrapeso está debajo- explicó señalando el primer carro-. En los otros dos está la estructura del fundíbulo, lo que sustentará la viga y el contrapeso. En el cuarto carro está la plataforma, la parte que servirá de sustento a la máquina y donde se colocarán los bolaños, y en el último los útiles para montarla, cuerdas, herramientas, grasa... Por cierto

que me dijo el señor obispo que ya tendríais canteros preparando los bolaños.

-Cierto, y llevan más de un mes acumulándolos, pero en bruto a la espera de conocer el peso definitivo.

-Bien pensado, monseñor- replicó Guiscard haciendo una señal a uno de sus oficiales, que se puso a rebuscar en el carro de los utensilios. En seguida corrió hasta el senescal con dos matrices de madera y se las entregó al maestro carpintero-. Estas son las medidas que necesitamos, monseñor. Uno y dos quintales, no hace falta más.

-Ordenad a vuestros canteros que los labren a razón de tres a uno- intervino el preboste-. Los más ligeros agrietan y debilitan, y los pesados arrasan. Los más livianos para empalizadas y parapetos, y los más pesados para paramentos de mampuesto o sillería. Con este ingenio os prometo que antes de seis meses estos enemigos de Dios salen en manada a rendirse.

-Ojalá, preboste. Bien, organizad vuestro campamento y descansad. Si os place, esta noche compartiréis mi mesa y así os podré ir adelantando algunos detalles.

L'Ecuyer, que era hombre de pocas palabras, se limitó a dar las gracias, inclinar la cabeza y marcharse en busca de su gente para montar el campamento. Des Arcis pasó la tarde escribiendo una larga carta de agradecimiento al obispo y jurándole por todos sus antepasados que el rey y la regente recibirían un detallado informe sobre los medios aportados por él en beneficio de su causa y de la Santa Iglesia. Tras releerla tres veces la plegó cuidadosamente, la lacró y ordenó que fuera enviada cuanto antes, que era de bien nacidos ser agradecidos.

A l'Ecuyer le bastó una mirada al plano del senescal y un breve reconocimiento de la ladera oriental para tener claro el emplazamiento del fundíbulo. Tras preguntar algunos datos sobre las distancias entre las barbacanas y los desniveles, dio su veredicto.

-Ante todo, monseñor, esa pequeña barbacana, la Roca de la Torre, debe ser tomada. El la llave del sendero.

Pero decirlo era mucho más fácil que hacerlo porque la barbacana estaba situada justo al borde de un precipicio terrorífico, por lo que solo podía ser atacada de frente. Un asalto con escalas podía convertirse en una masacre, y más en un terreno tan empinado que ni siquiera era posible plantar las escalas y mantenerlas verticales.

-Ya lo hemos planteado, preboste- explicó des Arcys, pero esa mierda de murallita es un hueso muy duro de roer. Fijaos que en esa zona el espacio libre que queda entre la barbacana y el abismo es de pocas toesas, por lo que ni siquiera podemos lanzar un ataque en masa. Nos irán ensartando como pichones en un espetón como si nada.

-¿Y por detrás?

-¿Por el abismo?- se sorprendió-. ¿Quién se atrevería a trepar por semejante sitio? Ya veis que ni siquiera se han molestado en contruir un muro en ese lado. Basta con el precipicio para impedir que cualquiera lo intente.

-¿No me habéis dicho que en vuestra hueste tenéis mercenarios gascones? Recurrid a ellos. Son hábiles montañeros, y que se ganen la paga, vive Dios. La guarnición de la barbacana la componen pocos hombres. Si lo intentan de noche, cuando ni siquiera se molesten en dejar centinelas porque darán por seguro que nadie intentará pasar por ahí, se cuelan en el interior y los degüellan como un cordero el día del santo patrón. Sea como fuere, tener presente que si la barbacana no cae de aquí no pasamos, monseñor.

-¿Y no podemos destruirla con el fundíbulo?

-Imposible, no tenemos ángulo de tiro.

-No entiendo...-farfulló el senescal, al que aquellos temas le quedaban un poco grandes.

-Venid, os lo explicaré- respondió desmontando de su enorme caballo, un poderoso animal capaz de soportar las buenas arrobadas del senescal.

Des Arcis hizo lo propio y se puso en cuclillas mientras l'Ecuyer trazaba el perfil de la montaña en el polvo del suelo con un palito.

-Mirad, monseñor... esta es la posición de la barbacana, y aquí veis la pendiente que conduce a ella. El fundíbulo lanza los bolaños describiendo un arco en el espacio de forma que cae sobre su objetivo con un acusado ángulo, a veces casi en vertical- explicó mientras que con el palito iba dibujando la trayectoria del proyectil-. Como la muralla de la barbacana queda fuera del ángulo de visión desde el emplazamiento del ingenio, no podemos apuntar, así de fácil. Puede que por casualidad acertemos alguna vez, pero eso y nada es lo mismo. La inmensa mayoría de los bolaños pasarán de largo, golpearán en la falda de la montaña o, a lo sumo, caerán en el interior sin mayores consecuencias porque su mismo peso hará que se entierren en el suelo. ¿Habéis comprendido?

Des Arcys asintió en silencio, maldiciendo la hora en que no se le ocurrió

aprender esas técnicas tan provechosas en su oficio.

-O sea, que si no recurrimos a los gascones nos hacemos viejos aquí- concluyó el senescal.

-Así es, monseñor- aseguró el preboste-. En todo caso, prometed una prima a los fulanos esos. Por dinero son capaces de subir a la torre de una iglesia ayudándose solo con los dientes.

-Bien, supongamos que ya hemos logrado desalojar la barbacana. ¿Qué hacemos después?

-Subir el fundíbulo y emplazarlo donde sea más ventajoso.

-¿Subir ese trasto por esa pendiente? Pero si debe pesar varios...

-Desmontado, monseñor, desmontado- rió el preboste-. Harían falta quince o veinte bueyes para subirlo por el sendero, y dudo que los de arriba se queden contemplando la hazaña sin inmutarse. La máquina será subida totalmente desmontada a fuerza de brazos. Las piezas no son excesivamente pesadas, si acaso tres o cuatro quintales las más grandes. Entre media docena de hombres pueden subirlas sin problemas. Basta con que les precedan unos cuantos hombres de armas cubriéndolos con sus escudos para que no los dejen en el sitio con sus ballestas.

-¿Y cómo montarlo sin sufrir bajas?

-Bah, unos cuantos manteletes y en dos o tres días lo veréis machacando sin piedad a esos perros. No os preocupéis por eso, dejadlo en mis manos. Vos solo tenéis que impedir como sea que la guarnición no salga en espolonada, y si lo hacen obligadlos a retroceder porque lo primero que harán en cuanto vean el ingenio será intentar destruirlo.

-No saldrá ni una lagartija, preboste, por mi alma que no- afirmó muy serio el senescal.

El mensajero que había partido en busca de La Baccalaria llevaba ya más de dos semanas dando vueltas por toda la comarca sin lograr encontrarlo. Tal como le indicaron, debía buscarlo en Capdenac, pero en su casa le dijeron que hacía al menos dos meses que se había marchado a inspeccionar varias obras que llevaba entre manos y, naturalmente, el criado no tenía ni idea de dónde estaban. Subió hasta Aurillac sin resultado para, a continuación volver hacia el mediodía hasta Cahors donde alguien le dijo que creía que podía estar en

Bergerac, donde le dijeron que hacía más de mes y medio que se había marchado a Agen, cuyo maestro de obras municipal le aseguró que estaba en Montauban. Y esta vez la información sí resultó verídica. Por fin pudo encontrar a Bertrand de La Baccalaria en una obra echando una bronca a un cantero que había tallado una gárgola clavada a la mujer del alcalde, al que no se le había pasado por alto y amenazaba, además de no pagar, con llevarlos a todos ante la justicia.

-¿Un mensaje urgente del conde?- preguntó hoscamente el arquitecto, al que aún no se le había pasado el enfado-. ¿Y qué es tan urgente como para que deje mis ocupaciones?

-No tengo ni idea, monseñor- respondió con voz cansada el mensajero-. Solo sé que llevo más de quince días de un lado a otro en busca vuestra y por fin os he encontrado. Ahí tenéis el mensaje y si no disponéis nada me marchó a Tolosa.

La Baccalaria rompió el sello y leyó la carta moviendo la cabeza sin perder su expresión de enojo. Finalmente la plegó y la guardó en un zurrón atestado de papeles, planos y algunos utensilios propios de su oficio.

-Decid al conde que iré lo antes posible, pero aún debo permanecer aquí unos días más para dejar este trabajo organizado. Ya veis que solo me rodean inútiles, zánganos que no sé dónde han aprendido el oficio. Marchad ya, tengo muchas cosas que hacer.

El mensajero no se tuvo que hacer repetir la orden. Se aupó en su rocín y se marchó de Montauban para detenerse en una fonda de las afueras de donde se juró no saldría en dos días para reponer fuerzas y aliviarse un poco de los humores acumulados tras tantas noches durmiendo solo.

Cuando La Baccalaria escuchó la propuesta de Saint-Gilles se le descolgó la cara como un andamio cuando se viene abajo.

-¿Pretendéis, monseñor, que yo, un caballero católico deje todo lo que llevo entre manos, las obras, las reconstrucciones, para irme a una montaña asquerosa llena de herejes y que encima está asediada por el senescal de Carcassonne?- bramó bastante irritado.

-Lo pretendo y lo haréis, Bertrand- afirmó con decisión el conde-. Y sabed que no es un capricho ni nada semejante. Vuestra misión es ayudar dentro de lo posible para que Montségur no pueda ser tomado por el senescal.

-¡Pues enviad tropas, demonios, no a mí!- protestó cada vez más enojado.

-No puedo mandar ni un maldito ballestero- susurró Saint-Gilles, como temiendo que las paredes le oyeran-. Si en París se sabe que he prestado ayuda a los herejes será mi final.

La Baccalaria apretó la boca amasando una respuesta. Ciertamente era que todo cuanto poseía se lo debía a los Saint-Gilles, pero de ahí a obligarlo a ser fautor de la victoria de unos herejes contra la Iglesia y el rey de Francia había un abismo.

-Monseñor, ¿no tenéis ya bastante?-, dijo intentando calmarse-. Lleváis años con las mismas monsergas, vuestra ambigüedad solo os ha costado males, guerras y expolios. Los dominios de vuestra Casa han sido reducidos a la mitad, habéis sido humillado, y de vuestro padre mejor no digo nada por el respeto que le tengo a su memoria, pero se ganó a pulso el final que tuvo. Olvidaos de una vez de los infectados, cumplid la palabra que habéis dado, limpiad vuestros dominios de esa impía secta y pasad los años que os queden gozando de la vida.

Saint-Gilles se dejó caer hacia atrás en su poltrona. Nadie entendía que su posición política no era fruto de su capricho o sus creencias, sino de algo mucho más complejo. No era la voluntad del conde de Tolosa el origen de tantos desmanes, sino de intentar a toda costa estar a bien con todos: con sus vasallos y con los cónsules, cuyas simpatías se decantaban claramente por los *buenos hombres*; con la Iglesia que le ordenaba expulsarlos, con los inquisidores, que pretendían estar por encima de él sin importarles las leyes de sus dominios y, por último, con la regente y posteriormente con el rey, que solo buscaban adueñarse como fuera de sus otrora extensas posesiones. ¿Cómo explicar los entresijos de tanta manipulación, tanto engaño, tanta falsedad y tantas alevosías ocurridas durante décadas?

-Bertrand, solo os diré una cosa y con esto terminamos el debate. Necesito que acudáis a Montségur. Es imperioso por el bien de la Casa de Saint-Gilles que el senescal no logre tomar el *pog*. Si eso ocurre, la familia que os ha protegido durante toda vuestra vida pasará a la historia cuando yo entregue mi alma a Dios, porque el que me suceda ya no será un Saint-Gilles, sino un Capeto.

-Pero, vuestra hija heredará los dominios de...

-Mi hija es el instrumento por el que la regente ha logrado introducir el veneno de esa maldita ralea en la Occitania, Bertrand. ¿Acaso creéis que la he casado con Alfonso Capeto por mi interés, cuando podría haberlo hecho con

los Foix, con el rey de Inglaterra o incluso con la familia real de Aragón y convertir el país en uno de los señoríos más poderosos de Europa? Más aún, ¿creéis que llevo años faltando a mi palabra y dando una de cal y otra de arena porque soy una veleta o un charlatán de feria? ¿Yo, Raymond VII, conde de Tolosa, marqués de Provenza y duque de Narbona?

En ese momento, La Baccalaria sintió un pequeño nudo en la garganta al ver cómo ciertamente su señor, perteneciente a una de las casas más nobles de Europa, se había visto relegado a la condición de proscrito cuando lo fácil habría sido hacer tabula rasa, no dejar un hereje vivo, ahocar a todos los que los defendían de una forma u otra y dismantelar todas las ciudades que los hubiesen apoyado. Pero la realidad es que su perdición había sido querer ser solo un señor que gozase del cariño y el respeto de sus vasallos, y eso por desgracia era imposible aunque aún quizás no se había dado cuenta.

-Sea pues, monseñor- acabó aceptando La Baccalaria-. Pero poco puede un simple ingeniero contra todo un ejército, así que no os prometo nada. Me limitaré a ayudar con mis conocimientos al caudillo de la guarnición, pero si Montségur cae no será por mi culpa. Y está de más decir que, antes de que caiga, salgo de allí con la velocidad de un Mercurio alado, porque no tengo intención de acabar convertido en pavesas a manos de los sargentos del senescal.

-Gracias, Bertrand- replicó el conde levantándose de su poltrona y dándole un abrazo, honor que concedía a muy pocos-. Os doy mi palabra que este favor no lo olvidaré jamás, y cuando volváis recibiréis una recompensa digna de un príncipe.

-¡Pero si estáis en la ruina!- rió el arquitecto queriendo quitar hierro a la cosa.

-Ya le diré a Guarín que se invente un impuesto especial, descuidad- respondió siguiendo la broma-. Partid cuando antes. Como se eche el invierno encima los caminos serán intransitables, y hay un largo trayecto hasta ese maldito nido de herejes.

La Baccalaria hizo una reverencia y salió de la sala dando por sentado que aquel gesto de debilidad por su parte había sido un error pero, al cabo, ¿cómo podía dejar tirado al hombre al que debía sus estudios en París? Preparó lo imprescindible y en dos días salió camino del *pog* acompañado de un sargento para pasar lo más desapercibido posible.

Diciembre de 1243

Des Arcis no tuvo muchos problemas para convencer a los mercenarios gascones. Bastó la promesa de una prima de cincuenta sueldos por hombre para que dejaran de remolonear. Sabía que todo era puro teatro para sacarle más dinero, pero la realidad es que estaba dispuesto a pagarles el doble si se avenían a ocupar la Roca de la Torre.

-¿Y quién nos guiará, monseñor?- preguntó el caudillo de la cuadrilla de gascones-. Porque por la miseria que nos pagáis no pretenderéis que también busquemos el camino por donde ni las cabras se atreven a asomarse.

-¡Naturalmente que no, D'Ardet!- exclamó el senescal chasqueando los dedos. Del fondo del pabellón, casi oculto entre las sombras, un hombre dio un paso al frente-. Este será vuestro guía, Matheus. Es un *explorator* de la Inquisición de Tolosa que lleva infiltrado en el *pog* hace meses. Se conoce todos los senderos de la montaña, y él os guiará sin problemas hasta la Roca de la Torre.

Matheus esbozó una leve sonrisa a modo de saludo. Hacía dos semanas que él y sus dos compinches habían decidido que no sería mala idea aprovechar alguna salida del *pog* para darse a conocer ante el senescal y ofrecerles su ayuda para acabar cuanto antes con el asedio. Obviamente, a ellos la duración del cerco les daba una higa, pero cuando antes se acercara el fin del mismo antes daría el heresiarca la orden para evacuar el tesoro, que era la oportunidad que estaban esperando.

-¿En verdad podemos fiarnos de ti?- preguntó D'Ardet, que daba por sentado que si había cumplido los cuarenta años era porque no confiaba ni en su sombra-. ¿Sabes exactamente por dónde debemos subir?

-Comprenderás que no voy a poner mi vida en juego para guiaros sin saber por dónde debo moverme- respondió con su habitual desparpajo-. No te diré que sea fácil, pero se puede superar ese escollo. Eso sí, de antemano te advierto que debemos subir de noche. Si algún ruido nos delata los centinelas no podrán vernos y pensarán que se trata de algún animal o una rapaz apresando un ratón, pero si nos ven nos asaetearán sin piedad y ni uno solo saldrá vivo de allí.

-¿Subir por ahí de noche?- se asombró D'Ardet, que ya había reconocido el lugar y aseguró que el ascenso ponía los pelos de punta-. ¡Tú estás loco!

-La locura sería intentarlo de día, te lo aseguro. Pero pierde cuidado. Yo

encabezaré el grupo con una soga atada a la cintura. Vosotros solo tenéis que uniros a la soga y seguir mis pasos. No es tan difícil como imaginas. Aunque es una pared casi vertical, hay infinidad de salientes donde apoyarse o agarrarse. En una hora como mucho podemos llegar a la cima.

-¿Y cuándo lleguemos, qué...?

-Pues matamos a toda la guarnición de la barbacana. Casi con toda seguridad estarán durmiendo como troncos porque lo último que esperan es que les ataquen por el abismo, así que les rebanamos el cuello, los lanzamos al vacío y ya tenemos el camino despejado. Id lo más ligeros posible. Armaos solo con cuchillos o espadas cortas, y nada de lorigas o yelmos. Dos libras de peso extra se convierten en dos quintales al cabo de media hora de ascenso. Ah, y asegurad las vainas de las armas en las piernas para que no estorben y no hagan ruido.

D'Ardet meditó todo lo que Matheus le había dicho antes de dar el sí definitivo.

-¿Cuándo lo hacemos?- preguntó finalmente.

-¿Por qué no esta noche?- sugirió Matheus-. Cuanto antes mejor, y no conviene dejarlo para mañana porque en cualquier momento puede caer una nevada de las buenas y entonces no habrá nada que hacer hasta la primavera. Además, la luna está en creciente por lo que algo de luz tendremos, pero no tanta como para delatarnos.

-Sea pues esta noche- aceptó D'Ardet-. Antes de maitines empezamos el ascenso.

D'Ardet salió del pabellón para poner a su gente al tanto de lo acordado. Des Arcis dio una palmada en la espalda a Matheus y le ofreció una copa de hipocrás.

-Tu llegada ha sido providencial, Matheus- afirmó sonriente-. Ya no sabía cómo acabar con esa maldita barbacana. ¿Cómo es que no te has dado a conocer antes?

-No me atreví, monseñor- mintió con su soltura de siempre-. Como ya os he contado, los senderos que han permanecido en secreto estos meses han estado en uso constante hasta que vuestro ejército ha logrado apretar el cerco. Si me hubiese mostrado antes el señor de Mirapeis habría sospechado de todos los que los usamos, y os aseguro que es el último hombre al que querría tener por enemigo.

-¿Y qué harás si el ataque tiene éxito?

-Volver al *pog*, monseñor. Allí soy más útil, y recordad que tengo dos compañeros más, dos *exploratoris* como yo, que se exponen a ser descubiertos. Pero no os preocupéis, porque de vez en cuando yo o uno de ellos bajaremos si tenemos que informaros de alguna novedad. No lo olvidéis, decid a los merodeadores que no se tomen mucho interés por vigilar la ladera occidental porque es nuestra vía de escape, pero no deis explicaciones. Si acaso, decís que sabéis de buena tinta que ahí no hay senderos o la mentira que preferáis, pero ni se os ocurra mencionarme a mí o a mis compañeros porque hay muchos simpatizantes de los herejes entre vuestras tropas.

-¿Cómo dices? ¿Herejes en mi ejército?- se asombró el senescal.

-¿Dónde creéis que están muchos de los que han desertado, monseñor? ¿En sus casas calentando la piltra a sus mujeres? Están en el *pog*, monseñor, se han sumado a la guarnición.

Des Arcis no daba crédito a aquella novedad. Pensaba que, como era habitual, los desertores simplemente se habían marchado a sus casas, pero no que le habían traicionado.

-Decid a vuestros prebostes que vayan preparando algunas horcas, monseñor. Puede que en breve os pueda facilitar los nombres de algunos que están deseando subir a Montségur, y no de visita sino para unirse a la guarnición. Solo esperan a que alguien baje por ellos, y un día de estos yo o uno de mis compañeros os traerá la lista que los mismos herejes nos darán para contactar con ellos en vuestro campamento. Pero eso ahora es secundario. Lo principal es que mañana la Roca de la Torre sea historia y podáis empezar de verdad el asedio.

Matheus salió del pabellón embozado para evitar ser reconocido. Se marchó a la ladera oriental del *pog* y se tumbó bajo un árbol para comer algo y dejar pasar el día hasta que fuera la hora. La maniobra había salido redonda, porque mientras él y sus compañeros gozaban de la confianza de los *buenos hombres* ya contaban con el agradecimiento del senescal, que en el caso de que Montségur cayese antes de hacerse con el tesoro podía ser vital.

A la hora señalada, D'Ardet se presentó con una docena de hombres, el senescal y varios sargentos. En silencio, Matheus se anudó una soga a la cintura, se aseguró bien los dos cuchillos que metidos en el cinturón y esperó a que los gascones se fueran uniendo a la cordada.

-Dejad al menos siete pies de distancia entre hombre y hombre- ordenó D'Ardet-. Y recordadlo: si alguno resbala y cae, el que le precede deberá

cortar la soga de inmediato, y el que vaya tras él también. Aquí nos la jugamos a un solo envite. O el dado marca el punto o no lo contamos, así que nada de hacerse el héroe. Si alguno se resbala y cae al abismo ya rezaremos por él para que el infierno le sea leve. Cuando alcancemos la cima, el aleteo de una mosca debe parecer un huracán comparado con el ruido que hagamos nosotros. Que nadie haga nada hasta que todos hayamos llegado. A partir de ahí y a mi señal, sin piedad. Probablemente estarán sobando en sus piltras, así que no tendrán tiempo ni de gritar. Cuando terminemos, todos al jodido abismo y lanzamos una tea encendida para indicar que hemos tenido éxito. ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada, así que Mathaus se puso en marcha hacia el risco. La noche prometía ser larga como un purgatorio.

Capítulo 28

D'Ardet resoplaba mirando en todas direcciones en busca de algún superviviente. En la mano derecha aún empuñaba un *scramasax* de generosas dimensiones y en la izquierda una pequeña maza de madera cuya cabeza estaba erizada de clavos de herradura. Matheus, al que su incurable afán de rapiña afloraba en cuando había ocasión, hurgaba en las faltriqueras de los muertos por si encontraba algo de valor, pero salvo algunos sueldos y alguna sortija de cobre no había nada más. La operación había salido perfecta, mejor imposible.

El ascenso había sido más difícil de lo que imaginaban. Las rocas se habían cubierto por una espesa capa de musgo que las hacían aún más resbaladizas, y el rocío de la mañana la empapó para complicar aún más la escalada. Con todo, el itinerario que iba marcando Matheus era fiable porque a cada paso había buenos apoyos en los que afianzar las manos, así como donde apoyarse para tomar impulso y subir un poco más. No lograron llegar a la barbacana hasta poco antes de la hora prima, pero el coro de ronquidos les puso al corriente de que la actividad en el recinto era nula. Todos los miembros de la guarnición dormían a pierna suelta bajo un cobertizo de brezo adosado al muro envueltos en sus capotes. Con la agilidad de hurones, Matheus, D'Ardet y sus gascones se plantaron en el patio de la barbacana y cada uno señaló en silencio al que iba a dar muerte. A un gesto de D'Ardet, todos avanzaron al mismo tiempo, se sentaron a horcajadas sobre los durmientes y los degollaron antes de que tuvieran tiempo de despertarse. Aún hubo que acabar con otros cuatro más que dormían en el extremo opuesto de la barbacana, pero tuvieron el mismo final que sus compañeros porque ni se enteraron de lo que estaba pasando. Tras revisarlo todo y comprobar que no había nadie más, Matheus cogió un palo y envolvió un extremo con una cuerda hasta darle varias vueltas. Luego lo empapó con sebo de un candil, le prendió fuego y lo arrojó al vacío al mismo tiempo que los gascones tiraban a los muertos tras balancearlos entre dos hombres para lanzarlos bien lejos.

Des Arcis, que se consumía por la ansiedad al pie de la ladera, respiró hondo cuando vio la vivaz llama de la tea caer dando vueltas hasta que llegó al suelo, donde aún ardió un rato hasta que se consumió el sebo que la

impregnaba.

-¡Es nuestro turno!- exclamó a su gente, que aguardaban junto al senescal el resultado del lance- ¡Todos hacia el sendero!

Más de un centenar de hombres trotaron por la empinada senda hasta que se detuvieron en la Roca de la Torre, que ocuparon de inmediato. Des Arcis felicitó personalmente a los gascones y estrechó la mano de Matheus.

-¡Bravo!- exclamó sonriente-. Hoy es un gran día, juro a Dios. De hecho, podemos decir que es el primer día del principio del fin de la Sinagoga de Satán. Con la Roca de la Torre en nuestro poder la ladera oriental es nuestra, y nadie podrá entrar o salir del *pog* por este lado.

D'Ardet se asomó a contemplar el abismo, ya iluminado de lleno por el sol de la mañana, y se le erizaron todos los pelos del cogote. El panorama era terrorífico.

-Por mi sangre que si hubiese sabido por dónde íbamos a escalar, ni por mil sueldos y un caballo de batalla me arriesgo- murmuró sin poder apartar la vista del abismo. Abajo se veían unas pequeñas manchas pardas que eran los cuerpos de los defensores de la barbacana, convertidos en peleles rotos por la caída.

-Bueno, ya está hecho- le dijo Matheus, que no parecía muy impresionado-. Lo importante es que esos perros ya son historia, y que tenemos vía libre para avanzar hacia el castillo.

Cuando los gascones y el *explorator* volvían al campamento se cruzaron con el tren de carros que se dirigía hacia el sendero guiados por la cuadrillas de carpinteros. Un nutrido grupo de hombres iban detrás para vigilar la máquina si bien no sería montada de inmediato, sino que sus piezas serían subidas poco a poco a medida que los sitiadores fuesen ganando terreno. El acusado desnivel les obligaba a emplazarla lo más cerca posible del castillo porque, de lo contrario, los disparos quedarían cortos. En todo caso, y aunque la posición de los defensores seguía siendo ventajosa, la barbacana ya estaba al alcance de las tropas del senescal, y el tiempo empezaba a correr en contra de la guarnición.

La Baccalaria tuvo que esperar tres días en una fonda de Montferrier hasta que un *creyente* pudo bajar del *pog* para conducirlo a Montségur. El posadero, que también pertenecía a la secta, se encargó de poner sobre aviso a la guarnición, y mientras permaneció en su establecimiento se desvivió por

atenderlo lo mejor posible sabiendo que venía de parte del conde.

-Sabréis disculpar la tardanza, monseñor- se excusó el guía-, pero cada vez es más arriesgado bajar. Los hombres del senescal merodean a todas horas y ya han atrapado a varios hermanos que han sido enviados a Tolosa.

-¿Cuándo partimos?

-De inmediato, monseñor, si se nos hace de día antes de llegar al sendero estamos perdidos.

La Baccaria no dijo una palabra. Se colgó del hombro un gran zurrón con sus pertenencias y salió tras el guía, que miraba en todas direcciones como un ratón buscando al gato.

-Apretad el paso, monseñor, estamos a más de una legua larga de distancia- apremió el guía-. Dadme vuestro zurrón si os pesa demasiado.

La Baccaria no lo dudó y se lo pasó. No estaba ya para muchos paseos, y menos por aquel paraje agreste y abrupto más adecuado para las aves rapaces y los lobos que para los hombres. Tras dos horas lograron llegar a la ladera occidental del *pog*, donde arrancaba el único sendero que aún no estaba totalmente controlado. Lo que el guía ignoraba era que la falta de vigilancia se debía a la indicación de Matheus al senescal para tener vía libre pero, en cualquier caso, lo seguían aprovechando los *buenos hombres* para sus idas y venidas.

Si el paseo hasta el *pog* le había resultado agotador, el ascenso le hizo pensar que moriría a cada paso que daba. El guía no paraba de apremiarlo, pero La Baccaria ya no podía más.

-¡Detente, voto a Cristo!- bramó entre resuello y resuello-. ¿Quieres matarme, hideputa?

-¡Apenas queda una hora antes de que empiece a clarear, monseñor!- apremió el guía.

-¡Como si es mediodía, idiota!- farfulló entre toses y escupitajos-. ¿Crees que soy un macho montés? Déjame descansar o lo que llegará arriba será mi cadáver.

El guía no tuvo más remedio que aceptar que La Baccaria no estaba para muchos trotes, y menos aún para subir por el sendero con la facilidad con que subían los habitantes del *pog*. Más de media hora tardó el ingeniero en recuperarse y, tras cobrar ánimos con un largo trago de vino de la bota que llevaba en el zurrón, se irguió para reanudar el ascenso.

-Y ahora vamos despacio, que no creo que la gente del senescal sepan que

estamos aquí.

La llegada de aquel personaje que venía en nombre del conde para ayudarles a rechazar el asedio levantó gran expectación. Tras las saluciones y parabienes, fue conducido a la torre donde Mirapeis y Perelha se encargaron de ponerlo al corriente de la situación. Le dieron pelos y señales del ejército del senescal, de cómo habían ido apretando el cerco a medida que varias mesnadas se habían sumado a su hueste y cómo se habían apoderado de la Roca de la Torre gracias a un audaz golpe de mano.

-Juraría por mi vida que alguien del *pog* ha sido el que ha guiado a los asaltantes de la Roca- afirmó Mirapeis.

-No tenemos la certeza, monseñor, y muchos lugareños que conocen la montaña igual o mejor que nosotros puede haber accedido a guiarlos a cambio de dinero- le reconvino Martí, que no gustaba de acusar a nadie sin pruebas.

-Da igual, obispo-insistió obstinado-. La cuestión es que esos mierdas nos han arrebatado la llave de la ladera. Y además tienen el ingenio.

-¿De qué ingenio habláis?- intervino La Baccalaria sorprendido por la noticia-. ¿Tienen máquinas?

-Han llevado a la ladera un tren de varios carros con lo que parece un ingenio desmontado. No sería capaz de deciros de qué tipo, pero no puede ser otra cosa. Se ve de lejos la madera bien labrada, muy blanca y nueva- le informó Perelha.

La Baccalaria se quedó pensativo antes de hablar.

-No quiero mentiros ni crearos falsas esperanzas- dijo muy serio-. He aceptado venir hasta aquí dejando mis muchas ocupaciones por petición expresa del señor conde, pero no veo cómo puedo ayudaros a rechazar al ejército del senescal. Ya disponéis de barbancas y vuestra posición dominante son las mejores armas que podéis tener. La guarnición es numerosa, fiel y bien entrenada según me decís. Así pues, ¿cómo os puedo ayudar?

Sus tres interlocutores no supieron qué decir.

-Estamos en pleno invierno- prosiguió-, y raro es que no esté todo cubierto de nieve que, al menos, obligaría al senescal a suspender las operaciones hasta la llegada de la primavera, y en esos tres o cuatro meses se podría intentar reforzar las barbancas que, os advierto de antemano, si deben enfrentarse a un ingenio de poco servirán.

-¿Y no podéis vos construirnos una máquina para contrarrestar la del senescal?- sugirió el obispo en tono suplicante.

La Baccaria lo miró con cierta compasión porque veía que las perspectivas de aquella gente eran muy muy negras.

-¿Y contra qué disparamos, señor?- preguntó encogiéndose de hombros.

-Contra su máquina, naturalmente.

-Mirad, obispo, no os quiero faltar el respeto, pero no tenéis ni idea de lo que habláis, y monseñores de Mirapeis y Perelha me darán la razón- replicó mientras que los dos hombres asentían con la cabeza confirmando lo dicho por el ingeniero-. En primer lugar, acertar a un blanco del tamaño de un ingenio es muy difícil, y más desde la posición en que nos encontramos. La altura que os protege del enemigo es un inconveniente para defenderos con máquinas de ese tipo. Por otro lado, no dispongo de medios para fabricaros una, así de claro os lo digo.

-¿No sois acaso un aventajado ingeniero?- protestó Mirapeis.

-Monseñor, un ingenio no es una moharra de lanza o un cuadrillo de ballesta, que pueden fabricarse en un rato disponiendo de una fragua, un yunque y un martillo. De entrada, ¿sabéis cuánta madera hace falta para fabricar un fundíbulo o una mangana? Y aunque me digáis que las laderas están llenas de árboles no vale cualquiera, y si además está verde no nos sirve de nada porque la tensión la deformaría tras el primer lanzamiento. Hace falta madera que tenga al menos dos años de secado. La tensión que soportan las palas de una balista es tremenda, y la más simple, aunque la más efectiva, un fundíbulo, requiere para la viga una madera especialmente sólida y a la par elástica, como la haya o el fresno. Y, además, considerad que uno de esos artefactos no se construye en dos días. Hay que seleccionar los árboles adecuados, talarlos, subirlos a la cima, darles forma, y todo ello con las tropas del senescal paseándose por la ladera deseando cazar herejes con sus ballestas.

-¿A qué habéis venido entonces, señor? ¿A dar fe de nuestro fracaso?- exclamó con aire arrogante Mirapeis, al que los inconvenientes se le indigestaban de inmediato. Pero La Baccaria no perdió la compostura a pesar de la salida de tono del iracundo caudillo.

-He venido porque mi señor el conde me lo ha pedido, monseñor- le replicó taladrándolo con la mirada-. Yo no soy ningún mago que pueda hacer surgir de la nada máquinas y murallas, soy un simple ingeniero que con tiempo y con los medios adecuados puedo poner las cosas muy difíciles al enemigo, pero aquí no tengo tiempo, no tengo medios, y no tengo por qué tolerar que vos os

pongáis en plan bravo cuando llevo días deambulando por esos campos de Dios para intentar ayudaros.

Mirapeis se levantó de un salto soltando un rugido de furia.

-¡Mordeos la lengua, patán, o por mi sangre que os arranco la cabeza aquí mismo!- aulló totalmente fuera de sí.

-¡Basta ya!- exclamó el obispo interponiéndose entre los dos hombres. La Baccaria ni se había inmutado, y seguía sentado sin apartar la mirada-. ¿A qué viene esto, monseñor? Este hombre se ha arriesgado a venir aquí y vos pretendéis avasallarlos sin motivo.

-¡Me ha faltado el respeto, juro a Cristo!

-¡Este hombre os ha respondido como merecéis, monseñor! Si no puede darnos una solución no es culpa suya, y bastante peligros ha arrojado para encima volcar sobre él las deficiencias de nuestro sistema defensivo. Basta ya. Sentaos y calmaos.

Mirapeis, con el rostro amoratado de ira, se dejó caer en su taburete mientras que Perelha prefería mirar para otro lado hasta que se le aplacase el ataque de furia.

-Os ruego que sepáis perdonar al señor de Mir...

-Perdonado queda, obispo, pero aquí no tengo nada que hacer por desgracia- interrumpió el ingeniero, que llevaba un largo rato arrepintiéndose de haber aceptado los ruegos de su protector-. Si no os importa, indicadme dónde puedo pasar el día y descansar un poco hasta que con la llegada de la noche pueda marcharme a Montferrier y volver a mis quehaceres.

-Naturalmente, señor- accedió el obispo haciendo una señal a uno de sus Hijos para que aposentara al ingeniero-. No obstante, si podéis darnos algún consejo os lo agradeceré de corazón.

-No os puedo dar ninguno, y os juro que lo lamento porque me comprometí a ayudaros. Pero nada puede hacerse salvo retrasar en lo posible el asalto que sin duda se producirá tarde o temprano. Si resistís tenéis una oportunidad. Si no podéis contener la acometida del senescal, plantead una rendición honrosa. Montségur está bien concebido, bien defendido y su posición es óptima para ofrecer una resistencia larga. Pero sois cientos de personas incluyendo mujeres, ancianos y no combatientes. En cualquier obra sobre poliorcética lo primero que podéis leer al respecto es que en un castillo solo se queda la guarnición, al resto se le envía a otro lugar donde no sean una carga. Frente a vos tenéis un ejército de casi diez mil hombres, puede que más, con medios

sobrados y, en su caso, con un ingenio que sí puede haceros mucho daño porque tiene decenas de blancos donde lanzar sus bolaños, empezando por la barbacana.

-¿Entonces...?

-Id pensando en cómo afrontar una posible derrota, obispo. Negar lo evidente es de necios, y en mi caso sería mentiros y no he venido a eso.

Sin decir una palabra más, La Baccaria salió de la torre guiado por el Hijo Mayor que lo condujo a su propia casa, donde pudo comer y dormir hasta por la tarde. Cuando salió acompañado del mismo guía que lo había conducido la noche anterior no pudo dejar de sentir una gran tristeza al ver las caras de los habitantes del *pog*. Se había corrido la voz de que el conde de Tolosa había enviado un experto ingeniero en su ayuda, y en unas pocas horas ya se marchaba como había llegado. Nadie le dijo nada, solo lo miraron como un naufrago que ve como la vela que parecía ser su salvación se aleja en el horizonte.

-Vuestro mal carácter os va a costar un día de estos un serio disgusto, monseñor- le susurró Perelha a Mirapeis cuando vio partir a La Baccaria por el sendero-. Y no os atreváis a responderme, porque sabéis que yo no soy de los que se quedan sentados.

Mirapeis dio media vuelta y se fue dando zancadas hacia el lado oriental de la cima, lejos de la muchedumbre que se había agolpado para ver partir al ingeniero o, quizás, ver si atendía sus silenciosas llamadas de auxilio. Pero La Baccaria ni siquiera miró hacia atrás. Aquella visita no solo había sido arriesgada, sino absurda. Nadie podría salvar Montségur salvo que una legión de ángeles bajara del cielo, y si cuando los judíos condenaron a Cristo no ocurrió semejante prodigio, menos probable sería que tuviera lugar para salvar a un par de cientos de herejes.

Saint-Gilles escuchó en silencio el relato de La Baccaria para, finalmente, llegar a la conclusión de que era una pérdida de tiempo insistir más en salvar lo insalvable. Pensó que si con suerte le quedaban aún cinco o diez años de vida, ¿para qué preocuparse más por el destino de un territorio que en realidad había perdido cuando firmó el tratado de Meaux? Tras convenir con el ingeniero en que Mirapeis era un energúmeno, le dio las gracias por su dedicación y su lealtad y lo despidió con un gesto. Luego cerró los ojos e intentó recordar cuándo fue la última vez que había pasado un día plenamente

feliz, sin ningún suceso que turbase su ánimo. Uno de esos días perfectos que hacen que, cuando llega la noche, antes de que el sueño se apodere del cuerpo cada instante se repita una y otra vez en forma de bucle hasta que uno se queda finalmente dormido en una nube de placidez, dando por hecho que el día siguiente, y el otro, y el otro serán iguales. Tras un largo rato haciendo memoria se dio cuenta de que tuvo que remontarse a su niñez, cuando su padre le regaló su primer caballo, un palafrén castrado tan dócil que le permitía cabalgar sin miedo a caerse durante horas y horas, cuando los inmensos bosques de la Occitania aún pertenecían a su familia. Pero al final, ese recuerdo le llenó de amargura porque alguien como él, con poder y fortuna, el único recuerdo agradable que podía presentar en el balance de su vida era algo tan prosaico como el día que le regalaron su primer caballo, como todos los niños a los que sus padres regalaban caballos. Tanto le irritó descubrir que su día más feliz era algo vulgar y corriente que prefirió empujar la jarra de hipocrás que tenía sobre la mesa hasta apurarla del todo. Al poco rato, la mezcla de vino con especias y miel hizo efecto y se quedó profundamente dormido, pero en su amada poltrona en vez de en una nube y, para colmo, soñando que su querido palafrén era devorado por una manada de lobos negros.

Un mes después de que la Roca hubiese caído en manos del senescal, todo su ejército seguía mirando hacia la cima del *pog* sin intuir siquiera cuál podría ser el siguiente paso. L'Ecuyer no tenía nada claro que montar el fundíbulo tuviese sentido mientras que la siguiente barbacana siguiera en poder de la guarnición. El desnivel era tan acusado que los bolaños golpearían la ladera cuando llegasen al punto más elevado de su trayectoria, pero sin alcanzar la empalizada.

-Monseñor, es una mera cuestión de geometría- intentó explicar al senescal por cuarta vez consecutiva-. Es una cuestión similar a cuando me planteasteis destruir con la máquina la Roca de la Torre. El bolaño describe una parábola en el aire que, en su máxima altura, puede alcanzar unas...quince toesas. Dieciocho tal vez. A partir de ahí empieza a caer a medida que gana distancia. Bien, he calculado que la diferencia de altura entre la Roca de la Torre y la barbacana es de unas cien toesas, mientras que la distancia es de unas ciento cincuenta, por lo tanto...

-Preboste, dejaos de números e id al grano- gruñó des Arcis, que seguía sin

entender una palabra.

-Pues que no tenemos ángulo de tiro, monseñor- concluyó-. El bolaño sí puede llegar a esa distancia, pero la altura a la que se encuentra el blanco a batir es excesiva. Si la barbacana estuviera en un llano no habría problema, pero está tan alta que no podemos alcanzarla.

-Bien, ya me he enterado. ¿Qué podemos hacer entonces? Porque hasta ahora el fundíbulo no ha servido de gran cosa.

-Hay que emplazarlo mucho más arriba, monseñor. De no ser así no podremos ofender el castillo y el poblado. La opción más viable es apoderarnos de la barbacana y emplazarlo allí. Desde ese punto podemos machacar la cima del *pog*.

-¿Y por qué no lo situamos a la mitad de distancia entre la Roca y la barbacana?

-Se podría intentar, pero si logramos destruirla habría que volver a desmontar la máquina para cambiarla de posición. Sería muy arriesgado, monseñor, y en todo momento los carpinteros estarían al alcance de los ballesteros enemigos.

-Se les protege con manteletes.

-¿Y si a esos perros se les ocurre dejar caer rodando pellas de estopa o toneles con paja ardiendo? Con que uno sola acierte decid adiós al fundíbulo. No podemos arriesgarnos a perderlo, monseñor. Si el ingenio es destruido nadie podrá tomar Montségur.

Des Arcis farfallo varias maldiciones en voz baja mirando en dirección a la barbacana, cuyo troncos puntiagudos parecían la dentadura de una fiera ávida de sangre dispuesta a devorar a todo aquel que intentara pasar por encima de ella. La pequeña victoria de la Roca de la Torre había subido mucho la moral de sus tropas, pero tras la euforia inicial veía que, en realidad, estaban prácticamente igual que antes. La única diferencia era que habían podido cerrar el paso de la ladera oriental a los sitiados, pero nada más. Con todo, y contrariamente a lo habitual en aquella época, aún no había nevado lo que al menos les favorecía. Solo algunos copos que no llegaban a cuajar y poco más. De no ser así, tendría que suspenderlo todo hasta la primavera porque nadie podría subir por una escarpada pendiente cubierta por dos pies o más de nieve o hielo. Además, l'Ecuyer le advirtió que si se demoraba demasiado el montaje del fundíbulo las bajas temperaturas encogerían la madera y sería casi imposible ensamblarla, por lo que el tiempo seguía corriendo en su contra y a

favor de los sitiados, cuyas cisternas debían estar rebosando gracias a los chaparrones que en poco rato dejaban caer agua en cantidad.

-¿Cómo podríamos desalojar la barbacana de enemigos, preboste?- preguntó tras un largo rato sumido en sus pensamientos.

-Un asalto frontal es impensable- respondió-. Sería un suicidio tener poco menos que gatear a cuatro patas a pecho descubierto. Yo intentaría algo similar a los que hicieron los gascones en la Roca, pero a mayor escala. Observad que la ladera se eleva hacia nuestra izquierda formando una cresta que recorre todo el *pog* en dirección oriente poniente. Tras esa cresta se encuentra la ladera sur, que está totalmente cubierta de bosque y no permite el despliegue de grandes cantidades de tropas. Por eso no la han fortificado. Saben que cualquier ataque solo puede venir desde esta ladera.

-¿Y...?

-Pues que igual que enviamos a una docena de hombres a ocupar la Roca, podemos enviar una cuadrilla más numerosa que suba por la ladera sur aprovechando que serán invisibles entre la arboleda. Cuando rebasen la barbacana solo tendrán que salvar la cresta y caer sobre ellos. Cincuenta hombres de armas seleccionados son un tercio de la guarnición del *pog*, así que no creo que tengan problemas para apoderarse de la barbacana que, a lo sumo, no creo que la defiendan más de una veintena, y más si combaten al mismo nivel, no ascendiendo y llegando al contacto medio muertos de agotamiento.

-Entiendo- asintió el senescal-. Y una vez desalojada la barbacana es cuando podemos golpearlos sin descanso con el fundíbulo.

-Exacto, monseñor. Y os garantizo, como ya os aseguré en su día, que en el momento en que el ingenio entre en acción será irresistible.

-¿Os gustaría encabezar las tropas que desalojen al enemigo de la barbacana?- preguntó a l'Ecuyer-. Creo que os merecáis ese honor.

-Os lo agradezco, monseñor, pero no soy el hombre más indicado para encabezar un ataque por un sitio tan empinado. Mi buen comer me hace un guerrero temible en llano, pero un inútil donde haya cuestras, y más como esta. Pero tengo el hombre indicado. Es un pariente que se desenvuelve como un gato montés por sitios semejantes, ágil como un lince y bragado como pocos. Barisán Maigre se llama. Si ese no logra alcanzar la maldita barbacana no lo logra nadie. Os lo prometo, monseñor.

Des Arcis no lo pensó más, entre otras cosas porque no había mucho que

pensar. Había ordenado cubrir las piezas de la máquina con lonas enceradas para preservarlas de la lluvia sin llegar siquiera a descargarlas pero, como le había advertido l'Ecuyer, unos crujidos avisaban que el frío y la humedad ambiental, aunque no tan intensos como otros años, estaban empezando a hacer sentir sus efectos en la madera.

Tras una semana seleccionando cuidadosamente a los componentes del grupo que atacaría la barbacana, des Arcis les pasó revista acompañado del preboste y de Maigre, que ciertamente tenía todo el aspecto de una comadreja. Desgarbado, alto y de una delgadez cadavérica, con un rostro anguloso donde crecía una barba rala y con dos ojillos hundidos que parecían dos ascuas en el fondo de sendos pozos, su aspecto era cualquier cosa menos atractivo. Previsoramente, el senescal se había hecho informar de forma discreta sobre aquel personaje porque, aunque l'Ecuyer le pareció desde el primer momento un sujeto en quien se podía confiar, al fin y al cabo la parentela siempre tira, y prefería eliminar la posibilidad de que su recomendación obedeciera más al interés que a los méritos de su protegido. Sin embargo, la información que pudo recabar corroboraba todo lo dicho por el preboste. Maigre era un verdadero diablo, astuto como un zorro, ágil como una cabra montesa, valiente como un mastín y, aunque por su aspecto pareciera lo contrario, dotado de una fuerza física fuera de lo normal.

-¿Son de vuestra conformidad, monseñor?- preguntó el esmirriado Maigre cuando des Arcis hubo examinado los cincuenta hombres formados ante él.

-No veo motivo para poner pegas, Maigre- respondió-. En todo caso, vos habéis sido el que los ha elegido, por lo que vos sois el responsable de su rendimiento. Estamos ya en febrero, y esto no puede ni debe demorarse más tiempo así que preparaos para ocupar la puta barbacana, que ya hasta sueño con ella.

-Dentro de dos días es luna nueva, monseñor- intervino l'Ecuyer-. Si os parece bien, es el mejor momento. La estrategia a seguir sería similar a la de los gascones. Tras la media noche, cuando los centinelas se quedan amodorrados, los hombres subirán por la ladera sur. He ordenado que se envuelvan las botas con pieles o trapos para no hacer ruido, y que aseguren las armas para evitar roces o chirridos que delaten su presencia. Cuando superen la barbacana saltarán por la cresta y atacarán a sus ocupantes por la zaga. No se darán ni cuenta de lo que se les viene encima.

-Antes de la hora prima sus cabezas rodarán por la ladera, monseñor-

afirmó Maigre con una sonrisa de oreja a oreja que daba a su huesudo rostro una apariencia aún más siniestra.

Barisán Maigre no faltó a su palabra. Dos días después, sus cincuenta hombres de armas ascendieron lentamente por la ladera, convirtiéndose en tenues sombras que se confundían entre los arbustos. En el más absoluto silencio rebasaron la barbacana y ascendieron un poco más para agruparse y saltar la cresta todos a la vez. El combate fue breve pero extremadamente violento porque en esa ocasión los defensores no estaban en el limbo como sus compañeros de la Roca. Los centinelas estaban bien despiertos, y en seguida dieron la alarma a sus compañeros que dormían pegados al muro que sustentaba la empalizada. Pero un hombre medio dormido, por muy diestro que sea, necesita de unos segundos para incorporarse, agarrar las armas y disponerse para el combate, y esos segundos fueron los que tardaron Maigre y su gente en llegar hasta ellos dando brincos descendiendo por la empinada pendiente.

El primero en caer fue el centinela que dio la alarma, que arrojó su chuzo contra el primer enemigo que se le echó encima. El chuzo atravesó limpiamente su escudo para clavarse en la garganta del hombre, que se desplomó gorgoteando y mirando espantado el enorme chorro de sangre que manaba de su cuello. Pero ya no le dio tiempo ni para desenvainar la espada porque un mazazo le alcanzó de lleno en la cara, reventándosela como si fuera un huevo cuando se cae al suelo. Contrariamente a lo habitual cuando se iniciaba una batalla, la pequeña pero disciplinada mesnada de Maigre no emitió ni un ruido ni nadie exclamó un solo insulto o grito de guerra para darse ánimos. Perpetraron su breve matanza en silencio, como ángeles exterminadores que, tal como había pronosticado su caudillo, finiquitaron a los defensores de la barbacana antes de la hora prima.

Desde el *pog* intentaban averiguar qué estaba pasando, pero la mínima luz del alba no dejaba ver nada, y el ruido que llegaba hasta ellos era solo el fragor de las armas y las breves quejas de algún herido. Perelha quiso bajar con unos cuantos hombres a ver qué estaba pasando, pero Mirapeis se lo prohibió tajantemente.

-¡Ni se os ocurra, monseñor!- ordenó agarrándolo por el brazo-. Pueden ser diez o mil enemigos, y si tienen la oportunidad de apoderarse de la segunda barbacana hoy mismo clavarán nuestras cabezas en sus lanzas.

-¿Vamos a dejarlos tirados, por Cristo?- protestó intentando zafarse.

-¡Elegid, monseñor! ¡Intentar salvar a unos cuantos o perder a toda la guarnición!

Perelha logró soltarse, pero se contuvo. Intentó atisbar en la oscuridad, pero no lograba ver nada. Al cabo de pocos minutos todo quedó en silencio. Solo el canto de los mirlos y el agudo chillido de las alondras rompió aquella ominosa quietud. Cuando los primeros rayos de luz iluminaron la barbacana se cumplieron los peores pronósticos. Las tropas del senescal se habían apoderado de ella y, ahora sí, enarbolaron sus armas dando gritos de victoria y provocándolos para que bajaran a buscar a los ya difuntos defensores, cuyos cuerpos decapitados estaban esparcidos por el suelo. Maigre, fiel cumplidor de sus compromisos, hizo rodar sus cabezas por la ladera.

Capítulo 29

Febrero de 1244

El fundíbulo, protegido por la misma barbacana que ocuparon Maigre y su gente, ya llevaba varios días haciendo sentir sus estragos. Los bolaños de dos quintales traspasaban las débiles techumbres de pizarra aplastando como cucarachas a los desdichados que se encontraban debajo, rezando constantemente para no ser víctimas de una de aquellas piedras esféricas perfectamente talladas por los canteros del senescal. Cuando golpeaban el muro de una casa o del mismo castillo arrancaban varios cantos del paramento entre una polvareda de esquirlas y trozos de mortero. Chocaban produciendo un ruido sordo precedido de un breve chasquido que, a veces, era acompañado por un alarido que igual podía ser de dolor por resultar herido o de angustia cuando alguien veía como un familiar o un amigo acababa de ser aplastado, esparciendo sus vísceras en un radio de varios pies.

A los dos días de que la primera barbacana cayese en manos del senescal, los habitantes del *pog* vieron como una larga hilera de hombres ascendía trabajosamente, cargados con maderos de todo tipo. Los más versados en temas militares informaron al resto de lo que se estaba cociendo.

-Es un ingenio- decían con gesto sombrío-, una máquina de guerra.

-Pero, ¿qué clase de máquina?- insistían los legos en la materia.

-Hasta que no empiecen a montarla no podremos saberlo, pero juraría que es un fundíbulo.

-¿Un funiqué?

-Fun-dí-bu-lo- repetían-. Algunos los llaman trabucos. Son unas máquinas terribles, no hay muralla en el mundo por alta y gruesa que sea que se resista a ellas.

-¿Entonces...?

-Mejor no preguntes, ya tendrás ocasión de verlo tú mismo- respondían a los curiosos que, como hipnotizados, se pasaban las horas observando como una cuadrilla de carpinteros iban dando forma a la máquina, que en tres días ya estaba lista para entrar en acción.

El heresiarca planteó la posibilidad de intentar destruirla, pero Mirapeis se lo quitó de la cabeza.

-Han hecho subir grandes cantidades de efectivos, obispo- aseguró-. La barbacana está infestada de enemigos para impedir precisamente que nos atrevamos a presentar batalla. Nuestra única defensa es la segunda barbacana, que no ha sido alcanzada porque está demasiado cerca. Pero tendremos que soportar lo que esos mierdas nos tiren encima porque, de momento, no podemos hacer nada para impedirlo.

El heresiarca miró por una aspillera del cadalso que coronaba la torre y tuvo que volver la vista, desolado. Los bolaños habían aplastado o dejado malheridos a muchos de los habitantes del *pog*, y a la vista del cariz que estaban tomando las cosas había ordenado a los *perfectos* que administraran la *convenenza* a todo el mundo, y el *consolamentum* a todo aquel que lo solicitara si caía herido. Pero lo peor de todo es que no daban tregua. Los canteros del senescal, que hasta la llegada de l'Ecuyer ya habían dado forma a decenas y decenas de piedras, no paraban de fabricar más bolaños, y los servidores del fundíbulo se iban turnando para no parar ni durante la noche, por lo que el agotamiento físico y psicológico de la guarnición y los demás habitantes de Montségur aumentaba día a día hasta hacer que algunos se desmayasen de puro cansancio tras varias noches sin pegar ojo.

Cuando todos intentaban dormir, sin éxito naturalmente porque es difícil conciliar el sueño pensando que en cualquier momento una piedra enorme podía caerte encima, escuchaban a lo lejos un golpe seco. Era el mazazo con el que liberaban el retén de la viga. Luego sonaba un chirrido como un lamento y, por último, un leve silbido que aumentaba de intensidad a medida que el bolaño se aproximaba al poblado. Finalmente, el chasquido, el ruido sordo y el alarido. Si no se oía ningún alarido podía ser porque por esa vez nadie había sido alcanzado o porque al que le había caído encima lo había estampado contra el suelo. Después de una semana los daños producidos por el fundíbulo eran tan evidentes que cualquiera podía asegurar que en menos de un mes el poblado y el castillo habrían quedado reducidos a escombros.

Pierre y sus dos compinches no se sentían ni mucho menos inmunes por ser unos meros infiltrados. Al igual que el resto de los habitantes del *pog* vivían en un constante estado de ansiedad ante la perspectiva de verse convertidos en una pulpa sangrante. Gros propuso largarse de allí, al menos mientras la máquina no parase, pero Matheus y Pierre se negaron en redondo.

-Vete tú si quieres- le dijo su *socius*-. Yo no he llegado hasta aquí para irme justo en el momento decisivo, y bastante me arriesgué para guiar a los que

ocuparon la Roca. Si alguien de aquí se entera me tiran por el abismo.

-No sé de qué momento decisivo hablas- replicó Gros-, si de la rendición o en el que un bolaño te arranque la cabeza de cuajo.

-Idiota- le riñó en voz baja-, ¿no ves que están a punto de capitular? ¿No ves la cara de Mirapeis, que es una sombra de lo que fue? ¿No ves a Perelha, que se pasa las horas muertas junto a su mujer y sus hijas como si estuviera despidiéndose de ellas? Es cuestión de días. Tenemos que resistir como sea.

-Podemos dormir en las cuevas- propuso Pierre-. Al menos, mientras los muertos que han metido en ellas estos días no apesten demasiado. Pero prefiero el hedor a cadaverina a ver entrar por el techo de mi cabaña una piedra un instante antes de reventarme.

La idea fue bien recibida y, aunque dormir rodeado de difuntos en pleno proceso de descomposición no era precisamente pasar la noche en la alcoba de un palacio, al menos podían descansar tranquilos, cosa que no podía hacer nadie en el *pog* porque hasta los que vivían en la torre ya habían visto desprenderse grandes trozos de los paramentos, quedando así muy debilitada la estructura del edificio.

Tres días más tarde, Bertrand Martí convocó a Mirapeis en la torre. Ambos, con unas ojeras negras que formaban grandes bolsas bajo los ojos, tenían un aspecto tan demacrado que parecía que acababan de salir de alguna enfermedad grave. El heresiarca no se anduvo por las ramas.

-Monseñor, esto va más allá de lo humanamente soportable- murmuró porque el agotamiento hasta le impedía entonar bien la voz-. Las bajas se cuentan por decenas, la moral tanto de los habitantes como de la guarnición ya no podemos ni decir que está baja porque no hay moral. La máquina del senescal no para, y lo peor es que está sobre una montaña de roca viva de donde pueden estar extrayendo miles y miles de bolaños hasta que logren sepultarnos a todos. En fin, es evidente que conocéis la situación igual o mejor que yo. ¿Qué aconsejáis?

Mirapeis se encogió de hombros. Por un lado, lo que decía el obispo era cierto. Más aún, se había quedado corto porque olvidó mencionar o, quizás ignoraba, que algunos habían enfermado de fiebres. Sospechando que podía tratarse del agua inspeccionó las cisternas y vio que en algunas flotaban varios cadáveres de ratas que, huyendo quizás de los constantes destrozos causados en las casas por el fundíbulo, buscaban un sitio donde refugiarse y se habían

caído dentro. Así pues, más de la mitad del agua del *pog* estaba contaminada, y era necesario vaciar las cisternas, limpiarlas y encalarlas antes de poder volver a usarlas. Pero, por otro lado, su orgullo como noble y como guerrero le impedían aceptar que la derrota era inminente, y que el senescal había sabido mover las fichas en aquel tablero montañoso mucho más inteligentemente que él que, al cabo, había confiado la defensa del *pog* en su inmejorable posición geográfica y su mítica inexpugnabilidad.

-Toda la fuerza del enemigo está en el fundíbulo, obispo. Recordad que su poderosa hueste de varios miles de hombres se vieron durante seis meses sentados apaciblemente esperando a que nos quedáramos sin agua ni víveres porque Montségur es inexpugnable con técnicas de asedio tradicionales.

-Me temo que esas técnicas están ya obsoletas a la vista de la situación, monseñor- interrumpió Martí con sorna-. La realidad es que en breve, mal que nos pese, Montségur será borrado de la lista de fortalezas que no han podido ser tomadas jamás.

-A eso me refería, obispo- replicó fastidiado-, técnicas tradicionales que se han quedado viejas y, aunque esas máquinas se vienen usando desde antes de los tiempos de Cristo, su elevado precio y lo complejo de su construcción hacen que muy pocos puedan disponer de ellas y, por ende, no sean habituales en el país. Lo que quiero decir es que si privamos al senescal de su maldita máquina, no le quedará otro remedio que volver al valle a esperar a que se nos agoten los suministros, o igual se le agotan a él antes y levanta el cerco.

-¿Qué proponéis pues?

-Llevar a cabo una salida para destruirla. Si lo conseguimos se acabó el asedio, porque fabricar una nueva llevaría meses- explicó recordando las palabras de La Baccalaria que, aunque lo sacaron de quicio, estaban llenas de razón.

-¿Creéis que sería posible? Hay cientos de hombres en la primera barbacana, y nuestra guarnición está mermada al menos a la mitad.

-Sería una acción por sorpresa, como hicieron ellos. Apostaría cualquier cosa a que es lo último que esperan. Salimos a toda carrera, formamos un cerco alrededor de la máquina, le metemos fuego y volvemos. Sé que no será fácil y puede que muchos dejen la piel en el intento, pero es la única opción que nos queda. Si el fundíbulo sigue con su lluvia de bolaños cotidiana no aguantaremos ni un mes más.

-Bien, dejadme un par de horas para meditarlo y hablarlo con mis Hijos y os

comunicaré mi decisión.

Mirapeis bajó al patio y decidió hacer una breve inspección por el poblado. Al cabo de cinco minutos se maldijo a sí mismo y a su pertinaz arrogancia por no reconocer que estaban acabados. Aquello no era una derrota a medias, de esas que aún le permiten a uno exigir un trato de favor o poner algunas condiciones, no... aquello era una derrota rotunda, inapelable, definitiva. Sabía que no podría destruir el fundíbulo, y que el intento costaría la vida a varios hombres más, incluso a él mismo, pero ya no podía desdecirse. Su incurable soberbia nobiliaria se lo impedía, así que solo restaba esperar la decisión del heresiarca.

A medida que su inspección iba avanzando pudo corroborar los devastadores efectos que aquel artefacto. En los muros de las casas se veían boquetes por donde podría entrar un mozalbete, y en algunos casos incluso se habían venido abajo. Los charcos de sangre y restos de carne reseca que se veían en el suelo de algunas casas estaban cubiertos por alfombras de hormigas que, al olor de buena pitanza, habían salido de su letargo invernal para hacer acopio de provisiones. Buen festín se iban a dar aquel año. Visitar los heridos fue lo peor, y eso que llevaba toda su vida guerreando y había presenciado cosas que pocos podían imaginar. Pero más que la visión de aquellos cuerpos maltrechos, con miembros amputados, rotos o rostros que no parecían humanos, lo que le resultó insoportable fueron las miradas que le dirigían tanto los heridos como las mujeres que los atendían, casi todas *perfectas* o *creyentes* y algunas de las concubinas de los hombres de la guarnición. No lo miraban como el culpable de aquella situación que, en realidad, era algo que se veía venir desde hacía muchos años, sino como a alguien que no había sido capaz de obligar al senescal a levantar el cerco. Como a un incompetente, y eso se le atragantaba más de lo que podía tolerar.

Un *perfecto* lo llamó en voz baja sacándolo de sus pesimistas meditaciones.

-El obispo os ruega que vayáis a la torre, monseñor- dijo el hombre, que parecía espantado ante la visión de los heridos.

Mirapeis dio media vuelta y salió de la casa. Respiró una honda bocanada de aire fresco cuando notó la brisa en su rostro. No se había dado cuenta del hedor a podredumbre que flotaba en aquel reducido espacio lleno de miasmas y gangrena.

El heresiarca lo esperaba con sus Hijos, cada uno de ellos sentado a un lado. Sus caras lo decían todo.

-Si creéis que ese postrero intento por destruir la máquina es viable, adelante, monseñor. Pero hemos decidido que también es hora de prevenir lo peor. ¿Cuándo podéis hacerlo?

-Esta noche si queréis- respondió-. O mañana si acaso. Cuanto antes, mejor.

-Sea mañana pues. Esta noche la dedicaremos a poner a salvo parte de nuestro tesoro. Aunque Montségur caiga, otros hermanos de la Occitania, de Aragón y de la Lombardía pueden y deben seguir con nuestro apostolado, y esos dineros deben ser puestos a salvo. Lo último que nos podría pasar es que acabaran en manos del senescal. Preparad a los hombres que estiméis conveniente y mañana al amanecer atacáis al enemigo. Nosotros evacuaremos la mayor parte del tesoro hoy sin falta. No podemos arriesgarnos a demorarlo más.

Martí encargó a su Hijo Mayor que convocara aquella tarde a los *perfectos* de más confianza, aquellos sobre los que no pudiera ponerse en tela de juicio su fidelidad con la iglesia de los *buenos hombres*. Tras un buen rato elaborando una lista y eliminando a los que el fundíbulo del senescal había liberado de sus envolturas carnales, solo quedaban seis que fueron conducidos al patio del castillo, donde no hubiera testigos de la reunión que se iba a celebrar. El heresiarca no se perdió con discursos ni prédicas, sino que expuso la situación con claridad meridiana antes de anunciarles el motivo de su llamada.

-Necesito dos hombres fuertes y ágiles para que saquen de aquí al menos las tres cuartas partes de nuestro tesoro. Deberán salir esta misma noche, eludir el cerco y marchar a la cueva de Ormolac, donde deberán ocultarlo hasta que reciban aviso para trasladarlo a otro lugar, posiblemente el castillo de Usson si bien el destino final del tesoro dependerá de cómo acabe el asedio. ¿Quiénes se ofrecen para cumplir esta sagrada misión?

Todos se miraron unos a otros aunque, en realidad, solo dos de ellos cumplían los requisitos: Matheus, que seguía figurando como un fiel y abnegado perfecto a pesar de sus innumerables traiciones y alevosías, y un tal Pierre Bonet, un hombre joven que, aunque bastante debilitado por el cansancio, parecía capacitado para llevar a cabo de forma exitosa la misión encomendada. Los otros cuatro eran cincuentones con orondas tripas a los que la perspectiva de tener que bajar por uno de los senderos de la ladera occidental provocaba vahídos de pánico. Así pues, Matheus y Bonet fueron los

designados más que por aclamación porque no había nadie más.

-Descansad lo que podáis, llenad un zurrón con provisiones para varios días y a medianoche volved con dos lienzos para preparar sendos hatillos- ordenó el obispo con voz trémula-. Ah, y por favor que ninguno de los presentes diga una sola palabra a nadie. No quiero que esto se sepa de momento porque puede desencadenar el pánico.

Bonet se metió en su choza a intentar descansar un poco mientras que Matheus corrió a poner al corriente a sus compinches que, como no podía ser menos, cuestionaban una vez más su lealtad.

-¡Necios!- protestó- Si hubiera querido largarme no os habría dicho nada. Nadie sabe una palabra de esto, solo los seis perfectos convocados por el obispo y ya sabéis que si lo ordena el obispo no sueltan ni una palabra aunque los hagan trizas.

-Eso es verdad- admitió Gros-. Y no deberías ser tan picajoso, zagal- le afeó a Pierre-. A mí ni me han avisado, así que gracias tenemos que dar porque al menos uno de nosotros ha sido elegido.

-Bien, supongamos que cumples tu parte. ¿Qué hacemos nosotros?- preguntó Pierre, que seguía dudando.

-Debemos llevarlo a la cueva de Ormolac. Gros la conoce. Si Montségur se rinde de aquí a unos días, solo tenéis que poner tierra de por medio y reuniros conmigo. La cueva está a un par de días de camino hacia poniente.

-¿Y qué pasa con ese Bonet?- quiso saber Gros.

-¿Tú qué crees, querido *socius*?- respondió con una sonrisa cruel-. Bonet será liberado de su miserable envoltura carnal para reunirse con el Padre, que para eso es un *perfecto*. En realidad le haré un favor- rió tapándose la boca para no ser oído. Hacía semanas que no se escuchaba una risa en Montségur, y sería sospechoso ver a alguien alegre en aquella tumba al aire libre.

-Bien, pues esta noche nuestra suerte empezará a cambiar. Es más, si veis que el cerco se alarga, no os molestéis en esperar más. Largaos de aquí porque con lo que nos llevaremos ese pardillo y yo tenemos para vivir como reyes el resto de nuestras vidas.

-¿Y dejar aquí parte del oro?- protestó enérgicamente Pierre- ¡Ni loco!

-Necio, tres cuartos es más que un cuarto- le regañó Gros-. Con todo, apuraremos hasta el último minuto, y solo si vemos que no hay posibilidad de echarle mano nos iremos de vacío. ¿Conformes?- concluyó tendiendo la mano.

Matheus y Pierre la agarraron, jurándose fidelidad mutua hasta el final.

A media tarde, Bonet y Matheus fueron conducidos a un extremo del patio del castillo. Junto al mismo esperaban el obispo y sus Hijos con una azada, un par de palancas de hierro y dos grandes rollos de cuerda.

-Que uno de vosotros cave ahí- dijo el obispo señalando el suelo-. Despacio y sin golpear fuerte, solo hay que sacar un palmo de tierra.

Bonet tomó la azada y en un par de minutos tocó con algo duro.

-Es la losa. Despéjala, es la boca de un pozo.

Matheus no empezó a dar saltos allí mismo porque lo delataría, pero lo que durante tantos años había imaginado era cierto. El pozo que su abuelo ayudó a cavar hacía cuarenta años era el lugar elegido para esconder el tesoro.

En seguida quedó al descubierto una losa de unos dos pies de lado. Era una pesada losa de granito en cuyo centro alguien había grabado una tosca paloma con las alas abiertas.

-Oídmelo bien- dijo el obispo antes de ordenar abrir el pozo-. El tesoro está en el fondo a unas cinco toesas metido en cofres de plomo. Hay cuatro cofres. Uno de vosotros deberá bajar y abrirlos. Tres de ellos contienen oro, piedras de valor y algunas joyas. El otro solo documentos metidos en unos tubos de madera. Esos debéis dejarlos donde están. Solo hay que sacar el tesoro. El que baje a por él verá que en la mitad del pozo se abre un estrecho túnel que da a un sendero que todos los habitantes del *pog* desconocen. No ha sido usado desde que se guardó el tesoro ahí hace años por el venerable Gilhabert, así que es posible que esté lleno de maleza. Para ayudaos en el descenso tenéis esas sogas más un par de hocinos con los que podréis desbrozar las partes que estén intransitables. ¿Me seguís?

Ambos hombres afirmaron en silencio, fascinados por participar en aquella aventura que parecía sacada de una leyenda de dragones y caballeros andantes.

-Bien, cuando lleguéis a Ormolac debéis depositarlo todo en este lugar- prosiguió mostrando un plano de la cueva. Casi nadie conoce los entresijos de la gruta, que se pierden en las entrañas de la tierra. Os he marcado la ruta que debéis seguir y dónde debéis dejarlo todo. No hace falta enterrarlo porque solo habrá cinco personas en el mundo que sepan el paradero del tesoro: vosotros, mis Hijos y yo.

-¿Y cómo nos movemos por la cueva, hermano?- preguntó Matheus-. ¿Cómo subsistimos hasta que llegue alguien a buscarnos?

-Pons Arnaud de Castelverdun, el dueño de la cueva, es un fiel *creyente* y se encarga de mantener medios de subsistencia por si algún hermano necesita buscar refugio en ella. En esta sala que os he señalado encontraréis quesos, cebollas y salazones. Los repone con regularidad, así que podéis comerlos con tranquilidad. Agua no os faltará del arroyo que corre al pie de la cueva, y junto a las provisiones encontraréis candiles, sebo, mechas pedernal y un eslabón. Si por un casual alguien al servicio del señor de Castelverdun coincide con vosotros porque vaya a reponer provisiones solo tenéis que decirle que estáis allí por orden mía, nada más. No os preguntará nada ni cuestionará vuestra presencia allí. Dejará las provisiones y se marchará sin más.

-¿Y hasta cuándo debemos esperar?

-Si Dios quiere que el asedio termine de mala manera no nos volveremos a ver. No creo que esto dure mucho más, así que esperad un mes. Si pasado ese tiempo nadie aparece por allí marchaos con el plano y se lo entregáis a Aymeri de Collet, obispo de Albi o, caso de que haya muerto o haya caído en manos de los inquisidores, id a Carcassone y buscáis a Pierre Polhan. No creo que tengamos tan mala suerte como para que ambos hayan muerto o estén presos. ¿Alguna duda?

Ambos negaron con la cabeza, así que Martí ordenó levantar la losa, que fue inmediatamente desplazada con las dos palancas de hierro. Luego señaló a Bonet para que bajara al pozo por ser más ligero de su compañero. Alumbrándose con un candil quitó las tapas de plomo y pareció como si aquella sima tenebrosa se inundase de luz con el fulgor del oro. Matheus, con los ojos dilatados por la codicia, bajó un balde para que Bonet fuera depositando las monedas y las piedras preciosas. Algunas eran del tamaño de una castaña, y su valor debía ser astronómico. En cosa de media hora el contenido de las tres cajas estaba repartido en los hatillos. Bonet cerró la que contenía los tubos de madera y trepó ayudado por los que esperaban arriba.

-Bien, hijos míos, ha llegado el momento- dijo el obispo dejando caer una lágrima-. Que Dios Padre os guíe y os libre de todo mal. Él sabrá recompensaros el gran servicio que hacéis a nuestra causa. Partir sin más demora y, si no salimos vivos de esta, contad al mundo cómo los *buenos hombres* no dudan en dar la vida por su fe. Adiós.

Bonet bajó en primer lugar con el hatillo atiborrado de oro colgando del costado derecho y su zurrón y un rollo de sogas del izquierdo. En el cinturón

llevaba el hocino. Matheus le siguió con el plano a buen recaudo dentro del hatillo. Cuando entró por el túnel pudo comprobar que, una vez más, su abuelo no había mentido. Era angosto y había que caminar muy agachado, y la humedad que se filtraba del techo bastó para empaparlos en las apenas cinco toesas de largo del pasadizo. Al final del mismo, la vegetación había crecido durante aquellos años ocultando el acceso del túnel, así que Bonet tuvo que echar mano al hocino para abrirse paso. No fue fácil alcanzar la base del *pog* porque ni conocían el recorrido exacto del sendero y, además, la mayor parte del mismo había desaparecido por la vegetación y la tierra que se deslizaba montaña abajo cada vez que llovía. Varias veces tuvieron que dar media vuelta y desandar lo andado hasta encontrar otra ruta, pero al cabo de un par de horas lograron por fin salir de aquella selva y encontrar uno de los caminos de cabras que iban en dirección hacia poniente y que transcurrían a una saludable distancia del campamento del senescal. Cuando se hizo de día y miraron hacia atrás el *pog* ya solo era uno más entre las muchas cumbres del Ariège.

Mientras Matheus y Bonet miraban como Montségur se erguía desafiante en la lejanía, Mirapeis arengaba con su habitual arrojo a los cuarenta hombres útiles que le quedaban para intentar destruir el fundíbulo.

-No quiero que nadie se haga el héroe, ni combates singulares ni tonterías. Solo tenemos que llegar a la máquina, rociarla con aceite, meterle fuego y volver como si diez legiones de diablos salidos del abismo nos persiguieran-exclamó-. Seis de vosotros lleváis odres llenos de aceite y teas, y seis de vuestros compañeros se encargarán de cubriros con sus escudos mientras que vaciáis los odres y encendéis las teas. El resto formaremos un círculo alrededor para impedir que esos perros se acerquen. Cuando eche a arder, un toque de bocina para que nos abran la puerta de la barbacana y a correr. En menos de dos avemarías tenemos que terminar el trabajo porque, de no ser así, se nos echarán encima. Y me da una higa si alguien tiene dudas o algo que preguntar porque lo he explicado bien claro, así que adelante.

A una señal de Mirapeis, dos hombres quitaron las trancas de la puerta y la abrieron de par en par. Dando gritos y maldiciones, los cuarenta hombres salieron como una tromba cuesta abajo directos al fundíbulo cuyos servidores, que no esperaban aquello, se quedaron quietos sin saber qué hacer. Estaban a menos de veinticinco toesas de distancia, y las intenciones de los atacantes eran evidentes.

Pero des Arcis no era de los que se confiaban así como así, y daba por sentado que en algún momento Mirapeis haría un intento de destruir lo único que podía obligarle a rendirse. Un centinela situado en el lado opuesto de la barbacana que ocupó el siniestro Maigre y que les servía como defensa contra la guarnición del *pog* hizo sonar su bocina, y en un instante se volvieron las tornas. Entre los troncos de la empalizada asomaron decenas de ballesteros que descargaron al unísono una andanada de virotes. Más de una docena de hombres cayeron fulminados, atravesados por varios proyectiles a la vez. El resto frenó en seco con tanto ímpetu que varios resbalaron en la hierba húmeda y cayeron de espaldas. Algunos no se pudieron levantar más porque los diestros ballesteros del senescal ya habían recargado y lanzaban otra andanada. Mirapeis, asombrado por estar aún ileso a pesar de encabezar el ataque, miró a su alrededor y vio que, de los cuarenta hombres que le acompañaban, menos de la mitad seguían en pie, bloqueados y sin saber que hacer mientras los ballesteros seguían disparando aunque ya sin causar tantas bajas porque la formación se había roto y no era tan fácil acertar.

-¡Retirada!-aulló Mirapeis echándose el escudo a la espalda para protegerse- ¡Volved a la barbacana!

No tuvo que repetirlo, naturalmente. Aún pudo ver cómo caía alguno más. Se escuchaba un chasquido, un breve grito ahogado y el hombre se desplomaba hacia adelante con un cuadrillo clavado en el cogote o en la espina dorsal. Menos de una decena lograron traspasar la puerta de la barbacana, que fue cerrada y atrancada de inmediato.

Mientras se oían las risas e insultos de sus enemigos, Mirapeis se apoyó en la empalizada sin resuello por el esfuerzo de subir la empinada cuesta. Tiró el escudo y su maza al suelo y cerró los ojos, como queriendo borrar aquella breve pero devastadora matanza. Al cabo de unos instantes se incorporó y pudo contar los supervivientes, que al igual que él estaban aún intentando recuperar el aliento dando profundas bocanadas. Ocho hombres. Nueve contando con él. Cuarenta y uno menos nueve eran treinta y dos. Treinta y dos hombres acababan de morir en el tiempo que se reza un credo por intentar lo que de antemano sabía que era casi imposible.

-¿Habéis tenido bastante, monseñor?- gritó una voz a lo lejos acompañada de risotadas.

Todos habían reconocido el escudo de Mirapeis, con las tres estrellas y los tres peces. Iba a responderle, pero su orgullo estaba en aquel momento tan

maltrecho que ni siquiera se molestó en darle réplica. Se marchó a la torre en busca del obispo, pero Martí le hizo un gesto explícito. No hacía falta que explicara nada ni le informara de nada. No obstante, se permitió decir algo antes de salir de la torre.

-Id pensando en los términos de la rendición, obispo. Hasta aquí hemos llegado. Nada más se puede hacer.

Martí asintió con el rostro serio, pero sereno. No podía reprocharle nada al caudillo de la guarnición. Nadie era invencible, y menos cuando el enemigo dispone de fuerzas muy superiores.

Mirapeis bajó de la torre y miró de refilón a las mujeres, entre las que estaba su mujer Philippa. Todas lloraban en silencio. ¿Qué podía decirles? Abrumado, decidió marcharse cerca de las cuevas donde metían a los muertos. Miró en todas direcciones para comprobar que nadie podía verlo y, por primera vez en muchos años y tras tantas desdichas arrostradas sin que se le moviera un músculo de la cara, Pèire Rotger IX, señor de Mirapeis, uno de los más afamados y fieros *faidits* de la Occitania, lloró como si toda la amargura acumulada durante décadas quisiera abrirse paso de golpe desde lo más profundo de su alma atormentada por el odio y el resentimiento.

Capítulo 30

1 de marzo de 1244

Mirapeis y Perelha esperaban ante el pabellón del senescal. El primero como caudillo de la guarnición, y el segundo como señor del castillo de Montségur. Ambos tuvieron que soportar estoicamente un rato ante las miradas de curiosidad de las tropas de des Arcis, que los miraban como a bichos raro si bien el aire marcial y noble de ambos, así como la fama que tenían en todo el país, impedía a la soldadesca emprender las habituales groserías y provocaciones que se suelen dedicar a los vencidos.

Una semana antes y tras el desastroso intento de destruir el fundíbulo, el obispo, sus Hijos y los dos caudillos militares celebraron una larga reunión en la que había que decidir cómo y de qué manera plantear la rendición, y ver si podían obtener alguna compensación por poner fin al asedio por su propia voluntad. El heresiarca lo tuvo muy claro desde el primer momento.

-Puedo afirmar sin temor a equivocarme que la suerte de mis hermanos y la mía está echada- afirmó con voz tranquila-. Desde que empezó la cruzada la pauta ha sido siempre la misma: o abjuración o muerte. Está de más decir que a nosotros la muerte no es que nos preocupe, es que la deseamos fervorosamente, así que no tenéis que preocuparos por nuestros destinos. En todo caso, yo solo puedo hablar por mí, y no puedo, ni quiero, ni debo tomar una decisión tan importante por cada uno de los habitantes del *pog*. Por lo tanto, que cada cual decida si prefiere unirse a nosotros en nuestro holocausto o prefiere vivir. Nadie les reprochará nada. Un simple *creyente* es lógico que se eche atrás ante semejante perspectiva. En todo caso, los que deseen acompañarnos recibirán el *consolamentum* y podrán partir a unirse con el Padre para toda la eternidad.

-Sé que ni vos ni vuestros seguidores temen a la muerte, obispo- reconoció Mirapeis-, por lo que me preocupan más los hombres de la guarnición y sus familias. Como sabéis, la mayoría son católicos.

-La guarnición es cosa vuestra, monseñor- replicó Martí-. Son hombres reclutados por vos que os sirven a vos y al señor de Perelha. Vuestro deber es obtener para ellos las mejores condiciones posibles, y yo ahí ni entro ni salgo.

-¿Y qué pensáis hacer con la caja de plomo que queda en el pozo- preguntó

Perelha-. ¿Deseáis que la hagamos llegar a algún sitio?

-No os preocupe eso, monseñor. Esa caja contiene nuestros más preciados tesoros, que no son piedras preciosas ni oro. El contenido de la caja será evacuado en el momento justo y preciso, cuando no haya peligro de que caiga en manos de nuestros enemigos. Si los tubos se pierden, nuestra iglesia se acaba.

Perelha se encogió de hombros y no dijo nada más, pero la respuesta del obispo lo dejó sumamente intrigado.

Al día siguiente, un sargento de armas bajó por la ladera desarmado hasta la barbacana, donde hizo saber que el caudillo de la guarnición deseaba tratar los términos de una rendición con el senescal. El hombre, con una amplia sonrisa ante la perspectiva de poder largarse de aquel maldito peñasco, le dijo que volviese al día siguiente para recibir una respuesta. En efecto, a la misma hora volvieron a verse y el hombre le dijo que el senescal recibiría gustosamente al caudillo de la guarnición. Añadió que cuando estuviera dispuesto hiciese sonar una bocina, y que tras el aviso podía bajar acompañado de una pequeña escolta.

Mirapeis y Perelha se hicieron acompañar de una docena de hombres de armas, los pocos que quedaban ilesos, y a los que hicieron lavarse a conciencia y vestirse con ropa lo menos deteriorada posible para ofrecer buen aspecto.

-Nada delata más la necesidad de rendirse que acudir a un parlamento cubierto de mugre- afirmó Perelha.

La cita había sido concertada a la hora sexta y, en honor a la verdad, des Arcis no les estaba haciendo esperar sino que más bien ellos se habían anticipado. En todo caso, no pasó ni el tiempo de una misa cuando un paje abrió el pabellón y, haciéndoles una profunda reverencia, los invitó a pasar. En el interior los aguardaba el senescal rodeado de sus jefes militares, y en la mesa habían dispuesto unas jarras de hidromiel para remojar el evento. Ambas partes se saludaron en silencio y des Arcis fue el primero en hablar dándoles la bienvenida, deseándoles todos los parabienes del mundo y demás frases habituales en las rendiciones para hacer más llevadero el trance a los vencidos y que se aviniesen a una capitulación lo más ventajosa posible para el vencedor. Mirapeis hizo lo propio, le agradeció su noble gesto y, sin más, fue directamente al grano.

-Monseñor, os agradecería que nos hicieseis saber vuestras condiciones

para obtener una capitulación digna. Ambos hemos luchado con valor y hemos defendido nuestro honor de caballeros, por lo que os pedimos un trato conforme a nuestro rango.

Des Arcis les invitó a tomar asiento mientras que con un gesto indicó a un paje que llenara las copas. Otro paje sacó un pliego de papel de un arca y lo puso sobre la mesa como si se tratase de una reliquia.

-¿Reconocéis el sello, monseñores?- preguntó el senescal empujando con un dedo el pliego, como si temiera profanarlo.

Mirapeis y Perelha estiraron el cuello. Era el sello de Luis IX.

-Este pliego contiene las condiciones por las que mi señor y rey está dispuesto a aceptar vuestra rendición.

-Mucho fiaba su alteza en vuestra victoria- dijo Mirapeis, que no se pudo contener.

-Los reyes, monseñor, tienen la obligación de contemplar todas las opciones- replicó el senescal con sarcasmo-. En esa misma arca hay dos pliegos más con instrucciones para otras circunstancias y que, afortunadamente, no saldrán de ahí. Bien, ¿preferís leerlas vos o las leo yo?

-Hacednos el honor, monseñor- respondió Perelha-, nuestra vista va menguando con los años.

Des Arcis, sin perder la sonrisa, abrió el pliego y procedió a leerlo.

-Bien, una vez aceptéis la rendición, disponéis de quince días para entregar la plaza. Durante ese tiempo los miembros de la guarnición que estén enfermos o heridos pueden ser evacuados a mi campamento si os place. Estimo que aquí estarán mejor. Con todo, estos hombres deberán permanecer como rehenes como muestra de buena fe. ¿Queda claro este punto?

Mirapeis y Perelha asintieron en silencio.

-Mi señor y rey desea ante todo una reconciliación. Por ello, los miembros de la guarnición que sea católicos y hayan tomado parte en actos contra la corona o la Inquisición serán perdonados siempre y cuando prometan no volver a revelarse contra el rey o la Iglesia. ¿Alguna duda sobre esto?

Ambos señores negaron, un tanto perplejos por la escasa severidad mostrada hasta aquel momento.

-Prosigo. Todos los miembros de la guarnición pueden abandonar el *pog* con sus armas y pertrechos. No obstante, deberán certificar sus identidades y cotejarlas con una lista facilitada por la Santa Inquisición en la que figuran nombres de sospechosos que deberán dar explicaciones sobre sus actos. En

todo caso, me han autorizado a informaros que si se avienen a reconocer sus faltas los castigos serán leves penitencias de tipo religioso.

Mirapeis levantó las cejas cada vez más sorprendido y miró a su pariente y suegro, que tampoco podía creerse tanta benevolencia. Des Arcis, que no les quitaba la vista de encima, se dio cuenta de su sorpresa. Obviamente esperaban algo más severo.

-Esta es la más importante para los infectados, y os aseguro que yo mismo me asombré de la generosidad de su alteza cuando lo leí. Los herejes que habitan en el *pog*, desde el heresiarca hasta los meros *creyentes* pasando por sus Hijos, diáconos y *perfectos* deberán comparecer ante el Santo Oficio si desean abjurar de su falsa fe. Si acceden a ello se librarán también con penas menores que en ningún caso incluirán las de prisión, confiscación de bienes o multas. Simplemente deberán demostrar su arrepentimiento y cumplir algún tipo de penitencia, nada más.

-¿Y si no abjuran?

-Si no abjuran ya podéis imaginar cuál será su final. No saldrán vivos de aquí, y eso os lo puedo jurar por mi vida- sentenció dando por primera vez un tono severo a sus palabras.

-¿Algo más?

-Una última condición, esta totalmente lógica. Una vez transcurra el plazo de quince días el castillo me será entregado, pasando a manos de la corona. Lo guarnicionaré con tropas reales y jamás se os devolverá. Montségur lleva ya demasiados años siendo un forúnculo en la Occitania, y tiempo es de extirparlo de una vez por todas- concluyó mirando fijamente a Perelha-. Esas son las condiciones. Considero que la magnanimidad del rey ante un caso como este no es habitual, y debéis estar agradecidos porque sabéis sobradamente que por mucho menos toda una guarnición ha acabado colgada de la muralla y los habitantes civiles pasados a cuchillo sin más dilación. Espero vuestra respuesta, monseñores.

-Nuestra respuesta la tendréis en breve, monseñor. Comprended que yo solo puedo responder por la guarnición y sus familias, no por los herejes. Informaré al heresiarca de vuestro ofrecimiento y mañana mismo nos reuniremos a la misma hora para dar cuenta punto por punto a vuestra oferta.

-Me parece razonable- aceptó el senescal-. ¿Hemos terminado entonces?

-No, monseñor, un momento. Solo tengo una duda que quisiera que me aclaréis.

-¿Y es...?

-Si os place, ¿podemos hablarlo a solas?-pidió Mirapeis, al que parecía que la presencia de tanta gente no permitiría hablar con entera libertad al senescal. Este aceptó e hizo un gesto para que todos abandonaran el pabellón. Cuando el paje salió y cerró la pesada cortina de cuero, Mirapeis se acercó a des Arcis.

-Esta generosidad me escama, monseñor- susurró-. Es más, tanta benevolencia solo sirve para ponerme en guardia. Por vuestro honor os lo imploro. Decidnos la verdad: ¿qué hay detrás de esta generosidad tras casi un año de asedio?

El senescal sonrió, como dando por sentado que le plantearían esa cuestión.

-Yo pregunté lo mismo que vos al rey cuando me encargó esta misión, monseñor- respondió-. Vos sabéis como yo que un asedio de este tipo no suele acabar así, y me pudo la curiosidad. Os repetiré lo que me dijo si juráis por vuestras almas no decirlo a nadie nunca, porque un rey católico siempre debe estar del lado de la Iglesia.

Mirapeis y Perelha juraron al unísono devorados por la curiosidad.

-Bien, el motivo es en realidad muy simple. Recordad lo que os dije en el segundo punto: el rey quiere una reconciliación, no una venganza. Sabe que la actuación del Santo Oficio ha sido en gran medida la causa de los desmanes y rebeliones que han asolado la Occitania en estos años. Sabe que la población odia a muerte a los inquisidores, y sabe que los predicadores se han excedido en repetidas ocasiones en su celo por mantener la pureza de la fe. Por eso no quiere que las cosas vayan a más. De hecho, observad que ni he mencionado lo de Avinhonet cuando es cosa sabida que vos, monseñor de Mirapeis, fuisteis el que organizó la matanza.

El aludido miró al techo del pabellón sin abrir la boca.

-Pero, sin embargo, nadie os castigará por ello- prosiguió el senescal-. Ni a vos, ni al preboste de la ciudad ni, en definitiva, a ninguno de los que intervinieron en aquel suceso que, la verdad, fue de todo menos honroso. Sabemos quiénes fueron, monseñor, uno por uno. Tenedlo en cuenta. Pero esta reconciliación está guiada a su vez por una razón tanto o más poderosa.

-¿Y cuál es?

-El señor conde de Tolosa no tendrá heredero varón. Los dominios de los Saint-Gilles pasarán a través de su hija al hermano del rey, que será el futuro conde. Como es lógico, su alteza no quiere endosar a su propio hermano semejante lastre. Quiere que el príncipe Alfonso reciba unos dominios donde

reine la paz y el orden, donde florezca el comercio, la agricultura y la industria, no el campo de batalla que es la Occitania desde hace medio siglo. En resumen, monseñor, esto es un toma y daca: la corona perdona, pero no olvida. A cambio, los occitanos deberán olvidar aunque no quieran perdonar.

-Pero los herejes aún controlan varios castillos- objetó Perelha-. Tienen Quéribus, que es tanto o más poderoso que Montségur, Puylaurens, que haría palidecer al mismo Roldán...

Todos caerán, monseñor- interrumpió el senescal-. No lo dudéis. De aquí a diez o quince años no quedará un infectado en la Occitania. No sé dónde irán o si, simplemente, se extinguirán, pero a mí eso me da una higa. Lo importante es que desaparezcan, porque desde que llegaron empezaron los problemas. Olvidad a los *buenos hombres*, retiraos a vuestras casas y vivid en paz. Ya es tiempo de colgar la espada y el escudo y contar vuestras andanzas al calor de la lumbre con una buena jarra de hipocrás. ¿Queda con esto satisfecha vuestra duda?

Mirapeis asintió. No imaginaba algo así pero, ciertamente, la decisión del Capeto era la más lógica y si la Occitania iba a pasar a sus manos nada mejor que ofrecer al pueblo una imagen de rey deseoso de paz y concordia que, encima, prefería echar borrón y cuenta nueva en casos tan graves como lo de Avinhonet.

-Bien, monseñores, mañana nos veremos de nuevo, y deseo de corazón que la decisión final nos libre a todos de tener que ver más muertes.

Una vez que expusieron al heresiarca las condiciones ya sabían cuál sería la respuesta. En realidad, lo único que necesitaban saber era quiénes se negaban a abjurar para ponerlos en manos del senescal.

-Aprovecharemos estos quince días de gracia para recapitular, prepararnos para nuestro martirio y dejar en orden nuestros asuntos en este mundo- dijo el obispo sin inmutarse-. Ante todo, pagar las deudas.

-¿Qué deudas?- se extrañó Mirapeis

-Por ejemplo, la que tenemos con vos- respondió sacando de debajo de su capa una bolsa llena de dinero-. Ahí tenéis quinientos sueldos. Son vuestros honorarios por ejercer como caudillo de la guarnición. En esta otra- añadió sacando otra bolsa más- están las soldadas de los miembros de la guarnición pendientes de abonar. Cuidad por favor de que la reciban las familias de los que han muerto.

Mirapeis dudó al principio si aceptar o no su paga pero, finalmente, decidió coger la bolsa. Al cabo, él era un *faidit* que no tenía donde caerse muerto, y aquel dinero le serviría para empezar una nueva vida en cualquier parte.

-Gracias, obispo- dijo un poco emocionado por aquel gesto de honradez-. En fin, aquí ya no hay nada que hablar. Mañana informaré al senescal, y dentro de quince días deberéis entregaros. Os juro por mi alma que daría lo que fuera por evitar esta matanza absurda, pero es vuestra voluntad. Si necesitáis algo hacédmelo saber. Adiós, obispo, que Dios os guarde y os de fuerzas.

-Que Él os guíe, monseñor- respondió sonriendo, totalmente indiferente al terrible suplicio que le esperaba.

La entrevista con el senescal transcurrió de forma similar a la del día anterior. Mirapeis aceptó todas las condiciones sin poner ninguna pega, y entregó a des Arcis una lista con los nombres de los escasos supervivientes de la guarnición y los familiares de todos, tanto vivos como muertos, que deseaban marcharse a casa.

-He mandado confeccionar una cédula personal a cada uno de ellos para que podáis contrastarla con la que os ha facilitado la Inquisición- explicó-. Todas irán firmadas y selladas por mí, por lo que la identidad de cada persona no podrá ser puesta en duda. Los que figuren en vuestra lista partirán con vos, y el resto se marcharán libremente. ¿Estamos conformes en este punto?

-Naturalmente. Es más, os agradezco que os molestéis en identificar a vuestra gente. No quiero malentendidos que puedan acabar con el culpable libre y el inocente dando explicaciones sin necesidad. ¿Y los herejes, qué han decidido?

-No sé ni para qué me lo preguntáis, monseñor- respondió con amargura.

-¿Se niegan a abjurar?

-No solo se niegan, es que desean la muerte, ya lo sabéis.

Des Arcis asintió, sabedor de las creencias de los *buenos hombres*. Con todo, aunque nunca logró entenderlos, en lo más profundo de su ser envidiaba la fe monolítica que él mismo jamás había sentido.

-En ese caso y mal que me pese ya sabéis cuál es la orden que tengo- murmuró-. Deberéis darme una lista con los nombres para informar a la Inquisición. Según la ley sus bienes deben ser confiscados y revertidos en la corona y la Iglesia. ¿Cuántos calculáis que son?

Mirapeis tuvo que tragar saliva antes de responder.

-Más de doscientos. De hecho, incluso tengo constancia de algunos católicos, miembros de la guarnición, que han preferido recibir el *consolamentum* y sumarse a ellos.

-¿Có...cómo decís, monseñor?- balbució des Arcis poniéndose pálido, abrumado por la cifra-. ¿Más de doscientas personas están dispuestas a morir en la hoguera?

-¿No morían los cristianos en los anfiteatros romanos, monseñor?- replicó Mirapeis, al que los ojos se le estaban llenando de lágrimas.

-Cierto, pero... la verdad, no sé qué decir- murmuró el senescal, al que la perspectiva de tener que mandar quemar vivas a más de doscientas personas que, en realidad, no habían cometido un solo delito se le hacía muy difícil.

-Menos sé qué decir yo, monseñor, cuando mi propia esposa, Philippa de Perelha, se niega a abjurar y voy a tener que verla morir quemada- farfulló llorando ya a lágrima viva.

Des Arcis no sabía qué hacer, si consolarlo o dejar que se desahogara. Hizo un gesto imperioso a un paje para que cerrara el pabellón. Aquel hombre no se merecía ser visto en aquel estado. Cuando se le pasó un poco la angustia aún pudo darle una sorpresa más al senescal.

-¿Sabéis por qué no me acompaña hoy Raimon de Perelha, señor de Montségur y, como ya habréis deducido, también mi suegro?- preguntó a des Arcis, que negó con la cabeza sin saber ya qué responder-. No solo su hija Philippa acompañará en la pira a sus hermanos de fe, sino también de sangre. Esclarmonda y Arpaix también se niegan a abjurar. Corba Hunaud, su esposa, también acepta el suplicio, así como su madre Marquesia. O sea, que Raimon de Perelha perderá a toda su familia, los quemarán vivos, y os juro por la sangre que corre por mis venas que jamás habríais conocido gente más noble, buena y caritativa. ¿Creéis que es justo, monseñor?

Des Arcis negó en silencio, tan abrumado que ni aunque le pellizcaran podría decir una sola palabra. Al final pudo recobrase un poco para hablar sin que se le quebrase la voz.

-Es una villanía, monseñor- reconoció-. Pero, por desgracia, no está en mi mano decidir, sino solo obedecer. Lo más que puedo hacer es procurar que la muerte les sobrevenga lo antes posible. No os puedo decir nada más. Y os aseguro que esto no es plato de buen gusto ni para mí ni para cualquier caballero honorable. Por favor, retiraos ya. El día quince de este mes os espero en el llano que se extiende ante la ladera occidental del *pog*. Id con

Dios, monseñor.

Las dos semanas siguientes fueron un constante desfile de gente que abandonaba el *pog*. Los católicos mostraban sus cédulas a un preboste, que las cotejaba con su lista. Los que no figuraban en ella proseguían su camino, mientras que los demás iban siendo agrupados y escoltados a Tolosa para responder ante el Santo Oficio. Ninguno salió mal parado salvo Raimon de Perelha, al que no debieron perdonarle su apoyo a la herejía. Al cabo, Montségur había sido fortificado por él y cedido a los *buenos hombres* por él, y aunque no era un *creyente* convencido tuvo que pagar el apoyo que les prestó. Antes de partir se despidió de su mujer e hijas que lo consolaron asegurándole que iban felices al suplicio, y que tarde o temprano se reunirían con él en el cielo. Él fue llevado a Tolosa, donde desapareció para siempre en las criptas del Santo Oficio.

A Mirapeis le quedaba por pasar el peor trago. Como caudillo de la guarnición tenía que estar presente en el cumplimiento de todas y cada una de las condiciones pactadas hasta que llegase el momento de entregar la fortaleza al senescal, momento ese en el que quedaría liberado de sus obligaciones y podría marcharse de allí de una vez. Entre ellas estaba, como era lógico, presenciar el suplicio de los relapsos aunque no junto al senescal, sino desde el castillo que no podía abandonar hasta que des Arcis tomase posesión del recinto. Durante aquellos quince días se sintió como un condenado a muerte esperando a que en cualquier momento se abriera la puerta del calabozo para ser llevado al patíbulo.

16 de marzo de 1244

Durante las dos semanas de gracia, los *creyentes* y los *perfectos* se dedicaron a poner en orden sus asuntos mundanos. Absolutamente incapaces de faltar a cualquiera de sus compromisos, cada uno dejó una nota con lo que tenían pendiente. “*Entregar a Fulano, de tal pueblo, veinte sueldos por haberme fabricado una puerta*”, “*A Zutano, entregar cinco sueldos que le debo de unos zapatos*”, y así sucesivamente. Cada nota era guardada con la cantidad señalada en una bolsa y la promesa del obispo de que todas serían entregadas a sus destinatarios. Otros se dedicaron a sellar y tapiar las

cuevas que servían de tumbas para impedir que fueran profanadas, especialmente donde reposaban los restos del venerado Gilhabert de Castres y la gran Esclarmonda de Foix, la Dama Blanca que fue la que concibió Montségur como un santuario para los *buenos hombres* de toda la Occitania y un punto de referencia para sus correligionarios de Europa.

Unos días antes, Mirapeis hizo llegar al senescal la lista de herejes que se negaban a abjurar. En total eran doscientos cinco.

-¿Cómo se pueden quemar a doscientas cinco personas al mismo tiempo?- farfulló mirando a sus más allegados, que se quedaron petrificados al conocer la cifra. Al final, l'Ecuyer, que por aquello de la poliorcética era un hombre de recursos, propuso un método aceptable.

-Mandad construir una cerca del tamaño adecuado para contener a ese número de personas, monseñor- sugirió haciendo un rápido boceto en un papel-. Cubrid el suelo con al menos tres pies de madera bien seca. No ordenéis talar madera verde porque no arderá. Deben ser árboles secos o leña suelta. Meted a los herejes dentro y ya está. Bastará arrojar unas teas por varios sitios a la vez y prenderá en seguida.

-¿No os conmueve, por Cristo?- le afeó el senescal ante la frialdad con que el preboste planificó aquel terrorífico holocausto.

-Vos habéis preguntado y yo os he ofrecido una solución a vuestro problema, monseñor- replicó tan campante-. Si tenéis cargo de conciencia, dejadlos escapar y marchaos con ellos porque el rey os buscará en los confines del planeta para castigar vuestra desobediencia.

Des Arcis optó por apretar la boca y callarse. Al cabo, él era allí la autoridad del rey y sabía que aquel desenlace era más que probable. Sin embargo, aceptó la misión porque a todos los miembros de la baja nobleza les gustaba ser bienquistos por los monarcas para medrar, así que se tuvo que achantar a pesar del asco que le producía todo aquello.

-Y ya que estáis tan versados en desencadenar infiernos sobre la Tierra- prosiguió dando un marcado tono irónico a su pregunta-, ¿sabríais de algún método para abreviar la ejecución? Doscientas cinco personas pueden, poseídas por el pánico, derribar la empalizada llegado el caso.

-Naturalmente, monseñor- aseguró l'Ecuyer sin acusar para nada el dardo lanzado por el senescal.

Mientras tanto, el resto de los presentes escuchaban aquella conversación surrealista sin abrir la boca. Estaban hartos de discutir como matar más y

mejor, pero de cómo mandar a más de doscientos corderos con forma humana al matadero era algo que nunca habían podido imaginar.

-¿Y qué método es?- preguntó el senescal con voz meliflua.

-Ordenad que viertan en la leña mucha brea, y que luego espolvoreen por encima azufre. La brea hará que la combustión sea inmediata, alcanzando las llamas un tamaño y una temperatura que de otro modo tardaría más tiempo en producirse.

-Y el azufre es para darle el matiz diabólico, imagino...

-No, monseñor, el azufre los matará de inmediato. Los vapores que suban por el calor son extremadamente tóxicos, y además aumentarán la virulencia del fuego. Una vez arrojen las teas, os aseguro que en menos de lo que dura la bendición de un cura estarán todos muertos. Apenas sufrirán.

Des Arcis, al igual que todos los presentes menos l'Ecuyer, sentía unas irrefrenables nauseas. El senescal hizo un gesto imperioso con la mano para hacerlos salir a todos. Afortunadamente, logró contener las arcadas hasta que se quedó solo, vomitando apoyado contra el poste central del pabellón.

La noche del día 16 celebraron una especie de rito de despedida con cánticos dando gracias a Dios por permitirles partir a reunirse con él sin que nadie mostrara en ningún momento ningún síntoma de miedo o arrepentimiento por no haber abjurado. Antes de marchar hacia el suplicio, Martí dio sus últimas instrucciones a Mirapeis, que conforme a las órdenes del senescal no podría abandonar el castillo hasta el día siguiente.

Durante los días previos, el obispo había seleccionado a otros dos perfectos, Aicard y Pictavin, para sacar del *pog* el contenido de la cuarta caja de plomo que también debían llevar a la cueva de Ormolac para, posteriormente, trasladar el tesoro completo al castillo de Usson, a varias leguas a mediodía de Montségur.

-En estas circunstancias sé que no pueden garantizarme que cumplirán su misión- pidió a Mirapeis-, así que os agradecería que me recomendaseis un par de hombres que puedan guiarlos por el sendero del pozo y, lo más importante, que los protejan en caso de que sean atacados por los hombres del senescal o ribaldos durante el viaje a Ormolac.

Mirapeis se quedó pensativo un instante.

-Hay dos que han bajado docenas de veces del *pog* y se conocen de memoria todos los recovecos. Uno no sé si es un perfecto que ha aceptado

abjurar o un creyente o un cuentista, el otro no sé ni lo que es, pero me consta que se da buena maña para escaquearse de todos los peligros. Están a la espera de marcharse con los pocos hombres que quedan de la guarnición. En todo caso, llevan aquí mucho tiempo y han demostrado que se puede confiar en ellos.

-¿Podéis llamarlos?

Mirapeis hizo venir a Gros y a Pierre, que ya daban por sentado que tendrían que conformarse con seguir de lejos a los designados para evacuar el resto del tesoro y apoderarse de todo cuando se alejasen lo suficiente de allí.

-¿Sois un perfecto, hermano?- preguntó a Gros, que no tenía el desparpajo de su *socius* para salir airoso de ese tipo de preguntas repentinas.

-Bueno, no... en realidad no, hermano. No he alcanzado esa gracia- farfulló-, pero habría deseado compartir vuestro suplicio sin...

-Puedo administrarte el *consolamentum* si lo deseas- propuso el obispo sin malicia ante la cara descompuesta de Gros. Afortunadamente, Pierre sí tuvo más reflejos.

-Creo que seremos más útiles guiando a esos hermanos. No imagináis como están los caminos, infestados de merodeadores, de ribaldos... Toda la ayuda que se les preste será poca, y más si trasportan algo tan valioso.

-Tienes razón- admitió el obispo-. Bien, escuchad atentamente. En este zurrón hay varias bolsas que contienen diversas sumas de dinero. Son pagos que nuestros hermanos tienen pendientes con varias personas y no quieren que se queden sin cobrar lo que les adeudan. Deberéis ir en busca de cada uno y pagarles lo que se les debe. En cada bolsa hay, además del dinero, una nota con el nombre del beneficiario y su lugar de residencia. ¿Habéis entendido?- los dos compinches afirmaron con decisión-. Pero antes de eso, deberéis escoltar a los hermanos Pictavin y Aicard a la cueva de Ormolac, donde ya estarán Bonet y Matheus con la mayor parte del tesoro. Os reunís con ellos y partís hacia Usson. Una vez allí, vosotros os limitaréis a repartir el contenido del zurrón. Dentro hay cien sueldos para vosotros. Os los repartís como pago por el servicio prestado, ¿entendido?

-Contad con nosotros, obispo- aseguró tajante Pierre-. Antes me dejo sacar las tiras de pellejo que permitir que capturen a estos dos hermanos.

-Ojalá no sea necesario. Pero os quiero pedir un último favor, y os suplico que no me falléis porque quiero irme de este mundo con la certeza de que el contenido de la cuarta caja está a salvo. Es la esencia de nuestra fe, y si le

ocurriera algo a esos documentos sería una catástrofe.

-Vos diréis...

-Cuando logréis escapar del *pog*, debéis dirigiros al Bidorta. Es ese pico que está hacia el mediodía- Gros y Pierre volvieron la cabeza y pudieron corroborar que, en efecto, la montaña estaba en su sitio-. Bien, pues id hacia allí, subid y, cuando lleguéis a la cima, prended una hoguera que sea visible a gran distancia. Así, todos los que vamos a morir en breve sabremos que vuestra fuga ha tenido éxito y que nuestros más preciados tesoros están a salvo. ¿Puedo confiar en vosotros?

Los cuatro emisarios, *perfectos* y guías, aseguraron que antes del amanecer verían el resplandor de la fogata.

-Bien, entonces ya nada me retiene aquí. Pèire Rotger, dadme un abrazo y ojalá la vida os sonría tras tanta penuria. Vuestra mujer Philippa se ha adelantado porque no quiere veros sufrir, pero sabed que va feliz al suplicio. Vosotros- dijo a los emisarios- guardad como si fueran vuestras almas ese tesoro y que Dios os guíe.

Después de la despedida, el heresiarca miró a su alrededor contemplando en la oscuridad lo que quedaba de Montségur. Sin decir una palabra más salió del castillo tomando de las manos a sus Hijos, se unió al enorme grupo que los esperaba en la ladera y, cantando himnos, se pusieron en marcha escoltados por tropas del senescal.

Mientras sus voces se perdían a lo lejos y sus siluetas eran tragadas por las tinieblas, los cuatro emisarios fueron bajando por el pozo para iniciar el descenso. Mirapeis se encerró en la torre devorado por la angustia. La imagen de su Philippa envuelta en llamas no se apartaba de su cabeza hacía días, y ya no podía soportarlo más.

Los *buenos hombres*, precedidos por el obispo y sus dos Hijos, llegaron ante la empalizada como quien va de excursión. Sin dejar de entonar sus cánticos de alegría, fueron entrando en el redil y se colocaron torpemente sobre los haces de madera que desprendían un fuerte olor a brea mezclado con el característico hedor a huevos podridos del azufre. Los hombres del senescal, menos proclives a la sensiblería y desprovistos de los elevados principios morales de des Arcis, los fueron empujando hacia dentro sin contemplaciones. Cuando todos hubieron entrado cerraron la empalizada y apuntalaron la puerta con gruesas estacas hincadas en el suelo.

Des Arcis contemplaba la terrorífica escena con el rostro tan tenso que

parecía de piedra mientras que sus jefes militares procuraban desviar la mirada sin que se les notase demasiado. Pero el senescal había sido inflexible: si él tenía que tragarse aquel sapo siendo el mandamás, ellos no iban a ser menos. Los únicos que mostraban una total indiferencia eran Aloys l'Ecuyer y Barisán Maigre que más bien tenían cara de sueño porque aquella noche no había podido dormir nadie en el campamento.

Cuando la empalizada fue asegurada, uno de los sargentos miró al senescal esperando la orden de incendiar la pira. Cerca de ella había una pequeña fogata con varias antorchas preparadas. Des Arcis apretaba tanto los dientes que creía que le saltarían hechos pedazos si aquello duraba mucho más. Con un gesto enérgico de la cabeza ordenó comenzar el suplicio mientras que los herejes, mirando al cielo, no paraban de entonar sus himnos y algunos incluso sonreían abiertamente. Varios hombres de armas tomaron cada uno una antorcha, la encendieron y se dirigieron con paso decidido a la empalizada. En aquel momento se oyó una voz saliendo de la masa de condenados.

-¡Mirad allí!- gritó muy exaltado-. ¡Mirad aquel resplandor en el Bidorta! ¡Nuestra fe se ha salvado!

Todos a una comenzaron un nuevo himno, aún con más ímpetu mientras que el senescal y sus acompañantes veían que, en efecto, justo por encima de la silueta del *pog* se divisaba un intenso resplandor en la cima del monte que descollaba por detrás.

-¿Qué demonios significa eso?- preguntó mirando en todas direcciones-. ¿Qué ha dicho ese hereje sobre no sé qué de la fe al ver ese resplandor?

Pero nadie dijo nada. Todos se limitaron a negar en silencio con la cabeza encogiéndose de hombros. Mientras tanto, los hombres de armas se habían detenido, como esperando alguna contraorden.

-¡Acabad de una puta vez!- bramó el senescal, harto ya de todo aquello y dando por hecho que tendría pesadillas el resto de su vida-. ¡Prended la pira, en el nombre de Dios!

Los hombres de armas no se hicieron repetir la orden. Todos a una arrojaron las antorchas dentro de la empalizada, y en apenas unos instantes surgieron llamas de más de dos toesas de altura que despedían un repugnante hedor a azufre y carne quemada. Los himnos se detuvieron para dar paso a un horripilante coro de toses, arcadas y alaridos pero, tal como había pronosticado l'Ecuyer, en menos de un avemaría la pira se había convertido en una monstruosa bola de fuego de la que emanaba una temperatura brutal. El

único ruido que se oía era el chasquido de la madera ardiendo y el soplido del aire ardiente ascendiendo hacia el cielo. Un torbellino de color naranja ascendió muy alto cuando la combustión alcanzó su punto álgido, y varios de los presentes se santiguaron llenos de miedo pensando que eran las almas de los condenados que salían de sus cuerpos. La realidad era menos espiritual y más prosaica: la grasa humana se había convertido en combustible, lo que ayudó a aumentar aún más la temperatura y la altura las llamas.

Más de tres horas tardó en consumirse la pira, cuyos rescoldos aún permanecieron humeando el resto del día. El senescal, que no consintió que nadie se moviera de allí hasta que la empalizada desapareció engullida por el fuego, se marchó a su pabellón a beber hasta casi entrar en coma. La Sinagoga de Satán ya era historia, pero aquella visión del infierno en la Tierra no la olvidaría jamás.

Capítulo 31

De la misma forma que el heresiarca y sus doscientos cuatro compañeros de suplicio murieron razonablemente felices al divisar en la cima del Bidorta el resplandor que les aseguraba que su mayor tesoro estaba a salvo, Pierre y Gros pudieron corroborar que el heresiarca y demás herejes del *pog* se habían convertido en pavesas chisporroteantes al ver como el cielo se iluminaba con la descomunal pira preparada por orden del senescal para dar término a la aventura espiritual de Montségur. Pictevin y Aicard no pudieron ver nada porque se habían quedado al pie del Bidorta con sus respectivos cuellos rajados de oreja a oreja y, seguramente, sus almas ya estaban camino del Padre Eterno junto a los *buenos hombres* cuyos cuerpos que se consumían en la hoguera.

Gros, que era bastante chapucero, quiso ahorrarse la ascensión al Bidorta y, una vez liquidados los dos *perfectos*, largarse camino a Orinolac donde en teoría los esperaba Matheus con el tesoro de verdad.

-¡Eres un necio redomado!- le espetó Pierre, que siempre se mostraba mucho más sagaz que su compinche-. Si no ven la fogata pensarán que algo no ha salido bien.

-¿Y qué nos importa?- se defendió Gros mientras daba pataditas a los cuerpos inermes de los perfectos para asegurarse de que no se levantarían más que en el Día del Juicio-. Esos desdichados no van a buscarnos para pedirnos explicaciones.

-¡Ellos no, pero el señor de Mirapeis sí, imbécil!- le gritó dándole palmaditas en la frente- Él estaba presente cuando el obispo nos rogó encender la hoguera, y si ve que no hay hoguera pensará que han podido ocurrir dos cosas: o que la gente del senescal nos ha echado el guante, en cuyo caso intentará rescatarnos porque, al cabo, su sentido del deber le obliga por la palabra dada al heresiarca, o bien que nos hemos quedado con el dinero que debemos entregar y los tubos esos que no sé qué contienen, y en ese caso nos buscará a nosotros. Y ten por cierto que prefiero que me persigan los inquisidores de Tolosa antes que Mirapeis, porque ese no es de los que hacen preguntas. Te parte en dos la cabeza de un tajo con su espada y se larga tan fresco. ¿Lo entiendes ahora, botarate?

Gros pestañeó un poco y asintió sin decir nada, reconociendo de forma tácita que Pierre tenía razón. Así pues, iniciaron el ascenso, que no tenía nada que envidiar al del *pog* en lo abrupto y empinado. Más de media hora tardaron en llegar a lo alto, y resollando como fuelles de fragua apilaron un buen montón de leña. Un viejo trozo de tronco podrido les proporcionó una buena cantidad de yesca para hacer fuego lo antes posible. Pierre sacó un trozo de pedernal y un eslabón y, frotando enérgicamente, sacó un buen chorro de chispas que prendieron de inmediato. En un instante, una hermosa hoguera iluminó todo el entorno espantando a los ratones y demás sabandijas que aprovechaban la oscuridad para salir a buscarse el sustento.

-¡Listo!- exclamó sonriente-. Y ahora, a Ormolac, que queda un poco lejos y para luego es tarde.

Ambos compinches bajaron del Bidorta y se pusieron en camino hacia poniente. Tras recorrer un buen trecho en el que miraron hacia atrás varias veces para ver que la hoguera de Motségur aún ardía, decidieron detenerse para pasar la noche.

-Deben estar como torreznos- afirmó Gros envolviéndose en su capote.

-De esos desgraciados no queda ya ni rastro- replicó Pierre mirando fijamente el tenue resplandor que aún se veía a lo lejos-. He presenciado demasiados suplicios para ver que lo único que queda son algunos trozos de los huesos más grandes, pero en una pira descomunal como esa ya se habrán reducido a cenizas. Hasta el hierro se podría fundir en ella. No te puedes acercar a menos de cinco o seis toesas porque te quemas.

-Deja de pensar cosas raras y duérmete de una vez. Nos queda por delante mucho camino.

En menos de un avemaría, Gros roncaba apaciblemente. Pierre, sin embargo, no pudo conciliar el sueño. Aunque sus escrúpulos eran equiparables a los de una serpiente delante de un gazapo gordo y jugoso, aquel suplicio en masa le resultó inquietante, y más aún haber visto como todos los *buenos hombres* marchaban al matadero felices y contentos cuando él, que estaba vivo y a punto de ser inmensamente rico, no se había sentido feliz jamás.

Las dos jornadas que les separaban de la cueva de Ormolac no se les hicieron penosas. Con la primavera encima, caminar por aquellos parajes inundados de verdor era francamente agradable. La brisa suave que serpenteaba entre los abruptos picos del Ariège aliviaba la sensación de calor

producida por la caminata, que amenizaban contándose los mil y un proyectos que habían imaginado para su futura vida de ricachones donde no faltarían succulentas viandas, lujosos lechos con dosel y pieles de marta para no pasar frío por las noches y, por supuesto, mujeres. Muchas mujeres. Las más hermosas del mundo entero y que, además, les deleitasen cantando lánguidas canciones de amor mientras tañían un rabel o una zanfoña. Naturalmente, no se molestaban en mencionar el fornicio porque eso ya se daba por sentado.

A media tarde del día siguiente avistaron la abrupta garganta donde se abría la cueva de Ormolac. El optimismo y buen humor se les evaporó de golpe asaltados por la misma idea: ¿estaría Matheus esperándolos? ¿Habría sido fiel a su palabra?

-Como ese hijo de Satanás abortado por una perra bruja nos haya dejado en la estacada juro por mi vida que lo busco en el confín de la Tierra y lo mato a mordiscos- bramó irritado Gros, cuya ira alimentaba él mismo sin tener en realidad motivos para alarmarse porque aún faltaba un rato para llegar a la misma cueva.

Pierre, aunque no dijo nada, pensaba algo similar a su compinche. Angustiados por la intriga apretaron el paso por el angosto y serpenteante sendero que conducía a la gruta. Cuando llegaron a la entrada no vieron a nadie. Gros llamó varias veces, pero sin resultado.

-¡Lo sabía!- farfulló poniéndose morado de la ira que lo dominaba- ¡Ese hijo de la gran puta se ha largado!

Pierre se encaramó hasta la entrada de cuatro saltos y se puso a dar voces ahuecando las manos. La única respuesta era su propia voz devuelta desde el fondo de la cueva. Esperó un poco y volvió a llamar, pero con el mismo resultado.

Bajó de nuevo hasta el sendero y se quedó como un pasmarote ante Gros, al que las venas del cuello parecían que iban a estallarle en cualquier momento.

-¡Dejad de berrear, cagones!- dijo una voz haciéndoles dar un respingo del sobresalto. Era Matheus, que se acercaba por el sendero con un par de truchas colgando de sus dedos-. Vais a alarmar a toda la comarca con tanto grito, idiotas.

-¿Dónde demonios estabas?- preguntó Gros con los ojos inyectados en sangre.

-Buscándome la cena, zoquete- respondió irritado mostrando los peces-. Siento no haber dejado instrucciones a mi paje para que os atendiera mientras

tanto.

-Llevamos un rato aquí y nadie respondía- dijo Pierre, que ya empezaba a recobrar su ritmo cardíaco habitual.

-Lógico, no estaba. Os oí y me vine de inmediato, pero el arroyo está más abajo y cuesta trabajo salir y yo tampoco tenía ni idea de cuándo ibais a llegar, si es que llegabais. Pensabais que había puesto tierra de por medio, ¿verdad? Qué asco de camaradería, no hay confianza- bromeó para aplacar los ánimos-. Bueno, vamos dentro. El generoso señor de Castalverdun tiene una despensa muy bien provista para sus hermanos herejes. Hay cecina, cebollas, vino y algunas legumbres, pero me apetecía pescado fresco. Si hubiese sabido que vendríais hoy habría traído más, el arroyo está atestado de truchas que han subido a desovar.

-¿Y Bonet?- quiso saber Pierre.

-Por ahí abajo anda- respondió señalando al fondo de la garganta-, pero no creo que venga a recibirnos. A la vista de la voracidad de los zorros y demás alimañas de la comarca dudo que quede de él poco más que su esqueleto de hereje. Pero seguro que ya está con Dios Padre y sus hermanos pasándoselo estupendamente para siempre jamás.

La cena transcurrió entre narraciones. Matheus les puso al tanto de cómo llegaron a la cueva sin novedad, pero hasta la coronilla de Bonet porque durante todo el camino no paró de sermonearlo sobre lo maravilloso que sería morir y dejar este perro mundo.

-Qué menos que darle satisfacción al pobre- dijo entre carcajadas Matheus, al que su propio chiste hizo mucha gracia-. Tanto interés parecía tener en abandonar su cuerpo que, nada más llegar aquí, le metí mi cuchillo por el cogote y se lo saqué por la boca. No dijo ni pío, cayó como un saco vacío, como las reses en el matadero.

-¿Y el tesoro?- preguntó Gros-. Quiero verlo.

-Ahí está- respondió señalando una de las galerías al fondo de la gran sala central de la gruta-, donde mismo me indicó el heresiarca. Como me dio hasta un plano del escondite supuse que nadie más conocería el lugar, así que creí más sensato dejarlo ahí por si no sabía más de vosotros y tenía que volver más adelante a buscarlo.

-Pues ya es hora de que nos lo enseñes, ¿no?- insistió Gros.

-Hombre de poca fe...-gruñó Matheus levantándose y cogiendo un candil-. Seguidme y no os separéis de mí, eso está más oscuro que el alma de un

inquisidor.

Tras recorrer varios pasadizos que rezumaban humedad y alguna sala cuyo techo estaría tan alto que la luz del candil no alcanzaba a iluminarlo, por fin llegaron al escondite. Allí estaban los dos lienzos de los hatillos extendidos en el suelo con tres montones de oro sobre ellos.

-Como me aburría me entretuve en hacer las particiones- explicó mostrando el tesoro con la mano-. Podéis comprobar que son iguales, no voy a ofenderme por eso. Las monedas están divididas exactamente en tres partes, moneda más moneda menos, y las piedras y joyas las he dividido en base a su tamaño y peso aproximado. Si no estáis conforme podemos volver a hacer el reparto sin problemas.

Pierre tomó el candil y se puso en cuclillas observando detenidamente cada montón. Los removi6 un poco para comprobar que debajo no había un “relleno” para igualar la cantidad de monedas, aunque su ojo experto no solía engañarle.

-Por mí no hace falta, estoy conforme- afirmó devolviéndole el candil a Matheus.

-¿Y tú qué dices, *socius*?

Gros seguía sin fiarse, pero si Pierre había dado por bueno el reparto no se decidió a ser siempre el que porfiaba por cualquier cosa, así que asintió dando por terminado el asunto.

-Bueno, y qué es lo que habéis traído vosotros?- preguntó Matheus-. Porque mucho querer ver el tesoro y mucha prisa para comprobar que no falta nada, pero aún no os habéis dignado decir ni una palabra al respecto.

-Tienes razón- se excusó Pierre-, pero comprende que lo verdaderamente importante estaba ya aquí.

-No creas, zagal, no creas- negó Matheus con aire misterioso-. Hay veces en las que un papel vale más que un cofre lleno de diamantes.

-No te burles, canalla- gruñó Gros, cuya escala de valores empezaba en el oro y terminaba en la plata-. Un papel no vale una cagada de perro.

-El papel no vale nada- aceptó Matheus-, pero lo que hayan escrito en él puede ser valioso como para quitarle a un rey su corona o... a un papa su tiara.

-¿Qué estás diciendo?- se asombró Pierre.

-Venga, vamos a ver el contenido de la cuarta caja.

Pierre le mostró previamente el contenido de las bolsas entregadas por los

buenos hombres, explicando su origen y proponiendo que lo repartieran como el resto del botín.

-Eso es calderilla, zagal, no te preocupes- dijo Matheus, que con lo que le tocaba en su lote tenía para diez vidas-. Los tubos, muéstrame los tubos.

Pierre los sacó del zurrón y se los entregó. Matheus los agitó suavemente y notó que uno de ellos contenía un objeto duro. Sacó su cuchillo, cortó la cera que sellaba la tapa y lo abrió. Con mucho cuidado lo fue volcando sobre su mano hasta que una piedra negra y brillante cayó en su palma ahuecada para impedir que se le resbalase.

Pierre y Gros estiraban el cuello como grullas, devorados por la curiosidad.

-Aquí la tenéis, compañeros: *lapis ex caeli*, la piedra caída del cielo. El Grial- murmuró Matheus mostrándola ante los fascinados ojos de Pierre y Gros-. Esto vale más que todo el oro que podáis imaginar.

-¿Cómo es posible?- musitó Pierre cogiéndola con el índice y el pulgar y girándola en todas direcciones-. Es tan negra... ¡Y cómo brilla!

-Esa piedra y los papeles que contienen los tubos pueden herir de muerte a la Iglesia y al papa, muchacho- respondió Matheus.

-Pero, ¿de qué forma? Son doctrinas heréticas, eso no puede derribar la Iglesia de Cristo.

Matheus recuperó la piedra y la devolvió a su recipiente. Lo tapó y con una de las velas de la bien provista despensa de la cueva volvió a sellar el tubo con una gruesa capa de cera.

-Hay cosas para las que aún no estás preparado, zagal- replicó-. Cosas que van más allá de una religión herética. Los *buenos hombres* no han estado nunca cerca de la verdad, pero la Iglesia tampoco. Ambas religiones son en gran parte una ficción creada por el hombre, y de la misma forma que Mani fue el que ideó la de los *buenos hombres*, Pablo de Tarso dio forma al cristianismo que conocemos todos.

-¿Pablo de Tarso? ¿Te refieres a San Pablo?- se asombró Pierre, cuya boca ya no daba más de sí de lo abierta que la tenía.

-Ese mismo. Pablo modificó lo que quiso de los evangelios, tanto los canónicos como los apócrifos para dar una imagen de Cristo que no era la real.

-Los herejes dicen que era una figuración, un espejismo, ¿no?

-Sí, pero es otra falsedad. Cristo existió, fue un hombre de carne y hueso, pero solo eso, un hombre.

-¿No era el hijo de Dios?

-Todos somos hijos de Dios- sentenció Matheus-. Y Cristo fue uno más.

A Pierre le iba a estallar la cabeza. Empezó a acribillar a Matheus con preguntas atropelladas, fascinado por aquel descubrimiento. Finalmente, su compinche lo hizo callar.

-Esto te viene aún demasiado grande- explicó-. Tiempo habrá de que lo vayas comprendiendo, porque es algo de tal envergadura que no podrás admitirlo. Solo te adelantaré una cosa para que la tengas presente: la Iglesia que domina el mundo desde hace más de mil años daría todos sus tesoros por apoderarse de esos tres tubos de madera. Por eso te advertí que lo importante no es el oro, y el zoquete este que está ya casi dormido solo cree en el valor del metal- concluyó señalando a su *socius* al que, en efecto, todo aquello le daba una higa y solo pensaba en largarse de allí con su parte del tesoro.

-¿Qué haremos entonces con esos tubos?

-Ya lo decidiremos, no hay que precipitarse porque, precisamente porque su valor es incalculable, la Iglesia sería capaz de matar a quien sea con tal de apoderarse de ellos.

-¡Pero...!- protestó Pierre, que sentía que le habían puesto la miel en los labios para luego retirarle la cuchara.

-¡No hay peros que valgan! Nos quedan muchos días de camino por delante para aprender todo lo que te he dicho y decidir qué haremos con los tubos. Y ahora a dormir, que hay mañana nos espera un día bastante largo.

Diciendo esto, Matheus se hizo un ovillo y se quedó dormido en seguida. Gros llevaba ya un rato resoplando panza arriba, y Pierre no pudo pegar ojo en toda la noche.

Tras formar tres hatillos con el tesoro abandonaron la cueva de Ormolac en dirección a levante, en busca de la Lombardía. Tras un largo debate acabaron decidiendo que lo más razonable era desaparecer de cualquier territorio relacionado con Saint-Gilles, el Capeto, la Inquisición e incluso Aragón que, al fin y al cabo, también llevaba décadas en el ajo más por sus intereses territoriales que por cuestiones religiosas, pero sabían que muchos *faidits* se habían exiliado bajo la protección del rey Jaime y no era sensato estar cerca de ellos. Por lo tanto, consideraron que donde nadie podría buscarlos era en los dominios del emperador Federico, que era enemigo del Capeto, del papa y, en resumen, de todo el mundo. Muchos infectados se habían marchado a

Lombardía huyendo de los inquisidores, pero allí no tenían ni remotamente la influencia que habían alcanzado en la Occitania. Los nobles italianos eran demasiado católicos como para prestarles su apoyo, y el emperador toleraba su presencia porque, además de fastidiar al papa, eran gente pacífica y trabajadora, pero nada más.

Les esperaban muchas leguas de camino que se verían notablemente aumentadas para evitar los itinerarios más concurridos. La noticia de los terribles sucesos acaecidos en Montségur volaría como el viento, y más por la terrorífica conclusión del asedio con la cremación en masa de más de doscientos *creyentes* que, al decir de los habitantes de los pueblos cercanos, desprendió un hedor a carne quemada que se extendió por toda la comarca. Así pues, no sería raro que los heresiarcas de Albi o Carcassonne, que según las instrucciones impartidas por Martí antes de morir debían ser los receptores del tesoro, ya hubiesen recurrido a los más fanáticos *faidits* de sus jurisdicciones para averiguar qué había sido del mismo o incluso ya estaban camino de Ormolac para recuperarlo. Así pues, no era nada conveniente que los lugareños vieran pasar a tres hombres con sendos hatillos bastante pesados a cuestas, y menos aún pernoctar en una fonda y pagar el gasto con una moneda de oro a un posadero que no había visto ninguna en su vida porque tardaría un avemaría en poner sobre aviso al preboste local pensando que se trataría de salteadores de caminos.

En su ruta hacia oriente avistaron de lejos la ladera sur del *pog* de Montségur cuando pasaron ante el pico de Bidorta, donde Pierre y Gros encendieron la hoguera tras quitarse de encima a Aicard y Pictavin. La hueste del senescal aún seguía allí, desmontando el fundíbulo que les dio la victoria y preparando el camino de regreso a Carcassonne. Aún en la distancia se divisaba una enorme mancha negra donde habían ardido los *buenos hombres*, y dedujeron que tendría que pasar mucho tiempo antes de que se borrara del suelo.

Al cabo de tres días se les terminaron las provisiones, por lo que tuvieron que alimentarse de lo que encontraban en ruta, pero cuando se camina durante horas cargado como una acémila y alimentándose solo de raíces y las pocas nueces y castañas que podían encontrarse por los suelos, las energías empezaban a disminuir de forma alarmante hasta que, al cabo de otras tres agotadoras jornadas más, estaban al límite de sus fuerzas.

Sentados junto a un arroyo donde infructuosamente intentaron atrapar alguna

trucha con las manos, los tres compinches maldecían y murmuraban por su poca previsión. Era absurdo viajar como auténticos mendigos cuando iban literalmente cargados de oro, con ampollas y rozaduras, hambrientos, teniendo que dormir al raso y, para colmo, expuestos a las manadas de lobos que tras el invierno estaban especialmente hambrientos y recorrían los bosques en busca de presas.

-No podemos seguir así- gruñó Matheus mientras mordisqueaba una raíz que no sabía siquiera si era comestible, pero era tal el hambre que tenía que le daba lo mismo-. O buscamos otra forma de seguir el viaje o no lo contamos.

-Yo no puedo más- afirmó Pierre, al que el peso del hatillo había provocado una dolorosa rozadura en el hombro-. Y tienes razón, es grotesco que siendo inmensamente ricos nos veamos en este bosque con las tripas rugiendo como fieras enjauladas y las espaldas molidas. Tenemos que pensar como proseguir antes de que nos convirtamos en un montón de osamentas cubiertas de oro. ¿Tú qué dices, Raymond?

Gros se limitó a afirmar en silencio moviendo la cabeza porque era tal su agotamiento que no podía ni hablar.

Tras un largo silencio, Pierre tomó de nuevo la palabra.

-Debemos deshacernos de parte del oro y...

-¡Tú estás loco!- exclamó Gros, al que repentinamente se le pasó el cansancio ante semejante propuesta- ¡Hemos soportado meses de asedio, hemos matado a tres hombres para hacernos con el tesoro y ahora pretendes que nos desprendamos de él!

-Calla y escucha, botarate- replicó Pierre con voz cansada-. No he dicho que lo tiremos al arroyo.

-Pues explícate y ve al grano, que no estamos para muchas dilaciones.

-Debemos encontrar una aldea perdida donde reponer fuerzas. Un lugar aislado en el que lo más probable es que aún no hayan llegado noticias de lo ocurrido en el *pog*, y donde nadie pueda ir a buscarnos. Si alguien nos pregunta, que nos preguntarán porque es la única forma que tienen de saber lo que pasa fuera del terruño, decimos que somos peregrinos naturales de Carcassonne y que venimos de regreso de Compostela. Buscamos un sitio adecuado para guardar parte del tesoro y seguimos nuestro camino bien provistos de provisiones y con oro suficiente para vivir un año o dos. Cuando haya pasado un tiempo prudencial y lo de Montségur ya solo sea un triste recuerdo, venimos bien pertrechados y montados en buenas mulas,

recuperamos el tesoro, volvemos al lugar donde nos hayamos establecido y hale, a vivir como príncipes lo que nos quede de vida. ¿Qué os parece?

-Ciertamente no es mala idea- aprobó Matheus-. Un par de bolsas de oro por cabeza se ocultan en cualquier parte, y pasan más desapercibidas que estos hatillos que pesan un quintal.

-¿Y qué lugar sería el más adecuado?- preguntó Gros, al que la sola idea de perder su parte del tesoro le producía vahídos-. No podemos dejarlo en cualquier sitio. En un año el terreno cambia más de lo que parece, los arbustos crecen y pueden inducir a error. No conocemos la zona, y si enterramos el tesoro al pie de un árbol cualquiera ya me dirás cómo seremos capaces de dar con él en esta inmensa selva donde hasta los naturales del lugar se pierden a veces.

-Lo primero es dar con un sitio donde descansar y comer. Después veremos donde esconder el tesoro. Siempre habrá algún lugar o paraje que sea fácilmente localizable a pesar del paso del tiempo.

El debate no duró mucho más. El cansancio acabó venciendoles y se quedaron profundamente dormidos hasta el día siguiente, retomando el penoso camino en busca de una aldea aislada y solitaria. Después de otras dos jornadas y de desechar todas por las que pasaron, a media legua de Esperasan Matheus divisó a lo lejos un villorrio encaramado en lo alto de un empinado risco. En realidad, más que las casas lo que le llamó la atención fueron las tenues columnas de humo de las chimeneas de las viviendas, porque la altura del monte no permitía ver con claridad lo que había en la cima.

-Mirad allí- dijo señalando con el dedo- ¿Lo veis?

Pierre y Gros entornaron los ojos y colocaron las manos en la frente a modo de visera.

-¡Ese puede ser el sitio ideal!- exclamó Pierre-. Debe estar a una legua de distancia, y salvo la gente que viva allí no creo que vaya nadie, y menos estando fuera del camino principal y cerca de un pueblo de más importancia.

-Pues vamos, que para luego es tarde- propuso Gros dirigiéndose hacia el monte sin dudarlo-. Si apretamos el paso podemos llegar antes de que se haga de noche, y daría cualquier cosa por una buena cena y un jergón decente.

El paseo, aunque no suponía una distancia excesiva, acabó con las mínimas reservas de energías que les quedaban. Un empinado sendero que rodeaba la montaña por la ladera meridional les permitió llegar a la aldea, que no tenía más de una docena de casas y una minúscula iglesia en el extremo

septentrional, al borde de un profundo barranco. Como habían imaginado, aquello era el culo del mundo. Varios pares de ojos curiosos se asomaron por las rendijas de las ventanas para ver quiénes eran los visitantes. La única calle de la aldea estaba desierta, y el silencio reinante solo lo rompía los ladridos de un perro que avisaba a su dueño de que habían llegado extraños. Un hombre de mediana edad se asomó por una puerta y miró de arriba abajo a los forasteros.

-¿Se han perdido acaso?- preguntó el hombre, que no se preocupaba de ocultar una porra de buen tamaño a modo de aviso a visitantes hostiles.

-Eso me temo, buen hombre- respondió Matheus, que nunca perdía sus habituales reflejos-. Vamos camino de Carcassonne. Venimos de Compostela, de visitar la tumba del santo apóstol.

-Pues se han desviado un poco, me temo- dijo el hombre, al que la mención al peregrinaje pareció relajarlo un poco como si una excusa tan descarada fuera motivo para bajar la guardia. Era obvio que aquella gente debía conservar la misma inocencia que un crío en el útero materno.

-Bueno, ya nos hemos perdido alguna que otra vez, hermano- explicó Matheus poniendo su mejor y más beatífica sonrisa-. Son muchas jornadas y el país es tan abrupto...

-Mal sitio para perderse- admitió el hombre meneando la cabeza-. Aquí no hay posada ni nada que se le parezca, ni sitio dónde alojaros. Aquí nunca viene nadie, todos los viajeros paran en Esperasan. Con todo, mal cristiano sería si no os proveyera del algo para cenar. Esperad un momento.

El hombre se metió en su palloza y cerró la puerta, dejando a los tres compinches mirándose con una mezcla de cansancio y tranquilidad. Por lo que se veía, allí no paraba nadie desde hacía años. Al cabo de un par de minutos salió con media hogaza y varias cebollas.

-Es cuanto os puedo ofrecer, hermanos- dijo tendiéndoles la magra pitanza que, no obstante, agarraron con manos ávidas, hartos de raíces y sabandijas crudas-. Solo os pido que me recordéis en vuestras oraciones.

Los tres compinches le aseguraron que todos los días rezarían un paternóster por él y otro por su familia, y añadieron una buena rociada de halagos para contentarlo.

-¿Y no hay algún sitio dónde dormir bajo techo, hermano?- rogó Gros, que ya ni recordaba la última vez que se despertó seco. Aquellas noches de comienzos de la primavera dejaban tras de sí unas rociadas que calaban hasta

los huesos-. Aunque sea una cuadra, un corral...

-¡La iglesia!- exclamó chasqueando los dedos-. Lleva tanto tiempo sin uso que ni me acuerdo que existe.

-¿No tenéis cura?- preguntó sorprendido Matheus mientras masticaba a dos carrillos.

-No, hermano. Hace años vinieron por aquí los predicadores de Carcassonne y se lo llevaron. Por lo visto era uno de esos herejes que Dios confunda. Creo que acabó reducido a cenizas, y desde entonces nadie ha venido a sustituirlo. El obispo debe haberse olvidado de nosotros- explicó con cara de pena-. Hasta cuando muere uno de la aldea tenemos que llevarlo en un carro a Esperasan para que el cura de allí le haga un entierro decente.

No podían creer la suerte que habían tenido. Aquella minúscula aldea era perfecta: aislada, solitaria, olvidada y, por lo que decía el hombre aquel, ellos eran los primeros forasteros que pasaban por allí en años. El aldeano les prestó un candil, un trozo de mecha y una jarrita con aceite. Dándole las gracias muy efusivamente y alegando que estaban muy cansados, lo que no era ninguna excusa porque estaban literalmente reventados por la caminata, se fueron a la iglesia, un edificio acorde a la aldea porque en su interior apenas cabrían veinte o treinta personas. Antes de entrar Matheus encendió el candil sacando chispas con su eslabón, y la tenue llama de la mecha les permitió ver que era la típica iglesia de pueblo formada por una sola nave. El altar, orientado hacia levante, se encontraba en un ábside en el que se abría una angosta aspillerera que dejaba entrar las primeras luces del día.

Como era habitual en los templos de la época, no había ningún mobiliario. Los fieles oían misa de pie o de rodillas, y la única dependencia aparte era una diminuta sacristía donde en su día habría un arca para guardar el escaso ajuar de la parroquia. El altar consistía en dos columnas de piedra caliza talladas con cruces y motivos florales, y sobre ellas una gruesa tapa también de piedra. Delante, en el suelo, se veía lo que parecía una lápida, pero sin ningún nombre escrito en ella. En vez de las inscripciones alusivas al difunto había unas burdas figuras en relieve muy desgastadas que representaban a dos jinetes: a la izquierda, uno espada en mano, y a la derecha otro caballero con lo que parecía un niño en brazos. El resto del suelo estaba recubierto con losas de piedra de forma irregular, colocadas simplemente para impedir que con la llegada del otoño el interior se convirtiera en un lodazal debido a las goteras que caían del techo cada vez que llovía y que no paraban hasta la

llegada del verano.

-Por mi vida que dudo que encontremos un escondite mejor- murmuró satisfecho Pierre mirando a su alrededor-. Y no tendremos problemas para encontrarlo cuando volvamos a por nuestro oro porque no creo que se lleven la iglesia, ¿no?

Matheus y Gros asintieron en silencio mientras registraban cada rincón con ojos expertos buscando un sitio adecuado.

-¿Dónde podemos guardar el tesoro?- preguntó Gros tras comprobar que la única opción era cavar un hoyo.

-Movamos la tapa del altar- dijo Pierre-, las columnas suelen estar huecas.

-¿Huecas para qué? ¿Y tú cómo lo sabes?- saltó Gros, siempre suspicaz.

-Para aligerarlas de peso, zoquete- explicó dándoselas de experto-, y lo sé porque he sido cantero. Y en vez de empezar con preguntas absurdas mejor movemos la losa y salimos de dudas.

No fue nada fácil mover la tapa del altar. Aparte de su enorme peso, una fina capa de mortero la unía a las columnas que la sustentaba y tardaron un buen rato en desplazarla lo suficiente. Una de ellas era totalmente maciza, pero la otra sí mostraba una oquedad que, sin embargo, no era lo suficientemente amplia para el tesoro.

-Meted ahí los tubos con los pergaminos y la piedra- indicó Pierre-. De momento no nos sirven de nada.

-¿Será un sitio seguro?- preguntó Gros, que desconfiaba hasta de su sombra y no acababa de ver claro la idoneidad del escondite-. Igual alguien mueve la tapa y lo encuentra todo.

-¿Y quién y para qué va mover la tapa del altar, majadero? Lleva siglos ahí- explicó Pierre-. Conozco el tipo de decoración de las columnas y son muy antiguos. Solo se encuentran en las iglesias y catedrales más viejas de la Galia, por lo que este altar debe tener más de cuatrocientos o quinientos años. Y no creo que últimamente hayan venido muchos a mover la dichosa tapa, así que dudo que venga alguien de aquí a un año o poco más.

-¡Venga, dejar de discutir y meted los tubos ahí!- terció Matheus poniendo fin a la discusión.

Sacaron de uno de los hatillos los tres tubos de madera y los depositaron en el hueco de la columna. Luego volvieron a poner la tapa en su sitio resoplando por el esfuerzo. Debía pesar cinco quintales al menos, y lo complicado era mover aquella masa para dejarla exactamente en el mismo sitio donde estaba

para que no llamase la atención. Después de un largo rato dando pequeños empujones de un lado y de otro lograron colocarla tal como la habían encontrado. Los tubos con los pergaminos y el Grial estarían a buen recaudo hasta que volvieran a recogerlos.

-¿Y el tesoro?- preguntó Pierre.

Los tres empezaron a mirar de nuevo en todas direcciones. Esta vez fue Matheus el que indicó el lugar.

-¡Bajo la lápida!- exclamó señalando la extraña losa con los caballeros casi borrados por las pisadas de la gente-. Será la tumba de algún noble local, así que nadie va a profanarla para buscar nada, y menos sin sospechar que dentro hay algo más que unos huesos.

Pero tras un primer intento vieron que mover aquella losa sería aún más difícil. Aunque mucho más ligera que la tapa del altar estaba empotrada en el suelo, y una cosa era empujarla y otra levantarla. Tras un breve debate decidieron salir y buscar en los alrededores alguna herramienta. A aquellas horas los aldeanos debían estar roncando a pierna suelta, y en aquel lugar nadie debía preocuparse mucho por la presencia de ladrones como para guardarlo todo bajo llave. Con la ayuda de la mortecina luz del candil pudieron encontrar una pala y dos azadas que servirían para levantar la pesada losa haciendo palanca. Además, se apoderaron de una olla de barro donde podrían guardar su tesoro sin que las monedas se perdieran entre la tierra.

De vuelta a la iglesia y tras comprobar que nadie se había percatado de sus movimientos por la aldea, se pusieron manos a la obra. Con las azadas no fue complicado desencajar la losa y voltearla, quedando boca abajo junto a la tumba, con el relieve de los caballeros mirando al suelo. Luego bastaría volver a voltearla para devolverla a su posición original. Gros se echó un salivazo en las manos, se las frotó enérgicamente y, azada en mano, empezó a cavar un agujero lo bastante grande y profundo para depositar la olla, cuyo contenido áureo refulgía a la luz del candil. A medida que cavaba, Matheus sacaba la tierra suelta con la pala y Pierre les alumbraba con el candil. Cuando el hoyo alcanzó unos tres pies de profundidad Gros se detuvo con la respiración un poco agitada por el esfuerzo.

-¿Vale así, no?- preguntó limpiándose el sudor de la cara con la manga.

Pierre, que había dejado el candil sobre el altar, aprovechó el momento. Agarró una azada y la descargó sobre Matheus que, al igual que su compañero, estaba más entretenido en secarse el sudor que en otra cosa. Pierre acertó de

lleno en la cabeza de su compinche, que quedó abierta como un melón maduro. Matheus no pudo ni gritar. Su rostro dividido en dos mitades se deformó adoptando una expresión muy rara mientras la sangre manaba a borbotones de su cabeza. Por un instante permaneció de pie, pero en seguida se le doblaron las rodillas y, sin emitir ningún sonido, se desplomó sobre el hoyo. Gros miró a Pierre totalmente paralizado, con los ojos y la boca abiertos de par en par. Lo último que esperaba de su esmirriado y timorato compañero de fatigas, traiciones y latrocinios era que, además, fuese su matador. Por un momento pareció recuperarse del bloqueo que lo había convertido en una estatua e intentó agacharse para echar mano a la azada, pero ya era tarde. Pierre le hundió la suya en mitad de la espalda con un golpe sordo. Con el espinazo roto, Gros no murió de inmediato como Matheus, así que abrió la boca para lanzar un alarido. Pero esta vez Pierre también fue más rápido. Otro certero golpe en la cabeza y Gros pasaba a reunirse con su *socius* en el infierno de los herejes renegados.

Pierre jadeaba con una mezcla de emoción y alegría por verse libre de sus cómplices. Ahora todo el tesoro le pertenecía, y no quedarían más testigos sobre la faz de la Tierra que pudieran saber dónde habían ido a parar los pergaminos que con tanto celo guardaban los *buenos hombres*, ni su misteriosa *lapis ex cæli* que tanto interés tenían en mantener a buen recaudo y, sobre todo, el tesoro que a aquellas horas quizás estarían buscando en la cueva de Ornolac y que no encontrarían jamás.

Tras recuperar el aliento, que eso de matar gente a golpe de azada suele cansar bastante a los que no están habituados a semejantes esfuerzos, apartó los cadáveres de Matheus y Gros y empuñó de nuevo la azada llena de sangre, esta vez para aumentar las dimensiones del hoyo y convertirlo en fosa. Más de dos horas de trabajo le costó darle el tamaño adecuado para acoger en su interior a sus difuntos compinches y la olla. Luego los cubrió de tierra, la apisonó pateando largo rato la tumba y, por último, colocó la losa en su lugar usando las azadas para hacer palanca. Como él solo no podía voltearla se tuvo que conformar con arrastrarla poco a poco hasta colocarla en su sitio, pero con el lado de los caballeros mirando hacia abajo. No era la mejor opción, pero no le quedaba otro remedio. En todo caso, y como sugirió respecto al altar, si la iglesia llevaba así años y años era dudoso que alguien fuera a indagar nada durante el tiempo que tardase en volver para recuperar su tesoro. Por último, y para borrar cualquier pista sospechosa, sacó del pozo comunal

un par de baldes de agua para limpiar la sangre y eliminar los restos de tierra que habían quedado esparcidos por el suelo. Ya despuntaba el día cuando, agotado por el cansancio que arrastraba y la falta de sueño tras aquella intensa noche, revisó la iglesia por enésima vez y comprobó que, salvo por el detalle de la losa colocada del revés, todo estaba exactamente igual que cuando entraron el día anterior. A las bolsas con el dinero entregado por los *buenos hombres* para apagar de forma póstuma sus deudas, añadió en su zurrón doscientas monedas de oro con las que tendría para vivir con desahogo un año o dos, hasta que el Rasés recuperase la normalidad. Buscaría alguna ciudad decente en la Lombardía, cerca de la frontera. Así tendría su tesoro más a mano.

-Bueno, queridos compañeros- musitó en tono de chanza a modo de despedida-, aquí nos despedimos. Hemos pasado buenos ratos juntos, pero era necesario disolver nuestra sociedad. Guardad bien el tesoro hasta mi regreso.

Salió silenciosamente de la iglesia, dejó las herramientas donde mismo las habían encontrado y, ya que nadie parecía haber despertado aún, prefirió largarse sin despedirse. Había pensado decir que sus compañeros de viaje se habían adelantado poniéndose en camino con el alba pero, ya que no veía a nadie, lo más sensato era marcharse sin dar explicaciones. Dejó el candil y la jarrita de aceite junto a la puerta de su benefactor y se marchó a paso ligero hacia Esperasan para comprar algo de ropa y una mula, que ya estaba bastante harto de caminar.

No tuvo problemas para pertrecharse en Esperasan. Compró una camisa, unas calzas, una capa de lana fina, unas buenas botas e incluso un sombrero, que el sol del mediodía ya calentaba más de la cuenta. En una cuadra adquirió una buena mula con todos sus arreos por un precio razonable y, tras un copioso almuerzo, se dispuso a proseguir su camino.

-Por cierto, ¿cómo se llama esa aldea que se divisa desde aquí?- preguntó mientras pagaba al chalán-. Aquella, la que está en ese risco hacia levante.

-Rhedae- respondió el hombre-. Es el sitio más aburrido y solitario de la comarca. Aún no comprendo cómo los escasos vecinos que quedan no se han mudado aquí o a Couiza. Malviven del producto de dos o tres *arpents* de mala tierra que les da lo justo para subsistir.

-Rhedae, no lo olvidaré- murmuró Pierre aupándose en la mula con las alforjas bien llenas de provisiones para varias jornadas-. Quedad con Dios, buen hombre.

-Que Él os guíe- replicó-. ¡Y tened cuidado con las partidas de ribaldos que merodean por la comarca!- le advirtió mientras se alejaba- ¡Son verdaderos buitres, que antes apuñalan y luego preguntan!

Pierre picó espuelas mientras levantaba la mano a modo de despedida y se alejó trotando, sintiendo satisfecho el peso de la bolsa llena de monedas que llevaba en el zurrón. Si las cosas iban como esperaba, en un año o quizás antes estaría de vuelta para recuperarlo todo.

Sin embargo, jamás volvió a Rhedae ni se supo más de él, y el nombre de Pierre Sabatier se perdió en las tinieblas del tiempo.

Epílogo

Rennes-le-Château

Finales de 1891

Tras sacarle al alcalde 1.400 francos para reparar la iglesia, el abate François Bérenger Saunière, su humilde y paupérrimo cura párroco, había podido emprender por fin las obras para adecentar el pequeño templo románico de la aldea cuyos orígenes debían datar incluso de la época de los primeros monarcas merovingios. La parte más notable del recinto era el altar, formado por dos columnas que algún viajero entendido en la materia aseguraba que podían ser visigóticas. Sin embargo, la pesada losa que completaba el conjunto estaba bastante deteriorada por el paso de los siglos y, por otro lado, no había nada en ella que la hiciera especialmente valiosa a nivel artístico por lo que decidió cambiarla por una nueva. Con la ayuda de dos de los albañiles, Rousset y Babou, apartaron la losa. Saunière no era el típico cura remilgado, y se remangaba la sotana cuando hacían falta un par de brazos fuertes para echar una mano.

Cuando lograron moverla, el abate vio que una de las columnas estaba hueca, y que en su interior había tres tubos de madera cuyas tapas estaban selladas con cera. Haciendo gala de una notable sangre fría y sin mostrar la más mínima emoción, indicó a los operarios que ya estaba bien de trabajar por aquel día y les dio permiso para que se marchasen a casa.

-No os extrañe lo de la columna- comentó con aire indiferente para restar importancia al hallazgo-. No es raro encontrar papeles o figuras votivas en los altares depositados por los nobles que los costearon en su día.

Rousset y Babou salieron de la iglesia mirándose con una sonrisa cómplice, pero no estaban por meterse en complicaciones con el abate, un hombre enérgico que emanaba autoridad y que estaba dando trabajo a varios hombres de la aldea pagando los jornales puntualmente.

Muy excitado, Saunière cerró la puerta de la iglesia, echó la tranca y depositó los tubos sobre el maltrecho altar. Los examinó cuidadosamente a la luz de un quinqué y concluyó que debían ser muy antiguos. Sacó una navaja del bolsillo y, con la delicadeza de un cirujano, calentó el filo en la llama del quinqué para cortar la gruesa costra de cera que mantenía los tubos cerrados herméticamente. Cuando logró abrirlos pudo extraer varios pergaminos que,

por la caligrafía, dedujo que eran como poco de la Edad Media aunque él no era paleógrafo y ni siquiera era capaz de entender lo que había escrito en ellos. En uno de los tubos había además un trozo de piedra negra que, curiosamente, se arrastró sobre la losa del altar hasta unirse con la pesada llave de la puerta de la iglesia. Era un potente imán. Con el corazón latiéndole tan fuerte que parecía que iba a romperle el esternón, Saunière lo guardó todo en los tubos, los ocultó bajo su sotana y se fue a la casa parroquial adosada a la iglesia a ponerlos a buen recaudo.

Tres semanas después, al mover la pesada losa que había delante del altar todos se quedaron sorprendidos al comprobar que, contrariamente a lo habitual, la parte inferior estaba tallada y en ella aparecían dos caballeros casi borrados por el desgaste. Sáunière, dando por sentado que se trata de la tumba de algún antiguo caballero, ordenó a los albañiles que profundizasen más. A menos de un metro aparecieron dos esqueletos en posición fetal y una olla de barro. Sáunière, tragando saliva, sacó lo que parecían algunas monedas del interior de la olla y las observó mientras los albañiles contenían la respiración. ¿Sería un tesoro?

-Son medallas de bronce sin ningún valor- mintió el abate tirando de forma descuidada las supuestas medallas en la olla-. Una ofrenda a los difuntos sin duda. Bueno, hijos míos, ya está bien por hoy, idos a comer que va siendo hora.

El hallazgo fue tema de conversación en la taberna durante dos o tres días pero, al cabo, ¿qué tenía de raro encontrar unos esqueletos en una tumba parroquial con algunas medallas como ofrenda. Sin embargo, el sagaz abate supo despistarlos a todos.

La leyenda del Tesoro de los Cátaros y de la dinastía de Jesucristo acababa de empezar.

FIN

VII KALENDIS SEXTILIS ANNO DOMINI MMXIX

GLOSARIO

APPARELLAMENTUM: Rito llevado a cabo por las comunidades cátaras similar al de la confesión general realizado en los conventos católicos. Era pues una confesión colectiva presidida por un diácono que, generalmente, se llevaba a cabo mensualmente. En ocasiones muy especiales, este rito podría ser presidido por un obispo.

ARPENT: El *arpent* o *arpent carrée* (*arpent* cuadrado) era una antigua medida de superficie equivalente a 5.107 m².

CONSOLAMENTUM: Único sacramento cátrato consistente en una imposición de manos por la que el *creyente* pasaba a ser un *perfecto*, siendo estos los únicos autorizados para impartirlo. No obstante, solo unos pocos lograban alcanzarlo antes de morir ya que lo habitual era administrarlo a los moribundos para obtener el perdón de sus pecados y asegurar así su reunificación con Dios.

CONVENENZA: Convenio por el que un creyente recibiría el *consolamentum* en caso de estar en peligro de muerte aún sin haber hecho los méritos necesarios que se requerían para alcanzar la condición de perfecto.

CREYENTES: Llamados también *creyentes* en lengua occitana, eran personas que, aunque seguidoras fervientes del catarismo, aún no estaban considerados como dignos de recibir el *consolamentum*.

DEPOSITARII: Entre los cátaros, depositarios, encargados de tener a buen recaudo los fondos de la secta en cada obispado o ciudad.

ENDURA: Suicidio ritual entre los cátaros que se llevaba a cabo por inanición. El suicidio no estaba condenado por esta secta ya que se consideraba como un mero procedimiento para liberar cuanto antes el alma de su envoltura carnal.

EXPLORATORIS: Delatores de la Inquisición occitana que cobraban una prima por cada denuncia que llegara a buen término, o sea, la condena del denunciado.

FAIDIT: Nombre que recibían los nobles de la Occitania que habían sido declarados proscritos por su apoyo o pertenencia al catarismo. La proscripción conllevaba la pérdida de sus tierras, castillos, etc., por lo que se veían relegados a la miseria si no tenían amigos o parientes que les ayudasen.

FUNDÍBULO: Máquina de asedio destinada a lanzar piedras. Su funcionamiento se basaba en el brazo de palanca, accionado por un contrapeso, pudiendo lanzar proyectiles de hasta 500 kilos de peso. También recibían el nombre de trabucos, galicismo derivado del término *trebuchet*.

HERESIARCA: Nombre que daban los inquisidores a los obispos cátaros.

HIJO MAYOR: Rango cátaro designado directamente por el obispo y que estaba destinado a sustituirlo cuando éste muriera. Cuando un Perfecto era nombrado *Hijo Mayor*, éste a su vez nombraba a un *Hijo Menor*, el cual ascendería a *Hijo Mayor* cuando su mentor fuese obispo. Estos grados solo podían ser ostentados por hombres, así como el obispado y el diaconato. Las mujeres solo podían ser *perfectas*, pero no tenían potestad para impartir el *consolamentum*.

LEGUA: Medida de distancia de la época. La legua o legua de París equivalía a 3,9 km.

MELIORAMENTUM: Rito llevado a cabo por los *creyentes* en los que suplicaban a un *perfecto* que orase por ellos ya que, al no haber obtenido el *consolamentum*, no podían rezar a Dios. Este ritual conllevaba una serie de frases y gestos muy específicos.

MINUTORIS: Encargados de practicar las sangrías.

NUNCII: O nuncios, entre los cátaros eran los que se encargaban de actuar como enlaces entre ellos, así como de guías y mensajeros.

PERFECTO: Grado iniciático entre los cátaros que conformaba el clero de su secta. Podían ser hombres o mujeres, y se alcanzaba ese estado tras al menos un año de preparación, tras lo cual recibían el *consolamentum*. Ser un *perfecto* suponía además liberarse de sucesivas reencarnaciones, por lo que su alma se liberaba para siempre de volver al mundo. Entre los inquisidores eran denominados como *revestidos* o como *hæreticus perfectus*. Entre los cátaros solían denominarse como *buenos hombres* o *buenas mujeres*, o bien como *buenos cristianos*.

POG: En occitano, montaña, pico elevado.

PIE: O pie de rey. Unidad de medida equivalente a 32,5 cm.

QUADE: Antigua medida de capacidad equivalente a dos pintas, o sea 1,94 litros.

QUESTORES: Entre los cátaros, recaudadores de los fondos de la secta. Estos podían provenir de donaciones o *collectas* y de las *talhas*, una especie

de impuesto destinado al mantenimiento de su clero.

QUINTAL: Antigua medida de masa equivalente a 49 kilos

RECEPTATORIS: Entre los cátaros, aquellos que daban cobijo a los *perfectos* cuando se desplazaban de una población a otra.

RIBAUDS: También llamados *ribaldos*, eran aventureros y gente de armas que se enrolaban en las huestes de los señores occitanos. Eran especialmente temidos por la población civil debido a su falta de escrúpulos y su afán de latrocinio y de pillaje.

ROUTIER: Nombre que recibían los mercenarios que combatieron en la Occitania durante la Cruzada Albigense y los posteriores enfrentamientos entre los distintos bandos.

SARGENTO: Originariamente, rango de los miembros del Temple que, al no ser de sangre noble, se sumaban a la orden como *serjeants* o sirvientes. Posteriormente se convirtieron en un rango de la milicia.

SCRAMASAX: Cuchillo de un solo filo muy popular en la Edad Media.

SOCIUS: Acompañante de un *perfecto*. Estos, por norma, iban siempre por parejas, siendo cada uno *socius* de otro de ellos.

TOESA: Antigua unidad de longitud francesa equivalente a 1,949 metros.

TONEL: Antigua medida de masa equivalente a 979 kilos.